



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

SA 5728.5

Harvard College Library

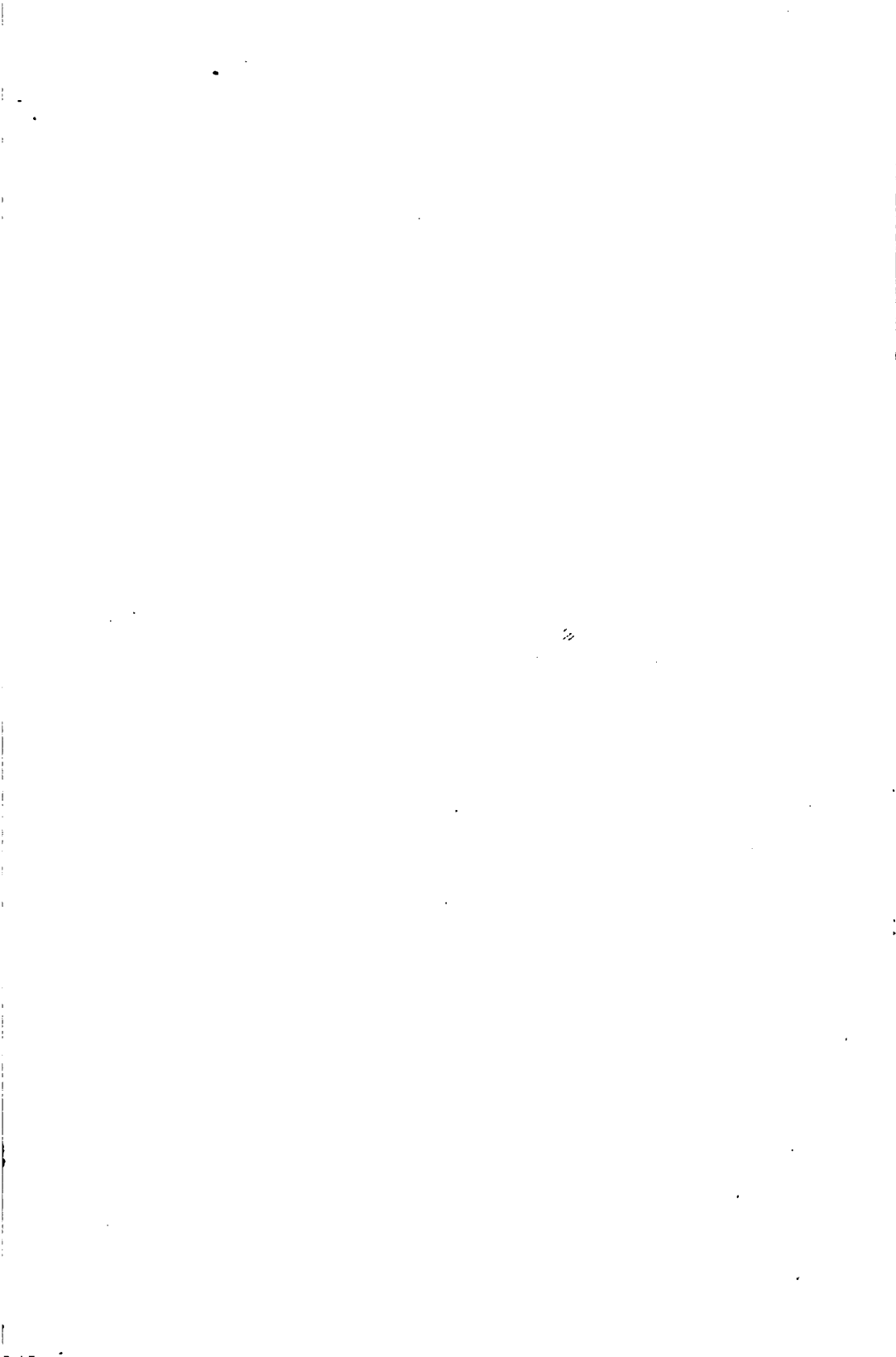


FROM THE FUND

FOR A

**PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS**

ESTABLISHED 1913



SA 5728.5

Harvard College Library

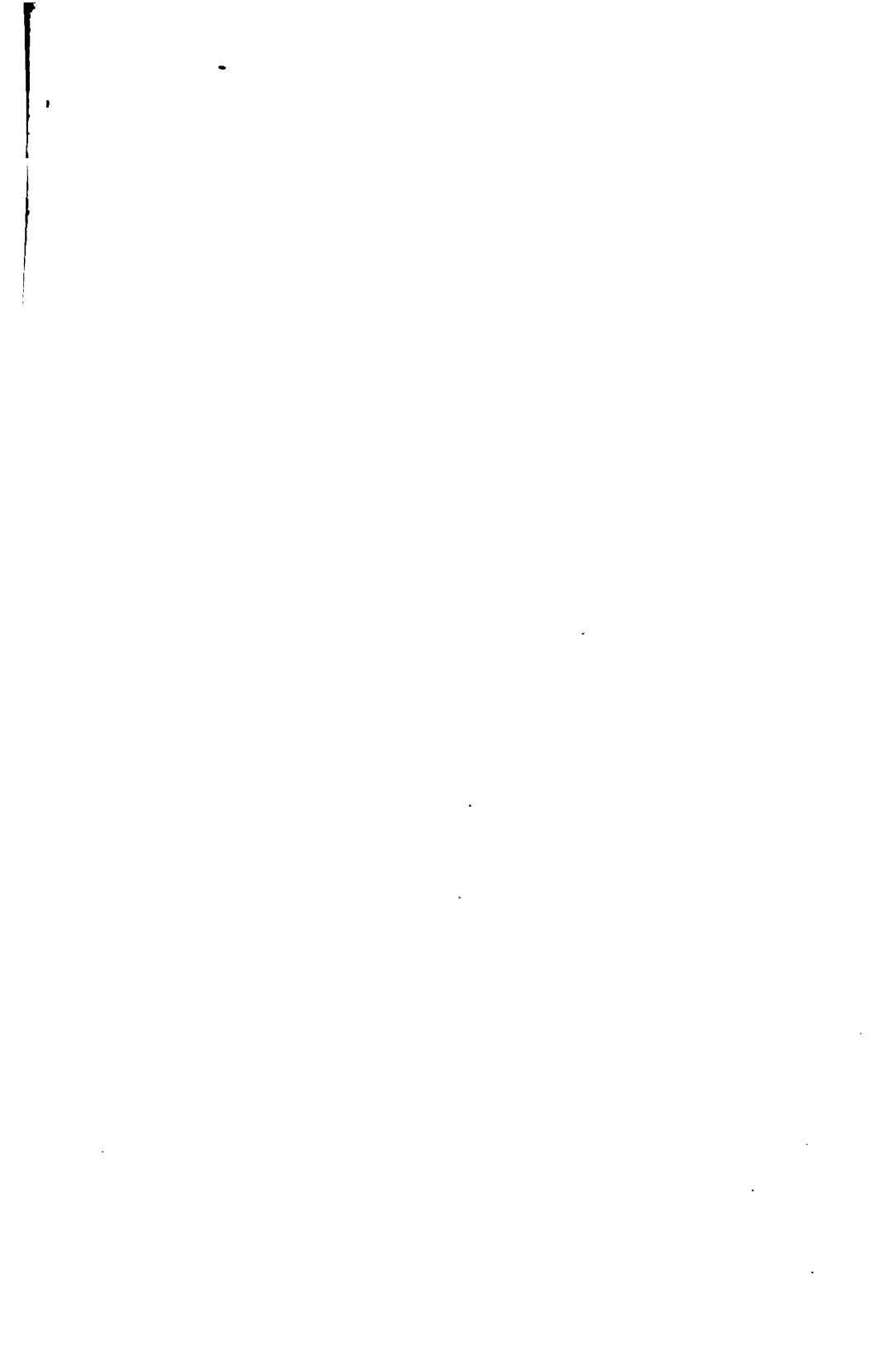


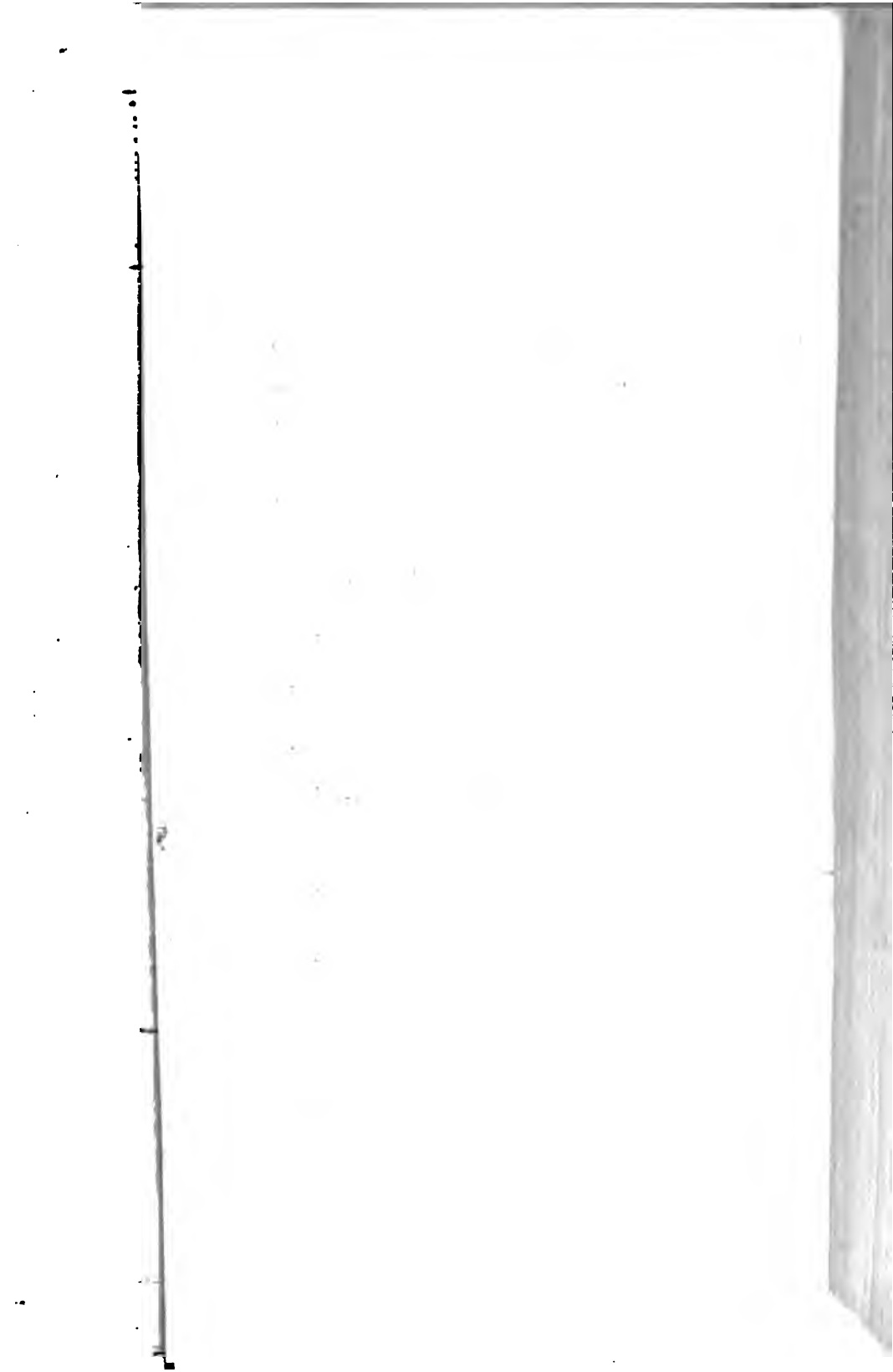
FROM THE FUND

FOR A

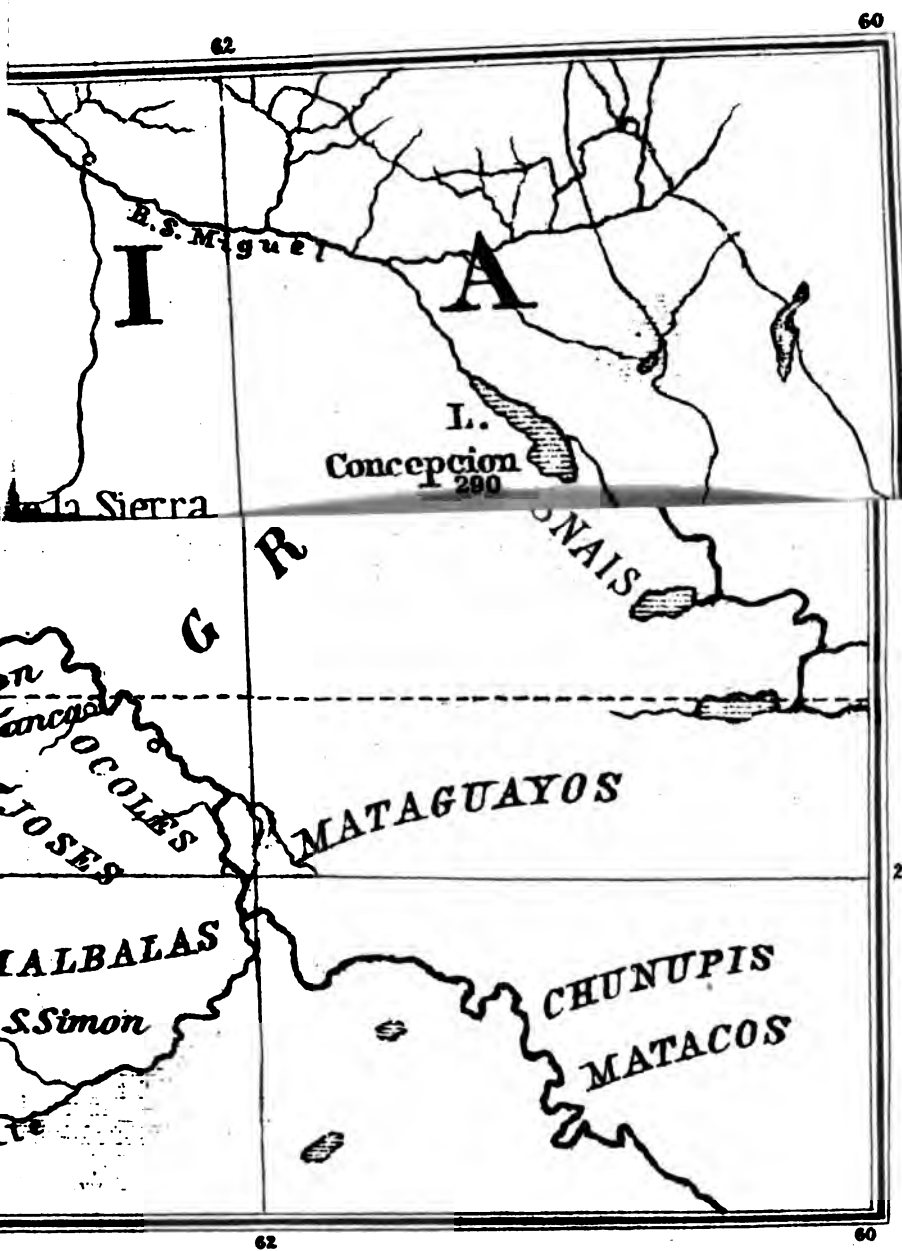
**PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS**

ESTABLISHED 1913





A



Longitud 0. del meridiano de Greenwich

0
Corrado, Sig. an. 1807. EL

COLEGIO FRANCISCANO
DE TARIJA
Y SUS MISIONES

NOTICIAS HISTÓRICAS

RECOGIDAS

POR

DOS MISIONEROS DEL MISMO COLEGIO



QUARACCHI

CERCA DE FLORENCIA

TIPOGRAFÍA DEL COLEGIO DE S. BUENAVENTURA

MDCCCLXXXIV.

SAS.728.5

Harvard College Library

Apr. 5, 1915

Latin American

Professorship fund

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

À LA INMACULADA
REINA DE LOS ÀNGELES
TITULAR Y PATRONA
DEL COLEGIO DE TARIJA

AL QUE LEYERE

ENTRE los muchos Colegios, que para propagar y conservar la santa fe católica estableció en ambas Américas y mantiene hasta hoy la Orden Franciscana, se ha hecho meritoriamente notable el de Tarija en la República de Bolivia. La rígida observancia que desde el día de su erección ha florecido siempre en él, las gloriosas empresas llevadas á cabo por el celo y laboriosidad de sus alumnos le merecieron el aprecio y la veneración, no solo de los pueblos y provincias vecinas, sino aun de las mas remotas. Su nombre es repetido con respeto en las de la Confederación Argentina, de las Repúblicas Chilena y Peruana, y no es tampoco ignorado en algunas de España é Italia.

« Las tareas apostólicas de los franciscanos del Colegio de Tarija tendrán eternamente un lugar muy distinguido en la historia de la civilización de los pueblos de América »: escribe Mons. Eyzaguirre, autor nada apasionado por las glorias franciscanas.

Una historia completa de este benemérito Colegio se hacia desear.

El P. Antonio Comajuncosa escribió en 1810, y tenía destinado para la prensa un «Manifiesto histórico de lo que han trabajado los Misioneros del Colegio de Tarija, etc.». Las azarosas circunstancias, por que tuvieron que atravesar en aquella época la península Ibérica y el continente Americano, impidieron la publicacion; y el manuscrito del P. Comajuncosa quedó escondido y casi olvidado entre los papeles del archivo del Convento. Hoy finalmente, despues de 73 años, se pensó en sacarlo á luz.

Mas, el Manifiesto abarca solo un período de 55 años, es decir, desde el 1755 hasta el 1810; para dar pues una historia completa del Colegio de Tarija era necesario continuarlo hasta nuestros dias. Este es el encargo que se me cometi6, y que he procurado cumplir con la diligencia y exactitud que me han sido posibles.

À fin de asegurar la verdad de los hechos sucedidos en época algun tanto remota de la nuestra, no contento con las informaciones tomadas de personas ingenuas y sinceras, que los vieron ú oyeron, he buscado con paciencia y examinado con detencion los documentos; y en ellos principalmente he apoyado mi relacion. En cuanto á los sucesos de los últimos 30 años, en su mayor parte, refiero lo que he presenciado yo mismo.

Mi obrita, pues, tiene el mérito principal de una historia, la veracidad: si no está escrita con aquella pureza y elegancia de estilo, que atrae y deleita á los lectores, espero que fácilmente se perdonará esta falta á un misionero, que, en medio de otras muchas ocupaciones, tuvo que escribir en una lengua no suya, y publicar su escrito antes de limarlo y pulirlo.

Al Manifiesto del P. Comajuncosa he hecho preceder unos Preliminares, y á toda la historia he añadido un Apéndice; aquellos como introduccion, y este como ilustracion del relato principal. Con el mismo objeto he puesto al pié de las páginas unas pequeñas notas; y tambien me he tomado la libertad de suprimir ó levemente modificar unos poquísimos períodos del Manifiesto, que tal vez hubieran podido desagradar al gusto delicado de la actualidad. Por lo demás, el manuscrito del P. Comajuncosa sale á luz tal como salió de la pluma de su Autor, conocedor perfectísimo de los hechos que refiere.

Empezé mi pequeña obra por obediencia; la proseguí con cuidado, quizá excesivo, de no faltar á la veracidad; y la termino con el deseo y la esperanza de que su lectura servirá de estímulo á alguno de nuestros hermanos para moverlos á darnos una mano en la grande obra de la civilizacion y salvacion de tantas tribus, que en los dilatados bosques de América gimen hasta hoy esclavas de la ignorancia y del vicio.

FR. ALEJANDRO M. CORRADO.

Colegio de Tarija, el 10 de Mayo de 1883: octava de la Ascension de N. S. J. C. — *Ipsi gloria et nunc, et in diem aeternitatis. Amen.*

PRELIMINARES.

PRELIMINARES.

I.

Tarija.

ENTRE los últimos brazos de la cordillera real, ramificación oriental de los Andes, á los 66° 31' 5" de longitud O., segun el meridiano de Paris, reposa el fértil y dilatado valle de Tarija¹. No llano, sino ondeado y cortado bizarramente por muchas y elevadas colinas, mas bien que valle, debiera llamarse grupo de valles.

Bajo un sol tropical (21° 30' lat. S.), y regado en la mitad del año por frecuentes y abundantes lluvias, ostentaba, ántes que lo violara la mano del hombre, todo el lujo de una vegetacion opulenta. Sus arroyos corrian frescos y puros por entre tupidos cañaverales coronados de sauces; una alfombra de perpetua verdura cubria sus mesetas; frondosos y robustos árboles sombreaban sus honduras

¹ Si es verdad lo que hemos oido referir, esta denominacion la recibiera del español Francisco Tarija, quien lo descubrió. No habiendo encontrado comprobante alguno de ello en los documentos que hemos tenido á mano, no lo podemos asegurar, ni debemos negarlo. — La altura de este valle, tomada con el barómetro holostérico de Naudet de París por el Sr. Pro. D. Jerónimo Lavagna el 10 de Mayo de 1880, es de metros 1924, 8' sobre el nivel de la mar.

y cañadas; y hasta en las laderas de las escarpadas sierras, que lo circunvalan, criábanse helechos y raíces aromáticas. Mas despues la codicia del hombre y voracidad del ganado fué poco á poco destruyendo la magnificencia de la naturaleza: y ahora el árido suelo, feamente accidentado por hondos barrancos, procura cubrir en parte su desnudez con espinosos arbustos y matas melancólicas; y en testigos de su primitiva riqueza apenas presenta unos hermosos *molles* que se elevan entre enanos *churquis* y raquíticos algarrobos. Y no por que haya perdido su antigua feracidad el terreno (que con poquísimo cultivo produce abundantemente maiz esquisito, toda clase de legumbres y hortalizas, chirimoyos, naranjos, limoneros, melocotones, granados, viñas y otros frutales): sinó por la condicion de sus habitantes. Una poblacion mas numerosa, mas inteligente, mas activa y ménos resignada á las incomodidades de una vida semi-agreste podria convertir estos escuálidos campos en deliciosas campiñas.

La opinion comun, apoyada en tradiciones antiguas y confirmada por las observaciones geológicas, afirma que esta gran cuenca, en cuyo fondo yace Tarija, rodeada completamente de cerros, estuvo en otro tiempo repleta de un inmenso depósito de aguas: las cuales, en las grandes crecidas estraordinarias (de que se hallan evidentes vestigios) y en las ordinarias, desbordándose por la orilla mas baja de la serrania que las represaba, fueron abriendo la brecha que, con el nombre de *Angostura*, se observa al S. E. del valle de la Concepcion ¹. Ella es aun hoy el único canal por donde se desaguan los muchos y copiosos arroyos y rios que bañan todos estos valles, y se incorporan al principal, honrado por los primeros pobladores españoles con el nombre de *Guadalquivir*. Este, despues de haber

¹ La boca de esta angostura ó canal tiene 26, 50 m.; su desemboque 48. Corre unos 214 m. entre peñascos areniscos, que en su mayor altura se elevan 93, 20 m. (*Comun. por el Sr. Lavagna*).

entrado á la referida angostura, lánzase por un salto á tierras fragosas, se enriquece con las aguas de los valles de Salinas é Itáu, y sigue su curso con el nombre de *Río de Tarija* hasta encontrarse cerca de Oran con el *Bermejo*, que le quita el nombre, y recorriendo juntos el territorio del Gran Chaco desembocan en el *Paraguay*.

En varios puntos de los valles Tarijeños encuéntrase gran cantidad de huesos petrificados, que el vulgo cree de gigantes, y los sabios afirman ser de animales, cuyas especies se han perdido. Es notable que en ningun otro de los valles ni de los cerros comarcanos, se han descubierto hasta hoy tales fósiles. Su tamaño y su peso es verdaderamente enorme. El señor Dalence asegura, que se halló: *un inmenso esqueleto, cuya mandíbula inferior estaba armada de un colmillo de cinco piés de largo; una calavera semejante á la del hombre, que medía de la frente al colodrillo algo mas de dos piés*¹. Y añade: *Yo he visto muchos de esos huesos fósiles; y como presentan diversas configuraciones, pienso que corresponden á diferentes especies de animales, que han desaparecido. El esqueleto, que llevó á Lima D. Matias Vaulen, era un Mastodonte; pero el que descubrió el Gral. O'Connor parece, segun la extension de su colmillo, un Maumouth*. No somos competentes para apreciar las opiniones del estadista Boliviano; dejamos á los paleozoólogos el exámen y la decisión².

La historia antigua de Tarija queda envuelta entre tinieblas, y poco menos oscura es la que precedió á su conquista y conquistadores. Ni estos, ni los aborígenes tuvieron la ambicion de escribir sus anales. En falta de estos, hemos tenido la paciencia de revistar los mutilados y roídos libros de Cabildo y otros antiguos legajos, que por suerte se conservan aun en el archivo de esta ciudad: y las cláusulas

¹ *Bosquejo estadístico de Bolivia*. Chuquisaca 1851.

² V. Apéndice A.

ya de un testamento, ya de una escritura de venta, ya de un título de posesion, nos han suministrado datos incidentales, que hemos recogido con la avidez y solicitud con que un anticuario recoge las dispersas piezas de un mosaico deshecho, y procura reponerlas en su lugar. Con esto, aunque sentimos no poder dar una relacion completa, nos complacemos en asegurar, que la diminuta que daremos es rigurosamente exacta. Nada diremos, que no podamos comprobar con documentos auténticos y contemporaneos.

Tambien hemos tenido á mano una corta coleccion de noticias, que dejaron apuntadas nuestros primeros Misioneros, como las oyeron referir de unos antiguos vecinos de este pueblo, quienes las recibieran de sus mayores. Pero, de estas usaremos con parsimonia, y solo referiremos las que de algun modo estén apoyadas en los citados documentos auténticos, de cuya veracidad no podemos dudar.

El territorio Tarijeño era el último límite, adonde los sucesores de Manco-Capac habian estendido su imperio por este lado. Habitábanlo unas tribus de indios Chichas, valientes y belicosos, que, segun Garcilaso¹, reinando el Inca Viracocha, quedaron sujetos á la dominacion de los hijos del sol. Los que vivian en los contornos de Chocloca y Guairivana, junto á la angostura ya mencionada, en los llanos que despues por los españoles recibieron el nombre de *Valle de N. Señora de la Concepcion*, pertenecian a la parcialidad de los *Churumatas*, de quienes hace mencion el P. Lozano en su *Descripcion del gran Chaco pag. 54 y 72*. Los que ocupaban los pagos de Canasmoro, Sella, Cuimata y el escondido vallecito, que los conquistadores llamaron de *N. Señora de la Victoria*, tenian (segun hallamos escrito en la coleccion manuscrita citada) el apellido de *Tomatas*, dado probablemente por los españoles, conforme al uso entonces frecuente de bautizar con el nombre del

¹ I p. Comment. R. L. 5. c. 23.

cacique á todas las familias de él dependientes. De lo cual creemos (y lo decimos por incidencia) haber salido esas listas fabulosas de naciones indias, que nos han dejado algunos antiguos cronistas, calificando como distintas naciones las que no eran sino distintas familias ó tribus de una misma nacion. En varios puntos de estos valles se ven hasta hoy algunos sepulcros de aquellos antiguos pobladores del territorio Tarijeño, sin que podamos calcular la época, en que entraron á poblarlo.

Limítrofes á las referidas tribus, tras la serrania, que acordona por el naciente estos valles, habitaban los feroces Chiriguanos. Verdadero azote de todas las naciones confinantes con ellos, hostilizaban y oprimian de mil modos á los pobres Chichas, que pacíficamente ocupaban el territorio de Tarija. Los incas mandaron construir en varios puntos de él algunos fuertes para el resguardo de sus perseguidos vasallos, sin que con esto pudiesen impedir que pagasen á aquellos terribles salvajes un vergonzoso tributo.

Mas, cuando los vencedores de Atahualpa, despues de haber sojuzgado á los valientes Charcas, avanzáron y ocuparon el pais de los Chichas, contra ellos principalmente ensangrentáronse los celosos Chiriguanos; determinados á hacer todo esfuerzo para apartar de sí el yugo que los amenazaba y que aborrecian mas que la muerte. No fué ya solo el territorio Tarijeño el teatro de sus fechorías; desbordábanse frecuentemente por la provincia de los Chichas y la contigua de los Charcas, desolando poblaciones, robando haciendas, infestando los caminos y degollando á los viajeros. Los pueblos estaban en continuo riesgo y sobresalto; ni habia seguridad alguna en la carrera comercial de las provincias del Plata con las del Perú.

Tantos males inspiraron al virey D. Francisco de Toledo el proyecto de guarnecer con unas poblaciones españolas las fronteras de los Chichas. — El 22 de Enero de 1574 despachó una provision, con la cual Luis de

Fuentes ¹ distinguido caballero español, quedaba encargado de fundar en el valle de Tarija una villa con el nombre de *San Bernardo de la Frontera*; era nombrado capitán y Justicia mayor así de la nueva villa como de toda su jurisdicción, que debía estenderse cincuenta leguas, veinte por el lado de los Chichas y treinta por él de los Chiriguano; y se le investía de plenos poderes para remunerar á los que tomasen parte en la conquista y población, repartiéndoles las tierras que ocupasen. Él, como fundador, debía disfrutar de la cuarta parte de todas ellas ².

El enganchamiento de los futuros pobladores no fué tan fácil. Si la esperanza de obtener pingües posesiones en el fértil territorio, que iba á colonizarse, halagaba la codicia de muchos; el temor de perecer á manos de los tremendos Chiriguano, que lo infestaban, desalentaba á los mas. Por otra parte, los voluntarios tenían que venir á su costa y riesgo, con sus armas y en sus caballos: de su cuenta debían correr las municiones y vituallas; porque el virrey, que tanto se interesaba en la nueva población, prometiendo mucho para lo futuro, nada daba por entonces á los pobladores. Logró sin embargo el cap. Fuentes reunir en Chuquisaca y Potosí á unos cuarenta y cinco españoles; agregáronseles otros tantos indígenas para ayudar en los primeros trabajos: y para administrar á unos y otros los auxilios espirituales, venía de capellan el vicario del Convento Dominicano de la ciudad de la Plata, Fr. Francisco Sedeño. Es admirable la valentía de ese puñado de hombres en arrojarse con tan poco aparejo á una frontera defendida *por mas de seis mil indios flecheros* ³, enemigos implacables

¹ Luis de Fuentes era natural de la ciudad de Sevilla, de la colación de la Iglesia mayor, hijo legítimo de Pedro de Fuentes natural de Rioja, y de Ana de Bargas Sevillana.

² V. Apéndice B.

³ Todo lo que en este § va con letra cursiva está copiado literalmente de documentos auténticos. Nos escusamos de citaciones, porque los legajos,

de los españoles, decididos á sostener con coraje feroz su ferina libertad.

Vencida la formidable sierra, que amuralla por la parte del poniente la llanura de Tarija¹, hizo alto la expedicion á las faldas de la Calama en un paraje habitado por los pacíficos Tomatas, quienes recibieron á los nuevos huéspedes con mucha alegría, como á sus futuros defensores contra la ferocidad chiriguana. Mientras una tranquila y exacta esploracion topográfica enseñase el lugar mas adecuado á la formacion de la proyectada villa, mandó Luis de Fuentes erigir allí un pequeño oratorio, en donde los nuevos pobladores pudiesen cumplir sus deberes religiosos; é hizo restaurar unas paredes viejas, que allí encontraron, y que podian servirles interinamente como de fuerte para defenderse de cualquier atentado de los salvajes. — Tomamos esta noticia de la referida coleccion de memorias, que se apoyan, como hemos observado, solo en la tradicion popular, cuya veracidad no podemos garantir.

Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es, que la estacion de la colonia española en aquel sitio no fué larga. — Tres leguas mas al Sur, sobre la ribera izquierda del nuevo Guadalquivir, al pié de una pequeña loma, estendíase una espaciosa y llana meseta. Parecióle á Luis de Fuentes *la parte mas cómoda del valle*; mandó desembarazarla de la arboleda y maleza que la cubrian; y, con las formalidades acostumbradas, tiró las primeras líneas de la Villa de *San Bernardo de la Frontera*. — Era el 4 de Julio de 1574: reinando en España el Sr. D. Felipe II, y ocupando la Silla Apostólica el Sumo Pontífice Gregorio XIII.

á que nos referimos, ademas de no estar enteros, en su mayor parte no tienen rótulo ni foliatura.

¹ La altura de esta cordillera en la cumbre de Escayachi, por donde pasa el camino del Norte, es de metros 3621, 9. sobre el nivel de la mar; y en la de la Calderilla, por la cual cruza el camino del S., es de metros 3742, 7. (Observ. del Sr. Lavagna).

Seis dias despues, señaló en la plaza el sitio para la construccion de la Iglesia mayor, la cual quiso que se dedicase á LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Desde luego quedó instalado el Cabildo, cuyos miembros habian sido elejidos inmediatamente por el mismo virey. Componíase de los alcaldes Antonio Dominguez y Guttierre Velasquez; de los regidores Jáime de Luca, Blas Gonzalez Cermeño, Francisco Ortiz y Hernan Gonzalez. Diego de Palacios fué nombrado para procurador, Juan de la Vega para mayordomo, y Francisco Fernandez de Maldonado para escribano. El hidalgo Alonso de Ávila obtuvo el honorífico empleo de tesorero de la real hacienda¹.

Una mano temeraria ó ignorante rasgó del libro de Cabildo la hoja que contenia el acta de posesion y fundacion de esta villa: apenas quedan unas palabras, que no dan sentido alguno. Afortunadamente podemos suplirla con una carta, que el Consejo municipal de ella escribió a la R. Audiencia de la Plata con fecha 29 de Octubre del mismo año de 74, y que es el documento mas antiguo que se encuentra en este archivo. *Si este Cabildo (dicen) non á hecho esto ántes de agora, á sido por dar á V. A. copiosa relacion de todo lo que es la tierra desta provincia y calidades della; y por que tambien nos emos ocupado en*

¹ Revisando y cotejando los antiguos papeles hemos podido reunir los nombres de los primeros pobladores de Tarija; los que, en obsequio á los curiosos, insertamos aquí. Á mas de Luis de Fuentes y de los miembros del Cabildo ya mencionados, los pobladores eran: Francisco Chaves — Juan Duran — Alonso de Baeza — Pedro Fernandez — Gonzalo Martin Hachero — Juan Rodriguez — Antonio Esquete — Diego Recio — Diego Gonzalez — Alonso Garcia — Juan de Valladolid — Juan Garcia — Francisco Bravo — Domingo Hernandez — Jusepe Guerrero — Juan Masias — Juan Redondo — Alvaro Ortiz — Vicente Añes — Juan de Obregon — Juan Pizarro — Juan de la Puente — Pedro Quijada — Hernan Lopez — Francisco de Solis — Pedro Suarez — Alvaro Sanchez — Pedro Fernandez del Alava — Jerónimo Ortega — Juan Pedrero — Gaspar de la Rua — Juan Cortés — Rodrigo Quiroga. Estos dos últimos fallecieron en el primer año de la fundacion.

hazer algunas casas con torres fuertes, y un fuerte grande para todos los indios, que está hecho de palizada, que toma toda la plaza desta villa, dentro del cual estan todos los indios muy contentos. Poblámos á quatro de Julio en un sitio bueno y llano cerca del rio principal: y por medio del pueblo va una acequia de ocho piés en ancho, y por la parte de arriba va otra del mismo anchor. La tierra, á lo que hasta agora á mostrado, es fértil, y creese se daran en ella viñas, y olivares, y otras qualesquier plantas. Es muy ancho el valle, que por partes tiene mas de seys leguas, y de largo avremos corrido hasta diez leguas. Tiene muchos rios y arroyos de muy estimadas aguas, que riegan la mayor parte del valle. Es mucha tierra, que ay para poder poblar una insigne ciudad. Ay en los rios muchos pescados de diferentes jéneros, y en el valle mucha caza así de volatería como de montería; porque ay venados urinas, y en lo alto vicuñas y guanacos: ay palomas, perdices, patos, garzas, bandurrias y otros jéneros de aves. Ay tambien mucho ganado vacuno cimarron, y puercos; y el ganado vacuno en tan gran cantidad, que en esta provincia no se halla otra dificultad sino en haberlo, por el daño que hazen en las sementeras, y que los toros hazen en ellas por ser muchos, y en los indios y españoles por ser muy bravos.

¿De donde y como, en aquella época, tanto ganado en Tarija?... Parece deber inferirse de aquí, que antes de Luis de Fuentes habian entrado ya y estado en este pais españoles con el objeto no de formar pueblos, sino de criar ganados en sus magníficas dehesas. Así parece indicario no muy oscuramente D. Francisco de Toledo en las provisiones, que dió para la fundacion de esta villa; y lo prueban asimismo el nombre de *Tarija la vieja* dado *abinitio* al sitio que hoy se llama *San Lorenzo*, como tambien los varios *caserones* y *corrales antiguos*, que los fundadores (segun leemos en sus papeles) hallaron en diversos puntos de estos valles, y que no es creible fuesen obras de los indí-

genas. *Los daños, muertes y robos* hechos por los chiriguanos, y que el virey lamenta en las mismas provisiones, obligarian á los estancieros á huirse abandonando los ganados, que naturalmente se alzaron. En efecto, cuatro ó cinco años despues de fundada esta villa, en la R. Audiencia de la Plata se probó el derecho que á aquel ganado cimarron tenia un tal Juan Ortiz de Zárate. Parece pues fuera de duda, que la entrada y estancia de los españoles en Tarija precedió algunos años á la de los fundadores de la villa de *San Bernardo*.

De estos puede afirmarse, lo que Cantú dice de la mayor parte de los conquistadores de estas Indias, que eran *nobles como el sol, pobres como la luna*. Obligados á venir á su costa, escasísimas fueron las municiones de boca que trajeron, y aun mas escasas las de guerra. Al poco tiempo viéronse en aprietos. Casi la mitad de ellos, no pudiendo sufrir tanta miseria, desertaron, volviendo á las comodidades de Potosí y Chuquisaca. Solo veinte y tres se mantuvieron firmes: algunos de ellos *no tenían camisa con que se vestir*; todo su bastimento consistia en un poco de maiz, que les daban unos indígenas rancheados aquí cerca; de pertrechos de guerra apenas habia catorce arcabuzes con diez y nueve espadas. Referíanlo así los mismos que quedaban entonces en Tarija en una carta que escribieron al virey en 28 de Diciembre del mismo año de 1574, que acababa con estas palabras: *Suplicamos á V. E. nos dé licencia para ir á buscar nuestras vidas, y que no estemos aquí perdidos*.

Lastimado el buen Toledo de las necesidades, quizá exageradas, de los colonos Tarijeños, les envió una buena suma de dinero; concediéndoles amplia facultad para abastecerse de carnes con el ganado cimarron, que existia en el territorio y que era abundantísimo; ordenó a los oficiales reales de Potosí les remitiesen anualmente una buena cantidad de municiones; obligó á los desertores á cumplir su compromiso, pena de perder las mercedes ya obtenidas: mandó finalmente que de los pueblos de Cotagaita, Calcha

y Talina trasmigrasen á Tarija ciento y cuarenta indios Chichas, para que ayudasen a los nuevos colonos en la construccion de sus casas, en las labores del campo, en la guarda de los ganados y en las contingencias de la guerra ¹. Con esto mejoró la situacion de la colonia; pero, aun quedaba la dificultad mas formidable, los Chiriguanos.

Si en las circunstancias, que acabamos de referir, aquellas hordas feroces hubiesen acometido la naciente colonia, sin duda hubiera quedado sufocada en su cuna. Afortunadamente, ó (si hemos de esplicar con sinceridad nuestro concepto) providencialmente no mostraron hostilidad alguna en los principios; antes bien, los mas notables caciques de la comarca, que eran Condoriyu, Chiquiaca, Tocaroba y Bayiquiri, enviaron á once de sus vasallos ofreciendo á los nuevos colonos su amistad, y con la promesa de que *tendrian los propios caciques á verse con el capitan, y traerian sus hijos á esta villa para que se les enseñase la doctrina*. Los españoles recibieron á los enviados con alegría y cariño, pero sin dar mucho crédito a sus palabras. *Con todo eso* (escribian á la R. Audiencia, en 4 de Junio de 1575, dando parte del suceso) *viviremos con mas cuidado que de antes, hasta que traigan sus hijos, como dicen*.

Esta desconfianza era prudente. Aquellos mensajes eran astucias de una política salvaje, que simulando amistad, maquinaba el estermínio. Los hechos no tardaron en probarlo.

El asalto dado en 25 de Setiembre de 1577 á las rancherías de los pacíficos Tomatas es el primer acto hostil

¹ Los indios, así repartidos para la utilidad comun, decíanse *Mitayos* ó *Tiendarunas*: los que se daban solo para la comodidad de los particulares, llamábanse *Yanaconas*. Los reyes católicos reprobaron constantemente estos servicios forzosos, y los prohibieron en una porcion de cédulas, que nunca se cumplieron ya por la necesidad urgentísima que habia de brazos, ya por la ambicion desmedida de tener criados. Los colonos de Tarija no estuvieron libres de esta fiebre.

de los fermentidos Chiriguanos que hallamos mencionado en los antiguos papeles. Treinta personas quedaron cautivas. Salieron en pos del enemigo seis españoles y le quitaron la presa; pero, en la refriega quedó gravemente herido uno de ellos que al otro día murió. — Algunos meses despues, aquellos salvajes indómitos embistieron improvisamente la villa, mataron al alcalde Juan Masias y á un gran número de Chichas, hirieron á muchos españoles; y ufanos por tanto estrago y por la cantidad de indígenas, que lograron apresar, tomaron la vuelta para sus bosques. Desmayaron los colonos; y ya se disponian á la fuga, determinados á desamparar para siempre esta peligrosa frontera; cuando una cuadrilla de valientes, montando en briosos corceles, lanzóse tras los agresores; alcanzáronlos, les sacaron la presa; y tornando con ella al pueblo, calmaron su consternacion y animaron su desaliento.

No dejaron su empeño los inflexibles Chiriguanos. Entraron á los pueblos mas retirados de la cordillera, convocaron á sus compatriotas, y reunidos en grueso ejército, despues de haber asolado estos contornos, saqueando y matando, sitiaron la villa. En tanto apuro, estando ausente el cap. Fuentes, cometió el pueblo su defensa al cap. Blas Gonzalez Cermeño, quien despues de un rudo combate, que duró todo un día, logró poner en fuga aquellas feroces huestes.

No menos terrible fué el reencuentro, que hallamos consignado en la referida coleccion de noticias. Topáronse los nuestros con aquellos belicosos salvajes en un cerrillo pedregoso, distante de aquí unas dos leguas. Era el día de S. Lorenzo, cuyo amparo invocaron fervorosamente los españoles. No salió fallida su fé; porque tan grande fué el destrozo que hicieron en los bárbaros, que quedó al sitio el nombre de *La Matanza*, mudado despues en él de *La Matara*. — Los buenos Tomatas, que habian acompañado á los españoles en el combate y en el triunfo, quisieron perpetuar el recuerdo de su gratitud, levantando en su pago un templo

al glorioso Mártir Levita; y el sitio de *Tarija la vieja* empezó desde entonces á tomar el nombre de *San Lorenzo*.

Los documentos primitivos, que hemos podido registrar, suministran escasísimos detalles acerca de las infinitas reyertas tenidas por los colonos Tarijeños con los Chiriguano: mas, lamentan muy á menudo los *muchos assaltos*, dados por aquellos implacables bárbaros á la villa, sus *continuas* irrupciones en las estancias comarcanas, y los gravísimos daños que *se atrevían á hacer cada día*. Robaban, herian, mataban y llevaban á multitud de prisioneros. En una sola ocasion, mas de cuarenta cautivos cayeron en sus terribles garras. Conducíanlos á sus madrigueras, manteníanlos, y los iban degollando y asando sucesivamente para saciar con ellos su horrible apetito de carne humana. Nada exageramos. Guárdase auténtica en el archivo una real provision de 5 de Junio de 1583, en la cual se leen estas palabras: *Por relacion que se ha hecho en la nuestra audiencia... ha constado los daños tan notorios, que cada día hazen los indios Chiriguandés, que estan en comarca é frontera de la villa de San Bernardo de Tarija, ansí en las chácaras y estancias de nuestros vasallos que residen en la dicha villa, como en los naturales que estan debaxo de nuestro amparo, llevándolos á sus tierras y theniéndolos por comida, y matándolos para este efeto en sus carneserías.*

Tantas y tan continuas hostilidades no dejaban á los colonos un momento de tranquilidad. *Andaban de ordinario con las armas en las manos*; al oscurecer tenían el cuidado de *recoger y enserrar* sus bestias, para preservarlas de los robos nocturnos; veíanse obligados á *sembrar juntos en poco trecho* y en los contornos de la villa; ni se atrevían á salir de sus estancias sin llevar escopeta y cota para hallarse prevenidos donde quiera que tuviesen noticia de acudir á las defensas y al socorro. En los dias solemnes, mientras el pueblo asistia en la iglesia, una cuadrilla de hombres bien pertrechados estaba de guardia

para evitar el que alguna improvisa incursión de Chiriguanos no turbase la quietud de las funciones. Estos pormenores, que se hallan esparcidos en los antiguos papeles, nos dan una idea de las fatigas y apuros de aquellos perseguidos pobladores, los que, si hubiesen tenido la solicitud de escribir sus anales, nos hubieran dejado una historia de atrocidades.

En tan azarosas circunstancias, Luis de Fuentes desplegaba la prudencia y energía propias de su carácter. *Estamos admirados* (escribian al virey los regidores en 2 de Febrero de 1580) *de la paciencia y buenos medios, que para todo tiene; por que, para tantos trabajos como tiene en el sustentar este pueblo, no hay quien le dé la mano.* Buen soldado y buen cristiano, mientras se esforzaba en defender y sostener la colonia de que era jefe, no ponía menos empeño en procurar la salud de los que la perseguían. *Queriendo tener con ellos* (así leemos en uno de los libros de cabildo) *todos los medios humanos para que se conviertan á la fé católica y al servicio del rey, les envió mensajeros enviándoles á decir, que no persistan en su infidelidad, sino que sirvan á Dios y á su magestad; y enviándoles juntamente algunas cosas presentadas, que ellos estiman en mucho, para que por amor vengan á lo susodicho.*

La obstinación chiriguana no se doblegó.

Hacíase forzoso humillar su orgullo, hacerles experimentar la preponderancia del poder español y castigar al mismo tiempo las crueldades ejecutadas en tantos inocentes. Con este objeto, venciendo inmensas dificultades, escalando la empinada cordillera tras la cual parapetábanse aquellos montarazas, entró repetidas veces en sus tierras Luis de Fuentes, llegando con sus escursiones hasta Cuyambuyú y Chiquiaca. Para avanzar mas facilmente por aquellas espesuras y jarales, dividiáanse en cuadrillas los españoles: sorprendían en sus guaridas á los salvajes, degollaban á los varones, aprisionaban á mujeres y niños, talaban las sementeras, destruían las cabañas é incendiaban los trojes en que tenían acopiados sus víveres. Gravísimo fué el riesgo,

que en una de estas entradas corrió el cap. Fuentes, porque habiendo salido con una compañía de treinta hombres escogidos á una descubierta, cayó en las emboscadas de aquellos bárbaros, quienes lo tuvieron cercado y peleando desesperadamente desde las siete del dia hasta noche cerrada; y si no coge á tiempo la retirada hácia el real, que no estaba lejos, habria perecido miserablemente con sus compañeros.

Los Chiriguanos, al ver hollado y devastado por los españoles su pais, perdieron un tanto sus brios; y los principales caciques de la comarca repetidas veces enviaron sus comisionados para entablar tratados de paz, que ellos nunca guardaron. En el ayuntamiento del 18 de Diciembre de 1584, con ocasion de haber venido algunos Chiriguanos á parlamentar, el alferez real Antonio de Esquete afirmó, *sin temor de ser contradicho, que de la paz de los indios Chiriguanos nunca redundó bien ninguno, sino antes daño; por que se ha visto, que debaxo de la paz mataron á Domingo Hernandez é á Francisco Ramirez, é hizieron el asalto en Chaguaya, y dieron otro asalto en esta villa, é otro en Canasmoro, é otro en la estancia de Pedro Tordoya, y en la estancia de Francisco de Chaves, y en la estancia de dicho Antonio Esquete, y otro asalto en Cinte; y otros muchos que se han hecho, en los cuales han muerto á Juan Masia alcalde de esta villa, y otros muchos indios, que han muerto é preso, como es público y notorio, siendo debaxo de paz.*

Sin embargo, el buen Luis de Fuentes los recibia con cariño, los agasajaba, creia facilmente en sus palabras, les restituia los prisioneros; y tambien llevó una vez personalmente algunos de los enviados á la ciudad de la Plata para tratar con los SS. Oidores de la R. Audiencia, á quienes prometieron aquellos insignes embusteros sugetarse al rey, abrazar el cristianismo, y admitir sacerdotes, que se lo enseñasen.

Cumplieron estas solemnes promesas con la fidelidad de siempre: y cuando, muchos años despues, entraron los

misioneros á predicarles el Evangelio, los maltrataron, los persiguieron y mataron. Baste decir, que hasta hoy, en los parajes mismos recorridos por el cap. Fuentes, y á no muy larga distancia de esta ciudad, existen todavia restos de aquellas irreducibles tribus, bárbaros é infieles como sus antepasados.

Otra nacion no menos temible habitaba al Sur del pais de Tarija. Gente en extremo feroz é indómita, los Umaguacas, renegando de Cristo cuya ley habian aceptado á los principios de la conquista del Tucuman, degollando á los sacerdotes que se la enseñaban, sacudido el yugo castellano que los oprimia demasiado, no perdian ocasion para desahogar el odio mortal, que habian concebido contra los españoles. Comarcanos al camino, que de la provincia de Chichas introducía á la del Tucuman, teníanlo bañado en sangre y cubierto de cadáveres. Confederándose ya con los Calchaqués, ya con los Chiriguanos, habian arrasado cinco ciudades, a saber: San Miguel, Cafiete, Nueva Córdoba, Londres y Nieva. Los Chichas tambien, aunque domados por los Castellanos, tascaban el freno; y mas de una vez asociáronse á los Umaguacas (con quienes tenian relaciones, no solo de amistad, sino aun de parentesco), y les dieron mano en sus fechorias. Para reprimir la audacia de unos y otros se vieron obligados los colonos Tarijeños á recorrer con armas los pueblos de Talina, Casabindo, Cochinoca y toda la estensa y populosa quebrada de Umaguaca. Avanzaron hasta el valle de Jujui, cuando, habiendo intentado Pedro de Zárate restablecer en él la villa de Nieva, perdió toda su gente, asesinada por los referidos salvajes.

Mientras los primeros colonos hacian valerosos esfuerzos para domar á los bárbaros que los rodeaban, la nueva villa de San Bernardo iba progresando paulatinamente. La fertilidad de estos valles¹, y la abundancia de sus productos

¹ Esta era tanta, que en aquella época la carga de trigo vendiase en seis reales; y por un real se daban cuatro libras de pan. Igual era la copia del vino.

y pastos habia atraído á varios españoles, que con los numerosos arréos de indios yanaconas y negros esclavos traídos consigo, habian aumentado considerablemente la poblacion. Los alrededores del pueblo iban cubriéndose de huertas, y engalanándose con muchos y bellos viñedos. Numerosos rebaños pacian en las pampas de Tolomosa, en el valle de la Concepcion y en las cañadas de Canasmoro y Sella, que eran por entonces los sitios menos espuestos á los asaltos y robos de los salvajes y mas fáciles de defensa.

Luis de Fuentes, en remuneracion de sus servicios, habia sido condecorado con el título de capitán general. El cabildo, aumentado, por concesiones reales, con varios miembros, reuníase de ordinario dos veces cada semana, *para conferir las cosas tocantes y cumplideras al servicio de Dios nuestro Señor y de su magestad, y á la conservacion, aumento y buen gobierno de esta villa y frontera.* Y las trataba con madurez, las resolvía con acierto, y las hacia cumplir con firmeza; como consta por los libros de cabildo de aquella época. Al principio reuníase el Ayuntamiento en las casas del cap. Fuentes, hasta que se concluyeron las de Cabildo; en las cuales, á mas de la sala capitular, habia una pieza para el archivo, otra para guardar las armas y municiones, y otras dos destinadas para cárcel.

Se construyeron tambien algunos molinos. Un hospital, (debido en gran parte á la piedad y munificencia del hacendado Pedro Fernandez de Tordoya) acogia á los pobres, y especialmente á los indígenas. Un mayordomo y dos diputados elegidos por los regidores celaban la fiel administracion de sus rentas, y el buen tratamiento de los enfermos. Y porque de dormir los indios mitayos en la casas de los españoles, habíanse experimentado graves inconvenientes, mandó Luis de Fuentes, con cristiana prudencia, disponerles local apartado, en donde todos se recogiesen por la noche.

La primera iglesia era demasiado pequeña para contener la poblacion cada dia mas creciente; por lo que se fabricó otra mas grande y mas hermosa. Se dispuso tambien la construccion de una ermita en honor del Evangelista S. Juan¹, á quien Luis de Fuentes (14 de Diciembre de 1577) elijió solemnemente en abogado de esta villa, *para el bien y conservacion de ella, y para que Dios N. S. guarde las sementeras, por la salud del pueblo y conservacion dél en su s. servicio.* Y todos los capitulares, aprobándolo, decretaron que el dia del S. Apóstol todos los años, *se hiciese procision solemne con todos los estantes y habitantes de la villa, y hubiese misa cantada, y las Justicias competiesen á todos á que se hallasen en la dicha procision, dando la limosna que cada uno quisiere.* Luis de Fuentes daba de su parte, todos los años, un marco de plata. Este hecho no tiene importancia alguna histórica; pero, lo hemos querido consignar con la esperanza de que su relacion podrá servir para resucitar en los Tarijeños la devocion, que sus mayores profesaron al discípulo querido de Jesus, al hijo adoptivo de Maria.

El virtuoso y sabio P. Sedeño, que habia acompañado á los conquistadores en su entrada y en los dias de afliccion y peligro, siguió por algunos años dispensándoles los

¹ Vulgarmente se cree, que la pequeña Iglesia de S. Juan, puesta en el morrito dominante á este pueblo, fué la primera, que se levantó en Tarija: lo que es falso. La primer iglesia, como hemos referido, titulada la *Inmaculada Concepcion*, se edificó en la plaza; y solo algunos años despues se empezó la fábrica de la capilla de S. Juan. Ni se concluyó tan luego: porque, en 5. de Marzo de 1605, el procurador de la villa, quejábase con los regidores, *de que la hermita del Sr. S. Juan se habia empezado á hacer, y nunca se habia acabado, por no estar cubierta &c.* Poco duró esta primer capilla; pues en 1637 ya estaba en el suelo. Pasaron treinta años sin que se pensase en su reconstruccion, hasta que en 1667 la verificó el piadoso D. Cristóval de Velasco; y entonces fué declarada vice-parroquia. Tambien esta segunda capilla se arruinó á los noventa y nueve años: se procuró luego su reedificacion en 1767 á diligencias de D. Francisco Gutierrez del Dozal; y es la que actualmente existe.

beneficios del ministerio sacerdotal ¹. Era consiguiente que desease el establecimiento de sus hermanos en esta villa; y en 1575 ya hubo en ella Convento Dominicano con su iglesia, dedicada al *Santisimo Nombre de Jesus* ². Los Agustinos tambien solicitaron en 1588 fundar su monasterio; y el cabildo se lo concedió bajo una condicion, que nos pinta el espíritu cristiano de aquella edad. Era, que todos los años, en el dia aniversario de la fundacion del convento, estuviesen obligados los Religiosos á cantar una misa, *la cual (añadian) se ha de decir por el aumento de esta frontera en servicio de Dios N. S., y por la conversion de los naturales fronteros, enemigos nuestros*. Es permitido á la ilustracion moderna reirse de estas simplezas de aquellos buenos antiguos; permítase pues, á la fè sencilla recordarlas con respeto.

¹ Los antiguos papeles lo califican de *Religioso muy docto y de sancta doctrina*; y refieren, que, en todo el tiempo que prestó sus servicios espirituales á la naciente colonia, era tanta su pobreza, que *aun no tenia para hábitos, ni para otras cosas muy forzosas*.

² En la iglesia de los PP. Dominicos se veneraba una Imágen de nuestra Señora de la Soledad, la cual solíase llevar en procesion todos los años por la semana santa. Para el alumbrado de esta funcion se habian prevenido, el año de 1629, siete arrobas de cera en velas, que la respectiva cofradia habia recibido prestadas de las otras cofradias, que habia entonces en el pueblo. Al cerrar la noche del viernes santo, 13 de Abril, salió la procesion con la S. Imágen, recorrió las calles en la estension de catorce cuadras (*mas de quilómetro y medio*), hizo sus estaciones en todas las iglesias de la villa; y á la una de la mañana volvió á entrar en la suya. La crecida cantidad de velas del peso indicado habia ardido durante toda la funcion, por el espacio de seis á siete horas: al otro día, *se pesó la cera, y se halló justa y cabal, sin fallar cosa alguna del peso, que antes pesó, cuando se entregó al mayordomo de la cofradia*. El acta original, que certifica este maravilloso suceso, firmada por el maese de campo D. Juan de Frias Breña, correjidor y justicia mayor de esta villa, y por los demas capitulares, en presencia de Cristóval Hoces escribano real, se halla en el libro de cabildo correspondiente á aquella fecha, á fojas 440. En la misma se afirma, que *otros años antes se habia visto el mismo milagro, no faltando cera ninguna de la que alumbró y arde en la dicha procesion, y dia del viernes santo*. Es lástima, que Tarija no haya cuidado de conservar aquella veneranda Imágen.

Mas tarde, los Franciscanos tambien tuvieron en Tarija un Convento, los hijos de San Juan de Dios un Hospital (a. 1632), y los de S. Ignacio un Colegio (a. 1697). Cinco casas religiosas en una villita, que contaba unos trecientos habitantes, no parecian demasiadas en aquella época de pocas luces y mucha fé. — ¿Que perjuicios les venian por esto á los pueblos?... —

Habian corrido mas de veinte y cuatro años. Luis de Fuentes, fundador, sostenedor y bienhechor de Tarija, habia tenido que luchar todo este tiempo con la ferocidad de los Chiriguanos y con la envidia de sus compatriotas. Graves y frecuentes quejas se habian elevado contra él á la R. Audiencia de la Plata, por lo que tres veces lo habia depuesto, y otras tantas lo habia restituido al goce de los oficios, dignidades y privilegios, que el virey Toledo le habia concedido. Habiéndose retirado finalmente á Chuquisaca, en los últimos dias de su trabajada vida no olvidó al pueblo de su conquista, quiso dejarle una prenda de su afecto, mandando en su testamento¹: *que de lo mejor parado de sus bienes, todos los años, é perpetuamente para siempre jamas, el día de Nuestra Señora de Agosto, se presentasen seiscientos pesos en la iglesia mayor de la villa de Tarixa, y se diesen en dote á una doncella huérfana de las que fuéren nascidas en el dicho pueblo.*

La piadosa manda, destinada á conservar perpetuo en Tarija el recuerdo de su conquistador, quedó por completo olvidada.

¹ Hecho en la ciudad de la Plata, lunes, 16 de Agosto de 1598.

II.

El convento franciscano.

A DIEZ dias del mes de Marzo de mil, seiscientos y seis, en la R. Audiencia de la Plata se leia la siguiente peticion: *El thesorero Hernando Alvarez, D. Francisco de Fuentes, Diego Enriquez de Montemayor, Juan Camacho de Guzman y Gaspar de Herrera, vezinos de la villa de Tarija, decimos: Que en la dicha villa ha muchos años que está señalado sitio para fundar el convento y casa del Sr. San Francisco*¹. *È por quanto el lugar apetece se funde convento de la dicha orden, y lo emos tratado de presente con el Provincial de la dicha orden, que está al presente en esta Corte, y se ha ofrecido á dar tres frailes para que bayan á fundar el dicho Conrento.*

¹ Hallamos, que el 2 de Agosto de 1603, enviando este Cabildo al cap. Juan Ribero de Montenegro con algunos memoriales al virey, dispuso: *Que se escribiese una carta al Vicario general de la horden del Sr. S. Francisco, para que se pueble y funde conbento del Sr. S. Francisco en esta villa, atento á que le está señalado citio que da el cap. Blas Gonzales Zermeno, por ser esta villa y valle para comodidad para la dicha fundacion: y se cometió de escrivilla al presente escribano Miguel Gerónimo. Ignoramos si se escribiría la carta, y su resultado.*

Y por que el hacerlo, y la casa, y todo lo demas que fuere para su sustento, nos ofrecemos é los demas vecinos de dicha villa á sustentarlos, sin que sea necesario se gaste de vuestra real hacienda — Á V. A. pedimos y suplicamos nos conceda licencia para el dicho efecto, pues es para tan buena obra, y tengamos en aquella villa este convento, por ser tan acepto á toda la christiandad; que en ello recibiremos merced, &c. — Igual peticion fué elevada al cabildo eclesiástico de los Chárcas en sede vacante. Ambas autoridades acogieron y despacharon favorablemente la religiosa solicitud de los Tarijeños.

4 Dos meses despues, llegaba á Tarija el P. Fr. Miguel Chirino, encargado de recoger las limosnas necesarias para realizar la deseada fundacion. Con este objeto, el dia de la Ascension, 4 de Mayo, reuniéronse en la iglesia mayor el teniente de correjidor Gonzalo Flores de Chaves, el cabildo, justicia y regimiento, con todo el pueblo. Nadie se negò. Quien no pudo contribuir con limosnas pecuniarias, ofreció adobes, mádera, reses, granos, vino y otras especies convertidas en dinero por Francisco Iñiguez de Arellano, primer síndico de este convento, para comprar dos solares (pues el sitio señalado no era á propósito), y costear los primeros gastos de la fundacion. El total de las limosnas ofrecidas subió á dos mil, ciento, noventa y un pesos con cinco tomines. Fuera de esto, unos se obligaron á dar herramientas y peones, otros á cooperar con su trabajo personal. El largo catálogo de los contribuyentes, con una declaracion minuciosa de lo que cada cual ofrecia, se halla hasta hoy en el archivo de este colegio, como monumento perpetuo de la piedad Tarijeña. — Catorce dias despues, se abrieron los cimientos de la nueva casa franciscana.

Un reparo caviloso de los regidores motivó la suspension de la obra en su mismo principio: mas, habiendo llevado Gaspar Herrera las reclamaciones del pueblo al Dean y cabildo eclesiástico de la Plata, este, á 9 de Enero

de 1507, sopena de escomunion mayor *latae sententiae*, mandó que nadie osase impedirla.

Allanadas todas las dificultades, el Ministro de la provincia franciscana de los XII Apóstoles del Perú, P. Pedro Gutierrez Flores envió á algunos frailes que tomasen posesion del nuevo convento, instituyendo en su primer Guardian al P. Antonio de S. Buenaventura. El cronista de esta provincia nos ha dejado algunas noticias de la vida y virtudes de este ejemplar religioso; y de buen grado las reproduciremos aquí, compendiándolas, para resucitar y perpetuar la memoria del virtuoso fundador de este convento¹.

Nacido en Valladolid de la ilustre familia de los Sandovalés, por su nobleza y no comun talento, logró la estimacion y privanza del virey del Perú, D. Luis de Velasco; en cuya compañía habia pasado á estas Indias. Entre el fausto de la corte y placeres del siglo vivió con mucho olvido de Dios y de sí mismo, hasta los cincuenta años de su edad; cuando harto del mundo, resolvió abandonarle y refugiarse en el claustro. Presentándose al convento del Cuzco, pidió humildemente el hábito franciscano, el cual no sin dificultad le concedieron aquellos Padres, rezelosos de que mal pudiese soportar la estrechez y austeridad de la religion, un caballero por tantos años avezado á las libertades y delicias del siglo. Mas, los hechos no tardaron en demostrar, que la mudanza de Antonio Sandoval habia sido obra de la diestra del Escelso; pues, esta fué tal, que sus mas íntimos allegados le desconocian. Habiendo profesado la regla franciscana el dia consagrado á la memoria del Seráfico Doctor S. Buenaventura, en obsequio suyo, renunciando al apellido de su noble casa, quiso en adelante denominarse Fr. Antonio de S. Buenaventura. Desde ese momento, su

¹ Mendoza. *Crónica de la Provincia de S. Antonio de los Charcas*. Lib. 2. cap. 32. — Advertimos que este convento de Tarija en el primer año de su fundacion perteneció á la provincia franciscana del Perú, y en el siguiente de 1607 entró á formar parte de la de los Charcas nuevamente erigida.

vida fué un ejercicio constante de las mas eminentes virtudes.

Él era siempre el primero y el mas asiduo en los actos de comunidad; el mas exacto en las mortificaciones prescritas; y no contento con ellas, afligia su carne con cilicios de cerda, estenuábala con continuos ayunos y penitencias; la martirizaba en fin con tanta aspereza, que sus hermanos pasmábanse de que un cuerpo, criado en regalos y debilitado por los años, pudiese tolerar tanto rigor. Para aplicarse sin embarazo á las cosas celestiales, se negaba del todo á la curiosidad humana, sin querer saber mas que á Cristo, y este crucificado. Observantísimo del silencio, cuidaba tanto de su lengua, que cuando con una señal podia responder á las preguntas, no gastaba ni una sola palabra. Rígido consigo mismo, estaba lleno de caridad para con los demas. Condóliase vivamente de los trabajos de sus prójimos, y como no pudiese por su pobreza remediarlos de otro modo, se esforzaba á aliviarlos al menos con dulces palabras y con la oferta de sus oraciones. Compláciase mucho en repartir rosarios y enseñar prácticas devotas; asegurando á todos, que en ellas hallarian el reparo de sus males y el consuelo en sus aflicciones. Aun con mas ternura se compadecia el caritativo Fr. Antonio, de las almas, que gimen cautivas en el Purgatorio, cuyas penas le tenian continuamente herido el corazon; y para aliviarlas, ocupaba gran parte del dia en rezar coronas y ganar indulgencias. Con el mismo fin, todo el tiempo que vivió en la religion, nunca usó recostarse despues de maitines, empleando aquellas silenciosas horas de la noche hasta prima, en sufragar á sus queridas almas. En favor de ellas hizo piadosa cesion de la mitad de sus merecimientos, con la condicion de que le alcanzasen de Dios le diera el purgatorio en esta vida. Que por la intercesion de las santas Almas le hubiese concedido la divina piedad esta gracia, él mismo, mas de una vez, lo afirmó con grande alegría á sus confesores: ni es inverosímil, que las molestísimas enfermedades y sensibilísimos dolores, que por

muchos años padeció en todo su cuerpo, fuesen las penas del purgatorio, con que Dios quiso purificarlo de antemano en esta vida. Sufriólo todo el buen Padre, no solo con paciencia, sino con alegría; y dando de ello infinitas gracias al Señor, no se permitía en sus recios dolores mas desahogo, que él de unas amorosas aspiraciones. Profunda y sincera fué su humildad. Sentía ser preferido á otros; aborrecía los oficios honrosos, para los cuales juzgábase inepto; tenía por perdido el día, en que no lograrse alguna ventaja en el menosprecio de sí mismo; y reputándose ingenuamente por el mayor de los pecadores, á sus culpas atribuía todos los males, que sucedían en el mundo. Y Dios, según su promesa, premió la humildad de su siervo elevándole á una alta contemplación, regálándole con esquisitas dulzuras, y dotando su espíritu de una paz tan serena, que nadie jamás pudo ver turbada.

Enviado á Tarija para fundar casa de nuestra orden, no se arredró ante la perspectiva de las escabrosidades de una empresa siempre difícil en países recién poblados y faltos de recursos. Fundó el convento; y electo en su primer Guardian, por la prudencia de su gobierno y por la santidad de la vida, se hizo amable para los de casa y respetable para los de afuera. Estos, venerándole como á gran siervo de Dios y muy valido suyo, á él recurrían con gran confianza en todos sus aprietos, y siempre que veían amenazadas sus huertas y sembrados por las tempestades, tan frecuentes en este valle y tan nocivas. El santo fraile movido á compasión salía á conjurar la tormenta; y obedientes los nubarrones huían al punto á descargar sus piedras en los riscos de la sierra vecina. Con esto crecía siempre mas en aquella buena gente la fé en Dios y la reverencia á su fiel servidor. Pero este, enemigo constante de las honras, retirábase á la Recoleta de Chuquisaca; donde acabaría de labrar su corona con el sufrimiento heroico de penosas y prolijas enfermedades. Consumido por ellas, á los ochenta y mas años de edad, reposaba en Cristo el año

de 1627. Despues de muerto, su cuerpo quedó tan flexible y su rostro tan hermoso como si estuviese vivo. À los funerales concurrió gran multitud de gente aclamándole santo y llevándose como reliquias las partecitas de su mortaja.

Bajo la direccion del venerable Padre, cuya biografia acabamos de trazar, el nuevo convento de Tarija salió exactamente conforme al modelo, que para la fábrica de las casas de su orden dejó delineado el Patriarca de los pobres. Reducíase á un solo claustro bajo, rodeado de unas pequeñas celdas destinadas á hospedar á los ocho ó nueve religiosos, que de ordinario moraban en él; las oficinas indispensables, y pobrísimas; una huerta para el sustento y recreo de los que vivian encerrados en aquella cárcel voluntaria. Las paredes del pobre edificio eran de barro y el techo de paja. Todo respiraba la sencillez y humildad de la felicísima infancia del Instituto Seráfico: el título mismo de *Nuestra Señora de los Àngeles* dado á la pequeña iglesia, ó mejor dicho oratorio, que entonces se fabricó, evocaba el recuerdo de la primer cuna de los frailes menores.

Veinte años despues, colocábase la primer piedra de una segunda iglesia, que debia ser mas cómoda; aunque no mas suntuosa¹. Su fábrica procedió con tanta lentitud, que apenas en 1645 pudo darse por concluida.²

¹ Debajo del cimiento de esta nueva iglesia se puso el siguiente memorial: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo, de la Virgen nuestra Señora, y de nuestro Padre S. Francisco, se dió principio y puso la primera piedra á este templo de los frailes menores observantes de la orden de nuestro Padre S. Francisco, dedicado á Nuestra Señora de los Àngeles de Porciúncula, rigiendo la Iglesia de Dios en la Silla pontifical Urbano Octavo; y reinando en España Phelipe quarto; y siendo Virrei del Perú D. Diego Fernandez de Córdova, Marquez de Guadalcazar; Corregidor de esta Villa de Tarija D. Juan Frias de Breña; y siendo General de la dicha orden nuestro reverendisimo padre frai Bernardino de Sena: Comisario Jeneral del Perú el mui reverendo Padre frai Juan Verdugo Moreno; Provinzial nuestro Padre frai Joan de Azpetia, y Guardian de este Convento el padre predicador frai Luis de Segura, el cual dijo la misa del Espiritu Santa, y puso la primera piedra, oi viernes, á cinco de Noviembre del año de mill seiscientos y veinte y siete.*

² V. Apéndice C.

Un edificio construido de tan débiles materiales como los referidos, en un pais donde en los seis meses de la estacion lluviosa caen frecuentes y deshechos aguaceros, no podia prometer larga duracion. Por otra parte, en un pueblo poco numeroso y no muy rico, cual era entonces él de Tarija, por piadosos que fuesen sus vecinos, no eran muchas ni crecidas la limosnas. Apenas llegaban para el mantenimiento de los pocos moradores del convento, sin que sobrasen para sostener los gastos de su reparacion. Añádase á esto la escasez suma de oficiales en aquella época; y no causará admiracion si, á pesar de los esfuerzos hechos por el celo de los religiosos á fin de conservar esta casa y reparar sus quiebras, á mediados del siglo pasado se hallaba en una triste decadencia. Apenas quedaban cuatro celdas, y estas mal seguras; las oficinas desmanteladas y casi inservibles; los muros de la huerta desmoronándose; y la iglesia próxima á desplomarse. Ni quedaban esperanzas de poder remediar tanta ruina: la comunidad no tenia en mano del síndico un solo centavo; por el contrario, estaba empeñada en gruesas cantidades. — Tal era el lamentable estado del convento de Tarija, cuando en 3 de Abril de 1755 el Comisario General del Perú Fr. Francisco Soto y Marne elevábalo al rango de colegio de Propaganda.

En el valle de Jauja, diócesis de Lima, junto á una aldehuela de indios llamada Ocopa, habíase establecido desde 1724 un Hospicio de Misioneros bajo la advocacion de S. Rosa. En él hallábase á la sazón reunido un crecido número de fervorosos frailes, que acababan de llegar de España con el santo anhelo de ganar almas y propagar el Evangelio. De ese semillero de héroes escogió el mencionado Comisario diez y nueve religiosos, que viniendo á Tarija, iniciasen en este convento aquella vida apostólica y rígida disciplina, que para los Colegios de Misioneros prescriben las Constituciones Pontificias. Entre los destinados á la ardua empresa distinguíanse en virtud y celo el aragonés Manuel Gil, el catalan Alejo Forcadell, sacerdotes, y el

humilde lego Fr. Francisco del Pilar, que despues se hizo tan insigne por sus evangélicas conquistas entre los Chiriguanos. A los electos por el Comisario agregáronse otros religiosos mas, hasta completar el número de veinte y seis. Jefe de todos venia el P. Fr. Francisco Escribano, natural de Castilblanco en Extremadura, maestro en Teologia, varon dotado de eximia piedad, y celosísimo de la mas severa observancia ¹.

Gozosos salieron de Ocopa los nuevos Apóstoles, y llegados por el mes de Julio al Cuzco, presentáronse al Ministro de la Provincia P. Pedro Dominguez, pidiendo su beneplácito y bendicion para pasarse á este convento. Luego, seis de ellos marcharon desde allí á las Misiones de Apolobamba, distantes unas doscientas y cincuenta leguas, donde con celo apostólico trabajaron tres años enteros para hacer felices á aquellos pobres indios con el beneficio de la civilizacion cristiana. Fueron estos como las primicias de tantos Misioneros, que despues salieron de este Colegio, llevando la luz del Evangelio á las naciones bárbaras, que habitan estas fronteras ².

Desde el Cuzco dirigióse el P. Guardian Escribano á Chuquisaca para besar las manos del Ilmo. Prelado de la Arquidiócesis y cumplimentar á los Sres. de la Real Audiencia. Los demas prosiguieron su marcha; y á últimos de Setiembre, cuatro de ellos llegaron finalmente á Tarija. ¡Cual seria la sorpresa y afliccion del P. Gil y sus compañeros, cuando poniendo el pié en este convento, le vieron tan ruinoso y desprovisto! Casi desmayaron. Pobres, sin recursos, sin relaciones, en un pais desconocido, en un convento medio destruido y cargado de deudas, ¿que partido debian tomar?... Estuvieron vacilantes por algunos dias;

¹ Sus singulares virtudes le merecieron la veneracion de este pueblo, el cual quando supo su fallecimiento (27 de Agosto de 1774) se agolpó á honrar su cadáver, cortándole por devocion los hábitos y cabellos.

² V. Apéndice D.

hasta que, reunidos en consulta, deliberaron arrojar sus esperanzas en Dios, y entrar en posesion de esta pobrísima casa. Era el dia 14 de Octubre de 1755; y desde este dia el convento de Nuestra Señora de los Angeles de Tarija pasó á ser Colegio de Misioneros de Propaganda Fide¹.

No podemos dudar, que Dios habia traído aquellos sus ministros á este pais para gran servicio suyo: nada, pues, estrañamos, si desde luego empezó á manifestar que corria de su cuenta el socorrerlos. Por Noviembre, el estrechísimo y pobre convento de Tarija abrigaba á veinte religiosos, y tan abundantemente provistos, que del alimento diario sobraba para repartir á los pobres en la portería. Estos rasgos de proteccion divina inspiraron mayores alientos á nuestros misioneros. Sin tener en cuenta la crecida deuda que pesaba sobre la comunidad, ni la absoluta falta de fondos en que se hallaban, ni el defecto grandísimo de operarios hábiles que habia en el pais, ni la pobreza no poca de la mayor parte de sus vecinos, con una fuerza de voluntad admirable, y que casi calificariamos de heróica, determinaron emprender la fábrica de una nueva iglesia y de un nuevo convento mucho mas capaz que el antiguo. El quince de Mayo de 1756 bajó á las zanjas la primer piedra del proyectado edificio. Mas de doce años de trabajos y afañes costó el llevarlo á perfeccion; pero al cabo, la invicta constancia de nuestros Padres vió coronados sus esfuerzos; y el veinte y cinco de Julio de 1767, con la pompa mas solemne que nunca viera este pueblo, se inauguró el nuevo templo. La asistencia del ilustre Cabildo de la villa, del Sr. Vicario eclesiástico, de los RR. Prelados de las comunidades religiosas; el concurso de todas las gentes de la comarca, sermones, loas, luminarias y fuegos artificiales hicieron mas augusta y mas alegre la solemnidad; la que duró seis dias seguidos. — Poco tiempo despues quedaba tambien concluida la fábrica del convento.

¹ V. Apendice E.

Este edificio, que aun subsiste tal como lo levantaron los Padres españoles, nada tiene de elegante ni de suntuoso. Las celdas bajas y pequeñas; estrechos y lóbregos los corredores: todo es pobre, todo inspira una santa tristeza, que reconcentra los sentidos y eleva el corazon: sin embargo, nada falta de lo que puede contribuir á la religiosa comodidad de los que lo habitan. Una huerta espaciosa, con paseos sombreados de duraznos y molles, de cipreses y álamos, ofrece agradable diversion á los ánimos fatigados por largas y serias ocupaciones. Una copiosa biblioteca con cuatro mil, quinientos, ochenta y seis volúmenes¹, rica de obras clásicas en todo ramo de ciencias y literatura, facilita á los estudiosos ya una instruccion severa, ya una útil recreacion. Una cómoda enfermería, con su oratorio, está destinada al descanso y alivio de los viejos y achacosos, que son provistos de remedios por una botica bien surtida. Las oficinas de panadería, tejería, carpintería y herrería proporcionan utilidades económicas al Colegio, y atestiguan hasta hoy la actividad prodigiosa de sus fundadores. Y ciertamente, que en el corto tiempo y azarosas circunstancias ya indicadas, pudiesen aquellos pobres frailes realizar tanta obra y de tanto gasto²; es cosa que nos admira, y no podemos menos de adorar en ella una mano invisible que coopera y sostiene á quien de ella se vale.

Al mismo tiempo que se afanaban en levantar el edificio material de este Colegio, no ponian menos empeño para cimentar en él y consolidar el espiritual edificio de la vida religiosa y apostólica. Esta fué su primera solicitud

¹ En pieza distinta se conservan otros dos mil, trecientos, treinta y siete volúmenes de duplicados, para la comodidad y á la disposicion de los religiosos, que salen á misionar en los pueblos cristianos, ó residen en las reducciones de los infieles. Ambas librerías van enriqueciéndose poco á poco, con nuevas obras.

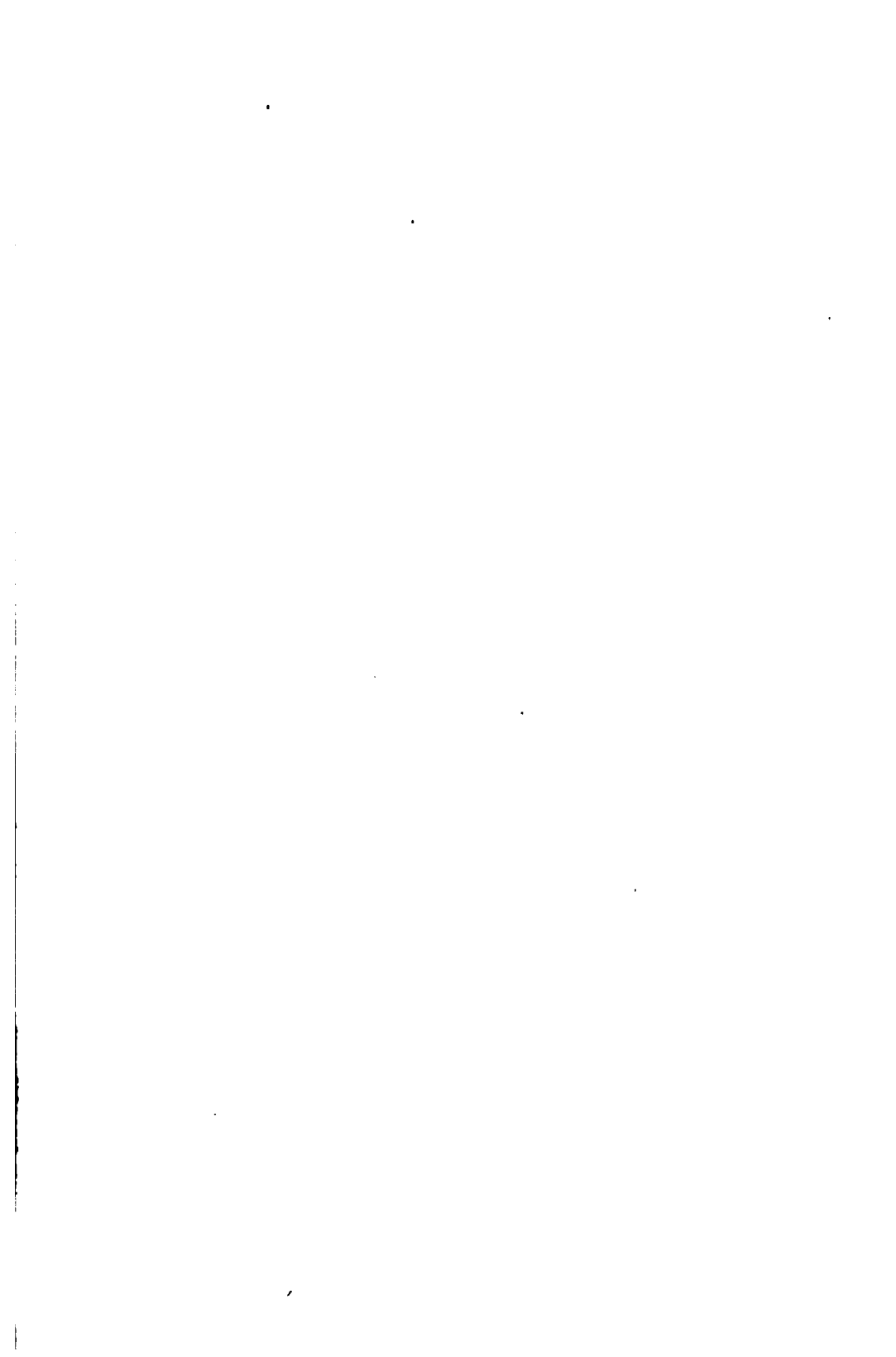
² Solo la iglesia tuvo de costa diez y siete mil, quinientos, veinte y cinco pesos, y dos reales y medio.

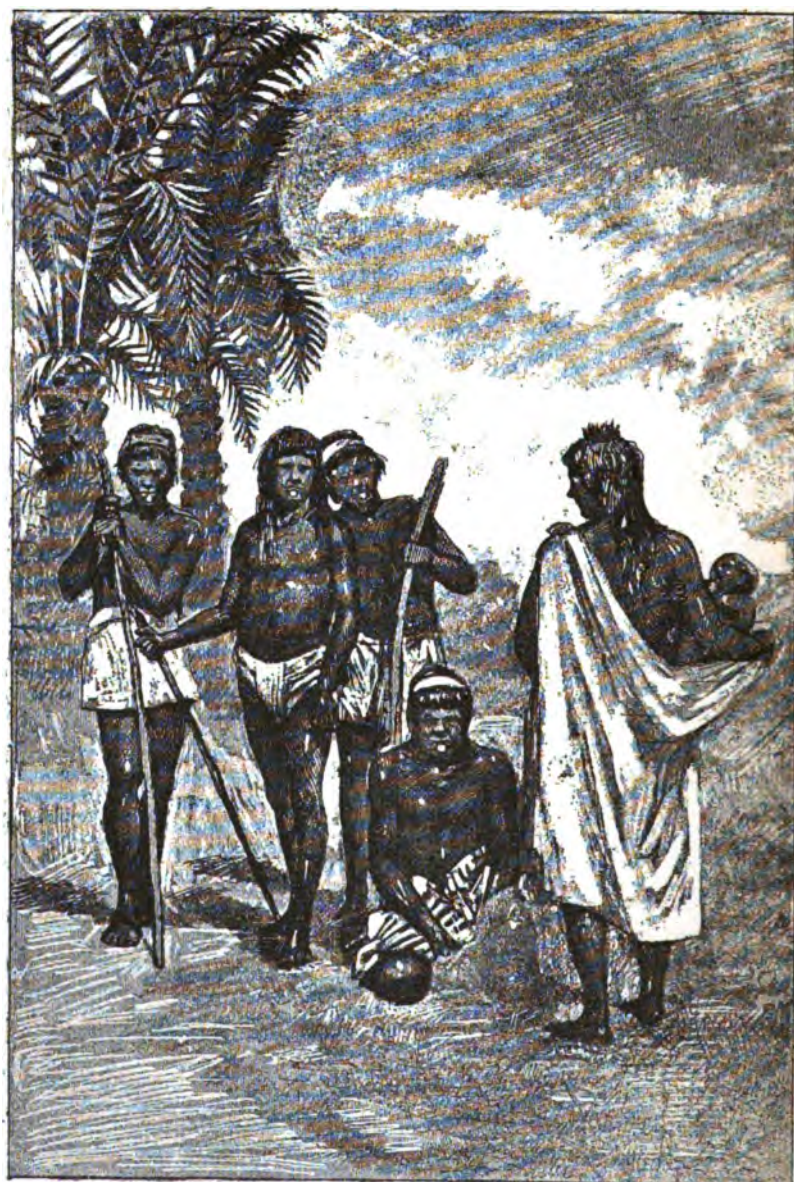
desde el día, que entraron en él: y he aquí el indispensable tenor de vida, que desde luego establecieron. Se levantaban muy de mañana para ocuparse en la meditacion y en las alabanzas del Señor. Celebrada la misa, se retiraban á sus celdas para dedicarse á la leccion y al estudio. Por la tarde, se reunian á la conferencia para tratar y resolver cuestiones de moral ó de mística, de regla ó de liturgia. Al anochecer, se congregaban de nuevo en el coro, para consagrar dos largas horas á los mismos ejercicios, con que habian empezado el día. En el servicio de la comunidad todos iguales: el guardian y el sacerdote ordenado ayer hacian por su turno la hebdomada; y el padre anciano y el novicio recién vestido lavaban juntos los platos y barriaban los claustros. Á las austeridades de regla añadian otras de eleccion. Frecuentes eran los ayunos, las disciplinas, los capítulos de culpas: el silencio, interrumpido solo por unos cortos ratos de conversacion comun, á horas determinadas. Rígidos guardadores de la clausura, rara vez se permitian salir de ella á recrearse; y esto, no separados, sino todos en comunidad. Las puertas del claustro abiertas solo á los que buscaban algun consuelo espiritual: las celdas con entredicho, no solo para los estraños, sino tambien para los de casa. — Con esta vida austera de recogimiento y de oracion, procuraban habilitarse para las santas faenas del apostolado, que segun su vocacion se proponian ejercitar en los pueblos cristianos y entre las tribus salvajes.

Mas, aun en el silencio y recogimiento del claustro no quedaba inerte su celo. Predicaban con frecuencia ya en su iglesia, ya en la matriz: todos los dias recibian en el confesonario á multitud de penitentes, que de todos los rincones de estos valles y de la sierra acudian á buscar el remedio de sus conciencias: á todas horas estaban prontos á correr á las camas de los enfermos, para consolar con el perdon las últimas lágrimas del arrepentimiento; en todo tiempo estaban dispuestos á acoger en el convento y dirigir por los caminos de la salud, á los muchos que se retiraban

á ejercicios espirituales. Juzgándose con S. Pablo siervos de todos, sobre todos procuraban derramar los beneficios de su caridad, prodigando á los pobres socorro, á los ricos consejo, á los desvalidos amparo y á los atribulados alivio. Con estas obras de caridad y celo se grangearon el aprecio, no solo de este pueblo, sino aun de las provincias vecinas; todos los amaban y veneraban, mirándolos (segun sencillamente dejó escrito uno de aquellos primeros Padres) *como ángeles venidos del cielo*.

Años despues, el colegio pasó por dolorosas vicisitudes; pero, lo sostuvo la mano de Dios y no permitió se destruyera la obra que él habia levantado. Entre los sacudimientos de una revolucion furiosa, que desolò casi todos los conventos y dispersó á sus pacíficos moradores, el colegio de Tarija quedó en pié, como faro de salvacion, para esparcir luces de doctrina y ejemplo en esta ciudad, en este departamento, en estas fronteras. Los Tarijeños no desconocen estos beneficios: aman á los frailes, respetan el Colegio; y en el entusiasmo de su gratitud y devocion suelen llamar este convento: *la Reliquia de su pueblo*.





III.

Los Chiriguanos.

Ano muchas leguas de distancia de Tarija, acuartelados en los últimos contrafuertes de los Andes, y como vanguardias del Gran Chaco, estan los Chiriguanos ¹.

Que sean ellos gente advenediza del Paraguay, usurpadora del territorio que hoy ocupan, y del cual arrojáran alevosa y violentamente á los antiguos y legítimos dueños, lo afirman unánimes todos los que han escrito de ellos, y parece confirmarlo el idioma por ellos hablado ². Imposible seria señalar la época precisa, los motivos y las circunstancias de su emigracion: y aun el hablar el idioma guaraníco

¹ El Gran Chaco es un vasto territorio, que desde los últimos escalones de la Cordillera Andica se estiende hasta el rio Paraguay, y es habitado por varias tribus salvajes, diferentes en el idioma, pero casi iguales en las costumbres, y que han sabido conservar hasta hoy su nacional independencia. La parte de este territorio rayana al de Tarija está poblada por los Chiriguanos, Chaneses, Matacos, Tobas, Chorotis, y Tapletes. (V. *Descripcion chorográfica etc. de las dilatadissimas Provincias del Gran Chaco-Gualamba etc. por el P. Pedro Lozano. Córdoba 1733.* — y *Memorias descriptivas é históricas del Gran Chaco por José Antonio Arenales. Salta*).

² V. Apéndice F.

no puede ser argumento cierto de que nuestros Chiriguanos sean originarios del Paraguay: porque ¿no pudieran serlo del Brasil, donde en una vastísima estension se habla igual idioma?

Chiriguano es término compuesto de la lengua quichua, y quiere decir *estiércol frío*; nombre, que quizas por desprecio les darian los antiguos vasallos del Inca: mas, ellos para distinguirse de las otras naciones se dan a sí mismos con jactanciosa antonomasia el nombre de *Aba*¹.

Segun la estadística del P. Lozano, á principios del siglo pasado *los Chiriguanos serian de 25 á 35 mil indios de tomar armas, fuera de la chusma de mujeres y niños*. Hoy es mucho mas reducido su número.

Despues de tantas vicisitudes y de haber mezclado su sangre con la de otras naciones, no puede darse un verdadero retrato del tipo chiriguano. Comunmente son altos, rollizos, perfectamente desarrollados. La cabeza grande, redonda y muy poblada de cabellos negros y tiesos. No encanecen sino en la última vejez: son rarísimos entre ellos los calvos. Muy ancha la cara; poco espaciosa la frente; un tanto abultados los pómulos; los ojos oblicuos y negros; la nariz gruesa y roma; la boca grande; los labios túmidos; el mento redondo y barbilampiño. Parduzco el color, ó mas bien parecido al de un viejo pergamino, que estuvo espuesto algun tiempo á la accion del humo.

Los hombres cortan en redondo los cabellos sobre la frente hasta las sienes; mas, dejan crecer los demas, que curiosamente repliegan sobre y al rededor de la cabeza, ciñiendolos con una faja ancha y larga, ordinariamente roja, la que llaman *yapicüana*. Los raros pelos de la barba, de los sobacos y demas partes del cuerpo, arrancan

¹ *Aba* significa *hombre*. Á la mujer llaman *Cuña*, á los mozos *cumumi*, y á los cristianos *cardi*, que quiere decir *hábil, esperto, sagaz*. Con los mismos significados usan comunmente de estos términos los Blancos habitantes en las fronteras de Tarija.

con cuidado; y recortan las cejas y pestañas. Del vestido no se dan mucha pena, pues cuando muchachos no usan alguno, y cuando adultos cualquier trapo les basta, y en falta de este un manojo de yerba. Los mas acomodados usan, especialmente en los viajes, colete y unas bragas anchas y cortas, hechas de pieles de corzuelas ó de jabalíes. Vestido de gala en los dias solemnes es el *tiru*, muy ancho y bastante largo, que les cubre todo el cuerpo á manera de cogulla. Para formar una idea de este raro traje sin cuello ni mangas, figúrese una frasada doblada y cosida por ambos lados, dejadas tan solo en estos las aberturas necesarias para introducir las manos, y otra en el medio de la parte superior para entrar la cabeza. Así para adorno, como para resguardo del cútis, segun ellos dicen, se unjen frecuentemente el cuerpo con un espeso y fétido aceite estraido por decoccion de los granos de la palmacristi, y se pintan de un subido rojo la cara y las piernas con una tosca preparacion de las semillas del achiote ó de la flor del amaranto.

Mas, el adorno especial y que los distingue de todas las demas naciones del Chaco, es él que ellos llaman *tembeta*, y que consiste en una especie de boton, que les luce en medio del labio inferior. Horadan este desde niños¹, é introduciendo en el orificio unas cañuelas ó taruguillos sucesivamente siempre mayores, lo agrandan hasta el punto de caber en él una pieza redonda de 2 á 3 cm. de diámetro. Es de madera ó estaño; en el centro lleva de ordinario engastada una piedrecita verde ó algun tiesto azul, y en la trasera dos orejillas por las cuales queda sujeta á la parte interna del labio. De este dije, que feamente los desfigura, van ellos mas orgullosos que un caballero con su condecoracion.

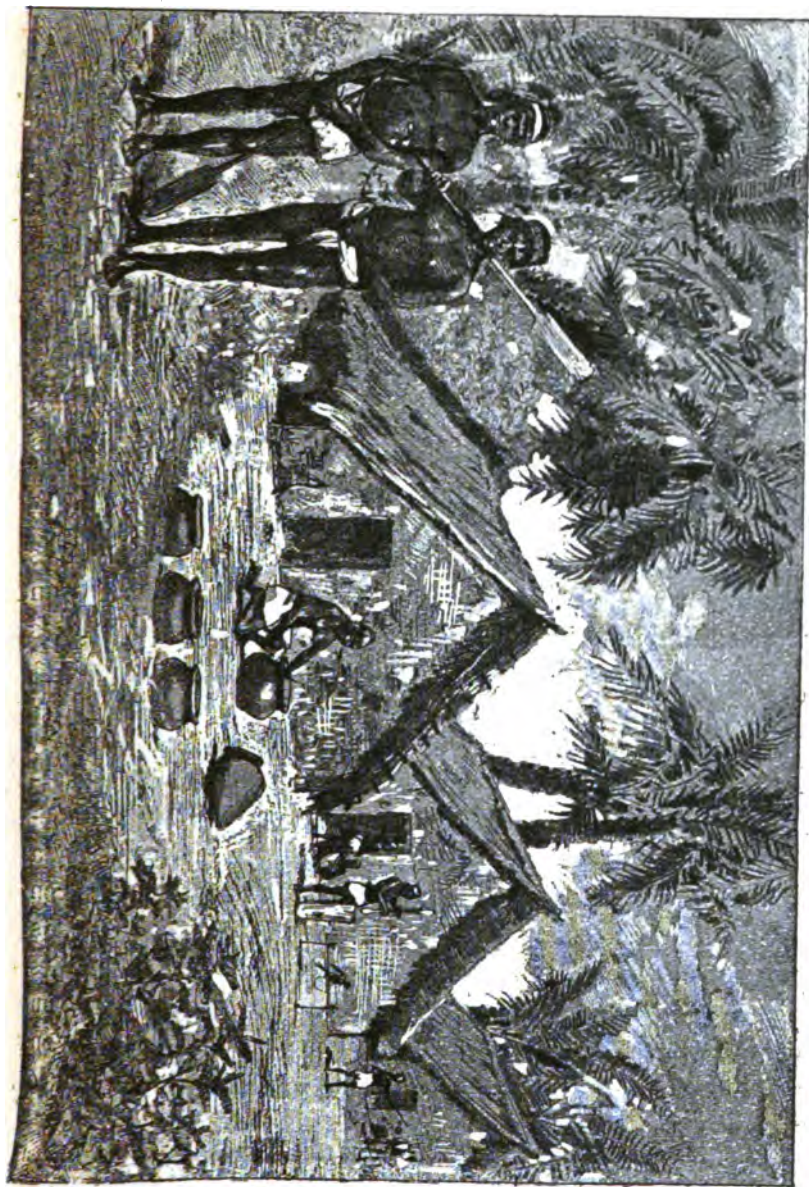
¹ La ceremonia de horadar el labio es ejecutada por alguno de los mas respetables ancianos del pueblo. El muchacho, despues de recibida la *tembeta*, tiene que guardar por cinco dias un riguroso retiro y ayuno.

Las mujeres no cortan el cabello, escepto en determinadas circunstancias, y lo dejan ondear libremente por las espaldas. Las coquetas usan hacer en la coronilla una tonsura oval, por donde creciendo derecho y tieso el pelo, forma un coquete parecido al de algunas aves, que es mucha gala para ellas, y lo llaman *yattira*. Su vestidura es el *tipóí*, ó *mandu*, idéntico á un ancho costal abierto en ambos extremos, sin costura alguna, que sostenido en uno de los hombros, cae suelto cubriéndolas hasta media pierna. Al hallarse ocupadas en las faenas caseras, lo bajan y ajustan en torno de la cintura, y en iguales circunstancias, para estar mas desembarazadas, dividen en dos mechones los cabellos, y los anudan sobre la frente. Aficionadísimas son, especialmente las mozas, á arrebolarse estremadamente el rostro, y ornarse el cuello y las muñecas con conchuelas, piedrecillas de color, y cuanto abalorio pueden tener. — Así el *tiru* de los hombres, como el *tipóí* de las mujeres son de algodón teñido de un turquino oscuro, ó de un toско amarillo.

No place a los Chiriguanos reunirse en poblaciones numerosas; prefieren distribuirse en pueblecillos á cortas distancias unos de otros, y casi siempre situados en alguna altura, á lo largo de los arroyos. Cada uno de dichos pueblecillos se compone de unas ocho ó diez casuchas dispuestas de modo que formen una plazuela mas ó menos regular.

Son sencillas esas casas, compuestas de una sola pieza cuadrada, bastante grande, que sirve á todos los usos domésticos; las paredes de palos y cañas rebocadas con barro; el techo de paja. Para que este mejor resista á los recios vientos y deshechas lluvias tropicales, le dan tal declividad, que los alares casi tocan el suelo: y para que salga el mucho humo del fuego perpetuo que arde en la vivienda¹, dejan

¹ En las cabañas chiriguanas, nunca falta el fuego. Cuando estan de camino, al hacer noche, la primera cosa en que piensan es procurárselo. Y en falta de eslabon, con facilidad se lo procuran haciendo girar á guisa de



en el caballete una abertura tan larga como la cumbrera, y defendida por la ceja de uno de los lienzos que sobrepasa al otro. La casa se mantiene siempre muy limpia y aseada por la solicitud de las mujeres, que la barren con frecuencia.

No menos sencillo es el ajuar. Dos ó tres trozos de caoba groseramente labrados para escaños; unos pequeños y bajísimos catres de cañas; unas hamacas colgadas de las horquetas que sostienen la techumbre; un buen surtido de ollas, platos, cántaros, tinajas y *yambúis*¹ de barro tosco, y otro de porongos y mates destinados á servir de botellas, tazas y cucharas. Hay también platos y cuencos, porongos y mates esculpidos y pintados curiosamente para los días de fiesta y el servicio de huéspedes distinguidos.

Igualmente es sencilla la mesa. Alimento ordinario y principalísimo es el maíz preparado de diferentes modos; es decir, el *atiruru*, ó el grano de maíz cocido entero en agua; el *atipii*, ó el mismo grano tostado; el *aticúi*, que es el mismo *atipii* molido; el *cagüiyi*, especie de mazamorra sin sal; el *muinti*, o harina de maíz ligeramente mojada y luego disecada al fuego en un tostador de barro; el *muyape*, grueso pan cosido bajo el rescoldo; el *huintimimmo*, especie de torta muy tierna hecha con harina de maíz humedecida y blandamente dispuesta en una tortera agujereada y cocida con el baho del agua caliente. Comen también con gusto y frecuencia zapallos, frejoles y camotes que ellos mismos siembran en corta cantidad, y varias yerbas que les ofrecen espontáneamente los campos, y que sazonan con un ají muy picante y con polvos de *aticúi*. Del pescado son golosos en extremo. Regálanse también de cuando en cuando

molinillo muy rápidamente con las palmas de las manos la punta de un palito sobre la cavidad de otro, de la cual no tarda en desprenderse una chispa, y caer sobre la yesca de algodón puesta á su lado.

¹ *Yambúi* es un gran cuenco de tosco barro, en forma casi de campana, y que ordinariamente tiene un metro pasado de diámetro, y otro tanto de profundidad.

con los productos de sus cazas, que son corzuelas, jabalíes, antas, aguties, anguyatutus, tatos, yandus, torcazas y loros. Regalo tambien muy esquisito para ellos son las langostas, las chicharras, y las larvas de las abispa, que comen tostadas ó soasadas. Finalmente no faltan à veces en su mesa los dulces, que consisten en varias mieles silvestres, de que abundan sus bosques.

La bebida predilecta de los Chiriguanos es una cerveza de maiz, que ellos llaman *cangüi*, y que es generalmente conocida en América con el nombre de *chicha*. Es un licor turbioso, de sabor agridulce, de virtud refrigerante y nutritiva.

Su preparacion tiene casi de continuo atareadas las cuñas. Se les ve pasar dias enteros moliendo maiz á fuerza de brazo en un mortero para disponer la harina necesaria al cocimiento, y luego pasar en claro la noche velando, mientras aquel hierve en grandes ollas. Despues de una bullicion de 12 ó 13 horas lo cuelan en un cedazo de hojas de palma; y en grandes *yambüis* lo revuelven con los brazos desnudos, incorporándole una levadura hecha de las heces del cocimiento mismo, impregnadas de saliva por masticacion. Trasegado finalmente en grandes tinajas y diligentemente tapado con barro, despues de 2 ó 3 dias de fermentacion está en su punto; y el voluptuoso chiriguano se saborea con el chispeante licor, y el dorado aceite que le sobrenada.

El *cangüi* es para nuestros indios bebida al mismo tiempo y comida. Él solo suple la falta de cualquier otro alimento, y ningun otro manjar les sabe bien sin el *cangüi*. El *cangüi* es su desayuno, su almuerzo, su merienda; es su regalo y sus delicias; su pasion, su ídolo; *es nuestro padre y nuestra madre*, me decia uno de ellos.

Las mas profusas libaciones del gratísimo néctar se hacen en las bacanales (ó, como ellos dicen, *arete*) que se celebran anualmente despues de la cosecha. Algunos dias, y aun algunas semanas ántes, en el centro de la plaza se

entierran hasta su mitad muchas y grandes tinajas¹, y se envían mensajes á los pueblos vecinos convidando á sus habitantes al *arete*. Entretanto que las cuñas se afanan día y noche en la preparacion del *cangüi*, los hombres recorren los campos cazando aves, conejos y otras salvajinas, que soasadas conservan para obsequiar á los convidados. En la víspera del *arete* todos se disponen lavando sus cuerpos, trasquilándose las cejas y pestañas, unjiéndose y coloreándose los rostros, manos y piés, preparando sus *tirus* y *mándus* de gala, sus anchas *yapiciúanas*, los collares y brazaletes. Los forasteros convidados hacen noche á corta distancia del pueblo en que se celebra el *arete*; y al romper del día, entran en él á toda carrera, y con loca voracidad dan el asalto á las tinajas, que en aquel momento se destapan. Sentados en las hamacas y asientos de bambúes dispuestos al rededor de la plaza, beben en silencio un par de horas; y luego se levantan á bailar y cantar. Como directores del báquico coro, se paran en el centro de la plaza dos de los mas ancianos sosteniendo el *yandúgua*, que es un gran mazo de plumas de *yandu* (*struthio casuarius*) dispuestas en forma de quitasol. Al rededor se agrupan los hombres, y á poca distancia y en torno del corro masculino forman rueda las cuñas, dándose las manos². El baile de los primeros consiste en encorvar un poco y enderezar luego la rodilla derecha, guardando el compas de los *yandúguas* continuamente agitados por los directores: él de las segundas en dar alternadamente un paso hácia

¹ Las tinajas medianas contienen unos cien litros. El número es en proporcion al de las familias, pues cada una espone el suyo. En la plaza de Tarairí llegué un año á contar hasta trecientas tinajas, y me quedaban aun muchas que contar, si en mí el aburrimiento no hubiese prevaecido á la curiosidad.

² Algunas cuñas usan en esta circunstancia ceñir la cabeza con una especie de corona de color rojo, por detras de la cual penden varios cordones que rematan en una borla. Este adorno, de que usan solo algunas y esclusivamente en el *arete*, no deja de darles cierta gracia.

atrás y otro hacía adelante, acompañándolo con una leve inclinación del cuerpo. El canto es una alternativa tan informe de tonos, que sería imposible describir. Esta música y la danza, acompañadas de frecuentes libaciones, cesan al cerrarse la noche, para empezar con nuevos bríos á la mañana siguiente. La fiesta dura de ordinario muchos días, porque agotadas las tinajas espuestas en la plaza, hay que acometer y apurar las otras muchas reservadas en las casas. Los resultados de estas verdaderas orgías fácil es imaginarlos, vergonzoso sería el referirlos.

Cada población reconoce á un jefe ó cacique con el nombre de *tubicha* (grande); y aun hay caciques superiores que gobiernan un territorio ó distrito¹. El cacicazgo es hereditario: suceden los hijos; en falta de estos los hermanos, y en defecto de unos y otros los sobrinos. Si el cacique fuese de condición áspera, ó usase de palabras ó modales displicentes á sus vasallos, estos le niegan la obediencia, lo abandonan, y adheriéndose á otro lo proclaman su jefe.

Especial adorno del *tubicha* era en lo antiguo, y lo es aun actualmente en algunos pueblos, la *yattira* ó penacho de cabellos en lo superior de la cabeza, y unas sartas de piedrecillas verdes pendientes de las orejas. Privilegio suyo es también usar del *yandugua* en los bailes y bebidas; y en las funciones públicas, del *igüirape*, que es un baston chato, esquinado y adornado con caprichosas figuras.

El *tubicha* hospeda á los forasteros, procura mantener la paz en su pueblo, le arenga alguna vez en los silencios de la noche, y anuncia las fiestas públicas ó *arete* con hacer poner en la plaza un gran cántaro de *cangüi*. Pertenecía á él convocar en las calamidades públicas á los brujos

¹ El *Tubicha* procede de *Tunpa* (Dios), quien hizo al primer cacique. Es un dogma, que con bastante sorpresa oí de la boca de un joven cacique muy vivaz, quien aseveraba haberlo recibido de su bisabuela, la cual afirmaba á su vez haberlo aprendido de sus mayores. *Prueba de ello*, me añadió, *es que no hay nación ni pueblo, aunque pequeño, que no tenga su tubicha.*

y consultarlos, ordenar la ejecucion del autor del maleficio, y prohibir que se haga luto por su muerte. Especialísima atribucion suya es, finalmente, intimar la guerra, marchar á la cabeza de sus guerreros, y en tiempo oportuno tratar las paces.

Con los pueblos ó tribus vecinas arman guerra para vengar los robos, los raptos y las hechicerías; con los *caráís* ó blancos para defender sus tierras y la independencia nacional. Su arma es la flecha, de palo, delgada, agudísima, de forma triangular, y dentellada en las esquinas, para que hincándose no pueda facilmente arrancarse. La tiran hasta la distancia de cien y mas metros con certera puntería; y con admirable agilidad juegan el cuerpo para librarse de las que les arroja el adversario. Suelen acometer á los pueblos muy de mañana, y con una algazara infernal: el primer ataque es furioso y terrible; pero la violencia, con que se agitan en el combate, no les permite sostenerlo largamente¹. Las cabezas de los enemigos muertos en la guerra, ó á lo menos sus cabelleras, ó una oreja, ú otro miembro, son llevadas en triunfo al pueblo, donde por mucho tiempo quedan espuestas á los improprios de las cuñas y á las insolencias de los muchachos.

Hemos insinuado ya como entre los antiguos Chiriguanos estaba en uso la antropofagia. No solo lo atestiguan documentos irrecusables, sino que entre los mismos descendientes de aquellas tribus carniceras, ha quedado hasta hoy el recuerdo tradicional. Uno de ellos me referia como noticia habida de sus abuelos, que los antiguos *Abas* usaban traer á sus cabañas los prisioneros de guerra, y emplearlos allí en los servicios domésticos hasta llegar al punto de gordura, que su cruel gula apetecia; entonces los enviaban

¹ Durante la expedicion, todos los dias al amanecer y anochecer, las cuñas del pueblo expedicionario, asidas reciprocamente de las manos, hacen una especie de procesion dando muchas vueltas en la plaza, con cantos lúgubres y varias inclinaciones.

por leña, y en volviendo los mataban y descuartizaban; y asaban los trozos de la víctima al fuego hecho con la leña que ella misma habia traído. Esta costumbre hoy cesó; mas, un resto de ella la he reconocido en un viejo cacique, valentísimo en la guerra, quien al enemigo caído en la lid hacia abrir el pecho, arrancar el corazon aun palpitante, y despues de dividido en menudos pedazos, los distribuia á sus soldados para que los engulliesen crudos; y á quien repugnaba el cruel bocado afrentaba con el epíteto, para ellos terrible, de *Cuña*.

Raros son entre los Chiriguanoos así el duelo como el suicidio; por el contrario muy frecuentes los abortos. Procuránclo casi siempre las solteras, instigadas por las viejas, que les administran pócimas para ello, y aun las fuerzan á tomarlas. No es del todo raro que con el infanticidio venga la desnaturalizada madre en la inocente prole el abandono del consorte. Es ley, que rara vez admite escepcion, el dar muerte á la criatura, que nace falta de algun miembro, ó de cualquier otro modo deforme; y de los gemelos dejar vivo á uno solo, para que disfrute de toda la leche¹.

Vicios comunes á todos son el robo y la mentira: dominantes la embriaguez, y las nefandas torpezas, que de ella se siguen².

¹ V. Apéndice G.

² Con ser muy disolutos no dejan de admirar en otros y venerar la virtud. En tiempo de una gran sequia entró á visitarnos un viejo cacique, que por su carácter bondadoso era sumamente amado y estimado de los suyos. Nos rogó con grande instancia impetrasemos de Dios la lluvia, pues ya iban perdiéndose las sementeras. « Muy bien, le dijo mi compañero; muy de buena gana lo haremos; pero, vosotros tambien debéis rogar á Dios, pues criaturas tuyas sois lo mismo que nosotros ». *Oh! no*, contestó luego con ingenua risa el viejo; *no podemos nosotros comparecer delante de Dios sucios y fétidos como somos; vosotros sí, que no conocéis mujer, podeis presentarlos con confianza, seguros de que os oirá con agrado*. — Bella lección para aquellos á quienes choca el celibato eclesiástico.

Vicio no menos comun à los hombres es la holgazanería. Sus ocupaciones se reducen á sembrar una vez en el año, y acarrear la leña necesaria todos los dias: lo demas del tiempo lo pasan jugando, ó vagueando, ó blandamente meciéndose en sus hamacas. Ni les cuesta gran fatiga el sembrar; pues, con destrozár á garrotazos y quemar las matas y arbustos tienen preparado el terreno. En llegando la sementera raen con una pala de madera las yerbas que han nacido ¹; en los agujeros, hechos con la misma pala á corta distancia unos de otros, entierran cuatro ó cinco granos de maiz; y despues de otra leve escarda, aguardan tranquilamente la cosecha que, á no escasear las lluvias, es copiosísima.

Cada jefe de familia tiene su chacra á parte, y su propiedad es respetada ²: pero, para los referidas labranzas, todos los del pueblo se reunen y ayudan recíprocamente; y el dueño del campo labrado, al regresar de la labor, obsequia á sus socios con algunas tinajas de *cangüi*. De este modo, para nuestros divertidos indios la sementera es un festin prolongado.

Las cuñas, por el contrario, nunca ó rara vez se dan descanso. Amén de los ordinarios cuidados y quehaceres domésticos, y la no menos ordinaria faena de la fabricacion del *cangüi*, á ellas incumbe hacer la cosecha y trasportarla en sus espaldas; sembrar, recoger, hilar, teñir y tejer el algodón; acarrear la arcilla, fabricar las ollas, tinajas y otras vasijas, de que usan; y en los

¹ La pala de nuestros indios se asemeja mucho á la de los panaderos. Es una tablilla de *urundéi* (palo durísimo, de que hacen tambien flechas, morteros y otros utensilios) larga unos 50 cm., ancha unos 15, y gruesa unos 2. Con las raices del churqui (*nilotica farnesiana*) la atan á un hastil largo unos 150 cm., en cuya estremidad embuten una manija á modo de horquilla para facilitar su manejo.

² Cada pueblo tambien reconoce un territorio propio así para las sementeras como para la montería, el cual no puede ser violado impunemente por los estraños. Los ríos son comunes.

ratos desocupados, como por diversion, buscar en la tupida cabellera de sus maridos los insectillos, que en ella suelen anidarse, usando para destruirlos el delicado modo tenido por los monos; como graciosamente dice un escritor.

Sin embargo de no hallarse en los pueblos chiriguanos templos, ni altares, ni ídolos, ni vestigio alguno religioso, es innegable que reconocen á unos seres invisibles y superiores á nosotros, á quienes llaman *Tunpa*; y entre estos á uno supremo, que truena desde las alturas y envia las lluvias. Creen tambien, que hay Genios tutelares de los bosques, campos, cerros, arroyos, árboles etc., á quienes dan el nombre de *Iya* (dueño), y los temen; y para hacérselos propicios, al pasar por los lugares que suponen puestos bajo su dominio, los invocan con la frase ritual: *Tunpa-reño taicó, cherú* (sea yo salvo, o padre mio). Igual invocacion dirigen á veces al sol, especialmente durante los combates. Imaginan tambien unos espíritus ó espectros noctívagos, maléficos y pavorosos, que llaman *Aña*: de aquí procede el pánico que ordinariamente tienen de andar, y aun de salir de sus ranchos en las altas horas de la noche.

Mas, á los que temen sobre todo, son á los que ellos llaman *ipaye*, es decir magos ó hechiceros. De estos hay dos clases; la una bienhechora, que cura las enfermedades, atrae las lluvias y dispensa todo beneficio. Respétanlos casi como á Dioses; y á ellos acuden en las enfermedades de los particulares y en las calamidades del público. Para curar las primeras, el benéfico *ipaye*, despues de fumados algunos cigarros de chala, chupa con gran fuerza la parte afectada del doliente y saca, ó aparenta sacar el *tupicho* (hechizo), que de ordinario consiste en algun gusanillo, ó piedrecita, ó semejante friolera. Para ahuyentar las públicas calamidades, ordinariamente el *ipaye* fuma el cigarro ceremonial, y encaminándose con todo el pueblo hácia la parte adonde se dirigió el humo, cava la tierra, y saca el maleficio consistente en un cráneo de alguna bestizuela

lleno de huesitos y tapado con cera, ó en algun otro objeto parecido. Usan tambien, segun la calidad de los males que quieren conjurar, de otros ritos tan ridículos como los ya insinuados, y que largo seria referir. De que alguna vez haya intervencion diabólica en lo obrado por los *ipayes*, parece no poder dudarse. Lo cierto es, que ellos son no solo los mas respetados, sino tambien los mas ricos en los pueblos chiriguanos; porque sus crédulos clientes los remuneran largamente, y de bonísima gana se despojan de todo para tenerlos propicios.

La otra clase de *ipayes* es autora de todos los males. Ellos son los que ahuyentan las nubes para que no llueva; ellos llaman los tigres, langostas y todas las plagas que afligir pueden; ellos, en fin, son la causa de todas las enfermedades y de la muerte. El chiriguano, con una estupidez inconcebible, está persuadido de que jamas moriria, á no ser que un maligno *ipaye* le infiltre en el cuerpo algun morbo homicida. Y aun cuando sucumbiese bajo las garras de un tigre, ó fuese emponzoñado por una víbora, no es esta ni aquel el autor de su muerte, sinó el *ipaye*, que ó se trasformó en aquella fiera, ó hizo mortal con sus veneficios la herida del réptil, que de por sí hubiera sido innócua. De aquí el temor y aborrecimiento á esos hombres maléficos; temor y aborrecimiento, que muchísimas veces pasa hasta la rabia y el furor; y entonces el infeliz *ipaye* paga con su muerte los imputados maleficios. Muerto á palos ó á flechazos es arrojado á una hoguera, la que no se apaga hasta que el cadáver no se haya reducido todo á cenizas. Estas ejecuciones son bien frecuentes en los pueblos chiriguanos.

De truenos, rayos y terremotos no manifiestan miedo; pero sí de los eclipses, porque creen que una fiera desconocida se lanza sobre el astro del dia para devorarlo: y ay! si consiguiese su intento; una noche eterna cubriria el mundo. Para ahuyentar la fatal bestia hacen todo el ruido que pueden, tocando sus flautillas y silbatos, hiriendo

sus porongos y mates, y prorumpiendo en descompasados alaridos.

Entre otras muchas observancias tan vanas como ridículas de nuestros supersticiosos indios, dos merecen referirse particularmente. Una es la que practican, cuando les nace algun hijo. Entonces la puérpera se recuesta desnuda, y con el vientre fuertemente apretado con un cordel ó faja, sobre el suelo cubierto de arena; y á su lado, se echa tambien en una hamaca su marido. Ambos pasan así varios dias sin moverse de su cabaña, y contentándose por todo alimento con algunos puñados de *atiruru* y pocos tragos de *cangüi*. No guardando tal retiro y abstinencia, se desgraciaria el recien nacido.

Practican la otra, cuando una muchacha llega á la pubertad. Tan luego como manifiesta los primeros indicios de ella, la mandan recostar en una hamaca, que suspenden en lo mas alto de la casa. Despues de cuatro ó cinco dias la bajan, le rapan toda la cabeza, y la confinan á un rincón tras una estera de cañas ó un cortinaje de trapos. Allí inaccessible á todos (ménos que á alguna estrecha parienta, que la sirve y acompaña en las necesidades inescusables), guardando estricto silencio y la referida dieta de *atiruru*, permanece oculta algunos meses (y las mas escrupulosas un año entero) para preservarse de los tremendos infortunios, en que de otra suerte incurriría, y que no pudieran detallarse sin ofensa del pudor.

Ninguna solemnidad acompaña sus casamientos. Despues de haber el licenciado chiriguano revoloteado en la primavera de sus años sobre muchas flores sin detenerse en ninguna y ajándolas á todas, elige al fin á una, que lo acompañe y sirva en la edad madura. Si la electa y sus padres acceden á la propuesta, se estrecha el nudo, que por lo general no será desatado sino por la muerte. En caso de divorcio, la repudiada tiene que dejar todo lo que recibió de su marido, aun cuando debiese quedar desnuda.

En lo antiguo parece haber estado muy en uso la

poligamia; hoy no tanto. Solo de un cacique recuerdo que poseía doce concubinas; los que tienen tres, son raros; mas comunes los bígamos. Estos de ordinario estan con la madre y la hija, ó bien con dos hermanas; porque el interes de poseer á la mas moza los mueve á ayuntarse con la mas anciana. Mas, quien así desconoce el parentesco de afinidad, respeta él de consanguinidad, y repugnaria el casarse con sus primas.

Las ceremonias mas solemnes son las que se practican en los entierros. Cuando un enfermo empieza á agonizar se reunen en su choza todos los parientes, prorumpiendo en lloros y lastimeros alaridos. Las cuñas rodean al moribundo, haciéndole mil caricias; y como para impedir la salida del espíritu, le comprimen fuertemente el pecho y la boca. En el momento de espirar, crecen desmedidamente los gritos. Luego se compone el cadáver: lo peinan, le pintan el rostro, le visten el mejor *tiru*, le ciñen la cabeza con la mejor *yapicüana*; y así engalanado con todas las alhajas usadas por él, lo asientan en el suelo, acomodándolo y encogiéndolo de modo que el mento quede en medio de las rodillas, y los brazos cruzados sobre las piernas. La viuda, ó la parienta mas cercana lo sostiene entre sus brazos; y los demas, ya sentados ya en pié, le forman círculo, celebrando sus exequias con clamorosos plañidos. Esta lúgubre ceremonia dura un dia; y aun mas, si el finado es algun cacique ú otra persona muy querida. Entre tanto se va cavando en la misma casa mortuoria una fosa profunda dos ó tres metros, se coloca en ella un gran *yambüi*, y finalmente se deposita en este el cadáver, aovillado del modo ya referido, y con la cara vuelta al oriente. Junto al cadáver, ó en su seno se pone una calabacilla llena de agua ó *cangüi* y un mechero prendido, para que al finado, en el camino que debe andar, no falte refresco ni fuego. À veces tambien, para que tenga compañía, agregan un loro vivo. Luego el tosco ataud se cubre con análoga tapa, ó sea con otro *yambüi* volcado; se vuelve á llenar de tierra

el hoyo; y sobre él se depositan el cuchillo, el hacha, las flechas, el cinturón y las otras cosas de que usó el finado. Después de tres días, todos estos objetos, excepto los de hierro, son entregados á las llamas. Las parientas en primer grado se cortan todos los cabellos y los colocan sobre la sepultura, dejándolos allí diez días. Durante este tiempo, perseveran sentadas en el suelo al rededor del fúnebre hoyo, con las cabezas cubiertas por un sucio harapo, lamentándose sin cesar, y sin atreverse á gustar mas alimento que el insípido *atiruru*. Si comiesen *aticúti*, se les secarian las fuentes de las lágrimas; y si tomasen *cagüiyi*, les arderian las entrañas.

Acabado el fúnebre decenario no se acaba el duelo, que sigue meses y años segun la calidad del difunto y el afecto que se le tenia ¹. Las horas rituales del llanto por los muertos son hácia el medio día, al declinar del sol, y después de media noche al canto de los gallos. Especialmente en esas horas silenciosas, se levanta de todas las cabañas un plañido tristísimo y prolongado, que dura hasta aclarar el día, y que mas de una vez involuntariamente me escitó el recuerdo del desesperado llorar de los condenados.

El alma del difunto, mudada en *Aña*, anda vagueando por algun tiempo en los contornos del pueblo, hasta que emprende su viaje á *Iguoca*, que es el Elíseo chiriguano ². Allí, en compañía de los otros Añas, pasa alegrísima vida, cantando, bailando, tocando sus instrumentos y bebiendo *cangüti*, sin interrupcion. Después de haber vivido por largo tiempo entre aquellas delicias, muere segunda vez y

¹ Es notable, que los chiriguanos, cuando deben hacer mencion de algun finado, nunca se atreven á profanar el nombre propio que tenia; sino que se valen de alguna circunlocucion.

² *Iguoca* es un campo situado al N. del Pilcomayo, entre Guacaya é Ingre; pequeño, melancólico, cubierto de salitre, rodeado de cerros. Cuando los Chiriguanos se ven obligados á atravesarlo, avivan el paso y guardan la mas seria modestia. Si en la cruzada se atreviesen á hablar, mirar ó reír, pagarían su desmán con la vida.

se transforma en zorro. Muerto el zorro, se transforma en raton; y muerto tambien este, se convierte en tronco. He ahí el último estado del alma; pues, pereciendo de cualquier modo que sea el tronco, ella tambien perece para siempre.

Muy superficial es la creencia, que dan los Chiriguanos á esas tradiciones de sus mayores. Dedicados completamente á gozar el dia de hoy, procuran olvidar él de ayer y él de mañana. Toda idea que pudiera fatigarles el pensamiento ó turbarles la imaginacion, es una idea fastidiosa, que arrojan de sí con presteza.

Entre los Chiriguanos, cuya etnografia acabamos de trazar, vive diseminada en varios pueblos una tribu tan idéntica á ellos en la fisionomia, en las costumbres y en el idioma, que nadie supiera distinguirla de ellos. Es la tribu de los Chaneses. Una tradicion constante de estos pueblos refiere ser ella el resto de una nacion, que en remotísimos tiempos exterminaron los Chiriguanos. Solo fueron reservados los chiquillos; y llevándolos á sus pueblos, los criaron en sus usos y lengua, hasta que habiéndose con la sucesion de los tiempos multiplicado grandemente, obtuvieron su emancipacion; y entonces formaron á parte sus pueblos en medio de sus antiguos dueños.

Las dos tribus nunca han llegado á confundirse; y á pesar de su perfecta igualdad, saben discernirse entre sí con una precision admirable. Los Chiriguanos llaman *Tapti* á la tribu chanesa, vocablo que espresa *descendencia de cosa comprada*; y dan á sus individuos el tratamiento de *chirámui*, *chiyari*, (mi esclavo, mi esclava); como los Chaneses honran á los Chiriguanos con el título de *cheya* (mi amo). Esto confirma la veracidad de la tradicion referida.

Completamente iguales los Chaneses á los Chiriguanos, solo les llevan ventaja en la terca adhesion á sus patrias costumbres, en el celo de su independencian, y en la repugnancia estrema á recibir la civilizacion cristiana.

IV.

Estériles esfuerzos.

HUBO, en época no muy remota, quien escribiera que entre los indios de América *los mas mansos* son los Chiriguanos; *tímidos y flexibles* en tal grado, que *con solo examinarlos una vez* puede quienquiera persuadirse, que no existió jamás *pasta de hombres mas dóciles* para pasarse á las filas del despotismo. Mas, quien no se contenta *con solo examinarlos una vez*, sino que tiene la paciencia de estudiar lo que han sido y lo que son, puede facilmente convencerse de que entre las tribus del Chaco se han distinguido siempre, y aun hoy se distinguen los Chiriguanos por su fiereza, por su valor, por la indómita tenacidad en mantener su independencia.

El primero, que intentara arrastrarlos á las filas del despotismo, fué Yupanqui *el Piadoso*, nono entre los descendientes de Manco Capac, movido, si hemos de creer á Garcilaso, no tanto por la ambicion de estender los límites de su imperio, como por el deseo de amansar la ferocidad y suavizar las costumbres de aquella fierísima gente. Diez mil hombres, bajo las órdenes de jefes escogidos, bajaron de las alturas ándicas, penetraron en los bosques del país

chiriguano, y pusieron en juego todos los resortes de la política y del valor para sugetar á sus salvajes habitantes. Despues de dos años de inútiles esfuerzos regresaron á sus punas sin mas conquista que el desengaño. Esto sucedia hácia la mitad del siglo XV, y es la primera noticia que de la nacion chiriguana nos ha legado la historia.

Aun no habia trascurrido un siglo, y los españoles se habian hecho dueños del imperio de los Incas. Pusiéronse en alarma les Chiriguanos al ver invadidas sus fronteras por aquellos aventureros desconocidos, de cuya codicia y crueldad les habian llegado ya nuevas; y propusieron defender á todo trance sus tierras natales y su, hasta entonces, nunca violada independencia. Gloriosos hubieran sido sus esfuerzos, si para conseguir su noble objeto, hubieran usado de medios igualmente nobles: pero, su genio feroz y astuto les inspiró acciones, que les merecieron no el blason de valientes, sino el baldon de bellacos. Apuntaremos ligeramente algunas de ellas.

Andres Manso, uno de los conquistadores del Perú, desterrado por Ñuflo Chaves de los campos de Güelgonigota, despues de varias aventuras, se retiró á un pueblo de chiriguanos, quienes le dieron cortés hospitalidad. Hospitalidad traidora, que encubria intenciones sanguinarias. Dejándose llevar por los consejos de sus pérfidos huéspedes, pasó Manso á las llanuras de Tariunguin, en donde por los años de 1556 inauguró la fundacion de una ciudad, que llamó de la *Rioja*. Al mismo tiempo envió al capitán Luis de Cabrera á levantar sobre las riberas del rio Guapáy el pueblo de la *Barranca*. Los chiriguanos dejaban hacer; pero, cuando les pareció el momento oportuno, sorprendieron de noche las odiadas colonias, y una tras otra las destruyeron. Los nuevos colonos perecieron todos; Cabrera fué el único que se pudo salvar. Los campos regados con la sangre de Manso y sus compañeros conservan el fúnebre recuerdo de su desgracia, llamándose hasta hoy los *Llanos de Manso*.

Si el trágico hecho, que acabamos de referir, prueba la perfidia de los chiriguano; el gracioso, que vamos á narrar, manifiesta su sagacidad y astucia. Francisco de Toledo virey del Perú habia mandado traer de las montañas de Vilcapampa y decapitar en la plaza del Cuzco al inocente é infeliz Tupac Amaru, heredero legítimo del trono de los Incas. Á sus hijos y otras muchas personas de sangre real habia desterrado. Supiéronlo los chiriguano; y el arribo del mismo virey á Chuquisaca les inspiró rezelos de que vendria á tomar medidas contra ellos, en revancha de los continuos daños, que causaban á los españoles. Pensaron prevenir el castigo enviándole una embajada. Treinta chiriguano se presentaron en Chuquisaca, entraron al cabildo, hicieron humilde reverencia al oratorio erigido en la sala; y con gran devocion entregaron al virey unas cruces, que aseguraban haber recibido de mano de ángeles, que bajados del cielo, les habian predicado y enviado á su Alteza á pedir sacerdotes, que los instruyesen en la ley cristiana. Lleno de estupor y gozo el buen Toledo mandó recibir procesionalmente las cruces en la catedral; y convocando sin demora á los oidores, á los canónigos y á los superiores de las casas religiosas refirió el prodigio, ponderó la veneracion de los chiriguano al oratorio y á las cruces; y les pidió parecer. Todos, á escepcion del dominicano Fr. Reginaldo Lizarraga, convinieron en que se les dieran los sacerdotes que pedian, para su instruccion. En la primera noche tempestuosa que hubo despues de este acuerdo, seguros los embajadores chiriguano que no serian seguidos de los españoles, y que sus parientes habian tenido ya bastante tiempo para poner en cobro sus víveres y sus personas, salieron clandestinamente de Chuquisaca.

El orgullo del virey se sintió herido; y se inflamó en deseos de vengar la burla hecha á la dignidad española por aquellos bellacos. Con un numeroso ejército, con grande aparato de caballos y reses bajó á las tierras chiriguano, prometiéndose un espléndido triunfo y una gloriosa conquista.

À las pocas jornadas de camino por aquellas escarpadas rocas, ásperas quebradas é intrincadas selvas quedó rendido; y despues de mil sufrimientos y desgracias ordenó la retirada. Para que esta fuese mas fácil y segura, dispuso que se dejase el embarazoso bagaje á la discrecion de los indios, que, sin haber perdido nada, ganaron un pingüe botin. Insolentados estos por la fuga del virey y de sus tropas, desde las crestas de las peñas y los barrancos de las quebradas se hacian befa de él, y entre otros vituperios: *Soltad*, decian, *soltad de la canasta á esa vieja, para que nos la comamos*. Decian así, porque el virey, por la escabrosidad de los caminos, se hacia llevar á hombros en una literilla. Esto sucedia por los años de 1574.

Largo seria y estraño á nuestro plan referir los infinitos daños, que los terribles chiriguanos causaron á las colonias españolas limítrofes á su territorio, y los supremos esfuerzos de estas para reprimir su furor y domar su altivez¹. Diremos sumariamente, que los Chiriguanos han sabido sostener por mas de tres siglos, y conservar hasta ahora su libertad y sus costumbres; y solo á precio de sangre han cedido á los Blancos el usufructo, no el dominio, de sus tierras; y aun esto precariamente. Dejando, pues, á parte lo que es relativo á la conquista material de esta bravísima nacion, haremos solo una rápida reseña de las fatigas sostenidas por los ministros del evangelio para su conquista espiritual. No podemos tampoco prometer una reseña completa; sino que solamente indicaremos los hechos, que con no pequeño trabajo y no poca diligencia hemos llegado á recoger de los libros y documentos, que

¹ Como ligerísimo ensayo de la indomable fereza de los chiriguanos, y de los inmensos daños por ellos producidos á los españoles; y en confirmacion de lo que tenemos ya referido de ellos, insertamos en el Apéndice H el encabezamiento de una R. Provision dada en la Plata á 20 de Mayo de 1584.

hemos podido tener á mano ¹. Con esto nos abriremos el camino á la relacion de los hechos, que principalmente nos han de ocupar.

Aun ántes que entrase Toledo en el pais de los Chiriguano para imponerles el yugo de la dominacion española, un carmelita y otros piadosos sacerdotes habian penetrado intrépidos en sus montañas, deseosos de sugetarlos, no á la corona de Castilla, sino á la cruz de Jesucristo. Su dureza los obligó á retroceder. Empero, no por esto cejaron en su empeño los heraldos de la cruz; clérigos, dominicos, agustinos y franciscanos se esforzaron á su vez en anunciarles el evangelio: los chiriguano se hicieron siempre sordos ². Los jesuitas, á quienes en especial la piedad de los

¹ Además de algunos documentos escritos, que se conservan en el archivo de este Colegio, las obras que hemos podido consultar para escribir este capítulo, son;

Garcilaso de la Vega. *Comentarios reales*. Madrid 1732.

Fr. Diego de Córdova Salinas. *Corónica de la religiosísima Provincia de los doce Apóstoles del Perú*. Lima 1651.

Fr. Diego de Mendoza. *Crónica de la Provincia de S. Antonio de los Chárcas*. Madrid 1665.

P. Juan Patricio Fernandez. *Relacion historial de las Misiones de los Indios que llaman Chiquitos*. Madrid 1726.

P. Pedro Lozano. *Descripcion chorográfica etc. del gran Chaco etc.* Córdoba 1733. — *Relacion de la vida y virtudes del V. Martyr P. Julian de Lizardi*. Salamanca 1741. — *Historia de la Compania de Jesus en la Provincia del Paraguay*. — Madrid 1754.

Cartas edificantes etc. Madrid 1756.

Gregorio Funes. *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Ayres y Tucuman*. B. Ayres 1816.

J. Y. Victor Eyzaguirre. *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile*. Valparaíso 1850. — *Los intereses católicos en América*. Paris 1859.

² El P. Chome en una de sus cartas insertada entre las edificantes (y es la quinta del Tom. XIV.) escribe: « No perdonó S. Francisco Solano á cuidados ni fatigas para ablandar sus inflexibles corazones (de los chiriguano); pero no lo pudo lograr ». No sabemos de donde sacaría esta noticia: en nuestras crónicas no la hallamos; y cierto hablarían, si fuese como dice el referido Padre.

reyes católicos habia encomendado la conquista de esta bárbara nacion, no perdonaron fatigas para realizarla. Herederos del espíritu del gran Javier se internaron repetidas veces en su territorio, recorrieron cuasi todos sus pueblos, pusieron en juego para convertirla todos los medios, que puede inspirar un celo ardiente, enérgico é ilustrado; pero, este celo, que habia trocado los bosques del Paraguay en jardines de inocencia, y á los feroces Mojos y Chiquitos en fervorosos cristianos, halló una barrera insuperable en la obstinacion chiriguana. Despues de infinitos trabajos y de inmensos sacrificios, al tiempo de su espulsion de estos reinos dejaron apenas una reduccion con solos doscientos, sesenta y ocho chiriguanos; y estos de tan malas mañas, como en su lugar veremos.

Al principiar del siglo XVII empezaron las heróicas tentativas de los valerosos discípulos de S. Ignacio para conducir al redil de Cristo los infelices Chiriguanos. En 1607, los PP. Samaniego y Oliva recorrieron las tribus diseminadas por las riberas del rio Guapay; y los PP. Ortega y Villarnáo los pueblos, que orlan las fronteras de Tarija. Admiráronse los indios al ver internarse impávidos por sus temidas tierras á aquellos soldados de Cristo, y los recibieron con tales demostraciones de regocijo y docilidad, que los buenos Padres concibieron alguna esperanza de su conversion. Falaz esperanza, que no tardó en marchitarse: porque, seducidos los indios é instigados por sus hechiceros maquinaron la muerte de los santos sacerdotes, que despues de dos años de afanes se retiraron sin mas consuelo que haber bautizado á unos párvulos moribundos.

Acababan de restituirse á sus colegios los jesuitas, cuando se presentó en Chuquisaca una tropilla de chiriguanos pidiendo con instancia se les dieran sacerdotes, que instruyéndolos en la fé les administrasen el bautismo, el cual deseaban recibir. Venian de los pueblos de Tambavera y Tayaguasu situados en la frontera de Tarija, no lejos del valle de las Salinas. La Audiencia confió á los franciscanos

la escabrosa empresa. Entre los diez y siete frailes, que se ofrecieron fervorosos á ella, fueron escogidos solamente dos: Fr. Agustin Sabio sacerdote, y Fr. Francisco Gonzalez lego.

El 2. de Noviembre de 1609 salieron de Chuquisaca los dos plectos en compañía de los indios, y llegados á Potosí, el cacique y otros dos suficientemente instruidos recibieron el bautismo. Festejó la imperial villa con mucho regocijo aquel bautizo, y los tres principales caballeros quisieron tener la gloria de sacar de pila á los neófitos. Llegaron finalmente los misioneros á las rancherías de Tambavera y Tayaguasu, en donde recibidos con benévolas demostraciones, empezaron felizmente su mision. Fabricaron una iglesia (la primera, que sabemos haberse erigido entre los chiriguanos), la embellecieron con sagradas imágenes y religiosos adornos, y colgaron una campana, con la cual todos los dias convocaban los indios á oír la doctrina celestial. Germinó esta al principio; pero, como simiente caída en terreno pedregoso, no echó raíces.

Muy crecido era el número de chiriguanos, que poblaban aquella comarca; y deseando los caritativos frailes alumbrarlos á todos con la luz de la fé, pensaron trasladar su residencia al vecino valle de las Salinas, que en sus amenas y espaciosas praderas, con las altas arboledas que lo rodean, con el caudaloso rio que lo cruza, con la abundante salina que lo enriquece, ofrecia un sitio cómodo y agradable para una poblacion numerosa. Con el objeto de tratar con el virey este negocio y obtener su licencia partió para Lima el P. Agustin, dejando en la nueva colonia al lego Fr. Francisco. En este tiempo el hombre enemigo, ayudándose de unos perversos cristianos, logró sufo-car los débiles gérmenes de fé; que iban pululando en aquellos agrestes corazones. La obra, que con tanto trabajo iban edificando los misioneros de Cristo, quedó destruida por los de Satanas, que con sus escándalos, y aun con sus inicuas insinuaciones trocaron los ánimos de los indios, ya

de suyo veleidosos y enemigos de sugesion. Alborotáronse estos, robaron todas las cosas de la iglesia, saquearon las chozas de los religiosos y quemaron las de algunos españoles vecinos. À Luis Fárias, celoso intérprete de los Padres, partieron con un machete el cráneo; á otro español hicieron pedazos. El mismo fin iba á tocar al pobre Fr. Francisco. Lo habian prendido ya, desnudado y encerrado en la cabaña del cacique; cuando un relámpago de reflexion les hizo columbrar la venganza, que podian tomar los españoles, y se contentaron con arrojarle de sus tierras. Al volver de Lima el P. Agustin, con las amplias licencias que habia obtenido del virey, supo y lloró el malogro de sus afanes: su caridad deseó restablecer lo que la malicia habia arruinado; pero los indios, temerosos del castigo de sus fechorias, habian ganado las impenetrables guaridas, que les ofrecen sus bosques.

Pasaron mas de veinte años y la palabra del evangelio no se oyó resonar en el territorio chiriguano. El año de 1631, los franciscanos Gregorio Bolivar, Juan Sanchez y Luis de Jesus partieron de Cochabamba. Solos, sin mas equipaje que un ornamento para decir Misa, hundiéronse en las eternas montañas, que se estienden al otro lado de las *Sierras Altísimas*, anhelando llevar la buena nueva á las tribus, que las habitaban. Nada mas se supo de ellos en el mundo. Años despues, unos chiriguanos, saliendo á las fronteras de los españoles, aseguraron que en los pueblos de adentro habian sido atados los santos misioneros á unos árboles y asaeteados: en prueba, traian unos retazos de sus hábitos. Ellos mismos serian los que, asesinando á los esforzados frailes, les procuraron la mas gloriosa de las coronas.

Contemporáneamente, hicieron nuevas entradas en distintas veces cinco ó seis Jesuitas; unos por las fronteras de Tomina, y otros por las de Santa Cruz de la Sierra: mas, tuvieron todos que retroceder con la triste conviccion de que era inútil todo esfuerzo para doblegar al yugo

de Cristo cervices tan protervas. Entre aquellos valerosos, mencionaremos solo al ilustre conquistador de los Mojos, Cipriano Baraza, quien, despues de haber vivido cuatro años entre los salvajes que acabamos de nombrar, fué, llevado de su celo, á tentar la conquista de los Chiriguanos (1679). Comenzó sus instrucciones; pero el villano modo, con que las recibían, le obligó presto á abandonarlos y volver á sus Mojos, que les parecian menos indignos del reino de los cielos, y entre los cuales, despues de haber recogido copiosísimos frutos, cogió por último el lauro del martirio.

Pasaban aun muy pocos años, desde que habia salido de entre los chiriguanos el P. Baraza, cuando sus hermanos venian á Tarija á ocupar el Colegio, que les habia fundado la piadosa munificencia del marques de Tojo (1690). Habia de ser este Colegio, en la intencion de sus fundadores, el alcázar de donde habian de salir los atletas de la fé á sojuzgar las feroces naciones del Gran Chaco vecino, y especialmente á los chiriguanos, que por esta parte defendian su entrada. En efecto, apénas se habian instalado en el nuevo Colegio los hijos de S. Ignacio, cuando los PP. Arce y Zea se lanzaron intrépidos al pais chiriguano, recorriéndolo en toda su longitud desde aquí hasta Santa Cruz de la Sierra. Gemian entonces aquellos pueblos devastados por el hambre y por la guerra: circunstancias favorables al celo de los misioneros, porque el chiriguano es arrogante en la prosperidad, hipócrita en la desventura. En todas partes recibieron los apostólicos viajeros ostensibles pruebas de amor y respeto; y en varias les rogaron se quedasen entre ellos para instruirlos en la ley cristiana. Al vadear el Guapay, de regreso de Santa Cruz, fueron tan premurosas las instancias de los que vivian dispersos por aquellas riberas, que no pudiendo resistirlas, levantaron una choza, celebraron el santo sacrificio delante de todo aquel gentío, y asegurándoles que muy luego volverian para establecerse entre ellos, se restituyeron

á Tarija. Pocos meses despues (Junio 1691), los PP. Zea y Centeno fueron enviados á evangelizar la reduccion del Guapay¹.

Muy distintas eran las disposiciones de los chiriguano vecinos á Tarija, los cuales habian protestado quemarian vivos á los misioneros, si osasen entrar á sus tierras. Pero el celo esforzado, paciente y constante del P. Arce venció su obstinacion, y allanó tambien los embarazos, que le oponia el egoismo de algunos criollos. El 31 de Julio de 1691, se dió principio en el valle de Tariquéa, á unas treinta leguas de Tarija, á la reduccion de S. Ignacio. ¡Que no sufrieron allí los santos misioneros! Aquellos salvajes recibian con risadas y mofas sus caritativas palabras; y no contentos con negarles absolutamente el menor servicio, se complacian en hacerles todo el mal que pudiesen, hasta echarles á la huerta las bestias, para que acabasen con las legumbres, que los Padres con sus manos cultivaban para su sustento. Despues de tres años y algunos meses de sufrimientos infructuosos se retiraron los misioneros.

Mejores esperanzas dió al principio la reduccion del Guapay. Ya los PP. Centeno y Zea habian fabricado una decente habitacion; ya habian levantado una iglesia, adonde concurrían gustosos los indios para iniciarse en la doctrina del cielo; ya muchos habian renacido en las aguas santificantes. Mas, aquellos primeros y aparentes fervores fueron

¹ Los PP. Lozano y Fernandez, refiriendo la fundacion de esta mision, dicen solo que estaba en el Guapay, é intitulada la Presentacion de Nra. Sra., sin marcar precisamente el punto, en que fué situada. Cuando, setenta y cinco años despues, nuestros misioneros fueron á plantar la cruz en Abapó en la misma orilla del Guapay, sus moradores les referian, que los jesuitas habian tenido su mision en la llanura de Opabusu, que hoy llaman *El Limon*, á cinco leguas de la márgen derecha del Guapay. Referian tambien, que por estar entregados aquellos pueblos á nefandas torpezas, se abrió la tierra y se los tragó, surgiendo aquella laguna de hediondas y amargas aguas, que en el día se ve. Hasta el presente, esta tradicion es constante entre los chiriguano de aquella comarca.

poco á poco entibiándose; y el año de 1696 por el asalto, que los Brasileros dieron á las misiones de los Chiquitos, revivió en los del Guapay la antigua sospecha de que los misioneros eran precursores de los españoles, que vendrian á hacerlos esclavos. Esta sospecha, atizada por unos indios cristianos comarcanos de Santa Cruz, agitó tan furiosamente los ánimos de los indios, que cogieron las flechas, corrieron á pegar fuego á la iglesia y á la casa de los Padres, que felizmente habian podido escaparse.

La sombra de muerte estendió sus negras alas sobre la nacion chiriguana.

Con el siglo XVIII pareció principiár una era de esperanzas para la conquista de aquellas míseras tribus. El celo de los ilustres hijos de S. Domingo y de S. Agustin habia conseguido doblegar la obstinacion de los que vivian en el valle de las Salinas y en el contiguo de Chiquiacá. Sentimos nos falten documentos para indicar con precision la época y las circunstancias de esta conquista; pero nos consta, que en los años, á que hemos llegado con nuestra reseña, los misioneros dominicanos asistian en tres reducciones formadas en el valle de Chiquiacá; de las cuales la una estaba bajo la advocacion de Nra. Sra. del Rosario, la otra de S. Miguel y la tercera de S. Rosa; y los PP. Agustinos regian otra en el valle de Salinas, con el nombre de S. Clara.

Por este mismo tiempo, y precisamente en el año de 1700, el jóven presbítero Cristóval Nuñez, enviado por el celoso arzobispo de los Charcas Juan Queipo, llevó la antorcha del evangelio á los chiriguanos de las fronteras de Tomina, que se distinguian entre los demas por su orgullo é inflexible obstinacion. El caritativo misionero hizo varias entradas á sus rancherías, reunió á algunos, se situó con ellos en la llanura de Sauces; y habiendo edificado allí una iglesia á sus espensas, procuraba doctrinarlos en los rudimentos de la fé.

Los chiriguanos de Tariquea, que en 1694 habian

desterrado con su villana terquedad á los jesuitas, en 1715 los obligaron con fervorosas y repetidas instancias á establecerse de nuevo en su pueblo. Quiso el cielo acreditar la palabra de sus enviados con unos hechos maravillosos, que impresionando grandemente á aquellos duros corazones los inclinaron á abrazar la fé. Muchos de ellos recibieron el bautismo; se matrimoniaron *in facie Ecclesiae*; se hicieron capaces de los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía; asistían diariamente á la misa y al catequismo. Su docilidad hacia soñar un feliz porvenir á los ministros del evangelio.

En medio de estas esperanzas, en el seno mismo de aquellos establecimientos se escitaba la chispa, que debia ponerlos en conflagracion. Un pérfido neófito, Juan Bautista Aruma de Chiquiacá, mientras procuraba azuzar á la rebelion á los de Tariquea, envió secretísimas invitaciones á los chiriguanos del centro para que concurriesen á romper las cadenas, que en las fronteras de Tarija estaban fabricando los misioneros á sus parientes, para entregarlos á los españoles. Entre tanto que aquellos se reunían, el apóstata Aruma con otros cinco indios pasaron de Chiquiacá á Tariquea con el pretexto de llevar una carta á los misioneros, pero á la verdad con la intencion de asesinarlos. El jesuita que residia en Tariquea, prudentemente rezeloso, se retiró oculta-mente y de noche á la reduccion de S. Clara en las Salinas. Al otro dia, que fué el 24 de Setiembre de 1727, todos los Tariqueanos abandonaron su pueblo, siguiendo al caudillo Aruma, unos de grado, otros á la fuerza.

Ocho dias despues, numerosas huestes de chiriguanos, salidos de las cordilleras por las instigaciones de Aruma, recorrian los valles de las Salinas, matando á todo español ó criollo que encontraban, robando y quemando las casas, y llevando cautivas á las mujeres y niños. Llegados á la reduccion de S. Clara, hallaron una vigorosa resistencia en sus neófitos, únicos que se mantuvieron fieles, y que por cinco dias defendieron valerosamente su pueblo contra

la invasion de los rebeldes, que lo tenían sitiado. Al mismo tiempo, otro grueso destacamento de chiriguano cordilleros incorporados á los traidores de Chiquiacá y Tariquea, acaudillados por el pérfido Aruma, acometieron las tres rancherías del valle de Chiquiacá. Saquearon todas las casas, incendiaron las iglesias, hicieron pedazos las imágenes sagradas, y descabezando á un devoto Crucifijo, decían con escarnio: *Veamos si tiene sangre*. Tres misioneros dominicos lograron esconderse en el bosque; otros tres con algunos soldados cristianos se refugiaron á una estacada, desde la cual se defendieron valerosamente por tres dias. Pero, atormentados de la sed y confiando en las paces que les ofrecían los sitiadores, salieron y luego perecieron bajo la lluvia de flechas, que les dispararon aquellos fementidos traidores. Los tres hijos de S. Domingo, sacrificados por sus mismos catecúmenos, eran Miguel Pantigoso, Juan de Ávila y Nicolas Gonzalez. Entre muertos y cautivos, fueron docientas las víctimas inmoladas esta vez por la perfidia chiriguana. El horroroso destrozo sucedía en los primeros dias de Octubre del referido año de 1727.

Pocos meses despues, quedaba destruida la reduccion de Sauces. *El año de 1728* (así escribía el mismo misionero Nuñez dando relacion del triste suceso á su Prelado) *dia 24 de Enero, nos dió el asalto el bárbaro enemigo, que vino toda la Cordillera entera, ocupándose unos en matar la gente, y otros captivando, que captivaron mas de ochenta, robándoles quantos bienes tenían de ganados, y de todos sus trastes que tenían, pegándoles fuego á sus casas, y robándome la iglesia, y todo lo que había en ella, sin que yo pudiese escapar ninguna alhaja: fué tanta su osadía, que cogieron á Ntra. Sra. de la Concepcion desnudándola de sus vestiduras, y la habían echado á un monton de madera de mas de cien cargas, que tuve para cubrir una iglesia grande, que estaba yo edificando, y le pegaron fuego; y no permitió la divina Sra. que le hiciese daño el fuego, ántes dicen ellos mismos, que se paró la Virgen*

SSma. en medio del fuego. Y vístome en tanta confusion, traté de librar la vida con lo que tuve encima; de cuyo asalto quedé por puertas, perdiendo lo mio y lo ajeno.

El clérigo Nuñez se refugió á la Laguna; y los misioneros de Chiquiacá, Salinas y Tariquea se retiraron á Tarija, seguidos por los pocos neófitos que se habian mantenido fieles.

La sombra de muerte estendió de nuevo sus negras alas sobre toda la nacion chiriguana.

Tamaños delitos no debian quedar impunes. Por orden del virey de Lima marcharon de Santa Cruz y de Tarija las milicias provinciales á humillar el orgullo chiriguano y enfrenar su furor. En esta campaña los Tarijeños, mas con ardides que con valor, lograron rescatar casi todos los cautivos llevados en la última invasion de Salinas, y entablaron un tratado de paz con los alzados. Los Cruceños hicieron prodigios de valor. En una penosa campaña de cuatro meses recorrieron todos los pueblos chiriguanos diseminados en las orillas del Parapiti, en los campos de Cuevo, en las cañadas de Guacaya hasta el Pilcomayo: mataron como á trecientos indios; á mas de mil llevaron cautivos; talaron todas sus sementeras en flor; quemaron todas las rancharías. En estas, á mas de algunas escopetas, pistolas y sables, encontraron retazos de sagrados ornamentos, hojas de misales y pedazos de campanas; manifestos despojos de las devastadas misiones.

Tembló el Chiriguano, y dobló por un tiempo su cerviz abatida, no domada, ante el poder español. Los que vivian en la banda izquierda del Guapay fueron á Santa Cruz pidiendo misioneros; y dos jesuitas marcharon luego á catequizarlos en una reduccion, que fundaron junto á una laguna (que llaman de *S. Rosa*), no lejos del arroyuelo del Pirai ¹.

¹ El P. Lozano parece indicar, que esta mision se llamaba de S. Gerónimo. Nuestros misioneros, que pocos años despues conocieron y trataron con los an-

Entre tanto algunos neófitos de Tariquea, que á pesar suyo habian sido arrastrados á la rebelion, noticiosos de que el P. Jimenez, su antiguo conversor, residia en la granja de la Compañía cerca del Valle de la Concepcion á corta distancia de Tarija, fueron á visitarlo; y á insinuacion suya formaron allí sus barracas. Reuniéronse unos noventa, los que en el año siguiente, que era él de 1732, fueron trasladados al valle de arriba de las Salinas, en el paraje llamado *S. Ana*.

En este mismo año, tres valientes Jesuitas, escogidos entre los mas fervorosos que residian en las reducciones del Paraguay, habian llegado á Tarija con la ardua mision de conquistar á los protervos chiriguanos¹. Eran los PP. Lizardi, Pons y Chome. Con un trabajo rigurosamente sumo recorrieron estos intrépidos misioneros, mas de una vez, gran parte del pais habitado por aquellos fieros salvajes: pero, en todas partes encontraron, á mas de sustos y peligros, una incontrastable resistencia. *En lo humano* (así escribian al Provincial, despues de sus correrías, los apostólicos espedicionarios) *no hay esperanza alguna de la conversion de los Chiriguanos*. Manus Domini non est abbreviata; *pero, antes se dejarán ellos hacer pedazos, que venir en ser cristianos: tanto es el horror, que tienen á este nombre*. El Provincial determinò que se dejase á la malignidad de su corazon gente tan indomable y tan obstinada.

Lo único, que el celo de aquellos héroes pudo conseguir, fué que se agregasen á la pequeña reduccion establecida en *S. Ana* de Salinas unos cuarenta y cinco chiriguanos de Cuyambuyu y Chimeo. Por Agosto de 1734, prudentemente

tigos neófitos de aquella mision, nos han dejado escrito en sus memorias, que estaba dedicada á S. Rosa. El nombre de S. Rosa, conservado hasta ahora á la laguna, parece confirmarlo.

¹ Esta conquista quedó encargada esclusivamente á los jesuitas por disposicion del virey de Lima, en 7 de Mayo de 1731.

se dispuso, que estos nuevos prosélitos se dividiesen de los antiguos neófitos de Tariquéa. Estos quedaron encargados al celo del P. Julian Lizardi en el sitio de *S. Ana*, y aquellos, puestos al cargo del P. José Pons, se situaron en las estremidades del valle de abajo de las Salinas, en el paraje de *Miringá*. Con la esperanza de mayores aumentos, se esmeraban los misioneros en conservar aquel pequeño grey, que entre las dos misiones no pasaba de 148 almas.

Nebuloso y frio asomó el dia 16 de Mayo de 1735. El P. Lizardi habia subido al altar para celebrar el augusto sacrificio; cuando una horda furiosa de chiriguanos, que venia de Ingre, cayó improvisamente sobre la pequeña colonia de *S. Ana*; entraron en la capilla; mataron á un español, arrancaron del altar al venerable sacerdote, lo despojaron de las sagradas vestiduras, le desgarraron la sotana, y maniatado lo sacaron fuera. Fué puesta á saco la iglesia, hecha pedazos el ara, llevados los vasos sagrados, destrozadas las imágenes. Derribada de su trono la devotísima estatua de la Inmaculada, titular de la reduccion, y sacada á la plaza la hirieron con flechas, le cortaron la cabeza y las manos; el venerando tronco fué arrojado á un pajonal. Reducido ya á cenizas todo el pueblo y la iglesia¹, marcharon los invasores, llevándose atado al santo misionero, y con él á veinte y tres de sus neófitos. Á una legua del pueblo, hicieron noche. Afligido del asma, medio desnudo, sobre el húmedo suelo, bajo un cielo brumoso, pasó una noche de martirio el bendito Lizardi, y amaneció incapaz de dar un paso adelante. Furiosos los bárbaros lo desnudaron, é hicieron sentar sobre una gran piedra, como en el ara del sacrificio. Treinta y dos flechas se hincaron en las carnes de la inocente víctima; una le atravesó el corazon, y la coronó¹.

¹ El cadáver del invicto misionero, veinte y dos dias despues de su sacrificio, fué hallado y recogido por el P. Pons, y en una decente arca traído á Tarija, que salió á encontrarlo con solemne procesion. Hoy dia que-

Aquel mismo año, se perdió la reduccion de S. Rosa en las inmediaciones del Pirai. Se sublevaron sus moradores contra sus caritativos maestros, que apenas lograron salvar sus vidas, huyéndose á Santa Cruz. Luego, saqueada y destruida la casa, quemada la iglesia, y arrojadas á la vecina laguna las campanas y la imagen de S. Rosa¹, volvieron á su primera barbarie.

La sombra de muerte volvió á cubrir la nacion chiriguana.

Solo en Miringá conservaba el P. Pons las pocas familias Cuyambuyañas, á las cuales, despues de las destruccion del pueblo de S. Ana, se habian reunido las Tariqueanas salvadas del desastre. Aun allí amenazadas continuamente por los chiriguanos, que por dos veces habian tentado invadirlas, se vieron forzadas á retirarse. Anduvieron peregrinando en compañía del P. Pons por los valles del Bermejo y Orosas, mendigando para su estancia un pedazo de aquellos terrenos, que en otros tiempos habian sido todos suyos. En el cortísimo espacio de tres años, por cinco veces aquella mision ambulante se vió obligada á mudar de residencia. Despues de infinitos trabajos y gastos inmensos, consiguió finalmente el P. Pons establecer aquella atribulada colonia en el extremo valle de Salinas, en donde fundó

dan encerrados en la misma arca y depositados en un hueco de la pared del presbiterio, al lado de la epístola, sobre la puerta de la sacristía de esta iglesia matriz, que ya fué de los jesuitas. À fines de Octubre de 1875, éi que esto escribe tuvo la dicha, no solo de reconocer dicha arca, idéntica del todo á la descrita por el P. Lozano (*Vida del P. Lizardi, pag. 460*), sino tambien de ver y tocar con sus manos los venerables restos del heróico hijo de S. Ignacio. — El mutilado simulacro de la Purísima, reunido á su cabeza, pero sin manos (que no fué posible hallar), se veneró hasta nuestros tiempos en la misma iglesia; y en estos últimos años fué llevado á la capilla de Camacho, á diez leguas de aquí.

¹ De aquí, creemos haberse originado el cuento, comun hasta hoy entre la gente del Pirai, de que en las vísperas de S. Rosa se oyen repiques de campanas en aquella laguna.

la reduccion de Nra. Sra. del Rosario. Allí ejercitó por muchos años su paciencia y su celo; y allí terminó finalmente su vida y su apostolado. Le sucedieron otros jesuitas, esmerándose en conservar y mejorar aquella mision, y perseveraron allí hasta Agosto de 1767, cuando los arrojó de ella y de toda la América el decreto de un rey mal aconsejado, que pagó con la proscripcion los imponderables servicios, que por dos siglos le habia prestado aquella ilustre sociedad, sometiéndole tantos pueblos y conquistándole tantas provincias.

En estos términos se hallaba la espiritual conquista de los Chiriguanos, cuando en 1755 los franciscanos fundaban en Tarija su Colegio de Propaganda.

PRIMERA PARTE.



PRIMERA PARTE.

MANIFIESTO HISTÓRICO DE LO QUE HAN TRABAJADO LOS MISIONEROS DE TARIJA ASÍ ENTRE LOS FIELES COMO ENTRE LOS INFIELES DESDE EL AÑO DE 1775 HASTA ÉL DE 1810, ESCRITO POR EL P. FR. ANTONIO COMAJUNCOSA¹.

I.

Trabajos que han suportado nuestros misioneros entre los fieles.

JAMAS nuestros misioneros han olvidado, que el blanco, á que deben dirigir sus ordinarias tareas, es el ganar almas para Dios, arrancar con solicitud é industria las plantas adulterinas del campo del gran Padre de familia, sembrar las virtudes en la mies del Señor, estirpar de raiz los vicios, reducir el linaje humano á las sendas del conocimiento y de la salvacion, y hacer el oficio de los santos Apóstoles, que ya no existen en este mundo; y por lo mismo se emplearon á trabajar en este ministerio así entre los fieles, como entre los infieles.

¹ V. Apéndice I.

Misiones que hicieron entre los fieles.

¿ Que tiempo, ó que lugar ha habido, en que estos operarios de la hacienda del Señor no hayan sembrado la semilla de la divina palabra? ¿ Que tierra hay en todo este contorno, y en distancia de ciento, doscientas y trecientas leguas, que no la hayan regado con saludables doctrinas, y fomentado con la continua memoria de las verdades mas importantes de nuestra religion? Puede ser que alguna vez hayan sido acusados de inútiles y sin provecho: pero algun dia clamarán las paredes de innumerables templos de todo este distrito, y hasta los maderós de sus edificios publicarán los sudores, los trabajos, las vigiliass y el empeño, fervor y espíritu, con que ejercieron sus misiones, no solo en este corto partido de Tarija, ni en solo el arzobispado de Chárcas, sino tambien en los obispados confinantes, en las provincias remotas, y en ambos vireinatos. Y para que se conozca que no es ponderacion lo que insinuamos, en un solo golpe de vista haremos patentes las misiones, que ejercieron en los pueblos de dichos distritos, desde sus principios hasta ahora.

Pasó este Convento á ser Colegio de *Propaganda Fide* el dia 14 de Octubre de 1755: pues, en el año inmediato de cincuenta y seis ya hicieron mision en el partido del Bermejo sito en el extremo de este valle; y por ser muchísima la gente que vive en aquellos pagos dispersos, repitieron la mision en los mismos lugares, el año siguiente de cincuenta y siete, por el espacio de mas de cuarenta dias. En él de 1758, la hicieron en la frontera de Tomina sita en el Oriente de la ciudad de la Plata, y predicaron la palabra de Dios en los pueblos de Palcha, Tarabuco, Tacopaya, Tomina, Laguna, Villar, Sopachúi y en otros de aquella vasta vecindad. Sembrada ya la tierra del Sud y del Oriente, pasaron á la parte del Norte, y en el siguiente año de 1759 predicaron mision en la imperial villa de

Potosí: y en el inmediato de sesenta, tirando al Occidente, la predicaron en Libilibi, Tupisa y Suipacha. Ved aquí regada esta tierra con la celestial doctrina, y sembrado el grano del evangelio en las cuatro partes que circunvalan este Colegio, en solos los cinco primeros años de su ereccion. Mas como su fervor, lejos de entibiarse, hervia cada dia con mayor fuerza; en el año próximo de sesenta y uno volaron á partes mas remotas, y continuaron sus misiones en la que ahora es ciudad de Cochabamba, en Arque, en la villa de Oruro y en Sicasica, donde concluyó con la vida su apostólico ministerio el uno de los tres misioneros llamado Fr. Baltasar de San Tadeo. Mas, no por esto aflojó el espíritu de los dos restantes; sino que sedientos de ganar mas almas para Jesucristo, continuaron sus apostólicas tareas, pasando á la diócesis de la Paz y vireinato de Lima; y predicaron sus misiones en Chucuito, en Puno y en otros pueblecitos de aquella comarca, ocupando en su trabajo todo el año de 1762.

No cesaron sus fatigas: si unos descansan por algun corto tiempo, otros se levantan á continuar la labranza: la fertilidad del terreno ofrece grandes cosechas; y no satisfechos con las que cogieron con mucha abundancia en las partes del Norte, pasaron á la del Sud, donde sembraron la palabra de vida en los corazones de los que estaban sentados en la sombra de la muerte; haciendo misiones en las ciudades de Santiago del Estero, del Tucuman, de Jujú y en otros lugares del tránsito, el año de 1764: y en los dos inmediatos de sesenta y cinco, y sesenta y seis continuaron el mismo ejercicio en los curatos de Patcaya ò Chaguaya y en él de la Concepcion, que están en este valle; en la iglesia parroquial del valle de Cinti y en sus dos viceparroquias. Así fueron continuando los años sucesivos con el mismo ardor, mientras hubo operarios, que poder enviar: pero estos iban ya faltando por causa de las misiones vivas, que en el mismo tiempo se estaban fundando.

Ya la mision del Rosario del valle de las Salinas, que

era de los PP. de la Compañía de Jesus, estaba á nuestro cargo; ya nuestros misioneros se habian internado por los bárbaros de esta frontera, y empezaron á establecer sus reducciones en Tariquúa y Garrapátas; ya habian rompido los diques de la infidelidad por las cordilleras del Norte, y á fuerza de inmensos trabajos (como diremos despues) se habian fundado las misiones vivas de la Purísima Concepcion de Pilipili y de N. P. S. Francisco de Acero. Y como en estos cuidados se hallaban ocupados bastantes religiosos, y apenas quedaban los muy precisos para sostener las cargas y ocupaciones indefectibles del Colegio, fué necesario suspender las apostólicas escursiones entre los fieles, hasta que viniesen otros de España. Para este efecto, el R. P. Fr. Francisco Escribano, primer guardian que fué de este Colegio, en el año de 1768, pasó á la ciudad de los Reyes ó de Lima, y solicitó del Exmo. señor virei Amat la licencia para ir á España, y coleccionar algunos religiosos para este Colegio y misiones. El éxito fué. feliz; pues, apenas dicho religioso se presentó al Exmo. señor ministro de Indias, y le hizo relacion sencilla del estado en que estaban los indios de la Cordillera de Sauces, y de la escasez de religiosos que padeciamos; inmediatamente trató con el R. Acuerdo este importante negocio; y movidos todos de su cristiana piedad acordaron, que dicho religioso colectase veinte y cinco religiosos para este Colegio.

Con este real permiso efectuó su coleccion; juntó á veinte sacerdotes y tres legos; y con todos ellos se embarcó en el puerto de Rota el dia 9 de Noviembre de 1770, y en 31 de Enero del año inmediato llegaron á la ciudad de Buenos Aires, donde se mantuvieron mas de dos meses de pura limosna, mendigando el sustento diario y los necesarios utensilios para el viage (pues no habia entonces otro socorro); y con los 400 pesos, que prestó un caballero de aquella ciudad y satisfizo el hermano síndico de este Colegio para su transporte, llegaron á este Colegio apostólico el dia 21 de Julio de 1771 con universal regocijo, particular-

mente de esta santa Comunidad, que los esperaba con ansia, para proseguir sus apostólicas tareas. No fué mucho el tiempo que se tomaron para su descanso: unos caminaron para la cordillera de la nacion chiriguana y chanesa; y otros se ocuparon en la predicacion evangélica entre los fieles. En el año de 1772, repitieron sus misiones en Tupisa y en el valle de Cinti: en él de 1773, en la frontera de Tomina y Pomabamba; en él de 1774, en los curatos de este valle de Tarija; y así fueron siguiendo su trabajo con inmensos frutos y aprovechamientos de las almas.

Pero el ánimo ha sido de reformar las costumbres de todos los fieles de este Continente. Era corto este ámbito para desfogar su espíritu; y por esto en el año de 1774, fueron enviados tres misioneros á la costa del Mar del Sud, é hicieron misiones desde el pueblo de Pica hasta la ciudad de Arequipa: luego, el año siguiente de setenta y cinco resonaron estas trompetas evangélicas en la ciudad de la Plata y en la villa de Potosí con fervorosas misiones; y en el inmediato de setenta y seis, pasaron á la diócesis de Santa Cruz de la Sierra, y las hicieron en la ciudad de Jesus del Valle grande, en Samaypata, Chilon, Totorá, Tintin, Ayquile, Mizque, Homopere y su viceparroquia Chingurí; en Tarata, Punata y Arani: y entrando en el arzobispado, siguieron la misma tarea en la que entonces era villa de Oropesa de Cochabamba, y en los curatos de Quillacollo y Sipesipe, perseverando constantes hasta vencido el año de setenta y siete; y no dejaron de repetir lo mismo en la villa ó pueblo de la Laguna el año siguiente de 1778.

Aquí parece habia de haber parado esta funesta persecucion, que hacíamos al demonio, por hallarnos otra vez escasos de religiosos, que pudiesen sostener este ministerio entre los fieles, á causa de hallarse un buen número de ellos empleados en los seis pueblos de infieles ya reducidos, que teníamos á nuestro cargo. Pero Dios, que con particular clemencia atendió la conservacion y aumento de este apo-

stólico Colegio, para la salud y seguridad de estos lugares, proporcionó al R. P. comisario colector Fr. Manuel de la Concepcion ex-guardian de este Colegio, que se hallaba ya en España, una mision portentosa de tales religiosos, que aun antes de pisar esta América, ya ejercieron el ministerio de la palabra divina en la misma fragata, que los condujo. Habiéndose pues embarcado en el puerto de la Coruña quince religiosos en el mes de Junio de 1778 para este Colegio; y habido el permiso del capitan de aquella fragata, hicieron mision á toda aquella tripulacion, predicando y confesando los que tenian edad y licencia para ello, y ocupándose los demas en instruir á los marineros para hacer una buena confesion. ¡Que prodigio! En balde el comun enemigo alteraba los vientos, conmovia las aguas, y armaba tormentas para impedir esta obra tan santa: la constancia de los misioneros y la general compuncion de aquellos oyentes desarmaron sus furias; y quedó todo el barco santificado.

À fines de Agosto del mismo año desembarcó este valeroso ejército, que venia á destruir y despojar al fuerte armado de los que tenia bajo la tirana esclavitud del pecado: y para no perder tiempo en esta empresa, mientras los demas pasaron á la ciudad de Buenos Aires y hacian las diligencias para trasportarse á este Colegio, se quedaron tres en la de Montevideo, é hicieron mision á un concurso innumerable de aquella ciudad y su comarca, predicándoles y confesándolos hasta fines de Setiembre, en que pasaron á la capital y se juntaron con los demas compañeros, cargados de los despojos, que quitaron al Príncipe de las tinieblas. Este gran celo movió al Exmo. señor virey D. Juan de Vértis para detener á cuatro de ellos, y destinarlos de capellanes en la espedicion, que entonces se hizo á la costa Magallánica ó de los Patagones. Ellos fueron con gusto, y trabajaron segun el espíritu, que los impelia á hacer bien á todos los individuos de aquella comitiva, compuesta de marineros, militares, presidiarios y negros.

Todos juntos llegaron á la Bahía sin fondo (á la que

llamaron de San José) el dia 6 de Enero de 1779; y aunque la mitad de la espedicion habia de haber pasado á San Julian, no se efectuó por faltarles el agua; y por esto permanecieron todos en dicha Bahía, que parece está en los 41° de lat. S., y 312° de long. segun el meridiano de Tenerife.

Allí cogian todos el rocío del cielo á manos llenas; porque los misioneros les predicaban la divina palabra, ya en los barcos que estaban anclados en la Bahía, ya en la capilla que habian formado en tierra: todas las noches enseñaban la doctrina cristiana á los negros, presidiarios y soldados ignorantes, y tambien á los marineros: á todos administraban los santos sacramentos con puntualidad: apaciguaban á los inquietos, cortaban sus desavenencias, y los conservaban en buena paz: eran el consuelo y alivio de los muchos enfermos que llenaban aquel hospital, del cual jamas se apartaban para asistirlos y auxiliarlos; y cuando morian, les hacian á todos sin diferencia el entierro cantado con la posible solemnidad. Ellos se condolian con los afligidos, intercedian por los culpados, padecian hambre y sed con los necesitados, y llegaron á enfermar con los enfermos. Y como el escorbuto cundia mucho, y á todos los ponía en peligro de perecer; determinó la Plana mayor el regreso á Buenos Aires, lo que verificaron á fines de Julio del mismo año con trabajos, sustos y peligros indecibles: y hechas las prevenciones necesarias se vinieron los cuatro religiosos; y casi en el mismo tiempo llegó de España otra partida de diez religiosos mas.

Hallándose ya el Colegio abastecido de operarios evangélicos, no quiso tenerlos ociosos. Estaban los pueblos principales del Perú clamando por misioneros, ó para desarmar á la divina Justicia con la penitencia, ó para prevenirse con la gracia en la tormenta general, que consideraban muy cerca. Los vicios estaban muy pujantes, y los indios del reino muy inquietos: pero mientras el desleal Tupac-Amaru urdia la general conmocion de todas estas provincias para poner

sobre su cabeza la corona imperial, que el poder español habia quitado á sus abuelos; este Colegio envió sus tropas, armadas con la virtud del Dios crucificado y con la espada de la palabra divina, que sabe penetrar hasta el corazon y dividir al espíritu mas endurecido. Salieron, pues, á fines de Agosto de 1780 tres misioneros con un religioso lego de singular virtud y ejemplo, y empezaron su mision en la imperial villa de Potosí. Aquí predicaron mas de un mes continuo, no solo en las iglesias, donde el concurso era innumerable; sino tambien en las calles y plazas, en los monasterios de religiosas y casas de retiro, en las cárceles y en todo el pueblo. Luego dieron ejercicios espirituales à varias personas de uno y otro sexo, sin dejar de confesar mañana y tarde á los innumerables, que buscaban ansiosos el camino de la salvacion.

Concluida esta apostólica tarea, pasaron á la ciudad de la Plata; y á principios de Noviembre presentaron la batalla á la antigua serpiente, que con su infernal astucia tenia divididos los ánimos de los mas principales, para ocasionar á todo el pueblo la mas lamentable ruina. Al empezar la mision, comenzó el comun enemigo á rendir sus armas: la voz del evangelio sacudió los empinados cedros de aquel monte de vicios; conmovió aquel desierto poblado de pecadores mas horribles que las fieras; desterró de sus enconados ánimos los odios y rencores; convirtió los corazones de los padres al cuidado de sus hijos, y los de los hijos al respeto y sujecion debida á sus padres; trocó los trajes escandalosos en vestidos moderados y edificativos; y los unió á todos con el vínculo de la caridad, haciendo hijos de Dios aun á aquellos, que hacian gala de serlo del Dragon de los abismos. Tales fueron los frutos de aquella mision; y hemos de creer que la piedad de Dios los obró, porque quiso por este medio librar á aquel pueblo de la ruina, que le amenazaba.

Con efecto, en el mismo dia que se concluyeron los sermones de esta mision, llegó la triste é infausta noticia de que en las cercanías del Cuzco se levantó por rey de este

vasto dominio el soberbio y desleal indio Tupac-Amaru, quien tenia provistos Jefes en todas partes. Inmediatamente se conmovieron todas estas provincias; juntábanse los indios á millares, y formaban formidables ejércitos, y hacian muchos estragos en los pueblos. La ciudad de la Paz se vió cercada de los enemigos, que la sitiaban por hambre: la villa de Oruro lloraba sin consuelo al ver derramada la sangre de la gente mas honrada en sus mismas plazas: el partido de Chichas se hallaba alzado y hacíanse muertes violentas: Potosí estaba consternado, temiendo que se levantasen las dos mitas que tenia dentro: y la ciudad de la Plata se halló acometida por todas partes para ser presa de los insurgentes. En este tan lastimoso estado tuvieron nuestros misioneros mucho que trabajar. Uno se hallaba en Jujú, y con sus industrias y exhortaciones ayudaba y animaba á sus habitantes á que resistieran valerosamente á los indios Tobas, que amenazaban invadir á aquella ciudad; y sus poderosos exhortos no salieron fallidos. Dos fueron á Tupiza, y con su predicacion reprimieron en gran parte los furores de aquellos alzados; y cuando las tropas auxiliares llegaron á aquel pueblo y ejecutaron algunas justicias en los mas culpados, ellos auxiliaron á los ajusticiados con apostólico celo, para que recibieran con animo resignado la muerte que merecian.

Los tres misioneros, que estaban en la ciudad de la Plata, no descansaron un punto en todo aquel año. Todo su empeño era mantener en buena union á todo el pueblo para resistir á los enemigos: y para lograrlo, no cesaron de dar ejercicios espirituales á toda clase de personas; su vivir era en el confesonario; y su ordinaria ocupacion consolar á los atribulados, y anunciar la paz y la sujecion constante al católico monarca. Supieron que una carta anónima, chismosa y subversiva habia trastornado los ánimos de los mismos soldados; y entrando en su cuartel, los congregaron y exhortaron á la buena union y constancia, con tan feliz suceso, que desde aquella apostólica exhortacion

se mantuvieron quietos, y se armaron de mayor valor para vencer á los enemigos. Fueron estos vencidos; y viendo el Ilmo. Sor. arzobispo el Dr. D. Francisco de Herboso, y el señor presidente D. Ignacio Flores la grande utilidad, que se seguiria de repetir las misiones, y de enviar á los mismos misioneros á otros pueblos de aquel distrito, lo ejecutaron así, y no quedó frustrada su esperanza; ni el espíritu de los ministros evangélicos aflojó en esta nueva empresa.

Se pasó el año en las referidas tareas con los prósperos sucesos, que van mencionados, y luego volvieron á la imperial villa de Potosí, y empezaron con el clero secular, juntándolos en el colegio que fué de los PP. Jesuitas, y dándoles ejercicios espirituales en dos turnos. Despues hicieron otra vez mision con mas empeño que el año anterior; predicaron tambien en los monasterios y en la cárcel; y dieron ejercicios á muchas personas en varios turnos. Concluida aquí su larga tarea, y dejando á aquel pueblo mas radicado en el servicio de Dios y en la sujecion al católico monarca, pasaron otra vez á la ciudad de la Plata, donde repitieron las mismas diligencias con un fruto incalculable. Tanto fué lo que en esta ocasion trabajaron á beneficio del público, que los llamaban *Padres de la Patria*; y efectivamente se puede asegurar, que al celo y teson de estos operarios evangélicos se debió en gran parte la quietud y seguridad de estos dos pueblos principales en un tiempo tan revuelto, como sabemos lo informaron así á S. M. los cabildos secular y eclesiástico de aquella ciudad, y el señor gobernador intendente de Potosí el Dr. D. Jorge Escobedo; de cuyas resultas el Exmo. señor virey del distrito, en nombre del rey, pasó orden á dicho gobernador, de que diese las gracias al guardian y religiosos del colegio de Tarija, por lo mucho que trabajaban en servicio de ambas magestades.

Seguian todavia los rebeldes [en sus hostilidades; y con la orden que dichos tres PP. misioneros tuvieron de los

mencionados señores arzobispo Herboso y presidente Flores, para que saliesen á hacer misiones en otros pueblos, á fin de radicar en ellos la pública tranquilidad por medio de una firme reconciliacion con Dios, la pusieron en ejecucion á principios del año de 1782, y fueron primeramente á la villa de Oruro, donde hicieron mision y dieron ejercicios espirituales toda aquella cuaresma. Despues, rompiendo por los puestos mas peligrosos, pasaron á Cochabamba; de aquí á Quillacollo; de este pueblo al de Tarata; de este al de Punata y Arani; de aquí á la ciudad de Misque, haciendo en todas partes largas misiones, y ganando para Jesucristo innumerables almas, y manteniendo obedientes al soberano á todos aquellos sus fieles vasallos. Finalmente, rematando sus tareas con una mision, que hicieron en la parroquia de Cinti, regresaron, al cabo de dos años y cuatro meses de fatigas y trabajos indecibles, á este Colegio, no para descansar, sino para tomar nuevos alientos, y prevenirse para continuar su apostólico ministerio.

En el mismo año de 1782 pasó el Ilmo. Sor. arzobispo Herboso de esta vida á la eterna: y viniendo á ocupar su silla el Ilmo. Sor. D. Fr. José Antonio de San Alberto, inmediatamente llamó de este Colegio á dos de dichos misioneros, para que juntos con su Guardian, (que le habia acompañado en el tránsito hasta la ciudad de la Plata) le ayudasen á hacer mision en ella. La hicieron con su acostumbrado fervor el año de 1785; y en él de 1787 la repitieron con el mismo Ilmo. Prelado en esta villa de Tarija (á donde vino de visita), y despues dieron ejercicios espirituales públicamente á todo el pueblo, cooperando en unas y otras tareas toda esta santa Comunidad. Habiendo regresado dicho señor Arzobispo á su capital, y queriendo proseguir la visita general de su vastísima diócesis, pidió á los mismos dos misioneros, para que le acompañasen; y prontamente le fueron remitidos.

Llegaron á aquella ciudad por Agosto de 1788; y sin pérdida de tiempo empezaron á dar ejercicios espirituales

primeramente al clero, luego á los colegiales de ambos Colegios; al mismo tiempo los dieron á las religiosas de los tres monasterios; despues á las recogidas y á las beatas de los otros tres beaterios; y últimamente á todo el pueblo en la catedral, predicando todos los dias, recogiendo en el confesonario el fruto á medida de su trabajo. Concluidos todos estos santos ejercicios, fueron dichos misioneros al asiento de Aullágas y á su viceparroquia de Anconasa, donde hicieron mision con el principal objeto de disipar las discordias, que habia en aquellos pueblos entre las personas principales; lo que consiguieron perfectamente, con gran consuelo de las partes altercantes y edificacion de todo aquel vecindario. Volvieron á la ciudad de la Plata; pasaron allí toda la cuaresma de ochenta y nueve, predicando y confesando; y entre tanto que Su Ilustrísima se prevenia para continuar su visita, fueron llamados á la ciudad de la Paz, donde hicieron una larga y muy fructuosa mision, reformaron los trajes y costumbres, y dejaron establecida la oracion mental diaria en la iglesia, que habia sido de los PP. de la Compañía de Jesus.

Sin pérdida de tiempo, ni dar lugar al descanso, pasaron estos Ángeles veloces á la ciudad de Cochabamba; y entraron en ella con el mencionado señor arzobispo, como anunciadores de la paz que debian tener todos con Dios, y como predicadores del bien y salud de sus almas. Luego pusieron la mano al ministerio apostólico: dieron ejercicios á las religiosas Clarisas y Carmelitas, á las recogidas y al clero; é inmediatamente pasaron á hacer mision en los pueblos de Quillacollo y Sacaba inmediatos á aquella ciudad; y con estas fatigas saludables concluyeron el año de ochenta y nueve. En el siguiente hicieron mision en aquella ciudad con el mismo señor arzobispo; la cual concluida, pasaron á hacerla en los pueblos cercanos de Punata, Arani, Tarata, Arque y Carasa; y pasando otra vez á Cochabamba, dieron fin al año de noventa con unos famosos ejercicios, que dieron al clero; y se retiraron á este Colegio.

En el mismo tiempo fueron enviados otros tres misioneros al obispado de Santa Cruz de la Sierra, é hicieron mision en el Vallegrande, en Samaipata y en la misma ciudad episcopal¹. Luego vinieron al pueblo de la Laguna, donde empezaron su mision, y antes que se concluyera, el principal misionero que la presidia, y que era el R. P. Fr. Gerónimo Guillen ex-guardian de este Colegio, enfermó y concluyó su carrera en su demanda. En los años sucesivos hubo alguna suspension, por la escasez de religiosos y aumento de reducciones entre infieles: pero en el año de 1795 volvieron á emprender estas tareas apostólicas; y despues de haber hecho mision en la parroquia de S. Lorenzo de este valle, la hicieron tambien en esta villa: en él de 1798 la hicieron en Tupisa y Suipacha: en él de 1799 la repitieron en esta villa de Tarija, y luego pasaron cuatro misioneros á ejercer este ministerio en la ciudad de Salta; y habiendo dado ejercicios espirituales á hombres y mugeres, pasaron á la ciudad de Jujúi y al pueblo de Humaguaca, de cuyas misiones reportaron frutos muy copiosos. En el mismo año se repitió la misma en la parroquia de S. Lorenzo.

En él de 1805 salieron otra vez tres misioneros para el obispado del Tucuman, é hicieron mision en la ciudad de Salta, en los curatos de San Carlos de Calchequí y de Santa Maria; de aquí fueron á hacerla en la ciudad de Tucuman, en la cual comulgaron mas de cinco mil personas; y en la cuaresma del 1806 la hicieron en la ciudad

¹ El dignísimo obispo de S. Cruz Dr. D. Alejandro José Ochoa, lleno de gozo por los copiosos frutos recogidos por aquellos fieles ministros del evangelio, y prendado de sus virtudes, escribió al rey solicitando la fundacion de un Colegio de misioneros en su diócesis, y ofreciendo para los gastos veinte mil pesos, parte de su propio peculio, parte de las limosnas que su diligente celo había recogido. La real cédula de 20 de Noviembre de 1792 otorgó la erección; y en la villa de Tarata (sujeta entonces al obispado de S. Cruz) se levantó un nuevo Colegio franciscano.

de Jujú, y regresaron á este Colegio. Otros tres la hicieron con indecible fruto en S. Cruz de la Sierra.

Seria nunca acabar, si hubiésemos de referir en particular todas las espirituales escursiones, que han hecho nuestros misioneros desde el principio hasta ahora, y las innumerables almas, que por este medio se pusieron en gracia de Dios. Lo cierto es, que esta es su principal ocupacion. No siendo llamados á partes remotas, se convidan ellos mismos á trabajar en la parroquias mas cercanas: repiten sus misiones en los curatos de este partido: ya se oye su clarin evangélico en los altos de Tupisa, ya en el valle de Cinti: tan presto se ven predicar y confesar en los lugares de este valle, como en él de las Salinas: son como nubes fecundas, que en todas partes derraman las gracias, que Dios tiene fiadas á su ministerio: ellos dan ejercicios espirituales donde quiera se los pidan; sirven de cuaresmeros, y predicán todos los años en estos curatos, y algunas veces han predicado las ferias en Potosí y Chuquisaca; ya suplen por los curas párrocos en sus ausencias; ya por algun tiempo les sirven de ayudantes en los casos necesarios; y en cualquier lugar y ocupacion edifican con su ejemplo, iluminan con su doctrina, serenán las conciencias con el buen consejo, y subiendo á los púlpitos son como truenos, que al mismo tiempo que atemorizan á los pecadores con las amenazas de un Dios ofendido, despiertan á los que duermen en sus vicios, y compelen con sus exhortaciones á todos sus oyentes á que entren por la puerta angosta de la salvacion.

Estos son los servicios, que hace este Colegio á la Religion y al Estado, como lo acredita la palpable experiencia. Mucho hemos manifestado en prueba de esta verdad: pero no lo hemos dicho todo. La fundacion, establecimiento y primeros progresos del Hospicio de Nra. Sra. de Loreto de la villa de Moquegua, que se fió al cuidado, direccion y gobierno de este Colegio hasta que fué erigido en Colegio con el título de nuestra Señora del mayor Dolor,

ocuparon la atencion de nuestros mejores misioneros; y este es el motivo, por qué no podemos omitir lo mucho que trabajaron en su fundacion, y la utilidad que de ella resultó á todo aquel vecindario ¹.

Fundacion del Hospicio de Moquegua, y sus utilidades.

El celo y eficacia, con que los Misioneros de este Colegio de Tarija predicaron en la costa del mar Pacífico, desde el pueblo de Pica hasta la ciudad de Arequipa el año de 1774, movieron el ánimo del Ilmo. Sor. Abad y Llana obispo de aquella diócesis, para solicitar del superior Gobierno de Lima la facultad, permiso ó providencia, para que dichos misioneros se posesionasen del Hospicio, que habian tenido los PP. Jesuitas en la villa de Moquegua ². Efectivamente se consiguió esta providencia favorable, y por orden del virey Manuel Amat y Junient dada en Lima el 22 de Junio de 1775, seis religiosos del Colegio de Tarija pasaron el año siguiente á tomar posesion de aquella casa religiosa. Mas, apenas habian puesto los piés en ella, cuando se levantó contra ellos una atroz persecucion, escitada sin duda por el espíritu del mal, ansioso de impedir, si le hubiese sido posible, los inmensos bienes, que habia de producir aquella pequeña colonia de apóstoles. No hubo vileza de que no se usase á fin de que

¹ Moquegua (hoy capital del Departamento que lleva su nombre en el Perú) era, cuando escribia el P. Comajuncosa, solo una villa con unos mil habitantes; pero sus fértiles alrededores estaban como salpicados de numerosos caseríos, y poblados de un crecido vecindario. Habia en ella dos conventos, uno de Dominicos y otro de Betlemitas; y en 1705 los PP. Jesuitas fabricaron un pequeño Colegio bajo la advocacion de Nra. Sra. de Loreto, que sesenta y dos años despues fueron obligados á desamparar.

² V. Apéndice J.

los misioneros salieran de aquel Hospicio; se les calumnió delante de los superiores de la Orden, del obispo de Arequipa, del virey de Lima, de la Corte de Madrid; se arrancó en fin una cédula del rey, con que se intimaba á los nuevos huéspedes de Moquegua el regreso á su Colegio de Tarija.

La mano de Dios abate para ensalzar; la calumnia fué sombra, que dió mas relieve al mérito de los misioneros. Una segunda cédula del monarca los llamó de nuevo al Hospicio de Moquegua, adonde volvieron á entrar en 1787. Eran cinco sacerdotes y un hermano lego; presidente de todos el P. Fr. Tomas Nicolau.

Desde luego se dedicaron á trabajar así en lo material del convento, como en lo espiritual de aquel pueblo y vecindario. La iglesia y habitacion, que hallaron, eran bien ruines y en el todo ruinosas; apenas habia cuatro ó cinco celdas; el claustro se reducía á un patio abierto y en declive; el refectorio era una pieza corta y tan oscura, que para leer era preciso ponerse el lector de mesa en la misma puerta, y aun así era trabajoso; la librería, á escepcion de algunas pocas obras de estimacion, era como un deshecho de revendedores: á la sacristía nada le sobraba; la iglesia estaba bien pobre: sola la custodia, que ya estaba en tiempo de los PP. Jesuitas, es famosa y de mucho valor: la huerta era capaz en terreno, pero estaba limpia de hortaliza, y como nada habia que poder robar, no le dañaban los portillos: en suma, nada habia que pudiese servir de provecho; y así tuvieron mucho que hacer para repararlo, ó hacerlo todo de nuevo.

Para su costo era el caudal muy limitado; pero la Providencia de Dios, y la franca liberalidad de los Moqueguanos les ofrecieron todos los caudales necesarios. En primer lugar emprendieron la fábrica de una nueva iglesia; su ánimo era hacerla regular, y no suntuosa; pero aquellos devotos vecinos quisieron, que se fabricase sobre los cimientos, que los dichos PP. Jesuitas habian ya levantado sobre

la faz de la tierra, y por esto fué corriendo con magnificencia. La obra es de piedra y cal; tiene 72 varas de largo y casi 12 de ancho¹; y habiendo llegado á su última perfeccion, se estrenó el 3 de Enero de 1785. Tres años despues se colocó en ella, en una preciosa urna de plata, el cuerpo de S. Fortunata M., que habia traído de Europa el P. Tadeo Ocampo. En todo aquel tiempo no pusieron mano en la fábrica de un nuevo Colegio; pero remendaron, como pudieron, las celdas antiguas, é hicieron provisionalmente algunas otras para otros misioneros, que les agregámos de este Colegio: y procuraron componer y poblar la huerta de árboles, parrales, viña y hortalizas.

Estas ocupaciones temporales, aunque eran continuas, en nada retardaron sus religiosas distribuciones, ni les sirvieron de estorbo para dar el socorro espiritual al pueblo, ni para ejercer su apostólico ministerio. La oracion mental, la pausa y gravedad en el rezo del divino oficio, las conferencias diarias, el continuo recogimiento y lo demas que prescriben las Constituciones Apostólicas, estuvo en la mas rígida observancia. Siempre estuvieron prontos para consolar á cualesquiera penitentes; y nunca dejaron de auxiliar á los enfermos, que los llamaron, aunque fuese á la media noche: arreglaron la tercera órden de Penitencia: entablaron prontamente y pusieron en ejercicio la escuela de niños para enseñarles las primeras letras, á escribir y contar, y sobre todo la doctrina cristiana y buenas costumbres. La predicacion evangélica era proporcionada al corto número de sus individuos: ellos predicaron todos los domingos de la cuaresma, y se les encomendaban algunas ferias, que predicaban en la matriz: todos los años salieron á hacer mision en la ciudad de Arica, para cumplir esta obra pia, que ya tenian los PP. Jesuitas: y cuando llegaron los misioneros, que les remitímos el año de 1791, se pusieron

¹ La vara equivale á metros 0,860.

en armas para hacer guerra á los vicios y á los demonios en todos los pueblos de aquella costa del mar del Sud, pertenecientes á la diócesis de Arequipa.

À este fin, y á mediados del año siguiente de 1792, se escogió una terna de operarios celosos, que discurriendo por aquel distrito, hicieron mision primeramente en la villa de Camaná y en los pueblos de Ocoña y Caravelí; despues, llamado el misionero principal para la ciudad de Arequipa por su Ilmo. Prelado, quien quiso se hiciese mision allí, siguieron los otros dos misionando desde Aticu hasta Acari, que es el fin de la diócesis. Entre tanto aquel muy celoso Príncipe llamó á otros dos misioneros de Moquegua, y estos con él que estaba aguardando en Arequipa hicieron cuarenta dias de mision en aquella ciudad; la cual concluida, dieron ejercicios espirituales á todo el clero en varios turnos hasta la cuaresma; y en esta á los seglares, que se mudaban de semana en semana; y permanecieron en su trabajo hasta principios de Mayo, en que regresaron todos para su Hospicio, no para descansar, sino para disponerse y emprender nuevas escursiones contra el demonio: pues á poco tiempo salió otra terna por la parte opuesta, é hicieron mision en Tacna, Arica, Tarapacá, Guantajaya, Iqueique, Pica, Metilla y Guatacondo, que es el último de la diócesis por esta parte; y habiendo recogido un fruto sin medida de innumerables almas, se retiraron á sus claustros á dar gracias á Dios por haber conseguido tantas victorias contra el soberbio Dragon. A todo esto debemos añadir las dos misiones que hicieron en el mismo Moquegua y los ejercicios espirituales que dieron á varias personas. Así perseveraron aquellos misioneros todo el tiempo que estuvieron sugetos á este nuestro Colegio, que fuè hasta principios de 1795, en que se erigió en Colegio formal como los demas; y desde entonces ha mantenido su antiguo fervor hasta la hora presente, pudiéndose decir, que de aquella nuestra semilla se ha venido á formar un vergel el mas agradable á los ojos de Dios, el mas saludable

á las almas de aquel pais, y el mas provechoso á todo aquel vecindario ¹.

¹ Esto lo escribia el P. Comajuncosa el año de 1810: quince años despues, el hermoso verjel de Moquegua quedaba asolado por el huracan de la revolucion. — En 1872, habiendo ido nuestros misioneros de Arequipa á dar mision en aquella ciudad, visitaron la antigua morada de sus hermanos, y hallaron la bóveda de la iglesia toda caída al suelo, el frontis rajado; solo las paredes laterales quedaban intactas. Las pocas piezas de la parte baja del convento (pues la parte alta quedó completamente destruida por el terremoto de 1868) servian de escuelas; el refectorio de salon de exámenes. Los libros de la copiosa biblioteca, algunos destrozados, la mayor parte perdidos. El cuerpo de S. Fortunata habia sido trasladado á la iglesia de S. Domingo, hoy matriz servida por un clérigo. Con motivo de la mision, los piadosos Moqueguanos se encendieron en deseos de rehabilitar el Colegio, y ofrecieron para ello una vistosisima suma: mas, ¿de qué parte de Europa podian lograrse misioneros, que lo habitasen?... La revolucion lo habia despoblado; la revolucion impidió su restablecimiento.



II.

Se da principio à los trabajos de nuestros Misioneros en la conquista espiritual de los indios bárbaros.

EN el mismo momento, que nuestros misioneros apostólicos tomaron posesion de este convento, y lo erigieron en Colegio de *Propaganda Fide*, pusieron la vista en las naciones bárbaras, que debian tomar á su cuidado para sujetarlas al yugo suave de Jesucristo. Miraron por todas partes, y vieron que, fuera del occidente (en que los cristianos antiguos les guardaban las espaldas), todo el horizonte estaba cubierto de infidelidad y barbarismo. La mies era copiosísima, pero los operarios muy escasos; porque los sacerdotes no eran mas que once, y los infieles eran innumerables. Para formar de ello una tal cual idea, diremos en pocas palabras las naciones bárbaras, que se hallan en las inmediaciones de este Colegio, y las que por todas partes confinan con ellas.

La chiriguana es la principal y la mas dilatada; pues, de N. á S. ocupa desde el pueblo de Santa Rosa (que se halla paralelo con la primera mision de Chiquitos al N. de S. Cruz de la Sierra) hasta el rio Bermejo; y de O. á E.,

desde las inmediaciones del pueblo de la Laguna, partido de Tomina, hasta los arenales confinantes con la mision de San José de Chiquitos: es á saber, desde los 17° 13' á los 22° 18' lat. S.; y desde los 314° 12' á los 317° 15' long. — Confinan con los Chiriguano, por el S. los Matacos, Mataguayos y Vejoses; por el S. E. los Tobas algo dispersos; por el E. varias naciones, particularmente la de los Guaycurús; por el N. E. la provincia de Chiquitos, y por el N. los Sirionós y Yuracarés.

À todas estas bárbaras naciones echaba la vista este nuestro Colegio desde su fundacion; y pensaba dar la batalla á los que otros soldados de Jesucristo mas fuertes y aguerridos, por poderosos y experimentados, no pudieron rendir bajo la bandera de la Cruz. Sabian los nuestros, que muchos de aquellos habian regado aquellos terrenos con sus sudores y fomentado con la sangre de sus venas; pero sin sacar fruto alguno de sus rebeldes moradores. No ignoraban la tenacidad y dureza de aquellos bárbaros, la feroz condicion de sus genios, y la inflexibilidad de sus corazones para abrazar una Religion, que aborrecian hasta lo sumo. Mas con todo esto, aunque repetidas veces se les frustraron las diligencias, al cabo favorecidos del poder divino pudieron sujetar al yugo del Evangelio una gran parte de la nacion chiriguana; y formar algunos pueblos de las demas, como lo iremos manifestando por el mismo órden, con que se lograron estas laboriosas conquistas.

À los quince meses de haberse establecido en Tarija, ya enviaron obreros evangélicos á sembrar la divina palabra en los pueblos bárbaros de esta frontera. Por los años de 1690 habian los PP. Jesuitas emprendido esta conquista, y fundaron su primera mision en el pueblo de Tariquea de indios chiriguano, distante de esta villa treinta leguas, y residieron en ella hasta el año de 1727 en que fué destruida por los bárbaros; y no entraron más en aquel lugar¹. Los

¹ V. Preliminares § IV, pag. 66.

apóstatas Tariqueanos, perseguidos por el español, anduvieron varios años fugitivos y dispersos hasta que en 1734 se situaron en un lugar montuoso, angosto y oculto, á dos leguas de distancia de su antigua poblacion. Veinte y tres años despues, habiendo sabido que en Tarija habia misioneros franciscanos, vinieron á esta villa, y se presentaron muy humildes en este Colegio el dia 11 de Enero de 1757 pidiendo religiosos, que fuesen á instruirlos en la ley de Jesucristo. Condescendimos luego á tan justa peticion; y el dia 14 del mismo mes y año salieron destinados por la obediencia para el dicho pueblo el P. Fr. Manuel Mingo y el hermano Fr. Pedro del Castillo. Así en el dia, en que la religion franciscana festeja el triunfo del Smo. Nombre de Jesus, dos de sus hijos salian del nuevo Colegio de Tarija dando principio á la grande empresa de anunciar el adorable nombre del Redentor á las naciones bárbaras de estas fronteras.

La fragosidad del camino, las copiosas lluvias que caian con frecuencia, y el escaso viático que llevaban, les hicieron molesto el viaje: pero se les ensanchó el corazon, cuando vieron que aquellos bárbaros los recibieron con mucha alegría, les hicieron de pronto una capilla con leños y barro¹, asistian á la doctrina, dejaban bautizar á sus párvulos, y en todo manifestaban grandes deseos de hacerse cristianos. Así prosiguieron algunos meses; pero su natural inconstancia, la perversidad de otros indios seductores, y la infernal astucia de la antigua serpiente que lo barajaba todo, volvieron en triste noche lo que amaneció claro y alegre dia. En un momento se vieron de tal modo transformados aquellos indios, que no quedando esperanza alguna de su reduccion tuvimos á bien retirar á los misioneros en Octubre del mismo año.

La misma suerte corrió el pueblo de *Garrapdtas*, siete

¹ En aquel pobre tugurio el P. Mingo celebró la primera misa el 28 de Enero, sobre un altar de cañas.

leguas distante de Tariquea. Con aparentes ansias de convertirse á la fe, pidieron sus indios, que les diésemos á un misionero que les enseñase la doctrina y misterios de la verdadera religion. Prontamente se lo despachámos; y él procuró instruirlos y les bautizó algunos infantes moribundos: pero al poco tiempo se apagó aquel fuego fatuo, y siguieron el ejemplo de sus parientes de Tariquea. Por el mes de Junio de 1757 entró dicho religioso en aquel infeliz pueblo de Garrapátas, y por no poder hacer frente á la renitencia de los indios, ni al empeño que ponian los malèvolos para atajar nuestros pasos, antes de cumplirse el año hubo de dejarlos.

Mas al mismo tiempo que se nos cerró esta puerta, se nos abrió otra en la frontera de Sauces, por donde nos introdujimos en un campo dilatadísimo, en que sembrámos y cogimos frutos abundantes de muchísimas almas, que con la bendicion de Dios y nuestro trabajo, se convirtieron á la fe y recibieron el s. bautismo. La empresa fué muy ardua; y costó trabajos imponderables vencer la obstinada oposicion de aquellos bárbaros. Para que se entienda mejor esta nuestra entrada á la nacion de los chiriguanos y chaneses de dicha frontera, es preciso dar alguna noticia del estado en que ella se hallaba antes que nosotros llegásemos.

En el año de 1745, poco mas ó menos, vinieron de los pueblos comarcanos ó próximos á Santa Cruz de la Sierra una porcion de indios chaneses gentiles al pueblo de la Laguna, en que solia residir el corregidor de Tomina, con el fin de pedir á los españoles les ayudasen á defenderse de los bárbaros chiriguanos, que los perseguian y querian hacerles guerra para tenerlos como esclavos en su servicio. Los Lagunejos les ofrecieron el auxilio con la precisa condicion de que concluida la guerra deberian hacerse cristianos; y ellos prometieron cumplirlo así. Vencieron los españoles á los chiriguanos: y para que los chaneses tuviesen mejor proporcion de cumplir lo prometido, el Sr. Presidente de la R. Audiencia de la Plata dirigió orden al corregidor

D. Blas de Contreras, para que se les permitiese á los dichos chaneses el sitio de Pilipili¹, que ellos habian escogido para su habitacion. Ya con esto parece que se proporcionaba la ocasion de predicarles el evangelio. En efecto, el presbítero D. Andres Zabala, que vivia á distancia de diez y seis leguas, entraba repetidas veces al lugar de Pilipili, y enseñaba la doctrina cristiana á aquellos indios, los cuales por el interes que disfrutaban, lo querian mucho; y con este motivo les bautizó varios párvulos y algunos adultos: pero no tuvo allí capilla, ni cosa que se le pareciese; ni tuvo título alguno para dirigir y educar á aquellos infieles.

Muy corto tiempo, y á manera de relámpagos se dejó ver la luz de la fe, que salió de la boca de dicho Zabala; porque obligado este á retirarse, se quedaron los indios en la misma oscuridad que antes. Pasaron así unos cinco años, hasta que el dia 20 de Julio de 1752 entró en Pilipili el P. Fr. Gerónimo Justiniano religioso mercedario del convento de la Laguna, quien, deseoso de comunicar á aquellos infelices hijos de las tinieblas la luz del evangelio, mandó formar una ramada, que le servia de capilla para celebrar el S. Sacrificio, y de escuela para enseñarles los preceptos del Señor. Pero viendo por una parte la esquivéz y renitencia de aquellos bárbaros, quienes amaban mas las tinieblas que la luz, y faltándole por otra los alimentos precisos para su subsistencia, resolvió retirarse, y lo verificó en el inmediato mes de Agosto; y desde entonces nadie se acordó mas de ellos. Hallándose pues los indios de Pilipili impávidamente sentados en la sombra de la muerte, se obstinaban cada dia más y más; ya se hicieron dueños del terreno que se les prestó, ya daban indicios nada equívocos de querer invadir los pueblos cristianos de aquella frontera; y de aquí nacieron los temores de toda aquella vecindad de que los arruinasen enteramente.

Este fué el precioso momento, en que el Dios de los

¹ Propiamente *Piripiri*, que quiere decir *Juncal*.

ejércitos y Salvador de las almas quiso valerse de los flacos soldados de este su Colegio, para arrollar las tropas infernales, que tenian cercada de tinieblas á aquella nacion bárbara, y libertar á los Chiriguanos y Chaneses de los errores, en que estaban connaturalizados. Supo el corregidor del partido de Tomina D. Francisco de Guemez Hés-lés, que ya nosotros estábamos establecidos en esta villa de Tarija con el fin de propagar la fe entre los bárbaros de aquellas fronteras; y deseoso de libertar los pueblos inmediatos de los fundados temores que tenian de ser invadidos de los rebeldes indios, que mucho se habian aumentado en Pilipili, en 16 de Diciembre de 1757 informó á la R. Audiencia de la Plata sobre los graves peligros y riesgos, en que se hallaban los pueblos de la Laguna, Villar y Sopachuí con la nueva situacion del malvado capitán Chindica y un número considerable de indios chaneses, que ya habia crecido hasta él de dos mil almas en el lugar de Pilipili, donde se habian retirado acosados de los indios chiriguanos sus enemigos; haciéndole ver, que el dicho capitán y sus indios tenian torcidas intenciones, y que con la capa de amistad y el velo solapado de querer abrazar la fe y religion de Jesucristo, encubrian la mas lamentable alevosía contra los españoles; y pidiéndole, que para impedir estos males inminentes tomase las providencias necesarias.

El regio tribunal, considerada maduramente la cosa, fué de parecer, que el único medio de contener y reducir á los rebeldes, y poner á salvo la frontera de Saucos de la ruina que le amenazaba, era entregar el pueblo de Pilipili á nuestros misioneros de Tarija, para que ocurriesen al remedio y auxilio de aquel y demas pueblos, que se hallasen en el mismo estado. Á consecuencia de esto, el Sr. Presidente D. Juan de Pestaña en 31 de Mayo de 1758 despachó exhorto á nuestro P. Guardian para que destinase y remitiese al paraje de Pilipili y demas pueblos de chiriguanos, los operarios que arbitrarse ser necesarios. La suprema órden fué puesta luego en ejecucion.

III.

Trabajos que nuestros misioneros padecieron en la conquista de Pilipili.

CERTO es, que no hay empresas grandes, que no cuesten muchos trabajos y contradicciones. Así se verificó en la conquista espiritual del pueblo de Pilipili, la cual costó á nuestro Colegio muchas y penosísimas fatigas: pero tambien fué la puerta, por donde entrámos á establecer la cruz en muchos pueblos infieles de las cordilleras así de Sauces, como de S. Cruz de la Sierra.

Salieron de Tarija los PP. Fr. Francisco Escribano ex-guardian y Fr. Manuel de la Concepcion Mingo sacerdotes ejemplares, Fr. Pedro del Castillo religioso lego de gran virtud y un donado, como un escuadron del Dios de los ejércitos para dar principio á esta conquista. Supieron en el viaje la resistencia, que hacian los indios; llegaron al pueblo de la Laguna en el mes de Junio de 1758; enviaron un lenguaraz á Pilipili á intimar á sus capitanes ó caciques que viniesen á dicho pueblo, para tratar de su entrada: vinieron tres, y entre ellos el perverso Chindica, el cual en nombre de todos les dijo, que no querian ser cristianos; y sin atender razones, volvieron las espaldas.

Un mes y medio estuvieron dichos misioneros en la Laguna, tanteando todos los medios para ablandar la dureza de aquellos bárbaros; y viendo que se resistian más que el yunque al martillo, resolvió el P. Concepcion, con permiso del compañero, entrar solo al barbarismo con una corta escolta de personas honradas, para ver si podria atraer á la religion cristiana á alguno de los pueblos bárbaros de aquella comarca. Á este fin entró, y predicó á los indios de Chapimayo, á los de Corepoti-moyeja y á los de Pucarillo ó Candúa, pero sin fruto alguno; porque á todos los halló contumaces y renitentes. Por último determinó entrar con un intérprete al mismo lugar de Pilipili el dia 18 de Agosto del mismo año: allí convocó á los bárbaros; juntóse á la novedad todo aquel gentío; persuadió con la mayor energía al grande y perverso capitan Chindica que abrazasen la fe católica; rebatió sus excusas; contrarestó á sus errores; tiró á disipar sus ignorancias; y les anunció la vida ó muerte eterna, que se nos esperaba: pero todo fué hablar al muerto y dar golpes al hierro frio; porque sus corazones se pusieron como diamantes, y no quisieron recibir la palabra del ministro que Dios les enviaba para sanarlos y salvarlos.

Á vista de una resistencia tan obstinada se volvió á la Laguna, y siguiendo el consejo de los hombres principales de aquel pueblo, pasó á la ciudad de la Plata á dar razon de lo que le habia sucedido á la R. Audiencia. Presentóse el dicho P. Concepcion al Tribunal; y habiendo manifestado la obstinada resistencia de aquellos indios, y el riesgo ó ruina que amenazaban á los pueblos fronterizos, resolvió aquel sabio Senado, que el Sor. Presidente, como capitan general de aquella provincia, debia remitir una carta exhortatoria á dichos indios de Pilipili, para que admitiesen á los PP. misioneros; acordándoles los favores y beneficios que en los tiempos anteriores habian recibido de los españoles, y la palabra que habian dado de ser cristianos por haberles dado socorro contra sus enemigos y habérseles per-

mitido la residencia en aquel lugar. Así lo cumplió el Sor. presidente D. Juan de Pestaña y Chumacero: escribióles esta carta con las mas vivas espresiones; prometiéndoles al mismo tiempo hacerlos libres por muchos años de todo tributo à otra contribucion, y ofreciéndoles toda su proteccion y amparo. Entró el religioso lego con un intérprete, y se les leyó la carta del señor presidente: pero despues de haberla oido con bastante disgusto, le dijeron, que si él estaba contento con ser cristiano, ellos tambien lo estaban con ser chiriguanos. No hubo medio para ablandarlos; y así fué preciso dejarlos por entonces.

En el año de 1760, hicimos otro esfuerzo para romper aquella puerta, que tenian tan cerrada los que eran rebeldes á la luz. Primeramente entró el P. Fr. Cristóval Terrero; y viendo que los de Pilipili no quisieron admitirle, se entró por otros pueblos del barbarismo para ver si podria lograr que le oyesen hablar de Dios: pero no sacó sino el desengaño de que todos aborrecian hasta el nombre de cristiano. Ellos burlaban todas nuestras diligencias; pero como la porfia mata la caza, no dejámos de repetirlas con más empeño el año inmediato de 1761, en que enviámos à los PP. Fr. Matias de San Diego y Fr. Tomas de la Cruz sacerdotes, y al religioso lego Fr. Francisco del Pilar, á quien Dios tenia destinado para conquistador de la nacion chiriguana. Se encaminaron todos á la capilla de Sauces, y allí aguardaron once meses alguna coyuntura para acometer à los indomables indios de Pilipili, que distaban catorce leguas: y como en aquel lugar no habia sacerdote alguno, que diese algun pasto espiritual á los muchos cristianos, que vivian dispersos en varias estancias de ganado vacuno de aquellas inmediaciones; empleaban aquel tiempo en instruirlos, y confesarlos, mientras se les ofrecia la oportunidad que esperaban.

En este intervalo el hermano Fr. Francisco del Pilar, abrasado del celo de aquellas almas protervas, entró por tres veces en Pilipili, y solamente en la tercera, á costa

de sus humildes ruegos, y buenos modos llenos de caridad, pudo conseguir que le dejaran bautizar á algunos párvulos enfermos. El ánimo era de no ceder del empeño hasta vencerlos: pero Dios, que lo tenia reservado para otra ocasion, quiso que este religioso y el P. Fr. Tomas de la Cruz enfermasen gravemente; y por este motivo tuvieron que retirarse, pidiendo á Dios les deparase cuanto antes ocasion oportuna para otra empresa.

Hasta el año de 1765 no fué posible volver á seguir esta obra por falta de religiosos. En estos cuatro años iba Dios obrando en aquellos indios de Pilipili algunos preparativos, aunque remotos, para su conversion. Ellos unidos se engreian más, fiados en la multitud; pero Dios tomó el medio de dividirlos para arruinar su orgullo: y para esto hizo que el rio, que corre por aquella llanura, saliese de madre; á pocos instantes les inundó todo el pueblo, y les derribó todas las casas, sin dejarles más que una: y con esta ocasion se fueron desparramando por aquella quebrada; de un pueblo hicieron tres, dividiéronse los ánimos, y una buena porcion de ellos se retiraron á distancia de seis leguas, y formaron su pueblo á parte, que llamaron Acero (del cual hablaremos despues): pero con todo esto, aun se mantenian rebeldes.

Llegó el dicho año de 1765, y volvimos á tantear aquel vado. Fueron enviados á esta nueva empresa los PP. Fr. Alejo Forcadell ex-guardian de mucha virtud y letras, y Fr. Tomas del Sacramento Anaya sacerdotes, el religioso lego Fr. Francisco del Pilar y un donado. Llegaron al pueblo de la Laguna, y Fr. Francisco del Pilar, como perito y esperto, entró á Pilipili á tantear á aquellos ánimos y ver si podria reducir á aquellos indios de dura cerviz. No sabemos quien la tuvo mas dura, si ellos para resistir á la fe, ó este religioso para sufrir trabajos y vituperios. No aflojaban aquellos en su rebeldía; pero tampoco aflojó este en su constancia. Seria alargarnos mucho, si hubiésemos de referir todo lo que sufrió y padeció este venerable religioso en aquella conquista; pero es preciso decir algo, para que

se conozca cuanto se padece en cualquiera de estas fundaciones de misiones ó reducciones de infieles.

Entró pues en aquel pueblo bárbaro por el mes de Agosto de 1765, y persistió en él solo, hasta el mes de Junio de 1766. En estos diez meses no es ponderable lo que aguantó de la brutalidad, fiereza ó ingratitud de aquellos bárbaros. No tenia para su sustento más que un poco de maiz, y para su habitacion una triste ramada ajena, tan pobre y desabrigada, que tuvo que sufrir en ella, no solo goteras, sino muchos aguaceros y otras inclemencias, de que le resultaron unas fuertes tercianas. Sin embargo de esto, él iba frecuentemente á las rancherías que tenian en las riberas de aquel rio, pasando de una parte á la otra, ya para servir y curar á los enfermos, ya para visitar á los sanos y hacerse agradable á todos. Unas veces les acarreaba leña, otras agua, y en todo se les sujetaba como un vil esclavo para tenerlos contentos. Pero nada sacaba de ellos sino baldones, improperios y malos tratamientos. Unos le mandaban con imperio que fuese por leña, ó por agua; otros decian que se saliese prontamente de aquel lugar y se fuese á su tierra: unas veces le amenazaban que le quitarian la vida; otras ya intentaron matarle, y no pudiéndolo ejecutar por tener quien lo defendia, un insolente, para desahogar su cólera, le hirió gravemente en la frente. Pero él con la paciencia y obras de caridad iba mitigando sus furias, y al cabo de algun tiempo le vendieron por chaquiras ó abalorios un rancho viejo y destechado, en que estaban enterrados algunos infieles, que habian muerto en él. En esta sepultura de condenados tuvo su habitacion gustosa; pero los que habian sido sus dueños no dejaban de molestarlo, porque le cobraban repetidas veces lo que ya tenia bien pagado.

Al ver los indios esta constancia, y conociendo algunos capitanes la utilidad, que se les seguia de tener allí á ese religioso, le dieron licencia para que se fabricase una casa, en que viviese con alguna comodidad. Puso mano á la

obra: pero, como ellos son inconstantes y nada fieles en su palabra, apenas la tuvo á la mitad cuando dijeron enojados, que dejase de proseguir la obra, y se fuese sin demora alguna de aquel sitio; porque ellos no querian ser cristianos. *Está bien* (les dijo el hermano Pilar): *si vosotros no quereis ser cristianos, nadie os obligará á serlo por fuerza: pero ¿de qué os enojais conmigo? y porque quereis arrojarme de vuestro pueblo? no me habeis vosotros dado licencia para fabricar esta casa? y que mal os he hecho yo hasta ahora? no he curado á vuestros enfermos? no he servido á cuantos me han mandado? no he hecho cuanto vosotros habeis querido? Pues, siendo esto verdad, ¿porque me echais de aquí?* Enmudecieron los indios, y no sabiendo que responderle, le permitieron concluir su casa, y vivir en su compañía. Prosiguió su obra hasta concluirla del todo; pero con esta fatiga enfermó gravemente, y su mayor dolor era verse solo y sin tener un sacerdote que lo auxiliase.

Supo el R. P. Forcadell el estado, en que se hallaba este religioso, y fué volando á darle el consuelo que deseaba. Hallólo ya mejorado, y permaneció con él ocho dias, y bautizó á una criatura con licencia de su madre, la que prontamente voló al cielo; y como tenia precision de regresar al Colegio por mandato de su prelado, no pudo demorarse mas allí: y dejó al cuidado del P. Fr. Tomas del Sacramento Anaya y de dicho Fr. Francisco del Pilar la prosecucion de esta espiritual conquista. Juntáronse estos dos religiosos en Pilipili, y con su paciencia y caridad iban domando aquellos corazones ferinos, de modo que no solo permitian que bautizasen á sus párvulos, sino que al ver su constancia y utilidad, les presentaron á dos de sus hijas principales, para que casasen con ellas. La propuesta fué bárbara; pero la recusacion ó renuncia de este que tenian por cariño ó benevolencia los llenó de asombro; pues no acababan de creer que fuesen hombres unos sugetos, que ni sabian embriagarse, ni gustaban de juntarse con muger.

Quiso Dios que esta conversion tomase más vuelo: y para ello escitó el celo del corregidor del partido de Tomina D. Pablo de la Parra, para que entrase, viese y dispusiese lo mas conveniente. Entró, y conferenció con los dos religiosos los medios mas oportunos para adelantar aquella mision; y resolvieron que luego se levantase una capilla, que á lo menos sirviese para hacer en ella algunos devotos ejercicios y funciones sagradas, y mover con su ejemplo á los indios, que todavía resistian al evangelio. Pusieron luego mano á la obra, y se concluyó en el mes de Agosto de 1767. Luego quisieron hacer su estreno con la posible solemnidad, y se verificó en el inmediato mes de Setiembre con asistencia del mismo corregidor, del R. P. Comendador de la Merced y de otras personas distinguidas, que vinieron del pueblo de la Laguna. El dicho corregidor dió para esta capilla una imágen de la Purísima Concepcion de N. Señora, y desde aquel dia quedó de titular de aquella iglesia, y Patrona de aquella primera mision, reduccion ó conversion.

Desde entonces corrian las cosas con prosperidad: los indios ya permitian libre y espontaneamente que sus hijos fuesen bautizados, y ellos se fueron instruyendo en los rudimentos de la fe y doctrina cristiana. Entre otros se convirtió perfectamente un indio llamado Romi, á quien dicho corregidor, despues de haberle dado el título de capitan ó cacique de Pilipili, lo llevó á la ciudad de la Plata, para que el Gobierno le confirmase el título: allí fué solemnemente bautizado, y vuelto á su pueblo fué el ejemplo de los demas. Movido de sus buenas costumbres, y tocado interiormente de la gracia de Dios el indio Chemboyere capitan del nuevo pueblo de Acero (que casualmente se hallaba en Pilipili) se encendió en vivos deseos de abrazar la fe, y dijo á los religiosos, que queria ser cristiano, como lo verificó despues.

Solo el perverso capitan Chindica se quedaba en su rebeldía, para ejercitar la paciencia del neófito Pedró Romi,

y mofarse de la conducta de los que seguian su ejemplo: pero esto no era otra cosa que soplar aquel santo fuego, que ardia en sus corazones, y hacerlos mas constantes en la ley de Jesucristo. La furiosa rabia, con que los perseguia, dió motivo á que muchos tomasen la resolucion de separarse de esta piedra de escándalo, y agregarse con el dicho capitan Chemboyere en el nuevo pueblo de Acero; y con esto los indios de Pilipili estuvieron mas sosegados y pacíficos, para instruirse en los misterios y obligaciones de la religion cristiana, la que chicos y grandes iban abrazando con júbilo y alegría de sus almas. Así perseveraron en aquel lugar hasta que fué preciso trasladarlos á la mision de Acero, como diremos luego, al fin de su relacion.

Todos estos trabajos padecieron los misioneros de este Colegio por el espacio de diez años, para reducir á los indios de Pilipili, y abrir esta puerta precisa para entrar en las tierras incultas del gentilismo, y plantar en ellas la fe de Jesucristo. Para esta empresa no tuvieron más auxilio, que el que les vino de este pobre Colegio y de la Providencia divina; pues solo en el año de 1768 empezaron á tener algun socorro de parte del real erario. Sus necesidades, aunque gravísimas, no fueron capaces de amedrentarlos; y sin embargo de tanta pobreza, el año anterior de 1767 emprendieron la conversion de los que habian hecho su residencia en Acero, distante seis leguas de Pilipili. Este acometimiento no fué menos arduo y laborioso que el pasado; porque, si en Pilipili tuvieron tanto que hacer y padecer para ablandar la dureza de sus moradores, por la obstinada oposicion del capitan Chindica; no fueron menores las dificultades y resistencias que experimentaron en Acero, por la pertinaz rebeldía de su capitan Guaricaya, cuyos pensamientos y persuasiones eran la regla que seguian comunmente los de aquel pueblo, sin embargo de la propension que el capitan Chemboyere manifestaba tener al cristianismo.

IV.

Trabajos que padecieron nuestros misioneros en la conquista espiritual del pueblo de Acero.

EL pueblo de Acero (como dijimos arriba) se formó en el año de 1762 por aquellos indios Chaneses, que se separaron de los de Pilipili por la invasion y ruina, que les hizo el rio. Su situacion geográfica está en los 19° 16' de lat. y en los 314° 45' de long., en una agradable llanura circunvalada de montes altos y frondosos, y socorrida de las saludables aguas de un rio caudaloso, que despues de haber recogido las vertientes de los rios de Sopachúi, San Marcos y Pilipili, corre hasta juntarse con el Guapay, y sigue con este hasta el Mamoré y él de las Amazonas. Su clima es sano y templado; sus montes crían la quinaquina, la cascarilla blanca, cedros y otros árboles muy útiles; las hurinas ó venados, tigres y otros animales montarazes; las pavas monteses y otras aves. Sus tierras producen toda clase de legumbres, y dan maiz, arroz, garbanzos, habichuelas, repollos y otras hortalizas; y el rio abundancia de pescado. Todas las comodidades y socorros temporales gozaban aquellos indios, y solo les faltaba la verdadera religion para ser felices: pero para introducirla

hubo que vencer muchas dificultades; y la principal era la obstinada resistencia del capitan Guaricaya, y la contradiccion de casi todo el pueblo. Pero Dios, que supo vencer la que hicieron los de Pilipili, tenia ciertas gracias para hacer que prevaleciese la constancia de los misioneros de este Colegio de Tarija contra el torrente de los bárbaros Ace-reños.

No hubo por entonces mas operarios, que los mencionados P. Fr. Tomas Anaya y Fr. Francisco del Pilar, que sostenian la mision de Pilipili; ni este Colegio pudo por lo pronto socorrerlos, ni darles mas que á un religioso lego, llamado Fr. Manuel Pichoto, por la suma escasez que padecia. Sin embargo, para Dios lo mismo es vencer con pocos, que con muchos. Juntáronse los tres religiosos con el capitan Pedro Romi en el mes de Setiembre de 1767, consultaron los medios, de que podian valerse para plantar el árbol de la Cruz en el pueblo de Acero; y la resolucion fué ir sin pérdida de tiempo á aquel pueblo rebelde, y fabricar allí una capilla provisional ó interina, y una pobre casa para su habitacion. La empresa fué tan ardua, como peligrosa; pero el celo de la salvacion de aquellas almas les dió valor para seguirla. Quedóse el P. Fr. Tomas al socorro y asistencia de los neófitos de Pilipili, y los dos religiosos legos, acompañados del neófito Romi y de algunos peones Tarijeños, fueron al pueblo de Acero, y luego empezaron á trabajar su capilla.

Ya tenian plantados los horcones ó palos gruesos para su construccion, cuando los indios enfurecidos lo desbarataron todo, y procuraron echarlos de aquel lugar. Arrancaron y arrojaron los horcones á la playa del río: prendieron á los peones, y les amenazaron con la muerte, si no saliesen de aquel pueblo: trataron á los religiosos con vituperios, acumulándoles bárbaramente el que por ellos se hubiesen suspendido las aguas: y finalmente les dijeron, que se fuesen á su tierra, porque no los querian allí. Parece que debian ejecutarlo así; porque no hallaban quien

los favoreciese en este caso. El capitán Romi, para no esponerse á un peligroso rompimiento, tuvo por bien regresar á Pilipili; y el capitán Chemboyere, aunque siempre conservó el ánimo de hacerse cristiano, tenia poca gente para contrarestar á aquella multitud enfurecida. Mas con todo esto los dos religiosos, fiados en la proteccion de Dios, se mantuvieron firmes; sufrieron con paciencia sus desprecios; procuraron ablandarlos con obras de caridad; volvieron á recoger los horcones, plantáronlos otra vez, siguieron la obra comenzada, y concluyeron la capilla y casa de su habitacion, dejando á los indios suspensos en un profundo silencio y sin valor para hacer entonces otra oposicion.

Sabiendo el P. Fr. Tomas Anaya y el capitán Romi que ya la obra estaba concluida, prontamente se pusieron en camino con otros indios de Pilipili para celebrar con solemnidad el estreno de la capilla. Para esto llevaron un estandarte con la imagen de nuestra Señora; y habiendo pasado el rio de Acero, ordenaron una devota procesion, en la cual llevaba el estandarte el neófito Romi, y los dos religiosos legos, puestos á los lados, tiraban de las cintas que colgaban de él: los indios unos llevaban velas encendidas en las manos, otros tiraban cohetes, y todos cantaban la letanía lauretana á nuestra Señora hasta llegar á la nueva capilla, quedándose todo el pueblo suspenso en admiracion. En el siguiente dia 12 de Noviembre de 1767, el P. Fr. Tomas bendijo la capilla, celebró el santo sacrificio de la Misa, y nombró de titular á nuestro Seráfico Padre S. Francisco.

No era posible, que un solo sacerdote asistiese en los dos pueblos; y por lo mismo, dejándolos por un poco de tiempo al cuidado de los dichos dos religiosos, vino el P. Anaya á este Colegio con el memorable Romi y algunos indios de Pilipili, y con estos mismos caminó prontamente el P. Fr. Mariano de la Purísima Concepcion Royo; y poco despues volvió el dicho P. Fr. Tomas Anaya á la misma mision, donde se llenó de alegría con la plausible noticia

de que el capitan Chindica se habia enteramente trocado, y que de leon feroz se habia vuelto manso cordero: Habia empezado su mudanza en el mes de Febrero; y con la llegada de dicho P. Fr. Mariano depuso toda la aversion, que tenia al cristianismo. Asistia todos los dias al santo sacrificio, aconsejaba á los otros que en todas las funciones asistiesen con él en la iglesia; y habiendo pasado despues al pueblo de Acero, allí enfermó gravemente, pidió con muchas ansias el santo bautismo, y el P. Fr. Tomas Anaya se lo administró, lo asistió en su enfermedad, y habiendo muerto en la comunión de la santa iglesia el dia 24 de Agosto de 1768, le dió honrosa sepultura.

Murió Chindica en paz, y quedó en Acero Guaricaya con toda su parcialidad para hacer guerra á los religiosos y á cuantos se convertian á la fe. Él intentó matar al neófito Pedro Romi; pero Dios lo libró de sus furias: levantó en otra ocasion el hacha para descargarla sobre la cabeza de Fr. Francisco del Pilar; pero Dios le quitó el impulso, y lo libró de sus manos: no cesaba de incomodar á cuantos misioneros iban á catequizar á los indios de aquellas misiones: mas viendo que no podia hacerlos desistir de la empresa, se huyó con una gran partida de los que seguian sus máximas, y se fijaron en el pueblo bárbaro de Iti. Fundóse despues mision en aquel lugar, como diremos mas adelante; y sin embargo que él permaneció allí, y fué repetidas veces instado para que se hiciese cristiano, jamas quiso convertirse, y murió bárbaro por su culpable perfidia.

No pudieron las puertas del infierno prevalecer contra la constancia de nuestros misioneros. Ellos sufrieron las mayores contradicciones, vencieron los mas graves obstáculos, superaron los mas evidentes peligros, padecieron varias enfermedades, y sobre sus continuas tareas toleraron el hambre y necesidad suma, por no haber tenido socorro alguno hasta el año de 1768. En este año el mencionado P. Fr. Mariano de la Purísima Concepcion, que residia en Pilipili y atendia como Presidente á ambas misiones, espuso

sus calamidades al señor corregidor del partido de Tomina D. Pablo de la Parra, y este informó al Superior Tribunal, que los religiosos habian servido tres años aquellas dos reducciones sin sínodo alguno ¹, padeciendo muchos trabajos y miserias, y que sin dicha limosna no podian subsistir. De aquí resultó, que en 22 de Noviembre del mismo año de 1768 se mandó entregar mil quinientos pesos, aplicados los cuatrocientos para la subsistencia de los dos religiosos, y los restantes para la de las dos misiones. Con este socorro, y con él que el real erario continuó dando en los años sucesivos, se fabricaron de adobe dos iglesias muy decentes, y dos casas para la habitacion de los PP. conversores; estos tuvieron lo suficiente para mantenerse y remediar sus necesidades, y pudo comprarse un poco de ganado vacuno, caballar y ovejuno para el sustento y servicio de las misiones.

Con estas providencias siguieron estas dos primeras misiones con toda felicidad. Pero, viendo que el pueblo de Pilipili, por causa de las viruelas, tercianas y otras enfermedades, se habia disminuido en tanta manera, que ya no se contaban en él sino ochenta y cinco almas de todas edades, fué preciso trasladarlas todas al pueblo de Acero con todos los haberes muebles de la mision; lo que se verificó en el año de 1792 con las licencias necesarias que se requieren para ello. Ellos mejoraron de sitio, pero no de condicion; tienen mejores proporciones para adelantarse en lo temporal, pero no acaban de vencer su natural perezoso; y como tengan para beber, poco se les da el andar desnudos. Esta es la condicion de todo indio Chanes y Chiriguano; y por esto, su adelantamiento en esta parte va con mucha lentitud; y es preciso tolerarlo, en cuanto sea posible, para no exasperarlos, ni esponerlos á que aburridos con el mucho

¹ *Sínodo* llámase la limosna, que acostumbra dar anualmente el Gobierno para la manutencion de los misioneros.

trabajo huyan, y abandonen la religion. Sin embargo de esto, la mision siempre ha ido de aumento así en lo espiritual, como en lo temporal. Desde el año de 1767, en que se fundò, hasta ahora recibieron el santo bautismo 1397, y murieron con él 301 adultos y 700 párvulos. Su estado en la actualidad, así de los que nacieron en los dos pueblos ya unidos, como de los que se les agregaron de otras partes, es el siguiente. Los cristianos adultos así casados, como solteros de nueve años para arriba son 362 y los párvulos de nueve años para abajo son 110. Los gentiles adultos son 4 y los párvulos son 5. Los matrimonios segun la iglesia son 128, y el número total de almas asciende á 481.

V.

Otras laboriosas empresas de nuestros misioneros en las tierras de infieles.

IENTRAS nuestros misioneros trabajaban con tantas fatigas en Pilipili y Acero, el P. Fr. Baltasar de San Tadeo, individuo de este Colegio, ganó la delantera y se internó hasta el centro de los Chiriguanos, para registrar sus terrenos y explorar sus voluntades. Pasó por el valle de Ingre, donde habitan muchos indios infieles; exhortólos á que abrazasen la única religion, que podia darles una eterna felicidad, creyendo en Jesucristo y siguiendo su santa ley: y aunque no prendió en ellos el grano de la divina palabra, por ser una tierra áspera y llena de malezas por los vicios y libertad en que estaban connaturalizados; sin embargo, consiguió bautizar á varios párvulos moribundos, y á dos adultos cercanos á la muerte, despues de haberlos instruido y preparado con la debida disposicion. Esta es la empresa, que hizo este religioso el año de 1759; y no siguió mas adelante, por considerar que estaba aquella tierra muy dura, y que seria trabajar en balde.

No fueron así los indios, que habitaban en el dilatado valle de Guacaya, que está todavia mas retirado hácia el

E., y dista de este Colegio unas setenta leguas. Para conquistar aquellos gentiles chiriguanos y chaneses que vivian en aquel pais, divididos en doce ó trece pueblos, no pudo haber sugeto más al propósito, que el P. Fray Miguel Gerónimo de la Peña, natural del Paraguay y muy versado en el idioma guaraní, que en sustancia es el mismo que usan los Chiriguanos. Quiso este religioso tener parte en nuestro apostólico ministerio, y para conseguirlo se incorporó á este Colegio. Vistas sus buenas cualidades, mandóle la santa obediencia, que fuese á ejercer dicho ministerio entre aquellas gentes incultas, rotas y despedazadas: y habiendo tomado la santa bendicion, salió el dia 15 de Setiembre de 1765, acompañado de siete indios chiriguanos gentiles, que por causalidad se hallaban en esta villa y eran naturales del referido valle de Guacaya, á donde dirigió su viaje, y llegó á su primer pueblo el dia 24 del mismo mes, con mucha alegría de sus habitantes, y se quedó en él hasta el 4 de Octubre, en que pasó al valle de Machareti, donde querian detenerlo; pero él siguió su camino hasta llegar al pueblo de Tarairí, en que vivia el capitan principal de todo aquel valle, y se mantuvo allí diez y nueve dias. Al otro dia de su llegada, como les dijese que los indios del Paraguay eran parientes de ellos, y que en el estado de cristianos lo pasaban muy bien, entraron en deseos de verlos, y lo llevaron al rio Pilcomayo, que distaba seis leguas, para que viese si se podia navegar. Lo registrò, y les dijo, que bien podia navegarse; pero que en el tránsito muy dilatado habia muchos Tobas, Guaycurús y otras naciones bravas, que se lo habian de impedir. À los dos dias regresó á dicho pueblo; y allí corrió mucho peligro su vida por hallarse agraviados de él unos indios, que vinieron de un pueblo que hay á la salida de Guacaya, llamado el Algarrobal.

Fué el caso, que al llegar del rio al pueblo y casa de dicho capitan grande, encontró á una china ó india soltera tenida por hechicera ó bruja y deshacedora de hechizos,

que trajeron de dicho Algarrobal con el fin de que hiciese llover; pues habia mucho tiempo que se habian suspendido las aguas, y ellos lo atribuian á los hechizos, que decian habian puesto los españoles. Preguntaron, pues, los del pueblo al religioso, que *¿cuando lloveria?* Y él, estando presentes seis indios que habian traído á la hechicera, les respondió, *que lo preguntasen á la china, supuesto que la habian hecho traer para quitar los hechizos, que atribuian á los españoles; pues ella lo sabria mejor que él; y de no, que lo pidiesen á sus dioses, en caso los tuviesen, porque su Dios estaba enojado con ellos, porque creian en los embustes de la dicha india.* Aquí se enfervorizó; les hizo ver con evidencia, que todo lo que la bruja les decia era un puro engaño y mentira: y todos los de aquel pueblo, que se hallaban presentes, dijeron que era así. De esto tomaron sentimiento los indios, que acompañaron á dicha india; y manifestándose agraviados, le preguntaron *¿si les tenia miedo?* A lo que contestó, diciendo: *Yo solamente temo á mi Dios, que es el único, que puede quitarme la vida; pero no á los Chiriquanos, aunque todos viniesen contra mí. ¿No estais viendo, que he tenido valor para pasar por medio de ellos, sin que alguno me dañara? Si hay pues algunos que no me quieran, díganme el motivo, que tienen para ello.* Y dicho esto, se retiró. Los mencionados indios se fueron con la hechicera muy enojados, y la noche del once de Octubre se dispusieron para matarlo. Con esta noticia se asustó el capitán grande; lloraban todos los de su familia; su hermano, como de más valor, juntó gente para impedir la muerte intentada; todos estuvieron sobresaltados, menos el misionero que tenia puesta toda su confianza en Dios, y no quedó burlado; porque toda la tormenta paró en viento, y nada se ejecutó de lo que aquellos perversos habian maquinado.

Preguntóle un dia el capitán: *¿cual era su Dios?* Y él le respondió con espíritu apostólico: *Mi Dios es un Ser supremo y tan eminente, que no hay palabras con que*

explicarlo. El es él que crió el cielo y la tierra, el sol, luna y estrellas, y todo lo que tú puedes imaginar de grande y magestuoso é infinitamente más. No tiene principio, porque siempre ha sido, y nunca tendrá fin, porque jamas podrá faltar. Aquí le esplicó las perfecciones de Dios y sus atributos; las maravillas que habia obrado en el mundo; y los misterios de la encarnacion del Hijo de Dios, su muerte y resurreccion, y la redencion del linage humano. Instó el capitan, que él quisiera ver á un Dios tan grande: y el P. misionero le dijo, que Dios no podia verse con estos ojos de carne, sino solamente en alguna imágen, que nos hiciese venir en conocimiento de lo que es, y de lo que hizo por nosotros. Replicóle, que siquiera le mostrase su imágen: y entonces fué el religioso, y trajo la imágen de nuestra Señora de Belen: descubrióla, y le esplicó todo aquel misterio; haciéndole conocer, que aquella Señora era la Madre de Dios, y que aquel precioso Niño, que tenia en pañales, era el mismo Dios hecho hombre por nuestro remedio. Inmediatamente se postró el indio; y como bárbaro que solo conocia y apetecia los bienes sensibles de este mundo, empezó á pedirle á la Santísima Vírgen, que le diese larga vida con buena salud y prosperidad, y mucho maiz para tomar chicha. Luego se levantó, fué á su casa, trajo un baston y lo entregó á nuestra Señora, diciéndole, que ella habia de ser la capitana de toda su gente, y que la queria tener en su casa. Á esto respondió el misionero, que no podia estar aquella gran Señora donde habia tanto fuego y humo: á lo que contestaron todos, que le harian una casa á parte, y para su construccion se comprometian todos, unos á cortar maderos, otros á traer caña, las chinas ó solteras á acarrear agua, y los muchachos se ofrecian con mucha alegría á hacer todo lo que el religioso les mandase. Muchas veces le instaron, que se pusiese luego en ejecucion: pero, como los fervores repentinos suelen apagarse pronto, quiso el Padre misionero entretenerlos, dándoles esperanzas para tiempo mas oportuno. Entre tanto procuró ganar al-

gunas almas para Dios: bautizó mas de cien párvulos, que sus padres le presentaron, de los cuales murieron catorce, y tambien á un viejo, que prontamente espiró. Aparecieron en aquel lugar cuatro indios Tobas; y rezelándose el religioso que podian hacerle alguna traicion, tuvo por bien salirse de aquel pueblo. Todos mostraron gran sentimiento de su partida; pero es preciso venerar los juicios de Dios.

Tomó el rumbo por el valle de Abatire, en que viven muchos infieles, y por todas partes salian los indios con sus criaturas para que las bautizase; y bautizó sesenta y siete. Pedíanle que hiciese llover; y les dijo, que lo pidiesen á Dios y á Maria Santísima por medio de aquellas criaturas, que por el bautismo, que habian recibido, eran hijas suyas y agradables á sus ojos; y no dejarian de oirlos y socorrerlos, pues son poderosos y benignos para los que piden y confian en ellos. Así lo pidieron, y aquella misma noche, que era sábado, llovió. Siguió su viaje; llegó á la parroquia de Sauces; y despues de varios acontecimientos, fatigas y trabajos, entró en la ciudad de la Plata, donde se presentó á la R. Audiencia, dando cuenta á Su Alteza de la buena disposicion, en que se hallaba la nacion chiriguana de abrazar la fe y religion cristiana; de lo que él habia obrado y experimentado en el valle de Guacaya, y de los vivos deseos que tenian de que les edificase una capilla, para honrar y venerar en ella á la Madre de Dios; pidió para ello su beneplácito y los socorros necesarios: y con esto concluyó sus tareas apostólicas, porque á poco tiempo de haber hecho esta representacion, le acometió una aguda enfermedad, de la cual murió en el dia 7 de Enero de 1767.

Por este inopinado fracaso se frustró la conversion de aquellos indios de Guacaya, Machareti, Tarairí y otros pueblos inmediatos; y no fué posible seguir esta empresa por entonces, porque sobre estar este Colegio escasísimo de operarios, teníamos entre manos la conquista de Pilipili y Acero (de que se habló en los parágrafos antecedentes), y al mismo tiempo se nos hizo entrega de la mision de las

Salinas, que dejaron los PP. Jesuitas por su espatriacion (como diremos en el parágrafo siguiente): y así quedaron aquellos indios en sus antiguas tinieblas hasta el año de 1790, en que se les enviaron otros dos misioneros; pero sin más fruto que él de sus padecimientos, como diremos aquí con anticipacion y brevedad, para no interrumpir el hilo de esta conquista.

El Guardian y Discretorio de este Colegio, compadecidos del estado miserable de aquellos bárbaros de Guacaya que habian dado tantas señales de vocacion al cristianismo; determinaron mandarles á dos misioneros de probidad, para que los instruyesen, y perfeccionasen los deseos que en otro tiempo manifestaron. Para el efecto salieron los PP. Fr. Joaquín Beltran y Fr. Francisco Mendiola el día 11 de Julio de 1790 para las Salinas, con el ánimo de pasar prontamente al valle de Guacaya, ignorando lo que habia pasado entre los indios y algunos ganaderos de la frontera. Despues de su partida, llegó a Tarija la infausta noticia de que entre los dichos hubo una fuerte contienda, y que los indios infieles habian muerto á dos cristianos, y robado trescientas reses de los fronterizos. Con esta noticia quiso el Guardian atajar á dichos religiosos; pero ellos ya estaban metidos en los pueblos bárbaros del Pilcomayo, y nunca tuvieron noticia del peligro en que se ponian, hasta que lo experimentaron. Los ardientes deseos que tenian de convertir aquellas almas les servian de alas para volar y llegar prontamente à aquel pais. Llegaron el día 26 del mismo mes al pueblo de Tieazija de dicho valle de Guacaya, y fueron bien recibidos de sus naturales: el día 28 fueron visitados de los capitanes de los pueblos vecinos de Tentaybate y Aguairenda, prometiéndoles admitir mision, y obligándose al día siguiente hacerles casa y despues la capilla.

¿Quien no pensara que estos eran unos bellos principios para lograr la conversion de aquellos infieles? Pues no fué sino una maliciosa astucia para sorprenderlos, y una capa

dorada para encubrir sus perversas intenciones; porque al día siguiente, apenas salió el sol, todos los indios de los dichos tres pueblos cayeron sobre los misioneros, y les quitaron cuanto tenían; y viendo ellos que su vida estaba en gran peligro, salieron en cuerpo, tomaron caminos estraviados, anduvieron día y noche por lugares solitarios, y queriéndose refugiar en un pueblo que tenían á la vista, media legua antes de llegar á él salieron algunos indios tan crueles, que los desnudaron é intentaron matarlos, como que ya el uno iba á descargar la lanza sobre el P. Mendiola, lo que estorbó, con un valoroso grito que le dió, el P. Beltran; y por último, despues de muchos esfuerzos, apenas pudieron conseguir que les dejaran la túnica interior para no andar en vivas carnes; y con esto pudieron zafar de tan manifiesto peligro. Viéndose ya libres de estos inhumanos salteadores, siguieron su fuga, siempre con el susto de caer en manos de los que los perseguían, padeciendo frío y calor, hambre y sed, cansancios y fatigas; y á los siete días de estos trabajos llegaron á la misión de las Salinas, y el día 20 de Agosto del mismo año entraron en este Colegio.



VI.

Fundacion de la mision de las Salinas, y lo que trabajaron nuestros misioneros en su conservacion y adelantamiento.

DESDE el año de 1690 trabajaron los Padres de la Compañía de Jesus en la conversion de los indios, que poblaban los amenos y fértiles valles de las Salinas¹. Lograron primero juntar en una pequeña mision á algunos Mataguayos²; pero por la inconstancia de estos, y por las hostilidades de los chiriguanos tuvo varios altos y bajos. Ya se perdía, ya se levantaba; ya estaban los Mataguayos solos, ya se juntaban con ellos varios Chiriguanos, hasta que por los años de 1739 pudo el P. José Pons fundar en el valle de abajo, la mision de Nra. Sra. del Rosario, que permaneció sin interrupcion en poder de los dichos Padres hasta el año de 1767, en que fueron espatriados, y fué entregada á la direccion de los franciscanos de este Colegio.

¹ Antes y al mismo tiempo que los Jesuitas, se ocuparon tambien en la conquista de los Salineros los franciscanos, dominicos y agustinos. (V. Preliminares § IV. pag. 61 y 65, y Apéndice K).

² V. Apéndice L.

En el mes de Agosto, pues, de dicho año el corregidor de esta provincia de Chichas D. José de Herrera vino á esta villa de Tarija, y en nombre del rey mandó á los dos PP. Jesuitas, que residian en la mencionada mision, que saliesen y viniesen á su presencia; lo cual ejecutado, intimó por medio del escribano de cabildo al Guardian de este nuestro Colegio de Tarija, que lo era el R. P. ex-lector Fr. Antonio Oliver, y al Vice-comisario de misiones P. Fr. Manuel de la Concepcion, que tomasen á su cargo aquella mision, corriendo con todo lo espiritual y político para el bien de aquellos indios: y habiendo aceptado este cargo, comisionó el dicho corregidor á un alcalde ordinario, para que con escribano y testigos suficientes fuese con los dos religiosos misioneros, que asignasen dichos Prelados, á las Salinas, y se la entregasen con toda la solemnidad de derecho; y para impedir cualquiera contradiccion ó resistencia, que quisieran hacer los indios, mandó que fuesen algunos soldados de escolta.

Todo se ejecutó como el corregidor lo habia ordenado. Llegaron el dia último de Agosto á dicha mision sin novedad alguna de parte de los indios, y en los dias primero y segundo de Setiembre hicieron los inventarios de todo lo perteneciente á ella; se empadronaron así los indios, como los peones asalariados que la servian; se hizo la entrega de la iglesia, sacristía y sus pertenencias á los dos misioneros que fueron; y se nombraron dos depositarios, que administrasen todas las temporalidades de la mision. Estos administradores fueron D. Juan Fernandez y D. José Gallo, vecinos de aquel valle y hombres muy justificados. Estos recibieron una gran porcion de ganado vacuno, caballar y lanar, y se hicieron cargo de él y de las muchas tierras, que los referidos PP. Jesuitas habian comprado á su cuenta para el beneficio y adelantamiento de la Mision; y el rey quiso, que todo ello sirviera para el mismo fin.

Pero viendo dichos administradores, que todos aquellos bienes, por mucho cuidado que pusiesen, venian siempre en

decadencia, y corrian peligro de perderse enteramente; suplicaron ellos mismos, por medio de dicho corregidor, á la R. Junta de temporalidades se sirviera encargar dicha administracion á los PP. misioneros, que tenian el cargo de lo espiritual. Condescendieron los señores de dicha Junta á la súplica, y dieron providencia para que los PP. conversores de aquella mision se hiciesen cargo de ello; y se puso en ejecucion en el año de 1769, en que les entregaron 1440 cabezas de ganado vacuno y 240 de caballar, con todos los utensilios; pero no les entregaron oveja alguna, porque todas se habian acabado.

Pero, como los vecinos de aquel valle, ó por envidia, ó por codicia, ó porque les parecia que les favorecia el derecho, moviesen varios pleitos sobre las tierras y otras pertenencias de aquella mision; y los misioneros formasen escrúpulo de correr las diligencias en los tribunales para su defensa, este Colegio suplicó á la mencionada R. Junta de temporalidades de la ciudad de la Plata, que por los dichos motivos se sirviera exonerarlos de aquel cargo. Pero aquel tribunal, con fecha de 23 de Mayo de 1772 proveyó, que no habia lugar en admitir la renuncia ó dejacion, que hacia este Colegio del cargo de cuidar de los ganados, tierras y demas temporalidades de dicha mision, por no entremeterse en los litigios que se suscitaban, por ser contra su instituto; y declaró que estos los corriese el protector de naturales de esta villa de Tarija, á quien pertenece defender las cosas que son de la mision; y en su defecto ó impedimento, otra persona secular activa y eficaz, nombrada para el efecto por su Juzgado. Con este motivo, siguiendo los PP. conversores con dicha administracion procuraban conservar aquella hacienda, y librarla de los daños que los émulos pretendian hacerle, sin compadecerse de aquellos miserables neófitos.

Mas, aunque el espíritu de los PP. misioneros estuviese fuerte y valeroso para solicitar y promover la defensa de dichos bienes; con todo, sintiendo la debilidad y fla-

nido poco que hacer; pero los Chiriguanos les han dado siempre muchos trabajos. Ellos son de un natural mas noble, y por lo mismo mas soberbio, mas engreido y mas insujetable. No es ponderable lo que trabajó el ejemplar jesuita P. José Pons en juntarlos y conservarlos en el pueblo. Algunas veces se le huian todos al monte, é iban divagando por diferentes partes; y se veia precisado á buscarlos, á pié y padeciendo gravísimas necesidades, por caminos fragosos; y cuando lograba juntarlos otra vez, procuraba agasajarlos para tenerlos seguros.

Con este objeto procuró tener una buena estancia de ganado para darles racion de carne todas las semanas, y una gran chacra de maiz, para con este aliciente atraerlos á la misa, rosario y doctrina. Así pudo sujetarlos en la mision, hasta que murió en ella; y lo mismo hicieron sus sucesores hasta que los espatriaron. Con esto se quedaron tan holgazanes, que jamas han querido trabajar á beneficio del comun de la mision, sino es dándoles bien de comer y beber, ó pagándoles su jornal como á otro cualquiera: y aun para su propia utilidad son muy perczosos; apenas tienen una chacra corta de maiz; tal cual vez van á pescar con sus flechas, ó parando algunas nasas en el rio, que á sus tiempos abunda de dorados, sábalos y otros pescados; y tambien van por los montes á recoger una especie de bejuco, que llaman *chapi*, y sirve para teñir de colorado ó encarnado. Este es su trabajo, y lo restante del tiempo lo emplean en pasear, jugar, ó estarse echados. Tal es generalmente la condicion de los indios Chiriguanos.

Para desbistar y pulir á estos maderos, ha sido preciso tolerarlos algunos años en sus antiguas costumbres, para no exasperarlos; y abstenerse de todo castigo y violencia, para que no se escaparan á los bárbaros. Poco á poco, con la familiaridad y agrado se les fué ganando la voluntad; con la diaria instruccion fueron conociendo el bien y el mal, lo justo é injusto, y el mejor modo de proceder en la vida racional; y al cabo con la prudencia, astucia,

vigilancia y teson de los PP. conversores se han conseguido algunos adelantamientos así espirituales, como temporales y políticos; aunque siempre están corcoveando.

En el dia los que no sabian sufrir una palabra áspera, ya saben sujetarse al cepo, ú otro moderado castigo: los que ignoraban los principales misterios de la religion, ya han aprendido perfectamente la doctrina cristiana, y todos los años se sujetan á ser examinados de ella: los que rehusaban la confesion y comunión, ya cumplen todos los años con estos dos preceptos, y no son pocos los que confiesan y comulgan algunas veces entre año: los que frecuentemente y á solo su arbitrio bailaban y se embriagaban todo el dia, ya viven en esto mas moderados y nunca bailan sin pedir licencia al P. conversor, el cual se la concede algunas veces por cuatro ó cinco horas, y no deja de velar sobre ellos para evitar todo desórden: los que habian hecho alianza con la ociosidad, ya siembran sus chacras, se conchaban con los del valle para trabajar, algunos toman algun officio, y otros sirven de vaqueros ó peones en la estancia de la mision y otros servicios, aunque se les paga su salario ó jornal conforme su trabajo: los muchachos y muchachas que andaban á su libertad, ya están sujetos á sus respectivas escuelas mañana y tarde, bajo la enseñanza de sus maestro y maestra, quienes cuidan de llevarlos todos los dias á la misa, rosario y doctrina. Y por último, los que se criaban y vivian como unos brutos, ya dan algunas muestras de ser cristianos racionales.

Es verdad, que no son capaces todavía de gobernarse por sí mismos; pero se les dan sus officios ó empleos de gobernador, de alcalde y de fiscal, para que practicando las órdenes é instrucciones de los PP. conversores, vayan aprendiendo á gobernar el pueblo y á hacerse respetar; y por esto se les da baston y asiento distinguido. Ellos por sí solos nada hicieran de provecho; y por esto, es preciso que el P. misionero esté siempre vigilante y siempre dispuesto para oir sus quejas, para unirlos en sus discordias, para

separarlos en sus peleas, para defenderlos en sus persecuciones, para medicinarlos en sus enfermedades, para instruirlos en todos sus negocios y para juntarlos en la iglesia à que oigan misa, den culto á Dios, canten las divinas alabanzas y aprendan las obligaciones cristianas. Sanos y enfermos, vivos y muertos tienen estos indios todo el socorro necesario de los PP. conversores, quienes trabajan mucho y descansan poco, ó por mejor decir nunca descansan en la ociosidad, y siempre trabajan en su ministerio.

Todos los dias los hacen rezar la doctrina cristiana mañana y tarde: todas las noches se les reza el santísimo rosario, y se cantan las alabanzas á Dios y á la Sma. Virgen María: todos los domingos se les esplica algun punto doctrinal ó moral indefectiblemente: y todos los años se solemnizan las respectivas festividades, procesiones y funciones sagradas, que prescribe la santa madre Iglesia para el dia de ceniza, domingo de ramos, semana santa, fiesta del Corpus, distribucion de velas en el dia de la Purificacion, y otras semejantes. Con esta continua aplicacion se van logrando algunos adelantamientos espirituales y políticos de estos indios, cuyas inveteradas costumbres contrarias los hacen muy tardos y pesados para acabarse de perfeccionar.

En lo temporal no es poco lo que se ha adelantado. Desde su fundacion hasta los años de 1794 y 95 habian vivido en unos ranchos tristes, mal formados y sin orden alguno; pero en el dia ya tienen un pueblo con plaza y calles tiradas á cordel, y con casas bien embarradas. Todo el ámbito, que comprende la iglesia, casa de la habitacion de los PP. conversores, huerta y corrales, está cercado de pared de adobe, y forma un fuerte respetable con seis cubos en buena disposicion, muy capaz y bien defendido. La casa es nueva, espaciosa y con bastantes oficinas. La capilla es regular, está muy aseada, y de algunos años á esta parte se le hizo coro, púlpito, retablo dorado, y se enladrilló. La sacristía está proveida de todos los ornamentos con mucha decencia, de una buena custodia y demas vasos sagrados.

El ganado que tiene en sus estancias, es el siguiente: de ganado vacuno 2030, de caballar 328, de mular 42, de burral 42 y de ovejuno 190. De la leche se hacen quesos y mantequilla; de los cueros se trabajan suelas, para cuya curtumbre hay dos noques bastante capaces; y del sebo se saca buen jabon; y todo ello, fuera de lo que se necesita para la mision, se vende para ayuda de las cargas que tiene. Las chacras de maiz dan el suficiente abasto para las raciones de los dos capataces, trece vaqueros ó peones, y otros trabajadores, y para remediar las indigencias de los indios necesitados.

El número de almas, que recibieron el santo bautismo desde el año de 1767 en que se nos entregó esta mision hasta el presente, asciende á 1184; y de estos murieron 277 adultos y 448 párvulos, que son entre todos 725. En la actualidad se compone el pueblo de cristianos y gentiles en la forma siguiente. Los cristianos adultos de 9 años para arriba son 302 y los menores de 9 años son 157, que son por todos 459. Los gentiles adultos de 9 años para arriba son 47, y de los de menor edad no hay ninguno. Resulta que todo el número de almas de esta mision es de 468. Y los matrimonios celebrados segun el órden de la santa Iglesia son 92.

Segun esta cuenta tal vez le parecerá á alguno, que desde que recibimos esta mision á nuestro cargo hasta ahora, no ha habido adelantamiento alguno ni en la gente del pueblo, ni en el ganado mayor de las estancias. Porque, si entonces tenia 324 almas, y ahora 468, ¿que adelantamiento es él de 144 en una tierra sana? Y si recibimos 1044 cabezas de ganado vacuno, y ahora tiene 2030, ¿podrá llamarse adelantamiento él de 986, despues de cuarenta y tres años? Lo mismo podria discurrirse del caballar; pues aunque ahora haya 88 cabezas mas de las que recibieron los misioneros, debe reputarse por nada en una tierra tan pingüe. Para evadir estos discursos, será preciso dar aquí las razones ó motivos que han impedido el mayor adelanta-

miento así de las gentes, como de los ganados, las cuales bien reflexionadas nos harán admirar de que esté como está.

En cuanto à las gentes se debe advertir, que desde el año de 1767 hasta el presente, sin embargo de ser el pais sano y de un temperamento muy favorable á la salud, ha padecido este pueblo varias epidemias de viruelas, tabardillos, costados y otras enfermedades ocasionadas muchas veces del hambre que padecieron por la carestía de las aguas, y de algunos aires destemplados, de que algunas veces no pueden librarse los paises mas saludables. En estos fracasos, particularmente de viruelas, ha sido mucho el estrago. Hubo año que murieron ochenta y dos, y en otra ocasion en solo el espacio de seis meses murieron ciento y treinta. Siendo, pues, el pueblo tan corto, y las plagas tan malignantes, ¿quien estrañará, que no haya habido mayor aumento? Antes es prodigio que haya mas ahora, que en el principio.

En cuanto al ganado corren otras razones; porque á mas de la precision que hay de matar cada semana cinco reses para dar raciones á los peones y á los indios (que importan 260 al año), y á mas de las varias epidemias que ha padecido, de que ha muerto un número considerable, y de las que matan los tigres y roban los indios; las muchas estracciones, que ha sufrido, le han causado gran disminucion.

En primer lugar la R. Junta subalterna de aplicaciones de la ciudad de la Plata en su providencia de 2 de Setiembre de 1771 proveyó, que de esta mision de las Salinas se sacasen mil cabezas de ganado vacuno para la reduccion de Abapó, que recien se habia fundado. Si esta órden se hubiese verificado, apenas le hubieran quedado á la de las Salinas 500 reses: pero, aunque es verdad que por considerarse aquel número muy escetivo y en gravísimo daño de la mision, no se entregaron mas que 500, y que de estas se volvieron mas de la mitad á su querencia; siempre

es cierto, que se le sacaron mas de 200 cabezas de este ganado, con más ocho yeguas y siete mulas. En segundo lugar, como en el año de 1776 se conmoviesen los indios bárbaros comarcanos, y amenazasen una invasion atropellada á las estancias de esta mision; fué preciso sacar el ganado de los sitios mas peligrosos; y de aquí resultó, que lo que no robó el lobo se lo comió el tigre; porque aunque se libertó de los invasores gentiles, muchas vacas se remontaron hácia adentro, y de las que se sacaron se murieron muchas por extrañar su querencia. En tercer lugar, siempre que los soldados han ido de esta villa y su jurisdiccion al valle de las Salinas para defenderlo de las irrupciones y hostilidades de los bárbaros enemigos, ha sido forzoso socorrerlos con algun ganado para su sustento: y como este socorro ha sido repetido muchas veces, no es fácil sacar la cuenta del ganado que se dió: solamente podemos asegurar, que desde el año de 1776 hasta él de 1781 se espendieron en estos auxilios 280 cabezas de ganado. En cuarto lugar, por hallarse la mision de Itau en un estado miserable, por no haber tenido socorro alguno desde su fundacion; en virtud de una provision de la Audiencia de la Plata, en que proveyó, que el señor gobernador intendente de Potosí diese la órden correspondiente para que de esta mision de las Salinas se le señalase algun ganado vacuno; este Jefe en el año de 1798 ordenó, que esta mision entregase 200 cabezas de dicho ganado á la de Itau; lo que se cumplió puntualmente y sin tardanza alguna. En quinto lugar, el año de 1804 sacaron por órden superior 200 reses grandes para dotacion de la nueva mision de Cuyambuyu; y en el año siguiente el gobernador D. Francisco P. Sanz gastó en la expedicion al rio del Pilcomayo otras seiscientas. Finalmente, para pagar los salarios de capataces y peones de servicio, y soportar los gastos que ocurren en reparar los edificios, en proveer la sacristía, en comprar herramientas y utensilios para la labranza y otros trabajos precisos, y en otras necesidades urgentes,

es forzoso vender todos los años algun ganado de matanza, el cual unos años con otros subirá á cincuenta reses.

Considerada, pues, toda esta estraccion y consumo de ganado que padeció esta mision desde sus principios, ¿quien estrañará, que no haya tenido mayor aumento? Demos gracias á Dios y á la continua vigilancia de los PP. conversores, si no ha experimentado una total ruina. Ellos supieron conservar el número del que se les entregó, con el aumento de 986 de ganado vacuno y 88 de caballar; y de mas á mas proveyeron la mision de 42 mulas, 42 burros y 190 ovejas, de cuyas especies no les entregaron cabeza alguna. Es constante, que los productos de la hacienda no alcanzan para cubrir tantos gastos, como tiene; y para soportarlos, tienen los PP. conversores la bondad de aplicar y gastar á beneficio de la mision todo lo que adquieren con misas, limosnas de los fieles, sínodos que da el Gobierno y otros trabajos personales, despues de socorridas sus precisas necesidades. Con esto pagan á los maestros y maestras de las escuelas, compran cartillas, visten á los muchachos y remedian otras indigencias, así comunes como particulares. Así trabajan los misioneros de este colegio sin mas interés que el que esperan de la retribucion de Dios. Volvamos á la conquista de la parte del Norte.

VII.

Fundacion y conservacion de la mision de Abapó, y sus adelantamientos.

MIENTRAS nuestros misioneros trabajaban en la instruccion y adelantamiento de los indios de la reduccion de Nra. Sra. del Rosario de las Salinas, y el hermano Fr. Francisco del Pilar con otros apostólicos operarios en la formacion y establecimiento de las misiones de Pilipili y Acero, se ofreció oportunidad para fundar mision en la orilla del rio Guapáy, en un altillo, que por lo mismo le dió su primer nombre, que fué *Taybate*, y es él que ahora se llama *Abapó*; 44 leguas distante de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, que queda al Norte, y 118 de este Colegio, que está al Sud. Este lugar se halla en los 19° de lat. y en 316° de long., en una llanura espaciosa, abierta y montuosa, á la banda del rio Guapáy que queda hácia el Sud, y dista del pueblo cerca de media legua. Este rio es caudaloso, y abunda de buen pescado; toma las vertientes de la provincia de Chayanta, corre hasta la de Mojos, y desagua en él de las Amazonas ó Marañon.

El terruño de Abapó es algo arenisco y salitroso; pero fértil para la cria de ganados; para las siembras de maiz,

arroz, legumbres, maní, yucas, camotes y toda hortaliza; y para plantar en él caña dulce, viñas, limones, naranjos, higueras, y otros árboles y plantas frutales, por ser el clima muy cálido; aunque la mucha abundancia de hormigas, grillos y otros insectos destruye mucho de lo que se planta y siembra. En los montes se hallan muchos árboles de buena madera, como cedros, lapachos, algarrobos, pinos, guayabos y otros: en ellos se encuentran muchas plantas de añil y cochinilla ó grana; varias gomas, como de quinaquina, de isiga y estoraque; variedad de frutas silvestres, y miel abundante y rica: pero incomodan los muchos tigres y otras fieras, las víboras, alacranes y otros insectos venenosos, de que abundan aquellos montes.

La nacion, que siempre ha vivido en este lugar, es la chiriguana; y antiguamente no tenian allí pueblo formal, sino que vivian en rancherías, chozas ó tugurios (que llaman *tapéras*), dispersos y sin orden. Con decir que son y han sido chiriguanos, decimos mucho; porque significamos con este nombre unas gentes, que traen sobre sí el carácter de mentirosos, holgazanes, superticiosos, ebrios, y repugnantes á todo lo que es sujecion, servicio, pagamentos de tributos y otras pensiones, y particularmente á las cosas espirituales y del servicio de Dios. Que fuesen así en su barbaridad, no era de estrañar; pero que lo sean ahora, despues de tanta instruccion y de tanta vigilancia de los PP. misioneros, es cosa que admira y debe admirar á todo racional. Sin embargo debemos confesar, que entre muchas cabras hay algunos corderos, y que entre estos zarzales no dejan de criarse algunas azucenas. No es poco lo que se consiguió en esta mision; pero hubiera sido mucho mas, si no hubiesen sido tan inconstantes y noveleros. Veámoslo en su origen y progresos.

El año de 1771, el Padre de las lumbres inspiró por su misericordia al indio Macangua de dicho pueblo de Abapó, que fuese al de Acero, donde se hallaba todavía el hermano Fr. Francisco del Pilar con otros PP. misioneros, trabajando

sin cesar en sujetar aquellas gentes al yugo de Jesucristo; y viendo la dureza y pertinacia de aquellos Chaneses, le dijo el indio: *Deja, Padre, á esa mala gente, y vente conmigo á Abapó, y allí fundarás mision á tu gusto.* Creyó Fr. Francisco á aquel buen indio; y dejando la mision de Acero al cuidado de los PP. misioneros que residian en ella, se fué con él á Abapó, que dista cincuenta leguas de aquel pueblo. Llegó con felicidad, y fué tan bien recibido de aquellos Chiriguanos, que prontamente le dieron licencia para hacer iglesia y casa decente para la habitacion de los PP. conversores, que hubiesen de catequizarlos é instruirlos en el cristianismo, y ellos mismos le ayudaron con gusto en este trabajo. Concluidas estas dos obras, dió aviso al R. P. ex-comisario de misiones Fr. Manuel Gil, que se hallaba en la reduccion de Acero con otros religiosos; y este tomando de compañeros á los PP. Fr. Francisco Leon Cavallero y Fr. José Tadeo Cavallero (hermanos carnales), y al religioso lego Fr. Joaquin del Pilar, caminó con ellos á dicha nueva mision; y todos fueron recibidos con general regocijo, sin que persona alguna les hiciera la mas mínima oposicion. En el dia 30 de Noviembre del mismo año de 1771 se bendijo la iglesia, se colocó en ella la imagen de la Santísima Trinidad, se cantó la primera misa, se hizo una solemne procesion, y quedó fundada aquella mision con el título de la Santísima Trinidad de Abapó.

Para que estos buenos principios tuviesen el incremento que se deseaba, contribuyó el real erario con los auxilios necesarios. Ya dijimos arriba (hablando de los consumos que ha tenido la mision de las Salinas), que los señores de la Junta subalterna de aplicaciones de la ciudad de la Plata, en su providencia de 2 de Setiembre de 1771, proveyeron que de dicha mision se sacasen mil cabezas de ganado vacuno para socorrer á esta de Abapó; y en otra de 26 de Agosto de 1772 dijeron, que de la misma se le contribuyesen cincuenta yeguas: y aunque todo esto se redujo á 200

cabezas de ganado vacuno, á ocho yeguas y siete mulas, porque no se pudo más; ya fué un principio regular para fomentar las primeras operaciones.

À mas de lo dicho, mandaron los mismos señores, en las mencionadas providencias, que se entregasen para esta mision de la Santísima Trinidad los auxilios y alhajas siguientes. En la primera de 1771 dijeron, que se le entregasen mil y quinientos pesos de temporalidades, y algunos ornamentos ordinarios; esto es, tres casullas, blanca, negra y colorada; dos albas, dos corporales, dos purificadores, dos manteles, un caliz y patena, un ara, un juego de vinajeras, un crucifijo, una campana mediana, una imágen de nuestra Señora, un copon pequeño y cuatro ó seis candeleros de madera. En la segunda de 1772 dijeron, que se le aplicasen á dicha mision de Abapó tres mil pèsos en esta forma: los un mil pesos para la manutencion y asistencia de dos religiosos misioneros sacerdotes y un lego, que actualmente y despues debian existir en dicha reduccion, considerada esta congrua sustentacion y vestuario para el dicho año y todo el inmediato de 1773; y los dos mil pesos restantes se destinasen para ropa, herramientas, gastos de iglesia, y demas provisiones necesarias al fomento de los indios: añadiendo, que tambien se le entregasen un ornamento completo morado regular con su frontal, un incensario mediano de plata con su naveta, cuatro albas, cuatro sobrepellizes, dos manteles y una cruz de madera. Con estos auxilios y otros, que Fr. Francisco del Pilar adquirió de limosna de los fieles, se puso una buena estancia de ganado, y se proveyó la iglesia y oficinas de todo lo necesario.

Desde los principios se dedicaron los PP. conversores á instruir á los indios en la doctrina cristiana, y ellos asistian puntualmente, y se aprovechaban á la medida de su aplicacion, la cual no solo fué diaria, sino repetida diariamente por la mañana y tarde, y luego se rezaba el santísimo rosario á nuestra Señora; estilo que sirvió de modelo á todas

las demas reducciones, que se han ido fundando. No hubo repugnancia alguna en dejar bautizar á los párvulos; antes eran en esto tan prontos, que apenas nacia ya los llevaban á renacer en las aguas del bautismo; y lo mismo hacian los adultos luego que se consideraban dispuestos para recibir este santo sacramento, y hacerse vivos miembros del cuerpo místico de Jesucristo.

Con esta prosperidad caminó esta nueva mision por el espacio de siete años continuos: pero, despues de ellos se conmovió el infierno para estorbar estos progresos, y si posible fuera volver á los indios al tenebroso caos de su infidelidad. Aqui empezaron las aflicciones y trabajos de nuestros celosos misioneros: y los indios dieron una prueba clara de su inconstancia, de la adhesion á sus supersticiones, de la timidez de sus corazones, de la facilidad con que creen las noticias que pueden perjudicarles, del poco aprecio que hacen de las verdades eternas, y de la volubilidad de sus ánimos en asuntos de religion. Pero al mismo tiempo manifestaron la docilidad de su condicion, el aprecio que hacian de sus PP. conversores, y el arrepentimiento de haberse dejado engañar de un hombre revestido de la astucia y falsedad de la antigua serpiente.

Fué el caso, que en el dia 4 de Noviembre de 1778 apareció en el pueblo de Mazavi (entonces bárbaro todavía) un hombre desconocido, acompañado de gente sagaz y de su perversa condicion, y de una chusma innumerable de bárbaros chiriguanos, que lo respetaban como si fuera su Dios. Este hombre perverso, usurpando al verdadero y único Dios las fuerzas de su poder y los respetos de su divinidad, pasaba gran parte de la noche predicando á todo aquel gentío, que él tenia poder para hacer llover fuego del cielo, para convertir á los hombres en piedras, para arruinar pueblos, destruir ganados, y acabar con todos los que no se conformasen con su doctrina. Con estas imposturas los tenia á todos atolondrados, y ellos temerosos de lo que les amenazaba le doblaban la rodilla, le hospedaron en un rancho

blanqueado y muy aseado, lo regalaban con cuanto apetecía, y le concedían todo lo que pedía, aunque fuese el sacrificio mas abominable de Vénus.

Por desgracia se halló presente un capitán de esta misión de Abapó con algunos indios, unos catecúmenos y otros neófitos: vinieron admirados, lo comunicaron secretamente á los suyos, y de un repente, sin decir cosa alguna al único P. conversor que tenían, Fr. Cristóval Luengo, ni á Fr. Francisco del Pilar, se marcharon como 800 personas á Mazavi, abandonando todos sus ajuares y haciendas, y solo quedaron en el pueblo como 180 almas, no por su voluntad, sino porque, habiéndose descubierto esta fuga y el motivo de ella, anduvieron dichos religiosos muy solícitos en atajar á estos, y en persuadir con vivas exhortaciones á los que ya se hallaban á la otra banda del río. Con esto pudieron conseguir que se volvieran unos 120, que juntos con los que habían quedado en el pueblo serían como 300; pero todos estaban violentos, y con deseos de pasar á Mazavi y sujetarse al Dios fingido, para evitar sus formidables amenazas.

En este triste caso dieron los religiosos noticia al R. P. Fr. Manuel Gil, que estaba de residencia en la misión del Pirai; y este, como presidente que era de aquellas tres misiones, mandó prontamente venir de la del Pirai 200 indios armados: y porque eran patentes los intentos, que tenía el Dios aparente, de robar todo el ganado de dichas tres misiones, que eran Abapó, Cabezas y Pirai, suplicó al señor gobernador de Santa Cruz D. Tomas Leso, que lo socorriera con alguna tropa, para impedir aquel estrago. Sin demora alguna envió un piquete de soldados milicianos, y estos juntos con los indios del Pirai, y los PP. misioneros con sus exhortaciones, sosegaron á los que quedaban en Abapó. Sabiendo el falso Dios la llegada de estos soldados, y temiendo que lo prendiesen y castigasen, salió de Mazavi y se fué con todos los suyos tierra adentro; y con esto los indios de Abapó llenos de confusión, y abriendo los ojos con el desengaño, se volvieron á su misión, y se mantuvie-

ron en ella con sosiego, sujetándose otra vez á las cristianas instrucciones, que les daban los PP. conversores.

Quiso el diablo hacer otra tentativa; pero quedó burlado. Aunque aquel Dios insensato se huyó de miedo, no perdió las esperanzas de lograr su intento; porque aquel mismo diablo, que habia vomitado en su corazon el craso humor de la codicia, se lo removió otra vez, para usurpar los ganados de dichas tres misiones. Para esto se valió este bellaco embaidor de la fuerza, ya que se le frustró la astucia: él en persona, ú otro en su nombre, congregó un gran número de bárbaros como él, y con ellos se enderezó al rio Guapáy, el dia 3 de Junio de 1779; intentó pasarlo, para invadir la mision y saquear sus bienes; pero los neófitos y catecúmenos de aquel pueblo, bien desengañados de sus embustes, y capitaneados de Fr. Francisco del Pilar, se armaron de valor y flechas, embistieron y rechazaron á los enemigos, obligándolos á tomar la retirada para sus tierras, y con esto quedaron en paz. Desde entonces se mantuvo siempre un piquete de soldados en Abapó, hasta que se trasladó á Zaypurú. En toda esta refriega quien salió mas mal herido fué el P. conversor Fr. Cristóval Luengo, el cual viendo que por la huida de sus amados indios á Mazavi, se quedaba el pueblo solitario y todo su trabajo perdido, cayó en una melancolía tan feroz, que á últimos de Enero de 1779 le quitó la vida. Suplió su falta el P. Fr. Manuel Parra, que vino de la inmediata reduccion de Cabezas para auxiliarlo, y se quedó en esta de Abapó hasta que fueron otros dos misioneros de este Colegio.

Informado el dicho señor gobernador Leso de lo sucedido en este segundo atentado, y bien instruido de que los pueblos, entonces bárbaros, de Mazavi, Igmiri, Tacurú, Zaypurú, Tapuitá y otros inmediatos habian dado favor y ayuda al embelecador codicioso, que pretendió invadir á Abapó; prontamente juntó un ejército de Cruzeños, Vallegrandinos é indios de Buenavista, y con ellos, auxiliados de 250 indios de la reduccion del Pirai, y de 150 de esta de Abapó,

entró á dichos pueblos, quemando á unos, arruinando á otros, y amedrentando á todos con las amenazas de los mas severos castigos, si volviesen á inquietar las misiones. Con esto quedó todo sosegado; pero tuvo esta de Abapó gastos considerables en el socorro que dió á dichas tropas: porque las de Santa Cruz consumieron 104 reses, 40 panes de sal y 795 velas de sebo: las del Vallegrande dos reses: las de la mision de Buenavista 28 reses y tres panes de sal: las del Pirai 59 reses y 12 panes de sal: y las de Cabezas 6 reses y un pan de sal; que en suma son 199 reses, 56 panes de sal y 795 velas. A mas de esto la misma mision de Abapó tuvo en aquel tiempo mucho gasto en mantener á sus indios, proveer al pueblo y sustentar á los trabajadores, de modo que para su gente gastó 85 reses; para el gasto de casa, enfermos y otras necesidades 25; y las que fallecieron de muerte natural y casual 19; que suman 129 reses, las cuales juntas con las de arriba hacen 328. Este es el consumo, que hubo en aquella ocasion; pero todo se fué reponiendo con el trabajo de los PP. conversores, quienes se esmeraron mucho en adelantar esta mision así en lo temporal, como en lo espiritual.

Muerto el P. Fr. Cristóval Luengo, y regresado á su reduccion de Cabezas el P. Fr. Manuel Parra, entraron á dirigir esta mision de la Sma. Trinidad los PP. Fr. Fernando Senderos y Fr. Francisco Mendiola: y despues les sucedieron los PP. Fr. Narciso Vesga y Oteo, Fr. Pedro Leon de Santiago, Fr. Fernando Cano, Fr. Ignacio Tubau, y otros de mucha actividad y celo para dichos adelantamientos. El P. Senderos hizo una casa de bastante capacidad, á la que se añadieron despues varias oficinas y huerta: el P. Santiago fabricó una iglesia famosa con dos torres para las campanas, y despues hizo otra torre para el reloj de hierro, que él mismo trabajó con sus indios; y habiéndose incendiado el pueblo, inmediatamente lo hizo de nuevo con un órden y disposicion escelente: y como Dios lo dotó de todas las habilidades mecánicas, se aplicó á enseñarlas

á sus indios; y así dejó en aquel pueblo una porcion de tejedores, sastres, zapateros, carpinteros, herreros, albañiles, lomilleros y otros oficios, que sirven de grande utilidad para todos. Otros misioneros se dedicaron á aumentar los adornos y alhajas de la iglesia; y todos se esmeraron en adelantar las haciendas de ganado y labranza.

En el dia tiene esta mision una bonísima estancia de ganado, y grandes chacras de caña dulce, de maiz y de varias legumbres, y un buen algodonal. Con esto proveen los PP. conversores las cosas necesarias, y socorren las necesidades del pueblo. Los indios particulares tienen sus chacras de maiz, yucas, camotes, calabazas y algodones; algunos tienen tambien alguna punta de ganado vacuno, caballos y burros: pero muchas veces por los varios acontecimientos de seca, langosta, avenidas del rio, y lo que es mas regular por su desidia, se pierden sus chacras, y padecen grandes miserias. En tales ocurrencias, que suelen ser frecuentes, particularmente en tiempo de hambre, viruelas y otras epidemias, que muchos años los han afligido, cuidan los misioneros de darles el socorro necesario. Á mas de esto, en todo tiempo dan raciones de carne, y las medicinas que tienen á mano á todos los enfermos; visten á todos los muchachos y muchachas que asisten á la escuela, y á los viejos inhábiles para el trabajo; proveen la iglesia de ornamentos, cera y demas cosas pertenecientes al culto divino; y no hay necesidad que no se remedie.

En lo espiritual no es menor su trabajo y aplicacion. Tienen dos escuelas capaces, una para los muchachos, y otra para las muchachas, que asisten en ellas desde la edad de cinco años hasta que toman estado. En ellas aprenden perfectamente la doctrina cristiana y oraciones del catecismo en los dos idiomas castellano y chiriguano; y los muchachos se instruyen tambien en leer y escribir, en tocar la música, y cantar así las misas, como los entierros, rosario y otras divinas alabanzas; y el tiempo que sobra se dedican á tejer ó á otro oficio. Las muchachas aprenden

á hilar, coser, tejer cintas, y otras labores de su sexo. Esta es la porcion mas ilustre de la mision, y la que quita todos los pesares á los PP. misioneros, y los llena de gozo y consuelo; y por lo mismo ponen su principal aplicacion en cuidarla y conservarla.

Estas inocentes criaturas (que llegarán á doscientas en cada escuela) acompañan á los Padres en todas las funciones sagradas, y solemnizan con ellos los actos de religion, con edificacion de todos los forasteros, que lo ven y lo admiran. Todos los dias por la mañana salen en dos filas de sus respectivas escuelas, cantando las divinas alabanzas, y van á la iglesia á rezar y asistir al santo sacrificio de la misa, puestos los muchachos separados de las muchachas: al anocheecer van con el mismo orden á la misma, para rezar la doctrina cristiana y el santísimo rosario á nuestra Señora; y despues, habiendo cantado algunas alabanzas, se vuelven del mismo modo á sus escuelas, y recibidas algunas amonestaciones se retiran á sus casas. Todos los sábados hacen procesion por la plaza cantando el rosario á la Sma. Virgen; y cuando hay algun viático, ó entierro, ellos asisten con buen orden, y los cantores cantan los salmos correspondientes. Así se portan en todas las funciones de iglesia; y con esto, no solo aprenden á ser devotos y buenos cristianos, sino que tambien se acostumbran á la sujecion, y á ocupar el tiempo con utilidad y edificacion.

Los adultos, que ya se casaron, no se sujetan con tanta facilidad á estas funciones y ejercicios espirituales; no por sus legítimas ocupaciones, sino por su holgazanería. Sin embargo los PP. misioneros se valen de varios medios para instruirlos. Todos los dias de fiesta cuidan que asistan todos al santo sacrificio, y en todos los domingos se les predica sobre algun misterio ó artículo de la fe, à otro punto doctrinal con tanta claridad, que despues de concluida la misa uno de los alcaldes, detenida toda la gente en la parte exterior de la puerta de la iglesia, les repite con mucha viveza lo que el padre les predicó, y los exhorta con

eficacia á que se aprovechen de sus santas amonestaciones. Estas pláticas son mas frecuentes en la Cuaresma despues del rosario, á que se les manda asistir, para que se instruyan mejor en las circunstancias necesarias para hacer una buena confesion. À este fin, desde la Setuagésima los examinan á todos de la doctrina cristiana, y luego por sus turnos los confiesan y comulgan; y si algunos son negligentes, se toman todas las medidas para que cumplan estos preceptos. En sus enfermedades los visitan todos los dias, les administran los santos sacramentos, y en el último trance de la vida los exhortan y auxilian hasta que entregan su alma en manos de su Criador; y despues los entierren con la posible solemnidad, sin hacer en esto diferencia alguna, y con arreglo al ritual romano. Esto es lo que se trabaja en el gobierno espiritual.

Tambien procuran enseñarles la política necesaria: pero en unos pueblos y entre unas gentes, que jamas la conocieron, es preciso que los PP. conversores lo suplan todo, é instruyan prácticamente y como por ensayo á sus indios en el modo de gobernar á sus pueblos, así en lo civil, como en lo criminal, para guardar la paz y tranquilidad entre sus vecinos. Con este objeto (á mas de los capitanes, que entre los indios del Perú se llaman *Caciques*, y suelen reputarse por los nobles de la nacion) todos los años acostumbran los PP. misioneros hacer nombramiento de gobernador, teniente, alcaldes, fiscales y otros oficios concejiles, para que velen, y cuiden de conservar la quietud del pueblo, de evitar los desórdenes, de castigar á los delinquentes, de convocar la gente á la misa, doctrina y trabajo de comunidad, de celar sobre los forasteros cuando son sospechosos, y de impedir los comercios de cosas prohibidas por el Superior Gobierno, y cosas semejantes. Para todo esto son aquellos neófitos muy ignorantes, aun despues de muchos años de conversion; y por esto no hacen mas que averiguar lo que pasa, y dar aviso al P. misionero principal, y este los instruye, y ordena lo que deben hacer. Así van aprendiendo

no solo à gobernar el pueblo, sino tambien á hacerse respetables, y á cobrar alguna aficion al honor y vida civil. Con este intento el P. conversor en su nombramiento les entrega baston y les da asiento en escaño separado en la iglesia; los junta frecuentemente para tomarles consejo de lo que se deberá hacer, ó para ordenarles lo que deberán practicar. Tambien nombra sacristanes, sepultureros, enfermeros y otros oficios, para tenerlo todo con orden; y cumpliendo bien sus deberes, les regala alguna cosa de las que ellos apetecen ¹.

Son innumerables las utilidades que se consiguen con este modo de instruirlos en el gobierno. Los indios, aunque muy despacio, aprenden á mandar, se hacen respetables, cobran aficion al honor, y saben distinguirse de los demas, á quienes van acostumbrando á la sujecion y obediencia: el pueblo está con quietud; se evitan los escándalos públicos; se estorban los desórdenes en las bebidas; se conservan las familias en paz; la iglesia se conserva aseada y está bien servida; las funciones sagradas van con gravedad y edificacion; los caminos están siempre despejados, anchos y limpios; y todos se aprovechan así en lo espiritual, como en lo temporal. Con esta prosperidad anda en el dia esta mision de Abapó: pero todavía no podemos contar con su perfecta seguridad, porque es mucha su inconstancia, poca su firmeza en la religion, y todavía les son agradables los aires de la vecina barbaridad; por cuyo motivo no hay en ella los que deberia haber, como se infiere de los cómputos siguientes.

¹ El gobierno económico, político y religioso entablado en la mision de Abapó se observó en todas las demas que el Colegio de Tarija fué estableciendo en lo sucesivo, y síguese aun, con ligeras modificaciones, en las que tiene actualmente á su cargo. Notamos esto para que los lectores juzguen, si con justicia algunos escritores condenaron el mal sistema de educacion adoptado por los franciscanos en las misiones de América, de donde provino *que las reducciones puestas á su cuidado* (como lamenta uno de ellos) *hayan perseverado por lo comun, ó en su primera barbarie, ó á lo menos en una perpetua infancia, en que ha adelantado muy poco la razon.*

Desde que se fundó esta mision hasta ahora recibieron el santo bautismo en ella 3807; de los cuales murieron 477 adultos y 1005 párvulos, que son por todos 1482; de que se infiere que debian haber quedado vivos 2325; pues no los hay, y faltan de este número 279, los cuales andarán dispersos por otras partes, ó murieron en otros lugares. Actualmente se compone este pueblo de cristianos y bárbaros, que se le agregan, y hacen el número total de almas 2052, divididas en esta forma: los cristianos adultos y mayores de nueve años son 1441, y los párvulos hasta los nueve años son 605; los bárbaros ó gentiles adultos son 6, y no hay párvulo alguno sin el santo bautismo. Los matrimonios celebrados solemnemente en presencia de la santa Iglesia y existentes en el dia son 409. Y se debe notar, que estos indios neófitos, aunque en lo exterior presenten una agradable fachada de fe y religion, realmente se les conoce que están poco cimentados en ella.

VIII.

De la fundación de la mision del Pirai; como pasó á nuestro cargo; y lo que se trabajó en su conservacion y adelantamiento.

ANTES que se fundase la referida mision de Abapó, habia ya otras dos fundadas por el clero secular en aquellas inmediaciones, y las gobernaron con celo y aprovechamiento de aquellos indios, hasta que fueron entregadas al cuidado y direccion de los PP. misioneros de este nuestro Colegio. La primera fué la de la Asuncion de nuestra Señora del Pirai, y la segunda la de Nra. Señora del Carmen de Cabezas, de las cuales hablaremos en este párrafo y en el siguiente.

El origen de la del Pirai debe precisamente tomarse de mas lejos; porque es constante que los PP. de la Compañía de Jesus en el año de 1728 fueron al Pirai, y en sus inmediaciones, cerca de una laguna, fundaron mision con la advocacion de S. Rosa ¹. Siete años trabajaron con fruto y prosperidad en la conversion é instruccion de aquellos

¹ V. Preliminares § IV. pag. 68.

naturales; pero estos, llevados de su inconstancia y de la firme credulidad que siempre dan á los dichos de sus brujos, se sublevaron el año de 1735, rompieron los lazos de la ley de Cristo, sacudieron el yugo de la fe, y para mantenerse en su gentílica barbarie hicieron varias incursiones y daños á los vecinos de Santa Cruz, quienes los persiguieron largo tiempo.

Despues de treinta y tres años que sufrieron esta persecucion, no solo de los Cruzeños y Vallegrandinos, sino tambien de los gentiles de Mazavi, que no les daban treguas para respirar; acordaron, para su propia conveniencia, presentarse con demostraciones de humildad y arrepentimiento al ilustrísimo señor Dr. D. Francisco Ramon de Herboso y Figuerda dignísimo obispo de Santa Cruz de la Sierra, pidiéndole se dignase darles un sacerdote que los adoctrinase y dirigiese en la ley de Jesucristo, para recibir el santo bautismo. Este prudente Prelado se hizo duro á la peticion, echándoles en cara el sacrílego atentado que habian cometido, y que lo mismo harian ahora con el sacerdote que les diese, que lo que hicieron con los que habian tenido. Pero, como repitiesen las instancias y prometiesen perseverar constantes en sus buenos propósitos, les concedió lo que le pedian, con la precisa condicion de que habian de recibir por su gobernador á un indio chiriguano vecino del pueblo ó mision de Porongos, llamado Juan Coca Guaripa. Admitida esta condicion, les envió á un presbítero ejemplar llamado D. Lorenzo Ortiz, que residia en la antigua mision de Buenavista; el cual, habiendo llegado á aquel sitio (que llamaban el Potrero, y ahora se llama el Pirai), fundó de nuevo aquella reduccion ó mision, con la advocacion de la Asuncion de nuestra Señora, y celebró allí la primera misa en el dia 10 de Mayo de 1768.

Sabia muy bien aquel celosísimo Prelado, que para entablar una mision y conseguir su permanencia, eran necesarios muchos socorros, sin los cuales ó se trabaja en balde, ó se procede con mucha lentitud, ó se pierde del todo. Por

esto, proveyó á dicho clérigo de lo necesario á su subsistencia, lo auxilió con algunos regalos para los indios, y le hizo conducir á aquel paraje mil cabezas de ganado vacuno, 150 de caballar, y porcion de sal: y fué tanto su celo, que no obstante llevar gastados tres mil pesos, estuvo en el ánimo de perfeccionar esta obra, aunque le costase vender la propia vajilla. Con estos auxilios empezó aquel sacerdote á trabajar una pequeña capilla, á congregar á los que vivian dispersos, á formarles un pueblo capaz para abrigar á mas de mil personas, que ya habia juntado, y á tener gratos á los indios. Pero á los cuatro años de estos trabajos quiso Dios darle el premio, llevándoselo para sí, en el mes de Agosto del año de 1772; y entre tanto que se tomaba providencia de sucesor, suplió su falta el presbítero D. Vicente Lobo, que le servia de compañero en aquella soledad.

El mencionado ilustrísimo obispo, que se hallaba en la ciudad de la Plata por razon del Concilio Provincial que allí se celebraba, con la noticia del fallecimiento del referido presbítero Ortiz, consultó con el señor presidente de aquella R. Audiencia, D. Ambrosio Benavides, sobre el medio que deberian tomar; y resolvieron entregar aquella mision á los misioneros de este nuestro Colegio, en cuyo nombre y con su particular comision, la recibió el R. P. ex-comisario de misiones Fr. Manuel Gil, que se hallaba en la misma ciudad; y habiéndose puesto en camino con los despachos correspondientes, los presentó al señor gobernador de Santa Cruz, D. Andres Mestre, y con su venia pasó á aquella nueva mision, donde los comisionados D. José Vicente Lobo presbítero y D. Gregorio Ortiz, en los dias diez y seis, y diez y siete de Diciembre del mismo año de 1772 le hicieron la entrega de la mision y sus pertenencias; es á saber, la capilla suficientemente provista de ornamentos y vasos sagrados, una casa decente para su habitacion, el pueblo tal cual formado, un cañaveral de ocho almudes de cien varas en cuadro cada uno, un trapiche con todo lo adherente, treinta y siete bueyes, ciento cuarenta y dos cabe-

zas de ganado vacuno de todas edades, veinte y nueve caballos, trece yeguas, ocho cabras y cuatro ovejas.

Esta mision es la mas distante hácia el N., y se halla en los 18° 44' de lat., y en los 315° 57' de long. Al N. tiene á la ciudad de Santa Cruz, en distancia de 30 leguas de camino llano y la mayor parte montuoso; y al S. tiene á la mision de Abapó, distante 12 leguas de igual camino, y á este Colegio, que dista 130 leguas poco mas ó menos. Está situada en un campo llano y montuoso: tiene á un lado un rio de bastante agua, aunque gruesa; y á la parte opuesta unos hermosos bañados cubiertos de grama, y en ellos muchos pozos, de donde sacan agua para el gasto; y á distancia de dos leguas está la laguna, en cuyas orillas estuvo situada la mision jesuítica de Santa Rosa. Su clima la mayor parte del año es ardiente, y en los meses de Junio y Julio hace bastante frio: los vientos son bien varios y nocivos, por cuyo motivo se padecen algunas enfermedades. El terreno es fértil, y puede producir con abundancia maiz, camotes, yucas, arroz, tabaco, algodon, caña dulce, garbanzos, arvejas, y otras legumbres y hortalizas. En los montes se hallan tigres, jabalíes, monos y otras fieras, y mucha variedad de pájaros: tienen buenas maderas, y de los árboles se recoge mucha miel y cera, varias resinas y frutas silvestres. En su barbaridad no tenian los indios pueblo formal, y vivian dispersos en varias rancherías; y aunque el presbítero Ortiz trabajó mucho en juntarlos, jamas pudo formar un pueblo tan bien ordenado como deseaba. Cuando se entregó esta mision á nuestros misioneros tenia 1400 almas, todas de nacion chiriguana; y de ellas habia 422, que habian recibido el santo bautismo. Desde el punto que la tuvieron á su cargo, no cesaron de trabajar para adelantarla así en lo temporal y político; como en lo espiritual.

Cuatro años trabajó el presbítero Ortiz en juntar la gente, en formarles un pueblo sin orden, y en fabricar una capilla, que aunque decente y proveida de lo necesario, más parecia ramada, que casa de Dios. Él hizo lo que pudo; y

en esto consumió 108 animales y 821 cabezas de ganado vacuno con sus crias, é hizo muchos regalos á los indios, porque solo así podia hacerles trabajar y tenerlos contentos. Otros cuatro años disfrutaron nuestros misioneros de aquellas obras, que tanto costaron; pero en un momento se perdió todo; porque habiéndose pegado fuego al pueblo, todo se redujo á cenizas, y fué preciso fabricarlo de nuevo. Este fracaso sucedió en el año de 1776, y fué tanto el apuro, eficacia y esmero de nuestros misioneros, que en el mes de Octubre del año inmediato de 1777 ya se estrenó su nueva iglesia de cuarenta y cuatro varas de largo y quince de ancho, fabricada de palos firmes y embarrados, con solidez y permanencia, y con diez y seis columnas de madera fuerte y bien labradas, que sostienen el techo; cuyo coste fué de cerca cinco mil pesos.

Luego emprendieron la reparacion del pueblo, ó por mejor decir lo hicieron de nuevo; porque aunque las casas incendiadas no fueron mas que setenta, todas necesitaban de reparo, y era preciso ponerlas en buen órden. À poco tiempo quedó formado un pueblo vistoso y bien ordenado. En medio tiene una plaza grande, cuadrada y espaciosa; en un lienzo ó lado de ella está la iglesia y casa para la habitacion de los PP. conversores, la cual, aunque en el principio era decente, en lo sucesivo se trabajó otra en el mismo lugar con mucha solidez, cubierta de teja, y en su interior tiene un buen patio, y en él varias oficinas, y en lo exterior un corredor, que sigue de un ángulo al otro de dicha plaza. En los otros lienzos ó lados se hallan las escuelas para los muchachos y muchachas, la cárcel para los delincuentes, una ramada capaz para los comerciantes y otros forasteros, y muchas casas de particulares. Las calles están rectas, aunque algo angostas; y las casas de los indios son tambien de palos embarrados, cubiertas unas de paja, y otras de tejas hechas de los troncos de palma.

Para una obra tan grande, como costosa fueron necesarios muchos miles de pesos: estos no podia darlos la mi-

sion por estar muy en los principios y con poca hacienda para congraciarse á unos trabajadores, que aun pagándolos bien, es preciso darles las gracias. Sin embargo la providencia de Dios, y la piedad del Gobierno y de otros muchos fieles supieron cubrir todo este gasto. La R. Junta subalterna de aplicaciones de la ciudad de la Plata (á mas de la limosna anual, asignada para los alimentos y vestuario de los PP. conversores, que es de 200 pesos á cada uno) en una providencia dada en 16 de Julio de 1777, mandó entregar del ramo de temporalidades 500 pesos para auxilio y socorro de esta mision, empleados en ropas y otros efectos á beneficio de sus indios por justa, aunque corta, recompensa de su trabajo; con mas 100 pesos para salario de maestro y gastos de su escuela: *À que se añadirán (dice) por separada providencia otros auxilios con cargo y gravámen de misas, que no se duda invertirán los religiosos á beneficio de dicho pueblo y su iglesia, segun lo tienen acreditado con singular piedad hasta con la mayor parte de su propia congrua.* Así hablan aquellos señores, como tan bien instruidos del manejo, con que se portaban los misioneros para adelantar sus reducciones; y no quedaron fallidas sus esperanzas: porque habiéndoles entregado en esta ocasion 500 pesos, y en otras repetidas veces semejantes cantidades con el cargo de misas, todo lo emplearon á beneficio de su mision; y del sínodo ó limosna que debia servir para su propia manutencion, poco les quedaba para remediar sus necesidades; porque la mayor parte la gastaban en herramientas, ropas y otros utensilios á beneficio del pueblo y sus indios, y en ornamentos y otros aderezos para la iglesia y culto dñvino. El mismo destino tuvieron las varias limosnas que recogieron de los fieles: y este es el estilo, que comunmente guardan los misioneros, para la conservacion y adelantamiento de sus misiones en lo temporal.

Con esta industria, y el continuo desvelo en que viven, han procurado aumentar tambien los ganados de sus estan-

cias, y animales de servicio, sin embargo del mucho consumo que ha sufrido esta del Pirai no solo en mantener á los enfermos (á quienes se da racion de carne todos los dias), en las raciones que se dan á los capatazes, vaqueros y otros sirvientes, y en el gasto de casa y familia, que regularmente se compone de muchachos huérfanos y desamparados; sino tambien en el socorro de las tropas militares, en las varias entradas que hicieron; en el destrozo que hicieron los tigres y otras fieras, de que abundan aquellos montes; y en las muchas epidemias, y años secos y calamitosos. Sin embargo de todo este consumo, y del que se gastó en las muchas obras que se han hecho, tiene la mision en el dia un considerable número de cabezas de ganado vacuno, caballar y lanar.

À mas de esto tiene buenas chacras de caña dulce, maiz, arroz y varias legumbres; y los indios trabajan en ellas dos dias á la semana, ó por mejor decir dos ó tres horas en cada uno de los dos dias. Para el beneficio de la caña tiene un buen trapiche, y se saca bastante azúcar y aguardiente. De los algodones se coge mucho algodón, cuya mayor parte hilan las indias y sirve regularmente para vestir á los muchachos y muchachas de escuela, y á otros pobres del pueblo. Tambien se mandan los indios á la recoleccion de cera, que dan las muchas especies de abejas en aquellos montes; y para ello se les dan los auxilios necesarios. De todos estos productos se venden los que no son necesarios para la mision, y con esto se pagan los muchos gastos que ella tiene; pues, aunque aquellos parezcan muchos, al cabo es muy corta la ganancia.

Todos los indios saben tejer, y algunos tienen otros oficios menestrales, en los cuales se ocupan, cuando se hallan desocupados de sus chacras, aunque no todos la tienen; porque los mozos recién casados (según el estilo de esta nacion) viven á espensas de sus padres, y no quieren tener chacra, ni hacerse casa á parte hasta que tienen algún hijo. Las mugeres son mas laboriosas que los hombres; pero

su trabajo luce muy poco; porque todo se reduce á cargar en sus espaldas lo que producen sus chacras, majar el maiz y hacer chicha, hilar y tejer sus ropas y algunas cintas, servir á sus maridos y criar á sus hijos. Los hombres siembran sus chacras, traen leña para el gasto de sus casas, si saben algun oficio se ejercitan en él algunos ratos, tal cual vez van á pescar y á cazar; y si pueden estar ociosos, no les pesa, ni pasan cuidados. Algunos tienen su punta de ganado vacuno, pero mal cuidado; y por esto se les remonta. No cesan los PP. conversores de exhortarlos frecuentemente á que se apliquen al trabajo y á los ejercicios de piedad; pero ellos son insensibles para todo lo bueno, y es muy corto el número de los aprovechados.

En el nombramiento de los oficios concejiles, cuidado de las escuelas, asistencia de los enfermos, predicacion y enseñanza, cumplimiento de los preceptos de confesion y comunion, entierros y funciones de iglesia, se practica lo mismo que en la mision de la Sma. Trinidad de Abapó. En el dia no tiene esta mision del Pirai bárbaro ó gentil alguno, ni adulto, ni párvulo. Desde su fundacion hasta ahora recibieron el santo bautismo 5446, de los cuales murieron 4000; es á saber, 2441 adultos y 1559 párvulos. Actualmente cuenta 1370 almas todas cristianas, en esta forma: de adultos de nueve años arriba hay 1010 y de párvulos hasta los nueve años 360. Segun estas cuentas faltan á esta mision setenta y seis almas cristianas de las que habian de haber quedado existentes: pero no es de estrañar; porque muchas veces se pierden por otros lugares, y allí mueren, ó no vuelven mas. Los matrimonios celebrados segun el órden de la santa Iglesia son 300.

Todos estos indios son de nacion chiriguana: son tardos en crecer, pero a su tiempo se espigan, y llegan á una estatura mas que regular: son de buena presencia, fuertes y robustos: su color es trigüeño y declina á pálido: su vestido en los hombres es andar comunmente con camisa de algodón y calzones de lo mismo ó de pañete; algunos usan

el traje entero de español; y otros se contentan con el vestido único de los bárbaros, que es la *camiseta*. Las mugeres son á proporcion de la misma estatura, color y robustez; pero su vestido es generalmente el saco blanco, negro ó azul de algodón, que llaman *tipoi*; no se cubren la cabeza, pero tienen el cabello muy crecido y estendido por la espalda, particularmente cuando van á la iglesia. Ninguno de ambos sexos usa calzado alguno, escepto los que visten como los españoles. Así los hombres como las mugeres tienen generalmente el defecto del coto, que les sale á la garganta, y en algunos es tan estremo que no solo los fatiga, sino que tambien los ahoga.

Aunque esta mision cuente cuarenta y dos años de fundacion, y sus indios en lo exterior parezcan muy civilizados é instruidos; se hallan con toda esta apariencia muy atrasados así en los sentimientos que deben formar en orden á la religion, como en la práctica de la vida civil. El motivo ó causa de este atraso no es la falta de instruccion, ni su natural estupidez; porque naturalmente tienen bastante comprension, y nunca les falta la enseñanza: pero como esta la oyen con indiferencia, y las continuas embriaguezes les ofuscan el entendimiento, es consiguiente, que la voluntad no haga aprecio del bien, ni de la policia, ni de la vida racional. Esta embriaguez, que es el fomento y nodriza de todos los vicios, segun el Concilio Agathense, les estorba todos los progresos de la vida cristiana; y por esto dijo el Concilio Limense II, que no habrá firmeza en la fe de Jesucristo en esta tierra, entre tanto que los indios no fueren refrenados de este vicio de borracheras. Los PP. misioneros se fatigarán en instruirlos; no cesarán de reprenderlos; les enseñarán frecuentemente los artículos, misterios y obligaciones del cristianismo; pero, si no se les quita la connaturalizada embriaguez, todo será en balde; en sentir del P. José Acosta y otros muchos autores ¹.

¹ *Indi frustra docentur christianam religionem, si ab eis ebrietatis vitium non removeatur.* Acosta lib. 3. *De procur. Indor. salute* cap. 21 in fine.

IX.

De la fundacion de la mision de nuestra Señora del
Cármén de Cabezas; como pasó á nuestro cargo;
y lo que se trabajó en su conservacion y adel-
lantamiento.

Anueve leguas de la referida mision del Pirai há-
cia el S., y á cuatro cortas de la de Abapó há-
cia el N., en los 18° 58' de lat., y en los 316° 5' de long.,
está el lugar de Cabezas, que antes se llamaba *Potoca*, en
un campo abierto y que domina al rio Grande ó Guapáy,
del cual dista media legua. En este sitio y sus inmediacio-
nes, habia varios pueblecitos de indios chiriguano, que vi-
vian en las tinieblas de la infidelidad; y lastimado de su
infeliz suerte el presbítero D. José Melchor Mariscal, pro-
curó halagar á algunos de ellos, para que admitiesen mision;
y conociendo que se inclinaban á admitirla, hizo las debi-
das diligencias para dar principio á ella, á costa suya.
Obtuvo la licencia del señor presidente de Charcas, D. Am-
brosio Benavides, y el beneplácito del Ilmo. Sor. Dr. D.
Francisco Ramon de Herboso y Figueróa, entonces obispo
de Santa Cruz de la Sierra, y luego se puso de asiento en
aquel lugar, donde edificó una pobre casa de palos em-

•

barrados para su habitacion, añadiéndole otra pieza corta, que destinó para capilla, y le dió por titular á Ntra. Sra. del Cármen; y allí celebró la primera misa en el año de 1769. Con su industria buscó unas cien cabezas de ganado vacuno, y dejándolas á su compañero, D. Domingo Baca, recién ordenado de presbítero, le encargó el cuidado de aquel pequeño pueblo; y él se fué á la villa imperial de Potosí y ciudad de la Plata, en busca de algun socorro. No tardó mucho en hallarlo muy cuantioso; porque habiendo muerto en aquel tiempo un rico personaje, dejando tres mil pesos para una obra pia, prontamente dicho presbítero Mariscal se presentó á la R. Audiencia de la Plata, pidiéndole su adjudicacion para el fomento de su nueva mision; y habiéndoselos concedido, llevó varias ropas para vestir á sus indios, y plata bastante para poner una buena estancia de ganado vacuno y comprar algunos animales.

À los dos años y meses de haber fundado esta mision, se fué á curarse de sus males en el hospital de Chuquisaca, quedando el dicho presbítero Baca al cuidado del pueblo. Poco tiempo le duró este trabajo; porque habiéndose convenido el dicho Ilmo. Sor. obispo Herboso, y el Sor. presidente Benavides en hacer entrega de esta mision juntamente con la del Pirai á los PP. misioneros de este nuestro Colegio, el mismo R. P. ex-comisario de misiones Fr. Manuel Gil, habidos los despachos necesarios, la admitió; y despues de haber tomado á su cargo la del Pirai, pasó á la de Cabezas con los PP. Fr. Francisco Leon Caballero y Fr. José Tadeo Cavallero su hermano carnal, los cuales se hicieron cargo de ella el dia 25 de Diciembre de 1772. En este mismo dia les entregaron todas las cosas existentes en la nueva mision, con mas 500 cabezas de ganado vacuno y 50 yeguas, y nada mas. El pueblo era muy corto, los bautizados se reducian á unos pocos párvulos, la capilla era como un tugurio bendito y tal cual decente, con uno ó dos ornamentos y un caliz, sin adorno, ni campana para llamar á la gente: la habitacion para los PP. conversores parecia

•

una choza de gente pobre, pero abrigada: no habia ni un caballo, ni una mula; las tierras estaban sin cultivo, los indios calmados, pocos, importunos, y para decirlo en una palabra, chiriguano finos con todos sus resabios; los muchachos y muchachas sueltos y sin sujecion alguna: y por último aquella era una mision, que estaba en su principio.

Entraron dichos PP. misioneros en el trabajo de adelantarla en lo temporal y espiritual, sin mas socorros que los de la Providencia; porque ellos no recibieron la limosna, que acostumbra dar el Gobierno á dichos operarios, hasta el año de 1774; la hacienda apenas alcanzaba para mantenerse á sí y á los enfermos; los indios no sabian trabajar sin paga, y aun con ella era poquísima su aplicacion; y como ellos vivian de la Providencia, no tuvieron otro refugio que esperar en ella. Con esta esperanza, y valiéndose de la industria propia y de algunas limosnas de los fieles ya gratúitas, ya con cargo de misas, tomaron con empeño el dicho adelantamiento; y en primer lugar emprendieron la fábrica de una iglesia capaz, de palos embarrados y muy firme, la que tuvieron concluida el año siguiente de 1773. Despues, con la acostumbrada limosna ó sínodo y algunas partidas de dinero, que la R. Junta de aplicaciones de la ciudad de la Plata les dió de temporalidades con cargo de misas, y cincuenta pesos para las escuelas, fabricaron una casa capaz y decente, para la habitacion de los PP. conversores; fueron congregando á los indios, que vivian dispersos en aquellas inmediaciones, y les formaron un pueblo grande con buena plaza, calles rectas y casas decentes, cubiertas de teja de palma y puestas en buen orden: hicieron escuelas para la ensenanza de los muchachos y muchachas; pusieron capataces y vaqueros en las estancias de ganado, pagándoles su salario; formalizaron las chacras de maiz, caña dulce, arroz, arvejas y otras legumbres: y sobre todo se dedicaron diariamente á enseñarles é instruirlos en la doctrina cristiana y buenas costumbres, para bautizarlos y hacerlos hijos de Dios.

No es ponderable lo que trabajaron aquellos dos misioneros en los dos primeros años, que residieron en aquella mision; y no estuvieron allí mas tiempo, porque el P. Fr. Francisco Leon enloqueció, y se fué solo, descalzo, á pié y sin sombrero por medio de los bárbaros, quienes compadecidos de su miseria le prestaron yegua, y lo acompañaron hasta la mision de las Salinas; y fué preciso, que su hermano el P. Fr. José Tadeo se regresase al Colegio para cuidarlo y contenerlo: pero ocuparon su lugar los PP. Fr. Manuel Parra y Fr. Juan Pizarro, quienes dieron á la mision un admirable incremento.

En pocos años se igualó esta mision con la del Pirai, y en el dia le lleva alguna ventaja, particularmente en el número de almas; por cuyo motivo, viendo que estas se aumentaban cada dia con los muchos, que se le iban agregando de varias partes de la gentilidad, y que la iglesia interina, que se habia hecho en el segundo año de nuestro ingreso, ya era insuficiente para un pueblo tan numeroso, fabricaron otro templo magnífico, de maderos labrados y revocados, de 48 varas de largo y 16 de ancho, con diez y seis columnas de madera fuerte, que sostienen el techo de tejas de palma, cinco altares muy decentes, un coro capaz, buena sacristía y cinco campanas. El adorno, ornamentos y piezas de plata que tiene, pueden lucir en la mejor parroquia. Fué el estreno de esta iglesia en el dia de su patrona y titular, nuestra santísima Madre y Señora del Cármen en el año de 1785, y desde entonces se le han ido añadiendo otros adornos, ornamentos, cruz alta y candeleros de plata, para mas escitar la devocion. La casa habitacion de los PP. conversores tambien necesitaba de mayor ensanche; trabajaron en ella, y salió muy cómoda, desahogada, y con un patio espacioso, varias oficinas, cuartos y huerta. Las escuelas, los oficios concejiles, los mecánicos y demas policía, están en la misma conformidad, que en las misiones del Pirai y de Abapó.

Esta de Cabezas tiene buenas estancias de ganado con

sus corrales, capataces y vaqueros pagados: siempre ha ido en aumento, aunque ha sido mucha la merma, que ha padecido, no solo por el gasto diario con los enfermos, oficiales y familia, sino tambien por lo que se ha sacado, ya para socorrer á las tropas militares en sus entradas y á otras misiones, ya en varios acontecimientos que han ocurrido. Algunos indios tienen tambien alguna punta de ganado, y saben conservarlo mejor que los del Pirai.

À mas del ganado, tiene esta mision varias chacras de maiz, caña dulce, arroz y otras legumbres, de algodón, yucas, camotes y calabazas de varias especies. De la caña dulce se sacan buenas mieles, aguardiente y algun azúcar. El algodón se manda hilar y tejer, y con el lienzo se visten los muchachos y muchachas de escuela, y lo que sobra se vende para socorrer sus necesidades. La tierra y clima es el mismo que el del Pirai y Abapó, con corta diferencia.

En la actualidad no tiene este pueblo mas que dos adultos gentiles, que se están catequizando. Desde su fundacion hasta ahora, se bautizaron 3433, de los cuales murieron 1020; es á saber, 260 adultos y 760 párvulos. Debían haber quedado existentes 2413; pero por su inconstancia se ausentaron 614. Por lo que en el dia tiene este pueblo 1801 almas; las dos son de gentiles adultos, y las demas son cristianas. Los cristianos adultos de nueve años para arriba son 1146, y los cristianos párvulos hasta los nueve años son 653. Los matrimonios celebrados segun el órden de la santa madre Iglesia son 382. Todos son de la nacion chiriguana; su estatura y robustez es mejor que la de los del Pirai, por criarse mas sanos y no tener el embarazo del coto: á mas de que el temperamento es tan saludable, que hasta ahora no han entrado las viruelas en aquel pueblo, y son muy pocos los que mueren al año. Son mas trabajadores, pero como en ellos reina igualmente la embriaguez, debemos tenerlos por hermanos.



X.

Fundacion de la mision de nuestra Señora del Pilar de la Florida, y lo que se trabajó en su conservacion y adelantamiento.

PARA no separarnos de aquella banda del rio Guapáy, y concluir con las misiones existentes en aquel territorio, hemos querido anticipar y preferir la narracion de la mision de Nra. Sra. del Pilar de la Florida á la de otras mas antiguas en su fundacion; bien que los indios que actualmente la habitan, profesaron primero la religion, como lo declararemos en este párrafo.

El sitio en que está fundada esta mision, se llamaba *Cáugua*, ó como dicen otros *Curigua*, ó *Cadigua*, tomando la denominacion de una laguna, en que se cria enea, que aquí llaman totora. Se halla en los 18° 42' de lat., y en los 316° de long., á dos leguas cortas del Pirai hácia el E., en una llanura agradable y floreciente, y tiene no muy lejos un rio y buenos bañados, y el mismo clima y tierras que el Pirai. En este lugar se plantó la mision, que intitularon de Nra. Sra. de la Florida, y se pobló primeramente de indios bárbaros chiriguano, que vinieron de los pueblos de Mazavi, Igmirí y Tacurú sitos en la otra banda del rio

Guapáy hácia el S., á distancia de diez y seis leguas de este; los cuales se habian refugiado en las misiones del Pirai, Cabezas y Abapó, donde tenian muchos parientes de consanguinidad y afinidad.

El motivo que tuvieron estos indios para salir de sus tierras, fué el hambre y guerra, que padecieron en el año de 1779; y reconociendo que todo aquello les habia sucedido por castigo del Dios grande (á quien no dejan de conocer) por no haber querido hacerse cristianos, resolvieron pasarse á dichas misiones con el ánimo de vivir en ellas. Esta era su voluntad; pero no se sabe el fin que tendria el cabo del piquete que se hallaba en Abapó, para estorbarles esta su determinacion, y pretender llevarlos á Santa Cruz de la Sierra con el especioso pretesto de formarles allí un pueblo cerca de la ciudad. Los indios, imaginándose que los queria meter en una esclavitud, se resistian á su pretension; mas con toda esta resistencia, él se llevó á seis leguas de aquella ciudad á los sesenta y tres indios primeros que habian salido de sus propios hogares. No pudo el R. P. ex-comisario y presidente de aquellas misiones Fr. Manuel Gil sufrir aquella forzada y violenta trasportacion; y para impedirla recurrió al señor regente-presidente de la R. Audiencia de la Plata, D. Gerónimo Manuel de Ruedas, el cual espidió providencia fecha en 11 de Enero de 1781, en que mandó, que se escribiese carta al señor gobernador de la provincia de Santa Cruz, á fin de que espidiese las correspondientes providencias, para que no se impidiese la libre eleccion de dichos indios chiriguanos conducidos, en la incorporacion de las misiones reducidas, y lo dejase todo á la prudente y caritativa disposicion de aquellos PP. misioneros. Con esta providencia ejecutada, regresaron aquellos indios y se incorporaron en la mision del Pirai; y los que fueron viniendo se repartieron entre Cabezas y Abapó, donde estuvieron un año entero; llegando el número de almas agregadas hasta á 500.

Pero temiendo los PP. conversores, que entre estos

indios y los de dichas misiones se levantase algun ruidoso alboroto, por la memoria que hacian de la guerra que estos les hicieron en el año de 1779 (*pág. 141*), hicieron otro recurso al mencionado regente-presidente de Charcas, y obtuvieron licencia para fundarles un pueblo á parte, donde viviesen solos; y este es él que se fundó en el mencionado sitio de Cáguua con el nombre de *Florida* por la amenidad de aquel lugar. Corrió con este inmenso trabajo el religioso misionero Fr. Francisco del Pilar, que se hallaba en la ciudad de la Plata sirviendo á los PP. misioneros, que á la sazón hacian mision en aquella ciudad; y para el efecto se le mandó pasar luego á practicar dicha fundacion, lo que obedeció puntualmente.

Se dió principio á esta mision el dia 12 de Noviembre de 1781, sin mas auxilios que el estipendio de 160 pesos por ochenta misas, que dió el Ilmo. Sor. D. Francisco Ramon de Herboso y Figueróa ya arzobispo de la Plata, y la limosna libre de 200 pesos, que dió el señor canónigo Dr. D. Manuel García: y se concluyó en 24 de Noviembre de 1782, en que se celebró la primera misa. Y para darle el último complemento, los señores de la R. Junta de aplicaciones en su auto de 24 de Diciembre de 1782 libraron primeramente mil pesos de las temporalidades, los 500 con el cargo de 250 misas: y despues por auto de 6 de Diciembre de 1783 mandaron se entregasen 2500; los 400 para el sustento de los dos PP. conversores; los 2000 para la compra de 300 vacas y 100 novillos, semillas y herramientas de trabajo silvestre; y los 100 pesos restantes para la paga del transporte de estos auxilios y de los varios ornamentos que mandaron entregar, con la obligacion de celebrar cincuenta misas por razon de estos cien pesos. Con estos socorros se pusieron en la estancia 370 cabezas de ganado vacuno, 12 mulas, 10 caballos y 20 potros: y se fué formalizando el pueblo, de modo que en el mes de Agosto de 1783 ya tenia ochenta casas, en las que habitaban noventa familias, que componian el número de 488 almas, de las

cuales ya se habian bautizado ciento cuarenta y siete párvulos, y los adultos se iban instruyendo y catequizando con mucho aprovechamiento.

Pero como la mutabilidad é inconstancia de esta nacion le son tan naturales como el color, aunque siempre mantuvieron los propósitos de hacerse cristianos, pero no la voluntad de perseverar en aquel pais. Sucedió pues, que el hermano y misionero Fr. Francisco del Pilar, siempre deseoso de que se propagase la fe católica en aquella nacion chiriguana, resolvió pasar á los pueblos de Mazavi, Igmiri y Tacurú, y fundar allí misiones á los que habian permanecido en aquellos lugares, para que no perecieran en su infidelidad. Ya tenia fundada la del Patrocinio de San José de Tacurú, y aquí empezó la tribulacion. Algunas familias de las que se hallaban domiciliadas en la Florida, se volvian á sus antiguos hogares, supuesto que allí tendrian tambien PP. misioneros, que los instruirian en la ley de Jesucristo. Tal es el atractivo de la propia patria. Para evitar estas salidas, y obligar á dichos indios á que se mantuviesen en la Florida, hubo quien se empeñase en impedir aquellas nuevas fundaciones. Pero este era un desatino, que llegando á los oidos de la R. Audiencia de la Plata, tiró luego á impedirlo con una R. Provision de 28 de Febrero de 1787, en la cual dió la mano á Fr. Francisco del Pilar, para que siguiese las gloriosas y plausibles empresas, que para el adelantamiento de dichas misiones tenia entre manos, y en adelante tendria para el logro de todos sus santos designios.

Esto proveyó aquel sabio tribunal; pero no dió medio alguno para que la mision de la Florida no se despoblara; y por esto, viendo aquellos indios, que ya habia mision en Tacurú, en Igmiri y en Zaypurú, y que ya se habia celebrado la primera misa en Mazavi, de repente y sin dar aviso á los PP. conversores, el dia 24 de Julio de 1788 dejaron todos la mision de la Florida, y se fueron á aquellos sus pueblos, sin quedar mas persona que el sacristan.

À vista de este suceso, y para que no se perdiera lo mucho que allí se habia trabajado, uno de sus PP. conversores, Fr. Joaquin Beltran, fué luego á la ciudad de la Plata, presentóse á la R. Audiencia, y habiéndole manifestado todo lo sucedido, obtuvo licencia de S. A. para que la desamparada mision de la Florida se poblase con los dos capitanes del Pirai y sus soldados que se habian ofrecido, y con cuantos quisiesen voluntariamente agregarse á ella. Con estos indios ya cristianos, y con otros que se fueron juntando, se pobló y formalizó otra vez aquella mision en el mes de Noviembre de 1788, cuyas almas serian entonces trescientas sesenta, poco mas ó menos.

Este pueblo, aunque pequeño, està bien formado con mucho desahogo. Desde su principio conservó la iglesia, que entonces se hizo de 32 varas de largo y 13 de ancho, de palos embarrados, muy aseada y proveida de ornamentos y vasos sagrados: pero ahora se acaba de fabricar otra de adobe de 43 varas de largo y 20 de ancho, cubierta de teja. À su lado està la casa habitacion de los PP. conversores bastante capaz, con patio grande, en que hay muchos naranjos dulces, y los cuartos y oficinas necesarias; y por ser el terreno húmedo, tiene una huerta para toda especie de verduras. La plaza està en cuadro; y en ella están la iglesia y casa de los Padres, las escuelas de los muchachos y muchachas, la ramada para los forasteros, y lo demas que en las otras misiones.

El temperamento no es tan malsano como el del Pirai; pero no por esto dejan de cargar el defecto del coto, que heredaron de sus padres. Su robustez, color, traje y costumbres, son las mismas que las del pueblo de su origen. Todos tienen sus chacras, y cogen los mismos frutos que en el Pirai. Desde su fundacion recibieron el santo bautismo 1227, de los cuales murieron 604; es á saber, 190 adultos y 414 párvulos: debian haber quedado existentes 623; pero con el trastorno pasado se hallan de menos cincuenta y tres. Todos los habitantes en este pueblo renacieron

en las aguas del bautismo, y su número total es de 570 almas; es á saber, de adultos cristianos de nueve años arriba 418, y de párvulos hasta los nueve años 152. No hay gentil alguno. Los matrimonios segun el órden de la santa Iglesia son 27.

À favor de la mision hay plantado un cañaveral de que se sacan mieles, aguardiente y algunas cargas de azúcar de buena calidad. Tiene tambien chacras de maiz, algodón, arvejas y otras legumbres para el socorro del pueblo: y para su subsistencia tiene dos estancias de ganado. Algunos particulares tienen tambien algunas vacas y animales, y tendrian mas, si no fuesen tan flojos. Los oficios concejiles y menestrales, enseñanza, administracion de sacramentos, cura de enfermos, y demas cosas políticas y espirituales, son lo mismo que en Pirai. Las escuelas van con formalidad; y los muchachos aprenden suficientemente la música y el canto.

Hablando generalmente de estas cuatro misiones de Pirai, Florida, Cabezas y Abapó, no puede pasarse por alto la fidelidad y prontitud, con que sus indios bien instruidos de sus Padres conversores han servido á su Magestad Católica, siempre que se ha pedido su asistencia para la defensa, no solo de las misiones vecinas de aquella Cordillera, cuando en ellas se ha observado algun movimiento ó peligro, sino tambien de los pueblos del Perú, particularmente en aquel tiempo peligroso de la revolucion y alzamiento de los indios rebeldes de estas provincias. Sus armas no son mas que el arco y flechas, y alguna lanza; pero las manejan con mucha destreza, y con ellas se hacen temibles. Su acometimiento es rápido, y su alarido llena de terror: su osadía intrépida, y la variedad de colores con que pintan ó desfiguran sus rostros los hace formidables. Tales son los Chiriguano en sus peleas. Habiéndose pues alzado los indios peruanos de estas provincias el año de 1781, fueron de las misiones de Abapó, Cabezas y Pirai (y tambien de los que hoy pueblan la Florida) ciento y ochenta indios á

favorecer á los españoles; y se portaron con tanto valor y lealtad, que el señor D. José Reseguín coronel de dragones, segundo comandante general, y comisionado por el Superior Gobierno de Buenos Aires para la pacificación de las provincias sublevadas del Perú, en su certificado fecho en la ciudad de la Plata en 26 de Diciembre de 1782 dice, que los indios de las misiones de Pirai, Cabezas y Abapó sirvieron fielmente en la última expedición de su cargo, dirigida á las montañas y á Choquetanca, á castigar á los indios rebeldes que se habian congregado en ellas, en la que desempeñaron su obligación con el mayor esmero y fidelidad. Para que así lo cumplieran, fué con ellos de capellán el Padre misionero y conversor de Cabezas Fr. Juan Pizarro, al cual dicho señor comandante general daba las órdenes, para que comunicadas por su conducto fuesen mas bien obedecidas. Algunos murieron en esta expedición, unos en los reencuentros, y otros con la peste de las viruelas de que muchos fueron tocados: pero todo lo sufrieron constantes por el amor que tenían al rey y á los españoles.



XI.

Fundacion de la mision de nuestra Señora de las Angustias de Centa, y lo que se trabajó en su conservacion.

AL trastornar toda la serranía, que divide el Gran Chaco del Perú, á distancia de noventa leguas de este Colegio hácia el S., y en los 23° 15' de lat., y 315° 45' de long., se fundó la mision de Nra. Sra. de las Angustias de Centa, á peticion de los indios Mataguayos y Vejoses que la componen ¹, y por orden y disposicion del gobernador y capitan general de la provincia de Salta, D. Andres Mestre. Fueron destinados para esta obra los PP. misioneros de este nuestro Colegio Fr. Manuel Concha y Fr. José Ocaña, los cuales entraron en ella el dia 13 de Setiembre de 1779 en compañía de D. Gregorio Zegada coronel de milicias, alcalde ordinario de primer voto de la ciudad de Jujúí, gobernador de armas en ella y sus fronteras, y comisionado por el mencionado gobernador Mestre

¹ Entre Mataguayos y Vejoses no hay diversidad alguna de fisonomia, idioma y costumbres; no son sino parcialidades de una misma nacion.

para esta fundacion, la que inmediatamente se puso en ejecucion á cuenta de la R. Hacienda. El principal objeto que se tuvo en esta obra, fué impedir las frecuentes invasiones que hacian los bárbaros á aquella frontera; y por esto, se gastò mucho, y se logró poco.

Por lo pronto hicieron en primer lugar una capilla interina, que consistia en una ramada decente, y en ella se celebró la primera misa el dia 21 del mismo mes de Setiembre, que está dedicado á S. Mateo apóstol: y al mismo tiempo se fabricó una casa estrecha y pobre, de palos embarrados y paja, para vivienda de los PP. conversores, entre tanto que se concluia lo demas. Luego se puso mano á la construccion de un fuerte de cuarenta varas de largo, otras tantas de ancho y cinco de alto, todo de adobe y con sus cubos correspondientes: y á los tres meses quedó concluido y guarnecido de algunos cañones, para defenderse de los enemigos del Gran Chaco, que cometian varias hostilidades; para cuyo fin se pusieron en él de guarnicion 24 soldados con su capitán; á este le asignaron 200 pesos anuales, y á cada uno de los demas 96 pesos por igual, y sus raciones.

Concluido el fuerte, se fabricó la casa habitacion de los PP. conversores en seguida ó junta á él, tambien de adobe, grande, con buenos cuartos y piezas para despensa y oficinas, y lugar para una huerta: y en seguida de esta se dejó sitio para fabricar con solidez una buena capilla ó iglesia, para la cual ya estaban provistos de los precisos ornamentos, vasos sagrados y una campana. Pero esta obra, que debia haberse emprendido sin demora alguna por la suma necesidad que habia de ella, anduvo muy despacio, porque ya no corrió á cuenta del Gobierno, sino de los PP. conversores, los cuales sobre ser muy pobres, y no tener mas que los doscientos pesos anuales cada uno, que se les asignaron para su mantenimiento, estaban sin maestro ó albañil que la dirigiese, sin oficiales y sin peones que les trabajasen de balde. Fué preciso valerse de la industria;

con ella, y con ahorrar lo posible de sus alimentos, fabricaron una iglesia de 40 varas de largo y 14 de ancho, con la pared de enfrente de adobe, y lo restante de palos firmes embarrados; la que estrenaron en el año de 1785. Estos fueron los principios de la plantificacion de este pueblo, y solo podremos añadirle la ranchería, que hicieron los soldados al rededor de la plaza, y nada mas; porque los indios no tenian mas que unas ramas de árbol plantadas en el suelo, y mal cubiertas por encima, sin órden ni aseo, como pasageros en este mundo.

Esta mision está distante del pueblo cristiano de Humaguaca 30 leguas, y 70 de la ciudad de Jujú: por el costado que mira al N. tiene el rio que llaman de Centa, en el cual entran los de Iruya, de San Ignacio y de San Andres, y abunda de pescado: por el S. á distancia de seis leguas de la mision, pasa el caudaloso rio que llaman del Bermejo, ó de Tarija (por venir ambos juntos), con el cual se incorporan los demas; abunda de muchas especies de pescados, y tambien de lobos marinos y caimanes: á la parte del O. se ven campos dilatados de bosques poblados de nogales, cedros, quebrachos, quinaquinas, lapachos, morales, palo blanco y amarillo, y otros árboles de mucha estimacion; y tambien de tigres, antas, jabalíes y otras fieras horribles. El terreno es fertilísimo, y muy apto para viña, arroz, trigo, caña dulce, maiz, garbanzos, algodón, ají ó pimientos, y cuanto se quiera sembrar ó plantar. El temperamento es muy cálido y húmedo, de que resulta ser muy enfermizo, y abundar de mosquitos, tábanos, víboras, alacranes, escuerzos, arañas venenosas y otras sabandijas.

Por tres partes está rodeada de infieles, y no lo son menos los indios que pueblan la misma mision. Por el N. está la nacion chiriguana; por el S. los Matacos; por el E. los Tobas; y por el O. están los cristianos de Humaguaca. Los indios que residian en el sitio de Centa, cuando se empezó á fundar la mision, entre adultos y párvulos, hombres y mugeres, apenas llegaban á cuatrocientos, de cuya

local perseverancia se tenia poca seguridad. Aun cuando los soldados, que acompañaron á los fundadores, dejaron los ranchos bien acomodados, que habian hecho al contorno de la plaza, jamas quisieron vivir en ellos, ni dejar sus ramadillas. En el año de 1795 se les pudo persuadir, que fabricasen sus casas de palos firmes y embarrados en el mismo cuadro que forma la plaza; pero á pocos años despues, ya lo dejaron arruinar, y volvieron á su uso antiguo, no por virtud, sino por ociosidad. Son aquellos naturales muy agrestes, sucios y dejados, amantes de la holgazanería, y solo se les puede hacer trabajar, dándoles bien de comer: su fisonomía es de mal gesto, su color negruzco y pálido; sus armas el arco, flechas, dardos y macanas; y su religion ninguna. Solas las tradiciones supersticiosas de sus antepasados sirven de regla á sus operaciones: y la firme creencia que dan á sus hechiceros, particularmente en sus curaciones y acontecimientos futuros, es la que se halla mas constante y firme, que la que se merecen las verdades evangélicas. No tienen constancia ni en sus matrimonios; hoy tienen una muger, mañana toman otra, ó se quedan sin ninguna: no está en uso entre ellos la poligamia, pero tampoco la indisolubilidad; si tienen hijos con alguna, con dificultad la dejan; y si la abandonan, corren peligro los hijos, porque ella en venganza del desprecio les quita la vida; y por este motivo se van aminorando estas naciones.

Entre estas gentes se hallaban los PP. misioneros con pocas esperanzas de que se aprovecharan en lo espiritual. Es verdad, que ellos pidieron se les fundase mision: pero tambien lo es, que no querian entrar en la vida cristiana. El toque de la campana, que los llamaba al rezo, al rosario ó á otros ejercicios de piedad, les servia de motivo para esconderse en algun rincon, ó para huir al monte. Los oficios de caridad, que los Padres ejercitaban con sus enfermos, los miraban como debidos y exentos de todo agradecimiento. El cariño y regalo con que trataban á sus hijos tiernos, no les servia de estímulo para hacerse mas agradables.

Para ellos, solas las comodidades temporales tenian alguna estimacion; y por esto los PP. conversores, con solo el fin de conservar y adelantar aquella mision, plantaron un gran cañaveral (de que se saca bastante azúcar), y varios limones, naranjos y otros árboles frutales; sembraron trigo, arroz, maiz y algunas legumbres; y todo el espacio que contenia todo esto, lo cercaron con un tapial muy fuerte y seguro. A mas de esto, hicieron en la misma casa una huerta bastante capaz, en que plantaron una viña y hermoso parral, cidros y naranjos dulces de excelente calidad; y siembran en ella varias hortalizas. Para el riego de todo lo dicho, toman el agua de una grande acequia, que corre cerca del pueblo. Y no se diga jamas, que en todos estos adelantamientos hubiesen tenido auxilio alguno ni del gobierno, ni de otros particulares: solos los misioneros lo trabajaron, tomando muchas veces ellos mismos el azadon y la pala para su cultivo; y si se valieron de sus indios, ellos los pagaron con la limosna de los sínodos, que les dió el Gobierno para sus alimentos, y con las que recogian por misas ú otras industrias: y con esto proveian la iglesia de las cosas necesarias, inclinaban á sus indios al trabajo, y socorrian las necesidades propias y las del pueblo.

Habiendo visitado esta mision el gobernador intendente de la provincia de Salta, D. Ramon García de Leon y Pizarro, con el empeño ó pretesto de facilitar y promover la educacion política y religiosa de sus indios, dispuso el año de 1794 fundar junto á ella una ciudad con el nombre de *Nueva-Oran*. Los PP. conversores manifestaron los graves inconvenientes que se seguirian de aquella proximidad; pero no fueron atendidos. Concluyóse aquella obra, y luego empezaron las conmociones de los bárbaros, las traslaciones de nuestros indios y las pesadumbres de los PP. conversores. Seria alargarnos mucho, si hubiésemos de referir por menor todos los sucesos que han ocurrido desde la fundacion de aquella nueva ciudad: pero es preciso decir algo;

porque aquí debe hablarse de la fundacion de otras dos reducciones que se desgraciaron, de los ingentes trabajos que padecieron los PP. misioneros, y de las continuas aflicciones en qué se han hallado hasta ahora, por causa de la Nueva-Oran.

Desde los principios del nuevo establecimiento, hubo grandes disensiones entre los colonos y nuestros indios. Estos mataron á un vecino de Oran porque les robaba el maiz de sus chacras; y en el año de 1798 los soldados mataron á dos indios; y por este motivo casi todos los de la mision se fueron á los bosques con ánimo de no volver mas á ella. Fueron los PP. conversores á alcanzarlos, y les persuadieron con eficaces exhortaciones á que se volvieran á su mision; pero despues de muchas diligencias é instancias solamente se pudo lograr, que vivirian en reduccion, con tal que la trasladasen á distancia de cuatro ó seis leguas retirada de los españoles¹. Con este fin pasaron algunos indios principales al Gobierno de Salta, y pidieron se les hiciera esta gracia, para evitar disensiones entre los unos y los otros: y habiéndoseles concedido, se determinó plantarles la reduccion á siete leguas de Oran hácia el Sud, y una legua antes de llegar al fuerte de Pizarro, á donde se habia trasladado el destacamento, que estaba antes en la mision. Pero, aunque esta determinacion era muy ventajosa á los indios Vejoses, por tener á solas dos leguas distantes á los de su nacion; á los indios Mataguayos se les hacia muy dura por no tener en aquel sitio quien les ayudase: y por esto resolvieron quedarse en su antigua mision de Centa, lo que fué preciso tolerar; y para que no se perdieran aquellas almas, que llegaban al número de 93, de las cuales las 41 habian ya recibido el santo bautismo, se quedó con ellos uno de los PP. conversores, para instruirlos y educarlos; y el otro pasó al lugar señalado para formar el pueblo de los indios Vejoses.

¹ V. Apéndice M.

Este, que en obsequio de la esposa del Sr. Pizarro llamaron de Zaldúa, estaba hácia el Sud, entre el rio que llaman de Santa Cruz ó de Santa María y el de Jujú, á las márgenes del rio de Tarija ó Bermejo, en los 23° 19' de lat. y en los 315° 53' de long., en una campiña que tiene dos leguas de largo y otro tanto de ancho en chaparral y monte ralo; terreno igualmente fértil que el de Oran y Centa, con buenos pastos para el ganado, y con abundancia de pesca en el vecino rio para los indios. Dióse principio á esta obra en el año de 1799. Ya se habian fabricado sesenta ranchos de palo y caña para los indios, y la casa habitacion de los PP. conversores, la cual tenia treinta y dos varas de largo, con su recibidor y dos cuartos, el uno de los cuales servia interinamente de capilla con puerta afuera; todo de palos firmes y embarcados, con techo de paja: y en el patio interior, que estaba cuadrado y cercado de palizada, tenia tres cuartos, el uno para despensa, el otro para cocina y el tercero para el cocinero. Ya se habian trasladado los indios Vejoses á aquel nuevo pueblo, y en ochenta familias que lo componian habia 427 almas, de las cuales habia 19 adultos y 34 párvulos que estaban con el carácter de cristiano. Ya habian estos sembrado sus chacras de maiz, calabazas, melones y sandías, cuando al crecer las aguas se desvaneció todo; porque las avenidas de aquellos rios inundaron todo aquel campo, se escapó toda la gente, y se perdió aquel pueblo en el mes de Marzo de 1800, y fué preciso volver á la mision antigua. De todos estos gastos, trabajos, fatigas y sudores inutilizados fué la causa la proximidad de la Nueva-Oran á la mision de Centa. La responsabilidad de todo esto no caerá jamas sobre los PP. conversores.

Viéronse otra vez juntos en la mision de Nra. Sra. de las Angustias los indios Vejoses y Mataguayos; y porque estos estaban mal avenidos con aquellos y con los de la Nueva-Oran, desearon trasladarse al Rio-Seco, donde

están los de su nacion. Ya el gobernador intendente de la provincia de Salta, Don Rafael de la Luz, estaba con muchas ansias de que se fundase mision en aquel lugar; y con esta ocasion se cumplió su gusto, y se dió satisfaccion al deseo de dichos indios: pero presto vieron el desengañio.

El lugar del Rio-Seco está tras la cordillera de Caiza al principio de los Llanos de Manso, retirado seis leguas de la serranía al E., á diez leguas del rio Bermejo y á diez y seis leguas del pueblo bárbaro de Itiyuru de indios Chaneses; á los 22° 44' de lat., y á los 315° 57' de long. Tiene una quebrada de agua salobre, pero en el mismo pueblo hay un ojo ó manantial de agua buena y suficiente para beber. El terreno es igualmente fértil que el de Centa: y á cuatro leguas hácia el E. está el Campo Grande, donde habitan los de la bárbara nacion mataguaya bajo el gobierno de dos capitanes ó caciques. En este lugar se fundó la mision con la advocacion de San Estévan de Rio-Seco, y se dijo allí la primera misa el dia 1 de Marzo de 1802. Todos los indios mataguayos, que habia en Centa, se pasaron á esta nueva mision, y se juntaron con los que vivian en aquel pueblo; y entre unos y otros serian como 400 almas repartidas en 40 familias.

El principal fundador de esta reduccion fué el R. P. Fr. Estévan Primo y Ayala comisario prefecto de misiones de este nuestro Colegio. Nada dió el Gobierno, fuera de los 400 pesos anuales que tenia asignados para el sustento de los dos PP. conversores. Todo el gasto que se hizo en esta grande obra salió de las limosnas, que dicho Padre habia adquirido en el tiempo que estuvo de conversor en la mision de Centa y de interinario en la Nueva-Oran, y de las industrias y trabajos de los primeros conversores y demas sucesores suyos. Con estos auxilios y arbitrios, fabricaron en aquel sitio la casa habitacion de los PP. conversores, de palos firmes y embarrados, de 21 varas de largo, con recibidor, dos cuartos y otras piezas en lo interior,

y con un corredor largo á la parte de afuera, y otro á la de adentro; y en el ínterin hicieron un pequeño oratorio muy aseado y bien proveido de ornamentos y vasos sagrados. Y para la subsistencia, socorro y manutencion de los indios, los mismos Padres proveyeron una estancia de ganado, en que tenian mas de 300 cabezas de vacuno, y una porcion de caballos, yeguas, mulas, burros, ovejas, cabras y cerdos; y tambien una buena chacra de maiz, y cada dia iban prosperando sus temporalidades. Con este socorro, que prometia á dichos indios grandes felicidades, parece debian haberse aprovechado mucho de las cristianas instrucciones, que diariamente les daban los PP. conversores: pero todo fué al contrario; porque esta adusta nacion es en extremo ingrata, y á los favores, que resultan para su bien, los tienen por agravios.

Llevados de esta su mala condicion, á principios de Febrero de 1804, se alborotaron estos indios, y quisieron matar á los misioneros P. Fr. Andres Caro y Fr. Martin Romero, religioso lego, que eran sus conversores. Faltóles á estos el espíritu para la resistencia, ó consideraron que era temeridad forcejar contra la corriente de una multitud indomable; y por esto procuraron escapar para salvar sus vidas; y los indios, valiéndose de la soledad, se aprovecharon á su gusto así del ganado de la estancia, como de los víveres y ropa que dejaron dichos misioneros en su precipitada fuga. Á poco tiempo llegó el dicho R. P. comisario prefecto á la mision de Centa; y mandó llamar á los principales indios de Rio-Seco, quienes prontamente comparecieron, no por respeto á su autoridad, sino por el antiguo conocimiento que tenian de su benignidad y buen tratamiento. Afeóles el atentado, los exhortó y persuadió la sujecion y respeto que debian á los que tanto trabajaban para su bien temporal y eterno, y despues de haberlos apaciguado, les dejó de conversor al P. Fr. Domingo Andres, el cual con su paciencia y buen agrado supo contenerlos nueve meses; y como tuvo precision de retirarse al

Colegio, entraron en su lugar los PP. Fr. Gonzalo Santiago Porras y Fr. Marcos Alejo Fernandez.

Pero, como los indios querian mas bien la vida libre y bárbara, que la religion y vida cristiana, miraban á los Padres con desprecio, los trataban con desvergüenza, no les hacian caso, ni querian asistir á la doctrina, de modo que viéndolos los misioneros tan indomables y atrevidos, entraron en temor de algun nuevo desastre: la soledad de aquel sitio, distante de todo otro pueblo que pudiese favorecerlos, les hacia mas patente el peligro: ningun aprovechamiento esperaban de aquellos indios, y por lo mismo, viendo que allí estaban de balde, hicieron algunos recursos á la Superioridad, manifestándole la ninguna utilidad que sacaban de aquellos perversos indios, y que para no trabajar ni gastar ociosamente el tiempo, seria conveniente dejarlos, ó arbitrar algun medio para socorrer á los que quisiesen aprovecharse. Visto todo esto por el gobernador, D. Rafael de la Luz, proveyó en 7 de Agosto de 1806 que se reuniese esta mision con la de Centa, pasando á ella todos los indios, que buenamente quisiesen: lo que se verificó á últimos de Setiembre del mismo año. Los Padres llevaron el ganado que habia quedado, y todas las cosas pertenecientes á la capilla y casa de su habitacion; y los indios mataguayos que fueron de Centa, los siguieron: pero á poco tiempo retrocedieron los mas al Rio-Seco, y solo se quedaron en Centa unas dos ó tres familias, que compondrian el número de 36 almas.

Aquí vemos frustradas las dos misiones de Zaldúa y Rio-Seco, y otra vez unidos los Mataguayos con los Vejoses en la mision de Ntra. Sra. de las Angustias de Centa, con pérdida de muchos indios y de no pocos caudales, ocasionada de la inmediacion de la Nueva-Oran, que no deja de perjudicar hasta ahora, y perjudicará hasta el fin, con harto dolor de los misioneros que tanto trabajaron.

No queremos disputar sobre las facultades que competen á aquel ilustre Cabildo de la Nueva-Oran; pero no sa-

bemos de donde le proviene aquella absoluta y despótica autoridad que se adjudicó sobre la mision y sus indios, y aun sobre los PP. conversores, en las cosas pertenecientes á su ministerio. Por esta injusta opresion, se ven estos con las manos atadas, y nada pueden adelantar ni en lo temporal ni en lo espiritual de sus neófitos y catecúmenos. Á esto se agregan los pleitos y recursos interminables á la Superioridad, y los infinitos disgustos y atropellamientos que los misioneros han de sufrir, por defender á sus indios y los derechos de la mision. Todo esto es sensible; pero no lo es menos el haber dejado á estos infelices sin un palmo de tierra para sembrar un grano de maiz, y á la reduccion sin un corral para el corto ganado, que adquirieron los Padres con sus sudores, para conservarla y adelantarla. Por esto se ven los indios precisados á hacer sus chacras en partes muy distantes, y el ganado anda disperso por aquellas campañas, mezclado con él de otros muchos, con riesgo de perderse ó acabarse de flaco. Tal ha sido el empuje que la Nueva-Oran ha dado á los progresos de la mision de Centa...

Los Mataguayos y Vejoses de nuevo reunidos y juntos en ella, como hemos dicho, no mudaron de mañas; y si no se les quita aquella costumbre, que siempre han tenido de ausentarse todos á los montes en los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre con el pretexto de coger la algarroba, jamas medrarán en la religion cristiana: porque allí viven á su libertad, se embriagan todos los dias, dan soltura á todas sus pasiones, se mezclan como animales sin temor ni vergüenza, riñen, pelean, se hieren y á veces se matan, ó por odios y venganzas, ó por celos y amores, ó por hacer alarde de su valentía; y con esto olvidan lo poco que habian aprendido, y se vuelven al mismo estado de su barbaridad; y por consiguiente se hallan todos los años en el principio de su conversion. Si á este desórden añadimos la poca aficion que tienen de aprovecharse en la doctrina y costumbres cristianas, sacaremos por consecuencia, que nunca

adelantarán un paso en la religion; y será mucho de temer, que vuelvan á sus antiguos usos y modales gentílicos, sin acordarse mas del cristianismo. Los PP. conversores se dedican diariamente á la enseñanza de la doctrina cristiana; están siempre prontos para administrarles los santos sacramentos; celan la paz y tranquilidad del pueblo; procuran evitar los escándalos públicos; visitan y socorren á los enfermos; auxilian á los moribundos; exhortan á los bárbaros que se bautizen; persuaden á todos á que trabajen, y se abstengan de la embriaguez y de los demas vicios: pero ¿de que aprovechará todo esto, si ellos no oyen, ni asisten, ni permanecen en la mision? Desde luego á tales indios les aprovechará poco ó nada: pero los PP. conversores ganarán mucho, si saben llevar estos trabajos y molestias con la debida paciencia y resignacion á la voluntad de Dios.

En el dia tiene esta mision 221 almas; es á saber, de cristianos adultos de nueve años para arriba 58, y de párvulos cristianos hasta nueve años 12: de gentiles adultos mayores de nueve años 124 y de párvulos hasta nueve años 27. No hay matrimonio alguno por la Iglesia. Este es todo el estado antiguo y moderno de esta mision de Centa; y ojalá se dignase el señor obispo de Salta tomarla á su cargo y agregarla á la Nueva-Oran.

XII.

Fundacion de las misiones de Tacurú é Igmirí; y lo que se trabajó en ellas.

VOLVAMOS á la Cordillera de los indios Chiriguanos, donde dejámos al apostólico Fr. Francisco del Pilar trabajando en la conversion de los infieles, que vivian en esta parte del rio Guapáy, en los pueblos de Mazavi, Igmirí, Tacurú y otros, como se insinuó en el § X (*pág. 168*). La empresa, en que se metió, era dificultosa por las muchas contradicciones, que le hacian algunos indios de perversas intenciones: pero Dios lo sacó bien de todo, y bendijo sus grandes trabajos.

El primero que se ofreció á recibir mision en su pueblo, fué el capitan Tembero de Igmirí (ó Iheemíri, segun su origen y uso antiguo): y con esto, fiado en su palabra, pasó el mencionado Fr. Francisco á la ciudad de la Plata, y solicitó de la R. Audiencia la licencia necesaria y socorros para fundar mision en dicho pueblo. Se le concedió la facultad, y la R. Junta subalterna lo socorrió con alguna plata de temporalidades; y habiendo hecho buena provision de ropas y otros efectos para empezar su obra, llegó con ellos al pueblo de Tacurú, inmediato al de Igmirí, á

mediados de Julio de 1786. Aquí se le trastornaron todas las ideas; porque el dicho capitán Tembero, seducido del malvado capitán Guaricaya, indio Chanes de Iti (del cual hicimos memoria en el § IV), no solo le faltó á la palabra, sino que resolvió irse tierra adentro y pegar fuego á las casas y maizes de los de su parcialidad, para que no le precisasen á cumplir lo que habia prometido; y así lo cumplió en el Setiembre inmediato. ¡Que desconsuelo para este religioso! Pero Dios, que consuela á los humildes y no deja burlados á los que esperan en él, prontamente le depuró otra fundacion, que lo habia de llenar de gozo.

Observó el capitán principal de Tacurú, llamado Güirapadiya, la afliccion en que se hallaba Fr. Francisco del Pilar, y de repente lo convidó que se quedase en su pueblo, y allí fundase mision para él y todos sus habitantes. Admitió la oferta muy gustoso, y sin pérdida de tiempo empezó á trabajar en Tacurú la capilla y casa habitacion de los PP. conversores; y aquí se enfureció el infierno para estorbar esta obra, que lo habia de despojar de la posesion que tenia de aquellas almas infelices. Levanta la voz el capitán Chaque, y se opone á aquella fundacion; se le resiste el capitán Güirapadiya; se pone en movimiento el pueblo; se arman los soldados de ambos capitanes con arco y flechas para entrar en pelea; y al tiempo que iban á romper la lid, se puso de por medio dicho Fr. Francisco, exhortándolos con espíritu apostólico á que dejaran las armas y se pudiesen en paz; y fué tanta su eficacia, que al instante se aplacaron, y sin contradiccion alguna pudo proseguir su obra y entablar la mision. Habiendo, pues, concluido la capilla y casa, fué el P. Fr. Francisco Mendiola, que se hallaba en el Pirai; bendijo la capilla, dándole por titular el Patrocinio de San José, cuya imagen colocó en el altar¹;

¹ En 1853 habiéndose construido una nueva iglesia, quedó dedicada á Nra. Sra. la Purísima. La primitiva Cruz erigida por nuestros misioneros hasta hoy existe en medio del cementerio.

y celebró la primera misa con regocijo de todo el pueblo el dia 21 de Setiembre de 1786, haciéndose desde entonces cargo de aquella mision así en lo espiritual, como en lo temporal y político.

Esta mision del Patrocinio de S. José de Tacurù se halla situada en los 19° 28' de lat., y en los 316° 2' de long.; dista 19 leguas de la de Abapó hácia el Sud; está en una cañada abierta; tiene poca agua, y esta bastante salitrosa ¹, la cual corre por una quebrada cerca del pueblo; pero á distancia de media legua hay un manantial de agua buena. Por todas partes está rodeada de bosques; y en estos hay muchos tigres y fieras, víboras y otras sabandijas, como en las demas misiones de todo el continente. Su temperamento es ardiente, seco y sano: la tierra fértil, y produce buen algodón, maíz, alubias y otras legumbres, y varias hortalizas. La capilla está muy aseada, y tiene los suficientes ornamentos y vasos sagrados: y el pueblo, aunque pequeño, está bien ordenado, así en la colocacion de las casas, como en las escuelas, oficios concejiles y lo demas que se observa en las otras misiones. Los indios son de buena condicion.

En su principio apenas tenia 204 almas, todas de la nacion chiriguana y gentiles, menos ochenta y tres párvulos, que habia bautizado el hermano Fr. Francisco, antes que allí hubiese sacerdote. À los dos años de su fundacion ya eran sus habitantes 320, y de ellos habia cien bautizados: al año siguiente de 1789 ya contaba 340 individuos, y el número de cristianos era mas crecido. Así iba cada año en aumento: pero en él de 1791 todo se desgració; porque habiéndose suspendido las aguas, se empezó á padecer la seca y hambre general, y de mas á mas les entraron las viruelas; y con estos motivos se fueron muchos á otras partes, otros murieron y el pueblo quedó con muy

¹ Por este motivo los indígenas dan á este pueblo el nombre de *Iheguasú*.

poca gente. Duró esta calamidad dos años, y en él de 1793 volvió á reunirse la que andaba dispersa, y se juntaron en el pueblo 311 personas; y desde entonces se fué multiplicando y perfeccionando así en lo temporal, como en lo espiritual: de modo que en el año de 1800 ya tenia 438 almas, de las cuales solamente 62 adultas eran bárbaras. Al presente es su número total de 715, es á saber; de cristianos adultos 249, de párvulos 430, de gentiles adultos 30 y de párvulos 6. Los matrimonios segun el órden de la santa Iglesia son 95. Desde el principio de su fundacion hasta ahora, se bautizaron en este pueblo 1233, de los cuales murieron 500; esto es, 180 adultos y 320 párvulos.

Mision de Igmirí.

À dos leguas cortas de Tacurù hácia el N., en los 19° 26' de lat., y en los 316° de long., está el pueblo de Igmirí, donde el mencionado misionero Fr. Francisco del Pilar, quiso primero fundar mision, por la promesa que le habia hecho el capitan Tembero: mas, como este perverso indio hubiese pegado fuego á los ranchos y píroas ó graneros de maiz de los de su parcialidad, y se hubiesen huido todos tierra adentro por no ser cristianos, perdia dicho religioso las esperanzas de conseguir sus deseos. Él veia que en aquel pueblo no habian quedado sino seis casas vacías junto á la plaza, y que solo habia doce ranchos con gente, á medio cuarto de legua. Por otra parte le faltaban los auxilios para esta empresa, porque ya los habia consumido casi todos en la fundacion de la mision de Tacurú. Sin embargo, movido del celo de la fe y confiando en la divina providencia, luego que se estrenó la capilla del Patrocinio de S. José de Tacurú, se partió para Igmirí, púsose á construir capilla y casa para la habitacion de los PP. conversores, concluyó estas obras con mucha paz, y luego Dios fué llamando á los que habian de formalizar á aquel pueblo. Muchos de los indios que se habian huido con su capitan Tembero,

arrepentidos de haberlo seguido, se iban volviendo á sus propios hogares; á estos se les agregaban otras familias de los lugares vecinos, y juntos formaron un número considerable. Ya el hermano Pilar con sus diligencias habia adquirido los ornamentos y otros utensilios precisos para dar principio al culto público que se debe á Dios; y viniendo de conversor el P. Fr. Francisco Ricart, bendijo la capilla, dióle por titular á Nra. Sra. de Guadalupe, cuya imagen colocó en el altar, y celebró la primera misa en el dia 18 de Setiembre de 1787, y quedó corriente esta mision.

La R. Junta de temporalidades favoreció á esta mision con 800 pesos, que libró para poner una estancia de ganado; y la proveyó de ornamentos y otras cosas útiles para el adorno de la capilla. Tambien se concedió á sus PP. conversores la limosna anual acostumbrada de 200 pesos á cada uno para sus alimentos; y con lo sobrante procuraban surtir la mision de las cosas necesarias, así para aliviar y contentar á los indios, como para el culto divino. Pero les faltó la mitad de este socorro en los cuatro años corridos desde 1791 al 94, que fueron los mas calamitosos por el hambre y viruelas que padecieron. En todo este tiempo no dieron mas que cien pesos á cada conversor; y como estos no alcanzaban para sus precisos alimentos en aquella soledad, donde nada habia, todos padecieron indecibles trabajos.

Este pueblo está situado en una llanada no muy distante de la serranía, y abierta por la parte del E., rodeada de lomas montuosas, desde las cuales se divisan los cerros de la mision de San José de Chiquitos. Su clima y terreno es como él de Tacurú: tiene cerca una quebrada de agua algo salobre, que en tiempo seco se retira; pero á media legua tiene un manantial de agua dulce, muy delgada y bastante copiosa. Esta escasez de aguas permanentes en estas misiones de la banda del Guapáy al S., hace notable atraso á los ganados; pues no pueden criarse muchos, por falta de pastos.

No cesan los PP. misioneros de trabajar así en lo temporal, como en lo espiritual. Cuidan de que la mision tenga

sus chacras de maiz y demas utilidades de algodón, alubias, cera y otros arbitrios para mantenerse y costear los gastos que ocurren. En estos últimos años hicieron nueva iglesia y casa habitacion de los Padres con grandeza, renovaron el pueblo, edificaron escuelas para los muchachos y muchachas, aumentaron los ornamentos de iglesia, é hicieron otras cosas memorables. En la nominacion de oficios concejiles, en la educacion y enseñanza de los indios párvulos y adultos, en el socorro y asistencia de sanos y enfermos, y en los demas ejercicios espirituales y obras de servicio, se conforman con las demas misiones. Los indios tienen las mismas propiedades, que los demas Chiriguano, y por esto van sus progresos con mucha lentitud.

Desde su fundacion recibieron el santo bautismo 1133, de los cuales murieron 368; es á saber, 70 adultos y 298 párvulos. Al presente tiene esta mision 1081 almas, en esta forma: de cristianos adultos de nueve años para arriba 250, de párvulos hasta nueve años 370; de gentiles adultos 369, y de párvulos hasta nueve años 93. Los matrimonios segun el órden de la santa madre Iglesia son 86.

XIII.

Fundacion y progresos de las misiones de Zaypurú y Mazavi; y lo que nuestros misioneros trabajaron en ellas.

A tres leguas de la mision del Patrocinio de San José de Tacurú hácia el S., en los 19° 31' de lat., y en los 316° de long., se fundó por el espresado Fr. Francisco del Pilar la mision de S. Antonio de Padua de Zaypurú, en terreno llano, descampado, fértil, y que puede dar los mismos frutos que las antecedentes. Á distancia de una cuadra hácia el O., baja una quebrada de agua (que en tiempo seco es muy escasa), la cual por venir y pasar por manantiales calientes, mineral de alcaparrosa y muchos cañares, es muy insípida y de mal gusto; pero puede cogerse de mas arriba, donde le entra otra agua buena para beber.

Fundóse esta mision con un espíritu violento y arrebatado; y ninguno hizo oposicion á ella, porque el pueblo estaba desamparado de sus habitantes. Fué el caso, que el señor gobernador intendente de la provincia de Cochabamba, Santa Cruz de la Sierra y sus pertenencias, D. Francisco de Viedma, movido del celo que tenia de la conversion de estos infieles á la fe católica, y hallándose de visita en la

ciudad de Santa Cruz, entró á visitar aquellas misiones de nuestro cargo, y pasó en persona hasta este pueblo bárbaro de Zaypurú, acompañado de varios sugetos distinguidos de aquella ciudad y del P. conversor de Abapó, Fr. Pedro Leon de Santiago, quien lo proveyó de todo lo necesario. Se debe confesar, que el miedo que tenia este caballero era mayor que el deseo que tenia de adquirir algun mérito con esta entrada. Llegó pues á este pueblo, donde los indios con su capitan Maruama lo recibieron armados con sus arcos y flechas, como acostumbran hacerlo por honor, siempre que entran personas de carácter. Procuró agasajarlos con algunos regalillos: pero viendo que no querian recibirlos, rezeló de ellos alguna traicion; y dejándose llevar de sus aprensiones, fomentadas con algunos dichos y pareceres de algunos de su compañía, tan cobardes como él, se retiró prontamente; pues, le parecia que ya los indios iban á caer sobre él, cuando se estuvieron muy quietos.

Mas con todo esto, preocupado aquel gobernador con la triste idea que se habia formado, se retiró muy sentido: y empeñado en plantar mision en aquel pueblo, envió una gran porcion de soldados milicianos bien armados, acompañados de muchos indios de Pirai, Cabezas y Abapó con sus flechas, para que en el caso de que Maruama y sus indios se resistieran al establecimiento de la mision, defendiesen y auxiliasen á los religiosos misioneros que quisiesen residir en ella: para cuyo efecto les ordenó, que en aquel lugar fabricasen un fuerte, y se quedase de fijo en él un destacamento de soldados. Ya se hallaba toda esta tropa en Opabuzu, que solo dista trece leguas de Zaypurú; y rezelando el capitan Maruama alguna violencia, mandó á sus indios que pegasen fuego al pueblo y se huyesen todos. Así lo cumplieron en el mes de Octubre de 1787. Estos son los efectos que producen las providencias violentas y arrebatadas: pero Dios se valió de ellas para agregar al cuerpo de su Iglesia á aquellos miserables indios, que movidos de un temor pánico huian de la luz, para mas abismarse en sus tinieblas.

Llegaron al fin dichos soldados á aquel pueblo solitario y destruido, é hicieron prontamente un fuerte de fagina (el cual intitularon de *San Carlos*) con cuatro espingardas en las cuatro esquinas. Entre tanto el hermano Fr. Francisco del Pilar, con los indios de la parcialidad del indio Canderugua (á quien el señor gobernador Viedma honró con el baston de capitan), y otros que juntó de Tacurú y Mazavi, principió y concluyó la capilla y casa para la habitacion de los PP. conversores, de muy poca subsistencia: y sin embargo de que no se tenian las cosas necesarias para el santo Sacrificio, el P. misionero, Fr. Angel Agrimbau, celebró allí la primera misa con ornamento prestado, el dia 21 de Abril de 1788, dando á aquella capilla el título de Ntra. Sra. de la Capilla, por condescender á la peticion que habia hecho el mencionado gobernador D. Francisco de Viedma, quien ofreció mandar traer un retrato de la imagen de Ntra. Sra. que bajo ese título se venera en Jaen su patria: pero, como dicho retrato no vino jamas, habiéndose edificado otra iglesia, se le dió el título de San Antonio de Padua; y este es él que conserva hasta el presente¹.

Plantada ya la mision con todo sosiego, fueron viniendo los indios con sus familias, sin que nadie los violentase, de modo que al año ya se habian congregado treinta y cuatro familias, y entre ellas la del capitan Maruama, y cada dia se fué aumentando mas el pueblo con no poco aprovechamiento. Al presente se cuentan en él 1318 almas en esta forma: los cristianos adultos de nueve años para arriba son 340, y los párvulos hasta nueve años son 605; los gentiles adultos de nueve años para arriba son 373, y no hay párvulo alguno sin bautismo. Los matrimonios segun el orden de la santa Iglesia son 85. Desde el principio de su fundacion hasta ahora recibieron el santo bautismo 1625; de los

¹ Esta iglesia algunos años despues sirvió de baluarte á los patriotas, en las guerras con los realistas. Quedó derribada; y en estos últimos años habiéndose fabricado otra, se dedicó á S. José.

cuales murieron 80 adultos y 490 párvulos, que son por todos 570. Segun esta cuenta habian de haber quedado vivos 1055; y no siendo mas que 945, es visto que los 110 que faltan, llevados de su mutabilidad, se fueron á vivir en otros lugares. La presencia, robustez, traje, armas, vicios y costumbres de los indios de esta mision, son como las de las antecedentes, y con ellas se conforman los PP. conversores en la nominacion de los oficios concejiles, escuelas, enseñanza, y demas distribuciones espirituales y temporales.

Aunque los indios y PP. misioneros han sido siempre pobres y faltos de auxilios, sin embargo con lo sobrante de los sínodos anuales ó limosna que les ha dado el Gobierno para sus alimentos, y con las propias industrias, han procurado mejorar y adelantar las temporalidades de aquel pueblo. Como las obras, que se hicieron en el principio, eran como interinas, de poca subsistencia y de mucha incomodidad, los PP. conversores, con solos sus indios (á quienes ellos mismos enseñaban los oficios mecánicos), despues de algunos años, hicieron la iglesia y casa de su habitacion nuevas, espaciosas, capaces y de buenos materiales; pusieron el pueblo en buen órden, dejando en medio una plaza magnífica y cuadrada, é hicieron en ella las escuelas para los muchachos y muchachas, las cuales están muy bien ordenadas.

À favor de la mision se siembran las chacras de maiz, arroz y legumbres; y porque los frios suelen ser allí mas fuertes, no se planta caña dulce. Las repetidas obras que se hicieron, las varias plagas que hubo, la horrible hambre que se padeció, y la escasez de pastos y territorio proporcionado para el ganado, han sido la causa de que este no se haya aumentado. Sin embargo, en el dia tiene 135 cabezas de ganado vacuno, de caballar 9, de mular 7, de ovejuno y cabrío 58. Nunca falta la carne fresca para los enfermos; y cuando no se ha podido matar de la estancia, se mató del ganado ovejuno que se tiene en el pueblo, ó de las gallinas que se crían en casa.

Mision de Mazavi.

Aun antes de ocuparse en la fundacion de la mision de Zaypurú, el fervoroso hermano Fr. Francisco del Pilar iba solicitando con todo empeño la reduccion y conversion de los indios de Mazavi, que está á distancia de seis leguas de aquella mision hácia el N., y en los 19° 24' de lat., y en los 316° de long. Se halla este pueblo en medio de unos cerros al pié de la cordillera, en partes bastante elevada: su temperatura es ardiente, seca y sana: no tiene mas agua que la que sale de un manantial bastante escaso, distante media legua del pueblo: tiene el terreno varias rinconadas, donde la mision y los particulares siembran maiz, y lo demas que en las antecedentes, menos caña dulce por falta de humedad: y en sus inmediaciones tiene mucho monte, pero las maderas buenas son pocas. Por la falta de agua son muy limitadas las tierras para estancias de ganado mayor; y no lo fueran, si los españoles, que se hallan en las inmediaciones, no las ocupasen.

Para reducir á la fe á los indios de este pueblo, costó no poco trabajo; porque la semilla diabólica, que habia sembrado en aquel lugar el Dios fingido (de quien hablamos arriba, tratando de la mision de Abapó) echó muy profundas raizes, y era muy difícil arrancarla de unos corazones tan supersticiosos. Así como entonces procuraban los misioneros persuadir á los Abapeños, que no creyesen en aquel Dios adventicio, porque era un engañador; del mismo modo el capitan Caburey de Mazavi persuadia á los suyos, que no creyesen al hermano Fr. Francisco del Pilar, porque era un embaucador. *Huid*, les decia, cuando iba á su pueblo, *huid todos, ó echad á ese gran brujo embaucador, porque os ha de engañar con sus embustes*. Sin embargo de estos dicterios, no desistió este religioso de su empeño. Él repetia las visitas y las instancias, para que se hiciesen cristianos; y pudo tanto su caridad, su paciencia y su per-

severancia, que al cabo les persuadió que admitiesen mision en su pueblo.

En efecto, á principios del año de 1787 el mismo capitán Caburey con su hermano llamado Anderesi y otros indios de aquel pueblo, acompañados del mismo apostólico hermano Pilar, fueron á la cercana mision de Tacurú, y suplicaron á sus Padres conversores Fr. Francisco Mendiola y Fr. Francisco Ricart se dignasen fundarles mision en Mazavi, porque ya habian resuelto hacerse cristianos. Se les concedió prontamente lo que pedian, y habidas las licencias necesarias de la R. Audiencia y Gobierno del distrito, sin pérdida de tiempo fué el dicho Fr. Francisco del Pilar á Mazavi, y puso manos á la obra, la que empezó en el dia 4 de Agosto, sin contradiccion alguna; y en el dia 3 de Octubre del mismo año ya tuvo concluida la capilla y casa para los PP. conversores.

Mientras estos iban de este Colegio á trabajar en los dos nuevos pueblos de Zaypurú y Mazavi, partió dicho Fr. Francisco á la ciudad de la Plata para proveerse de los ornamentos y demas cosas que necesitaba. Consiguiólo todo de la piedad de los fieles: vino con ellos, y los repartió á los respectivos PP. misioneros, que ya habian llegado con inmensos trabajos; y al que vino destinado para Mazavi le entregó una imágen de talla de San Rafael arcángel, encargándole que al bendecir la capilla, lo nombrase de patron y titular, por ser esta la voluntad del señor prebendado que la dió. Todo se cumplió el dia 24 de Junio de 1788, en que su primer P. conversor Fr. Mateo García bendijo la capilla, le dió por patron y titular á S. Rafael arcángel, y cantó con mucha solemnidad la primera misa con asistencia de otros PP. misioneros, de cuatro ó cinco capitanes del pueblo con su gente, y de casi todos los moradores del pueblo inmediato de Igmirí, con universal regocijo de todos.

Puesto este P. misionero en este pueblo, pobre y destituido de todos los auxilios, no tuvo que pensar sino en buscar arbitrios como poder adelantarle en lo espiritual y tem-

poral. El número de almas que halló eran pocas; pero al mes cabal de haber dicho allí la primera misa, ya tuvo á toda aquella multitud, que se escapó de la mision de la Florida donde habian puesto su domicilio, para vivir y ser educados en los rudimentos cristianos en el lugar de su nacimiento (*pág. 168*). Ellos estaban gustosos, asistian al catequismo, vivian sujetos á las órdenes del P. conversor; y este hallaba todo su consuelo en aquellos pobres neófitos y catecúmenos. Solo le afligia la miseria en que se hallaba; pero, esta jamas ha desanimado á nuestros misioneros, porque ellos han sabido estar hambrientos, para que sus indios comieran, y han vivido casi desnudos, para vestir su altar y proveerlo de ornamentos y alhajas, hasta tenerlo con toda decencia. Así lo practicaron todos los que han dirigido y administrado esta mision, y con esto han hecho los posibles adelantamientos.

Ocho años sufrieron la incomodidad de una casa y capilla, que por haberse fabricado muy de prisa, continuamente amenazaban ruina: no tenian socorro alguno, pero tuvieron industria, y con ella emprendieron la fábrica de una nueva capilla, casa y escuelas, que concluyeron en el año de 1795; y despues se renovaron con mayor firmeza y perfeccion, ayudando los indios y las indias con mucho gusto. La iglesia, que tiene bastante ámbito, está bien aseada y proveida de los ornamentos y vasos sagrados de plata, suficientemente; la casa es muy capaz, y tiene los cuartos y oficinas necesarias dentro de un patio espacioso; y una y otra forman uno de los cuatro lienzos de aquella gran plaza, que da el ser á todo el pueblo. En otro lienzo se fabricaron las escuelas para la instruccion de los muchachos y muchachas, cuya asistencia y aprovechamiento en doctrina, música y canto, y en lo demas que allí se les enseña, se asemejan á las de las cuatro misiones de la otra banda del rio Guapáy. Ninguna de estas obras es de adobe, excepto la pequeña torre de las campanas; pero todas están firmes y con buena proporcion.

Desde la fundacion de esta mision hasta ahora, recibieron el santo bautismo 1862, de los cuales murieron 954; es á saber, 165 adultos y 786 párvulos. Debian haber quedado 908, pero ha sido mucho mayor la ganancia por las ordinarias mudanzas de los indios. En el dia consta este pueblo de 1721 almas en esta forma. Los cristianos de nueve años para arriba son 944, y los párvulos hasta los nueve años son 576, que juntos componen el número de 1520; los gentiles adultos son 194, y los párvulos hasta nueve años son 7. Los matrimonios segun la santa Iglesia son 304.

Estos indios son de igual presencia y robustez, que los de Abapó: su vestido es el natural de su nacion, escepto algunos pocos que visten á lo español: y sus armas, habilidades, vicios y costumbres son las mismas que las de los pueblos antecedentes; y en la misma conformidad que aquellos, son gobernados en lo espiritual y político.

XIV.

Fundacion de las misiones de Iti y Tayarenda, y trabajos en su conservacion y aumento.

EL celo de la salvacion de las almas era el fuego que abrasaba el corazon del apostólico Fr. Francisco del Pilar, y el primer móvil de sus acciones, todas enderezadas al aprovechamiento espiritual de sus prójimos y á la mayor gloria de Dios. No sabia descansar su corazon en esta solicitud: no bien acababa de fundar una mision, ya pensaba en fundar otra; y para su empresa no le acobardaban las contradicciones, peligros ni dificultades; porque, firme siempre en la confianza en Dios, hallaba todo socorro en su admirable providencia. Desde el año de 1784 (ò por mejor decir, desde el año de 1767, en que acabó de fundar la mision de Acero), vivia con deseos vehementes de que se fundase mision en la cañada de Iti, donde vivian muchos indios bárbaros de feroz condicion, así chaneses como chiriguanos, y otros que con el pretexto de guardar los ganados de aquellas inmediaciones, siendo de profesion cristianos, vivian tan desarreglados como los bárbaros.

Estos deseos, por lo mismo que se le diferian, cobraban

mas fuerza: y por esto, habiendo entregado la mision de Mazavi al P. misionero Fr. Mateo García, inmediatamente procuró solicitar los medios para conseguir aquella nueva reduccion. A este fin consultó la empresa con el teniente coronel de las milicias de la frontera de la Laguna, D. Diego Velasco, con el subdelegado del mismo partido, D. José Manuel de Arredondo, y con el señor D. Fray José Antonio de San Alberto, arzobispo de la Plata; y todos se la aprobaron, y se ofrecieron á cooperar á sus designios, aunque no todos concordaron en los medios; porque, el señor teniente coronel era de parecer, que á unos indios tan perjudiciales y perversos se les debia sujetar con violencia y á fuerza de armas: pero el señor subdelegado juzgaba por mejor medio la suavidad y blandura. Ambos presentaron sus escritos á la R. Audiencia de la Plata; y habiendo esta pedido á Fr. Francisco que diese su parecer, dijo que le parecia seria mejor usar de la suavidad; y concluyó diciendo: *Espero en Dios conseguir la conversion de aquellos indios por medios suaves solamente.* Este fué el parecer que adoptó el señor fiscal, y con él se conformó el tribunal en su decreto de 22 de Noviembre de 1788. Con esto, salió en alas de su confianza para el pueblo de Iti, sin religioso alguno para su consuelo, sin un donado para su compañero, y sin mas resguardo que la proteccion divina: porque, aunque el señor subdelegado le ofreció veinte y cinco soldados para que lo resguardasen, no quiso admitirlos; y solo llevó consigo al capitan D. Lucas Cabrita del partido de Sauces, y á los peones necesarios para edificar la casa y capilla. Con éstos entró en Iti el dia último de Diciembre de 1788.

Hallábase en aquel pueblo el perverso capitan Guaricaya, enemigo tenaz del cristianismo; aquel mismo, que en Pilipili y Acero se opuso al mismo Fr. Francisco, y le dió tanto que sentir y padecer para la gloria de Dios: este, que se mantenía siempre rebelde á la luz y huía de sus resplandores para vivir como animal nocturno en las

tinieblas de su infidelidad, se hallaba y mandaba en Iti, cuando llegó aquel apostólico varon en busca de su alma perdida. Al verle, se conmueve toda la gente, salen todos á la novedad, preséntase Guaricaya con su hermano Chinanda, mira con mal gesto á quien tenia por su enemigo, penetra sus intentos y le pregunta: *¿A que vienes aquí?* Y el varon de Dios con ánimo intrépido le dijo: *Traigo orden de la R. Audiencia y del señor Arzobispo de Chuquisaca, para que haga aquí una capilla para los pobres cristianos españoles que hay en estas inmediaciones, y para los indios que quisieren hacerse cristianos.* Esta fué una lanzada que le penetró el corazon. No ignoraba aquel bárbaro cuanta era la autoridad y poder de la R. Audiencia y del señor Arzobispo de Charcas; y por esto disimuló por entonces su sentimiento, y le señaló el sitio, algo separado del pueblo, donde hiciese la capilla. Inmediatamente plantó Fr. Francisco el estandarte de la Cruz en aquel mismo lugar, y fué previniendo con sus peones los palos y maderas para la construccion de su casa y capilla. Esta accion fué para que se enfureciese el abismo: al momento se conmovió todo el pueblo, se irritó Guaricaya, y todos los indios encolerizados deshiciéron y derribaron sus propias casas, cargaron con los palos y paja de que estaban hechas, y se pasaron todos á la otra banda del río, donde se hicieron un pueblo nuevo. El hecho fué temible; pero Fr. Francisco no dejó por esto de seguir su proyecto: él prosiguió su obra, levantó su casa y capilla de palos embarrados, como acostumbraba, y no deseaba otra cosa, sino que fuese un sacerdote, que esperaba, para dar principio á la conversion de aquellos indios.

El sacerdote destinado era el P. Tomas Anaya, antiguo colaborador del mismo Fr. Francisco en la trabajosa conquista de Pilipili y Acero. Tuvo que detenerse tres meses en Chuquisaca, y solo á fines de Marzo de 1789 pudo ponerse en camino con el hermano lego Fr. Manuel Dávila para juntarse con el hermano Pilar en Iti, ignorando aun

lo que le habia acontecido á este en su entrada. Llegaron pues los dos religiosos al pueblo de la Laguna, pasaron con el subdelegado Arredondo al curato de Sauces; y como este supiese allí lo sucedido en Iti, y la obstinacion con que el capitan Guaricaya se oponia á la propagacion de la fe, mandó prontamente juntar veinte y cinco soldados, para que resguardasen á dichos religiosos; y al mismo tiempo hizo-comparecer á Guaricaya, lo prendió y mandó ponerlo con otros indios en la cárcel de la Laguna, donde estuvo mas de nueve meses. Quitado este embarazo, fueron dichos religiosos á Iti; y despues el mismo subdelegado pasó personalmente á aquel pueblo, y hallándose allí presente, bendijo el P. Anaya la capilla, dióla por titular á Nra. Sra. de la Candelaria, colocando en ella su imagen, que dió el mismo subdelegado, y celebró la primera misa en el dia 30 de Abril de 1789. Pero no tenian todavia seguridad, por los peligros que amenazaban.

Con la prision del capitan Guaricaya y de los demas indios (que eran dos hijos suyos, su hermano Chinanda, un hijo de este y otros cuatro mas que los acompañaron), se alborotaron los que quedaban en Iti, y se temió una violenta irrupcion. Levantó la voz otro hermano de Guaricaya llamado Chiriyu y se hizo cabeza de su pueblo; juntó á toda su gente armada, cercaron la casa en que estaban los tres religiosos y los seculares que los acompañaban; temian estos que dentro de poco tiempo iban á ser víctimas de su furor, pero saliendo Fr. Francisco de su choza se acabó toda la tempestad, porque supo como otro Moises con sus palabras apacibles aplacar la furia de aquellos monstruos. Hablóles con suavidad, hízoles evidencia de los inevitables peligros á que los conducia su temeridad, y en un momento, calmó toda aquella tormenta; porque siempre es verdad, que la respuesta blanda quebranta la ira. Fué tambien el P. Anaya á la otra banda del rio; entró en el nuevo pueblo que habian formado, para apaciguar á los indios resentidos, y usando del mismo medio de blandura, no solo consiguió

que se aquietasen, sino tambien que fuesen poco á poco trasladando sus ranchos á donde estaba la capilla. Con todos estos riesgos, trabajos y peligros, se dió principio á esta mision de Nra. Sra. de la Candelaria de Iti. Luego veremos sus progresos.

Se halla esta mision en los 19° 22' de lat., y en los 315° 15' de long. Á distancia de 25 leguas hácia el E. tiene á la mision de S. Antonio de Zaypurú, y á las 12 leguas hácia el S. O. está la parroquia de Sauces. Su situacion está al fin de una quebrada, por la cual pasa un rio, que por ser muy arenoso, la mitad del año trae poca agua; pero se halla dentro de la misma arena. El temperamento es ardiente en verano, pero en el invierno se experimentan algunas heladas, por cuyo motivo se les pierde el algodón. El terreno es muy fértil y produce maiz, arroz, alubias y otros granos.

Los indios son de nacion chanesa, siempre perversos y amigos de su libertad. Tambien se les han agregado muchos indios, ya de otras misiones, ya de la barbaridad para vivir á su gusto; pues, allí no piensan en otra cosa, despues de sus siembras, que en beber, jugar y dar soltura á sus apetitos. Tan lejos están los mas de hacerse cristianos, que aun en la hora de la muerte lo repugnan; y cuando el P. conversor ya tiene persuadido á alguno que reciba el santo bautismo, van otros á disuadirlo: cuando va á visitar á los enfermos, se los ocultan, aunque sean párvulos inocentes, para que no los bautize: y si alguna vez ha querido ir á apaciguarlos cuando han estado de riña en sus bebidas, no han reparado en ponerle las manos y estropearlo; de modo que para contener y castigar sus insolencias, ha sido preciso alguna vez llamar á los soldados del destacamento de Zaypurú. En esta tenacidad vivieron muchos años, y por esto el trabajo era mucho, y la ganancia poca. En el año de 1795 tenia este pueblo 869 almas, y de ellas no habia mas que diez adultos y cuarenta y cinco párvulos, que hubiesen recibido el santo bautismo: con que en los seis

años primeros no se bautizaron sino 55, y esto despues de muchas instancias. En el año de 1800 tenia el pueblo 1014 almas, y de tanta multitud no habia mas que 167 cristianos. Este fué todo el fruto de once años de trabajo, fuera de los adultos que en su última enfermedad fueron bautizados, si con fruto, ó sin él se sabrá en el dia del Juicio.

Sin embargo de todo esto, los PP. misioneros no han dejado de esforzarse en adelantar esta mision así en lo temporal, como en lo espiritual. En el principio dió el Gobierno 500 pesos del ramo de temporalidades; y pasado un año, dió 800 ó 900 pesos para la manutencion de los tres religiosos y fomento de la mision: pero todo ello apenas alcanzó para perfeccionar la obra empezada. Fué preciso pagar á los peones, que trabajaron la capilla y casa de los Padres, proveer la sacristía de ornamentos y vasos sagrados, reparar algo á los indios para que estuviesen quietos, comprar algunas herramientas para la labranza, vestir á los muchachos que por estar desnudos no querian asistir al catequismo, y hacer algunas provisiones para sí y para los enfermos; y en esto se consumió toda aquella plata en los dos primeros años, que residió allí el P. Fr. Tomas Anaya.

Salió este religioso en el mes de Abril de 1791, y quedó solo al cuidado de la mision el hermano Fr. Manuel Dávila hasta el dia 26 de Diciembre del mismo año, en que la tomó á su cargo el P. Fr. Martin Ortiz. Este entró pobrísimo y sin socorro alguno, hasta que un devoto canónigo de la catedral de la Plata dió una limosna, con que se pudo comprar algun ganado vacuno, y con que proveyó una, aunque corta, estancia. Despues el mismo Padre con sus industrias adquirió una porcion de ovejas, las que arreó en persona desde la Laguna con mil fatigas y no sin mucha pérdida. À mas de esto el año de 1798, viendo que los edificios amenazaban ruina, fabricó una casa de adobe muy capaz para la habitacion de los PP. conversores, cubierta de teja, con corredor á la plaza, y un buen patio con las oficinas necesarias en lo interior: y en él de 1802 levantó una famosa

iglesia de los mismos materiales, y luego hizo dos escuelas muy capaces para la instruccion de los muchachos y muchachas, y con esto quedó la plaza muy vistosa, aunque lo restante del pueblo no guarda orden en sus rancherías. Hizo tambien una huerta suficiente para el abasto, y puso corrientes las chacras de maiz y demas granos, á beneficio de la mision.

À todo esto se agregó el continuo trabajo de cuidar del pueblo, de enseñar diariamente la doctrina cristiana, de administrar los santos sacramentos, de arreglar las escuelas, y de contentar á los indios así sanos como enfermos, en las incesantes postulaciones que hacen, para alivio de sus necesidades, ó por no perder la costumbre de moler al prójimo. En los diez primeros años no pudo poner en buen orden las escuelas, por no quererse ellos sujetar ni juntarse en ellas; pero al fin encontró á un maestro español, que se hizo respetar y temer; y con esto se sujetaron todos los muchachos y muchachas, y fueron aprovechándose en doctrina y costumbres. No dudamos que estos irán medrando en el cristianismo; pero los adultos viejos y radicados en el gentilismo con mucha dificultad se convertirán á la fe, porque los perversos dificultosamente se corrigen: y de esto dió la última prueba el perverso capitan Guaricaya, el cual, aunque ya estaba muy humano y manifestaba buena voluntad á los PP. conversores, particularmente al espresado P. Fr. Martin, jamas quiso bautizarse, por mas que este misionero le predicase y exhortase, así en salud como en su última enfermedad; y por consiguiente murió en su pecado, y fué sepultado en el infierno con sus progenitores el año de 1805.

Sin embargo, no podemos negar, que así como el número de indios se ha ido aumentando, así el cristianismo ha reconocido en ellos el aumento. En el dia tiene esta mision 1379 almas en esta forma: los cristianos adultos de nueve años para arriba son 497, y los párvulos hasta los nueve años son 386: los gentiles adultos son 405 y los párvulos 91. Los matrimonios segun el rito de la santa Iglesia

son 59. Con esto se ve claro que ya los cristianos sobrepujan á los gentiles. Desde la fundacion hasta ahora se han bautizado 899, de los cuales murieron 331; es á saber, 54 adultos y 277 párvulos. Esta es la ganancia, que se ha logrado: y aunque, segun esta cuenta, no debian haber quedado vivos sino 568, con todo vemos que se aumentó en 315, que recibirian el bautismo en otras partes.

La estatura, armas, ocupaciones, vicios, costumbres, oficios y gobierno político de estos indios son con poca diferencia, como los de los demas pueblos de misiones, con los cuales procuran conformarse en todo.

Mision de Tayarenda.

À distancia de tres cuartos de legua de Iti, siguiendo el mismo rio y cañada abajo, en un campo abierto y alegre, está la mision de S. Pedro de Alcántara de Tayarenda, en los 19° 20' de lat., y en los 315° 15' de long. Fundóla el mismo Fr. Francisco del Pilar con limosnas que recogió de los fieles; y el P. Fr. Mateo García, que estaba de conversor en Acero, bendijo la capilla, nombróla de patron y titular á S. Pedro de Alcántara, y celebró la primera misa en 8 de Mayo de 1790, quedándose al cargo de aquella mision el P. misionero Fr. Manuel Ruiz Galdeano. El temperamento y calidad del terreno son lo mismo que en el pueblo antecedente; y aunque el rio suele secarse algun tiempo del año, tiene á un lado del pueblo una quebrada inmediata, por donde corre abundante agua muy buena, que permanece todo el año.

Los indios bárbaros, que habitaban este lugar antes que se fundase la mision, eran de nacion chiriguano, venidos de otros pueblos, y opuestos á la religion cristiana lo mismo que los chaneses de Iti. Sin embargo de esta repugnancia y aversion, puso Fr. Francisco del Pilar los medios para ablandarlos y reducirlos á la fe católica. Para esto, luego que se celebró la primera misa en la mision de Iti, fué

tanteando los ánimos de aquellos bárbaros; y como los hallase siempre inflexibles, movido del celo de su salvacion y acompañado de D. Vicente Ortega y del capitán D. Lucas Cabrita con otros soldados españoles, pasó à Tayarenda, fabricó allí una pequeña casa ó choza para su habitacion, y se dió orden rigurosa á los indios, que nadie se atreviera á derribarla. Concluido este tugurio por el mes de Agosto de 1789, hizo la prueba de dejarlo solo, para experimentar el ánimo de aquellos rebeldes; y entre tanto pasó á la ciudad de la Plata, con el fin de procurar algunos auxilios, no solo para estas dos misiones, sino tambien para las de Tacurú, Igmirí, Zaypurú y Mazavi, que dejó recién fundadas, y se hallaban en suma pobreza. La buena fama, que este ejemplar religioso tenia en aquella ciudad, le abrió puerta franca para el logro de sus pretensiones. Presentóse, é inmediatamente la R. Junta de temporalidades, conociendo el verdadero celo que tenia de la conversion de los gentiles, le libró 700 pesos para la mision que iba á entablar en Tayarenda, otros 800 para la de Iti, y para las otras cuatro, mil pesos para cada una.

Con estos auxilios hizo luego provision de ropa, heramientas, ornamentos y vasos sagrados, y de otros utensilios precisos, y con ellos se puso otra vez en Tayarenda, donde halló su casita intacta; pero todos los indios, á imitacion de los de Iti, habian derribado sus ranchos, y formado el pueblo algo distante, por no hacerse cristianos. Esto no obstante, el incansable celo del hermano Pilar, con el favor de algunos indios de otras misiones, añadió á la dicha casita otro cuarto, que interinamente sirviera de capilla, sin que se le opusieran ni aquellos indios cerriles, ni los de Iti, por ver que su capitán Guaricaya, ya libre de su prision, estaba sosegado y mostraba algun afecto á los PP. misioneros. Concluida esta pequeña capilla, y celebrada la primera misa por dicho P. Fr. Mateo García (quien á los pocos dias marchó para su mision de Acero), y habiendo asistido á ella un capitán bárbaro del pueblo de Igüirapucuti

llamado Güirabaca con otros indios suyos, con el fin de pedir á Fr. Francisco que fuese á su tierra á ponerles mision; se fué inmediatamente con ellos, dejando solo al P. Fr. Manuel Ruiz Galdeano en Tayarenda. En este tiempo el capitán Curameti con otros varios indios, rebeldes á la luz del Evangelio que se les iba aproximando, se huyeron á las Pampas de Sauces, donde residen otros bárbaros, amigos de los españoles, pero insujetables, y no quisieron vivir en la nueúa mision.

Cuantos serian los trabajos y aflicciones, que padeceria el P. Galdeano en aquella horrible soledad y entre unos indios tan agrios y cefiudos, no es fácil esplicarlo. Es verdad, que estos eran pocos en número; pero uno solo de esta calidad sobra para llenarlo de amarguras. Seis ó siete meses padeci6 esta privacion de compañero, sin poder adelantar cosa alguna: pero al cabo se le remiti6 de este Colegio al P. Fr. Zacarias Ortiz; y este, tomando á su cargo el peso del ministerio apost6lico, hizo cuanto pudo para juntar á los indios, y persuadirles que hiciesen sus rancherías cerca de la capilla. Un año entero estuvo en esta solicitud y á fines de Noviembre de 1791, despues de varias y arriesgadas diligencias, pudo conseguir que fabricasen muy cerca de la capilla cuarenta ranchos; y con esto se aumentaron notablemente los individuos de este pueblo. Entrado el año de noventa y dos, y prosiguiendo con el mismo empeño, logró que se agregasen otras familias; y con esto pudo formar un pueblo regular, y dedicarse á su educacion y enseñanza.

Viendo los dichos PP. conversores, que la casilla de su habitacion ya se cansaba de servir, hicieron otra de adobe con su recibidor, dos cuartos buenos y demas oficinas en su patio interior: y concluida esta, fabricaron tambien nueva iglesia, parte de adobe, y lo restante de palos firmes y embarrados, la que concluyeron el año de 1794; y luego la blanquearon, adornaron, y proveyeron de otros ornamentos y utensilios para celebrar con toda decencia el santo sacrificio,

y demas funciones eclesiásticas. Despues de todo esto hicieron escuelas para los muchachos y muchachas, ordenaron el pueblo lo mejor que se pudo, nombraron alcaldes y demas officios para el gobierno político, los fueron inclinando al trabajo, y educando en los preceptos del cristianismo; y así, poco á poco, con paciencia y caridad los han ido adelantando y sujetando con mucho aprovechamiento de sus almas, aunque siempre quedan algunos, que no quieren dejar las leyes y costumbres de sus mayores.

En estos trabajos se ocuparon dichos PP. misioneros y los que les sucedieron, no desdeñándose de hacer muchas veces de peones, acarreando barro y haciendo servir sus manos consagradas en aquellas obras mecánicas para el servicio de Dios: y para costearlas no tenian mas socorro que la limosna anual, que da el real erario, de 200 pesos á cada P. conversor, para poderse mantener. Lo sensible es, que aquel pueblo no puede subsistir en aquel lugar; porque el terreno que ocupa es angosto, y la quebrada por un lado y el rio per otro se lo va comiendo. Ya se habia pensado trasladarlo á cuatro leguas mas allá hácia el N., en unos campos muy alegres, y á poca distancia de la quebrada que llaman de Yuqui; pero la falta de auxilios no dió lugar para ello, y así se procura asegurar el pueblo con algunos reparos.

En la estacion presente tiene esta mision 606 almas; es á saber, de cristianos adultos de nueve años para arriba 211, y de párvulos hasta nueve años 183; de gentiles adultos 212, y de párvulos ninguno. Los matrimonios segun el rito de la santa Iglesia son 62. Desde su fundacion recibieron el santo bautismo 809, de los cuales murieron 171; es á saber, cincuenta y dos adultos, y ciento diez y nueve párvulos: debian quedar vivos 638; pero, no siendo mas que 394, faltan 244, que se irian á otras partes.

Para su subsistencia tiene una corta estancia de ganado vacuno y lanar, que con dificultad podrá tener mas aumento; porque, aunque el terreno que le pertenece es bas-

tante capaz, se halla por todas partes oprimido de los varios españoles que entran á ocupar aquellas tierras con sus ganados, con no poco detrimento de la mision. Se han hecho varios recursos, los jueces reales han dado unas providencias muy favorables; pero aquellos vecinos no desocupan un palmo de tierra, antes se alzan á veces con la posesion, despues que los Padres les dieron licencia por algun tiempo limitado, movidos de caridad y compasion. Este es su agradecimiento, y este el trabajo de los misioneros.

XV.

Fundacion de las misiones de Igüirapucuti y Tacuaremboti; y lo que se trabajó en ellas.

Pasó el fervoroso Fr. Francisco del Pilar desde Tayarenda á Igüirapucuti, acompañado (como ya dijimos) del capitan Güirabaca y de otros indios, para plantarles mision en su pueblo, y de este pasar á los demas que médian entre Zaypurú y el rio Parapití con el mismo intento. El pueblo de Igüirapucuti está á distancia de Zaypurú cinco leguas y tres cuartos hácia el S., y en los 19° 39' de lat., y en los 316° 6' de long., en un campo agradable, rodeado de colinas montuosas, pero escasas de maderas útiles y de agua, aun para la gente del pueblo. El terreno es fértil, y produce los mismos efectos que él de Zaypurú; y los indios son de la misma estatura y propiedades que los demas de su nacion chiriguana. Cuando se presentó el falso Dios en Mazavi, eran tan opuestos al cristianismo como ellos; pero afligidos con el hambre que se padeció en aquel año de 1790, tuvieron envidia de los que vivian bajo la direccion de los PP. misioneros, por ver que en aquella general penuria procuraban socorrerlos de lo necesario, y esperimentaban que muchos de los bárbaros,

que se refugiaban en las misiones cercanas, debian la vida á la caridad de aquellos ministros de Dios. Este es el principal motivo que tuvieron para solicitar y pedir con ansia que se les fundase mision en su pueblo: y lo consiguieron sin demora, porque esto es lo que desean nuestros misioneros; pues, aunque conozcan que los primeros impulsos, que los mueven á pedir conversores, no son de religion, sino de propia conveniencia temporal, saben que Dios se vale de estos medios para introducirles la fe y salvar á sus almas, como varias veces se ha visto.

Habidas pues las licencias necesarias, se fué internando Fr. Francisco por aquel barbarismo, y llegó con dicho capitán Güirabaca al pueblo de Igtiirapucuti el dia 14 de Mayo de 1790, y fué recibido con mucha alegría de todos sus moradores. Inmediatamente se puso á fabricar la capilla y casa para la habitacion de los PP. conversores, en la misma conformidad y modelo que acostumbraba este pobre religioso; y todos los indios le ayudaron con empeño hasta su conclusion, que se verificó antes que entrase el mes de Octubre. En el mismo tiempo los de Tacuaremboti le pedian mision; y él, que deseaba convertir á todo el mundo, concluida la obra de Igtiirapucuti, aunque destituida de todo lo necesario, suplicó prontamente al R. P. presidente de misiones Fr. Fernando Senderos, que residia en la de Acero, le enviase á un misionero sacerdote, para que bendijese aquella capilla, y se hiciese cargo de aquella nueva mision. Sin pérdida de tiempo le envió al P. Fr. Antonio Perez, que á la sazón estaba en la de Mazavi; y en 19 de Octubre de 1790 bendijo aquella capilla con asistencia de otros tres misioneros, dándole por patron y titular á S. Francisco Solano, celebró la primera misa en que predicó uno de dichos religiosos, y luego hicieron una solemne procesion, con asistencia y regocijo de todo el pueblo¹.

¹ La Iglesia reconstruida en estos últimos años es dedicada á Nra. Sra. del Cármen.

Concluida esta funcion, el hermano Pilar se fué á Tacuaremboti, los tres religiosos á sus respectivas misiones, y el P. Fr. Antonio Perez se quedó solo y destituido de todo auxilio en Igüirapucuti. La capilla estaba enteramente desnuda, porque aun el ornamento y demas utensilios, con que celebró la primera misa, eran prestados de otras misiones, á las cuales hubo que devolverlos por necesitar de ellos: los indios estaban en la extrema necesidad por la carestía que padecian, y el Padre no tenia cosa alguna que poderles dar, ni aun lo preciso para mantenerse á sí mismo: la casa estaba sin muebles, la despensa sin provisiones, el campo sin yerbas, los montes sin raizes comestibles, porque ya los indios hambrientos las iban apurando; y de mas á mas los bárbaros del pueblo de Pipi, resentidos de que hubiesen pedido y admitido mision, amenazaban una violenta irrupcion y asalto así á esta, como á las demas inmediatas.

Por todos estos motivos fué moralmente imposible, que permaneciese dicho Padre en aquella nueva mision: y precisado de la extrema necesidad se retiró á la de S. Rafael de Mazavi, que dista once leguas, dejando al cuidado de Fr. Francisco del Pilar la conservacion de la de S. Francisco Solano, entre tanto que Dios dispusiese otra cosa. Así estuvieron aquellos pobres indios mas de un año, como huérfanos sin padre, pero siempre firmes en su vocacion: y en este tiempo dicho Fr. Francisco los socorria con algun alimento de carne, segun sus cortas facultades, y el mismo P. Perez los visitó algunas veces, para consolarlos y mantenerlos en sus primeros fervores, ya sin rezelo de los indios de Pipi, porque á poco tiempo les disipó Dios las malas intenciones que habian concebido, con la peste de viruelas que les envió.

Seguia el apostólico Fr. Francisco con su obra en Tacuaremboti: concluyó la casa y capilla á principios del año de 1791; y dejándolo en este estado, pasó á la ciudad de la Plata á proveerse de las cosas necesarias para estas

y otras misiones. Llegó á aquella ciudad por el mes de Abril; abrióle la divina Providencia sus tesoros, y habiéndose surtido de ornamentos, vasos sagrados, campanas, imágenes y otras mil cosas, volvió con todo ello á la mision de S. Francisco Solano de Igtirapucuti en el mes de Setiembre. Fué destinado á ella para su conversor el P. Fr. Gabriel Blay, quien la tomó á su cargo, y el P. Fr. Antonio Perez fué á la de Tacuaremboti. Uno y otro trabajaban en su ministerio, y procuraban adelantar sus misiones en lo temporal y espiritual en el modo que les era posible, valiéndose de sus propias habilidades é industrias, aun para sustentarse, porque los auxilios fueron pocos ó ningunos.

Era este pueblo de Igtirapucuti muy numeroso; pero con el motivo del hambre que padecieron, se fueron muchos indios por los montes, y apenas quedaron doscientas almas, en cuya instruccion se ocupaba su P. conversor: mas, luego que pasó aquella calamidad, se fueron juntando y aprovechando, aunque con lentitud. En el año de 1795 ya tenia 808 almas de todas edades, y de ellas las 118 habian recibido el santo bautismo. Ya entonces se hallaba el pueblo en buena disposicion; la plaza en cuadro, las escuelas bien ordenadas, la casa y capilla con aseo y limpieza, con los muebles suficientes, y con los ornamentos y vasos sagrados necesarios: ya habia gobernador, alcaldes y demas oficios para el gobierno político y tranquilidad pública; con una limosna de un difunto prebendado de la catedral de la Plata se habia puesto una corta estancia de ganado vacuno, y con las industrias del P. conversor se le habian agregado algunas ovejas y cabras; pero con la invasion de los indios bárbaros, de que hablaremos despues de la mision de la Tapera, todo se perdió.

Volvió á restaurarse, y juntarse la gente de este pueblo, y en el dia tiene 1179 almas, en esta forma: los cristianos adultos mayores de nueve años son 449, y los párvulos hasta nueve años son 300; los gentiles adultos son

430, y no tiene párvulo alguno que no esté bautizado. Los matrimonios segun el rito de la S. Iglesia son 80. Desde su fundacion hasta ahora recibieron el bautismo 1432, de los cuales murieron 450; es á saber, 50 adultos y 400 párvulos. Debian haber quedado vivos 982; pero se hallan menos 233, segun la cuenta anterior. Este es el estado de la mision de Igüirapucuti.

Mision de Tacuaremboti.

À dos ó tres cuartos de leguas de Igüirapucuti hácia el N. está la mision de S. Buenaventura de Tacuaremboti, en los 19° 38' de lat., y en los 316° 2' de long., en una cañada algo ancha y arenosa. Cerca del pueblo corre un arroyo de agua, que baja de la cordillera inmediata: el terreno es fértil, y produce los mismos frutos que el antecedente: la mayor parte de la campaña está poblada de bosque, pero las buenas maderas son escasas, y no se halla agua en todas aquellas colinas y campos. Los indios son chiriguano, y del mismo calibre que los demas, aunque mas adustos que los de Igüirapucuti. Jamas tuvieron inclinacion al cristianismo, aunque tenian confianza en la santa Cruz, que veneraban cerca de su pueblo, para que los librase de desgracias temporales. Las calamidades, en que se hallaban en el año de 1790, les hicieron pedir mision á Fr. Francisco del Pilar; y este se lo concedió por la esperanza que tenia de que con el tiempo habian de aprovecharse en la religion, y lo puso en ejecucion luego de haber concluido la capilla de Igüirapucuti, como ya queda insinuado. Ayudáronle en la fábrica de capilla y casa para los PP. conversores, no solo los hombres, sino tambien las mugeres; concluida esta, marchó á la ciudad de la Plata, y habiendo vuelto con las cosas necesarias, fué destinado para conversor de esta nueva mision el mencionado P. Fr. Antonio Perez, quien bendijo aquella pobre capilla, dándole

por patron y titular al seráfico doctor S. Buenaventura¹, y celebró la primera misa en 29 de Noviembre de 1791, con asistencia de otros dos PP. misioneros, y con gozo universal de todo el pueblo, que concurrió con otros indios de la comarca.

La gente de este pueblo era mucha; pero hostigados del hambre se fueron tantos, que no quedaron sino 245 personas. De estas cuidaba el P. conversor como podia, y las iba instruyendo en la doctrina cristiana. Despues de la calamidad, fueron congregándose los ausentes, y en el año de 1795 ya habia 1032 almas de todas edades. Así como se aumentaba la gente, crecia el trabajo; á fuerza de industrias, se proveian las cosas necesarias, se reedificaban los edificios ruinosos, se formaba alguna corta estancia de ganado, se adelantaban las funciones y ejercicios de piedad, se aumentaban los ornamentos y cosas de la iglesia, se nombraban los oficios concejiles, se ordenaban las escuelas, y en todo se procuraba el mayor aumento, con el socorro de la acostumbrada limosna anual de 200 pesos, que da el Gobierno á cada uno de los PP. conversores para sus alimentos. Con esto se puso la mision en un buen estado, de modo que en el año de 1799, en que sucedió la invasion de los bárbaros, tenia este pueblo 1401 almas de todas edades, de las cuales las 341 habian recibido el santo bautismo; las escuelas estaban muy bien ordenadas, y los muchachos y muchachas se instruian bellamente en la doctrina del catecismo; ya se habia construido una casa muy cómoda para la habitacion de los PP. conversores, y se acababa de trabajar la nueva iglesia: pero con la invasion se acabó todo.

Habiéndose restaurado esta mision el año inmediato de 1800, no son ponderables los trabajos, que padeció su P. conversor Fr. Buenaventura Villanueva en la reedificacion

¹ Hoy el pueblo de Tacuaremboti venera por su patrona á Nra. Sra. del Rosario.

de todo lo que quedaba destruido, hallándose, como se hallaba, sin auxilio alguno, ni aun para sus alimentos, por faltarle la limosna de los 200 pesos, pues con la pasada desolacion se la habian suspendido. Pero mucho consigue él que confia en Dios, y pone de su parte los medios que están á su arbitrio. Por fin se reunió la gente que andaba desparramada, volvió á formarse el pueblo que estaba enteramente demolido, se reedificaron la casa é iglesia, y se trabajó de nuevo así en lo temporal como en lo espiritual, del mismo modo que antes.

En el dia tiene 1560 almas; es á saber, de cristianos adultos mayores de nueve años 460, de párvulos hasta nueve años 400; de gentiles adultos 600, y de párvulos 100. Los matrimonios segun el órden de la S. Iglesia son 60. Desde la fundacion hasta el presente fueron bautizados 1124, de los cuales murieron 449. Habian de haber quedado vivos no mas que 675; pero, por los muchos que se agregaron, hay de mas 185 al número precedente.



XVI.

Fundacion de la mision de Itau ; y trabajos que pasaron nuestros misioneros en su establecimiento y conservacion.

PARA no invertir la serie de los tiempos, en que se fundaron las misiones de infieles que están á nuestro cargo, dejaremos por un rato á Fr. Francisco del Pilar en aquellas que acababa de fundar ; y mientras él se dispone y empieza á trabajar en las de Pirití y Obaig, pasaremos á esta frontera de Tarija, donde este apostólico Colegio por medio de sus misioneros fundó una mision de indios chiriguano en el valle de Itau, que dista de esta villa 50 leguas hácia el E.¹, y se halla en los 21° 18' de lat., y en los 315° 20' de long. El terreno y su fertilidad, los montes y sus utilidades, el clima ó temperamento de aquel valle espacioso, que sigue entre cordilleras de N. á S., son muy semejantes á los del valle de las Salinas, aunque el calor

¹ Tal era por la tortuosidad del camino la distancia de Tarija á Itau, cuando escribia el P. Comajuncosa ; actualmente, habiéndose abierto un camino mucho mas recto, es de unas 35 leguas.

es mas ardiente. En tiempos pasados, los indios de este valle, juntos con los muchos que residen en varios pueblos comarcanos, dieron mucho que sentir á estos fronterizos españoles con sus invasiones, en que les saquearon varias veces las casas, robaron sus haciendas, y cautivaron á muchas personas de ambos sexos de los valles de las Salinas y otros lugares inmediatos; por cuyo motivo se hicieron varias expediciones á sus paises para contenerlos y castigarlos. Pero Dios tiene sus tiempos, para congregar en el redil de la santa Iglesia á las ovejas escogidas, que nacen y viven en las malezas y oscuridad del gentilismo¹.

Una estraccion, casi involuntaria y violenta, de una porcion de indios hambrientos y en extremo necesitados de aquellos lugares con sus familias, hecha por algunos milicianos de esta villa con el especioso título de fundarles un pueblo en sus inmediaciones, donde viviesen solos y con comodidad, fué el primer origen de pedir ellos mismos que se les pusiese mision en sus tierras de Itau. Trajéronlos, pues, á esta villa el año de 1790, y socorrieron algun corto tiempo el hambre que padecian; mas, viendo los indios que despues de seis meses no se les hablaba de fundarles el pueblo que les habian prometido, se fueron al valle de las Salinas, y desde allá pidieron por segunda vez, que se les fundase mision en su misma tierra.

Esplorámos la verdad de su pretension, y averiguado que nacia de su corazon, enviámos al P. misionero Fr. Lorenzo Ramo, para que pasase con los mismos indios al valle de Itau, y cumpliese sus deseos. Para el efecto le acompañó el P. Fr. Manuel Saturio Ruiz, que estaba de conversor en las Salinas, y dos capitanes milicianos del mismo valle con varios soldados, que les sirvieron de resguardo: y habiendo llegado al espacioso valle de Itau, resolvieron formar la mision en un sitio llamado *el Tunalcillo*, ó como dicen otros *el Tabarillo*, donde habia algunos ranchos, en

¹ V. Apéndice N.

que vivian algunos bárbaros. Por lo pronto hicieron una pequeña ramada que sirviese de capilla, y una choza para habitacion del P. conversor: y luego dicho P. Fr. Lorenzo Ramo con asistencia de los que lo acompañaron, celebró la primera misa el dia 21 de Setiembre de 1791, y por ser el dia de S. Mateo apóstol, lo nombró de su patron y titular.

Inmediatamente por orden del señor juez subdelegado y comandante de estas milicias, D. Juan Manuel de Molina, se fabricó la capilla, casa y un fuerte de palos firmes y embarrados; entre tanto fué de compañero del P. Ramo el P. misionero Fr. Francisco Rodriguez; mas llegando el tiempo de las aguas cesó la obra; porque todos los soldados, trabajadores é indios se fueron á sembrar sus chacras, y los PP. misioneros se quedaron solos, afligidos y rodeados de peligros de muerte, sin tener quien les favoreciese. Por una parte veian, que los bárbaros Tobas, despues de haber hecho una grande mortandad en Caiza, amenazaban venir á Itau, para vengar los agravios que les habian hecho; por otra parte oian decir á personas fidedignas, que los chaneses en el dia 14 de Diciembre dieron contra el pueblo de Caraparí, distante solas ocho leguas de esta mision, y que despues de haber hecho varias muertes y cautivado á muchos de sus enemigos chiriguanos, dejaron dicho que luego habian de venir contra los de Itau, que matarian al capitán Amerani, con quien estaban muy enojados, y que al P. misionero, que á petition suya habia ido allí, le cortarian la cabeza y beberian chicha en su calavera. Hubiera sido temeridad permanecer en aquel sitio tan solitario con tan evidentes peligros; por esto, dejando las pocas cosas que habia en la mision al cuidado de un cristiano Tarijeño que quedó allí, se retiraron los dos Padres á la mision del Rosario de las Salinas el dia 16 de Diciembre del mismo año de 1791.

Se desvaneció esta borrasca sin haber sucedido desgracia alguna, y luego los PP. misioneros volvieron á su mision de S. Mateo, acompañados de algunos soldados, cuya

permanencia duró tanto como su avío; porque acabado este, que no era muy abundante, se volvieron á su tierra, y los dejaron solos como antes. Sabiendo este Colegio las aflicciones en que se hallaban, les envió al religioso lego Fr. Martin Romero, para que los acompañase y sirviese; pero este consuelo no duró mas que cuatro meses, porque este y el P. Rodriguez enfermaron de unas tercianas que los consumian, y les fué preciso retirarse á este Colegio para curarse, dejando al P. Ramo solo y sin consuelo alguno. En este desamparo no habia cosa, que no le afligiese. Los dias le parecian noches por la soledad suma en que se hallaba, y en las noches no se le representaban sino objetos melancólicos, que le oprimian el corazon. Daba una vista á lo que se habia trabajado, y lloraba de pena al ver que con la fuerza de las lluvias se habia caido todo un costado del fuerte, y no habia quien lo levantase; queria divertir la imaginacion con el trato de sus vecinos, y cuando los buscaba no los hallaba, porque habiéndoles entrado las viruelas, los mas se retiraron á los montes; pensaba ya retirarse, pero se le hacia muy dificil, porque supo que el camino nuevo, que habian abierto, se habia derrumbado, y le era preciso pasar por el antiguo, que era penosísimo, por lo elevado y escabroso de la cuesta, que apenas podia trastornarse.

Conoció las aflicciones de este religioso el capitan bárbaro Tubichamini, que vivia á cuatro leguas de distancia hácia arriba del mismo valle, y persuadióle que se pasase á aquel su pueblo, y allí fabricase su casa y capilla. Admitió su propuesta, y en el dia 29 de Junio del año siguiente de 1792 se trasladó la mision á aquel lugar. Se señaló el sitio, se juntaron los indios, volvió el P. Fr. Francisco Rodriguez ya sano, y todos juntos empezaron á trabajar la casa y capilla, sin mas auxilios que los de sus brazos. Mas, como vino el tiempo de aguas en que los indios tenian que sembrar sus maizes, fué preciso dejar la obra, y solo se procuró concluir la casa de la habitacion

de los PP. conversores. Entre tanto el P. Fr. Lorenzo Ramo hizo viaje á la imperial villa de Potosí y ciudad de la Plata (que dista ciento y cincuenta leguas), para solicitar algunos socorros. Consiguió de los ministros de la R. Hacienda 400 pesos para ayuda de la fábrica, y 100 pesos para cada uno de los dos PP. conversores para sus alimentos.

Con este socorro y algunos muebles regresó á su mision en el mes de Enero de 1793, y volvió á emprender con todo empeño la obra de su iglesia. Pero (¡oh santo Dios!) parece que este misionero habia nacido para padecer sustos mortales á cada paso. Se hallaba en el Tunalcillo con algunos peones cristianos aserrando algunas tablas y maderos para su iglesia, cuando de repente cayeron allí los chaneses de Zinanditi, y á su vista mataron á un infeliz apóstata, y cautivaron á seis ó mas personas, que vivian con él en aquel desolado fuerte. Huyóse el religioso, y se escondió en el monte, donde pasó toda la noche medio desnudo (pues se habia escapado con solo la túnica interior), y lleno de congoja por el temor de que fuesen los bárbaros y le quitasen la vida. Pero no fué este el intento de los invasores: ellos se contentaron con aquella venganza que tomaron de sus enemigos, y se retiraron sin haber hecho daño alguno á los peones que se habian quedado. Con esto se volvió á su mision, lleno de sustos irremediables.

Ya no le era posible á este religioso vivir con sosiego en aquella mision; y por esto se retiró, y en su lugar fué el P. Fr. Juan Cabrera de compañero del P. Rodriguez, y continuaron con sus indios la fábrica de la iglesia, que es de 28 varas de largo; la cual concluida, fué llamado de la mision del Rosario de las Salinas el P. Fr. Manuel Satorio Ruiz, al cual cedió sus veces el P. Rodriguez para que la bendijera, como lo hizo el dia 29 de Setiembre de 1793, y cantó con la posible solemnidad la misa del glorioso San Miguel arcángel, al cual nombró por su patron y titular.

Para todos estos gastos y demas provisiones, no alcanzaron los 400 pesos que dió el real erario, ni los 100 pesos

para los alimentos, que se dieron anualmente á cada uno de los PP. conversores hasta el año de 1794, ni los otros 100 pesos que despues les añadieron hasta ahora; pero valieron mucho; y lo demas corrió á espensas de los fieles y de la mision del Rosario de las Salinas (la que despues le dió tambien 200 cabezas de ganado vacuno, como se dijo en su lugar), coadyuvando este apostólico-Colegio con ornamentos y otras cosas necesarias.

El haberse plantado la mision en aquel lugar, no solo ha servido para resguardar el valle de las Salinas, que no podia antes librarse de las muy repetidas invasiones de los bárbaros, sino para que en aquel mismo valle de Itau y sus inmediaciones se acomodasen muchos cristianos antiguos, quienes tienen allí sus chacras y ganados, y gozan del pasto espiritual que les suministran aquellos PP. misioneros por comision del párroco de esta villa, á quien pertenecen.

Concluidas las obras referidas, ya era tiempo que los PP. conversores ejercitasen su ministerio en la educacion y enseñanza de aquellos indios; pero la tierra estaba muy dura, para que fructificase en ella la semilla de la divina palabra. Los PP. misioneros enseñaban todos los dias el catecismo, celebraban el santo sacrificio de la misa y rezaban el santísimo rosario; pero los indios, aunque en el principio asistian á todo, ó por amor á la instruccion, ó por una mera curiosidad, á poco á poco se fueron retirando, y despues ha costado mucho trabajo en hacerlos asistir. Despues de algun tiempo pusieron escuelas para la instruccion y educacion de los muchachos y muchachas; pero quererlos juntar era lo mismo que ir á cazar venados. Daban algunas vueltas por el pueblo con el fin de ganarles la voluntad, y averiguar si habia algun enfermo de cuidado, para exhortarlo á que recibiese el santo bautismo; pero, aunque en el trato natural se mostraban afables, en punto de religion han sido siempre muy esquivos. Raro es el adulto que en su última enfermedad haya querido ser cristiano: aun el mismo capitan Tubichamini, de cuyas buenas inclinaciones

se podia haber esperado que recibiria la fe, llegando al estremo de la vida, no fué posible reducirle á que recibiese el santo bautismo. Tal es la dureza de aquellos indios, y los efectos de la embriaguez y vida brutal en que se ejercitan. Pero Dios no se olvida de ellos, y hace que conozcan su ingratitud por medio del castigo.

En el dia 22 de Febrero de 1798 invadieron á esta mision los bárbaros chaneses, formidables enemigos de los chiriguanos; quemaron mucha parte del pueblo, mataron á cinco indios, cautivaron á sesenta y dos personas entre mugeres y muchachos, saquearon todas las casas de los cristianos antiguos que se habian avicinado en aquel valle, y los PP. conversores estuvieron muy espuestos á perder la vida por defender y amparar á sus neófitos y catecúmenos. Con este presente estrago quedó la mision muy deteriorada, y los indios mas sujetos y humildes: y porque se temia con fundamento un segundo asalto, se pidió socorro al cabildo de esta villa; pero estos señores, que no sienten el golpe sino en su propio pellejo, lo miraron con mucha indiferencia; y aunque á fuerza de instancias señalaron á algunos soldados que fuesen á prestar auxilio, estos poco á poco con algunas excusas se fueron retirando, empezando por los mas ancianos. Lo cierto es, que si los enemigos hubiesen verificado sus amenazas, sin duda alguna se hubiera perdido esta mision y todo aquel valle.

Para evitar estos riesgos, y por estar ya la iglesia y casa de la habitacion de los PP. conversores amenazando ruina, emprendieron hacer en la misma reduccion un fuerte capaz, todo de adobe y teja, y encerrar en él la casa, iglesia y oficinas; lo que ejecutaron con el auxilio, aunque corto, de los vecinos de aquellos valles y de la mision del Rosario de las Salinas. Este fuerte tiene cosa de treinta varas de largo con el ancho proporcionado, y cuatro cubos; y para su construccion no hubo otros maestros ni directores que los PP. misioneros. Algunos años se pasaron sin mas guarnicion que la de los religiosos y su familia de muchachos;

pero últimamente se ha conseguido del superior Gobierno, que de continuo se mantenga allí un destacamento de soldados milicianos, armados y pagados á cuenta del real erario. Ellos no han dejado de dar mil pesadumbres á los Padres conversores, á quienes como pastores incumbe guardar con vigilancia á sus ovejas y librarlas de los lobos carniceros; más sin embargo, con este resguardo y defensa se ha podido conservar la mision, especialmente en estos últimos años, en que se levantaron todos los bárbaros chiriguano de estas fronteras, haciendo mil estragos á todos los vecinos.

Ocho años duró la guerra que nos hicieron, matando, robando é incomodando á toda esta vecindad; y en este tiempo se hicieron varias expediciones para contenerlos y castigarlos. En la primera fueron algunos religiosos de este nuestro Colegio, y entre ellos el mismo R. P. guardian Fr. Fernando Cano, á cuyas fervorosas exhortaciones se debió la victoria, que se consiguió de estos perversos enemigos. Durante dicha guerra, en varias ocasiones pretendieron los rebeldes acometer á la mision; pero los indios y soldados, alentados con las voces de los misioneros, han sabido defenderla. Sin embargo, los daños y atrasos de la mision han sido muy notables: porque con los soldados de la primera expedicion gastó todas sus provisiones, y con los de guarnicion mas de 500 pesos. Además los enemigos quedaron árbitros y dueños de todo lo que habia en el campo; saquearon y quemaron la casa de la estancia, y robaron todo el ganado, que habian adquirido los PP. conversores con sus industrias, sudores y trabajos escesivos. Volvieron estos al mismo afan, porque sabian que sin estancia no hay mision, y despues de varias diligencias lograron reponerlo todo en el pié de antes.

Actualmente se compone este pueblo de 498 almas; es á saber, de cristianos adultos mayores de nueve años 58, y de párvulos hasta nueve años 119; de gentiles adultos 252, y de párvulos 67. Los matrimonios segun el orden de

la santa iglesia son 16. Desde la fundacion hasta ahora se bautizaron en esta mision 349, y de estos murieron 172; esto es, 47 adultos y 125 párvulos: y los que restan vivos son los 177 referidos. La estatura, robustez, color, vestido, armas y costumbres de estos indios son las mismas, que las de los demas de su nacion. Aunque los adultos con los malos ejemplos de los viejos tienen poca inclinacion al cristianismo y á la sujecion, esperamos que poco á poco, y usando de paciencia, aplicacion y constancia, ellos se ablandarán, y se llenarán nuestros deseos: entre tanto aquella mision servirá de parapeto, para poner á cubierto á los españoles ó cristianos antiguos, que habitan en estas fronteras.

XVII.

Fundacion de las misiones de Pirití y Obaig; y de lo que se trabajó en ellas.

VOLVAMOS la vista á los pueblos chiriguanos de la frontera de Santa Cruz, donde dejámos al fervoroso hermano Fr. Francisco del Pilar, que valiéndose de la oportunidad que le ofreció el hambre y calamidad de aquel tiempo, se afanaba en fundar misiones para reducir aquellos miserables gentiles á la fe de Jesucristo. Ya tenia concluidas la casa y capilla de Tacuaremboti, y entre tanto que se esperaba llegase religioso sacerdote que residiese allí, pasó al pueblo de Pirití, llamado de su capitan Zacuarao, quien le pidió con ansia que les fundase mision.

Este pueblo de Pirití está á distancia de dos leguas cortas de la mision de S. Francisco Solano de Igtirapucuti hácia el S., en los 19° 42' de lat., y en los 316° 9' de long., en un campo abierto, y tierra fértil para maiz, arroz, alubias, y otros granos y hortalizas, para cuyo riego, y el socorro de sus habitantes tiene muy cerca una quebrada de agua dulce de escelente calidad. Sus indios son de nacion chiriguanos, de buena índole, pero en costumbres se asemejan á los demas.

Pasó dicho Fr. Francisco á Pirití á fines de Noviembre de 1790, y luego empezó á trabajar la casa y capilla, con la pobreza y materiales que acostumbraba, ayudándole los indios de ambos sexos con ansia de verlas luego concluidas. Las concluyó con brevedad; y llamado de los capitanes de Obaig fué inmediatamente á aquel pueblo, que dista poco, y conociendo que querian mision, señaló el lugar, trabajó la capilla, y habiendo principiado la casa que habia de servir para los PP. conversores, se marchó para la ciudad de la Plata á solicitar ornamentos y las demas cosas necesarias. Deparóle la Providencia todas las que deseaba; y con ellas vino á Pirití, donde estuvo cuidando aquella principiada mision hasta el mes de Mayo de 1792, en que llegó el P. Fr. Salvador Trujillo para hacerse cargo de ella como su conversor: y prevenidas todas las cosas, con asistencia del P. conversor de Tacurú Fr. Francisco García, del hermano Pilar y de todos los capitanes é indios del pueblo, bendijo la capilla, nombróle de patron y titular al Doctor Máximo de la Iglesia S. Gerónimo¹, cuya imágen colocó en el altar, y dijo la primera misa en el dia 3 de Mayo de 1792; y cada uno de los asistentes tomó el camino para sus casas, y los religiosos á los lugares de su destino.

Ya tenemos al P. Trujillo solo, pobre y con muy escasas provisiones en la nueva mision de S. Gerónimo de Pirití, cuyos indios bárbaros perecian de hambre, y los mas andaban por los montes en busca de raizes para no perder la vida en su extrema necesidad. No tenia en el pueblo mas que á 200 almas, y puso todo empeño en enseñarles las leyes del cristianismo, en instruirse á sí mismo en el idioma chiriguano, que llegó á poseer con perfeccion, y en ir recogiendo á los que andaban dispersos por varias partes. Fué tanta su diligencia, que en el mes de Setiembre

¹ Los titulares de la actual iglesia, fabricada por un cura enviado de Santa Cruz, son los SS. Reyes.

inmediato ya tenia congregadas en su pueblo á 403 personas de todas edades, de las cuales habia ya 110 con el santo bautismo: y en los dos años siguientes llegó á juntar á todos los ausentes, que con los antecedentes completaron el número de 834 almas. No fué menos su aplicacion en adelantar la mision así en lo espiritual, como en lo temporal. Este religioso y sus sucesores, con solo el socorro de la limosna de 200 pesos que anualmente suele dar el Gobierno para sus alimentos, procuraron proveerse de las cosas necesarias al culto divino, y adquirir algun ganado para el socorro de sí mismos y de los enfermos. Todo estaba en buen orden hasta el año de 1799, en que sucedió la invasion de los bárbaros, de que hablaremos despues. Entonces tenia el pueblo 798 almas, y de estas las 173 eran cristianas; todos los muchachos y muchachas asistian con prontitud á las escuelas, misa y catequismo; y en la estancia habia un regular número de ganado. Mas, con dicha invasion se perdió todo enteramente, menos los ornamentos y vasos sagrados.

Pasada aquella tormenta y estando las cosas con disposicion de paz, se volvió á trabajar de nuevo con la misma ó mayor falta de auxilios, que en el principio; porque un año entero estuvieron aquellos misioneros sin el socorro de los sínodos, y los indios por haber estado emigrados no sembraron sus chacras, y por consiguiente unos y otros habian de trabajar sin tener de que comer. Parecia imposible, que pudiesen adelantar un paso: pero haciendo fuerzas de flaqueza, valiéndose de sus industrias, y confiando sobre todo en Dios, hicieron maravillas. Volvióse á juntar la gente, que se habia desparramado, y con los que habian llegado en el año inmediato de 1800 que serian 602 almas, se fué fabricando de nuevo todo el pueblo, la iglesia, casa de los PP. conversores, escuelas y demas edificios, con mejor orden y con tanta velocidad, que á principios del año de 1801 ya todo estaba concluido. Luego se volvieron á entablar los ejercicios de enseñanza y educacion, y se

fuieron haciendo las diligencias para adquirir algun ganado y adelantar la mision.

Actualmente tiene este pueblo 1082 almas en esta forma: los cristianos adultos de nueve años para arriba son 394 y los párvulos hasta nueve años 343; los gentiles adultos son 331, y los párvulos 14. Los matrimonios segun el rito de la Iglesia son 123. Desde su fundacion recibieron el santo bautismo 1478, de los cuales murieron 706; es á saber, 346 adultos y 360 párvulos: debian haber quedado vivos 772; pero de estos se hallan 35 menos, y por esto no hay sino 737 cristianos.

Mision de Obaig.

À legua y media de la antecedente hácia el S., y en los 19° 45' de lat., y 316° 6' de long., está la mision de San Diego de Obaig (ó, como otros mejor dicen, *Ibaig*), en un llano ameno, rodeado de bosque que solo sirve para leña: tiene una quebrada de agua buena cerca del pueblo; y en toda la llanada de la parte del E. está sin ella. El terreno es igualmente fértil que los otros inmediatos: sus indios son chiriguanos, en todo semejantes á los demas. Este pueblo tenia antes mas de 1300 almas; pero con la peste de las viruelas y el hambre general que padecieron desde fines de 1789 hasta todo el año de 1793, se disminuyó mucho, y hubo ocasion que apenas quedaron doce personas, andando los demas por los montes en busca de raizes para atajar la muerte.

Ya se insinuò arriba, que á fines del año de 1790, despues de haber concluido la capilla y casa de Pirití, fué Fr. Francisco del Pilar al pueblo de Obaig, llamado de sus capitanes para que les fundase mision. El tiempo era calamitoso, y parecia temeridad fundar misiones en pueblos sin gente, y sin tener bastantes comestibles para alimentar á los que morian de hambre. Por este motivo no hizo allí mas que la capilla, y dejando principiada la casa, se fué

á la ciudad de la Plata á solicitar las cosas necesarias. Mientras estuvo en este pueblo se le juntaron como 400 almas; pero en su ausencia murieron cosa de 300. Tal era el estrago que hacian las viruelas y el hambre.

Llegó pues Fr. Francisco de aquella ciudad con algunas provisiones, y se quedó en Pirití, como dijimos. Por los meses de Mayo, y Junio de 1792 ya se habian juntado en Obaig 200 personas; y deseando que se les entablase la mision, el R. P. presidente de misiones Fr. Fernando Senderos determinó enviarles al religioso lego Fr. Manuel Dávila, que estuvo en Ilti; y este buen religioso en los seis meses que residió en aquel pueblo, enseñaba la doctrina cristiana á los sanos, y bautizaba á los que estaban en peligro de muerte. Entre tanto el hermano Pilar, volando en alas de su celo, volvió á la ciudad de la Plata, para solicitar la licencia y socorros necesarios; y habiéndolo conseguido todo, salió de aquella ciudad á principios de Febrero de 1793 con varias alhajas de iglesia y sacristía, y una campana grande, con íntimos deseos de celebrar cuanto antes el estreno de esta mision. Ya el mencionado P. Fr. Salvador Trujillo estaba en ella de conversor, y en el dia 31 de Marzo de 1793, en que cayó el Domingo de Resurreccion, bendijo la capilla, nombrándole por patron y titular á S. Diego de Alcalá, y cantó la misa primera con asistencia de otros religiosos vecinos y de todos los indios del pueblo.

Desde entonces se fué este aumentando con los que volvian de los montes; y el referido P. misionero se esmeraba en su ministerio apostólico, distribuyendo entre sus indios, no solo el pan de doctrina y la leche y panal de la palabra de Dios, sino todo lo que tenia de comestibles, quedándose en los brazos de la Providencia. Al mismo tiempo con la limosna de los 200 pesos anuales, que el Gobierno le daba para mantenerse y otras diligencias personales iba formando una estancia de ganado, y se proveia de algunos animales. Todo iba con aumento. En el año de

1799 ya habia en este pueblo 874 almas de todas edades, y de ellas las 367 eran cristianas; las escuelas estaban en buen orden, se habia fabricado otra casa muy capaz para la habitacion de los PP. conversores, y la estancia tenia suficientes cabezas de ganado vacuno, caballar, mular, ovejuno y cabrío; pero, con la mencionada invasion de los bárbaros todo quedó limpio, como si tal pueblo no hubiese habido.

Pasado este invierno de tribulaciones, se juntaron otra vez aquellos indios, y clamando por su principal P. conversor, que á la sazón era el P. Fr. Domingo Andres, se volvió á formalizar la mision con los que se habian reunido, que eran por todos 434 almas. La miseria, que en aquel primer año de 1800 padecieron, era suma, por los motivos que se espresaron en la antecedente: mas con todo esto, á principios del año de 1801 ya habian formado el pueblo, y fabricado la capilla y casa de los PP. conversores con las oficinas necesarias. Desde entonces se fué renovando y adelantando todo.

En el dia tiene esta mision 1226 almas, en esta forma: los cristianos adultos de nueve años para arriba son 90, y los párvulos hasta nueve años 490; los gentiles adultos son 486 y los párvulos 160. Los matrimonios segun el rito de la S. Iglesia son 36. Desde su fundacion hasta ahora recibieron el santo bautismo 1045, y de estos murieron 334; es á saber, 82 adultos y 252 párvulos. Debian quedar vivos 711; pero faltan 131, y así no quedan mas que 580.

En este estado se han puesto estas dos misiones á fuerza de trabajos, desvelos, sudores, y padecimientos imponderables de los PP. misioneros, que las han servido¹.

¹ Por los años de 1865 habiendo el Sr. canónigo Barba de Santa Cruz visitado la antigua mision de Obaig, y reconocido la insalubridad del lugar por las muchas clénegas de que hoy está rodeado, ordenó que sus indigenas se trasladasen al pueblo de *Charagua* distante 2 ó 3 kilóm. hácia el Sur. Algunos obedecieron, pero otros prefirieron quedarse sin capilla y sin doctrinero en su pais natal, donde no se conserva mas reliquia de la mision, que los cimientos de la casa de los misioneros.

XVIII.

Fundacion de las misiones del Parapití y Tapuitá; y de los trabajos que se padecieron.

 AMINANDO desde Obaig hácia el S., se halla á las nueve leguas de camión llano la mision de la Purísima Concepcion del Parapití á la orilla del rio de este nombre, en los 19° 58' de lat., y en los 316° 7' de long., en un descampado muy vistoso, abundante de leña, pero escaso de buenas maderas: sus terrenos son fértiles; su terroño arenoso; sus pastos abundantes; sus proporciones para estancias de ganado, chacras y demas tierras de labranza muy buenas. El rio es algo caudaloso, y en tiempo de lluvias temible; su agua es de buena calidad, y abunda de pescado; su origen está cerca de Pomabamba partido de Tomina, y á cuatro ó seis leguas abajo de la mision se pierde dentro de los arenales que médian entre ella y los pueblos de Izoza, donde se forma una gran laguna; y siguiendo despues otros arenales, se forma otra laguna, que da principio al rio de S. Miguel de Chiquitos. Los indios son chaneses y chiriguanos, de buena estatura, y en la robustez, color, flojedad, y demas calidades y costumbres son semejantes á los de sus naciones. Ellos decian en su abun-

dancia, que nunca se moverian del barbarismo, pero Dios quiso sitiarnos por hambre: la que padecian en aquellos miserables tiempos los obligó á buscar el remedio, no en Dios, sino en Fr. Francisco del Pilar, cuya caridad tenian bien conocida.

Hallándose pues este apostólico religioso muy atareado en las fundaciones de las misiones de Tacuaremboti, Pirití y Obaig en el año de 1790, fueron los capitanes del Parapití, Báyra y Nanderay, á suplicarle pasase á su tierra á plantarles mision. No siendo entonces posible cumplir sus deseos, los pasó con esperanzas: pero habiendo repetido las instancias por medio del capitan Tenacua, fué y registró aquel terreno: y vista la inclinacion que tenian á tener mision, le dió palabra, que volviendo de la ciudad de la Plata, haria lo posible para cumplir su gusto. Entre tanto fabricó allí una pequeña casa para el misionero sacerdote que hubiese de ir; y aunque los indios cortaron maderos para hacer capilla, hubieron de contentarse con una cruz grande, que les plantó allí. En los dias que estuvo en aquel pueblo, bautizó á mas de sesenta personas, que estaban muy enfermas de la peste que les entró; y dejando allí á un secular, para que los cuidase y fuese trabajando la capilla, se volvió á dichas misiones; pero el secular, que mas estimaba la vida de su cuerpo, que la salvacion de aquellas pobres almas, habiendo plantado algunos horcones ó maderos, y viendo el lugar tan apestado, temeroso de enfermarse salió, dejando á aquellos infelices en el peligro próximo de su condenacion.

À fines de este año de noventa, pasó dicho Fr. Francisco á la ciudad de la Plata y villa de Potosí; y habiendo conseguido la licencia para las fundaciones de esta mision del Parapití y de la de Tapuitá, y las demas cosas necesarias, se volvió á sus apostólicas tareas, y llegó á la mision de Obaig á fines de Marzo de 1793. Pasados algunos dias, se fué al Parapití con ánimo de poner en planta aquella mision; pero halló que el diablo le previno la mas

fuerte oposicion, valiéndose de los perversos capitanes Nágújai y Chome. Todo fueron aflicciones para este varon apostólico. Por una parte veia el estrago, que en aquellos dos años habian hecho la peste y el hambre en aquel lugar; pues, habiendo visto antes á mas de dos mil almas en aquel pueblo, ahora no halló mas que á tres familias; porque muchos se habian ausentado, y los que habian muerto en aquel tiempo no se podian contar. Entre estos habian fallecido los capitanes Báyra, Tenacua, Yepúe y Abacayu, que eran de su mayor confianza; el primero con el santo bautismo, y los otros tres sin él, por no haber habido quien se lo administrase: y de los que habia bautizado antes que saliera, apenas habian quedado vivos cinco ó seis. A este dolor se siguió otro peor y al parecer invencible; pero su constancia, paciencia y caridad lo allanaron todo, aunque con trabajo.

Mal contento el mencionado capitan Nágújai de esta fundacion, procuró valerse de los medios posibles para impedir la. Él influyó á los indios bárbaros de Izozo, de Uru-rúguay y de otros pueblos, que saliesen al camino, y al pasar dicho Fr. Francisco le robasen todo lo que trajese, y acabasen con él. No quisieron estos meterse en este negocio: y viendo él que se le frustró esta diligencia, montó en cólera, y él mismo en persona fué á cortar y quemar la santa Cruz, que dicho religioso habia fijado y enarbolado, y los horcones que se habian plantado para la capilla. No satisfecho de esta su impiedad, se fué rabioso á su lugar, que estaba cerca, se puso á hacer flechas y previno todas las cosas que consideró oportunas para destruir todo lo que se habia edificado, y matar á Fr. Francisco. Para el efecto, montó en una arrogante yegua, y cuando presumia que nadie podria embarazarle la ejecucion, descargó Dios la mano sobre este temerario, para impedir sus malas intenciones. Alborotóse la yegua, lo arrojó al suelo, lo arrastró y lo maltrató de forma, que estuvo enfermo mas de dos meses. No fué esta caida como la de Saulo, perseguidor de la Iglesia, ni su castigo produjo los efectos que se vieron en

Heliodoro; porque ni se humilló como ellos, ni se sujetó á la voluntad de Jesucristo; sino que se ensoberbeció mas; y viendo que no podia ejecutar por sí mismo aquella ruina, envió á un hijo suyo tan perverso como él, acompañado de diez y seis bárbaros, para que lo practicasen al momento segun lo deseaba su obstinado corazon.

Llegó este malvado á la presencia de Fr. Francisco del Pilar, y con la arrogancia que le inspiraba su furor, le dijo: *¿Porque, ó para que has venido á estas nuestras tierras? no sabes, que no queremos ser cristianos?* Oyóle el religioso sin inmutarse, y con palabras suaves y humildes le respondió: *Bien sabeis vosotros, que los dos capitanes Báyra y Tenacua ya difuntos me llamaron, y pidieron que aquí les fundase mision: yo no intento que os hagais cristianos por fuerza, sino libre y espontáneamente; y así los que no quisieren serlo, bien podrán estarse quietos en sus casas y pueblos.* Con esta respuesta suave les aplacó la ira; y dándoles una porcion de carne fresca para ellos y para el enfermo Nágújai, se fueron al parecer contentos. Sabia muy bien, que los dones quebrantan corazones; y por lo mismo repitió la dicha obra de misericordia algunas veces, enviando alguna carne á dicho enfermo; y fué tanto lo que lo ablandó, que viéndose algo aliviado, lo visitó, le regaló dos cordovanes y le prometió que no se opondria mas á sus santos fines. Dióle el religioso una porcion de tabaco y bayeta, y con esto quedaron amigos.

Aprovechando Fr. Francisco este tiempo de bonanza, y mientras la gente, que andaba huyendo de la epidemia, volvía á reunirse, fué construyendo la capilla, formalizando el pueblo, y preparando todas las cosas, para que se celebrase la primera misa luego que viniese sacerdote, que se hiciese cargo de aquella mision. Ya en el mes de Octubre de 1793 tenia á mas de treinta familias juntas, y esperaba que en breve habian de llegar otras cuarenta, para las cuales tenia fabricados otros tantos ranchos: ya estaban concluidas la capilla y la casa para los PP. conversores con

las oficinas necesarias, debajo de un cerco que lo resguardaba todo, y no faltaba mas que un sacerdote: pero este, por varias ocurrencias que se ofrecieron, no pudo conseguirse hasta principios de 1795, y entre tanto cuidaba Fr. Francisco de aquel pueblo.

En el dia 2 de Enero de dicho año llegó el P. Fr. Santiago Lastra á aquella mision, acompañado de seis soldados del destacamento de Zaypurú, para que estuviesen con él algun tiempo, segun la órden que les dió su comandante, para librarle de cualquier peligro, en que quisiese ponerle la inconstancia del dicho malvado Ñaguájai. El dia 6 del mismo mes, en que se celebra la fiesta de la Epifanía del Señor y adoracion de los Santos Magos, bendijo la capilla que estaba muy bien aderezada, impúsole por titular á la Purísima Concepcion de nuestra Señora, y celebró la primera misa con asistencia de Fr. Francisco y otros tres misioneros de las misiones inmediatas, de tres capitanes del pueblo y sus indios, y de los seis soldados de Zaypurú, quienes durante esta sagrada funcion hicieron varias salvas con el cañon, que habian llevado del fuerte. Se concluyó la fiesta con regocijo, se fueron todos á sus destinos, y como los perversos con dificultad se corrigen, viendo el perverso é ingrato Ñaguájai, que ya el P. misionero estaba solo, empezó á influir á los indios, que no se sujetasen á él, porque los queria hacer esclavos. No pudo librarse este religioso de las continuas molestias y seducciones de este maldito siervo de Satanás; pero con su constancia pudo conservar y adelantar esta mision.

Para su socorro dió el real tesoro un mil y trescientos pesos; esto es, cuatrocientos para la manutencion de los dos PP. conversores, y lo restante para poner una estancia de ganado, y proveer la capilla de las cosas necesarias. Con este auxilio se adelantó aquel pueblo así en gente, como en hacienda en lo temporal y en lo espiritual; de modo que en el año de 1799 tenia 756 almas de todas edades, de las cuales las 155 habian renacido en el sagrado bautismo: sus

escuelas estaban bien arregladas, la iglesia aseada y proveida de todos los ornamentos y vasos sagrados suficientemente, y en su estancia habia bastante ganado. Pero, como esta fué la primera mision que opugnaron los bárbaros, fué tanto el destrozo, saqueo y ruina que hicieron, que no dejaron cosa alguna ni de la casa, ni de la iglesia, ni del pueblo, y todo lo incendiaron, y quedó como si nunca hubiese existido.

¿ Quien creyera, que esta mision se restauraria, no habiendo quedado mas que las campanas, que pudo ocultar su P. conversor Fr. Narciso Llamado, y no quedándoles á los misioneros mas que la pobreza que profesaron? Mas con todo esto, aunque este P. conversor hubiese salido de aquella mision hostilizada tan desnudo como Adan cuando salió del Paraiso, y los indios, que se iban juntando, no tuviesen con que mantenerse; Dios con su providencia, los fieles con su caridad, y el dicho Padre con su industria llegaron á restaurarla y mejorarla en todo, cooperando en su principio Fr. Francisco del Pilar; de modo que por el mes de Abril de 1801 ya el pueblo estaba hecho y bien ordenado en un sitio mas ventajoso, y la capilla y casa de la habitacion de los PP. conversores concluidas, aunque les faltaba la última perfeccion. Desde entonces hasta ahora no cesaron aquellos misioneros de trabajar en su adelantamiento temporal y espiritual, sin embargo de que los indios son de mala voluntad.

En el dia tiene la mision 3211 almas; es á saber, los cristianos adultos de nueve años para arriba son 214, y los párvulos hasta 9 años son 392; los gentiles adultos son 1713, y los párvulos 892. Los matrimonios segun el órden de la S. Iglesia son 33. Desde su fundacion hasta ahora recibieron el bautismo 1306, de los cuales murieron 283; esto es, 3 adultos y 280 párvulos: debian haber quedado vivos 1023, pero de estos se hallan menos 417, que andarán por otros lugares, y solo quedaron 606.

Mision de Tapuitá.

Entre las dos misiones de Zaypurù y Tacuaremboti, y en los 19° 36' de lat., y 315° 58' de long., está la mision de Santo Domingo de Tapuitá¹, metida en un sitio redondo, cercado de cerros bastante elevados, sin mas agua que la que baja de una quebrada inmediata, la que en tiempo de seca es preciso cogerla muy arriba. No le faltan tierras para sus chacras de maiz y otros granos, y su fertilidad y temperamento es el mismo que el de Zaypurú. Sus indios son chiriguano venidos de varias partes, poco ó nada afectos á la religion cristiana y vida civil; pero acosados del hambre, que los afligia en extremo, pidieron á Fr. Francisco del Pilar les plantase mision en aquel paraje. Pero, como el sitio era tan incómodo y ellos tan inconstantes, les persuadió que se agregasen á la mision de Zaypurú, donde tenian muchos parientes. La propuesta era muy razonable; pero como ellos no saben conformarse con la razon, sino con su bárbara libertad, no quisieron condescender á su consejo, y aguardaron otra coyuntura para lograr sus deseos.

Entre tanto fué este celoso religioso á la ciudad de la Plata, como queda dicho; allí enfermó gravemente de dolor de costado; y hallándose repuesto, solicitó las licencias necesarias para la fundacion de esta mision y de la antecedente, proveyóse de varios muebles y utensilios, y habiendo regresado á Obaig á fines de Marzo de 1793, siguió aquella obra, que tenia empezada; despues pasó al Parapití para el mismo efecto; y concluida esta reduccion en el Enero de 1795, volvieron los de Tapuitá á pretender mision con mas empeño. Si estas ansias hubiesen sido por amor á la religion, hubieran sido laudables; pero como nacia de un

¹ Propiamente *Itapinta*, que quiere decir *Piedra colorada*.

corazon aficionado á las comodidades terrenas, no dejaban de ser impertinentes: mas con todo esto condescendió á ellas por la esperanza que tenia de que con el tiempo se lograria mucho bien de aquellas almas.

Empezó la capilla y casa para la habitacion de los PP. conversores el dia 19 de Julio de 1795, y á principios de Diciembre inmediato ya todo estaba concluido. Se hallaba á la sazón de visita en Zaypurú el primer Comisario Prefecto de misiones; y por no faltar á la solemnidad, con que quiso celebrar en Parapití la fiesta de su patrona la Purísima Concepcion, aguardó para la vuelta la entrada en Tapuitá. Entre tanto dió comision al P. Fr. Francisco Coll para que fuese á bendecir y estrenar su capilla; y porque era preciso nombrarle patron y titular, no queriendo fiarlo á la devocion de cada uno, sino á la voluntad de Dios, echó cédulas en un vaso, y habiendo invocado al Espíritu Santo con otros religiosos que estaban presentes, mandó á un niño inocente cristiano, que metiese la mano y sacase una cédula, y sacó la que tenia escrito el nombre de N. P. Sto. Domingo de Guzman; y este fué el nombrado por patron y titular de aquella iglesia.

Cumplió el referido P. Coll su comision, y el dia 6 de Diciembre de 1795 bendijo dicha capilla, con asistencia de otros tres misioneros vecinos, de Fr. Francisco del Pilar y de todo el pueblo, y cantó la misa con toda la solemnidad posible, y se quedó allí interinamente para cuidar de esta mision juntamente con el hermano Pilar. Llegó el R. P. Comisario Prefecto de la del Parapití, vió que todo estaba en buena disposicion, hizo empadronar á toda la gente que habia en el pueblo, y halló que tenia 402 almas, de las cuales las 110 ya habian recibido el santo bautismo, y las confirmó, y siguió su visita.

Con el socorro de un mil y trescientos pesos que dió el Gobierno, como á la del Parapití, se proveyó la capilla de las cosas necesarias y se puso una estancia. Con la aplicacion de los PP. conversores todo se fué aumentando así

en lo espiritual, como en lo temporal: de modo que en el año de 1799 tenia esta mision 553 almas, de las cuales estaban bautizadas 243: el pueblo estaba bien formado, y las escuelas muy corrientes; la capilla surtida de todos los ornamentos y vasos sagrados necesarios, y la torre con buenas campanas. Pero todo se perdió con la invasion de los bárbaros, menos las cosas de iglesia, que pudieron resguardarse con tiempo; y todos los indios de esta mision se desparramaron por varias partes.

No intentábamos restaurar esta mision, por su mal sitio y ser los indios tan variables y poco permanentes; y mas bien deseábamos, que así como se fuesen juntando, se agregasen á otras misiones. Pero, como el señor gobernador intendente de Cochabamba y Santa Cruz, D. Francisco de Viedma, se empeñase en su restauracion, tomó Fr. Francisco del Pilar este nuevo trabajo luego que concluyó la nueva obra del Parapití. Los indios desparramados se iban juntando, y él iba disponiendo las cosas para reedificarlo todo: pero sus afanes escedian á sus fuerzas; ya se hallaba muy viejo, achacoso y debilitado, y eran gravísimas las aflicciones que padecia al ver perdido en un momento lo que le habia costado tantos años de trabajo, la suma miseria en que se hallaba con la imposibilidad de poder salir á buscar algun socorro, y las muy reñidas contiendas que habia entre los PP. conversores y los soldados del destacamento de Zaypurù, cuyas consecuencias fueron bien lastimosas. Todo esto abrevió sus dias, lo postró en la cama, y apenas concluyó la casa y capilla, que entregó su alma á Dios con mucha paz, y fué á recibir el premio de tantos trabajos, el dia 19 de Marzo de 1803. Lo asistió el P. misionero Fr. Julian Diaz Canseco, y le administró los santos sacramentos, y el dia siguiente le dió eclesiástica sepultura en aquella misma mision; y despues fueron sus huesos trasladados á este Colegio¹.

¹ V. Apéndice O.

Los PP. misioneros que se hicieron cargo de esta mision, trabajaron sin cesar en su adelantamiento. En el dia tiene 667 almas; esto es, de cristianos adultos mayores de nueve años hay 155, y de párvulos hasta nueve años 188; de gentiles adultos 306 y de párvulos 18. Los matrimonios segun el rito de la S. Iglesia son 52. Desde su fundacion recibieron el santo bautismo 764, y de estos murieron 225; es á saber, 120 adultos y 105 párvulos: habian de haber quedado vivos 539, pero faltan 96, y por esto no hay mas que 443. Se hizo la casa de los PP. conversores nueva, se renovó la iglesia y se hicieron otras obras de utilidad.

XIX.

Fundacion de la mision de la Tapera , y lo que se trabajó en ella.

CONCLUYAMOS con la última conquista que hizo el mencionado religioso apostólico Fr. Francisco del Pilar, antes que se perdiesen las que restauró con el favor de Dios. Esta es la mision de San Pablo apóstol de la Tapera, que se halla entre la parroquia de Sauces y la mision de nuestra Señora de la Candelaria de Iti, y está en los 19° 28' de lat., y en los 315° 14' de longitud.

Este era un pueblecito de bárbaros chiriguanos, cuyo principal vecino fué un pobre cristiano llamado Viri, quien en su mocedad fué cautivado de los infieles, y vivió muchos años entre ellos y como ellos, casado con una india bárbara é infiel, á la que nunca quiso dejar; pero al fin, aunque ya estaba anciana, pudo aprender lo mas preciso para cristianizarse, y con esto recibió el santo bautismo y se compuso aquel matrimonio. Instado el apostólico Pilar de este cristiano-bárbaro se resolvió á fundar mision en aquel lugar con el fin de reunir en él todos los indios que tenian sus rancherías en aquellas inmediaciones, con los cuales se hubiera formado un gran pueblo: pero este

proyecto no se ha podido verificar hasta el dia, ya por la perversa condicion de aquellos indios agrestes y enemigos de la sujecion, ya por las pésimas persuasiones de algunos malos cristianos, que tenian y tienen sus ganados en aquellas comarcas, y no querian ni quieren perder las francas é impunes ocasiones, que tenian y tienen en aquellas rancharías de bárbaros, para vivir tan bárbaramente como ellos. Estos fueron los que mas se oponian á esta fundacion; pero mas pudo el celo, que la malicia.

Consiguió Fr. Francisco del Pilar las licencias y auxilios necesarios, y luego puso mano á la obra. Interinamente fabricó una pequeña capilla y una casa suficiente para los PP. conversores; y luego hizo bastantes ranchos ó viviendas para los indios existentes y para los que se agregasen, y formó un pueblo bien ordenado. Inmediatamente se puso á levantar una iglesia capaz de adobe; y antes que se concluyese, quiso que se bendijese la capilla interina, y se estrenase aquella mision con el santo sacrificio de la misa. Para esto fué comisionado el P. Fr. Pedro Regalado Rodriguez conversor de la cercana mision de S. Pedro de Alcántara de Tayarenda, el cual bendijo la dicha capilla, pùsole por patron y titular á S. Pablo apóstol, por encargo del R. P. Comisario Prefecto de misiones, y celebró la primera misa el dia 28 de Mayo de 1798.

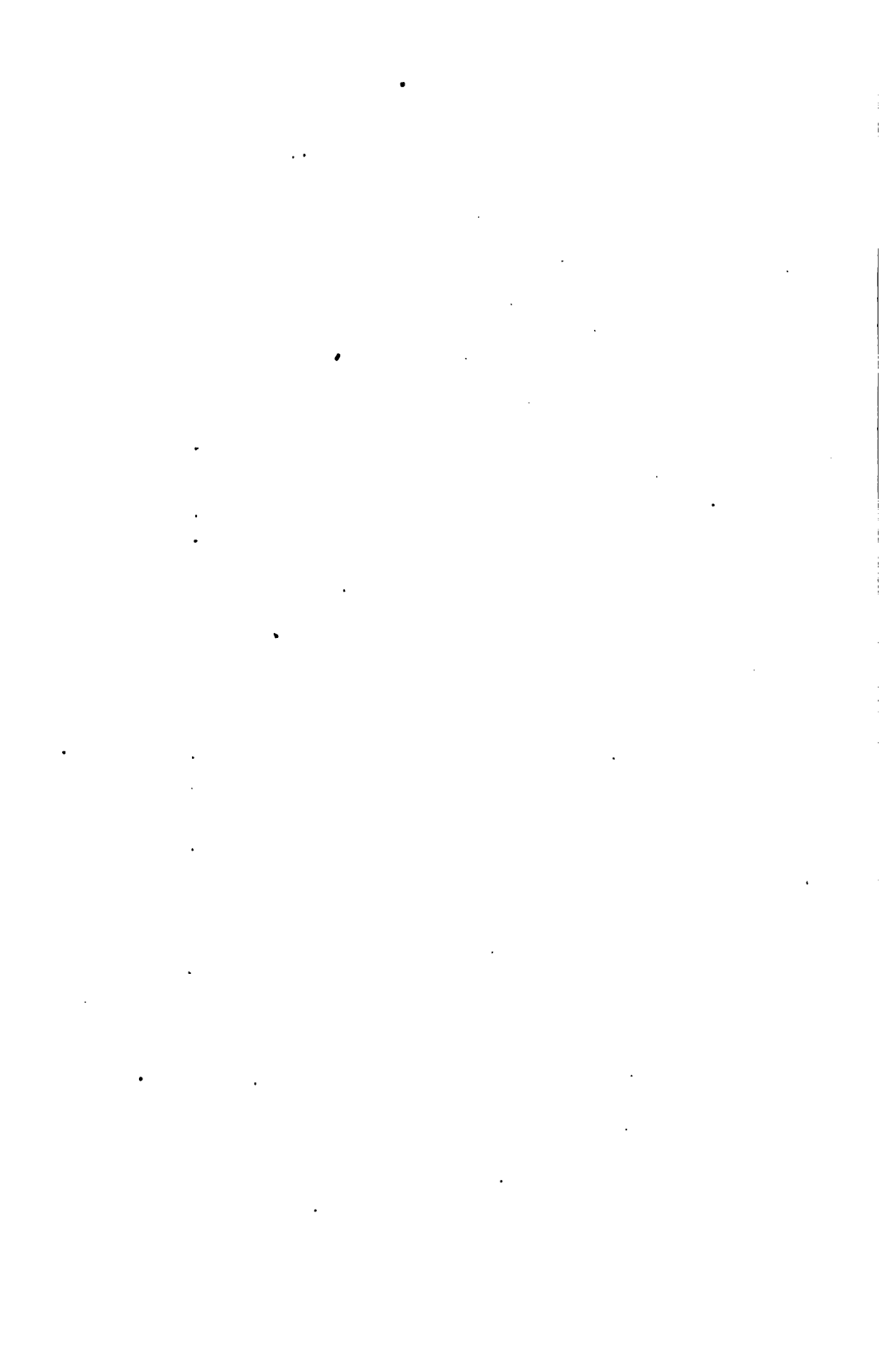
La situacion de este pueblo no es la mas favorable, pues podia haberse plantado en lugar mas espacioso, si los indios hubiesen condescendido á ello. Está en una quebrada algo abierta, por la cual pasa un arroyo de agua, que juntándose con otro que viene de Lecheleche, forma el rio que pasa por Iti y Tayarenda. À poca distancia sale un manantial perene de agua muy buena. La tierra es fértil, y produce los mismos frutos que la de estos pueblos mencionados, y goza del mismo temperamento. En el principio apenas tenia 67 almas de todas edades, de las cuales 20 habian recibido el bautismo.

Con los 1300 pesos que dió el Gobierno hubo para

mantenerse los PP. conversores que fueron luego, proveerse de herramientas para la labranza, surtir la capilla de ornamentos y vasos sagrados, y poner una mediana estancia de ganado. Con este auxilio se puso la mision en buen pié; luego se empezaron á labrar chacras, á formalizarse las escuelas, y á educar á aquellos indios en la doctrina y leyes del cristianismo.

Todo iba con prosperidad y aumento; pero el diablo, envidioso de estos felices progresos, procuró valerse de sus aliados para destruirlo todo. Uno de estos era el capitán Mandicuyo, vecino de las rancherías inmediatas, el cual mal contento y en extremo disgustado con esta fundacion, procuró pervertir á los que vivian muy contentos en la mision, para que la dejaran; y viendo que no lo podia conseguir, se fué á convidar á los bárbaros de los pueblos de adentro, persuadiéndoles á que se juntasen con él para matar á aquellos PP. conversores, y arrancar de raiz aquella nueva planta, que tantos trabajos costó el meterla en aquella tierra y cultivarla. Pero Dios le cortó los caminos, disipó todas sus ideas, y se puso de antemural para defender á aquel su pueblo. Quedó este libre de las furias de este bárbaro impío; y gozando de buena paz, ha ido prosperando en lo temporal y espiritual (aunque muy despacio), para la mayor gloria de Dios y bien de aquellas almas.

Se concluyó y adornó la iglesia de adobe, con edificacion de los comarcanos; se trabajó una nueva casa con las correspondientes habitaciones y oficinas, se aumentó el pueblo y la estancia, la instruccion y la policia; de suerte que en el dia tiene esta mision 210 almas; es á saber, de cristianos adultos mayores de nueve años 100, y de párvulos hasta nueve años 54; de gentiles adultos hay 56, y de párvulos ninguno. Los matrimonios segun el rito de la santa Iglesia son 25. Desde la fundacion recibieron el bautismo 321, de los cuales murieron 86; esto es, 10 adultos y 76 párvulos. Debian haber quedado vivos 235; pero, como estos indios son tan vagamundos como los demas, faltan 81; y por esto no hay mas que 154.



XX.

De la invasion de los bárbaros, y destruccion de las misiones de Parapiti, Obaig, Pirití, Igüirapucuti, Tacuaremboti y Tapuitá; y su restauracion.

No es fácil que permanezca en la religion él que no conoce al Dios que adora. Si los indios chiriguano y chaneses, de quienes hemos hablado hasta aquí, hubiesen pedido mision por el afecto y deseos que hubiesen concebido de abrazar el cristianismo para salvar sus almas, hubieran sido mas constantes en el tiempo de la tentacion, y no hubieran vacilado al contraste de los enemigos de la fe y ley de Jesucristo. Pero, como su fin principal, y tal vez el único que tuvieron para solicitar ó admitir mision, no fué otro que la seguridad de sus personas en el tiempo de guerras, y las comodidades temporales que se disfrutaban bajo la direccion de unos ministros caritativos; faltándoles esto, retroceden de sus primeros propósitos, y se dejan llevar de los apetitos naturales antiguos, que nunca domaron. Es decir, que siempre aman la libertad, siempre aborrecen la sujecion, siempre miran con indiferencia la religion, y

siempre estiman por mas feliz la vida suelta y bárbara en que se criaron. Más quieren esto que la salvacion, porque no la conocen, ni la quieren conocer ni entender, para vivir mas tranquilos en los vicios de su barbaridad.

Este es el estado en que se hallan nuestros indios, hasta que (despues de muchos años de instruccion, de sujecion y de práctica en las observancias cristianas, y que ya todos los de un pueblo recibieron el santo bautismo) llegan á conaturalizarse con aquel modo de vida, y tomar el gusto á la vida civil, política y cristiana. Pero, mientras sus carnes huelan á barbarismo, y no habiéndose habituado todavía á la sujecion y observancia de las leyes cristianas, y mucho mas siendo la mayor parte de un pueblo infieles ó gentiles, harán lo mismo que la cabra, que siempre tira al monte. Ellos estarán quietos, mientras se les toleren las embriaguezes, los hurtos y todo género de lascivias, y los dejen estar ociosos, dándoles lo mismo que por cariño se les daba en el principio para ganarles la voluntad: pero viendo que no se les da sino cuando trabajan, y que se les reprenden y castigan los delitos, aunque sean los mas enormes, sacuden el yugo, abandonan la mision, y dicen á los PP. conversores que se vayan, porque no quieren ser cristianos. Esto es lo que sucedió en las misiones modernas de Parapití, Obaig, Pirití, Igüirapucuti, Tacuaremboti y Tapuitá; y lo mismo pretendieron las de Tayarenda é Iti.

Dos fueron las conmociones de estos indios. La primera sucedió en los meses de Febrero, Marzo y Abril de 1796, y la segunda en los meses de Noviembre y Diciembre de 1799: y de una y otra es preciso tratar aquí, para que se conozcan los trabajos, aflicciones y peligros, en que estuvieron nuestros PP. misioneros.

Empezaron á conmoverse los indios de la mision de S. Gerónimo de Pirití en el dia 28 de Febrero de 1796, diciendo que no querian mas mision, y que querian matar á los Padres y á los soldados del destacamento de Zaypurí. Al aviso de este primer movimiento fueron estos á dicho

pueblo, y prendieron al principal motor; pero viéndose rodeados de muchos indios enemigos, tuvieron á bien largarlo para evitar algun desastre. Mucho fué lo que trabajó en esta ocasion el P. Fr. Gerónimo Rodriguez Carro conversor de aquella mision, para juntarlos y apaciguarlos. Él tuvo un partido de indios leales del mismo pueblo que iban á su favor, y con este abrigo tiró á amedrentar á los rebeldes con la venida de los españoles, que precisamente los sujetarian y castigarían, si no se mantuviesen quietos. Con esto pudo contenerlos; pero, esto fué echar un poco de ceniza sobre aquellos carbones encendidos, y atajar por un instante el impulso de aquellas fieras para acometer con mas furor; porque á pocos dias de este sosiego fué tanta la intrepidez y osadía de los bárbaros de aquel mismo pueblo, que mancomunados con los indios de Obaig, Igüirapucuti, Tacuaremboti y de otros pueblos del gentilismo, se armaron y pretendieron acabar con todos los religiosos de aquellas misiones y con todos los cristianos antiguos de aquella vecindad, para quedarse solos en su libertad, y vivir á su gusto sin sujecion alguna. En esto pararon aquellos grandes fervores, con que estos pueblos pidieron se les fundase mision, no para dar vida á sus almas, sino para matar el hambre que la quitaba á sus cuerpos.

Vista esta general conmocion, en que peligraban las vidas de los PP. conversores, tuvo á bien el comandante del fuerte de Zaypurú, D. José Lorenzo Chaves, escribirles que se retirasen cuanto antes á aquel pueblo para su resguardo; lo que ejecutaron prontamente, de noche y sin llevarse cosa alguna, para no ser sorprendidos de la bárbara intrepidez de aquellos alzados. Los PP. de la mision del Parapití permanecieron en ella todo el tiempo de la tribulacion, no tanto por la seguridad en que se considerasen, como por la imposibilidad en que se veian de salir sin peligro de la vida: pues, en el mismo pueblo tenian al capitan Guarei, cuyo ánimo era el mismo que él de los alzados, y su aversion al cristianismo se asemejaba á la de Lucifer, como luego veremos.

Ni en la recién fundada misión de Santo Domingo de Tapuitá había seguridad alguna; porque, aunque todavía estaban tomando la leche de los pechos caritativos de Fr. Francisco del Pilar, quien los asistía y procuraba conservarlos quietos, no dejaban de manifestar que sus corazones se inclinaban á la general conmoción. Viendo estos inminentes peligros, y sabiendo que todos los indios solían respetar á dicho Fr. Francisco, mandóle el R. P. Comisario Prefecto, que fuese por todas aquellas misiones alborotadas, para ver si podría sosegar á aquellos indios. Obedeció prontamente, esponiendo su vida por el bien de sus hermanos: pasó por todas ellas, exhortó á los indios, los amonestó, los acarició, los regaló; y despues de todo esto, escribió á dicho Superior que los indios estaban muy malos, que no querían aplacarse, y que no querían dejarle salir de la misión de Pirití, porque sospechaban que les quería hacer traición. Frustrada esta diligencia, no hubo mas recurso, que pedir mas tropas, para resistir y castigar á los rebeldes.

No se descuidó el comandante Chaves de practicar esta diligencia: prontamente escribió al subdelegado de Santa Cruz, D. Antonio Seoane de los Santos, que como coronel de aquellas milicias le enviase sin tardanza el socorro que necesitaba: pero viendo que este no venía, y que los indios ya iban á caer sobre aquel fuerte, pidió auxilio al R. P. Comisario Prefecto de misiones; y este prontamente le remitió de las de Pirai, Florida, Cabezas y Abapó á quinientos indios flecheros. Tras de estos vinieron veinte y cinco soldados de Santa Cruz; y con esto los indios rebeldes se amedrentaron y se retiraron á sus pueblos, los PP. conversores se volvieron á sus respectivas misiones, y por entonces quedaron aquellos humillados y no hicieron novedad.

Al mismo tiempo se conmovieron las misiones de Ntra. Sra. de la Candelaria de Iti, y de S. Pedro de Alcántara de Tayarenda. La perturbación de toda aquella vecindad fué tanta, que el pueblo de Sauces, de donde podía venir algun socorro, se quedó casi sin gente; todos huyeron

del peligro, y solos los PP. conversores permanecieron constantes. Ellos se valieron de todos los medios posibles para aquietar á los rebeldes: ya se valian de exhortaciones suaves y caritativas, para ablandar su dureza; ya los asustaban con los soldados, que se pidieron al destacamento de Zaypurú y al comandante de la Laguna, asegurándoles que precisamente habian de prenderlos y castigarlos. Oyeron los indios estas sus razones; y como de otra parte sabian que las misiones de mas adentro quedaban ya sosegadas, contuvieron sus furias y se mantuvieron quietos.

Mudóse el teatro: pero fué para prevenir la tragedia mas lamentable. Como las principales cabezas del pasado motin quedaron sin castigo alguno, no cesaron de atizar el fuego que ardia en sus depravados corazones. Por sus escandalosos influjos era casi general en aquellas nuevas misiones y en sus indios el no querer asistir á la doctrina, ni permitir que sus hijos fuesen á las escuelas, ni hacer caso de las correcciones y amonestaciones de los PP. conversores; y solo se ocupaban en bebidas y borracheras, convidándose de un pueblo á otro, para fomentar y conservar la union, que consideraban precisa para dar complemento á sus primeras intenciones.

No hubo en ellos un momento de paz verdadera. En la mision de la Purísima Concepcion del Parapití á influjos del mencionado capitan Guarei se observaron los sobredichos daños en tal grado, que los que querian sujetarse á los PP. conversores se veian mofados, avergonzados y tratados de esclavos; y para evitar estos sonrojos, ya nadie queria servirles ni trabajar cosa alguna, aunque se les ofreciese la paga. Todavía obró mayor y mas malignante ruina aquel influjo luciferino, y fué que para no oir la campana ni voz que oliese á cristianismo, se iban retirando del pueblo, y formaban en sus inmediaciones sus rancherías, divididas por parentelas á su uso antiguo. La mision de S. Gerónimo de Pirití conservaba en sus indios toda la malicia, que concibió en sus principios. Aun no se habian pasado dos meses

de su fingida paz, que su P. conversor Fr. Pedro Lino Zabala, religioso el mas pacífico y suave, estuvo espuesto á que le quemasen la capilla y la casa, y á que le quitasen la vida. Ya los indios se dispusieron para ejecutarlo; ya las flechas le iban cerca, y tuvo que encerrarse muy aprisa para evadir el último estrago; y solo el valor de un partido de ellos mismos, que era favorable, pudo impedirlo. Así estaban todas aquellas misiones ya apaciguadas: pero paz, paz, y no habia paz, sino prevenciones de la mas lastimosa guerra.

Amaneció el año de 1799, y en lugar de luces dió las mayores tinieblas. En todas las misiones hubo indios de buena índole y que estaban muy contentos con sus PP. conversores; pero en ninguna faltaba un partido malo y perverso, que siempre meditaba la destruccion de aquel nuevo plantío del jardín de Jesucristo. Para ejecutarlo á su salvo, fueron y sembraron la zizania en el barbarismo, donde fructificó en tal grado, que en un momento se reunieron todos para arrojar de sus tierras á todos los ministros del Evangelio y á cualesquiera cristianos antiguos, y quedarse con su antigua libertad. Este fué su primer intento concebido en el año de 1796, y desde entonces no cesaron de prevenir los medios, para lograr ver nacido á este monstruoso parto. Los pueblos bárbaros que se coligaron con los perversos de las misiones del Parapití, Obaig, Pirití, Igtuirapucuti, Tacuaremboti y Tapuitá, fueron mas de treinta; ó, por mejor decir, fué toda la nacion chiriguana, que está esparcida por aquellas inmediaciones, y aun de los parajes mas internos.

Desde el mes de Julio de 1799 empezaron los bárbaros de Caipependi á robar y matar las reses de las misiones de Obaig y Tapuitá: todo el afán de los indios era en hacer flechas; las comunicaciones y convites eran muy frecuentes; y en la última bebida que tuvieron dia 20 de Octubre en la mision de Tapuitá, concurrieron los malos de todas aquellas misiones y de muchos pueblos gentiles, principalmente de Caipependi, Tacuarembotimiri y Muchirimiri. Em-

pezaron al anochecer sus bailes y cantos fúnebres, y á la media noche oyó el P. conversor una voz alta que decia: *Estaréis con cuidado, porque los españoles nos pueden coger desprevenidos: el que tenga orejas, oiga.*

Así se fueron preparando; y cuando les pareció tiempo oportuno, se reunieron los bárbaros, y dieron el primer combate á la mision de la Purísima Concepcion del Parapití. Se resistieron los indios buenos, que estaban en el pueblo; pelearon constantemente contra los enemigos; animábalos el P. conversor Fr. Narciso Llamado, sin temer la lluvia de flechas que caian sobre ellos; pero, como la multitud de los bárbaros era mucho mayor que la suya, hubieron de rendirse, y el P. misionero se retiró algun tanto, para observar lo que harian los vencedores: y viendo que entraban furiosos, y que sus primeras acciones se dirigieron á saquear la casa é iglesia, y pegarles fuego para su total destruccion, escapó con tiempo; porque, aunque los mismos indios rebeldes le decian que no iban para hacer dano á su persona, tuvo por mas seguro huir la ocasion que esponerse al peligro. Sucedió este desastre el dia 6 de Noviembre de 1799, y el dia siguiente echaron á todos los indios fieles, y quemaron el pueblo. Todo lo de esta mision se perdió; porque lo que no pudieron llevar los bárbaros fué reducido á cenizas.

De aquí pasaron á la de S. Diego de Obaig, cuyos indios se manifestaron acérrimos defensores de su pueblo y de los PP. conversores. Ellos eran enemigos declarados de los de Caipependi y de sus aliados; de modo que ellos mismos, ayudados de algunos de Pirittí, habian abrasado hasta seis pueblos de los bárbaros enemigos, y recobrado algunos caballos y mulas que les habian hurtado. Por este motivo los acometieron con mas furia. El P. conversor Fr. Domingo Andres no quiso desamparar á sus indios hasta que ellos mismos, viendo que no habia remedio, le instaron á que fuese á guarecerse en Zaypurú. Mucho querian estos indios á este P. misionero, y á él se le partia el co-

razon de dejarlos. Salió por fin en el último conflicto, llevando solamente lo encapillado, ornamentos y vasos sagrados; y luego los bárbaros entraron, saquearon y quemaron la casa é iglesia y todo el pueblo, el dia 11 del mismo mes.

Inmediatamente, y sin pérdida de tiempo pasaron á la mision de S. Gerónimo de Pirití. Los indios buenos y leales estaban muy animosos para defenderla; pero los malos, coligados con los bárbaros, supieron seducirlos, salvo algunos, que por no consentir en aquella maldad se retiraron á otras partes. Su P. conversor Fr. Manuel Ruiz Calzada, viendo el estrago inevitable se salió con tiempo, llevándose los ornamentos y vasos sagrados con los libros parroquiales y algunas cosas de su uso; dejando todo lo demas á la disposicion de los rebeldes, quienes lo saquearon todo; y finalmente pegaron fuego á la iglesia y casa nueva, que se acababa de concluir, y á todo el pueblo, en el mismo dia 11 de Noviembre.

En el mismo dia, pasaron á la mision inmediata de S. Francisco Solano de Igiirapucuti, para ejecutar lo mismo que en la antecedente: pero se les opuso el capitan Güirabaca con sus indios, diciendo, que primero se dejarian matar, que permitir que quemasen la iglesia y casa de los Padres. El empeño fué muy reñido; vinieron á las armas, pelearon fuertemente, y al cabo los del pueblo obligaron á los rebeldes á que se retirasen. Así lo hicieron; y sin demora alguna pasaron á la mision de S. Buenaventura de Tacuaremboti, cuyos indios, poco ó nada afectos á la religion, ya habian instado á sus PP. conversores Fr. Buenaventura Villanueva y Fr. Julian Diaz Canseco que se fuesen luego, y no aguardasen á que los bárbaros los matasen; y parece que esta instancia no fué tanto por el amor que tenían á sus vidas, como por la codicia de las cosas que tenían en su casa. No quisieron ser porfiados, ni esponerse al riesgo, que les amenazaba tan de cerca. Salieron en buena paz tres dias antes que llegasen los enemigos,

llevando consigo el cáliz, misal y todos los ornamentos con los libros de su uso á Zaypurú, y dejando todo lo demas á la disposicion de sus propios indios, quienes prontamente lo barrieron todo. Llegaron finalmente los bárbaros el mismo dia once, y habiendo incendiado la iglesia y casa con sus oficinas, lo dejaron todo asolado.

Despues de todo esto, determinaron los enemigos volver á Iguirapucuti; pero Dios, que muchas veces se vale de los efectos naturales para amedrentar á los impíos, les detuvo los pasos, y los atemorizó con una aurora boreal, ó con unos fenómenos luminosos, que se levantaron del horizonte sobre la atmósfera perpendicular, cuyas llamaradas veian dirigidas á sus propios pueblos. Empezaron á reverberar estas exhalaciones á la una de la mañana del dia 12 de dicho mes de Noviembre, y duraron hasta el amanecer. Fué tanto el horror que concibieron de aquel aspecto (que miraban como castigo del Dios grande, embravecido y enojado contra ellos), que al momento se huyeron, y algunos corrieron hasta el valle de Ingre. No lo tengamos todo por casualidad. En aquella sazón estaba el pueblo de Zaypurú y su fuerte de S. Carlos destituidos de soldados, de municiones y armas para la defensa: si entonces lo hubieran acometido los bárbaros, como lo intentaban, infaliblemente lo hubieran destruido; y seguidamente hubieran acabado con las tres restantes misiones hasta el rio Guapáy, que era lo que deseaban. Pero Dios, que queria salvar á aquellos pueblos, se valió de este natural fenómeno para estorbar sus depravados intentos, y al mismo tiempo dar lugar para que llegasen mas soldados, armas y municiones de la ciudad de Santa Cruz, y muchos indios flecheros de las misiones de Tacurú, Igmirí, Mazavi, Abapò y Cabezas, para defenderse de aquellos protervos enemigos.

Duróles á estos el miedo algunos dias: pero, así como el Demonio, aunque algunas veces se vea aterrado y confundido, no pierde las esperanzas, y repuesto del golpe embiste con mas furia; así estos esclavos suyos, aunque por

aquel tiempo se hallaron sorprendidos del espanto, viendo que cesaron los enojos del cielo, recobraron el valor que habian perdido, y reuniéndose otra vez, cayeron sobre dicha mision de S. Francisco Solano de Iguirapacuti, el dia 19 del mismo Noviembre, y la redujeron á cenizas. No aguardaron este lance sus PP. conversores Fr. Ángel Villamarín y Fr. Fernando Garay, sino que aprovechando el tiempo que Dios les ofrecia, recogieron todas las cosas de iglesia y las principales de su uso, y se marcharon para Zaypurú.

No hizo menos el P. conversor de Tapuitá Fr. Gerónimo Rodriguez Carro. Él veia, que sus indios estaban coligados con los bárbaros, que en su mismo pueblo se celebraban los convites y se trataban sus intenciones, que le mostraban mal gesto y no le hacian caso, que algunas veces se le ausentaban casi todos, y que por fin tenia poca seguridad en su mision; y como ellos mismos le instasen que se fuese luego, trató de asegurar todas las cosas de la iglesia y de la casa de su habitacion en la de Zaypurú, y despues de esta diligencia se salió sosegadamente; y en el dia 29 del mismo mes cayeron los enemigos sobre la mision, y pegaron fuego á la iglesia, á la casa y á todo el pueblo.

Estas son las seis misiones, que el bárbaro furor de los enemigos del nombre cristiano saqueó, asoló y borró del suelo ya conquistado, para vivir libremente á su gusto, sin ley ni religion, sin obediencia ni sujecion alguna, como fieras en los montes, y como animales nocturnos en las tinieblas de su infidelidad. Mucho fué el daño que hicieron; pero todavía les quedaban cuatro misiones que destruir, para el entero desahogo de sus depravadas intenciones. El primer golpe habia de ser en la de Zaypurú, donde se habian guarecido los PP. misioneros de las que perecieron; pero Dios suplió las fuerzas que les faltaban para defenderse de tan furioso paganismo, y dejó confundidos á los que se gloriaban de ser triunfantes.

El dia 30 de Noviembre se reunieron los bárbaros con

los mas de Tapuitá en número de casi cinco mil, para dar el asalto al pueblo de Zaypurú y fuerte de S. Carlos. Se presentaron muy de mañana, cercaron todo el pueblo, empezaron á insultar y á dar alaridos, unos tocando sus silbatos, y otros arrojando flechas, y todos muy confiados, teniendo por muy cierta la rendicion y total ruina de aquel pueblo y del fuerte que lo guarnecía. Su guarnicion en aquel lance solo se componia de 100 hombres españoles venidos de la ciudad de Santa Cruz y sus contornos, y de 700 indios neófitos flecheros de las referidas misiones de Tacurú hasta Cabezas. Las espingardas estaban prontas, los fusiles bien dispuestos, las municiones en abundancia, y todo el pueblo cercado de un seto de rama para impedir la tropelía de los caballos. Rompióse la guerra con todo empeño, y pelearon sin cesar desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde: ya los soldados y su comandante iban desmayando; pero los misioneros puestos en medio de la plaza no cesaron de exhortar y alentar á todos, particularmente el P. conversor de Mazavi Fr. Bernardo Duran, que vino con sus indios; y fué tanto su teson, que no dejó de exhortar y animar á la gente hasta que se le cerró enteramente el pecho y perdió el habla; pero, lo que no podia hacer con las palabras lo suplian las acciones, é infundiéndoles valor y constancia, al fin ganaron los nuestros una completa victoria. Quedaron los rebeldes vencidos, pero mal escarmentados; huyeron con mucho apuro, pero siempre quedaron orgullosos, y decian que no habian de parar hasta haber robado todo el ganado de aquellas estancias, saqueado y destruido todos los pueblos, y arrojado á cuantos cristianos habitaban en aquellas tierras hasta el rio Guapáy. No sabian los infelices, que ya se les acercaba una persecucion tan terrible, que no les dejaria seguridad ni en sus propios hogares.

Efectivamente, á principios de Diciembre inmediato llegó á Zaypurú el señor coronel D. Antonio Seoane de los Santos con 125 soldados, y tras de él 75 indios flecheros de las

misiones de Florida y Pirai: y entre tanto que el señor gobernador y capitán general D. Francisco de Viedma prevenia y formaba un ejército de soldados vallegrandinos y cruzeños para venir y castigar á los bárbaros insolentes, hacia algunas entradas para atajarlos; y en la que hizo el día 2 de Febrero de 1800 se espuso á perder la vida en un encuentro que tuvo con los rebeldes de Obaig, que se habian juntado con los de Izozo y se le resistieron fuertemente. Por último llegó el señor capitán general Viedma á Zaypurú con un ejército de dos mil hombres entre cruzeños, vallegrandinos é indios neófitos de nuestras misiones; y fué tanto el miedo que causó á los indios emigrados de las misiones perdidas, que se fueron volviendo á sus propios lugares, y pidieron con mucha instancia á dicho jefe, que les diese á los mismos PP. conversores que antes tenian. Condescendió á ello, y luego mandó al P. Fr. Domingo Andres que fuese á restaurar la mision de Pirití, al P. Fr. Àngel Villamarin á la de Igtirapucuti, y al P. Fr. Buena-ventura Villanueva á la de Tacuaremboti; lo que cumplieron el día 22 de Mayo de 1800. Luego el hermano Fr. Francisco del Pilar (que tambien se hallaba en Zaypurú, llorando la pérdida de sus inmensos trabajos), sabiendo que los indios de Obaig y Parapití tambien se volvian á sus sitios y suspiraban por sus mismos Padres, se ofreció á ir gustoso y restaurar aquellas misiones. Allí estuvieron estos operarios trabajando con el mayor empeño en formar otra vez aquellos pueblos, hacer las casas de su habitacion y edificar nuevas capillas ó iglesias, ayudando los indios con buena y pronta voluntad, de modo que por el mes de Abril de 1801 ya estaban restauradas estas cinco misiones.

Entró por fin el señor capitán general Viedma al barbarismo con los dos mil soldados, el día 5 de Junio. Parecia que iba á desolar todos los pueblos de los infieles, y á cautivar y castigar á todos los rebeldes; pero para esto le faltó la táctica militar, que nunca habia profesado, ni los oficiales que le acompañaron supieron guardar union, ni ave-

nirse en los consejos, ni usar de la prudencia y resguardos que se requieren en tales lances. Ellos les quemaron algunos pueblos, les apresaron algunos indios, les rebatieron algunos ataques; pero viendo que los capitanes Buzeta y Terrazas, metidos sin consejo y con poca prevencion entre los bárbaros enemigos, habian sido víctimas de su furor, cayeron de ánimo y dieron la vuelta para Zaypurú el dia 5 de Julio del mismo año, y aquí se acabó esta grande expedicion. Los enemigos con esta retirada quedaron mas insolentes y engreidos; bailaban con regocijo y mofa, levantando en sus picas las cabezas de los distinguidos capitanes que habian muerto; amenazaban con orgullo una nueva embestida; y con todo esto, llegando á Zaypurú, soltó aquel capitan general á todas sus tropas, dándoles licencia para que se fuesen á sus tierras, y dejando en el fuerte de S. Carlos solo á los veinte y cinco soldados que solia tener de guarnicion.

Clamó el R. P. Comisario Prefecto de misiones que se hallaba presente, y le manifestó el riesgo que corrian aquellos pueblos, si no les dejaba algun mayor auxilio para poderse defender: y no tuvo mas respuesta sino que no tenia facultad para aumentar aquella guarnicion, y que solo asegurando los PP. conversores de las cuatro misiones de Abapó, Cabezas, Florida y Pirai con sus sínodos ó limosnas anuales que les daba el real erario para alimentarse, los sueldos de los soldados que se agregasen, podria mandarles quedar. No tuvieron dichos PP. misioneros embarazo en ceder á este seguro, para asegurar á aquellos pueblos y misiones de la violencia de los insolentes enemigos. Con esto se formó otro fuerte en el nuevo pueblo de Pirití, y quedaron en él otros veinte y cinco soldados de guarnicion; y juntos estos con los de Zaypurú, conservaron indemnes á aquellos lugares.

Si alguno preguntase: ¿con que caudales se restauraron aquellas misiones?, francamente le podremos responder que con sola la Providencia de Dios y la industria de los

PP. misioneros. Porque, á los restauradores, para empezar à trabajar aquella grande obra, no les dieron mas que cuatro reses flaquísimas y un pan de sal á cada uno: los indios no habian sembrado ni tenian un grano de maiz: aquel año no se les dió el sínodo acostumbrado ni otro socorro hasta que, saliendo de la expedicion en que cogieron bastante ganado á los enemigos del que habian robado, les repartieron algunas reses y cuatro chucherías, que le sobraron al general; y con esto los dejaron en manos de la Providencia y de sus industrias. Ellos absolutamente nada tenian: pero Dios que queria se mantuviese la fe en aquellos pueblos, y que para este fin habia llamado otra vez á aquellos neófitos y catecúmenos engañados y seducidos al redil de sus misiones, movió los ánimos de los fieles para el socorro de esta restauracion.

Dios todo lo tiene presente, y sabe prevenir los eventos futuros, para los fines de su admirable providencia. Murió en la ciudad de la Plata el señor Maestrescuola, Dr. D. Carlos de S. Martin, y en su testamento dejó á beneficio de nuestras misiones de infieles la hijuela de aquel año, que importó 2350 pesos 4 reales. Este fué el primer caudal, que previno la Providencia divina. À mas de esto, como en aquel tenebroso tiempo de la revolucion se hallase el R. P. Comisario Prefecto haciendo misiones en las ciudades de Salta y Jujú, y tuviese la lamentable noticia de la destruccion de las referidas seis misiones, hallándose de regreso en Tupiza y caminando para Potosí; viendo que de nada le serviria apurar el paso para estorbar aquel estrago, resolvió quedarse en esta villa imperial aquella cuaresma, y ver como podria recoger alguna limosna, para la restauracion de dichas misiones. À este fin se encargó de predicar las ferias en la iglesia que fué de los PP. de la Compañía de Jesus, y despues fué de puerta en puerta pidiendo limosna, y en estas diligencias recogió 679 pesos 2 reales, que juntos con el pio legado del señor Maestrescuola ascendieron á 3029 pesos 6 reales: y luego de haber dado espe-

diente á ciertos importantísimos asuntos, que hubo de tratar en la R. Audiencia de la Plata, concernientes á las misiones y PP. conversores, caminó para ellas, y llegó en tiempo que el ejército salió de su expedicion. Con el sobredicho socorro y otras diligencias que hicieron los PP. misioneros, se restauraron las cinco misiones, se proveyeron los Padres de las cosas necesarias, y tomaron alientos para trabajar de nuevo, hasta ponerlas en el estado que hoy tienen, de lo que ya se hizo mencion hablando de cada una en particular. Últimamente se restauró tambien la de Tapuitá, en cuyo trabajo dió su alma á Dios el apostólico religioso Fr. Francisco del Pilar, como ya queda dicho en su lugar.

Ya salímos de esta empresa; pero no tardaron muchos años los bárbaros á ponernos en otra tribulacion, que padecieron las misiones del Parapití y Obaig, invadidas otra vez de aquella vil canalla á principios de 1804. Acometieron primeramente á la del Parapití, robando el ganado de la estancia, que era su primer objeto; y viendo el P. conversor Fr. Narciso Llamedo que el peligro estaba cerca, recogió los ornamentos y vasos sagrados y los muebles de casa, y se marchó con algunos de sus indios á la de Pirití, donde permanecia el destacamento de soldados; y los demas, agregándose á los bárbaros, pegaron fuego á la casa, iglesia y pueblo, y todo lo redujeron á cenizas. De aquí pasaron á la de S. Diego de Obaig, cuyo P. conversor con todos los de su pueblo, llevando los ornamentos, vasos sagrados, muebles de casa y el ganado, se pasaron al abrigo del fuerte de Pirití; y los bárbaros, despues de haber empleado tres dias en destruir cuanto habia en el pueblo, el dia 6 de Enero lo dejaron enteramente arruinado. No satisfechos con esto, quisieron pasar á Pirití; pero de allí fueron rechazados, y se retiraron á sus tierras.

Pero de balde pretende el diablo destruir lo que Dios quiere edificar. Mientras habrá misioneros de celo, no dejarán de reedificar para mayor gloria de Dios, lo que los

bárbaros destruyeren para dar gusto al diablo. Ellos arruinaron la mision de Obaig; pero dentro de poco tiempo volvió el mencionado P. Llamedo con los indios de ella á reedificar el pueblo, casa é iglesia; y en los años siguientes se ha trabajado otra iglesia regular, y una casa capaz de adobe con bastante solidez; se plantó una buena chacra de algodon y otra de legumbres, y la estancia se fué adelantando poco á poco.

La misma diligencia se hizo en el Parapití. À mediados de Julio del mismo año de 1805, concluida la obra de Obaig, volvió el mismo P. Llamedo á restaurar aquella su mision. Con su modo agradable y apacible no solo atrajo á sus indios, sino que agregó á ella á todos los del pueblo bárbaro de Timboy, y formó un pueblo tan numeroso, como queda dicho en su lugar. Pasado algun tiempo hizo la poblacion en un lugar mas vistoso, trabajó en ella una iglesia de bastante capacidad y una casa con las correspondientes oficinas: despues plantó una chacra, parte de caña dulce, y lo restante para algodon y legumbres. Finalmente él y su compañero el P. Fr. Julian Diaz Canseco, ahorrando de sus alimentos y haciendo sus diligencias, proveyeron la estancia del ganado necesario. Y para poder contener con mas seguridad la furia de los bárbaros, el fuerte y destacamento, que ya se habia trasladado de Zaypurú á Pirití, se pasó á la mision del Parapití.

XXI.

Fundacion de la última mision de Cuyambuyu, su traslacion á Tariquea y lo que se trabajó en ella..

PASADA la tenebrosa noche de treinta y dos años en que durmieron los indios bárbaros, desde la última vez que los misioneros apostólicos de este nuestro Colegio les comunicaron las luces del Evangelio, en los pueblos de Tariquea y Garrapátas de esta frontera de Tarija (de quienes se habló en el principio de estas nuestras espirituales conquistas); volvió á amanecerles el día feliz de la predicacion evangélica, cuando ellos menos lo esperaban. Ya el pueblo de Garrapátas se habia aniquilado enteramente; ya Tariquea, con las muchas epidemias que padeció, quedó con poca gente, y esta al cabo de muchos ruegos y persuasiones de los misioneros de la mision del Rosario de las Salinas se resolvió pasar á vivir en ella; y con esto ya no quedaban en aquellos países bárbaros sino los indios chiriguano del pueblo de Cuyambuyu, los cuales siempre habian sido amigos de los cristianos comarcanos, y varias veces venian de paz á esta villa, y continuamente trataban con los del valle del Bermejo; pero nunca quisieron ser

cristianos, ó porque les acomodaba mas la libertad en que vivian, ó porque notaban entre los cristianos vecinos los mismos ó peores vicios, que los que reinaban entre ellos, ó porque Dios en castigo de sus maldades no quiso llamarlos al conocimiento de la verdad, á que tan obstinadamente se oponian.

En una de estas ocasiones que estos indios de Cuyambuyu salieron á este valle, se encontraron con el P. misionero Fr. Domingo Andres en el pueblo de Patcaya, quien despues de haberles manifestado mucho cariño, empezó á persuadirles que admitiesen mision en su pueblo, proponiéndoles las muchas utilidades, que les resultarian de tener allí á los PP. misioneros; finalmente, despues de haberles regalado algunas cosas, mandó que les matasen una res para que comiesen. Atraidos de este buen agrado dieron su consentimiento: vinieron á esta villa, hablaron con el señor juez subdelegado sobre esta su determinacion, y prevenidas todas las cosas, se tomó la resolucion de enviar á aquel pueblo al P. predicador apostólico Fr. José Blanco, el cual salió de este Colegio el dia 17 de Mayo de 1804; y habiendo entrado y visto aquel lugar, se salió otra vez al dicho pueblo de Patcaya, para aguardar y acompañar al R. P. guardian de este Colegio Fr. Fernando Cano, quien, como comisionado del R. P. Comisario Prefecto de misiones, quiso entrar á plantar aquella nueva mision en aquel mismo lugar donde vivian estos indios. Salió este prelado con el religioso Fr. Antonio Martinez el dia 27 de Junio, y juntos con el P. Blanco pasaron al pueblo de Cuyambuyu, no sin grandes trabajos por la fragosidad del camino y por la malísima situacion de aquel lugar.

Se halla Cuyambuyu en los 22° 21' de lat., y en los 314° 40' de long. Dista de este Colegio 28 leguas, y su sitio es el mas incómodo y perjudicial; porque, sobre estar en una angostura triste y melancólica, la mayor parte del año está lloviendo; y con los tres rios que lo rodean, y las muchas quebradas que traen bastante agua, es aquel lugar en

estremo húmedo y tan enfermizo, que sus mismos habitantes poco á poco se han ido disminuyendo, de modo que en tiempos no muy antiguos se contaban cuatro capitanes y cada uno tenia muchos soldados, y cuando estos religiosos entraron, no habia mas que cuarenta indios con sus familias. Sin embargo para darles gusto y no empezar esta fundacion con violencias, resolvieron dichos Padres fabricar allí su casa y capilla bien pobres, y se celebró la primera misa por el dicho Fr. José Blanco el dia 8 de Julio de 1804, dándole por patron y titular á S. Pedro Regalado confesor de nuestra seráfica Orden.

No es ponderable lo que padecieron los PP. conversores en esta nueva mision. Por una parte, los molestaban algunos indios perversos, que repugnaban la sujecion, y por los malos consejos de algunos malos cristianos del Bermejo les dieron bastante que hacer y que padecer. Por otra parte, hubo muchas disputas con los comarcanos sobre las tierras que pertenecian ó debian pertenecer á la mision, y fué preciso hacer recurso á la Superioridad, para que se le asignase el terreno correspondiente. Á todo esto se añadia la mala condicion de aquellos indios, que con la frecuente comunicacion con los peores cristianos habian aprendido sus vicios, ó, por decirlo mejor, fomentaron los que les son naturales; y así eran mas ociosos, mas lascivos, mas ladrones, mas borrachos y mas viciosos que ellos.

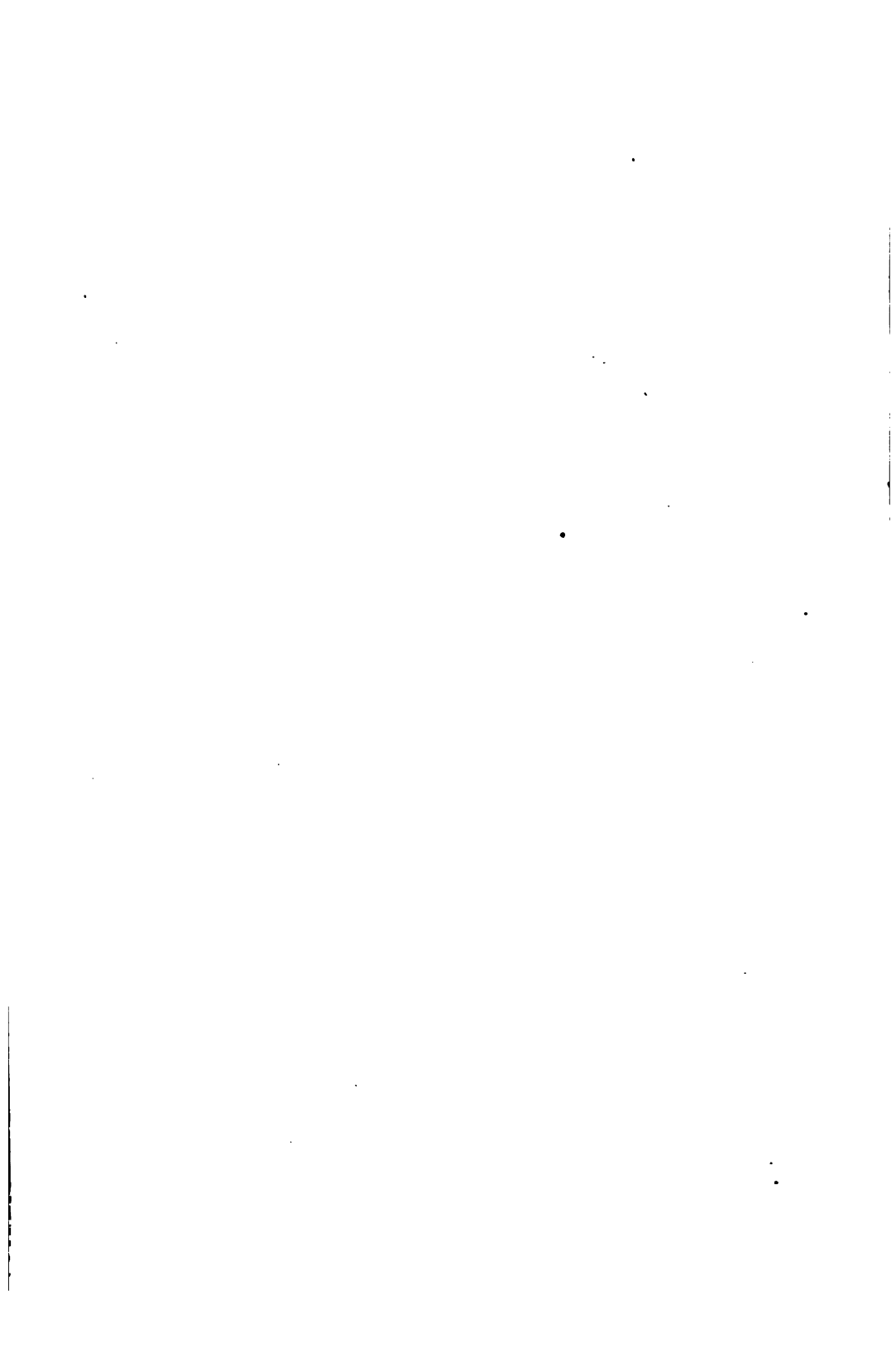
Todo esto, sin embargo de ser muy sensible, era tolerable con un poco de paciencia; pero la mala situacion de aquel lugar húmedo y enfermizo, triste y melancólico, oprimido é infestado de mosquitos, tábanos, y otros mil insectos y sabandijas, que aun á los animales no los dejaban sosegar, por cuyo motivo no se hallaba quien quisiese servir en esta mision, obligó á los PP. conversores á hacer todas las diligencias posibles para trasladarla á otra parte, que tuviese mejores proporciones. Ningun paraje podia ser mejor que la campaña de la antigua Tariquea, distante catorce leguas de Cuyambuyu, y quince de la mision del Rosario

de las Salinas. Habido, pues, el consentimiento de los indios y la anuencia de los ministros reales, se trasladó esta mision con toda la gente y haberes á dicho lugar, el dia 12 de Agosto del presente año de 1810, en que se celebró allí la misa primera, conservándole el mismo patron y titular que tenia en Cuyambuyu.

El sitio de Tariquea es llano, descampado y alegre, de un temperamento sano, y tiene tierras muy cómodas y fértiles para chacras, y puestos escelentes para los ganados. Cerca del pueblo pasa una quebrada de agua dulce, y á siete leguas hácia el N. pasa el rio que llaman de Tariquea, cuya agua es salobre. Corresponde su situacion geográfica á los 22° 5' de lat., y á los 314° 48' de long. Se plantó el pueblo en un altillo divertido: allí se fabricó de palos firmes y embarrados la casa para la habitacion de los PP. conversores con dos cuartos, corredor y oficina; y se formó el pueblo con buen orden y una plaza espaciosa. Por ahora no tiene todavía capilla formal; pero luego se pondrá la mano en su edificio, si los indios no se dejan vencer de los protervos y de su natural inconstancia.

Desde el principio de la fundacion de esta mision en Cuyambuyu hasta ahora, han recibido el santo bautismo 262; de estos murieron 170; esto es, 68 adultos y 102 párvulos, y los restantes permanecen vivos. Este pueblo tiene 184 almas, en esta forma: los cristianos adultos y mayores de nueve años son 49, y los párvulos de nueve años abajo 43; los gentiles adultos son 92, y no hay párvulo alguno sin bautismo. Los matrimonios segun el orden de la S. Iglesia son 6. Con este principio se irá trabajando, y con el favor de Dios se adelantará todo así en lo temporal como en lo espiritual, si, como dijimos, no se dejan los indios buenos vencer de los malos; porque, segun la perversidad que se repara en algunos de ellos, tememos mucho que falten á sus propósitos, arrojen á los PP. conversores, y se vuelvan á vivir sin religion en su antiguo pueblo de Cuyambuyu.

Es de advertir, que desde el principio fomentó este Colegio aquella mision, dándole ornamentos, vasos sagrados, varios auxilios y 400 pesos para los alimentos de sus dos PP. conversores: pero la Junta Superior de la R. Hacienda tuvo la bondad de satisfacer estos 400 pesos por los cuatro años anteriores de 1805 hasta él de 1808, y siguió contribuyendo la misma limosna estos dos años posteriores; quedando los demas socorros para acreditar el celo y mérito de este apostólico Colegio en la propagacion de la fe y religion cristiana entre las bárbaras naciones de este Continente.



Conclusion y epílogo.

Estos son los trabajos y servicios, que los misioneros de este Colegio Seminario *de Propaganda Fide* de nuestra Señora de los Àngeles de la villa de Tarija han hecho á la Religion y al Estado desde el año de 1755 en que se fundó, hasta el presente de 1810, en que se formó este manifiesto histórico y circunstanciado de los varios acontecimientos que han ocurrido, particularmente en las espirituales conquistas de los indios bárbaros. Por él se conocen las tareas apostólicas, que han ejercido así entre los fieles, como entre los gentiles, con grande aprovechamiento de las almas. En todos estos cincuenta y cinco años ha resonado su voz evangélica por las dilatadas provincias del Tucuman, de Porco, de Chichas, de Charcas, de Santa Cruz de la Sierra, de la Paz, de Chucuito y de Arequipa, haciendo repetidas misiones en los pueblos, villas y ciudades de su continente, particularmente en las ciudades de la Plata, de Jujúi, de Salta, de S. Miguel del Tucuman, de Córdoba, de Santiago del Estero, de Cochabamba, de Misque, de Santa Cruz, de la Paz, de Arica y de Arequipa, y en las villas de Tarija, de Potosí, de Oruro,

Moquegua, Camaná y otras muchas, con frutos copiosísimos que cogieron de innumerables almas, contribuyendo no poco á la paz y tranquilidad de este reino Peruano en el lamentable tiempo de la revolucion y alzamiento de sus indios.

En los mismos cincuenta y cinco años sudaron sin intermision estos ministros del Evangelio en sembrar la divina palabra entre las bárbaras naciones de Chiriguanos, Chanese, Mataguayos y Vejoses, reduciendo á la fe de Jesucristo á muchos pueblos, de los cuales en el dia subsisten veinte y dos bajo la direccion y ensenanza de nuestros misioneros, quienes se aplican continuamente y con empeño á instruir á sus indios en los misterios y preceptos de la religion cristiana, en la obligacion que tienen de vivir obedientes á la santa Iglesia Romana y sujetos á nuestro católico Monarca y á sus ministros, en los oficios menestrales, labranzas y otras ocupaciones útiles, en las reglas de policia para el trato civil, y en otras muchas menudencias, para hacerlos racionales, políticos, devotos, útiles y provechosos á sí y á sus prójimos, á la Religion y al Estado. Los trabajos, penurias y peligros que experimentan, los sinsabores, sustos y sobresaltos que padecen, y los continuos afanes y desvelos que les ocupan todo el tiempo en su servicio, solo él que lo ve y experimenta podrá decirlo. Vivir de continuo en la horrible soledad de aquellos montes entre tigres, jabalíes y otras fieras; no poder transitar por aquellos caminos sin tropezar con víboras, escuerzos y otras sabandijas venenosas; tratar con unas gentes importunas, salvajes y muchas veces irreducibles; y haber de hacer entre ellas todos los oficios de padre, de maestro, de juez, de administrador, de proveedor, de médico, de cirujano, de enfermero, y aun de criado, solo un espíritu todo apostólico podrá tolerarlo.

Es verdad, que los adelantamientos de estos indios van muy despacio: pero, si se para la atencion en lo que ellos son por su condicion cerril, brutal é inculta, y en lo que

otros insignes operarios trabajaron en su reduccion y conversion, deberemos dar muchas gracias á Dios de que se hayan adelantado tanto. Setenta y siete años trabajaron los PP. Jesuitas en reducir á estos indios, y en el tiempo de su espatriacion no nos dejaron mas que á 324 almas de todas edades con el carácter del santo bautismo: y nosotros en solos cincuenta y cinco años tenemos en el dia à 16,425 cristianos. Ellos en todas las espresadas naciones de este distrito no nos dejaron sino un pueblo reducido; mas nosotros ya tenemos veinte y dos, y son muchos los que solicitan tener á nuestros misioneros para su educacion, y no se les puede cumplir su deseo por la suma escasez de religiosos que padecemos. Ellos, por último, á fuerza de grandes trabajos supieron contener las furiosas violencias de los bárbaros de sola esta frontera de Tarija: pero nosotros con nuestras misiones hemos formado un cordon desde Santa Cruz de la Sierra hasta la ciudad de Jujúí, y hemos guardado á todos los pueblos de sus fronteras, librándolos de innumerables irrupciones de los bárbaros enemigos. De esta verdad son testigos todos sus moradores; y con su testimonio se desvanece la censura de aquel político adulator, que escribió, sin saber lo que decia, que solos los Jesuitas eran al propósito para convertir à los infieles, y que los religiosos de N. P. S. Francisco no serviamos de provecho para estas conquistas.

Demos pues gracias á Dios, que sin embargo de nuestra inutilidad y de la dureza de estos indios, ya tenemos pacificadas todas estas fronteras; ya le agregámos á la corona veinte y dos pueblos, que se sujetaron á ella; ya tenemos administrado el santo bautismo á 35,140 almas, que vivian en la sombra de la muerte, y de estas ya pasaron á la eternidad 14,595; esto es, 9230 párvulos, que ciertamente gozan de la bienaventuranza eterna en el cielo, y 5365 adultos, de los cuales Dios por su misericordia habrá salvado á muchos. Demos pues gracias á Dios por todas estas ganancias y adelantamientos; y esperemos con

paciencia, que por su misericordia llegaremos á conquistar todas estas bárbaras naciones, si no nos faltan operarios, que puedan trabajar en la viña del Señor¹.

Es fecho en el Colegio de nuestra Señora de los Àngeles de Tarija en 26 de Octubre del año de 1810.

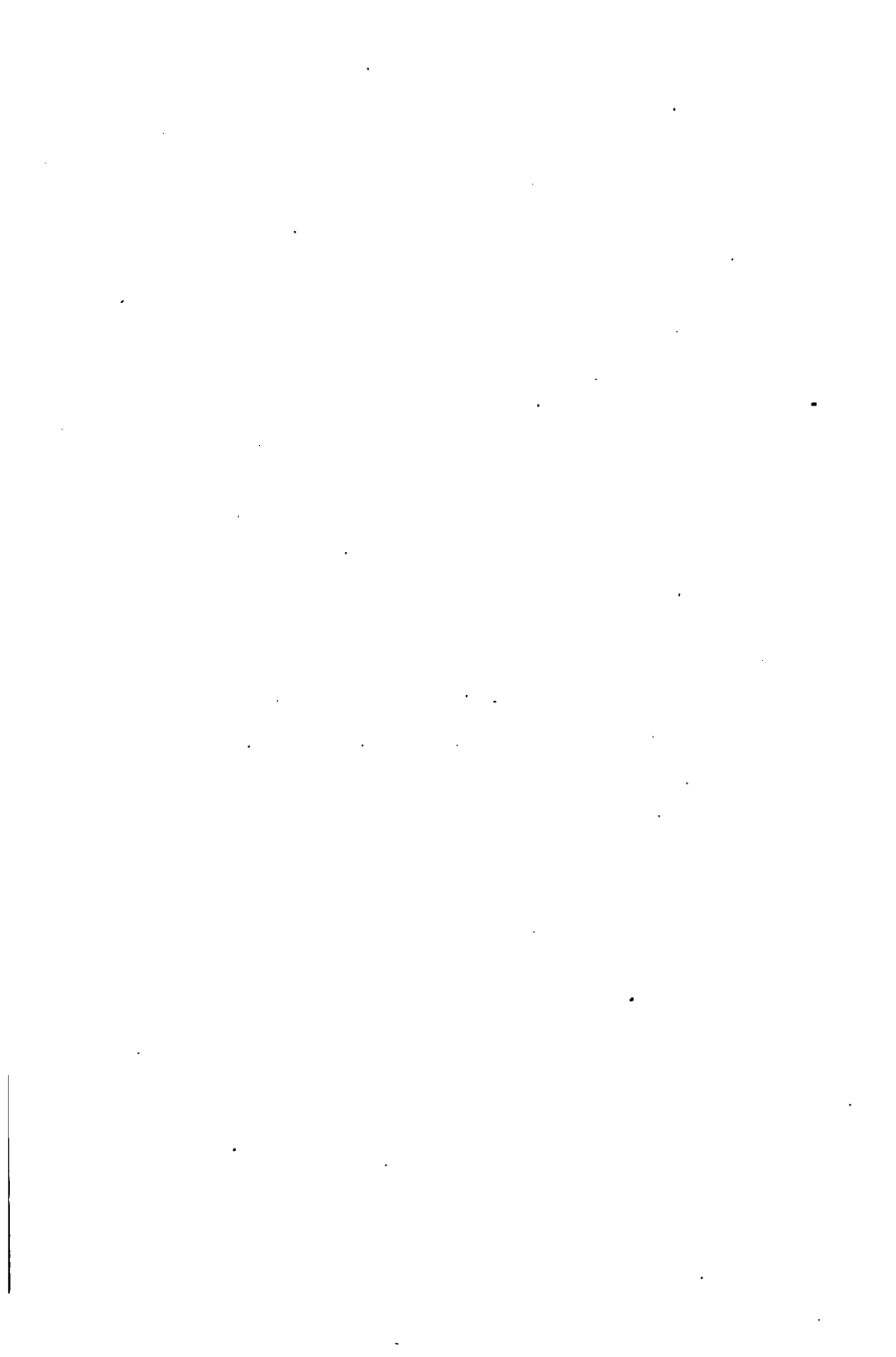
FR. ANTONIO COMAJUNCOSA.

¹ V. Apéndice P.

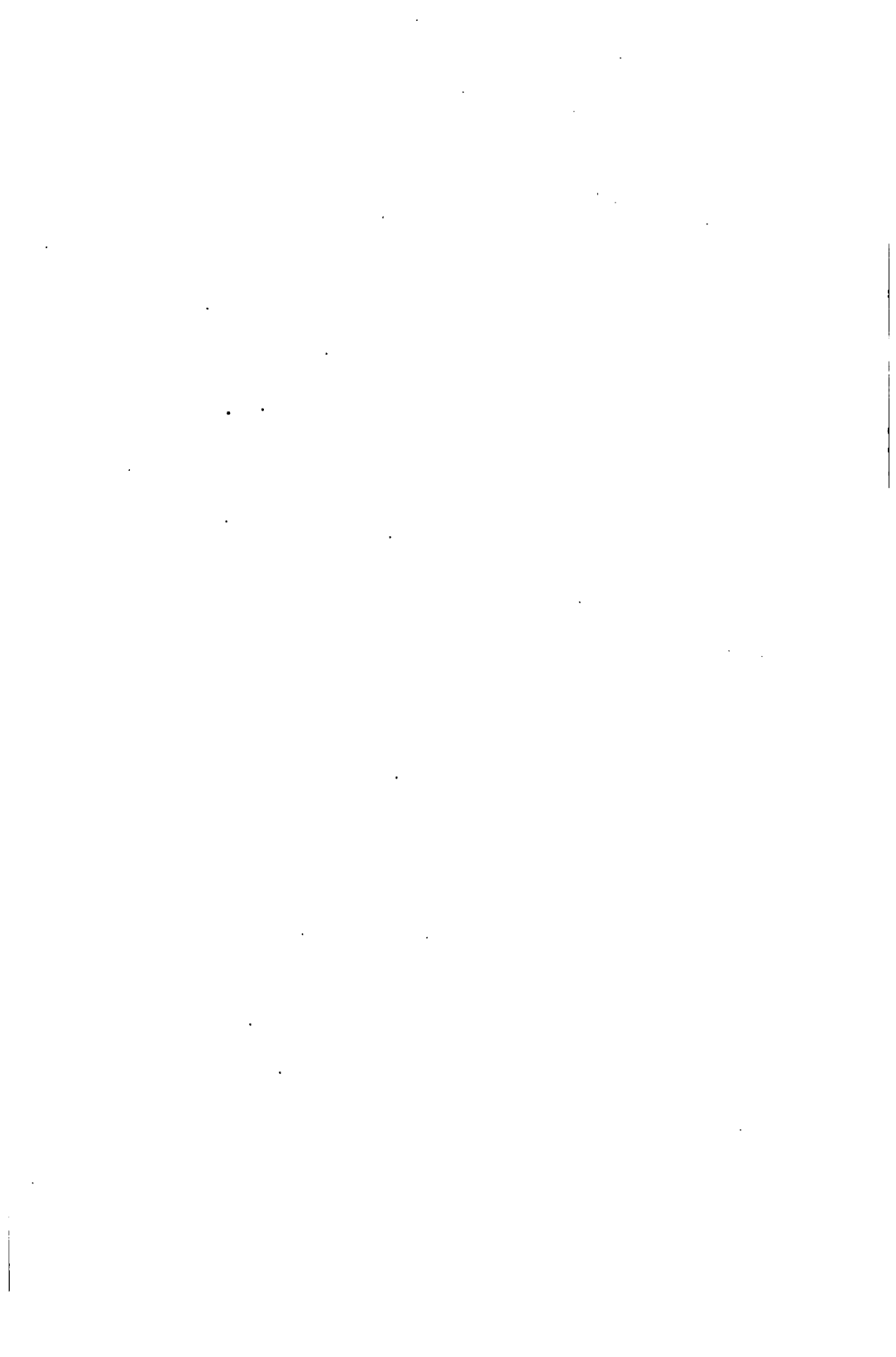
CATÁLOGO DE LAS MISIONES DEL COLEGIO DE TABIJA sus titulares, situación geográficas, y estado que tiene cada una en el presente año de 1810.

MISIONES, Y SUS TITULARES	GRADOS DE		PADRES Con- versos.	CRISTIANOS		GENTILES		MAYORES por LA IGLESIA	TOTAL DE ALMAS
	LATITUD &	LONGITUD O. °		ADULTOS	PARVULOS	ADULTOS	PARVULOS		
1. Salinas. N. S. ^{ra} del Rosario.	21.° 37'	62.° 39' 45"	2	302	457	47	—	92	506
2. Acero. N. P. S. Francisco.	19.° 16'	62.° 34' 45"	2	362	410	4	5	428	484
3. Pirai. Asuncion de N. S. ^{ra}	18.° 40'	61.° 42' 45"	2	1,010	660	—	—	300	4,670
4. Cabezas. N. S. ^{ra} del Carmen.	18.° 58'	61.° 34' 45"	2	1,146	653	2	—	382	4,804
5. Abapó. La Santísima Trinidad.	19.° 00'	61.° 39' 45"	2	1,444	605	6	—	409	2,052
6. Centa. N. S. ^{ra} de las Angustias.	23.° 15'	61.° 54' 45"	2	58	12	124	27	—	221
7. Florida. N. S. ^{ra} del Pilar.	18.° 42'	61.° 39' 45"	2	418	452	—	—	127	570
8. Tacurú. Patrocinio de S. José.	19.° 28'	61.° 37' 45"	4	249	430	30	6	95	745
9. Igmirí. N. S. ^{ra} de Guadalupe.	19.° 26'	61.° 39' 45"	1	250	370	368	93	86	4,044
10. Zaypurú. S. Antonio de Padua.	19.° 31'	61.° 39' 45"	2	340	605	373	—	85	4,318
11. Mazavi. S. Rafael arcángel.	19.° 24'	61.° 39' 45"	2	944	576	494	7	304	1,721
12. Iti. N. S. ^{ra} de la Candelaria.	19.° 22'	62.° 24' 45"	4	497	386	405	91	59	1,379
13. Tayazenda. S. Pedro de Alcántara.	19.° 20'	62.° 24' 45"	4	211	483	212	—	62	606
14. Igúirapuenti. S. Francisco Solano.	19.° 39'	61.° 33' 45"	4	449	300	430	—	80	4,179
15. Tacuaremboti. S. Buenaventura.	19.° 38'	61.° 37' 45"	2	460	400	600	100	60	4,560
16. Itau. S. Miguel arcángel.	21.° 48'	63.° 9' 50"	2	58	419	252	67	16	496
17. Piriti. S. Gerónimo.	19.° 42'	61.° 30' 45"	2	394	343	331	44	123	4,082
18. Obaig. S. Diego de Alcalá.	19.° 45'	61.° 33' 45"	4	90	490	486	460	36	4,226
19. Parapiti. La Concepcion de N. S. ^{ra}	19.° 58'	60.° 33' 45"	2	214	392	1,713	892	33	3,214
20. Taputá. N. P. Santo Domingo.	19.° 36'	61.° 41' 45"	4	155	488	306	48	52	667
21. Tapera. S. Pablo apóstol.	19.° 28'	62.° 25' 45"	4	400	54	56	—	25	210
22. Tariquea. S. Pedro Regalado.	32.° 05'	62.° 51' 45"	2	49	43	92	—	6	184
Suma total de este Estado general			36	9,497	7,238	6,031	1,480	2,562	23,936

* El P. Comajuncosa, así en su Manifiesto como en este Cuadro, señaló los grados de longitud de cada una de las Misiones segun el meridiano de Tenerife; aquí los damos reducidos al de Greenwich, para facilitar el uso del Mapa puesto en el principio del Libro.



SEGUNDA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DEL COLEGIO FRANCISCANO DE
TARIJA Y DE SUS MISIONES DESDE EL AÑO DE 1810 HASTA
ÉL DE 1882.

I.

Primeros desastres.

Con el 26 de Octubre de 1810, cuando el P. Comajuncosa escribía el último renglon de su *Manifiesto histórico* de este Colegio y sus misiones, terminaba así para estas como para aquel, la época de prosperidad, de progreso y de gloria, y empezaba otra de calamidades, de pérdidas y de humillacion. Desde entonces fueron sucediéndose dias siempre mas turbios y tempestuosos, dias de sustos y peligros, de persecucion y ruinas.

La pérdida de las dos misiones de S. Pedro Regalado de Tariquea y de Nra. Sra. de las Angustias de Centa, inauguró esa era infausta de desventuras.

Tranquilos y contentos estaban en Tariquea, á donde habian sido trasladados, los indios de Cuyambuyu, y no menos lo estaban sus PP. doctrineros, regocijándose del

fruto que iban recogiendo de sus fatigas; pues, en una peste de viruelas, que hubo en la época en que principia nuestra relacion, lograron regenerar para el cielo á mas de doscientas almas. Entre aquellas familias empero, habia un grupo de indios perversos, amantes de su antigua libertad salvaje, impacientes de todo yugo, enemigos acérrimos de los misioneros. Componíase del cacique Curupa, de su teniente Atiguata y de otros cinco ó seis, cuyo odio contra los Padres era atizado por otro grupo de cristianos, vecinos del Bermejo, aun mas perversos que ellos, y tan empeñados como ellos en que los misioneros desocupasen aquellos lugares, para vivir sin freno á sus anchuras. Con este objeto (aun antes que se trasfiriere la mision de Cuyambuyu á Tariquea) repetidas veces se habian presentado al comandante de armas de esta villa, quejándose amargamente de los atropellos y vejaciones con que los tiranizaban sus PP. conversores, que lo eran entonces Fr. Manuel Puga y Fr. Felipe Echenagusia. Mas, viendo que por la falsedad de sus quejas no conseguian el intento, tomaron el partido de viajar á Salta, y formalizar ante aquel Gobierno una querella llena de mil imposturas y calumnias. Despues de escrupulosas indagaciones, hechas por órden del mismo Gobierno, y con las declaraciones tomadas á los indios de la misma mision y á los vecinos imparciales de la comarca, resultó completamente falsa la acusacion de Curupa y sus compañeros.

No cesaron estos en su empeño, y á trueque de salir con su inicuo designio, no se les hizo gravoso andar quinientas leguas hasta Buenos Aires. Presentáronse allí con una impudencia digna de ellos al virey, y delante de él vertieron en negras calumnias toda la ponzoña que tenian concentrada en su pecho contra los Padres. El severo examen de los capítulos de acusacion hecho por órden de S. A. en el Juzgado de primer voto de Tarija sirvió para que brillara mas acrisolada y pura la inocencia de los misioneros.

Desesperados los revoltosos de conseguir la definitiva remocion de estos, tentaron lograr siquiera su mudanza. Vino á este Colegio el mismo Curupa, pidiendo con grandes instancias se enviase á Tariquea en lugar del P. Puga al P. José Blanco, quien habia sido el primer institutor de aquella mision. Sentian vivamente desprenderse de él los Padres del Colegio, al cual presidia entonces en calidad de vicario: sin embargo sacrificaron su propia conveniencia á los deseos de los indios, con la lisonja de que se calmarian con esto aquellos ánimos turbulentos, y se sujetarian fácilmente al gobierno de un Padre, que ellos mismos solicitaban con tanto empeño.

À la verdad, óptimo misionero era el P. Blanco, como hallamos atestiguado en documentos dignísimos de fe, y que no será de mas copiar aquí, para que resalte mejor la injustísima malignidad de los indios. *El P. Blanco* (dicen) *se halla adornado de las mas sobresalientes cualidades para el ministerio apostólico, como lo tiene acreditado en mas de ocho años que ha ejercido este empleo entre infieles, y seis entre fieles, misionando en varias ciudades, villas y curatos, dejando en todas partes fama de virtuoso, recogido, timorato y de ardiente celo por la salvacion de las almas. À mas de estas prendas, concurren en este ejemplar religioso las de ser perfectamente instruido en el idioma de los indios, la de un desintéres sin igual, de una adhesion asidua al trabajo, de un generoso desprecio de toda penalidad y molestia, de una afabilidad admirable para con los indios y de una cordial conmiseracion para socorrerles todas sus necesidades.*

Con la llegada del P. Blanco se aquietaron un tanto los díscolos: mas, porque las bellas cualidades ya referidas del misionero iban acompañadas (como añaden los citados documentos) *del santo temor de Dios, y este no le permitia disimular en sus neófitos lo que era malo, y se lo reprendia en su mismo idioma, que lo hablaba tan bien ó mejor que ellos, volvió a recrudecer el antiguo encono contra*

los Padres, y reavivarse las ansias de arrojarlos. La con-sabida gavilla marchó á Salta, y con hipócrita humildad se quejaron delante del Sr. Obispo *de la inhumanidad con que los trataban los doctrineros, y de los maltratos y es-torsiones que les inferian*. El prudente Prelado no creyó fácilmente á las delaciones de los indios, y con los informes pedidos y recibidos del P. Prefecto de misiones, quedó plenamente convencido de su falsedad. No así el Protector partidario de naturales de aquella ciudad; quien no solo creyó á las imposturas de los indios, sino que, ó por ignorancia, ó por debilidad, ó por malicia elevó á la Superintendencia en nombre de sus clientes una atroz representacion contra los Padres, acusándolos *de vejar y maltratar los neófitos de Tariquea, quitándoles los hijos á los padres, la mujer al marido, á los particulares sus miserables intereses, y violando en fin, ya de un modo ya de otro, todo pacto social, hasta la honestidad de las vírgenes*. Por lo cual declaraba, que sus protegidos *no querian sujetarse mas á los PP. conversores, y prometiendo perpetua paz y union con los cristianos, justamente solicitaban se les dejase vivir en el sosiego y armonía de que antes disfrutaban*. Estas últimas fórmulas revelan por entero el pérfido y sacrílego intento de los indios: y es muy para estrañar el descaro del degenerado Protector de naturales en estamparlas al fin de su representacion. Porque ¿quien no ve que solicitando los díscolos *se les dejase vivir en el-sosiego y armonía de que antes disfrutaban*, solicitaban la autorizacion de su apostasía, y licencia para vivir en su primera libertad montaraz, sin Dios, sin ley, sin gobierno, sin religion?... Por lo demás, cuanto mas graves las acusaciones, tanto mas fáciles eran de averiguarse; pues, no se trataba de culpas internas y secretas, sino de crímenes externos y que no era posible terjiversar. Por lo mismo, con las nuevas indagaciones é informes reportó un nuevo y mas espléndido triunfo la inocencia de los misioneros.

Las inicuas intrigas de Curupa y sus adictos, habian

servido solamente para poner en mas alto relieve la pérfida alevosía de los acusadores y la inmaculada conducta de los acusados. La hipocresía y la impostura no habian sido medios suficientes para apartar el aborrecido yugo: forzoso se hacia arrojarlo con impudencia. El maligno cacique y sus satélites dirigieron todos sus esfuerzos á pervertir los ánimos de sus parientes y compatricios, y exasperarlos contra los Padres, pintándoles con subidos colores las anchuras de que gozaban en su pasada autonomía, y la dura esclavitud en que al presente gemian, condenados á la instruccion diaria, á la misa, á las faenas comunes, á la monogamia, á la templanza; é incitándolos á romper de una vez las insoportables cadenas que los abrumaban. Aquellos crédulos y débiles neófitos se dejaron fácilmente arrastrar de esos pérfidos consejos: empezaron á suspirar por su perdida libertad, á aborrecer el trabajo y la asistencia al catequismo; concibieron disgusto y aversion á los que no consideraban ya como á padres, sino como á tiranos; acabaron por la desercion y apostasía. En los primeros dias de Mayo de 1811 la mision de Tariquea quedaba completamente desierta. Sus moradores se habian fugado á Cuyambuyu.

El misionero permaneció en su puesto¹. Lisonjeábase que con la eficacia de sus exhortaciones, y con la proteccion que debia en este caso prestar el Gobierno, volverian los neófitos al abandonado redil. Mas, despues de cuatro meses de inútiles esfuerzos y recursos, de esperas y desengaños,

¹ Habíendose retirado pocos dias antes al Colegio el P. Blanco, quedaba solo en Tariquea el P. Echenagusia: y en ese intervalo debió suceder el hecho que este mismo religioso referia al P. Herrero, quien lo consignó en una de sus circulares. Tuvo aquel Padre que reprender á uno de sus neófitos por graves escándalos cometidos: mas este embravecióse tanto que cogió un arma para matar al misionero. Desarmado por los circunstantes, se retiró furioso, jurando de ejecutar cuanto antes lo que entonces no habia podido hacer. Mas, apenas habia dado pocos pasos el infeliz, cuando de lo espeso del bosque vecino salió un tigre ferocísimo, que acometiéndole con sus tremendas zarpas, lo hizo pedazos en un momento.

perdida toda esperanza, el 15 de Setiembre se retiró al Colegio.

Este fué el fin de la mision de Tariquea y de los indios de Cuyambuyu. Unos restos de aquellos obstinadísimos salvajes, sumidos como sus abuelos en las tinieblas de la infidelidad, quedan hasta hoy en aquellas selvas, regadas por 120 años con los sudores de los hijos de S. Ignacio y S. Francisco.

La obstinacion de los mataguayos de Centa era aun mayor que la de los chiriguano de Cuyambuyu. Eran mas de seis lustros que nuestros misioneros ensayaban cuantos medios les sugeria su celo para desbistar con la civilizacion cristiana á aquellos estúpidos y semibrutos salvajes, y muy escaso fruto habian recogido en tan largo período. La ciudad de Oran establecida junto á la mision, lejos de dar un impulso á su progreso, como habia soñado su fundador, se lo habia dado mas bien para el atraso, y seguia dándoselo para la destruccion. Resolvieron, pues, nuestros Padres abandonar aquella incurable Babilonia; y para negociar con el Gobierno y el Sr. Obispo su entrega, marchó á Salta el P. Estévan Primo en Mayo de 1811. Ni el uno ni el otro quisieron aceptarla; y aquel obligó, este suplicó al Colegio el suspender la renuncia *para tiempo mas oportuno y favorable*.

Entre tanto el estado de la mision iba empeorando de dia en dia. Los indios ya no asistian al rezo, se resistian al trabajo, cuasi no permanecian en la reduccion, pasando ya en la inmediata Oran, ya en los bosques comarcanos, la mayor parte del año en borracheras y bribonerías. La presencia de los misioneros se habia hecho completamente inútil allí, y necesaria por otra parte en el Colegio que iba escaseando de sugetos, porque varios habian muerto y ningun reemplazo desde 10 años le habia llegado, á causa de los trastornos de España. Habia llegado pues el tiempo, no solo *oportuno*, sino perentorio de dejar aquellas irreducibles familias. Á cuatro de Febrero de 1813 el P. guardian, Fr.

Andres Caro, oficiaba al gobernador intendente de Salta, *suplicándole encarecidamente y por Dios se sirviese mandar quien se hiciese cargo de la mision y de todos sus haberes, á ordenar que el Sr. Cura de Oran con acuerdo del Sr. Provisor se hiciese cargo de ella.*

Al mismo tiempo que este oficio llegaba á Salta, entraba en ella victorioso el ejército de las Provincias unidas del rio de la Plata (21 de Febrero de 1813); se trastornaba la cosa pública, se interceptaban los caminos, se cortaban las comunicaciones. No extrañamos pues, si no hemos podido hallar la contestacion de aquella nota é ignoramos de consiguiente su resultado: solo sabemos que por disposicion del nuevo Gobierno el P. José M. Hoyos continuó en gobernar la mision de Centa hasta los años de 1820, cuando fué definitivamente suprimida por el gobernador Martin Gtomez. Mas, aquella era ya una mision puramente nominal, en la que no ejercia accion alguna ni podia ejercerla este Colegio, el cual desde el 1813 la habia borrado del catálogo de sus misiones.

En tanto, rugia ya furiosa la tormenta, que destinada á establecer en el mundo de Colon un nuevo orden de cosas, debia necesariamente ocasionar desórdenes y trastornos. Nuestro Colegio y sus misiones habian empezado ya á sufrir las dolorosas influencias de la revolucion. El Guardian se habia visto en la precision de fugarse para salvar compromisos; el Procurador de misiones, residente en la villa de la Laguna, obligado á marchar de capellan con el ejército real, habia quedado prisionero en la descalabrada accion de Tucuman y sido llevado preso á Buenos Aires; los dos Conversores de Centa, arrestados por falsas sospechas políticas en su mision, habian sido conducidos á Salta y puestos en la cárcel; la paz de las misiones se habia visto turbada con enganchamientos de indios y contribuciones forzosas: en una palabra, amenazas por todas partes y terrores. En medio de tantos vaivenes nuestros misioneros permanecian constantes en su ministerio, fieles á sus deberes, leales á

sus juramentos, enseñando por palabra y por ejemplo á sus neófitos la sujecion y o'ediencia á las autoridades constituidas. Y nuestros neófitos escuchaban dóciles y seguian los consejos de sus maestros; de modo que, al espirar el año de 1812, el Prefecto de misiones podia escribir con una especie de complacencia y casi de orgullo al Gobierno de Santa Cruz de la Sierra: *Lo mas notable y digno de admiracion en nuestras misiones es la grande adhesion de nuestros neófitos á la justa causa, por la que han peleado hasta morir mas de veinte en su defensa. Lo segundo, la constancia de sus PP. conversores en medio de tanta rero-lucion.*

Todo esto no era sino el principio de las calamidades.

II.

Última catástrofe.

EL 13 de Setiembre de 1813 el P. Prefecto de misiones, Fr. Bernardo Duran, depositaba en su archivo un medio pliego de papel que contenia el *Estado abreviado de las veinte reducciones, que están al cargo de nuestro Colegio de Tarija*. Dos de ellas, Salinas é Itau, existian en esta frontera de Tarija; cuatro, es decir Acero, Tayarenda, Iti y Tapera en la de Sauces; las otras catorce en la Cordillera de Santa Cruz; y eran Pirai, Florida, Cabezas, Abapó, Mazavi, Igmirí, Tacurú, Zaypurú, Tapuità, Tacuaremboti, Igüirapucuti, Pirití, Obaig y Parapití. En ellas se contaban veinte y un mil, setecientas, setenta y seis almas, de las cuales diez y seis mil, trecientas, ochenta y dos estaban ya incorporadas á Cristo por el bautismo. Al pié del pliego el P. Duran añadía estas palabras: *Se mantienen nuestras reducciones en la debida subordinacion y método que antes, en medio de tantas novedades; que no es poco prodigio de la divina Providencia. A pesar de las calamidades y penurias de los tiempos, hemos visto á todos los Padres, desde la de Parapití hasta el Pirai dedicados al trabajo, en iglesias, plazas y chacras; sin em-*

bargo de estar oyendo diariamente que los van á botar de sus misiones.

Cuando el P. Prefecto trazaba este cuadro, ignoraba sin duda que en aquellos mismos dias cuatro de sus misiones habian dejado de existir. Las tropas de Belgrano, vencedoras en Salta, ocupando las provincias del Alto Perú, habian penetrado, en Setiembre de 1813, hasta las misiones de Acero, Iti, Tayarenda y Tapera, situadas en la de Tomina, y, sin mas motivo que él de desfogar su saña contra los españoles, habian capturado afrentosamente á los seis Padres que las servian. Por la misma causa y al mismo tiempo apresaron en la Laguna al P. Domingo Andres, que de su mision del Pirai se venia á este Colegio á la celebracion del Capitulo. Los siete fueron llevados presos al Tucuman. Seis años despues, el procurador del Colegio, oficiando al virey Pezuela, lamentaba *los trabajos, necesidades y hambres* que habian tenido que sufrir estas desgraciadas víctimas de la revolucion (á quienes *se despojó hasta del breviario*); y añadia con dolor que *se ignoraba en donde los tuviesen ó si existiesen*¹.

No habian pasado aun cinco meses, y las catorce misiones de la provincia de Cordillera dejaban tambien de existir. Sabemos que sus indígenas, fieles á los consejos de sus doctrineros, se adherian á la causa del rey; y tenemos datos para afirmar que fueron enviados por los Padres á auxiliar al general Blanco en los encuentros, que en los primeros dias de Febrero de 1814 tuvo en Vallegrande con Arenales. Derrotado este y refugiándose á Santa Cruz, el

¹ Al pasar por Jujú los siete presos, nuestro síndico residente en aquella ciudad los socorrió con cien pesos en nombre del Colegio. — En este archivo existe el borrador de una presentacion de todo el pueblo de Tartija, hecha por medio de su representante el Alcalde de 2 voto, pidiendo con muchas instancias al Sr. Brigadier general en jefe del ejército de la patria la libertad de aquellos Padres y su remision al Colegio. Ó no fué remitida, ó no fué atendida.

gobernador por la patria de esta ciudad, D. Ignacio Warnes, no tanto en venganza, sino para condescender con las instancias de algunos, que bajo la capa de un ardiente patriotismo encubrian el hambre que los devoraba de los bienes de las misiones (como nos ha asegurado quien podia saberlo), envió unas partidas á las indicadas misiones para prender á los catorce Padres que las servian y á su Prefecto. De este modo, á mediados del referido mes, los numerosos neófitos de aquellas misiones quedaban huérfanos de sus Padres ¹, los cuales eran llevados presos á Santa Cruz, y detenidos en Chanés y en otros puntos de aquella campaña.

Si hubiésemos de prestar fe á lo que con lágrimas nos han referido unos indios muy viejos, testigos presenciales de los hechos, la prision de los Padres se ejecutara del modo mas bárbaro é ignominioso. Nos contentaremos con consignar aquí lo que hemos oido de la boca de una mestiza octuagenaria, Antonia Arroyo, á cuya cándida ingenuidad no pudimos negar nuestro asentimiento. Vivía esta en aquella época cerca de la mision del Pirai, y refiere que los emisarios de Warnes, despues de ultrajado con baldones y groseras palabras al conversor de aquella mision Fr. Lorenzo Ramo, venerable anciano de 64 años, lo echaron como vil carga encima de una acémila enalbardada, y atádolo por los piés, se lo llevaron. Creemos que sus compañeros no serian tratados mejor; y fácilmente se lo persuadirá quien esté medianamente instruido en la historia de aquella época de horrores. Los realistas cometieron sin duda excesos crueles; mas, no siempre los patriotas obedecieron á los sentimientos de humanidad. Haciendo empero justicia á estos,

¹ Algunos que presenciaron la captura de los misioneros, nos han asegurado, que ella conmovió profundamente á todos los indígenas. Al salir presos de sus misiones, los Padres eran acompañados por el lúgubre clamor de las campanas, por los alaridos de las cuñas, y por las lágrimas de todo el pueblo que los seguía á larga distancia.

hemos de añadir que el Gobierno de Buenos Aires reprobó el procedimiento de Warnes, y lo reconvino por el arresto de los misioneros.

Las misiones fueron entregadas al pillaje. Todo fué saqueado, hasta los muebles mas insignificantes: apenas se perdonó á algunas alhajas de las iglesias. Estas, poco despues, fueron quemadas casi todas¹; quedaron tambien destruidas las habitaciones de los Padres, las escuelas, los almacenes, las oficinas. Los cañaverales y algodonaes arrasados; los ganados consumidos. De algunas campanas se hicieron pailas: las piezas del hermoso reloj de Abapó fueron convertidas en lanzas, sus pesas en balas. No forjamos una novela, escribimos una historia. Testigos mayores de toda escepcion nos lo han asegurado: y nosotros mismos recorriendo todas estas misiones en el invierno de 1877, no vimos (escepto los dos templos ruinosos de Abapó y Pirai) mas que unas pocas piedras dispersas en medio de malezas y matorrales; y enseñándonoslas unos indios ancianos, contemporáneos de la catástrofe, nos decian: *Aquí estaba la iglesia; este es el sitio que ocupaban las casas de los Padres; por allí se extendia la plaza: en este punto se levantaba la Cruz.*

No callaremos una anécdota, que nos refirió un honrado vecino de Florida. Las tejas de la hermosa iglesia, que allí habian estrenado los PP. poco antes de su prision, fueron destinadas á cubrir una oficina de azúcar. Esta á

¹ El incendio de la mayor parte de las iglesias y casas sucedió cuando el general realista Aguilera, persiguiendo al valiente patriota coronel Mercado, entró á la Cordillera. Principal autor de esta destruccion fué Pedro Guariyu, neófito, ó mejor, apóstata de la mision de Mazavi, enemigo acérrimo de los misioneros, á cuya captura habia voluntariamente cooperado, asociándose á los satélites de Warnes. — Muchos años despues, este infeliz enviado por los cruzeños á parlamentar con los chiriguanoes de Cuevo, que trataban de insurreccionarse, estos lo mataron á flechazos en Timboirenda; y reservado como en trofeo el pellejo del casco, quemaron su cadáver.

los pocos dias se desplomó; y haciéndose dueña del sitio una tigre, depositó en el horno sus cachorros, de donde salia á hacer grandes estragos en la comarca. Tampoco dejaremos de notar, que el caudillo de la partida que apriisionó á los Padres, fué él tambien preso en Chiquitos por un mulato, amarrado á un tamarindo y degollado: Son casualidades que no dejan de interesar á los que adoramos la Providencia.

¿Que se hizo de los pobres neófitos?... Aunque para asistirlos fueron enviados algunos clérigos, no permanecieron estos en las misiones sino cortísimo tiempo, obligados á retirarse (menos los doctrineros de Pirai, Cabezas y Abapó), ó por las insurrecciones de los indios, ó por las peripecias de la revolucion. Luego los pueblos de Parapití, Obaig, Pirití é Igtirapucuti quedaron destruidos por los tobas y chiriguanos de los pueblos del S.; los otros fueron muchas veces y por largos años teatro de una guerra sangrienta. Aterrorizados nuestros neófitos por tantos horrores se fugaron la mayor parte á los bosques, donde olvidaron bien presto las santas doctrinas que habian recibido de sus primeros padres en la fe. Proclamada la independenciam y tranquilizadas completamente las cosas, el celo de los obispos de Santa Cruz envió curas seculares á aquellas misiones, menos á la del Parapití, cuyos indígenas se resistieron á recibir sacerdotes. Se construyeron nuevas iglesias; se entabló el catequismo diario; se procuró dar nueva vida á esos pueblos desgraciados: con que fruto, no es de nuestra pertenencia el referirlo. Solo observaremos que aquellos pueblos así restablecidos no contienen ni la tercera parte de su antigua poblacion, como lo manifiesta el siguiente

**Cuadro comparativo de la poblacion
de las Misiones de Cordillera.**

EN 1813 HABIA			EN 1883 HABIA		
En la mision de	Pirai	almas 1266	En la mision de	Pirai	almas 6
	Florida	570		Florida	80
	Cabezas	1831		Cabezas	190
	Abapó	2106		Abapó	125
	Mazavi	1651		Mazavi	829
	Igmiri	1302		Igmiri	266
	Tacurú	720		Tacurú	271
	Zaypurú	1051		Zaypurú	183
	Taputá	746		Taputá	63
	Tacuaremboti	1577		Tacuaremboti	235
	Iguirapucuti	898		Iguirapucuti	188
	Piriti	1039		Piriti	763
	Obaig	1055		Obaig	100
Total de almas 15,812			Total de almas 3,299		

Las cuatro misiones de la frontera de Sauces se perdieron completamente, y ningun vestigio de ellas queda en el dia. Los 2534 indígenas, que las habitaban, se dispersaron por las orillas del Acero y por los montes y quebradas vecinas; quedando hoy un corto número de sus desgraciados nietos, sin ninguna instruccion religiosa y con todos los vicios de una vida semibárbara.

Los quince Padres de las misiones de Cordillera gimieron prisioneros mas de veinte meses en las campañas de Santa Cruz; y en ese tiempo, el P. prefecto Fr. Bernardo Duran, sucumbiendo al peso de los trabajos y de la afliccion, enfermó gravemente. Llevado á la ciudad para curarlo, descansó en el Señor á 20 de Marzo de 1815, y su cuerpo fué sepultado en la catedral. En el siguiente Octubre los demás fueron remitidos, siempre en calidad de presos, á Chuquisaca para que dispusiese de ellos el general Rondeau, que acababa de ocupar las provincias del Alto Perú. Llegados á Ayquile, tuvieron que llorar la pérdida de otro compañero, muerto víctima de tantos trabajos, el P. Joaquin Beltran. Poco despues llegó la noticia de la

derrota de Rondeau por el ejército real en Viluma; y los trece que quedaban, logrando una ocasion oportuna, pudieron esconderse y escaparse. Mas, por las gravísimas circunstancias de los tiempos y para no espónerse á nuevas desventuras, no les fué posible venirse al Colegio.

Este se hallaba en aquel entonces casi desierto. La historia de la guerra americana nos refiere las dolorosas vicisitudes por las cuales pasó Tarija en la segunda década de este siglo. Clavada en medio de las provincias del Rio de la Plata, que se habian proclamado independientes, y de las del Alto Perú, sujetas todavía á la metrópoli, se hallaba tan pronto ocupada por las tropas de la patria, como por las del rey. Nuestros misioneros, fieles á sus juramentos, *habian predicado con toda energía y libertad en favor de la real dominacion*; y con esto se habian grangeado el odio de los patriotas en tal grado, *que si por desgracia hubiesen caído en sus manos, eran víctimas destinadas á la muerte*: como leemos en uno de los poquísimos documentos contemporáneos, que se han conservado en este archivo¹. Cuando pues llegó la noticia de que el

¹ *Presentacion de Fr. Miguel de Arizmendi, procurador de este Colegio al virey Pezuela, en 26 de Marzo de 1819.* — Nadie que rectamente piense condenará el comportamiento de nuestros misioneros: no podia ni debia ser diverso. Con razon se gloriaba de ello el P. guardian de este Colegio, Fr. Benito Izquierdo, escribiendo al Comisario general de Indias en Madrid: *Ningun religioso (decia) individuo de este Colegio ha mostrado adhesion al partido revolucionario.* Sin embargo no desconocian, antes lamentaban y condenaban los hechos, que habian dado y daban impulso á la revolucion. Un humilde lego, el hermano Arizmendi, en la citada presentacion al virey Pezuela, escribia francamente: *Parece que este es uno de los motivos de la insurreccion que sufrimos, el atropellamiento de todo derecho, y especialmente el de las justas y sabias leyes españolas. Á las quejas públicas de esto se puede atribuir ser una de las principales causas de la desgraciada insurreccion que padecemos. Viendo que los mismos, que por su ministerio y empleo las deben hacer observar, son los primeros que las atropellan, y así oprimen á los infelices vasallos; viendo que despotas los mas obligados no respetan las rentes leyes, Excmo. Señor, ¿que harán los que*

ejército de Buenos Aires al mando de Rondeau avanzaba hacia estas provincias, nuestros misioneros no se consideraron ya seguros en este Colegio; y á principios de Marzo de 1815 se vieron obligados á refugiarse al amparo del ejército real, que estaba acampado entonces en Cotagáita, y poco despues á seguirle en su retirada á Oruro. Desde allí se recogieron á nuestro Colegio de Moquegua.

En solos dos años, ¡qué triste cambio habia sucedido en este de Tarija! De sus misioneros, veinte y dos estaban presos, ocho emigrados, cuatro obligados á servir de capellanes en el ejército. En el convento, apenas quedaban tres sacerdotes; dos de ellos ultra-setuagenarios, y el tercero ciego. Ellos tambien hubieran emigrado, si su ancianidad y achaques se lo hubiesen permitido. La Providencia tenia sus designios...

Otros cuatro se hallaban en las misiones de Salinas é Itau, únicas que se habian salvado hasta entonces de la destruccion, aunque no de grandes quiebras. Cuando las tropas del rey ocupaban la plaza de Tarija, las de la patria se guarecian en sus fronteras; y entonces los haberes de aquellas dos misiones quedaban espuestos á su voracidad, y los conversores á su odio y maltratamientos. El ganado de Itau quedó totalmente consumido; del de Salinas poquísimos restaba. Sin embargo, el afecto que D. Francisco Uriondo (uno de los caudillos de los patriotas de la frontera) conservaba á nuestros misioneros, habia impedido la destruccion completa de aquellos establecimientos.

El 14 de Julio de 1818, el brigadier Canterac con unos 800 hombres se dirigia á esta frontera para desanidar de ella á los patriotas, ó, como se apellidaban en aquellos tiempos, á los *gauchos*. Derrotados estos en la cuesta de

se ven oprimidos de la fuerza?... — Añadiremos, que es notorio como en aquellos aciagos tiempo hallaban á su vez en este Colegio asilo, consuelo y proteccion así patriotas como realistas.

la Soledad y perseguidos por el coronel realista Vigil, se replegaron hácia la mision de Itau. Allí, el 25 de Julio, un oficial con seis hombres armados se presentó al P. conversor principal Fr. Saturio Ruiz, intimándole arresto. Pocos momentos despues, lo sacaban preso de aquella mision, que con 22 años de sufrimientos y trabajos habia maravillosamente adelantado, y sostenídola contra los repetidos ataques de los salvajes comarcanos, conjurados en destruirla¹.

Mas, aquello que no habia podido lograr hasta entonces la ferocidad de los hijos de los bosques, estaba en vísperas de realizarse por el furor loco de unos, que se preciaban de ser los fieles sostenedores del rey católico. De la época que vamos historiando, este es el único hecho que podamos referir con todos sus detalles, los que hallamos consignados en una relacion que de él hizo al general en jefe del ejército real, D. José La Serna (despues virey), el P. guardian Fr. Benito Izquierdo; cuyo borrador por fortuna quedó en este archivo. La damos en su textual simplicidad, pensando que por ella podrán fácilmente adivinarse las circunstancias de otros hechos análogos, que por la escasez de documentos hemos indicado solo generalmente.

«Al dia siguiente (26 de Julio) llegaron las tropas del mando del coronel Vigil. Preguntó el oficial por su paisano el P. Ruiz, y le contestó el P. Buenaventura Gonzalez (*que era el segundo conversor, á quien los patriotas habian dejado libre*), que el dia antes se lo habian llevado preso los gauchos. Le intimó órden de salir preso á la media hora, y le encerraron con guardia en el cuarto. Empezó el saqueo de la casa habitacion de los Padres; incendiaron el pueblo de los indios y todas las casas de los pobladores con

¹ Lo llevaron á Oran, y allí estuvo preso tres años. Antes de esto, ya dos veces habia sido arrestado en su mision: y otras tres, se le habia intimado órden para marchar preso á Salta, y la una de ellas á pié. — Aquellas órdenes no se ejecutaron, gracias al Sr. Urlando.

sus maizes, con todos los horrores de un saqueo. Le he preguntado si saquearon la iglesia, y no sabe dar razon (*el P. Gonzalez*); pues, no se le permitió dar mas pasos, que del cuarto donde estuvo preso hasta el patio, en donde le hicieron cabalgar en un asno ó pollino, sin otro viático que dos sabanillas de bayeta blanca, una frezada con un ponchito blanco, sombrero, breviario y dos paños menores. En esta forma, lleno de amargura, afliccion y sentimiento, considerando por una parte su inocencia, por otra la burla y desprecio con que se veia tratado de unas tropas del mas religioso y piadoso de los monarcas, sin mas delito que hallarse en su mision desempeñando las obligaciones de la religion, del soberano y de la obediencia, llegó al campamento, donde el coronel Vigil le trató con una altanería y orgullo muy indecente, diciéndole, sin dejarle hablar, que su inocencia la justificase ante el Sr. General.

« En la primera noche le robaron la vil cabalgadura; y como era de la mision reclamó por su pollino; pero no fué oido. Le franquearon, viéndole en aquel estado (despues de insultarlo caminase á pié, que así andaba S. Francisco), una yegua débil y matada. Ensilló cón la frezada de la cama; pues, las caronas, botines y espuelas tambien se las robaron: y sin otra cabalgadura caminó siete dias, la mayor parte á pié y descalzo. Y aunque á los tres dias y medio despues que lo sacaron de la mision, llegó donde estaba el Sr. General, por ser de un genio muy tímido y corto, no se atrevió á presentarse. Á los dos dias se animó á verlo; y se vió tratado con el mayor desentono y gritería, como si fuese un reo de la mayor consideracion: y sin hallar oidos para su defensa, se retiró con la mas sensible amargura al lugar que tenia asignado, que era entre los prisioneros de guerra. Entre ellos llegó hasta la portería de este Colegio, donde le hize entrar, viéndole en el mas deplorable estado.

« No tomo sentimiento por los ultrajes, burlas, irrisiones y desprecios con que se le ha tratado; pues, la reli-

gion nos enseña á sacrificarlo en las aras de la cruz: pero penetra hasta lo mas profundo de mi corazon el considerar que las tropas del mas religioso monarca no hayan tenido consideracion al carácter sacerdotal, ni al hábito religioso, ni al paisanaje, ni á la humildad, paciencia, sumision, sufrimiento y silencio del pobre P. misionero. Esto es, mi Sr. General, lo que me confunde y abisma; pues, hasta los corazones mas selváticos prestan algun homenaje y respeto á la virtud, y alguna piedad y compasion á la infelicidad y miseria.

« Por no faltar en un ápice á la verdad, no puedo menos de confesar á V. S. que hubo un oficial, el teniente de artilleria D. Diego Aredondo, único, en quien los derechos de la humanidad y religion escitaron los sentimientos de compasion y caridad. No he podido menos de salir á buscarle, para tributarle en nombre de este Colegio las mas rendidas gracias por las demostraciones de sensibilidad, que manifestó á uno de sus individuos. Y tambien se las doi á V. S. con toda esta corta Comunidad, de que en esta division de 800 hombres (dicen) que entró á la frontera, tenga un oficial adornado de los sentimientos de religion y piedad, que tanto caracterizan á V. S.

« El teniente coronel Barandalla comisionado para prender al P. conversor, saquear é incendiar la mision, podia haber tomado de los enemigos lecciones de la humanidad, veneracion y respeto con que deben ser tratados los sacerdotes; pues, el oficial de los gauchos no permitió se hiciese robo alguno, y proporcionó animales para conducir al P. Ruiz con alguna comodidad. Pero, lo contrario sucedió con las tropas de su mando; pues, se abalanzaron como lobos hambrientos á cuanto habia en la casa de los Padres. Algunos muebles del uso de estos, y algunas herramientas de carpintería, aunque las vió el P. Gonzalez en poder de los soldados, ni lo reclamó en el camino, ni yo aquí tampoco, por conocer distante la justicia.

« Ya el coronel Vigil ha satisfecho parte de sus deseos,

con la total ruina y destruccion de la mision de Itau; y si no se han completado, trayéndose prisioneros (como me aseguró) á los que están en la mision de Salinas, y arruinando cuanto hay en ella, fué por haber tomado la direccion de otro camino: pero, dentro de diez y ocho dias espera verificarlo, no siendo otras sus miras que destruir estas dos misiones, únicas que conservaba este Colegio¹ ». Hasta aquí el P. Izquierdo en su presentacion al general La Serna, fechada en 12 de Agosto de 1818; diez y siete dias despues del hecho.

¿ Cual fué el motivo del odio de los realistas contra nuestros Padres de Itau y Salinas? Unas comunicaciones epistolares cambiadas entre estos y los patriotas; y la idea de que impedian la esportacion de los productos de la frontera, causando así la carestía suma de bastimentos, que sufría entonces Tarija. Sin hacer caso de estas ridículas calumnias, cuya falsedad demuestra el P. Izquierdo en su citada presentacion, proseguimos nuestra historia.

Despues de la victoria de Viluma, no pudiendo nuestros misioneros emigrados en Moquegua restituirse, como deseaban, á este Colegio, porque Tarija se hallaba siempre acosada de los revolucionarios; procuraron acercársele, viniendo

¹ Los planes de Vigil quedaron frustrados: y la mision de Salinas continuó existiendo, aunque sumamente deteriorada así en lo económico, como en lo espiritual. Aun en los tiempos, en que el Colegio estuvo en la máxima escasez de religiosos, nunca la abandonaron nuestros Padres, hasta el día 31 de Mayo de 1844, en que, habiendo sido erigida en parroquia, la entregaron al primer cura, D. Camilo Lara. — El P. Buenaventura Gonzalez, en Febrero de 1819, regresó á la destruida mision de Itau, esforzándose en reparar sus ruinas materiales y promover sus adelantos espirituales. Habiendo muerto en 3 de Abril de 1822, fué reemplazado por otros Padres, hasta fines de Noviembre de 1833, cuando viendo que su presencia cuanto era inútil en aquella mision, cuyos indígenas se hallaban casi todos dispersos, otro tanto era necesaria en el Colegio exhausto de religiosos, la entregaron al provisor eclesiástico de esta villa, quien envió de su teniente al Pbro. D. José Manuel Figueróa.

á Potosí ya de nuevo sujeta á las autoridades españolas. No estuvieron allí ociosos, sino que se consagraron con fervor á todas las obras de su ministerio; y para ejercitarlas mejor, solicitaron fundar un pequeño hospicio. E to que debia merecerles el amor de todos, les atrajo el odio de algunos. Se les calumnió; se les acusó de apóstatas de su Colegio, adonde no podian volver sin peligro de la vida; se les pintó como fautores de la revolucion, por la cual se hallaban peregrinos fuera de su casa: y en fin el gobernador Huarte, en 21 de Setiembre de 1818, fulminó contra ellos sentencia de destierro. El injustísimo decreto no fué ejecutado, gracias á los empeños y reclamos del Ayuntamiento y habitantes de aquella religiosa villa: solo con el P. prefecto de misiones Fr. Andres Caro, principal promotor del hospicio, se mantuvo inflexible el gobernador; y tuvo que retirarse desterrado á Moquegua.

No fué esta la única vez en que nuestros misioneros se vieron en aquellos tiempos, vejados y oprimidos por los que se llamaban realistas. El P. guardian Izquierdo, en 2 de Octubre de 1819, escribia al Comisario general de Indias: *No me esplayo en referirle algunas persecuciones que hemos sufrido, y particularmente yo, de las tropas de nuestro amado soberano. Ello es qu? es tiempo de padecer.* Y el procurador del Colegio, en la mencionada presentacion al virey, despues de haber insinuado los grandes sacrificios hechos y los indecibles trabajos sufridos de nuestros misioneros por la causa del rey, esclama: *¿Y despues de esto, los ministros y oficiales del rey, que deben enjugar nuestras lágrimas, así nos persiguen?*

Dias mas serenos amanecieron para Tarija. De los que fomentaban en ella la revolucion, unos habian muerto, otros depuesto las armas. Volvia á reinar la paz; y nuestros emigrados pudieron con seguridad restituirse al Colegio, donde en 1820 se hallaban reunidos trece misioneros. Estos con nuevos bríos acometieron sus antiguas tareas: y su voz apostólica volvió á oirse en las aldeas y curatos de

esta comarca, llamando á la paz y á la penitencia los corazones ulcerados por los odios y maleados por los vicios, á consecuencia de las pretéritas calamidades. Eran los últimos esfuerzos de aquellos valientes veteranos que, gastados de los años y trabajos, iban bajando uno por uno al sepulcro. Despoblábase el Colegio, ni podían ya esperarse de la Península nuevos refuerzos. Se tentó educar en el Colegio con hábito de donados á unos jovencitos criollos, con la lisonja de que enamorándose de la vida religiosa la abrazarian y sostendrían el Colegio. Vanas esperanzas, pues que ni uno de ellos perseveró en él.

El 10 de Junio de 1834, el P. Fr. Estévan Primo Ayala, el mas firme apoyo de este Colegio en los dias de tribulacion que hemos descrito, dejó de existir.

Quedaban tres sacerdotes: el uno de ellos advenedizo, con cuya perseverancia no podia contarse; los otros dos por los años y achaques, encorvados hacia el sepulcro. Con la muerte de ellos concluía el Colegio.

III.

El P. Andres Herrero.

« **S**U hombre de celo y caridad á toda prueba recorria Bolivia en 1835, y haciéndose cargo de las necesidades de los Colegios y de las misiones se dirigió dos veces á Europa, buscó y condujo religiosos, pobló aquellos nuevamente y restableció el pequeño número de misiones que hoy existe. Cuando principiaba á desarrollar el plan de propaganda entre infieles, que habia combinado durante sus viajes hechos por los lugares mismos donde iba á entablarse, Dios le llamó de la tierra, y *los bellos proyectos del P. Herrero quedaron sin ejecucion*. No son muchos en nuestra época aquellos, cuya vida presenta tantos rasgos de caridad y de amor ardiente á los hombres, como la de este apostólico religioso: su existencia activa é infatigable fué un dilatado servicio á la civilizacion de los indígenas de Bolivia. Miraba á estos con inmensa ternura, consideraba sus intereses como propios y no ahorró sacrificios á trueque de proporcionarles los bienes que producen en el hombre la felicidad verdadera ».

Este elogio, que á la venerable memoria del P. Fr.

Andres Herrero tributa el Sr. Eyzaguirre¹, es un justo homenaje debido á la verdad y al mérito. Desearíamos comprobarlo dando una biografia completa de este varon apostólico: mas la escasez de documentos apenas nos permite trazar unos ligeros rasgos de su vida virtuosa, consagrada casi por entero al mas fervoroso apostolado.

No lejos de las orillas del Ebro, en la pequeña ciudad de Arnedo, nació Fr. Andres Herrero, en el año de 1782. Sus padres fueron D. Andres Herrero y D.^a Clara de Las Heras, tan ilustres por su alcurnia como por su virtud. De lo cual tenemos una prueba en que de los ocho hijos, con que fué fecundo su matrimonio, los cinco se consagraron á Dios en el estado religioso ó eclesiástico. Nuestro Andres, apenas llegado á la adolescencia, determinó agregarse á la familia seráfica; pero sus padres, que lo amaban con ternura, para distraerlo de este pensamiento, lo enviaron á estudiar filosofia en la célebre capital de Aragon. El buen cursante, que buscaba ante todo el reino de Dios y su justicia, despues de haber asistido á las lecciones, al salir de la universidad, en vez de ir á solazarse en las frívolas puerilidades de los otros jóvenes, fbase todos los dias al célebre santuario de la Virgen del Pilar, y delante de su celestial Madre derramaba los fervorosos afectos de su alma inocente. Al pié de aquella ara santa sintió fortificarse su espíritu, y cobró nuevos alientos en su vocacion religiosa, que al fin pudo realizar con la bendicion de sus padres, vistiendo el hábito franciscano entre los Observantes de la provincia de Burgos.

Destinado, despues del año de prueba y de pronunciados los votos solemnes, á los estudios, manifestó luego los singulares talentos, con que el Señor lo habia enriquecido, y que el fervoroso estudiante proponíase negociar para gloria de Aquel, que se los habia dado. Así es que, mientras

¹ *Los intereses católicos en América.* Tom. 1. cap. 26. — París 1859.

se aplicaba con suma diligencia y maravilloso provecho á las ciencias humanas, con mayor ahinco se esforzaba en progresar cada dia mas en el camino de la perfeccion religiosa. Manso y humilde de corazon, juzgábase indigno de poder vivir entre los hijos del seráfico Patriarca: su recreacion era lavar y remendar las ropas sucias y andrajosas de los enfermos; su mayor gusto servir á todos los frailes, hasta al último de los conversos, al ínfimo de los donados. Santamente enemigo de su carne, la maceraba con cilicios y disciplinas; y desde aquellos primeros años de su vida religiosa adoptó la severa costumbre, que conservó fielmente hasta la muerte, de mezclar la escasa racion de su diario sustento con alguna cosa desabrida para no dejarse engañar nunca por el seductor sentido del gusto. Su trato pacífico y modesto, su voz suave y un tanto pausada, su mirada apacible, su andar grave, y hasta su risa manifestaban (como nos han testimoniado los que tuvieron la felicidad de conocerlo) el fondo del alma buena con que el cielo lo dotara.

Tan luego que se vió ungido en sacerdote, se consideró obligado, como fiel ministro de Jesucristo, á procurar sus intereses, propagar su fe, promover su gloria y cooperarle en la salvacion de las almas. Para lograrlo mejor, pidió y obtuvo licencia de pasarse á estas Indias, no sin grande sentimiento de sus deudos y de sus mismos correligiosos, doliéndose de perder á un jóven de tan amables prendas y hermosas esperanzas.

En los primeros años del siglo que corre, atravesaba el Atlántico en compañía de su querido condiscípulo é íntimo amigo Fr. Cirilo de Alameda, que no mucho despues fué General de la Órden, y mas tarde Arzobispo de Cuba, Burgos y Toledo, y finalmente Cardenal ¹.

¹ Este varon insigne y digno émulo del inmortal Cisneros, hizo siempre tanto aprecio de nuestro P. Andres, que á mas de respetar sus dichos

Habiendo llegado felizmente, en 1810, al Colegio de Moquegua, tres años despues fué destinado á las conversiones de los Mosetenes. Al propio tiempo en que los revindicadores de los derechos de la patria recorrian estos paises, desolándolos con la guerra y tremolando el pendon de la Independencia, nuestro jóven misionero marchaba á las montañas de Yungas para anunciar la paz y enarbolar el estandarte de la Redencion. Ignoramos los pormenores de los hechos y frutos de su apostolado: solo sí sabemos que por quince años continuos demoró entre los salvajes. Sabemos tambien que en el no corto decurso de ese tiempo, ya como simple conversor, ya con el cargo de Prefecto de misiones (al cual fué elegido el 4 de Setiembre de 1820), no contento con catequizar á los ya conquistados, entró repetidas veces á los pueblos bárbaros para lograr nuevas conquistas. Descalzo, casi sin hábito, sin mas alimento que los productos del bosque, sin mas escolta que la de dos ó tres neófitos (que á veces lo abandonaban en medio de pajonales, de pantanos, o de selvas impenetrables), sin otras armas que el estandarte de la Madre de la gracia que llevaba siempre consigo, recorrió las hórridas y vastas hoyadas del Veni, del Bopi, del Inicua y del Guarai, penetró hasta los páramos de los indómitos Yuracarés, de los feroces Chimanes, de los rezelosos Cavinás, y con la suave palabra del amor ganó los corazones de muchos, logrando reunirlos en pueblos para realzarlos á la dignidad de hombres y de cristianos. La bajeza, la terquedad, la ingratitud de aquellos seres desgraciados, lejos de engendrar en él repugnancia ó enfado, lo henchian de una compasion inmensa, llegaban hasta atraer sus simpatías. Lo confiesa ingenuamente el mismo Padre en una de las tres circulares que escribió á sus correligiosos de Europa, invitándolos al santo ministerio,

como oráculos, no reparó en decir á su Lector que la mayor gloria para tal maestro era el haber tenido por discípulo á Fr. Herrero.

y en las que bien se revela su alma generosa y ardiente en caridad¹.

El apostolado del P. Herrero es tanto mas admirable, porque ejercido en los borrascosos años de la revolucion, cuando los misioneros, sobre no hallar en el Gobierno y en los pueblos cultos favor ni proteccion alguna, se veian por lo contrario espuestos cotidianamente á mil vejaciones, á los insultos, á los despojos, al encarcelamiento, al destierro. Mas, nuestro valeroso misionero nunca se intimidó ante los peligros y dificultades: no se arredró; quedó firme en su puesto, sufriendo y esperando. Pero, cuando llegó á ver que el huracan de la revolucion habia asolado los Colegios, destruido las misiones, fugado á los misioneros, dispersado á los neófitos, su alma generosa casi desfalleció, no pudo tolerar tanta afliccion, *poco faltó* (son sus palabras) *que no pudiese á Dios la muerte*.

El iris de paz habia aparecido en el horizonte americano: acababa de nacer la República de Bolivia; y el P. Herrero salió entonces de sus montañas. Una espina cruel atravesaba su corazon; un pensamiento grande dominaba su alma. Para realizarlo, no pudiendo volver á su antiguo Colegio, que ya no existia, se agregó á éste de Tarija, adonde llegó á fines de 1828. El pensamiento que lo ocupaba era él de reparar las ruinas de la casa de Dios, de congregar las dispersiones de Israel. Mas, ¿con que recursos? Tenia el mayor de todos: una confianza ilimitada en la Omnipotencia. Escogió varios arbitrios; tentó varios medios: todos salieron inútiles. No se desanimó el P. Herrero, ni desistió de su proyecto. Al principiar del 1833 salia de Tarija, marchaba á La Paz, y ponía en las manos del Jefe supremo de la República un memorial, en que con vivos colores pintaba el desamparo de los huérfanos neófitos y con

¹ Se hallan las tres en un solo cuaderno impreso en Cádiz en 1836. Escribió tambien y mandó imprimir un Catecismo en idioma moseteno, *Roma, Imprenta de Propaganda, 1834*.

patéticas espresiones pedia en nombre de ellos el remedio á tantas desgracias. No omitia el insinuar las ventajas aun materiales, que del restablecimiento de los Colegios y misiones resultarian á la causa pública; esponia la inutilidad de las medidas adoptadas hasta entonces para el efecto; suplicaba la licencia para poner en obra el único medio que aun quedaba, la conduccion de misioneros desde Europa. El piadoso general Santacruz condescendió con sumo agrado á la religiosa súplica; concedió la autorizacion solicitada, entregó honrosas credenciales acompañadas con férvidas recomendaciones. De los recursos necesarios para los gastos de tan costosa empresa no se habló; ni el P. Herrero pensó en pedirlos, conociendo el apuro de fondos del erario público. Hubo privados que ofrecieron voluntariamente vistosas sumas; mas, entró luego la desconfianza. Muy pocos consideraban realizable la empresa, para cuya ejecucion se presentaban á la verdad dificultades inmensas; pero que abultaban en unos la poca fe, en otros la malignidad. Comenzó á decirse que el celoso empresario bajo el pretexto de traer religiosos de Europa, tentaba reunir un pequeño caudal, con que volverse á la patria y gozar cómodamente en un convento de España los productos de su apostolado. Los piadosos oferentes no quisieron aventurar su dinero ¹.

Nuestro P. Andres no se detuvo ni por los dichos malignos, ni por la nulidad de medios: sin mas recursos que los estrictamente necesarios á su transporte de mar, habidos de limosna, lleno de confianza se lanzó al Pacífico, y por la via de Panamá se dirigió á las Baleares. Su proyecto se reducía á coleccionar en España á unos treinta religiosos

¹ Por aquellos mismos tiempos, un político de carne tuvo la osadía de proponer á la Soberana Asamblea de Bolivia la abolicion del celibato eclesiástico. El celo de Fr. Andres se enardeció, y publicó por la prensa una corta, pero enérgica disertacion, con la cual tapó la fea boca del impúdico motor, é impidió al católico congreso el desviarse de la senda de la ley y del honor.

españoles, con los cuales rehabilitar los Colegios americanos, y proseguir la obra de la civilización cristiana entre los salvajes. Volvió pues á embarcarse para penetrar en la Península y pasar á Madrid, donde residían entonces el Ministro general de la Orden y el Comisario general de Indias, sin cuya anuencia no podía llenar su comisión. Mas, al acercarse al puerto de Barcelona unos vientos furiosos le impidieron la entrada, y lo obligaron á retroceder á Mallorca. Segunda vez tentó la entrada, y segunda vez desencadenándose improvisamente los vientos lo rechazaron de las costas Ibéricas y lo arrojaron á las Baleares.

La Providencia velaba visiblemente sobre su enviado.

¿Que hubiera sido del P. Herrero y de su empresa, si llegaba á tomar puerto en Barcelona? Si hemos de juzgar según el cálculo humano, el P. Herrero hubiera perecido y la empresa fracasado. En la aduana de Barcelona, como se supo después, le esperaban con orden de registrar su equipaje, sustraer sus papeles y cuanto llevaba. Esto era lo menos. El reino de S. Fernando se hallaba en aquella fecha horriblemente trastornado; el cólera-morbo desolaba las dos Castillas y la guerra civil llenaba de horrores toda la Península. Contra los hombres de Iglesia especialmente se ensangrentaban los revolucionarios; y Madrid vió escandalizada á mas de ochenta religiosos sacrificados al furor de *los peseteros*. Y en Madrid puntualmente se hubiera hallado al tiempo de la carnicería el P. Herrero, y quizás hubiera sido una de las víctimas, si hubiese aportado á Barcelona. — Los vientos contrarios lo salvaron.

Eran dos meses que estaba el P. Herrero en Mallorca; ninguna esperanza le quedaba de poder penetrar en España; ninguna contestación parecía á las cartas que había enviado á Madrid: sus miradas se dirigieron entonces á Italia. El 6 de Marzo de 1834 entraba en la ciudad santa, y pocos días después postrábase á los pies del Sumo Pontífice Gregorio XVI. Con paternal benignidad recibió el Sucesor del Príncipe de los Apóstoles al humilde misionero de Yungas;

con suma complacencia acogió los testimonios de adhesión y reverencia que por su conducto le enviaban los devotos hijos de Bolivia, y se llenó de júbilo al entender el interés que en favor de la religión y propagación de la fe tomaban estas nuevas Repúblicas. No solo concedió al P. Herrero permiso para coleccionar misioneros en los conventos así de Italia como de otros países, sino que le otorgó también muy amplias y extraordinarias facultades, le regaló un cáliz de plata, y lo condecoró con el título de Prefecto Apostólico y Comisario general de todas las misiones y Colegios de esta América del Sur. Mas, lo que colmó de júbilo á nuestro fervoroso misionero fueron las palabras que le dirigió el Vicario de Jesucristo: *Ite in Americam meridionalem, praedicate Evangelium omni creaturae*. « Palabras (como dejó escrito él mismo) que en su oído causaron una tierna y dulce impresión, que no le era fácil explicar ».

Fomentada así con la bendición apostólica la empresa del P. Herrero, se aplicó este con mayores bríos para llevarla á cabo. Escribió é hizo circular por todos los conventos de Italia y por los que pudo de España una carta llena de energía y celo, en la cual convidaba á sus hermanos á agregársele en el ministerio apostólico y emigrar á América para sostener la piedad en los católicos y mas especialmente para propagar la fe entre los salvajes. Era aquella la primera vez que los franciscanos de Italia eran convidados á las misiones americanas, y convidados por un extranjero desconocido; sin embargo, fué acogida la invitación con entusiasmo: mas de cincuenta se ofrecieron á atravesar los mares para evangelizar las tierras, en que plantó la primera Cruz el grande Italiano, el revelador del Globo.

Entre tantos á solos doce pudo escoger el P. Herrero, pues por el apuro de recursos en que se hallaba, solo una confianza tan generosa como la suya podia aceptar á esos pocos. Porque, ¿ con que recursos contaba para la conducción de esos doce? Actualmente con ninguno. Sus amigos de La Paz le habian enviado para sus gastos particulares

una libranza de 1100 pesos en París; de estos apenas la mitad, por los descuentos de cambio, habia llegado á sus manos; y el digno hijo de S. Francisco, en vez de gastarlos en propio provecho, los habia invertido en la compra de una imprenta, de varios libros útiles, de algunos ornamentos, y en el aderezo de tres cuerpos de SS. Mártires, con que queria enriquecer los Colegios franciscanos de Bolivia.

Estaba ya el P. Herrero con sus colectados en Génova; y en aquél puerto se hallaban varios buques, aparejados para darse á la vela para América. En ellos solicitó para sí y sus compañeros embarco al fiado, prometiendo pagar el flete, que le pedian muy subido, luego de arribados á Arica. Del cumplimiento de su promesa no daba mas fianza que la simple palabra de unos piadosos amigos suyos, que al salir él de América habian ofrecido, caso que se verificase la conduccion de misioneros, pagar el importe en el puerto donde desembarcasen. ¿Quien podia confiar ciegamente en la palabra de un fraile forastero, desconocido, que nada daba, nada tenia, con nada podia responder y que sin garantías ni seguridades ofrecia una paga espuesta á tantas contingencias? Nadie quiso recibirlo.

Mas, la Providencia lo habia recibido bajo su amparo.

Cuando parecia perdida toda esperanza, de improviso se presenta al P. Herrero un mozo, á quien nunca habia visto, y le dice que un caballero le hacia llamar y deseaba hablarle. Con veneracion y gratitud escribimos en esta página, deseando que jamás se borre, el nombre de este caballero. Era Domingo Giordani, honrado y rico comerciante de Génova. Habiendo leído casualmente la carta que, como hemos dicho, habia hecho circular por los conventos el P. Herrero, habia formado una alta idea de la grandiosidad de la empresa y concebido deseos de tener alguna parte en ella. Como estaba disponiéndose á navegar entre breve tiempo á las costas del Pacífico, espontáneo y gustoso ofreció su buque para la conduccion de los misioneros, contentándose de un flete muy módico que, sin exigir caucion alguna, recibiria al tiempo del desembarco.

El 25 de Setiembre de 1834 se embarcaban los doce nuevos Apóstoles; un mes despues entraban en el Atlántico, y doblado felizmente el Cabo de Hornos, á principios de Febrero fondeaban en la bahía de Valparaiso. Rebozaron de júbilo los Chilenos al arribo de los doce frailes italianos, viendo con esto resucitadas las esperanzas ya muertas de la restauracion de los Colegios tan útiles en América y tan estimados: y estraordinarias fueron las demostraciones de gratitud, respeto y devocion con que obsequiaron á los misioneros en las dos semanas, que el buque quedó anclado en el puerto. Quiso aprovechar de esta demora el P. Herrero para ir á visitar en Santiago al presidente de la República D. Joaquin Prieto, é informarle del objeto de su viaje á Europa, del favor logrado en Roma, de sus proyectos y esperanzas para el restablecimiento de los Colegios y misiones. Aquel ilustre mandatario oyó con estrema complacencia el relato del misionero, manifestó su ardiente deseo de sostener la grande obra de la propagacion de la fe, trató sobre las medidas que debian adoptarse para la reparacion de los Colegios *de Propaganda*, y se interesó vivamente en que dos de los misioneros se quedasen para conservar el Colegio de Chillan. Hubo que condescender con sus instancias. Los otros diez se hicieron de nuevo á la vela, y despues de pocos dias de feliz navegacion aportaron á Arica.

À principios de Abril de 1835, despues de casi dos años de ausencia, el P. Herrero volvía á entrar en el territorio de Bolivia, rodeado de diez jóvenes misioneros. Cesó entonces la desconfianza de los pusilánimes, quedó tapada la boca de los malignos. El P. Herrero no era un hipócrita especulador; su empresa no era irrealizable. Bendecida visiblemente de Dios se habia realizado; y si no se habia realizado por completo, solo debia imputarse á la poca fe ó á la demasiada credulidad de los que, faltando á sus ofertas, se habian escusado de subsidiarla.

No nos detendremos en describir las magníficas fiestas

con que los religiosos pueblos de Bolivia honraron la llegada de los nuevos apóstoles. Su recibimiento tuvo toda la pompa de un triunfo.

En su calidad de Prefecto y Comisario apostólico repartió el P. Herrero sus colectados, enviando dos á este Colegio de Tarija, otros dos al de Tarata y colocando los seis restantes en La Paz, como semillero del Colegio que entonces allí se inauguró. Mas la llegada de este pequeño refuerzo *no hizo mas* (escribia el mismo Padre) *que escitar de nuevo la sed y las ganas que estas gentes tenían de ver otra vez en sus pueblos á los hijos de S. Francisco, á quienes tanto amor conservan en su corazon.* En todas las nuevas Repùblicas de la América latina, se escitó un religioso entusiasmo para volver á convidar á los desiertos Colegios de *Propaganda* los apóstoles franciscanos que la revolucion habia dispersado. Bolivia y Perú encargaron de ello al P. Herrero, acompañándole con honoríficas credenciales, con vivas recomendaciones á la S. Congregacion de *Propaganda*, y con los recursos necesarios para costear la conduccion de un crecido numero de religiosos.

No habia aun trascurrido un año desde que el P. Herrero habia vuelto de Europa, y ya cruzaba de nuevo la inmensidad del Océano, *impulsado mas que de los vientos, por el gran deseo de escitar á sus hermanos y llamarlos al apostólico ministerio de convertir almas á Dios*; como él mismo se expresaba, arribado ya á Cádiz, en 2 de Agosto de 1833. Los santos deseos del fervoroso Comisario quedaron cumplidos esta vez. Ochenta y tres religiosos, entre españoles é italianos, se alistaron á la apostólica expedicion, que en la segunda mitad de 1837 desembarcaba en las costas del Perú. Diez y nueve de ellos fueron enviados á Ocopa para restablecer aquel perdido Colegio, diez á Chile; los restantes fueron distribuidos en los Colegios de La Paz, Tarata y Tarija; salvo unos, destinados á iniciar en la antigua recoleta de Sucre un nuevo Colegio.

La idea del P. Herrero se habia realizado. Se habia

reestablecido el Colegio de Ocopa; los de Chillan, Tarija y Tarata quedaban provistos de misioneros: se habian erigido dos de nuevo; y ya algunos misioneros habian marchado á restaurar las destruidas misiones y recoger á los neófitos dispersos. Sin embargo, al insaciable celo del P. Herrero los noventa y cinco obreros, que en las dos expediciones habia traído, le parecian insuficientes á la abundancia de la mies: proyectaba un tercer viaje á Europa.

Antes de efectuarlo, quiso, como pastor solícito, visitar los Colegios y recorrer los territorios de las antiguas misiones, para registrar con sus ojos las ruinas que los pasados trastornos habian causado, y con mayor facilidad y acierto ponerles reparo. De Sucre pasó á la Laguna, en donde designaba establecer un hospicio que sirviese de escala para las misiones de las provincias de Saucos y Cordillera, que pensaba restaurar. Allí enfermó; mas, con la fuerza del espíritu venciendo la debilidad de la carne, continuó en su apostólica correría, atravesando el dilatado y asperísimo territorio de las antiguas misiones, desde la de Acero hasta la de Salinas. Habiendo demorado unos pocos dias en esta última, única que no habia sido destruida, como ya notámos, aunque enfermo y exhausto de fuerzas se puso en marcha para este Colegio de Tarija.

Mas aquella vida preciosa iba destruyéndose de dia en dia, de hora en hora.

El 11 de Agosto de 1838 subia la solitaria cuesta de Mendoza, acompañado de un jóven misionero y seguido de algunos neófitos de Salinas. Sintió desfallecerse; pidió le desmontasen, y se sentó al pié de un árbol. Poco despues levantó los ojos empañados al misionero que lo sostenia en sus brazos: era la postrera mirada, la última despedida. Su grande alma, desembarazada ya del mortal ropaje, volaba al cielo.

La oscura muerte de Fr. Andres Herrero en la yerma montaña de Mendoza, es un retrato de la del gran Javier en la desierta isleta de Sancian.

Dos años y nueve dias antes, el P. Herrero habia escrito: *Protesto no descansaré hasta que logre morir entre aquellos mis pobres neófitos; porque creo que para mí será este uno de los favores mas grandes que pueda recibir en este mundo, y una de las pruebas mas evidentes de las misericordias del Señor para conmigo. Y con razon; porque, por testimonio de un buen testigo sabemos que si en alimentar con palabras de vida y cuidar de la familia que se le ha encargado fuese sorprendido de la muerte el siervo fiel y prudente, este será sin duda constituido sobre todos los bienes, es decir, será colocado en la gloria del Señor.* Dios le cumplió sus deseos, y piadosamente creemos que le cumpliria tambien sus esperanzas.

Los neófitos salineros compusieron el venerable cadáver de su amado padre en un féretro hecho de ramas de árboles, y lo cargaron en sus hombros hasta Tarija¹. Los religiosos de este Colegio salieron á encontrar el cuerpo exánime del ilustre Restaurador de los Colegios franciscanos en Sur-América; y despues de haberle celebrado solemnes honras y bañado con sus lágrimas, lo depositaron junto á los restos de sus hermanos que lo habian precedido en el sueño de la paz, y lo acompañarán en el dia de la general retribucion.

Fué enterrado el 14 de Agosto de 1838.

¹ La cuesta de Mendoza dista de Tarija unas catorce leguas de camino montañoso.



IV.

Restauracion.

LOS BELLOS PROYECTOS DEL P. HERRERO HUBIERAN QUEDADO SIN EJECUCION, si él no hubiese dejado discípulos aleccionados en su escuela y herederos de su espíritu. Entre estos hubo misioneros insignes por su doctrina y virtud, y por una caridad verdaderamente apostólica; de los cuales unos se consagraron á fomentar la piedad en los pueblos con la predicacion y administracion de sacramentos; otros recorrieron dilatadas provincias sacudiendo de su letargo á los pecadores con fervorósísimas misiones; otros, penetrando adonde no habian osado aun penetrar las armas de los conquistadores, ni la codicia de los comerciantes, ni la curiosidad de los viajeros, anunciaron á numerosas tribus salvajes la palabra de la paz y del amor. Y de estos tuvieron algunos la gloria de coronar las fatigas de su apostolado con el laurel del martirio, asesinados por aquellos mismos á quienes esforzábanse en liberar de la peor de las muertes ¹.

¹ Son estos los PP. Crisóstomo Cimini y Feliciano Morentin con el lego Fr. Amadíos Bertona, asaseados por los indios Campas en las playas del Apurimac (a. de 1852); el P. José Puigdemólas muerto de un macanazo reci-

Concretándonos al Colegio, cuya historia escribimos, los hechos que vamos á referir atestiguarán que los *proyectos del P. Herrero no quedaron sin ejecucion*, y que sus generosos esfuerzos para sostener este baluarte de la fe produjeron en tiempo oportuno ópimos frutos de santidad y santificacion entre fieles é infieles.

Dejámos nuestro Colegio en 1834 con tres solos misioneros, á quienes acompañaban tres legos octogenarios. El P. Herrero, regresado de su primer viaje á Roma, vino á visitarlo; y entrando en él á 19 de Agosto de 1835 *condolábase sobre manera* (así hallamos escrito de su puño) *al ver el miserable estado en que la escasez de religiosos y otras circunstancias bien notorias de los tiempos habian puesto á este pobre Colegio, en el cual no hallaba sujetos á quienes dirigir su voz, sino á unos venerables ancianos, que aunque no hubieran hecho mas que el conservar lo material del Colegio con su personal permanencia, eran dignos de toda recomendacion. Y los exhortaba á la perseverancia y paciencia hasta que variándose las circunstancias y amaneciendo dias mas serenos pudiera prorrer mayor número de operarios.* Por entonces, siendo tan corto el número de los que habia conducido, apenas pudo socorrer con uno, que fué el P. Justino Rosselli genovés, enviando á otro, el P. Buenaventura Grechi de la provincia de Bologna, á la mision de Salinas. Con esto no mejoraba mucho la situacion del Colegio.

En la segunda expedicion de 1837 logró este el refuerzo de seis sacerdotes, dos coristas y tres legos. Estos, si

bido de un cacique toba, cuyas llagas habia pocos dias antes amorosamente curado (30 de Noviembre de 1860); y el P. Pablo Emilio Reynaud degollado y bárbaramente despedazado por sus mismos neófitos en la mision de Chimanés (Mayo de 1862). Entre estos mártires de la caridad podemos contar tambien al P. Antonio Gallsans, anegado en las aguas del Tulumayo (Setiembre de 1842) mientras regresaba de administrar los socorros de la religion á unos cristianos flechados por los salvajes.

bastaban para la manutencion del convento y para el servicio de los de la ciudad y comarca que en él venian á buscar los auxilios espirituales, no sobraban para estender fuera de los recintos del claustro su accion apostólica. Sus ansias de recorrer los pueblos anunciando las verdades eternas y de lanzarse á las vecinas fronteras para llevar la luz salvadora á las numerosas familias de infieles que las habitan, quedaban reprimidas; y el fin principal, que los habia saeado del seno de su patria y traído á estos lejanos paises, no se lograba. Presentábase á su vista una mies copiosa y madura; mas no se sentian suficientes para trasportarla á las trojes del gran Padre de familia. Forzoso era convidar á otros obreros que viniesen á darles una mano: y en busca de estos, salió para Europa en los últimos dias de 1842 el P. Alfonso Corsetti.

El 3 de Mayo de 1844, se embarcaban en el puerto de Génova nueve jóvenes misioneros anhelando á anunciar el Evangelio al otro lado de los mares¹. Á su arribo rejuveneció este Colegio, y, como en los primeros dias de su institucion, se sintió lleno de un nuevo vigor para volver á emprender las faenas apostólicas, que por casi seis lustros los trastornos de la revolucion habian interrumpido. En esta

¹ Despues de esta expedicion, hasta la fecha en que esto escribimos, se hicieron otras cinco para reforzar el Colegio y reemplazar á los varios misioneros que iban falleciendo. Con la que llegó al Colegio el 30 de Enero de 1853 vinieron catorce sacerdotes, un corista y un donado; con la del 5 de Enero de 1860, cinco sacerdotes y tres coristas: y con la de 9 de Diciembre de 1864, quince sacerdotes, un corista y un donado. Luego, habiéndose trastornado las cosas de Italia, suprimido los conventos y prohibido la recepcion de novicios, en las dos siguientes expediciones, escaseando el número de sacerdotes, se hizo forzoso traer mayor número de coristas y tambien á algunos jóvenes seculares, que hiciesen su noviciado y profesion en el Colegio. Así, con la expedicion del 21 de Octubre de 1872, llegaron nueve sacerdotes, cinco coristas, dos legos y tres jóvenes seglares para novicios de coro; y con la última de 15 de Diciembre de 1877, vino un solo sacerdote, cuatro coristas, tres legos y cuatro seglares para novicios, los tres en el estado de coristas, y el cuarto en él de legos.

misma ciudad quisieron los nuevos misioneros inaugurar su apostolado, dando en ella una fervorosa mision; y luego pasaron á darla en los vecinos curatos de S. Lorenzo, Concepcion, Yunchará y Tomayapo. Y desde entonces hasta hoy no han cesado los apóstoles de Tarija de discurrir, de año en año, por los pueblos, derramando en ellos, como nubes fecundas, las aguas de la celestial doctrina. No hay parroquia, ni anejo, ni capilla en todo este Departamento, en donde repetidas veces no haya resonado su voz apostólica, llamando los pecadores á penitencia y sanando á los contritos de espíritu con el bálsamo de la reconciliacion. Mas, el Departamento, aunque vasto, de Tarija no era suficiente campo al desahogo del ardoroso celo que inflamaba su pecho, y así se extendieron con sus escursiones apostólicas hasta las comarcanas provincias de Cinti, Chichas, Jujú y Oran, predicando en los numerosos pueblos diseminados en ellas el reino de Dios y la penitencia para la remision de los pecados.

Las evangélicas expediciones de nuestros misioneros consiguieron, y por la misericordia de Dios consiguen aun hoy, frutos tanto mayores, cuanto mas apremiantes son las necesidades de estos pueblos. Pueden estos justamente compararse á aquellas turbas, que á tanta lástima movian el corazon piadoso del Salvador, *porque estaban, dice el sagrado testo, afligidas y lánguidas como ovejas faltas de pastor.*

La suma escasez de sacerdotes en estos paises, apenas permite que un solo párroco atienda á un dilatadísimo territorio, en que viven desparramadas, á largas distancias unas de otras, muchísimas familias ocupadas en el pastoreo de sus ganados, ó en el cultivo de sus haciendas. Situadas á muchas leguas de la iglesia, la mayor parte apenas asiste en las Pascuas ó dias mas solemnes al santo sacrificio; rarísima vez ó nunca oyen la palabra divina, y dejan pasar largos años sin pensar en recibir los sacramentos. De doctrina cristiana los mas saben muy mal y sin en-

tenderlo, el brevísimo y estropeado rezo, que cuando niños aprendieron de sus madres; y es bien frecuente encontrar á personas ya adultas, que ignoran por completo los misterios mas esenciales y no saben santiguarse. No son raros los que aguardan á hacer su primera confesion á la época de casarse, para no volver á hacerla hasta la hora de la muerte, si es que tienen la felicidad de lograr entonces un ministro de la reconciliacion. Hemos conocido á hombres cuadragenarios que no habian visto celebrar una misa, y es por demás añadir que nunca se habian confesado. Unos terrenos naturalmente agrestes y abandonados en tal modo á sí mismos, sin riego, sin cultivo, no es extraño que produzcan malezas y espinas.

Mas, en medio de tanta ignorancia y abandono, se conserva por lo regular en estas gentes (especialmente en las del campo) viva y sencilla la fe: así es, que cuando se presentan los misioneros en una parroquia, se escita en toda ella un indescribible entusiasmo: nadie quiere quedarse sin disfrutar del beneficio de la santa mision; desde los puntos mas lejanos concurren en tropas para oir los sermones y lavarse en la piscina de la penitencia. Inmensas fatigas, infinita paciencia cuesta á los obreros evangélicos el iluminar inteligencias tan tenebrosas y beneficiar corazones tan eriales: pero su paciencia y fatigas se ven siempre recompensadas con ópimos y preciosísimos frutos. Millares de almas se reconcilian con Dios; se desarraigan mil abusos, se remedian mil desórdenes, se quitan mil escándalos; y sobre todo se santifican con el sacramento cristiano las ilegítimas uniones de muchos. Tales son los bellos frutos que todos los años recogen nuestros misioneros en sus apostólicas escursiones. Y no una sola vez ha confirmado Dios su predicacion con sucesos, si no milagrosos, á lo menos extraordinarios; entre los cuales pudiéramos referir varias muertes desastrosas, con que fueron instantáneamente heridos algunos, que se oponian ó mofaban de la mision.

Tenemos á la vista numerosos documentos en que las

Autoridades civiles y eclesiásticas de los pueblos recorridos por nuestros misioneros, acreditan con magníficos elogios las enormes fatigas por ellos sostenidas, y los felicísimos resultados de sus apostólicos afanes. Entre tantos no parecerá fuera de propósito que insertemos uno, el cual vale por muchos, porque escrito por persona respetabilísima¹. El Dr. D. Escolástico Zegada, docto y celosísimo vicario foráneo de Jujú, escribía desde aquella ciudad en 5 de Enero de 1861 al Prelado de este Colegio lo que sigue:

« Regresan los venerables religiosos, el R. P. presidente Fr. Leonardo Delfante, Fr. Alejandro Ércole, Fr. Dionisio Guerrini y Fr. Santiago Lardani, esos apóstoles que, con el modesto nombre de misioneros, tuvo S. R. la dignacion de mandar á esta nueva Nínive, inspirado sin duda por la Providencia divina, que elegia esos mediadores que hiciesen suspender la espada celestial que ya vibraba sobre nuestras cabezas para vengar nuestras infidelidades y prevaricaciones.

« En verdad; el estado religioso y moral de esta provincia, pero máximamente de esta ciudad, era lamentable, aterrante; todos los medios aplicables eran ineficaces, desesperados y talvez agravaban la obstinacion: mas, lo que es peor, ya no se admitian remedios, se rechazaban por los que por su posicion influian en las masas; y estas por consiguiente eran torpes y ciegas secuaces. — Hechos com-

¹ V. *Epítome sobre la vida íntima y pública del presbítero Don Escolástico Zegada, Ex Cura Rector y Vicario foráneo de la Iglesia matriz de San Salvador de Jujú; Fundador del Hospital de beneficencia; Erector del Colegio de Huérfanas; Restaurador del Hospicio de Misioneros; antiguo Gobernador provisorio; Presidente de la Legislatura que sancionó la Constitución; Diputado del pueblo (varias veces); Introdutor de la imprenta en aquella provincia; Canónigo honorario de la Catedral de Salta; Autor de las Instrucciones Cristianas, de las Reflexiones religiosas y sociales, etc. etc.:* por Ángel J. Carranza colaborador de *La Revista de Buenos Aires*; que se halla insertado al principio de las *Instrucciones Cristianas* impresas por tercera vez en Buenos Aires; *Imprenta de Pablo E. Coni. 1869.*

prohantes de esta asercion se reproducian en progreso diariamente, y haciendo temer por momentos una catástrofe. En este estado se presentan los venerables misioneros; empiezan á hacer oír la palabra divina y llamar á perdon á todo pecador, valiéndose de cuantas industrias y estratagemas apostólicas les sugeria su ciencia, celo y esperiencia: fué grande, general el concurso; unos movidos por un sentimiento, otros por otro; pero, como si á todos los hubiese iluminado la luz que á Saulo y les hubiese hablado la misma voz, todos casi en tropel se hallaron como él postrados ante los misioneros preguntando: *Domine ¿quid me vis facere?* — De allí se han levantado absortos bendiciendo á los instrumentos de la gracia, y mostrando los efectos extraordinarios de ella con una mudanza de conducta tan repentina como enérgica. El pueblo entero, la campaña toda, ha sido teatro de una escena divina que continúa. La paz, orden, armonía y todas las virtudes se muestran con imperio donde el dia antes todos los vicios tiranizaban. Pero todo á costa de un indecible trabajo de los autores: nada han omitido; se han contraído con una tarea constante dia y noche en todo el tiempo que han permanecido. Y se ha visto en ellos un milagro continuo, pues solo así puede esplicarse que sus cuerpos hayan podido soportar tanta fatiga. Por lo mismo, seria necesaria una pluma celestial para describirlo todo con exactitud. — Tal es el bosquejo imperfecto de los beneficios que nos han proporcionado cuando menos lo merecíamos ».

El piadoso celo de nuestros misioneros, no satisfecho con remediar los males espirituales de estos pueblos, procuró tambien en cuanto pudo el alivio y socorro á sus dolencias corporales. Un tugurio, con el nombre de *Lazareto*, existia á unas dos leguas de Tarija, en donde, desterrados para siempre de la sociedad y esperando entre congojas y crueles sufrimientos la muerte, gemian los heridos por el asqueroso y terrible mal de San Lázaro (*elefantiasis de los griegos*). Los franciscanos de Tarija no habian olvidado las tiernas simpatías de su S. Padre para con los leprosos,

y la premura con que siempre habia recomendado á sus hijos la compasion hácia los que él afectuosamente solia llamar por antonomasia los *Hermanos Cristianos*. Conci-bieron pues la idea de trocar aquella tétrica prision, que iba ya desmoronándose, en un decente y cómodo hospital. Diéronse priesa á escitar la piedad de los fieles y reunir limosnas pordioseando de casa en casa: y para que la obra corriese con menos retardo y mas economía hicieron venir á los neófitos de Itau para trabajar en ella, ya como albañiles, ya como peones. Los mismos frailes dirigian el trabajo; y para escitar á los indios, no se desdeñaban ellos mismos de revolver barro y acarrear adobes. En poco tiempo la obra quedó concluida. — El cuerpo principal de la fábrica es un cuadrilongo, cortado en la mitad por una pared, que separa el departamento de los hombres del otro de las mujeres. Cada uno de estos consta de una sala capaz, cómoda y ventilada, con sus correspondientes covachas, de un patio cruzado por un canal de agua escelente, y de una huerta adornada con árboles frutales para el recreo de los dolientes. En frente y á pocos pasos del hospital se construyó una bonita capilla, dispuesta de modo, que desde las verjas de su reclusorio puedan los leprosos asistir al santo sacrificio y recibir la sagrada Eucaristía. Se fabricaron además, por separado y á corta distancia, dos cómodas casas, la una para habitacion del hospitalero, y la otra para albergar al sacerdote que en tiempos determinados fuese á administrar los auxilios religiosos á los enfermos.

Concluido el hospital, no olvidaron nuestros frailes á los *amigos del buen Dios*. Continuaron segun las circunstancias en prestarles sus servicios, ya administrándoles los sacramentos, ya proporcionándoles lo que necesitaban, no solo para su manutencion, sino tambien para su regalo.

La fábrica del Lazareto se ejecutó en 1858, y gracias á los sacrificios y ahorros de los misioneros, se gastaron en ella unos cuatro mil pesos, mas ó menos. Pocos años despues emprendieron una obra mucho mas dispendiosa.

Tarija no era ya la pequeña villa del Corregimiento de Chichas, como al tiempo de la dominacion española: era ya una ciudad capital de un Departamento, la que en su recinto y en sus dilatados alrededores, comprendia á muchos millares de habitantes. La obra del tiempo habia derruido los antiguos conventos é iglesias, y la de la revolucion habia acabado con sus moradores: quedaba solo el convento franciscano, y en su iglesia se apiñaban los habitantes de esta ciudad y contornos para cumplir con los deberes religiosos. Aquella iglesia, sobre ser oscura y poco ventilada, era demasiado pequeña para contener tanta concurrencia. Se pensó pues en agrandarla. Se abrieron ocho arcos en las paredes laterales; se añadieron dos naves menores, y detrás del altar mayor se construyó un amplio coro en lugar del antiguo, que estaba situado en el fondo sobre la puerta. Con esto, quedó la iglesia con 57, 70 m. de largo y 23, 30 de ancho¹. — Se construyó tambien una graciosa sacristía y junto á ella una devota capilla, para comodidad de los sacerdotes que por sus achaques no pueden celebrar en la iglesia. Un órgano nuevo se colocó en el coro, y al lado de este se fabricó otra capilla con varios nichos y una bóveda, en donde se depositan los restos mortales de los religiosos. Además, al mismo tiempo de engrandecer la antigua iglesia, se procuraba tambien hermosearla; y con los nuevos arcos, bóvedas, cornisas, pinturas y otros adornos con que se embelleció, quedó convertida en un templo espacioso y modestamente elegante. Siete años (1865-72) duró la obra, é importó cuarenta y dos mil, ciento veinte y cuatro pesos fuertes con sesenta y cinco centavos. Para tan considerables gastos, los religiosos se impusieron voluntarias privaciones,

¹ V. Apéndice Q.

y recorrieron así este Departamento como las Repúblicas vecinas, acopiando limosnas ¹.

Restaurado el Colegio, quedaba que llenar el principal objeto de su institucion, la conquista de los salvajes.

¹ Al celo tambien de nuestros misioneros es debida la construccion de las iglesias del valle de S. Luis y de Tomayapo; y la reparacion de las de San Juan, Camataquí y otras.

V.

Restablecimiento de las misiones.

ENTRE la cadena de cerros que se eleva al naciente de la antigua mision de Itau, y la otra que es como la última muralla, detrás de la cual se resguarda el interior del Gran Chaco, estiéndose el valle de Caraparí, que, aunque no muy ancho y de aires poco salubres, es muy feraz, y por su perpetuo verdor y frondosas colinas que lo rodean, agradable á la vista. Crúzalo de N. á S. un pequeño rio, en cuyas riberas habitaban muchas familias chiriguanas, á las cuales inútilmente tentaron en 1732 llevar la antorcha de la fe los celosos hijos de S. Ignacio¹. Asociándose los carapareños á sus vecinos de Caaruruti, Chimeo é Itau, fueron muchas veces funestos á los pobladores de los valles de las Salinas. Á su vez sufrieron ellos tambien la pena de sus maldades; porque los chaneses de Sinanditi y Caipependi, en venganza de unos agravios que de ellos habian recibido, se aliaron con los tobas y matacos, y el 14 de Diciembre de 1791 entrando en Caraparí,

¹ *Cartas edificantes*. Tom. XIV, pág. 180.

mataron á varios y llevaron presas á las mujeres y niños que encontraron. Aun mas terrible fué la venganza que de los infelices carapareños tomaron los mismos chaneses en 1795, cuando acometiendo aquel pueblo lo destruyeron completamente; y para quitar á los aborrecidos chiriguanos las esperanzas de volver á establecerse en él, ofrecieron á los españoles aquel desolado valle. Estos no se hicieron de rogar: atraídos por la abundancia de pastos, con que á sus ganados brindaban aquellas tierras intactas, corrieron á posesionarse de ellas; y bajo la direccion del valiente Inocencio Acosta sargento mayor de milicias, establecieron un fuerte en Caraparí. No pudieron sin embargo disfrutar pacíficamente de sus nuevas posesiones, hostigados largamente por los chiriguanos de la comarca y tobas del Pilcomayo, quienes no contentos con robar frecuentemente los ganados y asesinar á los ganaderos, se atrevieron mas de una vez á acometer y sitiar el mismo fortin con gravísimo daño de los defensores.

Terrible entre los otros fué el ataque que dieron en los primeros años de este siglo, y que casualmente hallámos consignado en un documento contemporáneo¹, del cual lo trascribimos testualmente: *El 31 de Julio de 1805, el malvado indio Tarumbari capitán de los de Ipaguasu, unido con los de Chimeo, asaltó el fuerte de Caraparí con el mayor ardor, empuñándose en esto desde el amanecer hasta las 12 y media del día: pero fueron rechazados constantemente á costa de cinco heridos de los nuestros, el uno gravemente, y otro muerto, por haberlo hallado fuera del fuerte, ignorándose el daño que recibieron los bárbaros, á pesar de ser mucha la sangre que dejaron derramada en las inmediaciones y por el camino de la*

¹ *Diario de la expedición á la frontera y río de Pilcomayo, que salió de Tarija el 21 del presente Julio de 1805 al mando del Sr. gobernador de esta provincia D. Francisco de Paula Sanz. Mss. del archivo del marqués de Tojo. N. lxxvij.*

retirarla. Además se llevaron cuanto ganado y caballada tenían la tropa y vecinos, habiendo quedado todos enteramente á pié, y amenazados á nueva próxima invasion, segun que gritaron los indios, tanto contra el mismo fuerte, cuanto contra él de Itau y su mision.

No menos memorable es otro ataque que dieron algun tiempo despues, y cuyos pormenores, terribles á la par y graciosos, ósmos referir por uno de los viejos colonos, que se halló presente al crítico lance. Embistieron los bárbaros al pueblo en ocasion que el corto número de sus vecinos se hallaba casi sin municion y con las armas inutilizadas. Des-pavoridos estos se refugiaron al fuerte, mientras los indios mataban impunemente á su vista las reses que encontraban, y sentados en torno de las fogatas, que habian encendido, asaban sus carnes y alegremente se las comian. Cuando estuvieron saciados, se agruparon al rededor del fuerte, y á golpes de hacha, iban ya derribando la puerta que les impedia la entrada. En aquel supremo peligro, las tímidas mujeres salvaron el pueblo. Se les ocurrió hacer hervir gran cantidad de agua, y montando sobre las paredes vaciaban el borbollante líquido sobre las desnudas espaldas de los agresores, los cuales bramando de dolor, abandonaron su maligna empresa.

Sin sacerdote que los asistiese, los nuevos colonos acudian á los PP. conversores de la vecina mision de Itau para recibir los sacramentos y lograr los socorros espirituales en el artículo de la muerte. Aun esto no podia hacerse sin riesgo; porque en los altos de S. Rosa, por donde cruzaba entonces el camino de Itau á Caraparí, y propiamente en la hondonada de Inti ó Agua-blanca se escondian muchas veces los salvajes para acechar á los pasajeros y asesinarlos. Nuestros misioneros sin embargo no rehusaron jamás los servicios de su ministerio á los vecinos de Caraparí, hasta que se vieron obligados en 1833 á retirarse de Itau. Entonces el señor Vicario eclesiástico de Tarija, como ya hemos referido (pág. 298), envió á un clérigo secular, que

en calidad de su teniente ejerciese el ministerio parroquial entre los fieles de Caraparí, Itau y Zapatera.

Por el espacio de casi doce años se sucedieron cuatro clérigos en el gobierno espiritual de aquella ayudantía, hasta que nuestros misioneros deseando emprender de nuevo la conquista evangélica, que la revolucion tan dolorosamente habia trastornado, determinaron principiar su empresa con la restauracion de la mision de Itau; pues ella les serviria como de puerta para entrar á los pueblos del interior, que yacian aun sentados en las tinieblas de la infidelidad. Para restaurarla se vieron obligados á hacerse cargo de la vice-parroquia de Caraparí, á la cual habia sido agregada aquella mision, como acabamos de indicar. Á fines pues de Junio de 1845 el R. P. Fr. Alfonso Corsetti salió del Colegio con dos jóvenes misioneros; y á principios del inmediato Julio el uno de ellos ya residia en Caraparí.

Este pueblo se formaba entonces de pocas y pobres casas, agrupadas al rededor del antiguo fuerte desmantelado y ruinoso. Junto á él estaba una pequeña capilla, baja, oscura y mas parecida á portalejo que á casa de oracion. Los Padres, haciendo grandes economías en sus gastos y ayudados por las limosnas de unos piadosos vecinos, pudieron levantar una iglesia mas grande y menos tosca. Se concluyó la obra; pero, fuese por la poca inteligencia de los que la dirigieron, ó bien por la mucha celeridad con que fué ejecutada, el nuevo templo ya próximo á estrenarse se desplomó. No desmayaron los Padres; y á fuerza de nuevos sacrificios y de nuevos trabajos, levantaron sobre las ruinas de la primera, otra iglesia sólida, decente, capaz, que es la que actualmente se ve, y fué inaugurada en 1856.

El joven misionero, que entró en 1845 á servir la ayudantía de Caraparí, era el P. Antonio Granella, religioso de singular bondad y adornado de las bellas dotes que forman un perfecto ministro del Evangelio. Las fatigas, aunque muy graves y continuas, del cargo pastoral que ejercia con los blancos que vivian en el vasto territorio de Caraparí,

no agotaban su celo, que ardia en deseos de convertir á tantos indios como veia dispersos por aquellas tierras, ignorantes de donde habían salido y del término á que se dirigian. Su paciencia y rara dulzura logró atraer á varios de ellos y reunirlos en un pequeño pueblo, que situó á la otra banda del rio que corre al pié del pueblo cristiano de Caraparí. Corto era su número; no llegaban á doscientos: pero aun menos que doscientas almas es mucho para él, que conoce el precio de un alma sola. Iniciados en los misterios de la fe é instruidos en los deberes del cristianismo, muchos de ellos recibieron el sacramento de la regeneracion; pero (doloroso es confesarlo) no se despojaron con el bautismo del hombre viejo para revestirse del nuevo. Los malos ejemplos de no pocos de los antiguos cristianos, hacian en sus ojos mas profunda impresion de la que hiciesen en sus oidos las fervidas exhortaciones del P. Granella, y de los otros misioneros que le sucedieron. Estos no cesaron de instruirlos y enseñarles el camino de la salvacion hasta que en 1859 la ayudantía de Caraparí fué canónicamente erigida en parroquia por el Ilmo. Sr. Arzobispo de la Plata: y entonces aquellos inconsiderados neófitos se desbandaron como ovejas sin pastor, para gozar las anchuras de una vida libre, sin ser ya bárbaros ni cristianos.

Instalado ya el P. Granella en Caraparí, el P. Corsetti con el P. Mario Bonfiglioli pasaron á Itau. ¡Que angustioso espectáculo ofrecia aquella desolada mision! Habian pasado solos doce años desde que los misioneros españoles se habian visto en la dura precision de desampararla; y en este no largo período, ¿cuantas vejaciones, cuantos atropellos y despojos no habian sufrido aquellos desvalidos neófitos? Sesenta y dos de ellos con violencia y engaño habian sido arrancados del seno de sus familias, y llevados al interior de la República para servir en el ejército: á los que quedaron se les persiguió de los modos mas indignos *para que aburridos se trasladasen á los bárbaros, y abandonasen su pueblo y suelo nativo.* Hombres sin conciencia, devorados

por la codicia, ávidos de las tierras que con los mas legítimos é incontrastables derechos poseian nuestros indios, les hacian una guerra inicua *con las miras de concluirlos para hacerse dueños de todo*¹. Ni les fué dificultoso salir con su intento. Un militar, en virtud de una concesion capciosamente arrancada del Gobierno, ocupó y arrendó la estancia de Nuguasu, que desde el 1798 habia sido legalmente otorgada á los indígenas, antiguos y únicos dueños naturales de ella. Igualmente la hermosa cañada de Nancaguasu, desmontada ya y cultivada por los mismos indios que allí tenian sus sembrados, quedó repartida entre diez y seis estraños, que la ocuparon violentamente. La casa misma, que habia sido habitacion de los PP. misioneros, fué enagenada. Apenas se dejó á los perseguidos indígenas, dueños inmemoriales de aquellos terrenos, un miserable retazo de tierra, que ni siquiera era suficiente para contener todas sus chozas.

Atropellados tan indignamente, ¿que hicieron nuestros pobres indios? Salvajes recién agregados á la civilizacion, novicios en la fe, incapaces de hacer valer sus derechos, sin protectores que abogasen por ellos, no supieron discurrir mejor arbitrio que el de ceder á la fuerza, abandonar el lugar de su desgracia y buscarse otro en donde vivir con tranquilidad. Se retiraron á los vecinos pueblos de los bárbaros; y allí, olvidados de las obligaciones contraidas en su bautismo, se entregaron á todos los vicios de la infidelidad. Ni mejor vivian los pocos que se habian quedado en su pais. Abandonados á su desgracia, sin que nadie se condoliese de ellos, ó les dirigiese una palabra de exhortacion ó de aliento, vivian sumidos en la ignorancia y en la corrupcion. En todos aquellos años no se administró un

¹ Copiamos las mismas palabras de que usó el P. Presidente del Colegio en una presentacion que elevó al Exmo. Sr. Presidente de la República (30 de Octubre de 1834), reclamando los derechos de los despojados neófitos. Consérvase auténtica en el archivo de este Colegio.

solo bautismo solemne; no se celebró un solo matrimonio cristiano; todos, á escepcion de uno, vivian en una union ilegítima.

Tal era el lastimoso estado de Itau, cuando á mediados de Julio de 1845 entraron allí nuestros misioneros: su celo hubiera encontrado óbices menos difíciles á superarse, si hubiesen entrado á un pueblo de bárbaros recién reducidos. Sin embargo, su valor no desfalleció; y confiados en la virtud que descende de lo alto, emprendieron con mano fuerte la reparacion de tantas ruinas, que se presentaban á sus ojos y herian su corazon. La noticia de su llegada se habia esparcido por la comarca, y los indígenas que andaban dispersos volvieron gozosos á cobijarse bajo las alas de sus antiguos protectores. Se les agregaron otros muchos que vivian en las orillas del Pilcomayo (distante de Itau unas quince leguas), y otros de los retirados pueblos de Guacaya; y en breve tiempo aquella mision casi destruida y desierta, que á los principios de su restauracion apenas constaba de diez familias, contó mas de seiscientas almas.

Primer cuidado de los Padres fué incorporar á Cristo por el bautismo todos los párvulos: luego se dedicaron á catequizar á los adultos, quienes no tardaron en hacerse capaces de recibir el mas necesario de los sacramentos, y luego trocaron el brutal concubinato en el santo connubio cristiano. Para confirmarlos en la fe, se les repartia á todos diariamente el pan de la instruccion cristiana, á mas de la que se daba á los niños en la escuela establecida para ellos. Introdujéronse tambien las artes mas necesarias, y muy pronto hubo en Itau músicos, albañiles, tejeros, carpinteros, tejedores, sombrereros. En fin no se perdonaron fatigas ni sacrificios para inocular en aquellos hombres agrestes los gérmenes de la educacion religiosa y política; y aquel grupo de hombres brutos, gracias á la abnegacion y laboriosidad de sus celosos maestros, se vió presto cambiado en una sociedad de hombres cristianos, civiles, útiles á sí mismos y á los demás. No florecian por

cierto en inocencia y virtudes; porque tales flores rara vez pueden esperarse de plantas tan selváticas como los chiriguanos; habia entre aquellos débiles neófitos muchos vicios, pero no pasaban desapercibidos ni impunes. Los gobernadores y alcaldes elegidos de entre los mismos indios cooperaban, en cuanto su rudeza se lo permitia, á la vigilancia y celo de los misioneros, que no contentos con suministrar el pasto de la doctrina y de los sacramentos á aquellas tier-nas ovejas, se esmeraban en reducir las errantes, sostener las flacas, curar las enfermas, empleando para sus llagas ya el aceite de la correccion caritativa, ya el vino del castigo prudente.

Levantado ya de la postracion moral, en que yacia, el pueblo de Itau, acometieron los misioneros la reparacion de sus ruinas materiales. Una de sus primeras diligencias, como tutores natos de los desvalidos indios, fué revindicarles las tierras, que les habian sido usurpadas. Luego con las privaciones que voluntariamente se impusieron, y con las limosnas que generosamente les dieron los Padres del Colegio, pudieron socorrer las necesidades mas urgentes y crear un fondo para los gastos indispensables de la mision¹.

Sobre las ruinas de la antigua iglesia se levantó un capaz y hermoso templo con su torre, coro, dos sacristías, pila bautismal, y una capilla contigua destinada al depósito

¹ La malignidad de unos ha dicho, y la ignorancia de otros ha creído que el Colegio enriquece y engorda con el producto de las misiones que tiene á su cargo entre infieles. La verdad es, que el producto entero de estas, se invierte escrupulosamente hasta el último centavo en utilidad de las mismas; que el Colegio ha contribuido con cuantiosas sumas no solo á la restauracion de la mision de Itau, sino tambien para la fundacion de otras, y cada año invierte algunas cantidades en beneficio de todas; y que los PP. conversores, si algo les sobra de sus sínodos y otras limosnas personales, lo gastan todo en socorrer las necesidades de sus respectivas misiones, sin remitir al Colegio un solo medio. Á los que no creyeren esto, estamos dispuestos á presentar los libros de cuentas así del Colegio como de las misiones.

de los cadáveres, y que comunmente llaman *Casa de misericordia*. La principal gloria de todo ello se debe á la rara actividad del P. Leonardo Delfante, quien no solo dirigió la obra, sino que trabajó en ella como uno de los ínfimos jornaleros, acarreando piedras, levantando adobes, cociendo tejas, al mismo tiempo que con santo entusiasmo nunca omitía el escitar á todos á cooperar ó con la obra ó con sus facultades á la fábrica de la casa del Señor. Esta quedó solemnemente inaugurada el 16 de Noviembre de 1852. Pero tan enormes fatigas postraron las fuerzas, aunque robustas, del buen misionero y le causaron una dolorosa y larga enfermedad, que le obligó á regresarse al Colegio y resignarse á sufrir la pérdida de un ojo¹.

Los que lo reemplazaron en el gobierno de la mision emprendieron la fábrica de una cómoda y espaciosa casa con piezas para escuelas, oficinas, hospedería, etc. La una estaba destinada á servir de hospital para que recogidos en ella los neófitos enfermos pudiesen gozar de las comodidades, que su estremada indigencia no les permite, y que mal se les pudieran proporcionar en sus desabrigadas y tristes chozas. Bellísima idea, pero que quedó sin realizarse por la torpeza de nuestros indios, que prefirieron la libertad de sus incómodos ranchos á todas las conveniencias que les ofrecía la caridad de los que buscaban su verdadero bienestar. — Por último se arregló el cementerio, edificando en él una devota y decente hermita, y mandándolo circunvalar todo con una sólida pared de piedras, en vez del débil seto de ramas, con que antes estaba defendido.

¹ Por un terremoto en 1862 flaquearon las paredes laterales de esta iglesia, las que ya se habían resentido algo por la excesiva humedad de aquel lluvioso valle. Fué necesario restaurarlas. Con este motivo quedó el templo hermoseado con nuevos adornos, y se añadieron dos capillas á las tres que antes tenía. Todas ellas están adornadas con devotas estatuas; y la sacristía bien provista de muchos ornamentos y vasos sagrados. La iglesia tiene 31 metros de largo con 6,77 de ancho.

Los indios neófitos no eran el único objeto de la solicitud apostólica de nuestros hermanos en Itau. Esta se extendía á muchos centenares de antiguos cristianos que vivían esparcidos por todo aquel valle, y en las aldeas de Ivitivi, Buyúí, Laguna y Zapatera. En esta última se celebraba la misa una sola vez al año en un pequeño oratorio situado al lado del antiguo fuerte¹. Los Padres se empeñaron en levantar una iglesia bastante capaz para contener á todos aquellos vecinos, con el fin de que muchas veces al año pudiesen mas fácilmente lograr el saludable pasto de la doctrina y de los sacramentos. Algunos años despues se formó tambien un cómodo y decente campo-santo.

Ocupadas todas aquellas gentes, como las del vecino Caraparí y de toda la frontera, en criar ganados, vivían sumamente descuidadas de lo que mas importa. Poco instruidas y sin deseos de instruirse, casi no conocían sus deberes religiosos, y no se interesaban en conocerlos y mucho menos en cumplirlos. Los que confesaban y comulgaban por la Pascua eran tenidos por muy observantes cristianos. Reunir dinero para malgastarlo en el goce de placeres groseros, era el afán sí no de todos, á lo menos de una gran parte, tal vez de los mas. Tenía pues de sobra en que ocuparse el celo de nuestros misioneros, quienes sin desfallecer acometieron la no fácil tarea de destruir tanta ignorancia, arrancar tantos vicios, derretir tan duros hielos y levantar del fango á almas tan rastreras, para inspirarles sentimientos mas sublimes. Fieles á su ministerio, pastores solícitos de la grey confiada á su vigilancia, no cesaban de predicar el Evangelio, amonestando, rogando, reprendiendo en público y en privado, con paciencia y con instan-

¹ Aquel primitivo oratorio tenía 8, 10 metros de largo sobre 2, 70 de ancho. La nueva iglesia levantada por el P. Yazzetti tiene 19, 23 m. de largo y 6 de ancho. El campo-santo mandado hacer por el P. Bernardo Cisco, en 1880, tiene 21 m. cuadrados.

cia, á tiempo y fuera de tiempo¹. Sembraron, regaron, cultivaron; y el Señor, bendiciendo las santas industrias de sus ministros, hizo que la semilla esparcida por ellos prendiese, germinase, creciese, produjese flores y frutos de virtudes cristianas para la vida eterna.

¹ Mencion especial merece el P. Berardo Yazzetti, cuyo nombre por largos años será recordado y bendecido en Itau. En los doce años que sirvió aquella mision, trabajó con un teson verdaderamente admirable en el cultivo espiritual de los nuevos y antiguos cristianos. Uno de los varios medios, de que se valiera para escitar y fomentar la piedad en sus feligreses, fué la institucion de una Sociedad bajo los auspicios del purísimo Corazon de la Virgen Inmaculada, cuyos agregados voluntariamente se obligaban á recibir los sacramentos muchas veces en el año y ejercitar con especial esmero las obras de misericordia. — En 1874 el P. Yazzetti, anhelando á fatigas mas árduas, pasó á las misiones de la China.



VI.

Una nueva reduccion.

 LAS ocho leguas de Itau hácia el N., dominada al naciente por una elevada serranía, entre colinas calcáreas, surcada por un arroyuelo de pésimas aguas, está la melancólica é insalubre hondonada de Chimeo. Poblábanla antiguamente numerosas familias de chiriguanos, que entre sus compatriotas, se señalaron siempre por celo y valor en conservar y defender su independendencia.

En la última década del siglo XVII las visitaron dos celosos jesuitas, los PP. Arce y Valdolivas, que fueron recibidos con demostraciones de afecto: mas estas eran hijas del interes y no produjeron fruto alguno¹. Unos cuarenta años despues, otro discípulo del Loyola, el P. Chome, tentó ablandar la dureza de los chimeeños; mas *luego que les hablé de la mision* (así él mismo dejó escrito), *me interrumpieron diciendo, qu? no pensase en ello; que estaban resueltos à no oirnos en semejante asunto; que la entrada de sus tierras nos estaba absolutamente prohibida; que á*

¹ Machoni. *Descripcion del Chaco*, pág. 277 y 279.

*mas tardar saliésemos de su pais el dia siguiente. Fue preciso obedecerles*¹.

À esta obstinacion y perfidia juntaban los indios de Chimeo un odio implacable á los españoles. Apoyados en antiguos documentos no podemos dudar, que ellos dieron la mano á sus compatricios y comarcanos de Chiquiacá, Cuyambuyu y otros pueblos, en los atropellos cometidos contra la naciente colonia de Tarija. Mucho mas feroz y obstinada fué la guerra con que mas tarde fatigaron durante dos siglos, con cortas treguas, á los pobladores de los valles de Salinas. Recrecieron sus hostilidades despues de que en 1792 nuestros misioneros plantaron la Cruz en Itau; y llegaron á su colmo cuando á principios de este siglo se estableció, á solas cuatro leguas de Chimeo, un fuerte en Zapatera². Viendo tan de cerca amenazadas sus posesiones y su independecia, hicieron todos los esfuerzos que inspira la desesperacion, á fin de conservarlas, ó á lo menos de no venderlas sino muy caro. Uniéndose, como en causa comun, con sus parientes que habitaban la alta planicie de Ipaguasu

¹ *Cartas edificantes*. Tom. XIV. pág. 482.

² Este fuerte existe hasta hoy en regular estado, aunque sirviendo á otros usos. Es de adobes, y tiene 30,70 m. cuadrados. No podemos indicar á punto fijo el año de su fundacion, pero no cabe duda de que se realizó en los principios de este siglo. Basándonos en datos bastante probables, opinamos que al mismo tiempo que él de Zapatera, mas ó menos, se construirían los fortines de Narvaez y S. Diego. Sea de esto lo que fuere, se equivoca por cierto el Sr. Weddell, cuando en el c. XVI de su *Voyage dans le Sud de la Bolivie* afirma que el fortin de Narvaez marca el primer paso dado hácia la frontera de Tarija en la marcha gradual de sus pobladores en direccion al Paraguay: y que sucesivamente construyeron él de S. Diego, que marca el segundo paso, y despues él de S. Luis, y mas tarde él de Zapatera, y en seguida él de Caraparí, etc. Lo que dió márgen al equivoco de Mr. Weddell fué sin duda el hallarse sucesivamente los mencionados fortines, con el mismo órden que él los indica, en el camino seguido por él. Pero no es aquel el camino, por el cual los primeros colonos de Tarija fueron internándose en la frontera, ni pudo frecuentarse con seguridad, sino despues de la formacion de fortines en el Palmar, Tarupayu y Chimeo.

y las vecinas hondonadas¹, menudearon sus asaltos al nuevo reducto con tal decision y denuedo, que en uno de ellos el bravo cacique Pasanna tuvo la impavidez de escalar la muralla y calarse adentro en medio de las tercerolas y espadas de los defensores, estupefactos de tanta audacia. En otro asalto nocturno, el pueblo entero de Zapatera quedó hecho un monton de cenizas, salvándose con dificultad los colonos en el fuerte. Mas frecuentes aun y mas afortunados eran los asaltos que daban en los contornos, incendiando casas y corrales, matando á los estancieros, y volviéndose á sus pueblos con pingüe botin de ganados. Ni se contentaban con esto; sino que trastornando la cordillera del naciente, se derramaban por Siguaruru, Amareta (hoy Cañon Seco), Ancambucu (hoy quebrada del Bejucal) y hasta la remota quebrada de S. Lucía, devastando las estancias y salteando á los viajeros, á quienes descuartizaban y colgaban de los árboles los sangrientos trozos². Tales fueron las hazañas de los valientes de Chimeo en los primeros ocho lustros de este siglo, últimos de su vida autónoma.

Deseosos los colonos de Zapatera de ocupar las hermosas cañadas adyacentes á las de Chimeo, que con sus frondosos bosques y pingües pastos ofrecian escelentes invernaderos á los ganados, y desesperando de poder domeñar con las armas á sus terribles dueños, tentaron conquistarlos con halagos. Valieron para ello de un tal Canduri, natural del mismo Chimeo, pero viviente en Zapatera, indio astuto, charlatan petulante, adulado por los nuestros á quienes servia de intérprete y alcahuete, temido de los suyos que lo tenian por hechicero; amigo de nadie sino de sí propio.

¹ V. Apéndice R.

² Hablando del Cañon Seco el Sr. Weddell en el c. XVIII de su citado *Voyage* dice con verdad: *Está todo sembrado de sepulturas de cristianos asesinados allí por los indios, y de las osamentas de aquellos á quienes no fué dada sepultura.*

Jefe principal de toda la tribu de Chimeo era en aquella época Yaguareca, valeroso en la guerra, pero no amigo de ella. Caciques subalternos, jefes parciales de los varios grupos de familias esparcidas por la estensa quebrada de Chimeo, eran Yandiai, Tairisi, Avapitu, Gtiramicha, Asaye, Guacafi, Imatúa: todos ellos enemigos encarnizados de los cristianos. La embajada pues de Canduri fué recibida con desprecio, y rechazada con indignacion.

No por esto cejaron de su empeño los de Zapatera; reiteraron sus mensajes, y consiguieron al fin empezar con el pacífico Yaguareca unos vagos tratados de amistad. Los caciques subalternos, por no oponerse á su jefe principal y no provocar la venganza del hechicero Canduri, fingieron condescender; pero con la terminante condicion de que se les dejaria vivir á sus anchuras, y no se les obligaria á la ley cristiana.

Mas, á pesar de este aparente principio de alianza, seguian en Zapatera las invasiones, los robos, los cautiverios; y los chimeños no cesaban de cooperar á sus vecinos de Ipaguasu, principales autores de aquellas hostilidades. Las frecuentes expediciones, con que los vecinos de la provincia de Salinas procuraran fatigar á aquellas tribus indómitas, habian servido solo para aumentar su audacia y atizar sus venganzas. Aburridos finalmente los nuestros, desesperados, reconociendo la insuficiencia de las fuerzas, la inutilidad de las armas, la ineficacia de los halagos, determinaron recurrir á la estratagema.

Historiando simplemente los hechos, nos abstendremos de calificarlos.

Por los años de 1840, el Jefe de la provincia, para librarla de tantas vejaciones como sufria de los indomables salvajes del Norte, dispuso hacer con ellos un escarmiento solemne. Reunió toda la gente que pudo; convocó á todos los chiriguanos aliados de Salinas, Itau y Caraparí; y llevando una buena porcion de ganado, de trapos, abalorios, tabaco y otros regalos propios para atraer á los indios, se puso

en marcha. Habiendo salido de Zapatera, acamparon por la tarde los expedicionarios al pié de la loma de Cumbarù, á corta distancia de Chimeo. Algunos indígenas de este se hallaban casualmente en aquella loma, recogiendo tunas; avistaron á los cristianos, se ocultaron en los matorrales, se pusieron en escucha; y por las nocturnas conversaciones de estos cayeron en cuenta de los proyectos que llevaban. Tan luego como despuntó el dia, corrieron á su pueblo, avisaron á sus paisanos, y un momento despues Chimeo quedó desierto. Al cruzar por él los expedicionarios extrañaron la novedad; continuaron sin embargo su marcha, y trepada la cuesta de Ipaguasu hicieron alto en el campo de Caritati, junto al pueblo en que residia el jefe supremo de todas aquellas tribus Pasanna, de cuyo valor ya hemos dicho. Depositadas las armas, entraron amistosamente los nuestros á las chozas de los indios, y mostrándoles la mayor cordialidad, les indicaron el objeto de su venida, que era poner fin de una vez á tan larga y desastrosa guerra, tratar las condiciones de la paz y entrar en una perpetua amistad. Testimonio de la sinceridad de su cariño eran el ganado y los muchos regalos que para agasajarlos habian traido. Al mismo tiempo Canduri, que venia con los expedicionarios, fué enviado á todos los pueblos vecinos para anunciar á sus compatriotas la venida de los cristianos, sus pacíficas intenciones, y la copia de regalos con que pensaban obsequiarlos. La mayor parte no prestó oidos á las charlas del astuto mensajero, cuya mala fe tenian bien conocida: solo algunos, quizás los menos criminales y por lo mismo menos rezelosos, se presentaron en el campo de los cristianos. Allí fueron recibidos con grandes demostraciones de cariño y despachados con gruesas raciones de carne. La vista de esta engolosinaba á las cuñas, que espoleaban á sus maridos para que fuesen á traerles igual regalo. Sus ruegos alcanzaron mucho mas de lo que habian logrado las arengas de Canduri.

Pasó así el primero y el segundo dia. Por la mañana

del tercero, un buen número de indios se hallaba reunido en el real de los cristianos, cuando á una señal del gobernador cerrándose los nuestros en círculo, acorralaron aquella inerme manada de salvajes, y precipitándose sobre ellos, los degollaron á todos, sin que uno solo de ellos pudiera escaparse. El valiente Pasanna quedó envuelto en la feral matanza. Luego levantando los expedicionarios el campo, recorrieron como sabuesos todos los pueblos diseminados por aquella alta planicie, apresando á toda la débil chusma que pudieron encontrar; y bajando por Tarupayu se retiraron á S. Luis ¹.

La sangrienta tragedia de Caritati llenó de terror y de rabia á todas las tribus chiriguanas que habitaban aqueude el Pilcomayo, y especialmente á las de Chimeo. Fugáronse todas. Unas ganaron las opuestas riberas y los pueblos del centro; otras se huyeron á las lejanas haciendas de Oran.

Pasaron así algunos meses; y el buen Yaguareca, lamentando la soledad de su pueblo natal, para repoblarlo procuró reanudar sus relaciones con los vecinos de Zapatera. Poco despues las escuálidas orillas de la quebrada de Chimeo volvieron á avivarse con las cabañas de sus antiguos pobladores. Mas, la amistad de estos con los cristianos les costó la enemistad de sus compatriotas del centro, que en aquella alianza miraban con razon un considerable menoscabo del territorio nacional y un golpe funesto á su independencia. Los belicosos chiriguanos de Guacaya se encargaron de la venganza, y la ejecutaron con bravura. Repetidas

¹ Canduri, brazo derecho de los cristianos en el hecho de Ipagwasu, murió no hace muchos años de mala muerte. Sus embustes, traiciones y hechicerías le acarrearón el odio general de sus compatriotas. Uno de ellos, rabioso por la muerte de su mujer imputada á los maleficios de aquel truhan, juró venganza; y habiéndolo encontrado un día en una solitaria quebrada cerca de Caraparí le hirió en el vientre con un cuchillo; y sus entrañas, como las del mas pérfido de los traidores, cayeron al suelo.

veces asaltaron los indefensos pueblecillos de Chimeo, hiriendo y matando á muchos de sus indígenas. Estos en sus apuros se vieron mas de una vez obligados á implorar el auxilio de los colonos de Zapatera, quienes en las ocasiones se lo prestaron gustosos: hasta que el viejo Yaguareca, deseoso de pasar en paz los últimos restos de su fatigada vida, los convidó á construir un fortin en su atribulado pueblo. Los demás caciques, acérrimos celadores de su autonomía, llevaron muy á mal la oferta de su jefe; sin embargo disimularon, contentos con afirmarse en su antigua protesta de querer continuar en su vida salvaje y no permitir que sacerdote alguno pisase su pais.

Llegó el 1843. Despues de la famosa victoria de Ingavi, el presidente Ballivian, utilizando los muchos prisioneros de que se habia apoderado, ordenó la construccion de algunos fuertes en las inseguras fronteras de Tarija, y entre ellos el de Chimeo. Con este objeto, en los últimos dias del otoño de aquel año, salió de Tarija el batallon 10 á las órdenes del general Manuel Rodriguez Magariños, y habiendo llegado á Zapatera, se separó un destacamento de ochenta infantes de linea al mando del capitan Juan de Dios Arrieta, y con doscientos nacionales de á caballo, se dirigieron sobre Chimeo. El leal Yaguareca recibió con muchas muestras de cariño á los nuevos huéspedes, les ofreció con plena voluntad sus servicios, y los convidó á edificar el fortin en Itatti (*cúmulo de piedras*), punto de su residencia en la márgen izquierda del arroyuelo de Chimeo. Los otros caciques, que vivian á lo largo de aquella quebrada, se mordieron los labios, se resignaron por el momento; pero no sin guapear en las ocasiones, y asustar con sus nocturnas algazaras á los recién venidos, que se guardaban de ellos, como de enemigos. — Las tribus de Mandiyuti, Curumbasi, Tacuarandi y otras comarcas abandonaron su pais tan luego como vieron junto á la cabana de Yaguareca ondear el pabellon boliviano.

Iban levantándose las paredes del nuevo fuerte, cuando

dos mil chiriguanos acaudillados por Carumbari, gran cacique de Guacaya, se pusieron en movimiento para destruirlo. Saliéronles al encuentro los nuestros á poca distancia de Chimeo; y despues de un corto combate mataron á algunos, aprisionaron á muchos y pusieron en fuga á los demás. Poco despues el fortin quedaba concluido, con la advocacion de S. Juan Bautista. Al costado del Sur se formó una pequeña capilla, á la cual servia de sacristía el torrejoncillo de aquella esquina¹. Cuando los caciques descontentos llegaron á saber el uso á que estaba destinada aquella pieza, bramaron de rabia, recordaron con altivez á los colonos las antiguas condiciones, reclamaron, protestaron. Apenas se les pudo sosegar, haciéndoles entender que aquel oratorio debia servir para los cristianos, no para ellos.

Los guacayefios calurosamente empeñados en destruir la nueva colonia, que habia invadido y amenazaba invadir tanta parte de sus terrenos, no se contentaron con la tentativa ya referida, sino que repitieron muchas veces sus expediciones sobre Chimeo; aunque siempre inútilmente. Los colonos no se descuidaban: mantenian constantemente avanzadas y centinelas en varios puntos; y al primer aviso salian á encontrar al enemigo, que nunca pudo llegarse al fuerte y llevó siempre la peor parte.

Habian trascurrido así dos años, cuando nuestros misioneros, residentes ya en Itau, tuvieron muchas veces que acudir al vecino Chimeo para ejercer entre aquellos colonos, que carecian de pastor, su sagrado ministerio. Esto les proporcionó una favorable ocasion para relacionarse con los indígenas, y urdir los primeros hilos de su espiritual con-

¹ Esta capilla, techada con paja, tenia de largo 22, 57 metros y de ancho 5, 1. Las paredes de adobe tenian 4, 18 m. de alto. El fuerte, asimismo de adobe, se extendia 50 m. cuadrados. Este existe hasta hoy en un estado ruinoso, y sirve de cerca á la huertilla de un particular. En sus puertas se lee el residuo de una inscripcion: *Se construyó este fuerte á la órden del Sargento M.... de Dios.... de Arriela*. En el umbral á grandes letras está grabado: *Lo formó el comandante Faustino Flores. Año de 1843.*

quista. Habia bajado ya al sepulcro el viejo Yaguareca, y le habia sucedido en el gobierno de las tribus chimeefias su hijo Guaripa, jóven bizarro y valiente, pero leal amigo de los cristianos. Con él especialmente procuraron congraciarse los Padres; ni les fué dificultoso el lograrlo, porque testigo el buen cacique del bienestar de sus compatriotas de Itau bajo la benéfica tutela de aquellos, los apreciaba y amaba, y deseaba tenerlos en su pueblo. Mas, á todas las conveniencias preferian su salvaje libertad los caciques subalternos; y aferrados en su antiguo propósito de no admitir jamás á sacerdote alguno en su pais, oponian la mas terca resistencia á todas las propuestas é invitaciones de los que querian traerles la paz y la felicidad. Preveian sin embargo que estos, favorecidos ya por Guaripa, ya por los colonos, llegarían algun dia á establecerse en su pais; y, por no verse obligados á sujetarse al aborrecido yugo de la cruz, se conjuraron en sacudir él que les habia impuesto la necesidad y la fuerza de las armas, y que cada dia se les hacia mas fastidioso. Enviaron secretos mensajes á sus compatriotas del centro, convidándolos á darles la mano para libertarse de la dura esclavitud en que gemian, y restituirse á su prístina independencía. Estos no se hicieron los sordos; y reuniéndose en numeroso ejército marcharon sobre Chimeo. Felizmente los colonos tuvieron aviso á tiempo, y poniéndose, aunque de noche, en movimiento, se afrontaron con el enemigo en Mandiyuti, y despues de un ligero combate lo dispersaron completamente. Catorce indios, y entre ellos un antiguo cacique de Tarupayu, quedaron prisioneros y fueron alanceados.

Cortada la trama de los pérfidos de Chimeo, no se cortó su ojeriza contra los misioneros, ni perdonaron medios para cansar y apurar su paciencia. Mas, esta finalmente triunfó; y despues de mas de tres años de fatigas y sufrimientos, *allanando mil dificultades y sufriendo otras tantas molestias* (como escribia el P. Prefecto de entonces en una presentacion al Supremo Gobierno), consiguieron domi-

ciliarse definitivamente en Chimeo á principios de 1849. Inauguraron su apostolado estrenando solemnemente, el dia de la Epifanía, la iglesia que, aunque construida, como queda dicho, desde la fundacion del fuerte, habia quedado sin bendecir. Quedó dedicada á nuestra Señora de Guadalupe, elegida en patrona de la nueva mision.

Luego despues de haberse establecido los Padres en Chimeo, dos caciques llenos de rabia y desesperacion se espatriaron con sus familias: los otros quedaron para ejercicio de paciencia. Largo y fastidioso seria particularizar los hechos; solo diremos en general que no contentos esos indómitos enemigos del bien con vejar muy de continuo á sus bienhechores con insultos, no solo villanos, sino tambien obscenos, mas de una vez atentaron contra sus vidas, y hubieran consumado el parricidio, si no hubiesen acurrido oportunamente los colonos y el fiel Guaripa.

No se resfrió por esto el celo de los apóstoles de la caridad, y enseñando el Evangelio mas con el ejemplo que con la palabra, se esmeraron en colmar de beneficios á los que los colmaban de amarguras. Los amparaban contra las opresiones de los colonos; los reconciliaban en sus discordias domésticas; los socorrian en sus indigencias; los visitaban y medicinaban cuando estaban enfermos; practicaban en fin con ellos todas las obras de misericordia. Á la entrada de los colonos habian sido los indígenas despojados inicua-mente de todos los terrenos que desde siglos naturalmente poseian, y no se les habia dejado de todos ellos un solo palmo. Nuestros Padres impetraron del Gobierno que se les pusiese en posesion de un retazo de sus antiguas tierras. Y porque este no era suficiente á la subsistencia de la poblacion, que era en aquellos principios muy numerosa, pues pasaba de ochocientas almas, los mismos Padres á punta de privaciones y ahorros fueron poco á poco comprando y añadiendo muchos solares y huertas hasta integrar un terreno sufficientísimo para siembras y estancias. Así la caridad evangélica pagó el odio salvaje.

Vivian en aquel entonces los Padres en una casilla alquilada, sin ninguna comodidad y en gran penuria: pero ahorrando del corto sínodo que les daba el Gobierno (200 pesos anuales) y de las reducidas limosnas que podian juntar, llegaron paulatinamente á formar un patrimonio, si no pingüe, á lo menos sufficientísimo á la cómoda manutencion del nuevo establecimiento. Plantaron una huerta de caña dulce, cuyos productos relevaron de algun modo su indigencia. El

• P. Prefecto para dotacion de la nueva mision señaló sesenta reses, sacándolas de la de Itau. Mediante la industria del P. Efren Carrera (que entró á servir la mision en Junio de 1849), aquel pequeño rebaño se multiplicó en breve tan prodigiosamente, que en 1856 se contaban en la estancia de Chimeo quinientas cabezas de ganado vacuno, y 360 del lanar. — El mismo Padre, dotado de una actividad extraordinaria, con ímprobo trabajo mandó formar una cómoda habitacion en la ladera de un peñascoso morrillo, que domina todas las rancherías de los indios, y desde el cual se goza la deliciosa vista del Pilcomayo y de las montañas y cañadas de Guacaya. Luego se abrieron los cimientos de una nueva iglesia, que fué solemnemente bendecida por el P. Prefecto de misiones el dia de Navidad de 1859¹. Cuatro años despues se arregló un espacioso cementerio.

Mientras el nuevo establecimiento prosperaba en ventajas materiales, iba tambien prosperando en aumentos espirituales. Desengañados por cierto estaban nuestros misioneros de poder sacar fruto alguno entre enemigos tan declarados de la cruz de Cristo como eran los de Chimeo; pusieron pues todo su cuidado en criar con la leche de la doc-

¹ Esta iglesia, larga 24,7 m. y ancha 7,55, tiene tres altares adornados con pinturas y estatuas, y dos cómodas sacristías bien provistas de muchos ornamentos y vasos sagrados; entre estos una hermosa y rica custodia. Desgraciadamente el techo construido con mal maderaje falseó é hizo resentir las paredes; pero todo quedó restaurado en 1879 por el celo del P. Bernardo Cisco.

trina cristiana á los parvulillos inocentes, cuyo es el reino de los cielos. Juntábanlos todos al levantarse y ponerse del sol, y enseñábanles, palabra por palabra, el testo de las oraciones y del catecismo. Para mejor instruirlos se pusieron escuelas; y para las de las niñas se formó un cómodo local, en donde se les enseñaban todas las obras propias de su sexo. Introdujéronse las artes mecánicas. En una palabra, hicieron en Chimeo nuestros Padres lo que habian hecho en Itau, lo que hace siempre el misionero católico entre los salvajes; hacerlos hombres para hacerlos cristianos. Por estéril que fuese aquella tierra, no dejó de dar algun fruto; y con treinta años de fatigas y de paciencia se consiguió agregar por el bautismo á la Iglesia ochocientas y ocho almas y bendecir con el rito cristiano noventa y ocho matrimonios, trasformando así aquella guarida de salvajes en una colonia cristiana.

Mas, para llevar á cabo su obra, ¡cuantos afanes, cuantas aflicciones tuvieron que sufrir los ministros del Evangelio! Tuvieron que luchar constantemente no solo con la tosquedad y dureza de los indígenas, sino y mucho mas con la perversidad de los que se tenian por civilizados. No todos los colonos de Chimeo, con ser cristianos en el nombre, lo eran en las costumbres; y algunos entre ellos no escrupulizaban en destruir con sus inicuos consejos y peores ejemplos lo que con tanto trabajo iba edificando el celo del misionero. Hombres estragados, perdidos tras los placeres sensuales, se complacian en convidar los incautos indígenas á sus licenciosas diversiones, donde entre licores, cantinas, bailes é impúdicas provocaciones eran gravísimos los detrimientos que sufría la moralidad de aquellos debilísimos neófitos. En vano trataron los misioneros de oponer un dique á tamaños desórdenes; en vano se valieron de exhortaciones y reprensiones á los colonos, de correcciones, amenazas y castigos á los indígenas, y de recursos á las autoridades superiores: los esfuerzos de su celo sirvieron solo para producirles amplia mies de odios, persecuciones y calumnias.

Otro manantial fecundo de amarguras para los conversores era la discordia que reinaba en el seno mismo de la reduccion. Esta en sus principios se hallaba dividida, como se ha visto, en dos facciones: la una obediente á Guaripa y respetuosa á los Padres; la otra siguiendo á los caciques descontentos y enemiga de la fe y de sus predicadores. Estas dos facciones se perpetuaron, y fueron el origen funesto de muchas rencillas y varias reyertas, que no solo apesadumbraban á los misioneros, sino fomentaban los rencores, las sospechas y las venganzas entre aquellas inquietas familias. Varias de estas para vivir con tranquilidad se desmembraron de la mision.

Otras causas hubo para que la poblacion indígena de Chimeo fuese cada dia á menos. Frecuentes epidemias la diezmaron: la mayor parte de las criaturas morian en la infancia; pocos eran los jóvenes que llegaban á la virilidad, cogiendo prematuramente el fruto amargo de sus desórdenes: parecia en fin que el Ángel exterminador velaba sobre aquel pueblo infortunado para que no se propagara. Añádanse los muchos, que impacientes del freno se huian de cuando en cuando á otros pueblos para vivir á sus antiguas anchuras; y no debe parecer estraño si á los treinta años de fundada la mision, el número de sus habitantes habia sufrido tan enorme disminucion, que apenas pasaba de ciento.

La presencia del misionero en Chimeo se hacia poco menos que inútil, especialmente cuando los pocos obreros evangélicos que encerraba el Colegio de Tarija podian ocuparse en empresas mas ventajosas. Á fines de Noviembre de 1879 se le ordenó retirarse, y aquel pequeño resto de neófitos quedó encargado á la vigilancia y solicitud de los PP. conversores de Itau. Estos no solo acuden prontamente á asistirlos en sus enfermedades, sino que de cuando en cuando van á estar por temporadas en el triste aldeorrio, para regar y sostener con las saludables aguas de la doctrina y sacramentos aquellas debilísimas plantas, que con muy escaso fruto recompensan las fatigas de sus cultivadores.

VII.

Aguairenda ¹.

AL naciente de Caraparí, cruzada la serranía que rápidamente baja hasta las llanuras del Chaco, se halla el vasto campo, al cual los indígenas dieron el nombre de Caiza. Cubierto á trechos con espesos bosques, y engalanado en otros con estensos palmares, vestido por donde quiera de una verdura eterna y orlado en su estremidad setentrional por el Pilcomayo, regalaba á sus antiguos pobladores con abundancia de caza y pesca, de raices y frutas silvestres.

No podian sin embargo gozar estos con toda holgura de los ricos productos de su territorio, embarazados en sus

¹ Este nombre le viene al paraje por haber en él mucha copia de un árbol, que los indígenas llaman *Aguai*, cuya fruta comen cocida. Refieren los mismos que antiguamente se llamaba *Nancaroina* (arroyo fresco), á causa de la frescura de sus aguas, que nunca el sol llegaba á entibiar, por correr en medio de un frondosísimo bosque. La mision de Aguarrenda está en los 21° 42' 10" lat. S., y en 65° 8' 50" long. O. segun el meridiano de París. Su altura sobre el nivel del mar es de metros 778, 80.

campestres escursiones por los limítrofes Tobas, que de ordinario mantenian con ellos la guerra. Por esto preferian formar sus rancherías al pié de la cordillera, porque allí la fragosidad del sitio los hacia menos accesibles á los asaltos de los enemigos, mientras por otra parte la feracidad del húmedo terruño les facilitaba mas seguras y pingües cosechas que en los campos.

En las márgenes de cada uno de los arroyuelos que regaban aquellas fértiles faldas se veian agrupadas algunas chozas de aquellos alegres hijos de los bosques, que reconociendo muy pocas necesidades y pudiéndolas satisfacer con grandísima facilidad, pasaban la mayor parte de su tiempo en juegos y bebidas. Á las pocas leguas de la ribera derecha del Pilcomayo hácia el S. se hallaba el pueblecillo de Itacua, al cual se seguian, en cortas distancias unos de otros, los de Yateúti, Timbóiti-guasú, Tatí, Tupambi, Sinanditi, Yaguacua, Pananti, Bustí, Inti, Timbóiti, Aguirenda, Cuarusuti, Caipitandi, Ticuerechaca y Yacuiva, última poblacion chiriguana por este lado: despues de la cual continuaban, acordonando siempre la falda de la serranía, unas aldehuelas de chaneses hasta topar con el territorio ocupado por los Matacos. Principales entre las referidas poblaciones y como capitales por su numerosidad y por la mayor autoridad de sus caciques, eran Yaguacua y Cuarusuti.

El jesuita Pons, en los últimos meses de 1733 recorrió varios de aquellos pueblos; y en uno de ellos (que parece haber sido él de Aguirenda) su atrevido compañero el P. Chome empezó á formar una chozita, convidado á ello por los indígenas, que habian simulado deseos de cristianizarse. Mas, apenas empezada la rústica fábrica, descubrió que aquellos traidores aguardaban una ocasion oportuna para quitarle el bagaje y la vida. Tuvo que retirarse. Volvió poco despues, y no hallando mejores disposiciones se retiró de nuevo. Mas, no les pareció bien esta vez á aquellos bárbaros que se les escapase la presa; y reunidos en gran

tropa le fueron ocultamente á los alcances hasta el vecino Caraparí¹. En las altas horas de la noche bloquearon aquel pequeño pueblo, en donde con el P. Chome se hallaban alojados los PP. Pons y Lizardi: y los tres hubieran perecido infaliblemente bajo sus flechas, á no haberlos librado el valor de los carapareños; valor inspirado, no por afecto que estos tuviesen á los misioneros, sino *porque miraban el atrevimiento de los de Caiza como un insulto personal hecho á sí mismos*. Así lo dejó escrito el misino P. Chome².

Sin esperanzas ya los Jesuitas de ablandar corazones tan empedernidos se retiraron al valle de las Salinas; y pasó mas de un siglo antes que la voz de los mensajeros de la salud volviese á resonar en las campiñas de Caiza.

Los que las habitaban eran, como todo buen chiriguano, enemigos de los españoles. Sabemos que á fines del siglo pasado hicieron algunas correrías hostiles hasta los valles de las Salinas, y con mayor frecuencia á la nueva colonia del cercano Caraparí, como dejamos insinuado (*pág. 326*). Cómplice en los robos y demás crímenes era un tal Sosa, que á principios de este siglo gobernaba, como cacique principal, las tribus de Cuarusuti, Aguiarenda y Timbóiti. Perseguido por los cristianos se fugó con todas sus familias á Tarairí, donde paró unos tres años. El amor á su país natal y el deseo de vivir tranquilo en él lo movieron á ligarse en amistad con los cristianos, amistad que en lo sucesivo mantuvo siempre inalterada. Por lo cual estos entraban frecuentemente á los pueblecillos gobernados por aquel cacique, y empezaron á introducir algunas puntas de ganado en los abundantes pasturajes de los conternos. Uno de estos tempranos ganaderos, sorprendido de improviso por los tobas en sus campestres correrías, quedó muerto con sus dos peones. Llamábase Cornelio Correa. Fué esta la primera sangre cristiana

¹ Caraparí dista de Aguiarenda unas cuatro leguas de camino muy áspero.

² *Cartas edificantes*. Tom. XIV, pág. 180.

que bañó los campos de Caiza, preludio de la mucha con que el furor de aquellos salvajes habia de regarlos mas tarde. El nombre de *Abra de las sepulturas*, que hoy lleva un morrito á corta distancia de Aguairenda, recuerda el sitio de aquel primer asesinato.

Despues de la alianza contraida por Sosa con los cristianos, las tribus que no dependian de él, agitadas por un turbulento indio de Pananti llamado Barasea, perseveraban en sus hostilidades, no solo robando en las haciendas de Caraparí, sino tambien diezmando los ganados que iban introduciéndose en Caiza. Los cristianos no dejaron de vengarse é indemnizarse muy ventajosamente. Con repetidas expediciones recorrieron todos aquellos pueblos desde Inti hasta el rio Pilcomayo, degollando, ahorcando, cautivando, incendiando. En una de estas expediciones pudieron felizmente recuperar á tres mujeres, que desde años gemian esclavas de los salvajes.

El fiel Sosa ya viejo, no habiendo podido acompañar á los cristianos en aquellas correrías, les envió la flor de su gente al mando de Taparindo su cuñado, gallardo y valeroso mozo. Los jefes de las expediciones querian repartirles el botin reportado; pero lo rehusó siempre Taparindo. Admirable desprendimiento en un chiriguano; pero que en la ocasion era sugerido por el interes, pues que el jóven cacique hizo entender á sus aliados, que en recompensa de su fidelidad y valor se contentaba con que se le mantuviese en la pacífica posesion de los terrenos, que habia heredado de sus abuelos. Rezelaba que llegarían á quitárseles algun dia, y su temor no era vano.

À consecuencia de las referidas expediciones, los pueblos que orlaban por el lado del occidente los campos de Caiza habian quedado casi desiertos: la máxima parte de sus habitantes, huyendo de la persecucion de los cristianos, se habia refugiado á puntos mas seguros. Solo quedaban íntegros los tres pueblos sujetos á Sosa.

Pasó poco tiempo, y la expedicion destinada á coloni-

zar las vastas sábanas de Caiza y navegar el Pilcomayo vino á turbar la plácida calma de aquellos tranquilos moradores de las selvas. Era el invierno de 1843. El general Manuel Rodríguez Magariños, jefe de la expedición, hizo alto y se situó en Aguiarenda, cuyos magníficos bosques le proporcionaban copia de hermosísimos cedros, para la confección de las embarcaciones necesarias á la proyectada navegación. El anciano Sosa sospechó que los nuevos colonos iban á despojarlo de sus terrenos, y se había determinado ya á desterrarse voluntariamente de ellos con todas sus familias. Súpolo el general, y aseguró al cacique que ni un metro solo de sus tierras se le quitaria; y con legal documento lo declaró posesor legítimo y dueño de todo el territorio comprendido entre las dos quebradas de Cuarusuti y Timbóiti, estension de unos siete kilómetros. Con esto el cacique Sosa, y los subalternos Maipure de Aguiarenda y Camambúi de Timbóiti con sus familias quedaron contentísimos, se afirmaron en la amistad con los cristianos, y los ayudaron con gusto en aserrar la madera y trasportarla toda en sus hombros á la distancia de unas veinte leguas, hasta aquel punto de la márgen derecha del Pilcomayo, que empezó entonces á llamarse *Puerto Magariños*.

Mientras el general se ocupaba en la construcción de los barcos destinados á explorar el Pilcomayo, los prisioneros de Ingavi iban levantando el fortín que habia de servir de resguardo á la nueva colonia, la cual en obsequio de su fundador se llamó *Villa-Rodrigo*. Quedó esta situada á las dos leguas y medio de Aguiarenda hácia el N. E, en un campo muy ameno, que por estar cubierto de una sutilísima paja, los indígenas llamaban *Capiiviti*¹.

Mr. Weddell, que tres años despues visitaba la naciente colonia, nos dejó de ella una graciosa pintura, que no crec-

¹ Villarodrigo está en 21° 47' 30" lat. S., y 64° 56' 59" long. O. de París. Su elevación sobre el nivel del mar es de metros 551,50.

mos inútil insertar aquí. *Villarodrigo* (dice) me *hirió con su vistoso aspecto. Las casas, que la componían, aunque de una construcción harto simple, porque casi todas constaban de una sola pieza, estaban bien alineadas y presentaban una tal cual elegancia. La mayor parte estaban construidas con troncos de carandais o de bambúes, y cubiertas de paja. Los muros de un pequeño número de habitaciones estaban además revocados con barro. Los muebles que las adornaban eran los mas sencillos; y algunas ninguno tenían, á no ser que quiera darse este nombre á unos cueros de novillos, en los cuales los colonos se sentaban, comían y recostaban. Algunos tenían además dos ó tres cráneos de caballo ó de buey, que les servían de taburetes muy cómodos... En uno de los costados de la gran plaza, que formaba entonces casi todo el pueblo de Villarodrigo, se elevaba un fuerte de barro. Este, de recentísima construcción, presentaba á la verdad un aspecto encantador: sus bastiones con techumbre de paja me recordaban los palomares de mi país¹.*

Muy diverso aspecto presenta hoy la triste Villarodrigo. Su salitroso suelo se ve desnudo y barrancoso, el fortín arruinado; y apenas un pequeño grupo de casuchas recuerda una colonia, que en sus principios, llena de ufanía, se prometía espléndidos porvenires. Tendremos ocasión de indicar los instrumentos, de que se sirvió para humillarla, Él que es poderoso.

Concluido el fortín, se fabricó una mediana iglesia dedicada á Nra. Sra. del Cármen, patrona del pueblo. Las paredes se formaron de troncos de palmeras revocados con barro; el techo de paja. Fué bendecida el día primero de Noviembre de 1844 por nuestro misionero el P. Fr. Buena-ventura Carles, que con título de capellán servía aquella colonia, la cual por componerse de oficiales y soldados de

¹ *Voyage, etc. cap. XVIII.*

línea se apellidaba *militar*. Los vasos sagrados, ornamentos y demás utensilios necesarios al culto fueron prestados, á petición del supremo Gobierno, por este Colegio, como consta del acto de entrega fechado en 11 de Junio del referido año ¹.

El capellan de Villarodrigo habia sido enviado con la comision y esperanza de reducir al santo aprisco del Señor las numerosas tribus que iban vagando por las llanuras y bosques del Chaco entre las sombras de la infidelidad. Así la mision del P. Carles fué el primer paso que diera nuestro Colegio, despues de su rehabilitacion, para reanudar las interrumpidas conquistas evangélicas: mas esta mision tardó en dar resultados hasta despues de restaurada la antigua reduccion de Itau y fundada una nueva en Chimeo, segun queda ya referido.

El P. Buenaventura indignamente calumniado y perseguido por unos perversos colonos, sacudiendo el polvo de sus sandalias, abandonó Villarodrigo y se retiró al Colegio. Le sucedió el P. Leonardo Delfante, quien con su connatural

¹ Nuestros misioneros desde entonces hasta hoy han continuado y continúan en servir como capellanes la colonia militar de Nra. Sra. del Cármen de Villarodrigo. Autorizados por el Ilmo. Diocesano, y dependiendo, como todos los demás PP. conversores, de nuestro Prefecto de misiones, ejercen todas las funciones parroquiales entre los numerosos cristianos dispersos en aquel amplio territorio, que por el S. confina con la provincia argentina de Oran, y por el E. con las naciones irreducidas de los salvajes. Los gravísimos trabajos que han sostenido y sostienen continuamente para el desempeño de su sagrado ministerio, por carecer de aquella variedad que distingue los hechos y hace agradable su relacion, no ocuparán ningún párrafo de nuestra historia; mas quedan estampados en el libro de la vida, para recibir á su tiempo una gloria mucho mayor de la que pudiéramos proporcionarles publicándolos. — La primera iglesia naturalmente no podia durar mucho; y á los diez años fué reemplazada por otra casi de igual construccion. Mas, en 1878 se levantó una tercera mas espaciosa y sólida, y es la que hoy existe. Tiene 26 m. de largo, y 6,50 de ancho. Otra iglesia fué levantada últimamente por nuestros misioneros en Yacuiva, anejo de Villarodrigo y capital de la provincia *Gran-Chaco*.

dadivosidad fácilmente logró atraerse la benevolencia de los indígenas: mas la gloria de completar su conquista Dios la tenia reservada al P. José Giannelli. Este jóven misionero, que acababa de recibir en Sucre la unción sacerdotal, estaba dotado de todas las prendas que forman un idóneo ministro del Evangelio entre los salvajes. Destinado á fines de 1848 á Villarodrigo, sin descuidarse un punto en el desempeño de sus pastorales obligaciones con los antiguos cristianos, se ocupaba con fervor en la conquista de los indígenas, superma de sus aspiraciones. Visitábalos muy á menudo en sus pueblos, tenia con ellos largas y cariñosas conversaciones, colmábalos de caricias y regalillos, curábalos con esmero y felicidad en sus dolencias. Esto, sobre todo, le mereció la estima y el afectó de aquellos desgraciados hijos de la naturaleza. Un copioso aguacero obtenido casi instantáneamente por la fe del P. Giannelli á los desesperados indios, despues de una larga sequía, los obligó á entregársele para siempre, no como á un ministro y favorito de Dios, sino como á un hombre sabio y benéfico, útil á sus intereses materiales. Sin embargo el misionero habia conseguido su intento.

Tres eran los caciques igualmente interesados en la mision; Taparindo de Cuarusuti, Yanera de Aguiarenda y Barita de Timbóiti: mas, cada uno la queria en su pueblo, y todos repugnaban á reunirse en un solo punto, como era forzoso. Mucho tuvo que trabajar el misionero para vencer esta repugnancia, que en los chiriguanos es fortísima, así por el amor natural de su pais, como y mucho mas por el supersticioso miedo que tienen de vivir fuera de él, entre los que no son sus deudos. Se pudo al fin vencer esta dificultad; y las tres parcialidades consintieron en poblarse en Aguiarenda, como en lugar mas central y ventajoso. Pero allí los indígenas no poseian ya ni una tercia de tierra, en donde pudiese el misionero plantar la Cruz. Tuvo este que mendigar un retazo de terreno, en donde fabricar la capilla y la casa; y al empezar estas obras,

contaba solo con siete pesos en plata y unos pocos fardos de géneros. Con tan débiles recursos se dió principio al mas hermoso establecimiento, que hoy existe en las llanuras de Caiza, y que ha escitado y escita la envidia y codicia de muchos.

Muy desprovisto se hallaba en aquella fecha nuestro Colegio, ni le fué posible enviar á un misionero que relevase al P. José de la asistencia de Villarodrigo, á fin de poder ocuparse sin embarazo en la fatigosa empresa de plantar la nueva mision. Tuvo que correr con la una y con la otra. Celebrado en Villarodrigo muy de mañana el santo sacrificio, visitados los enfermos y cumplidos todos los deberes de su ministerio pastoral, marchaba á Aguiarenda para dirigir á los indígenas, que trabajaban en la construccion de la capilla y casa; teniendo no pocas veces que interrumpir estas ocupaciones, montar á caballo y recorrer largas distancias, á fin de administrar los últimos sacramentos á un moribundo. En medio de tantos afanes vejábalo una fastidiosa terciana, que rebelde, durante diez y nueve meses, á todo remedio, iba ya apurándole las fuerzas. Recurrió á S. Roque, prometiéndole que á él dedicaria la mision, si le libraba de aquel molesto achaque. Desde aquel momento la terciana desapareció; y el glorioso Peregrino de la caridad quedó declarado titular y patrono de la reduccion de Aguiarenda.

Esta quedó ultimada con la inauguracion solemne de su capilla el 17 de Julio de 1851. Nunca los llanos de Caiza habian visto ceremonia religiosa celebrada con tanta pompa. El humilde templecillo de S. Roque estaba engalanado todo con sencillos, pero bien dispuestos adornos; la plaza rodeada con largas hileras de espesos arcos vestidos de ramos y flores; las músicas venidas de Itau y Caraparí se alternaban con el grave canto de los misioneros; y á todo daba el mayor realze el devoto entusiasmo de la colonia caizeña, que habia concurrido toda aquel dia en Aguiarenda¹.

¹ Este primer oratorio tenia 13,38 m. de largo y 3,34 de ancho.

Estrenada la iglesia vinieron á agrupársele al redor las familias de Cuarusuti y Timbóiti, dejando para siempre sus antiguos hogares.

El orgulloso y muelle Chiriguano no solo repugna sujetarse á la humildad y mortificacion de la cruz, sino que se resiste absolutamente á ser adoctrinado en las verdades del Evangelio; y si alguna se le propone, suele desvergonzadamente contestar con impúdicos chistes, ó groseras blasfemias. Los misioneros pues, por no arrojar sus perlas á esos sucios marranos, se abstienen de enseñarles los misterios de la fe, salvo en el artículo de la muerte: y todo su trabajo en los primeros años de la conquista consiste en catequizar y bautizar á los niños. Con esto van criándose unas plantecillas cristianas destinadas á sustituir poco á poco las zarzas de la barbarie é infidelidad ¹.

Para lograrlo fácilmente, el P. Giannelli estableció desde los principios en Aguiarenda el suave y eficaz método, que nuestros antiguos Padres usaron siempre en las nuevas reducciones. Luego que el sol doraba las colinas de Aguiarenda, una pequeña campana convocaba á todos los neófitos y catecúmenos á la iglesia, donde despues de haber asistido al santo sacrificio, se les enseñaba el catecismo. En seguida los niños entraban á la escuela; á los mas grandecillos se les ocupaba en trabajos proporcionados á su edad y fuerzas:

¹ Los chiriguanos de Aguiarenda, como se desprende de lo referido, se mostraron en los principios mucho menos rebeldes é indociles, que los de Chimeo y otras nuevas reducciones: no dejaron, sin embargo, de ejercitar abundantemente la paciencia de los PP. conversores. Los caciques Taparindo y Yanera se manifestaron siempre orgullosos, exigentes é insolentes. El comandante de Villarodrigo con un partido de su gente tuvo una vez que acudir á Aguiarenda, para amedrentar al segundo, que secretamente tramaba una revuelta. Entre las primeras partidas de bautismos se halla una que dice así, y dice mucho: *Juan Tariguai bautizado in articulo mortis, bajo condicion, por motivo que el capitan Yanera se opuso, y agarró la mano del consercor para que no lo bautizara: mas le alcanzó el agua, que de lejos le eché.*

las niñas barrian la casa y el patio, traian agua y se ocupaban en otros servicios propios de su sexo. Al medio dia se licenciaban para sus casas á comer y descansar un rato, y volver luego á las mismas tareas de la mañana. Á fin de que el monótono delecteo no aburriese á los niños, se les sacaba á veces de la escuela para emplearlos en desyerbar la huertecilla, ó para enviarlos á las vecinas praderías á coger flores, con que adornar el altar. Luego que el sol desaparecia del horizonte, se reunian todos en la plazuela de la iglesia, y dispuestos en dos filas, despues de rezadas las oraciones cristianas y el testo de la doctrina, oian las lecciones que el misionero, paseando por en medio de ellos, les daba ya de religion, ya de civilidad. Concluidas estas, hincados á la Cruz que se elevaba frente de la hermita, entonaban un devoto cántico al santo protector de la mision, terminando con un viva á Jesus, á su ley y á su gracia. Y saludado el misionero, se retiraban en buen orden á sus ranchos, escoltados por sus respectivos directores.

De este modo se lograba, que aquellos tiernos hijos de los salvajes, apartados la mayor parte del dia de la comunicacion con sus padres y obligados á estar al lado del misionero, quedasen menos contagiados con las máximas y ejemplos de aquellos, y se familiarizasen con este, reconociéndole, amándole y creyéndole como á su verdadero padre, amigo y maestro.

Mas, era menester vestir esa numerosa familia y socorrer sus necesidades. Para ello, y para crear un capital con que satisfacer á los gastos no pequeños que importa la subsistencia de una mision, ideaba el misionero formar unas plantaciones de caña de azúcar, que proporcionando una útil ocupacion á los indios, suministrasen algunos recursos al establecimiento. Pero, ¿en donde poner una planta, si todas las tierras de Aguiarenda habian sido distribuidas á estraños¹?

¹ El que primero entró á la posesion de los terrenos de Aguiarenda, no pudo disfrutarla largo tiempo; pues fué el primero á ser desasinado por los

Los terrenos, que con tanta justicia habia asignado á los indígenas el general Magariños, les fueron arrebatados tan pronto como este trastornó el cerro de Aguiarenda para restituirse á Tarija. En vano aquellos repitieron sus reclamos ante los Prefectos del Departamento y el Jefe supremo de la República; en vano estos repitieron sus decretos de amparo: la fuerza prevaleció sobre el derecho; y cuando el misionero entró en Aguiarenda, nuestros indios no poseian una sola gleba ni allí, ni en Cuarusuti, ni en Timbóiti. Para restituirlos al goce de la herencia íntegra de sus mayores, nuestros Padres tuvieron que ir redimiendo poco á poco los varios pedazos, en que habia sido repartida. Los documentos de las varias compras efectuadas en distintos tiempos desde 1852 hasta 1861 se conservan originales en el archivo de la mision; y por ellos consta que el importe total del rescate ascendió á mil, doscientos, cincuenta y ocho pesos.

La fundacion se habia empezado con un fondo de siete pesos: ¿como, pues, en tan corto tiempo pudieron hacerse tan enormes gastos? El Colegio dió de sus limosnas particulares cuatrocientos pesos: el capellan de Caiza y los conversores de Itau y Caraparí concurrieron con el residuo de sus obvenciones, fruto de sus ahorros: y de este modo los ministros de la caridad tuvieron la gloria de reintegrar con sus sudores y privaciones á los pobres indígenas en la posesion de todo aquello de que los habia despojado la codicia.

Acababa el P. José de cimentar la nueva mision, cuando una empresa mucho mas importante lo obligó á dejarla, entregándola al cuidado del P. Francisco Silioni,

tobas, despues del alzamiento de 1846. Él que lo sucedió en la posesion misma, algunos años despues de fundada la mision, fué hallado muerto y cubierto de heridas en el campo grande de Yacuiva. Se ignoran hasta hoy los verdaderos autores de su muerte. Su cadáver estaba completamente desnudo; y el misionero de Aguiarenda envió de limosna unas varas de bayeta, para que lo amortajasen. Son casos que algo dicen.

que desde un año habia venido á acompañarle. Este prosiguió con fervor y adelantó maravillosamente la obra empezada por aquel.

La cualidad predominante del P. Francisco parecia ser un afectuoso transporte para los niños: disposicion felicísima en un misionero de nuestros salvajes. Imitador del divino maestro se deliciaba en verse rodeado de párvulos, y en ingerir en sus tiernos corazones los gérmenes de la religion y de la virtud. Convencido de que para cristianizar á los salvajes es necesario ante todo humanarlos, se esforzaba en amoldar sus queridos niños á las suaves maneras del trato doméstico y social. Con la solicitud y paciencia de una madre, cuidaba sumamente que se mantuviesen limpios y aseados, que en los dias del Señor asistiesen en la iglesia mejor vestidos y con algun honesto adorno, que aprendiesen á presentarse con garbo, saludar con cortesía, tratar con respeto y afabilidad. La enseñanza de estas menudencias, mientras proporcionaba al buen Padre amplia materia de abnegacion, le facilitaba el modo para iniciar á aquellos toscos hijos de los salvajes en las nobles y delicadas virtudes evangélicas.

Limpiados así esos vástagos selváticos, fácil era ingerirlos en Cristo con el bautismo: y el P. Francisco tuvo el consuelo de administrarlo á varios jóvenes catecúmenos, que ayuntados despues en legítimo matrimonio, fueron las primicias de las cristianas familias de Aguiarenda.

La educacion política y religiosa de los neófitos y catecúmenos, á la cual con tanta solicitud atendia el celoso misionero, no le impedia el ocuparse al mismo tiempo en los adelantos materiales de la reduccion. La dotó con un competente número de ganado mayor y menor, ensanchó las plantaciones de caña dulce, yucas, plátanos y otros árboles, estableció un corriente ingenio de azúcar, mandó construir varias piezas destinadas para despensas, oficinas y escuelas: y proveyó finalmente la sacristía de muchos y decentes ornamentos.

Mientras así este fiel y prudente servidor se afanaba, procurando el bienestar material y espiritual de la familia que le habia sido encargada, plugo al soberano Dueño llamarlo á sí con una temprana y casi repentina muerte, á los 29 años de edad y 5 de apostolado¹.

Para subrogarlo fué enviado á Aguairenda el P. Fortunato Lombardi. Este laborioso é inteligente operario, en los catorce años que sirvió aquella mision, no se dió un momento de descanso para procurar en todos los ramos sus adelantos. Á parte del continuo afan con que se esmeraba para promover el bien espiritual y político del pueblo, no perdonó medios para el progreso material del mismo. La primitiva casa, á mas de ser demasiado reducida é incómoda, estaba situada en lugar poco sano y mal seguro contra las avenidas del inmediato arroyo. La escuela tambien y la capilla ya no bastaban para contener el número cada

¹ Para la edificacion de nuestros hermanos copiaremos el bello elogio, que del malogrado P. Silloni dejó escrito el P. Prefecto de misiones. *Ha sido un religioso de vida ejemplar: pobre, humilde y casto. Á medida que su actividad promovia con esmero los progresos espirituales y materiales de la mision que le habia sido confiada, no olvidó jamás la ocupacion principal de todo cristiano y religioso, la cual es de procurar las mejoras de su espiritu. Aunque sus tareas eran continuas y muy laboriosas, y su salud muy débil, no dejaba de hallar todos los dias un tiempo libre para la oracion mental; y era muy exacto en pagar el tributo diario de la salmodia, y rezaba el oficio divino con una compostura y devocion verdaderamente edificante: y además de los ayunos mundados en la regla hacia otros particulares en obsequio de nuestra Purisima Señora. Su trato fué siempre humilde y modesto; y con todo que tenia que tratar continuamente con las indias, con quienes usaba de mucha afabilidad á fin de atraerlas siempre mas al séquito de la virtud, no hubo sin embargo quien haya podido notar en él cosa aunque minima, que ofendiese la pureza. En lo perteneciente al decoro y limpieza de las iglesias y culto ha sido diligentísimo. Ha muerto como el justo, cuya muerte es premio no desgracia, y el principio del eterno descanso que Dios tiene preparado á sus fieles siervos. Su tránsito de esta tierra de miserias á la celestial! Jerusalem sucedió el dia 30 de Diciembre del año de 1857: y este testimonio le dió él que le trató muy á largo; y es verdadero su testimonio.*

dia creciente de catecúmenos y neófitos. Era preciso pues renovarlo todo, y el P. Fortunato lo renovó de un modo sólido, cómodo y hermoso.

En un ribazo del lado izquierdo de la quebrada, construyó una firme y airosa habitación para los PP. conversores, adornada con corredores, y precedida por un amplio patio rodeado de varias piezas para servir de escuelas, hospedería, despensas, almacenes, oficinas. Entabló también los talleres de carpintería y herrería, plenamente surtidos de todas las herramientas necesarias. Junto á la nueva casa formó dos espaciosas huertas defendidas por una larga y gruesa tapia, y pobladas de naranjos, limoneros, cidros, cepas, higueras, chirimoyos y otros frutales. Finalmente, en la primera mitad de Agosto de 1864 abrió las zanjas del nuevo templo, y colocó con el religioso rito acostumbrado su primera piedra.

Único arquitecto de todas estas obras era el P. Fortunato, sin tener mas brazos que los de sus indios, á quienes tuvo que adiestrar en todos los oficios necesarios para ponerlas en ejecucion. Forzosamente pues debian proceder con lentitud: y cuando el incansable misionero iba á consolarse con la conclusion de su hermosa iglesia, que tantos afanes le habia costado, una furiosa neumonia estinguió su laboriosa vida en la noche del 12 de Noviembre de 1874, á la edad de 47 años.

Poco despues del fallecimiento del P. Fortunato, un violento temblor averió la nueva iglesia; y fué preciso reparar sus quiebras. Luego el hábil P. Antonio Gatti, ya compañero del difunto y su sucesor, se ocupó en darle la última mano, decorándola con pinturas y adornos, y perfeccionando los dos altares laterales. Pronto quedó concluida¹; pero varios accidentes, especialmente las prolijas

¹ La nueva Iglesia tiene 22 m. de largo, y 7,20 de ancho. En su torre, alta 17,58 m., hay cuatro hermosas campanas; la una obsequiada por un caballero español, y las otras tres fabricadas en la misma mislon.

enfermedades y las muertes sucesivas de dos Prefectos de misiones, impidieron su estreno, y obligaron á diferirlo hasta el 13 de Setiembre de 1878.

Habiéndose reunido por una feliz combinacion nueve misioneros en aquel dia en Aguiarenda, pudo la religiosa ceremonia practicarse con el mayor decoro y regocijo. Bendecido el nuevo templo por el P. Prefecto de misiones Fr. Doroteo Giannecchini, la fiesta continuó tres dias con misa cantada, vísperas solemnes, y sermones en lengua castellana y chiriguana. Los primeros y últimos crepúsculos de aquel festivo triduo fueron saludados con música, repiques, salvas y luminarias. Mas, lo que dió el mayor realze á la solemne celebridad fué un coro de veinte niños, de ocho á doce años, todos vestidos de elegante uniforme, que instruidos y dirigidos por el diestro y paciente P. Mauricio Monacelli, y acompañados por las bandas musicales de las misiones de Itau, Tarairí, Aguiarenda y San Francisco Solano, cantaron en la orquesta las misas y vísperas, recordando con sus angélicos trinos los festivos hosannas, que entonaron un dia los párvulos de Sion al Redentor del mundo. Esto estasiaba á la inmensa multitud que habia concurrido desde todos los cantones de la provincia, y la obligaba á elevar sus corazones del fango de la tierra, y unirlos á los tiernos cánticos de aquellas almas inocentes, para dar gloria, honor y bendicion al que vive en los siglos de los siglos.

Á fin de que en tan fausta circunstancia el regocijo de los pobres indígenas fuera completo, los PP. conversores, despues de haber vestido gratuitamente á todos los niños y niñas de las escuelas, á las viudas y á los viejos del pueblo, distribuyeron á todos sus individuos sin escepcion abundantes raciones de carne, y los divirtieron todas las tardes con juegos inocentes.

Festejada así la inauguracion de la nueva iglesia, no quisieron separarse los Padres, que la habian celebrado, sin pagar antes un tributo de religiosa gratitud á los

beneméritos PP. Francisco Silioni, Vicente Gentili, Àngel Gregori y Fortunato Lombardi, que habian sucumbido víctimas de su celo, laboriosidad y amor á los indios, y cuyos restos mortales habian sido depositados en la iglesia de la mision¹. La mañana pues del 16 del referido mes, celebraron en sufragio de aquellos queridos hermanos suyos unas honras solemnes, á las cuales asistieron devotamente todos los neófitos, que mezclando sus sollozos al lúgubre clamoreo de las campanas, suplicaban al Dios de las misericordias se dignase conceder á sus amados y perdidos padres el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Concluida la obra de la iglesia, se puso mano á la del cementerio, que con su respectiva capilla se formó en el sitio ocupado por el primitivo oratorio, y fué bendecido con la sólitas ceremonias el dia 1 de Noviembre de 1878². Se fabricó tambien una nueva y mejor escuela para las niñas con su habitacion para la maestra, y otra cómoda casa para albergue de los pasajeros. Finalmente, se mandó renovar todo el pueblo, que consta de tres espaciosas plazas, con mas de doscientas casas perfectamente alineadas y decentemente construidas: y en la plaza principal, habitada esclusivamente por los neófitos, se levantó una hermosa Cruz (alta 11, 17 m.), ante la cual se prosternan los hijos de Aguiarenda, reconociendo de ella todo el bienestar de que gozan, y él que esperan.

De este modo, Aguiarenda, que cuando los vencedores de Ingavi bajaron á poblar los llanos de Caiza, no era sino una triste ranchería de salvajes, clavada en medio de malezas y matorrales, se ha trasformado hoy, por la solicitud de

¹ De los PP. Francisco y Fortunato hemos dicho ya; del P. Vicente diremos en su lugar. El P. Àngel, compañero del P. Fortunato, delicias de los colonos de Caiza, verdadero Àngel, descansó en Cristo el 5 de Junio de 1862, en la fresquísima edad de 27 años. Era natural del ducado de Luca.

² Este enterratorio, todo circuido con paredes de adobes, tiene 53,30 m. de fachada con 52,30 de profundidad, y la capilla 6 m. de largo sobre 4,50 de ancho.

los ministros de la civilizacion cristiana, en un pueblo numeroso, culto, alegre, laborioso, útil á sí mismo, y prestando importantes servicios á sus vecinos, así en los trabajos de la guerra, como en los de la paz. No historiamos sucesos pasados; referimos un hecho actual, visible, palpable: no tememos la desmentida¹.

¹ Mientras trazábamos estas líneas, nos vino á las manos una *Memoria informativa que presenta... el Director general de contribuciones, etc. Tarija, Agosto de 1882*, en la cual leímos la siguiente magnífica topografía de Aguiarena: *La mision de Aguiarena es la mas bella posicion de todo el Chaco. Colocada en una meseta plana y con riego abundante y seguro, en la base y lado oriental de la cordillera de su nombre, ofrece una vista encantadora para el sabio, para el poeta, para el astrónomo: parece que de su base descendiera ese inmenso piélago de tierra firme, que sin escrúpulo se estendió en un horizonte limitrofe con el astro del día. No consta mas que del sitio de los misioneros con una hermosa huerta. Aguiarena está llamada á ser la deidad, el eden de su provincia, el observatorio de los astrónomos, la musa de los poetas y la contemplacion de los sabios: es la reina de los planos.* Con la sinceridad propia del historiador, hemos dicho de Aguiarena lo que es; y con la misma, afirmamos que la poética pintura, que acabamos de copiar, dice lo que no es. No seremos tan temerarios de sospechar en ella la inspiracion de pasiones ruines; pero tampoco somos tan estúpidos, que no reparemos las ansias con que algunos anhelan por que esta mision, que consideran ascendida ya al auge de su perfeccion, sea de una vez librada de la empachosa tutoria de los misioneros. Lo sea en hora buena; mas, no trepidamos en afirmar que, siéndolo, no tardará *la reina de los planos* en volver á ser la triste hija de los bosques.

VIII.

Conquista de Tarairí¹.

UNA grande idea ocupaba al P. Giannelli, mientras estaba trabajando en el establecimiento de la misión de Aguiarenda. Sus miradas se dirigian á la otra banda del Pilcomayo, desde cuyas márgenes hasta las del Parapití habitaban numerosas tribus chiriguanas en las varias quebradas de la última serranía, que amuralla por el poniente las llanuras del Chaco. Los pueblos que formaban esa larga linea (mas de 30 leguas) eran Tapinta, Caigua-mi, Mocuinté, Caigua-guasú, Tarairí, Ipa, Monduvirandi, Taivate, Camatindi, Tigüipa, Icuarenda, Macharetí, Timbóiti, Morocuyati, Nancaroina, Sipotindi, Uruvuntigua, Tamandehi; y despues de un largo campo desierto, Tacuanandi, Igüitiapi, Itatiqui, Ipitacuapi, Cavayurape, Caahaimbeti, Iro y Nancapiá, desde donde se divisa la inmensa llanura, que serpeando cruza el Parapití.

Logrando los ministros del Evangelio establecerse entre aquellas tribus, un crecido número de infieles quedaba

¹ Tarairí está en 21° 5' 50" lat. S., y 64° 37' 49" long. O. de París. Su altura es de metros 662 sobre el nivel del mar.

agregado al redil del buen Pastor, una ancha puerta se abría á la espiritual conquista de las naciones salvajes esparcidas en los inmensos campos del naciente, y finalmente las nuevas misiones iban á encadenarse con las antiguas, que nuestros Padres habian establecido allende el Parapití. De lo cual resultaba otra ventaja, la cual, aunque no entrase en los planes del misionero, que no buscaba intereses materiales, era sin embargo considerabilísima; pues, con la pacificación de estos pueblos quedaba abierta una via directa y facilísima al comercio entre el rico departamento de Santa Cruz y las provincias Argentinas.

Los piés de los evangelistas de la paz habian pisado ya en el siglo último muchos de estos pueblos, aunque sin resultado. Penetró en Tarairí el año de 1732 el jesuita José Pons; mas halló tan mala acogida, que lo despojaron de todo lo que llevaba, hasta de los vestidos; por gracia dejándole la camisa y los calzones, y perdonándole la vida¹. Mas afortunado fué nuestro P. Peña en la visita que hizo treinta y tres años despues á todas esas rancherías, desde Macharetí hasta el Pilcomayo: mas, tampoco de ella resultó fruto alguno, porque la muerte cortó de un golpe la vida del misionero, y las esperanzas que se habian concebido de la espiritual conquista de Tarairí y su comarca (*pág. 116 y sig.*).

Lindando inmediatamente los pueblos descritos con los campos ocupados por los tobas, conservaban con estos desde tiempos antiguos especiales relaciones, fomentadas por un comercio de bastante interes para los unos y los otros, y que principalmente consistia en pescado por parte de los segundos, y en maiz por la de los primeros. Mas, el genio volubilísimo de los tobas y la ingénita antipatía de los chiriguanos á todos los que no son de su nacion, no permitian que estas relaciones fuesen constantes: por lo cual, tan pronto

¹ Lozano. *Vida del P. Lizardi*, § XIV, *pág. 129 y sig.*

estaban en alianza y paz, como en rompimiento y guerra. Solo cuando se trataba de hostilizar á los españoles, nunca se escusaban nuestros taraireños de aliarse con aquellos Beduinos del Chaco, escoltándolos en sus escursiones á los pueblos y estancias de los cristianos, ayudándolos en sus fechorías y participando largamente de sus robos.

En las sapientísimas y bienhechoras manos del Omnipotente, aquella criminal alianza sirvió de medio para dispensar el mayor de los beneficios á quien tanto lo habia desmerecido. Para amedrentar á los tobas y vengarse de sus robos, hacian frecuentes correrías los caizeños; y en ellas con miras muy diversas los acompañaba el P. Giannelli, esperando de poder alguna vez entrar en relacion con aquellos indómitos salvajes. En efecto, en una expedicion al Pilcomayo logró avistarse con algunos taraireños, y no perdió tan bella ocasion para instilar en sus agrestes oidos palabras de amor y de paz, acompañadas con algunos regalitos. Fué una semilla, que mas tarde fructificó admirablemente.

Poco despues, un incidente, sin duda providencial, vino á fecundizar la semilla arrojada por el P. José. Dos indios principales y un cacique de Tarairí fueron arrestados en Caiza, puestos en el cepo, convencidos de cómplices en los robos de los tobas y sentenciados á muerte. Luego que lo supo, se largó de Aguairenda á su socorro el P. Giannelli, se presentó á las Autoridades, abogó por ellos, dió fianzas, y logró libertarlos. Aquellos corazones, que palpitaban con el terror de la muerte inminente, comenzaron á palpar de gratitud; bañaron de lágrimas la mano que los habia salvado de tanto peligro, y vueltos al seno de sus familias se hicieron lenguas, refiriendo el amor y generosidad del misionero á sus parientes y paisanos. Estos llegaron á persuadirse de que el Padre verdaderamente los amaba; formaron una grande idea de su valimiento, y concibieron la esperanza de que viniendo á estar en su pueblo, les daria la paz y seguridad, de que los privaba la aciaga sociedad con

los tobas. El P. José no se descuidaba en fomentar estas bellas disposiciones, enviándoles cuantas veces podia mensajes y presentes.

En este estado las cosas, entró la discordia entre aquellas tribus. Las que vivian al Sur de Tarairí se decidieron por la mision; las de Ipa y siguientes al N. (y eran las mas numerosas) se declararon contrarias. Estas preferian á la amistad de los cristianos la de los tobas, pareciéndoles mas ventajosa, no tanto por el inocente comercio referido, como por el inicuo tráfico de los animales robados en las estancias de Caiza. Aquellos por el contrario, deseando admitir al misionero, se veian precisados á entrar en relaciones con los cristianos, y á cortar de consiguiente las que por lo pasado habian mantenido con los tobas. No tardó en presentárseles la oportunidad para ello.

Jefe de las familias de Caigua-mi era un tal Cuarenda, quien por su facundia y destreza guerrera, gozaba entre los suyos de un gran prestigio. Hubo en este pueblo una solemne bebida, á la cual, segun costumbre, asistieron los tobas. En lo mejor de ella se levantó Cuarenda, y con la énfasis que le era natural afeó á estos sus robos y asesinatos; ponderó los daños, que con sus inicuos procedimientos causaban á sí propios y á sus adherentes, esponiéndolos al odio de los blancos, á la persecucion, al cautiverio; declaró que preferia la paz y seguridad, que disfrutaria su pueblo estableciéndose el misionero en él, á todos los intereses que sacaba de la mancomunidad con gente tan ruin, y que le salian tan caros. Á la fogosa arenga del cacique ardieron aquellos ánimos tan propensos á inflamarse; por una y otra parte se corrió á las flechas; se armó una sangrienta reyerta, y cuatro de los tobas quedaron cadáveres. Los parientes de los muertos, rugiendo de coraje, marcharon á Ipa, reclamaron venganza: los ipeños prometieron hacerla.

Calmados los ánimos en Caigua-mi, Cuarenda comprendió su peligro; mandó asegurar su pueblo con una trin-

chera de ramas y espinas, y envió apresuradamente á Aguairenda un mensaje al misionero, dándole noticia del gravísimo riesgo en que se hallaba él con sus familias por haber proclamado la mision. El honor del Padre quedaba comprometido; se presentaba una ocasion mas, para manifestar á los indios el amor y valimiento del misionero: ella, por lo tanto, no era de perderse. Al punto voló el P. José á Caiza; sus palabras llenas de celo llenaron de entusiasmo á los vecinos, y acompañado de un buen número de ellos se dirigió al Pilcomayo.

Despues de una marcha forzada de dos dias y una noche, llegó á Caigua-mi, donde su presencia reavivó á los desmayados tarairiños. Estos dieron noticia de que en Ipa estaba acampada una numerosa tropa de tobas: y se tomó la resolucion de marchar contra ellos para desanidarlos de allá, sin hacer empero daño alguno á los ipeños, cuyos ánimos el P. José proponíase amansar. Mas, cuando estos vieron desfilar por las playas del riachuelo que corre al pié de su pueblo aquella gente armada, por mas que esta declarase venir pacíficamente, se creyeron acometidos; y poniendo mano á sus arcos, empezaron á disparar flechas. Muy luego el valor de los nuestros los desbarató completamente, y con ellos á los tobas.

Con esto la seguridad de los tarairiños quedaba aun mas comprometida: permaneciendo en sus pueblos, iban á sufrir todo el rigor de la venganza, que tomarian infaliblemente los tobas y sus mismos compatriotas del N. Comprendiendo su peligro, aceptaron gustosos la invitacion que el P. José les hizo de emigrar á la mision de Aguairenda. Mas, ¿quien suministraria los alimentos á mas de quinientos huéspedes, que nada llevaban consigo? La caridad de los misioneros, que no repararon en cargarse de deudas para surtir de víveres á tanta y tan voraz multitud.

Habia pasado un año; y los tarairiños mal avenidos en un pais estraño, y temerosos de volver solos al propio, daban gran prisa al misionero para que los llevase de nuevo

á su pueblo, donde en su compañía y bajo su égida se prometían vivir seguros. ¡De que admirables trazas se había servido la Providencia para obligar á los taraireños no solo á admitir, sino á desear y pedir con urgencia el establecimiento del misionero en su pueblo, que pocos años atrás hubieran procurado estorbar aun á costa de su sangre! ¡Cuan felizmente iba germinando la semilla que en las márgenes del Pilcomayo había arrojado, tres años antes, el P. José!

Este, para afianzar la estabilidad de la futura misión, y buscar algunos socorros, de que absolutamente carecía, juzgó oportuno pasar á la ciudad de Santa Cruz. En el camino, al atravesar nuestras antiguas misiones de Sauces y Cordillera, su corazón sufrió un cruel destrozo al verse rodeado de aquellos indios, pidiéndole con lágrimas quedase entre ellos, y aferrando, como para atajarle, las bridas del animal en que iba montado. Mas, no estaba en mano del P. José condescender con aquellas súplicas.

En Santa Cruz fué acogido con entusiasmo su proyecto; se le hicieron magníficas promesas; mas, nada se le dió. Solo el Sor. obispo Manuel Ángel Prado, quien mas que nadie celebró la nueva fundación, le regaló un ara, un cáliz viejo y un ornamento usado. Dió mucho, porque su pobreza suma no le permitía dar mas.

Antes de su ida á Santa Cruz, el P. José había dispuesto regresar desde allí directamente á Tarairí, tentando el tránsito por los pueblos chiriguano del N.; mientras el P. Vicente Gentili, destinado á ayudarle en la nueva fundación, saldría de Caiza para entrar en Tarairí por el lado del S.¹. El plan, aunque atrevido, prometía grandes venta-

¹ Una complexión robusta, un corazón generoso, un trato suavísimo se reunían en el P. Gentili, formando un excelente misionero de indios. Grandes esperanzas con gran razón se habían concebido de él; mas, una muerte inmaturo las tronchó, arrebatándonoslo en la florida edad de treinta años apenas cumplidos. Después de haber cooperado con una actividad suma á la fundación de Tarairí, fué enviado provisionalmente á la misión y viceparro-

jas; porque era de esperarse, que pasando el P. José por aquellos pueblos bien que enemigos; con la suavidad de su palabra los hubiera quizás inducido ó bien á agruparse todos al rededor de la Cruz que iba á plantarse en Tarairí, ó siquiera á no mostrarse hostiles al establecimiento de la mision. Mas, llegado á Parapití no pudo obtener la pequeña escolta que solicitó y se le habia prometido, para que lo acompañase en aquella arriesgada travesía. Criminal arrojo hubiera sido abalanzarse solo, sin mas resguardo que él de su guia, en medio de tantas hordas salvajes, enemigas declaradas de las misiones y de los misioneros. Tuvo que retroceder.

quia de Caraparí; y en los catorce meses que allí demoró, se atrajo las simpatías así de los neófitos, como de los antiguos cristianos, cogiendo entre unos y otros admirables frutos con la dulzura y eficacia de su celo. Destinado nuevamente á Tarairí, en el camino enfermó gravemente; y al alba del día 11 de Febrero de 1858 cesó de vivir en el pueblo de Villarodrigo. Sus restos mortales quedaron depositados en la capilla de Aguaienda hasta Febrero de 1862, cuando fueron trasladados al Colegio de Tarija. Era natural de Monte Milone, diócesis de Macerata, en el Piceno.



IX.

La reduccion de la Inmaculada.

MIENTRAS el P. José intentaba inútilmente penetrar en Tarairí por el N., el P. Vicente, segun las instrucciones recibidas, entraba en él á fines de Agosto de 1854, acompañado de una numerosa escolta de nacionales de la provincia de Salinas, que venia á las órdenes del Jefe de la misma, y lo era entonces D. Antonio Cortés, virtuoso caballero muy afecto á los Padres y favorecedor de las misiones. Á principios de Setiembre, el P. José ya estaba con ellos.

Azarosísima era la situacion de los misioneros en aquel punto. Apartados de los pueblos cristianos (pues el mas vecino distaba tres jornadas), en medio de innumerables salvajes conjurados para el esterminio de la mision, sin garantías de la fidelidad de los nuevos adeptos, su vida corria gravísimo riesgo. Se pensó al principio establecer allí una pequeña colonia de familias cristianas, que sirviesen de resguardo á la mision y sus conversores: mas, los indígenas se opusieron á ello, temerosos de que los colonos les quitasen las tierras, protestando que por sí solos se sentian

capaces de defenderse, y salvar á los Padres de todo riesgo. Hubo que condescender; y retirándose la escolta que habia acompañado al P. Gentili, nuestros misioneros no se quedaron con mas proteccion que la de la Providencia.

Para edificar el nuevo pueblo, se eligió una espaciosa llanada, dispuesta á modo de triángulo, defendida por un lado de una linea de lomas boscosas, y por los otros de altos barrancos. En el borde de uno de estos, se construyó un pequeño fortin de palos embarrados, con sus respectivos cubos de los mismos materiales, y que servian de habitacion á los dos misioneros. En el medio, bajo un enorme algarrobo, se levantó una chozita, que sirviese de capilla para la celebracion de los santos misterios. Al rededor dispusieron sus ranchos los indios, formando una regular poblacion, compuesta de las familias de Caigua-mi, Mocuinte, Caigua-guasú y Tarairí.

La primera solicitud del P. José, luego despues de establecido en Tarairí, fué la de sosegar los alborotados pueblos del N., y atraerlos á la mision. Les envió para el efecto, con sus mismos compatriotas, cariñosos y persuasivos mensajes; y logró con ellos conquistar las numerosas tribus de Ipa, Taivate, Monduvirandi, y parte de las de Camatindi, las cuales no tardaron en agregarse á la nueva poblacion, abandonando sus antiguos domicilios. Con esto la naciente colonia engrosó notablemente, constando ya de unos doce caciques con sus respectivas familias. Proponíanse tambien los misioneros amansar á los muchos chiriguano, que habitaban las pobladísimas quebradas de Tigüipa, Macharetí y Morocuyati; cuando el hombre enemigo vino á trastornarlo todo, armando tan fiera tormenta, que hubiera destruido en sus mismos principios la mision, si la poderosa mano de la Inmaculada, bajo cuya advocacion y tutela habia sido puesta, no la hubiese protegido.

Un indio de Camatindi, de los recién incorporados á la mision, llamado Bayandari, habia ido á Caraparí, donde encontró por desgracia con un mal cristiano, que gozaba de

una ominosa influencia en todos los indios de estas fronteras. Este, instilando en los oídos del incauto camatindeño venenosos embustes contra los Padres, le encargó se insinuase con los caciques de la nueva misión, y los indujese á despedir de ella á los misioneros; y en caso que se resistiesen, procurase sublevar á los de Tigtipa, Macharetí, Guacaya y á cuantos pudiese, juntamente á los tobas, para que los arrojasen á la fuerza. Bayandari de regreso, pasando por Tarairí, rehusó avistarse con el Padre, por mas que este lo convidase; y en llegando á su antiguo pueblo, convocó secretamente á todos los caciques de la misión, y les comunicó los consejos y encargos del pérfido cristiano. Negándose estos á la inicua propuesta, pasó luego con la tea de la insurrección á los pueblos de Macharetí y Guacaya. Cacique principal de estos últimos era Arayápuí, quien no necesitaba de impulso para ruines empresas. Reunió con presteza su gente, marchó contra Tarairí, y el 19 de Diciembre (1854) acampó en Ipa, á una legua de la misión.

Críticas eran las circunstancias de esta en aquellos días. Las familias afligidas por el hambre; la mayor parte de los indios dispersos en busca de víveres; el P. Vicente en Aguairenda acopiando bastimentos; el P. José gravemente enfermo en la cama. El taimado Arayápuí, para salir mejor con sus perversos intentos, fingiéndose amigo, envió mensajeros al Padre en Tarairí, convidándole á parlamento. No pudiendo este levantarse de donde yacía, mandó á los caciques con toda la gente que se pudo reunir. Mas, apenas comenzado el traidor parlamento, salieron de las emboscadas en que estaban ocultos, los satélites de Arayápuí, y lanzándose sobre los taraireños, hirieron á varios. Aterrorizáronse los nuestros y comenzaron á dispersarse: mas, rehaciéndose luego, se arrojaron impetuosamente sobre sus mismos perseguidores, hirieron á muchos, mataron á algunos, y el bravo Cuarenda derribó muerto de una lanzada al hermano mismo de Arayápuí. Este, bramando de coraje y jurando vengarse, se retiró con sus derrotadas huestes.

Otro enemigo, como hemos indicado ya, afligia al mismo tiempo la mision, y mas peligroso; porque el chiriguano no teme tanto la guerra, como el hambre. La mayor parte de nuestros indios no habia podido sembrar aquel año, y se veian constreñidos á recorrer los campos y montes en busca de yerbas y raices silvestres, para no perecer de hambre. Á estas diligencias no podian salir sino bien armados, con riesgo siempre de caer en las asechanzas, que los machareteños y tobas les armaban muy de continuo. Á mediados de Febrero (1855), habiendo tenido noticia de que habia en las rinconadas de Camatindi unos hermosos maizales, corrieron luego allá, llevando cuantos caballos existian en la mision. Con estos bien cargados volvian ya muy gozosos, cuando fueron sorprendidos de los guacayeños, emboscados por Arayápuí en la misma quebrada de Camatindi. Dos quedaron muertos, muchos heridos; y todos los caballos (eran sesenta), con el entero acopio de maiz, presa de los enemigos. Los pobres taraireños huyéronse llenos de susto á la mision; y Arayápuí se retiró ufano de haber tomado satisfaccion de la muerte de su hermano Yumbai, y de la derrota sufrida dos meses antes en Ipa.

Agravábase cada dia mas la situacion de la nueva colonia. Acobardados los indios por las pasadas desgracias no se atrevian ir á buscar víveres lejos de la mision; y en las inmediaciones de ella no era posible hallar los bastantes para la manutencion de tanta gente. Desfallecidos los cuerpos, desfallecieron los ánimos: se empezó á desesperar, y en varios la desesperacion llegó á furor, maldiciendo la hora en que vinieran los Padres, causa al parecer de tantos males. Para sustraerse de ellos, no quedaba mas remedio que huir. Á cinco de Marzo, á media noche entraron improvisamente todos los caciques á donde estaban los Padres, y con lágrimas les comunicaron la determinacion, que todo el pueblo habia tomado ya de abandonar la mision, para librarse de tantas calamidades. Las impresiones de los Padres en tan lastimoso y apretado trance mas fácil es ima-

ginarlas, que describirlas: en aquel momento no hicieron sino seguir el primer impulso del corazon; sin reflexionar en mas, repartieron entre los caciques las cortas provisiones que les quedaban para su sustento, prefiriendo alimentarse con sus indios de las raices y yerbas del campo, que no verse abandonados por ellos. Este acto generoso, acompañado de suaves palabras, reanimó á las desmayadas familias y las hizo desistir de su resolucion. Pocos dias despues, llegó el gran cacique de la antigua mision de Parapití, José Manuel Chituri, con mucha de su gente, enviados por el gobernador de la provincia de Cordillera con un corto regalo de arroz y azúcar á los Padres; con lo que se remedió en algo su necesidad. Chituri arengó á los tarairinos, exhortándolos al sufrimiento, á la fidelidad y perseverancia. Estos con la elocuente palabra del prestigioso cacique cobraron nuevo valor; tanto mas que pronto les iba á madurar la nueva cosecha, y terminar la estacion de las lluvias, con lo cual las menguantes del Pilcomayo les dejaban libre el tránsito á Aguiarenda, de donde les seria fácil traerse las vituallas necesarias.

Mitigados un tanto los rigores del hambre, volvió el sobresalto de la guerra. El implacable Arayápuí y el bellaco Taruncuntí, gran cacique de Macharetí, disponian sus numerosas tribus, é incitaban á las comarcanas y á los tobas á marchar todos juntos sobre Tarairí y destruirlo. Solicitos nuestros misioneros por la seguridad de las inocentes familias puestas á su cuidado, procuraron que aprendiesen el ejercicio de las armas de fuego algunos de los indios mas fieles, y mandaron atrincherar el pueblo con una tupida y sólida cerca de ramas. Las amenazas no tardaron en verificarse: porque por la mañana del 10 de Julio (1855), una furiosa avenida de chiriguano, tobas y tapietes inundó los contornos de Tarairí; y, arremetiendo por todos lados las trincheras, forcejaba para desbordarse por el pueblo.

Mientras los nuestros, muy desiguales en número, hacian valerosos esfuerzos para impedirles la entrada, y una

lluvia de flechas caia sobre una y otra parte, unos inocentes niños recogidos en la capilla cantaban de hinojos devotas endechas á la Inmaculada, patrona del pueblo. Que este por una especial proteccion de la poderosa Vírgen se salvase, podemos piadosamente creerlo; pues, considerada la preponderancia del poder enemigo y su furor, debian los nuestros haber sucumbido. Cinco horas duró el combate, hasta que los orgullosos invasores, acobardados por la muerte de tres de los suyos y un grandísimo número de heridos, se desbandaron atropelladamente. De los nuestros ninguno pereció: cuarenta quedaron heridos, y dos de ellos gravemente; mas, todos sanaron, gracias al cuidado de los Padres.

Algunos meses despues, uno de los enemigos referia al P. Vicente como al tiempo del combate habia aparecido en los aires un fraile amenazando á los invasores con lanza enristrada, á cuya vista habian perdido los brios y dádose á la fuga. Consignamos llanamente la relacion del indio, sin garantizar su veracidad.

Los sustos de la guerra y los rigores del hambre no habian impedido á nuestros misioneros el continuar la construccion de la iglesia, que desde los primeros dias de su instalacion en Tarairí habian principiado en honor de su inmaculada Patrona. ¡Hermosa coincidencia! En los mismos dias en que el inmortal Pio IX proclamaba al Orbe católico el dogma de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, dos pobres hijos de S. Francisco, en este rincon del mundo, levantaban en medio de las tolderías de los salvajes, un templo á tan augusto misterio. Á la verdad no era magnífico; ni podia serlo, porque faltaban así recursos, como obreros inteligentes. Únicos directores de la obra eran los dos Padres, que igualmente trabajaban en ella, ayudados solamente de sus indios, que como recién conquistados eran sumamente rudos é incapaces. Por Agosto quedó concluido. Tenia 24 m. de largo y 8 de ancho. Habia tres altares: el principal dedicado á la Inmaculada; el segundo á su pu-

rísimo Esposo; el tercero á la Serafina del Carmelo. Las paredes eran de *chaya*, el techo de paja¹.

Para su estreno fué señalado el día 8 de Setiembre, aniversario del faustísimo nacimiento de la augusta Patrona de la mision. El R. P. prefecto Fr. Zeferino Muzzani no omitió diligencia alguna para dar á la funcion todo el realze posible. Con este mismo objeto, el Colegio envió á tres Padres y regaló varios ornamentos eclesiásticos, dos hermosas campanas y una custodia de plata. No menor fué la liberalidad de varias señoras tarijeñas, que no contentas de haber socorrido el nuevo establecimiento con notables subsidios pecuniarios y dado varios géneros para vestir y agasajar á los indios, se desprendieron generosamente de sus mejores trajes para adornar el nuevo templo de la Bendita entre todas las mujeres.

Al anochecer del día 7, festivos repiques, alegres tocatas de las músicas venidas de Itau y Aguairenda, salvas de fusiles y camaretas, cohetes y luminarias, anunciaron la solemnidad del siguiente día, cuya alborada se saludó con iguales festejos. Á media mañana, despues de haber repartido abundante racion de carne y otros regalos á todos los indios, el R. P. Prefecto, asistido de los dos PP. conversores y de los otros tres venidos del Colegio, procedió á la bendicion de la nueva iglesia con las ceremonias prescritas por el ritual, y luego cantó en ella con toda solemnidad la primera misa. Por la tarde se divirtió á los indios con algunos juegos públicos: luego se cantaron con devota pompa las vísperas, y se dió fin á la festividad del día con una solemne procesion. Precedia el P. Vicente llevando un grande estandarte de color celeste con bordados de plata,

¹ Paredes de *chaya* llaman en estas fronteras las que se forman plantando en linea recta, á distancia de un medio metro mas ó menos, unos postes ya toscos ya labrados, y tan altos como ha de ser la pared. Se forran por ambos lados con cañas atadas horizontalmente con bejucos, y en seguida se llenan los huecos y encostra la superficie con barro mezclado con paja.

en cuyo centro destacábase la imagen de la Inmaculada Concepcion con este letrero: TARAIRENSIUM TITULUS ET TUTELA. Seguian las músicas; luego cuatrocientos indios con sus arcos y flechas; y tras de ellos, unos cien niños catecúmenos. Cerraban esas dos largas filas el P. Prefecto revestido de pluvial y los otros religiosos, cantando la letanía lauretana. Recorrida la plaza principal del pueblo, adornada con arcos, al regresar la procesion, el P. Prefecto, profundamente conmovido, haciendo alto en el umbral de la iglesia, vuelta su cara al pueblo y tomando en las manos el estandarte, dió con él una afectuosa bendicion á todos los indios, que arrodillados rendian sus flechas y adoraban á la soberana Emperatriz del Universo. Habiéndose en seguida retirado los Padres á su habitacion, todos los caciques, por un impulso espontáneo, se les presentaron llenos de júbilo, manifestándoles con cordiales espresiones su agradecimiento, y ratificándoles las promesas de su fidelidad. De este modo terminó el, para siempre memorable en Tarairí, 8 de Setiembre de 1855.

El estandarte de la Purísima, con que se habia benedecido el pueblo taraireño, quedó plantado en la suprema grada del altar mayor de la nueva iglesia; y desde luego la piadosísima Señora quiso manifestar que habia recibido bajo su proteccion aquel pueblo. Al otro dia, 9 de Setiembre, un anciano cacique llamado Dechfa, que mandaba en Morocuyati (distante 13 leguas al N.), se presentó inesperadamente en Tarairí, para asegurar á los misioneros y á los indios su sincero propósito de amistosa alianza, comprometiéndose al mismo tiempo de trabajar eficazmente con las tribus vecinas para que cesasen las hostilidades. Llenáronse de alborozo los taraireños con esta venida, y se confirmaron los misioneros en sus esperanzas. *Con fundamento esperamos* (escribia el dia despues el P. Prefecto) *que de aquí, como de centro de toda la cordillera, ha de abrírsenos el campo para la espiritual conquista de las demás numerosas tribus que nos rodean; y que la Purísima, colocada con*

entusiasmo tan tierno en esta antigua habitacion de demonios, será el afortunado arco iris, que desvanecerá las procelas que hasta aquí nos han tenido agitados, y disipará las espesas tinieblas que empañan este dilatado horizonte. Mas tarde veremos, como no quedaron frustradas estas esperanzas.

Desde entonces fueron ya sucediéndose en Tarairí dias siempre mas bonancibles y serenos. Cesaron las hostilidades por parte de los chiriguano; y los mas notables caciques de los pueblos de Caipependi, Caaruruti, Cuevo, Ivu y Guacaya iban con frecuencia á la mision para anudar ó afirmar las relaciones de paz y amistad. Solo el orgulloso Arayápuí y el ruin Taruncunti se obstinaron en su odio: y los tobas tambien no dejaron tan luego sus animosidades. Salian muchas veces de noche á arruinar los sembrados y robar los animales; y de cuando en cuando emboscábanse en las orillas del camino del Pilcomayo para sorprender á nuestros indios que bajaban á la pesca; y mas de una vez lograron alancear á algunos, y llevarse cautivas á mujeres y niños. Mas, aun estas hostilidades cesaron pocos años despues. Gozábase pues generalmente en Tarairí de abundancia y de paz: pero en estos dias de paz y de abundancia fué cabalmente cuando empezaron para los misioneros los de afliccion y fatigas.

Si ellos para entrar y conservarse en aquel bárbaro y peligroso pueblo se habian sometido gozosamente á tantas privaciones, arrostrado tantos peligros y aun espuesto sus vidas, no habia sido sino por la esperanza y el anhelo de anunciar el nombre santo de Jesus á las infelices tribus que lo habitaban. Persuadidos de que no podrian lograr sus deseos en los adultos, por las razones que otra vez hemos indicado ¹, pusieron desde luego su principal empeño

¹ Aquí oportunamente recuerdo una graciosa ocurrencia, que servirá á dar alguna idea de nuestros indios, y de cuan poco dispuestos están á recibir el Evangelio. El P. Giannelli no perdía ocasion y usaba varias industrias

en reunir á los niños, para iniciarlos en la salvadora doctrina del cristianismo. Mas, aquí tuvieron que lidiar, no con los enemigos de la mision, sino con sus mismos habitantes, quienes, á escepcion de muy pocos, se rehusaron obstinadamente á permitir que sus hijos asistiesen á las instrucciones. Sin poder usar de medios coactivos, se valian nuestros misioneros de la persuasion, y de todas las suaves y eficaces industrias, que les inspiraba su ardoroso celo. Todo era inútil. Para atraer á los niños, les daban vestidos con que pudiesen decentemente asistir á la doctrina; y hubo vez, que para cubrir su desnudez, repartieron entre ellos su pobre cama. Concurrían unos pocos dias, y luego dejaban, con la excusa de que se habian quedado desnudos, por habérseles perdido ó quemado el vestido; siendo así que sus padres lo habian jugado ó vendido. Para reunirlos mas fácilmente y conducirlos al catequismo, solian los Padres salir todas las tardes al pueblo: mas, tan presto como apuntaban en él, los niños instigados por sus parientes huían á escape de sus chozas; y mas veloces que gamos, se ocultaban entre los matorrales de los alrededores. Llegó á tanto la aversion de algunos á que sus hijos fuesen instruidos en el cristianismo, que para impedirlo se resignaron á enviarlos á pueblos lejanos, ó á tenerlos ocultos por muchos años en los montes, hasta que llegados á edad competente, y criados

para insinuar en sus ánimos los principios religiosos. Acercábase la solemnidad pascual, y sabiendo que los indios tienen á gloria asociarse al duelo de sus amigos, manifestó á los caciques que en aquellos dias iba á celebrar el aniversario de la muerte de su Dios, convidándolos á acompañarle en el luto. Unos se escusaron; la mayor parte aceptó. Todos los dias de la semana santa, en las primeras horas de la noche concurrían á la habitacion del misionero, quien de una manera muy llana les iba refiriendo los principales misterios de nuestra redencion. El riguroso silencio y grave seriedad, con que asistian, producian en el Padre una verdadera complacencia, un no sé que de esperanza. El dia de Pascua se le presentaron con mucha frescura, pidiéndole un vestido en pago de haberlo ayudado á llorar la muerte de su Dios. Pudiéramos referir muchas de semejantes ocurrencias.

ya en las patrias costumbres, se casasen á su modo gentílico.

Mas terca aun y perniciosa era la resistencia, que los taraireños oponian al bautizo de sus hijos en el artículo de la muerte, bajo el rancio pretesto de que el agua regeneradora del alma era mortífera para el cuerpo. En vano se esforzaban los Padres en desvanecer con obvios y perspicuos argumentos la necedad de esas preocupaciones: la torpeza de los indios no cedia. En vano tambien visitaban diariamente todas las cabañas para reconocer si habia alguna criatura enferma; las madres, ó abuelas tenian buen cuidado de ocultarlas con anticipacion. Sin embargo, valiéndose de varias industrias, y halagando con premios á los niños de escuela que daban aviso de alguna criatura enferma, lograron enviar muchos ángeles al cielo.

La tenaz oposicion de los indios heria profundamente á nuestros misioneros: con todo, sabiendo que buena cosa es aguardar en silencio la salud del Señor, no desfallecieron; y su longanimidad y paciencia, al cabo de algunos años, finalmente triunfó. Desde los principios de la mision entablaron una pequeña escuela, donde á un cortísimo número de muchachos enseñaban á leer y escribir. En 1859, se estableció otra escuela; en la cual unas dos docenas de niñas eran instruidas por una maestra asalariada, en las labores propias de su sexo. Enseñaban los Padres y esplicaban con grande celo todos los dias la doctrina cristiana; mas, apenas la décima parte de los niños del pueblo concurría á ella, y con poquísimo fruto; porque á nadie, no hallándose en peligro de muerte, se bautizaba, atendida la inconstancia de los catecúmenos y la perversidad de sus padres. En Mayo de 1865, á los once años de establecida la mision, se pudo celebrar el primer matrimonio segun el rito católico.

Sucediéndose los años, fueron poco á poco falleciendo los principales antagonistas de la instruccion, los que con sus inicuos consejos fomentaban y mantenian la oposicion

de los demás: fundáronse, como veremos, otras colonias conversoras cerca de Tarairí; la poblacion de este quedó mas reducida por el desmembramiento de muchas familias, que hubieron de trasladarse á otros puntos: con esto la existencia de la mision quedó mejor asegurada, y la autoridad de los Padres mas respetada y temida. Pudiendo estos usar ya de medios suavemente compulsivos, los indígenas tuvieron que aflojar de su resistencia, y enviar sin escepcion todos sus hijos al catequismo. Las escuelas se llenaron de niños de ambos sexos, á quienes se daba una esmerada instruccion, y una educacion propia para formar hombres útiles á la sociedad, y mujeres útiles á la familia. Cesados ya los motivos que justamente detenian á los misioneros de bautizar á los hijos de los indígenas, estos luego de haber nacido renacian á la gracia por el santo bautismo. Igual beneficio merecieron varios niños y jóvenes que lo pidieron con instancia, despues de haber dado pruebas satisfactorias de la sinceridad de sus deseos y de sus disposiciones. Así, despues de veinte años de afanes y paciencia, llegó finalmente á formarse el plantel de la nueva cristianidad taraireña.

Mientras los salvajes comarcanos hacian esfuerzos para destruir la mision, mientras los habitantes de ella se obstinaban en impedir la promulgacion del Evangelio; enemigos de muy distinta clase añadian nuevas aflicciones á nuestros misioneros, privándolos de los medios necesarios al adelanto material de su obra. El tigre ó jaguar se paseaba todas las noches impunemente por el pueblo, teniendo á sus vecinos en un sobresalto continuo. Cinco de estos en un solo año fueron presa de aquella fiera. Ella hacia además incesantes estragos en el ganado mayor, mientras un enjambre increíble de murciélagos ó vampiros no dejaba criar ni ovejas ni gallinas, y una multitud de otras sabandijas nocivas destruia cuanto era necesario ó útil al mantenimiento de la mision. Todo esto, sobre obligar los conversores á enormes gastos y muy penosas privaciones, entorpecía

grandemente el progreso moral y religioso, que entre bárbaros ordinariamente no puede conseguirse sin contar con buenos recursos. La paciente constancia de los Padres venció tambien estas dificultades; y á fuerza de ahorros é industrias llegaron á crear una renta suficiente para cubrir los gastos no pequeños, demandados por la conservacion y adelanto de su establecimiento.

Algunos meses despues del estreno de la iglesia ya referido, emprendieron la construccion de la casa para su vivienda. Tambien se agrandó el fortin; y para mayor comodidad de las familias en el caso de alguna invasion, se le añadió un espacioso patio. Levantáronse además varias piezas destinadas para escuelas, hospedería, despensas y oficinas. Todo esto, á causa de las azarosas circunstancias por las que atravesaba la mision, se trabajó de prisa, sin arte, con materiales poco sólidos, de modo que no podia durar mucho. Algunos años despues, hubo que hacerlo todo de nuevo.

El 8 de Setiembre de 1873, el P. prefecto Fr. Alejandro Ércole bendijo y colocó con la solemnidad prescrita la primera piedra de un nuevo templo. Al otro dia se empezaron á construir los cimientos, despues de haber depositado en ellos una larga inscripcion latina para futura memoria del hecho.

El P. Nazareno Dimeco, que desde Julio de 1865 habia entrado al gobierno de la mision, dirigió la obra. Sin haber estudiado arte ninguna ni liberal ni mecánica, sin contar con mas auxiliares que sus neófitos enseñados por él mismo, inspirándose en su fe, en su genio y en su ardiente amor á la Inmaculada, mandó ejecutarla con tal solidez, simetría y elegancia, como hubiese podido hacerlo un hábil arquitecto ¹.

¹ No emitimos un juicio nuestro privado; repetimos él que espresaron los ilustrados franceses que acompañaban la expedicion del sabio y malogrado Mr. Crevaux, quienes quisieron sacar fotografia del templo erigido por

Con igual maestría dirigió los demás edificios pedidos por la necesidad ó comodidad de la mision: vivienda para los Padres, hospedería, despensas, almacenes, cárcel; talleres de carpintería, herrería y sombrerería; oficinas de telares, y para fabricar ladrillos; y finalmente dos hermosos salones para escuelas. Al destinado para la enseñanza de las niñas adjuntó una cómoda habitacion para la maestra, y una sala para enfermería: pues las niñas de escuela permanecen, á modo de las educandas, en su establecimiento así de dia como de noche, ya sanas, ya enfermas. Espléndido triunfo, que solo el celo enérgico del P. Nazareno ha podido reportar sobre la pertinacia de los chiriguanos, que en ningun tiempo y en ningun lugar han consentido en la segregacion de sus hijos; triunfo, que producirá indudablemente preciosísimos frutos, pues que la cohabitacion de los neófitos y catecúmenos con sus parientes gentiles ha sido, y es hasta hoy el óbice mas pernicioso á su perfecta educacion.

Los fabricados referidos son de adobe con techo de tejas, y ocupan un área de 90 metros de fachada con 92 de profundidad, circunvalada toda por una firme muralla. Ciñen por tres lados este cuadrilongo las casas de los neófitos, perfectamente alineadas, y formando con él tres anchísimas calles. Luego al lado del S. siguen las de los catecúmenos; y mas allá se estiende la plaza, en que viven las familias de los infieles, largá 400 m. y ancha 100, compuesta de 128 ranchos, todos (como las casas de los neófitos y catecúmenos) precedidos por cómodos corredores, y exactamente idénticos en todas sus dimensiones.

el P. Nazareno. Admiraron sobre todo la artíficosa combinacion de la techumbre de madera, y disuadieron al Padre de forrarla con bóveda, como tenia ideado; afirmando francamente que *tal techo en Paris seria un gran lujo*. La iglesia es en forma de cruz latina, y su nave principal se estiende 31 m. Los tres altares con sus retablos son de cedro, hermosamente entallados y pintados.

En 1880 estaban ya concluidos los muros y techos del nuevo templo, aunque faltase mucho para llevarlo á la última perfeccion que habia concebido el genio del P. Nazareno. Mas, como amenazase ya ruina la antigua iglesia, se dispuso habilitar provisionalmente para el culto una capilla lateral de la nueva. Con este objeto, por la tarde del 7 de Diciembre se trasladó á ella, con solemne pompa y acompañamiento de todo el pueblo, la bella estatua de la Purísima, mandada entallar en Tarija con las limosnas de un piadoso bienhechor; y el dia siguiente, dedicado á la Concepcion inmaculada de la augusta Patrona de la mision, se cantó la primera misa en la nueva iglesia, consagrada á su gloria.

¡Que la bendita Madre del Salvador dirija desde su templo de Tarairí, una mirada compasiva á tantas tribus infelices, que gimen en sus contornos, esclavas hasta hoy de aquella antigua serpiente, cuya indómita cerviz quebrantó Ella con su virginal pié, desde el primer momento de su feliz existencia!

X.

Los Tobas.

A LO largo de las márgenes del Pilcomayo, y por los bosques y campos que médian entre este y el Bermejo, viven errantes muchos grupos de Tobas, casta de salteadores y asesinos, acostumbrados á no mantener nunca paz con todos, siempre guerra con algunos. De lo antiguo, guardaban con las otras tribus vecinas una perpetua alternativa de tratos ya amistosos ya hostiles; hoy bailando y bebiendo juntos en sus orgías salvajes, mañana degollándose unos á otros con la mayor sangre fria.

Mas tarde, viendo amenazado el territorio de sus monterías por los conquistadores del Tucuman, que paulatinamente iban estendiéndose hácia la region setentrional del Chaco, contra ellos señaladamente se embravecieron los terribles nómadas. Ya solos, ya coligados con los mocovíes, mataguayos y otras tribus, diferentes por el idioma no por las costumbres, con la sagacidad del zorro, con la ferocidad del tigre se lanzaban sobre las colonias de Esteco, Salta y Jujúí, matando á hombres, robando ganados, devastando poblaciones.

No nos corresponde referir los muchos y grandes

esfuerzos, casi siempre inútiles, que los hijos de Iberia hicieron para librarse de las vejaciones de aquellos hijos de las selvas, y sujetarlos á la dominacion española: solo apuntaremos rápidamente las pacíficas tentativas con que conquistadores de distinta clase procuraron, aunque con poco felices resultados, doblegar aquellas inflexibles cervices bajo el santo yugo de Cristo.

El primo que sepamos haber intentado llevar la antorcha del Evangelio entre los tobas, fué el jesuita Gaspar Osorio¹. Á fines de 1628, solo y sin mas escolta que la de un rapazuelo que le servia de sacristan, penetró á unas rancherías situadas como á 20 leguas de la ciudad de Guadalcázar, fundada poco antes por Martin Ledesma en las pampas que hasta hoy conservan su nombre. Poco mas de año y medio estuvo entre ellos el santo misionero, catequizándolos con infinita paciencia, sufriendo increíbles trabajos y muchos sustos. Asolada por los salvajes la ciudad de Guadalcázar, tuvo que retirarse.

Nueve años despues, acometió con mayores bríos la ardua empresa, pero en el camino fué barbaramente asesinado por los feroces chiriguanos con su compañero el P. Antonio Ripari, italiano. Fueron estos los dos primeros apóstoles, que con su sangre regaron la árida tierra del Chaco.

En 1673, otros dos jesuitas emplearon su celo en un corto número de tobas, que atraídos por los agasajos del gobernador Àngel de Peredo, habian rancheado á 4 leguas

¹ Si fuera cierto que nuestro S. Francisco Solano recorrió de un extremo al otro el rio Pilcomayo, como afirma el P. Charlevoix, no podíamos dudar de que el grande apóstol de Sur-America lo hubiese sido tambien de los tobas, mucho antes que el P. Osorio. Sin embargo, no nos dejamos alucinar por el amor de familia, é ingenuamente confesamos que en nuestras crónicas no hallamos consignado este hecho. No creemos empero improbable que las correrías apostólicas de nuestro santo hermano entre los lules y abipones le hayan podido ofrecer la ocasion y la gloria de ser el primero á visitar y predicar á los tobas el reino de Jesucristo.

de la ciudad de Esteco. Hermosas esperanzas de su conversion habian concebido los misioneros, y ya iban cogiendo algun fruto de sus trabajos: mas, á los pocos meses se malogró todo, no por culpa de los indios, sino por la codicia de los españoles.

Diez años despues, volvieron á la espiritual conquista los jesuitas Diego Ruiz y Antonio Solinas, acompañados por el celoso párroco de Jujúí, Pedro Ortiz de Zárate. Situáronse en el destruido fuerte de Ledesma, edificaron una capilla dedicada á S. Rafael, y junto á ella una pobre casa para su habitacion, y un fortín para el resguardo de algunas familias infieles, que habian conseguido conquistar. Entre estas habia unas pocas de tobas; pero se esperaba que muy luego un número grande de estos se agregaria á la naciente mision. Contaba ésta cuatro ó cinco meses de existencia, cuando los mocovíes asociados con los tobas mataron alevosamente al P. Solinas, al presbítero Ortiz y á otras diez y ocho personas que los acompañaban. Los salvajes, que formaban la nueva colonia, se fugaron á sus antiguos bosques¹.

Pasó mas de medio siglo sin que la voz de los mensajeros de la salud resonara en medio de esas hordas desgraciadas. En 1750 entró con un crecido ejército al Chaco el gobernador Martinez de Tineo para reprimir la audacia de los salvajes, que en aquella época habia llegado al extremo. Niquiates y Comaiqui, caciques de una gran parcialidad de tobas, se presentaron á las huestes españolas, pidiendo paces y ofreciendo sujecion. En las riberas del rio Negro se formó de ellos una reduccion, que se denominó *S. Ignacio*, á cuyos hijos fué encargada la cristiana civilizacion de los nuevos prosélitos. Lo cumplieron con el celo propio de su instituto por el espacio de diez y siete años, hasta el dia en que el Rey Católico, en pago de sus servicios, los esterminó de sus dominios.

¹ Lozano. *Descripcion chorográfica*, etc. desde el § 32 hasta el 51.

À 2 de Diciembre de 1767, los franciscanos de Jujú entraron al gobierno espiritual de los catecúmenos y neófitos de S. Ignacio. Por mas de 50 años se afanaron nuestros misioneros en su cultivo, cogiendo ya aflicciones, ya consuelos. Al fin su teson y paciencia consiguió, que aquellos hombres agrestes fuesen poco á poco dulcificando sus costumbres, de holgazanes se trocasen en trabajadores, aprendiesen á creer, esperar y amar, y todos quedasen incorporados á Cristo por el bautismo. Entonces, cumplida ya su misión, se retiraron á su convento; y en Agosto de 1818, la reduccion de S. Ignacio quedó agregada á la parroquia de nuestra Señora de los Dolores del Rio Negro ¹.

Algunos años despues, entró en aquel pueblo un déspota, que tiranizó y despojó á sus desgraciados moradores. Estos reclamaban sus derechos, y se les contestó con balas. En venganza mataron al hijo del tirano, y se huyeron á los montes. La iglesia fué convertida en oficina de azúcar, la sacristía en bodega. El ara sagrada se destinó para moler agí. De las campanas se hicieron pailas. Los devotos simulacros de los santos fueron arrojados de sus altares, descabezados, y los truncados bultos sirvieron para ejercicios de esgrima. Solo él del titular pudo salvarse; y hoy se venera en la capilla de Ledesma. — Tiembla la mano al estampar estos horrores ejecutados no por hordas salvajes, sino por un cristiano espurio; pero es un triste deber del historiador el referirlos, para que al lado de esas sombras funestas, resalte mejor la fe, el celo, la paciencia del misionero católico, y sepa el mundo si á la inactividad é impericia de este debe imputarse (como se ha escrito) la llorada infructuosidad de las misiones del Chaco.

Casi al mismo tiempo que la anterior, se estableció en las orillas del rio de Sora, á seis leguas del restaurado

¹ *Libro del pueblo de S. Ignacio de los indios tobas... desde el 27 de Febrero de 1767.* Mss. encontrado en una pulperia, y recogido por el Pro. español D. Florentino Tarrazona.

fuerte de Ledesma, otra reduccion compuesta de 100 familias de indios tobas, *los mas belicosos que se conocian*¹. Ninguna otra noticia tenemos acerca de este establecimiento, del cual no queda al presente rastro alguno.

Otra numerosa mision de tobas, debida al valor del gobernador Gabino Arias, y al celo de nuestro misionero el P. Antonio Lapa, se fundó con el nombre de *San Bernardo*, junto á la *Laguna de las perlas*, por los años de 1780; la cual quedó abandonada á principios de este siglo. Estos tobas pertenecian al grueso de la nacion, que puebla las inferiores riberas de los rios Pilcomayo y Bermejo, y del cual no son sino una pequeña fraccion los tobas objeto de nuestra historia.

Divididos estos de aquellos por el corto territorio ocupado de los chorotis, viven en las riberas izquierdas del Pilcomayo, desde donde este desemboca á los llanos del Chaco hasta el punto de Cavayurepoti, cubriendo de O. á E. una linea como de cincuenta leguas. Ignoramos la época y las circunstancias de esta separacion²: y solo sabemos por documentos dignos de toda fe, que nuestros tobas, colindando inmediatamente con las tribus chiriguanas, fueron desde antiguo su verdadero azote. Mantenian á temporadas entre sí amistosas relaciones, como hemos insinuado hablando de Tarairí; pero de ordinario estaban en guerra. Y mas de una vez el valiente y orgulloso chiriguano tuvo que humillarse ante su astuto y fementido vecino, que en despique de insignificantes agravios, ó por una sospecha ligerísima incendiaba sus pueblos y llevaba cautivas á sus mujeres. Terrible sin duda debió ser el choque entre ambas

¹ *Apuntes históricos de la provincia de Salta en la época del coloniaje*, por D. Mariano Zorreguieta. Salta 1872, parte 3, § XVII, pág. 39.

² Sin embargo de esta separacion, nuestros tobas reconocen por parientes á los habitantes del gran rio, como ellos los llaman; mantienen entre sí amistosas comunicaciones, se visitan á menudo, y se casan frecuentemente os de la una faccion con los de la otra.

tribus en la última década del siglo pasado, cuando (como refiere el contemporáneo P. Mingo en su Hist. Mss. pág. 499) cayeron nuestros tobas con tanto furor sobre las muchas y numerosas rancherías chiriguanas situadas en las extremas faldas de la cordillera, que las desolaron todas desde Caiza hasta Macharetí.

Ningun dato tenemos para creer que los tobas hostilizasen á los primeros colonos de Tarija. Mas, cuando estos, poco á poco avanzando hácia el Chaco, ocuparon los valles de las Salinas, se vieron espuestos mas de una vez á los asaltos y latrocinios de aquellos feroces salvajes. Iguales, ó mayores vejaciones tuvo que sufrir en sus principios la colonia de Caraparí.

Ninguna manifestacion hostil hicieron nuestros tobas, cuando el general Magariños levantó el fuerte en Villarodrigo, é intentó la navegacion del Pilcomayo. Si Nocoó, que en aquella época figuraba como jefe principal, se opuso verbalmente á la empresa, los demás, y especialmente el pacífico Yumbai cacique de *Yaguapintañanca*, la favorecieron, mostrándose tan afectos á sus nuevos huéspedes, que el buen Magariños concibió grandes esperanzas de su conquista. Para cuando esta llegase á realizarse, reservó y señaló como *terreno de misiones* el Palmar Grande, situado á 45 kilómetros de Villarodrigo hácia el N. E.¹ Algun tiempo despues, un pequeño cacique llamado Chocoriqui, con un corto número de familias vino á establecerse en aquel sitio, desde donde salia á visitar con frecuencia á los nuevos colonos de Villarodrigo, y á los chiriguanos de Aguiarenda.

Con esta bonanza corrian las cosas, cuando unos robos de animales, que de tiempo en tiempo iban sucediendo en los campos de Caiza, inspiraron alguna desconfianza sobre la lealtad del huésped del Palmar : desconfianza, que de dia

¹ Consta por una carta del mismo General á nuestro Prefecto de misiones, fechada en Cochabamba á 4 de Marzo de 1852, y que se conserva autógrafa en el archivo de la mision de Aguiarenda.

en dia fué aumentándose por unos incidentes, que si no probaban del todo la complicidad del cacique, fuertemente impulsaban á sospecharla. Los de Villarodrigo, sin escrupulizar tanto, proyectaron quitárselo de en medio. Ni tardó en ofrecérseles la ocasion: porque habiendo venido el desprevenido cacique á visitarlos segun solia, lo apresaron juntamente con sus ocho ó nueve compañeros. Y despues de haberlos detenido por un breve tiempo en el cepo, sin otro proceso, sacándolos uno por uno, y arrastrándolos á corta distancia del fuerte atados á la cincha de un caballo, les majaron á garrotazos los cascos, y los colgaron á todos de los postes del corral del Estado.

No calificaremos este hecho; pero los tobas, calificándolo por su parte de injusto é inhumano, juraron la venganza. Aumentóse su furor, cuando vieron invadido por los ganados de los colonos el indicado Palmar, declarado, como dijimos, *terreno de misiones*, y de consiguiente propiedad de ellos, quienes lo apreciaban en mucho, por ser abundante en salvajinas y oportunísimo á sus monterías. Reclamaron contra esta arbitraria introduccion, y no habiendo logrado justicia, se la hicieron por sí mismos. Asaltaron de improviso la nueva vaqueriza, mataron á uno de los vaqueros, á otro se lo llevaron cautivo, y con él, trescientas y sesenta vacas.

Con esto quedó declarada la guerra á fines de 1846.

Desde entonces los colonos de Villarodrigo no disfrutaron un momento de tranquilidad. Casi no pasaba noche, alumbrada por un rayo de luna, en que los beduinos del Chaco no hicieran algun robo: no solamente de los campos y estancias retiradas llevaban crecidas puntas de vacas, caballos y mulas; sino que muchas veces, penetrando con estupenda sutileza en los patios de las casas mas centrales de la poblacion, desataban los animales y se los llevaban. No les era lícito á los colonos alejarse del pueblo, sino en cuadrillas y armados, porque á pocas cuadradas de él corrian riesgo de caer en las garras de aquellos tremendos asesi-

nos, apostados como los tigres entre las matas. Un infeliz, que habia ido de mañana á recojer leña junto al campo-santo, á corta distancia del fuerte, fué sorprendido y degollado. Los libros necrológicos de la parroquia, desde Julio de 1847 hasta Enero de 1859, registran los nombres de treinta y una víctimas sacrificadas por el indómito furor de los hijos del Pilcomayo.

Los colonos de Villarodrigo recordarán siempre con pavor el 2 de Octubre de 1848, cuando los alrededores del fuerte fueron invadidos y devastados por una tremenda avenida de aquellos salvajes. En aquel dia funestamente memorable, quince cristianos cayeron muertos en los campos de Yaguacua; y si la despavorida colonia no quedó del todo asolada, lo debió mas á una especial proteccion de Dios que al valor de sus estupefactos defensores.

Para redimirse de tantos males y humillar á su prepotente enemigo, menudeaban los caizeños sus expediciones; pero estas, ó volvíanse inútiles por hallar aquel en los enmarañados bosques una guarida inespugnable, ó servian solo para azuzar su saña y provocarle á mayores fechorías.

La colonia de Villarodrigo, tan alegre y ufana en sus principios, se habia vuelto triste y solitaria: una gran parte de sus vecinos se habian retirado; los pocos que quedaban se disponian ya á abandonar un pueblo, donde tanto daño sufrían sus haciendas, y tanto riesgo sus vidas.

Tal era la situacion de Caiza, y tales eran los tobas en Julio de 1859.

XI.

La Cruz entre los Tobas.

EL sol que habia alumbrado el 24 de Julio de 1860 estaba ya para ocultarse tras la sierra de Aguaragtie.

En las playas del Pilcomayo, allá donde este, salvados ya todos los diques que oponen á su curso los últimos escalones de los Andes, y precipitándose por el salto del Pirapo empieza su tranquila y majestuosa marcha por las inmensas llanuras del Chaco, dos franciscanos levantaban una tosca Cruz, á cuyo alrededor se veian hincados unos grupos de tobas mirando en silencio aquel sagrado madero, cuyo misterio ignoraban.

¿ Como se habia obrado tan maravilloso cambio ? ¿ que fuerza estraña habia domado en tan corto tiempo á esos rebeldes salvajes y atraídoslos á los piés del estandarte de la paz y del amor?... Lo sabremos por el sencillo relato, que en la circunstancia envió á Tarija el misionero de Tarairí, de quien Dios quiso servirse para esta obra de su poder y misericordia ¹.

¹ Está fechado en S. Francisco del Pilcomayo á 17 de Enero de 1861 ; y en el mismo año se publicó por la prensa en Potosí y La Paz.

« Un robo considerable sucedido en los campos inmediatos de Tarairí á mediados de Julio de 1859 me determinó ordenar que fueran nuestros indios á rastrear el robo y á sus autores, espresamente encargándoles no hiciesen daño á alguno, procurando solo recobrar los caballos que acababan de perder. Siguiendo pues los enviados el rastro, arribaron á Imbochi en la márgen oriental del Pilcomayo. Allí sorprendieron á unas cuñas cavando *manjara* (raiz silvestre, parecida á un grueso nabo); y al mismo tiempo pareció en la orilla opuesta un toba, que en vez de huir, dió señales de querer parlamentar. Introdujose en medio de nuestros indios, y despues de haberles declarado que los caballos habian sido robados por un tal Imaca y que se hallaban no muy lejos en el punto de Iguaguina, prometió que si le esperaban hasta el dia siguiente, se ofrecia él mismo de ir á traerlos. Su hija y nieta quedáronse en rehenes. Al dia siguiente nadie pareció. Los taraireños aguardaron aun el otro dia: pero habiéndoseles acabado los avíos, y no faltándoles datos para sospechar algun engaño, volvieron á Tarairí, trayendo á las que habian cogido en la cosecha de las mangaras, y á la hija del toba arriba mencionado. Á esta, que se llamaba *Nuinnangai*, la hize varios agasajos; y por medio de un lenguaraz que habia entre los taraireños la conversé largos ratos, haciéndole ver lo mucho que tenian ellas que padecer por los robos de sus maridos, que eran la única causa de tan larga y dolorosa guerra; y poco á poco me avancé á decirle, que cuando sus parientes lo consintieran, yo no solo me empeñaria por las paces con los cristianos, sino que aun estaba pronto para ir á vivir en medio de ellos y llevarles las ventajas, que por la asistencia del Padre disfrutaban los taraireños, como ella lo estaba viendo. La buena Nuinnangai escuchaba con gusto; y sonriéndose de mis palabras me advertia con sencillez, que no era posible mi existencia entre sus parientes, los cuales naturalmente flojos y no acostumbrados al trabajo, no podian fabricar una casa para mí y para Dios; pero que en cuanto á las paces habia muchos entre ellos, que las deseaban.

« Esta noticia me animó : de nuevo envié á los taraireños en busca de los tobas, despachando con ellos á una de las cautivas, la cual anunciase á sus parientes, que, si devolvian los animales últimamente robados, les haria restituir todas las cautivas; y que si querian entablar algun tratado, viniesen sin miedo á verse conmigo unos dos ó tres capitanes, que yo me ofrecia á mediar las paces con los cristianos. La cautiva cumplió perfectamente con su encargo; y un toba vino á donde estaban acampados los taraireños con la noticia de que la misma tarde llegarían los demás, trayendo los animales robados y con el objeto de tratar las paces. En efecto, ya estaban viniéndose, cuando de repente el escuadron de Villarodrigo bajó al Pilcomayo en espedicion contra los tobas. Estos, que de lejos vieron levantarse la polvareda, rezelosos de algun engaño, se dispersaron en el momento y se perdieron por los bosques, su ordinaria guarida. El comandante del escuadron, habiendo sabido de los taraireños el motivo que los tenia allí, y las buenas disposiciones de los tobas, mandó á buscarlos, convidándoles con promesas de paz. Todo en vano: nadie pareció.

« El escuadron marchó entonces sobre Carandáiti-guasú: allí quedó muerto Imaca, autor del último robo, y se sacaron unos pocos caballos y algunas cuñas. Con esto parecia haberse acabado todo. La pobre Nuinnangai, cuando vió á los de Villarodrigo en Tarairí, tentó y ejecutó la fuga: y vuelta en medio de sus parientes, no les ocultaria sin duda los cariños recibidos del Padre, ni las disposiciones favorables que este tenia respecto de ellos.

« Por Setiembre, unos taraireños fueron á pescar en el Pilcomayo; y seis de ellos, por el interes de mas copiosa pesca, se habian avanzado á donde podia haber riesgo de las asechanzas de los tobas. En efecto; no habian comenzado su pesca, cuando vieron salir de repente á poca distancia una cuadrilla de ellos. Asustados huyeron, ocultándose en el monte: pero, viendo que los tobas, sin cuidarse de perseguirlos, se habian sentado en la playa, recobraron

aliento y salieron de su escondite. Luego que los vieron los tobas, los animaron á acercarse sin miedo, asegurándoles de sus buenas intenciones. En seguida les preguntaron del Padre, y si estaba resentido. Les contestaron, que el Padre tenia otros cuidados, ni sabia meterse en guerras, y que solo deseaba la paz. Entonces los tobas manifestaron su deseo de tratar conmigo.

« Al recibir esta noticia, no perdí tiempo: pasé al rio, acompañado de mis indios. Mandé á algunos de ellos en busca de los tobas, que prometieron presentarse al dia siguiente. Así que supe que venian llenos de miedo y rezelosos, fuí á pié y con solas tres personas á encontrarlos á una buena distancia de donde estábamos acampados. El primero á quien ví fué un viejo llamado Sacuma, macilento como un hermitaño de la Tebaida, casi desnudo, apoyándose en su arco, pues apenas podia andar, porque pocas noches antes el tigre lo habia agarrado y lastimado de un pié en dormido. Le alargué con caridad la mano, que cogió con bárbara delicadeza; é insinuándole los que me acompañaban á besarla, se la acercó á la nariz olfateándola repetidas veces. Luego llegó Chiririi con otros diez ó doce, con los cuales pasaron los mismos cariños. Era una lástima el verlos tan escuálidos, estenuados y desnudos. Traian de intérprete á una tal Machiquita de nacion chiriguana, pero que desde chiquilla vivia entre ellos. Esta pobre india, que se me presentó tan flaca como raiz seca y ataviada con pieles de zorro, ha tenido tanta parte y trabajado con tanto empeño, fidelidad y teson en la reduccion de los tobas, que merece un recuerdo en la historia de nuestras misiones. Los acompañé hasta mi toldo, en donde les convidé maiz tostado y tabaco. Despues que fumaron en su gruesa pipa un buen rato en silencio, entablámos la conversacion que duró bien poco; pues, decian ellos, *los tratados de guerra necesitan de muchas conferencias, pero los de paces se acaban en cuatro palabras*. Protestaron ser inocentes de los robos y asesinatos, que sus parientes del

rio abajo cometian contra los cristianos, y declararon sus deseos de entrar en alianza con estos. De mi parte me ofrecí á mediar eficazmente en las paces, con tal que ellos se abstuviesen de hacer daños. Chiririi, que figuraba como capitán, me rogó parase hasta el otro día, pues queria regalarme con la pesca de sus soldados: mas, como la misión de Tarairí quedaba sola, me escusé agradeciéndole sus cariños.

« Se habia puesto el sol, y de repente ví entrar desaladamente á dos tobas en mi toldo, diciéndome que por la noche iban á llegar muchos de sus parientes, los cuales, sabiendo el objeto de mi venida al rio, querian verme y hablarme. Rezelé de algun engaño; sin embargo condescendí en aguardarlos hasta el otro día. En efecto, por la mañana se habia juntado un crecido número: todos me protestaban su inocencia (en lo que mentian sin duda), me manifestaban sus deseos de paz y alianza, me daban unos abrazos crueles, hacíanme grandísimas fiestas; y especialmente los mozos quedaban largo rato delante de mi toldo sin apartar los ojos de mí. Luego, para manifestarme su cariño, se echaron al rio haciendo allí lindas pruebas de habilidad y destreza; y á poco rato depositaron á mis piés los copiosos productos de su pesca. En retorno les di maíz y tabaco; y deshice mi toldo de jergas apolilladas para regalar á los principales de entre ellos, pues no tenia mas que darles. Ellos se quedaron contentísimos, no se hartaban de llamarme con el nombre de padre, de protestar que se reconocian ya por mis hijos, y repetian sus apretones de manos y abrazos. No menos contento me restituí yo a mi misión, dando parte de lo sucedido al R. P. Prefecto, que era el P. José Giannelli, y se hallaba á la sazón en Chimeo.

« Este al recibir la fausta noticia ofició inmediatamente al Sr. Jefe del distrito D. Francisco Carmona, quien juntó todos los escuadrones de la provincia, y con ellos al espirar de Octubre bajó al Pilcomayo. En su compañía, y como principal mediador de las paces vino el mismo P. Prefecto

con un buen número de indios de las misiones de Itau, Chimeo y Aguiarenda.

« Los tobas, acostumbrados á tratar con un pobre fraile, que veian no tenia otras armas sino un Crucifijo y un breviario, á vista de tanta gente con flechas, lanzas y fusiles, rezelosos y tímidos como son, se dieron por la noche á la fuga, sin hacer caso de los preventivos avisos que se les habian comunicado. Esto puso en consternacion al P. Prefecto, quien me encargó fuese á reanimar y traer á los fugitivos, como lo verifiqué acompañado de unos seis ó siete indios. Y si bien las rancherías de los tobas estaban abandonadas, sin embargo por medio de la fiel Machiquita y su marido conseguí dar con el capitan Chiririi y demás que se habian dispersado, y llevarlos á la presencia del Sr. Jefe, quien los recibió con demostraciones de particular afecto. En seguida, llegaron los capitanes Tasii, Cosiyaiqui, Maquii, Sucachi, Tucuiya, Otenaiqui y los demás que deseaban entrar en alianza. Luego se comenzaron los tratados de paz, y felizmente se concluyeron con plena satisfaccion de una y otra parte, el 31 de Octubre de 1859.

« Una larga esperiencia empero habia demostrado, que los tobas tienen la misma facilidad para tratar de paces, como para quebrantarlas. No era esta la primera vez que se hacian tratados con ellos; y así los cristianos del distrito, como los taraireños no dejaron de declarar, que muy poco confiaban en los que se acababan de concluir. Un hecho funesto confirmó su desconfianza. El 29 de Noviembre, se hallaban ocho taraireños en el Pilcomayo, ocupados en sus pescas. Sobrevino un gran número de tobas con demostraciones de amistad; nuestros chiriguanos no pudieron rezelar algun engaño: pero, cuando aquellos los vieron mas descuidados, se les echaron improvisamente encima, mataron á dos, y los otros seis apenas tuvieron como favorecerse zambulléndose en el rio, resultando dos de ellos heridos. Al dia siguiente, al recibir la noticia de tan pérfida traicion, la consternacion fué general en Tarairí: los parientes de

los muertos reclamaban venganza; los demás me echaban en cara mi pertinacia en no haber querido creer la inconstancia y genio traicionero de los tobas, que tantas veces me habian ponderado.

« Estuvimos para desmayar. Apenas nos quedaba un hilo tenuísimo de esperanza: pues, ¿ no podian haber sido los tobas del rio abajo, que no habian participado del parlamento?... Los tarairiños que se habian salvado declaraban que eran tobas desconocidos, á pesar de que uno de los heridos porfiaba en decir, que entre ellos habia visto á Chiririi, á Sacuma y á otros de los últimos aliados. Propuse á los indios hacer la última tentativa; y era, que fuesen á los pueblos de Chiririi para que, si los encontrasen desocupados, pudiésemos tener un dato de que él y sus compañeros podian ser cómplices en el delito. Fueron; y luego que estuvieron á la vista de las rancherías situadas en la opuesta banda, los tobas, y primero la Machiquita, se echaron al rio para encontrarlos. Declararon que ni habian sabido siquiera tal hecho; y á la verdad los alevosos habian tomado un camino apartado, como lo manifestaban los rastros.

« Chiririi y Machiquita vinieron á visitarme en Tarairí para comprobarme su inocencia y fidelidad. Yo los despaché al P. Prefecto en Chimeo, y este al Sor. Jefe en San Luis, quien los animó al perfecto cumplimiento de los tratados, y les encargó la vindicacion de un crimen tan atroz. Por Navidad estuvieron de vuelta; y no juzgándose ya seguros en sus pueblos del rio, fijaron su domicilio en Tarairí. Poco á poco los fueron imitando los demás aliados, y se juntó en la mision un número considerable. Los deseos constantes que ellos mostraban de vivir en compañía del Padre, su aficion al Pilcomayo que los surte de víveres en gran copia, la dificultad de gobernarlos é instruirlos en Tarairí, inspiró el pensamiento de fundarles una particular mision en estas orillas, y para el caso se recabaron las licencias necesarias.

« El dia 24 de Julio (1860), consagrado á la memoria

del grande Apóstol de estas Indias S. Francisco Solano, yo y el P. Marino acompañados de unos pocos taraireños, destinados á trabajar en la construccion del nuevo pueblo, bajámos á estas playas. Inmediatamente mandámos cortar un alto pino, de que formámos una rústica cruz; y despues de haberla bendecido segun rito, la levantámos, y postrados en tierra la adorámos y besámos. En seguida la adoraron y besaron, de dos en dos, los neófitos taraireños; y con la misma formalidad se acercaron despues el mayor número de los neo-conquistados; siendo un espectáculo conmoviente el ver entre ellos distinguirse la pequeña hija de Machiquita, que fué la primera en grabar un tierno beso en aquel estandarte sagrado, y á esos hombres, rebeldes siempre á todo principio de sujecion, doblar sus soberbias y agrestes rodillas en acto de adoracion y homenaje á la señal de nuestra redencion. Al pié de esta, revestido de las insignias sacerdotales, hize un solemne conjuro á los demonios para que desocupasen estos lugares, que desde tantos siglos poseian impunemente, y no pusieran embarazos á la obra del Señor.

« Luego se dió principio á una pequeña casita que sirviese de capilla provisional; y el domingo 5 de Agosto, dedicado á nuestra Señora de las Nieves, canté la primera misa con la asistencia del P. Marino, que de Tarairí habia traído la música y lo demás necesario para dar el posible realze á la religiosa funcion. Un viva á la Reina de los Àngeles, el hermoso *Salve Sancta Parens* fué el primer cántico, que resonara en estas playas incultas; y luego fué seguido del anuncio solemne de *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*. Á los pocos instantes, el Redentor del mundo bajaba por la primera vez sacramentalmente á esta chozita de cañas, bajo un techo de paja. El cáliz de salud, la sangre del Cordero sin mancilla que quita los pecados del mundo, se ofrecia al Eterno Padre entre los alegres hosannas de los neófitos taraireños.

« Ya un número crecido de tobas se ha congregado bajo la sombra del árbol santo de la libertad verdadera; y una esperanza bien fundada nos acompaña de que se aumentará cada día mas. Nuestras esperanzas para el porvenir se fundan en los sucesos pasados. En ellos no ha tenido parte alguna la mano del hombre: adoremos los secretos de la Providencia, y repitamos: *Digitus Dei est hic*. Cuando menos lo pensábamos, cuando ya los vecinos de Villarodrigo reconocían la insuficiencia de sus armas, y cansados, aburridos pensaban en abandonar á un pueblo que no podían defender; los tobas, esos temidos hijos de los bosques, por un movimiento imprevisto y espontáneo hacen las paces; y las buscan en un humilde ministro del Dios de la paz. Embarazos pequeños en la apariencia, pero grandes para los que conocen la mutabilidad y el genio rezeloso y desconfiado de los tobas, procuran estorbar la obra desde sus principios; pero desaparecen, se vencen con la mayor suavidad. Los tobas, que se huyen y dispersan á la aparición de armas y armados, se entregan gustosos á un inerte y débil misionero. Al fin, el trofeo de la Cruz se levanta sobre las arenas del soberbio Pilcomayo, y ellos corren á abrigarse bajo su sombra. Es pues esta una obra exclusiva de aquella mano poderosa, que gobierna los corazones aun mas bárbaros de los hombres y los muda á su placer. Adorémosla, y esperemos nuevos prodigios: ella no se ha abreviado. Una multitud inmensa de tribus salvajes de diferentes costumbres, de distintos idiomas, que hasta ahora han quedado privadas de la bella luz de la fe y sepultadas en la mas espantosa barbarie, entrarán en el seno de la Iglesia, participarán de los beneficios de la civilización ». Hasta aquí la relación del misionero.

La misión quedó dedicada á S. Francisco Solano, en cuyo día se había inaugurado con la erección de la Cruz, y á quien, algunos días después, el sorteo dió la preferencia sobre los otros tres patronos, que el P. Prefecto había elegido. Se situó sobre una alta barranca de amenísima

perspectiva, en una espaciosa meseta, que los chiriguanos llaman *Angüarenda*, al pié de unas pequeñas lomas, que los mismos con mucha propiedad llaman *Itacurüiti*, o sea *Cúmulo de guijarros*¹.

Desde los primeros dias de la fundacion, para la seguridad y defensa de la naciente colonia se habia construido un fortin de treinta varas cuadradas, con sus respectivos cubos; de los cuales uno servia para vivienda del misionero, y el otro para oratorio: y para el resguardo y auxilio del Padre en su azarosa situacion y empresa habian emigrado á la nueva mision siete familias de las mas leales entre las taraireñas. Poco despues, se emprendió la fábrica de una iglesia no muy grande (17 m. de largo y 6 de ancho), pero bonita, en la cual trabajaron con entusiasmo, y casi exclusivamente, los tobas. Llevada á término, se resolvió estrenarla el dia en que la Iglesia celebra el fausto aniversario de la manifestacion del Redentor á los gentiles. Por tanto, el 6 de Enero de 1862 fué bendecida segun rito por el P. prefecto Fr. José Giannelli; y esta funcion fué precedida y acompañada casi con la misma solemnidad y regocijo público, que el estreno ya referido de la iglesia de Tarairí.

El misionero, cuya relacion hemos insertado arriba, no se habia equivocado en sus previsiones. Cada dia iban agregándose á la mision nuevos tobas; y hasta los mas ariscos y rebeldes, que poblaban las márgenes mas bajas del Pilcomayo, enviaban mensajes prometiendo cesar de sus robos y maldades, y entregarse al paternal gobierno del misionero.

¹ Es notable que varios cúmulos de tales guijarros, del todo idénticos á los del lecho del rio, se hallan de trecho en trecho hasta una distancia de dos á tres leguas de sus orillas occidentales. Los tobas llaman *Coadisatti* (*pedrizcal*) el lugar ocupado por la mision, á causa de las muchas y gruesas piedras por las cuales arrastra allí sus aguas el rio. — S. Francisco está en los 21° 16' lat. S. y 64° 40' 17" long. de Paris. La altura del rio es algo menos de 400 metros sobre el nivel del mar.

Incorporáronse tambien muchas familias de noctenes. Los chorotis, clavados, como se ha dicho, en medio del territorio de los tobas, salieron espontáneamente de sus bosques; y en tropas entraban ya en Tarairí, ya en S. Francisco, manifestando simpatías para los misioneros y deseos de tenerlos en su país. Los tapietes, tribus inquietas y belicosas, rayanas de las referidas, lejos de hostilizar el nuevo establecimiento, como se rezelaba, enviaron protestas de paz y promesas de alianza¹. En suma, entre todos los salvajes vecinos del Pilcomayo se habia escitado un entusiasmo vivísimo para los Padres, quienes cada dia recibian nuevos consuelos y concebían mayores esperanzas.

Consuelo aun mayor y mayores esperanzas daban los tobas reunidos en S. Francisco. Dóciles á las exhortaciones del Padre, habian formado ya su pueblo, no de barracas desordenadas á su moda, sino de ranchos cómodos, decentes y alineados, como y mejor que los chiriguano. Con igual docilidad, venciendo los hábitos de haraganería en que se habian criado, habian hecho grandes rozas y sembrado hermosos maizales. Con esto, y otras legumbres y animales domésticos, que aprendieron á cultivar y criar, empezaron á alimentarse con comidas mas humanas de las que usaban en su antiguo estado errático. Para avezarlos á la vida social y política se instituyeron algunos alcaldes, escogidos de entre ellos mismos; y todos en general se prestaban gustosamente á cuantos servicios ocurrían para el bien y utilidad pública. En su trato con el Padre y con los que llegaban

¹ Los noctenes, fraccion de la nacion mataka ó mataguaya, habitan la ribera derecha del Pilcomayo. Están en continua comunicacion con los tobas, de quienes solo el rio los divide, y en los robos de Caiza procedieron de mancomun. — Los chorotis se distinguen de los tobas y noctenes por el idioma, y por su genio mas pacífico y menos holgazan. — Los tapietes hablan la lengua de los chiriguano, de quienes deben traer origen. Conservando algunos usos de estos, adoptaron otros de los tobas, con cuyo territorio colindan por el S. E.

á la mision, se demostraban siempre afables, cariñosos, liberales. Era una gloria para ellos el depositar casi cotidianamente parte de su pesca y cosecha de frutas silvestres á los piés del misionero, sin que este se lo pidiera ni lo deseara. Aun en los terribles meses de sus borracheras, cuando se ponen mas feroces que bestias, armando aun entre sí sangrientas reyertas, no manifestaron jamás animosidad alguna contra el Padre; por el contrario, mayor respeto y cariño que nunca. En una palabra, cada dia iban dando muestras de mayor afecto al misionero, de mayor empeño para el trabajo, y desplegando mejores disposiciones para entrar al goce de la civilizacion cristiana. De este modo la paz, la alegría, el contento reinaban en S. Francisco.

De igual tranquilidad disfrutaban los colonos y comarcanos de Villarodrigo, libres ya de riesgos y sustos.

Mas, ¡ay que á estos dias de serenidad y bienandanza debian suceder otros tormentosos y tristísimos! Las hermosas esperanzas, que daban los tobas, habian de secarse en flor, sin producir fruto alguno!

En 1862 malogróronse las cosechas en Tarairí y San Francisco. Los indios de ambas misiones, acosados por el hambre, se dispersaron unos por los pueblos comarcanos, otros por los bosques en busca de víveres. En S. Francisco apenas quedaban unas cien personas, comprendidas las mujeres y niños; y aun estas no paraban fijamente. Llegó esta noticia á Guacaya; y con ella resucitó en aquellas implacables tribus la antigua ojeriza contra los misioneros, y pensaron haber llegado el momento de desahogarla. El Padre estaba indefenso y casi solo en S. Francisco; no costaba dificultad matarlo, robar todo lo que se encontrase, destruir la mision. Con este propósito el cacique Arobia, acompañado de una pandilla de guacayefios, cueveños y machareteños, bajó al Pilcomayo, y atrayendo á su partido á algunos tapietes y tobas, logró levantar una tropa de 300 á 400 asesinos, que marcharon ufanos rio arriba, contando con la victoria y un botin seguro. Por la tarde del 4 de Octubre,

llegaron á un palmar distante como tres leguas de la mision. Casi simultáneamente habian bajado al mismo paraje unos taraireños, obligados por el hambre á mendigarse algun pescado de unos tobas amigos, rancheados allí. Sobre esos inocentes se lanzó furiosa aquella canalla: mató á cuatro hombres, apresó á cinco mujeres y dos niños. Los tobas amigos, algunos de los cuales habian vivido en S. Francisco, mal de su grado tuvieron que pasarse á las filas de los foragidos, quienes siguiendo su marcha acamparon en Iguopéti, á una legua de la mision. Dos de los taraireños, habiendo podido escabullirse por entre los matorrales, corrieron á dar aviso al misionero.

Grande fué la consternacion de este y de todos á tan temerosa é inesperada noticia. Las pocas familias que habian quedado, se refugiaron luego con sus pobres trastos al fortin. No se pegó ojo aquella noche: á cualquiera rumorcillo, que se suscitaba en el bosque vecino, se levantaba el grito y el llanto de las mujeres y niños.

À la verdad, peligrosísima y casi desesperada era la situacion. No llegaban á veinte los indios útiles á la defensa; y solo tres ó cuatro de ellos sabian manejar armas de fuego. Estas casi inservibles; la municion escasísima. La suma paz que se habia disfrutado hasta entonces, la ninguna sospecha de que pudiese suceder algun levantamiento en la mision ó fuera de ella, habia causado aquel descuido, no por cierto escusable.

El misionero mandó sacar los ornamentos y utensilios sagrados de la iglesia, para que si por desgracia esta quedase quemada, como se temia, se salvaran aquellos. Arregló como pudo las armas y la municion; consoló y animó á los indios, y se entregó á la Providencia.

Apenas despuntaba el dia 5 de Octubre (en que se celebraba la fiesta de nuestra Señora del Rosario), cuando la playa frontera á la mision pareció cubierta de enemigos. De entre ellos se destacaron unos siete de á pié, y otros tantos de á caballo. Estos se dirigieron al pueblo

con tizones para incendiarlo; aquellos al fortin con hachas y estacas para derribarlo. Unos catorce de nuestros flecheros defendian el paso: dos hacian fuego desde los cubos. Se armó la lid. Dardos y piedras llovian dentro del fuerte: dos flechas, arrojadas por una mano instruida, fueron á clavarse en los umbrales del cubo, donde vivia el misionero.

Y entre tanto ¿que hacia el grueso de los enemigos? Quedaban de espectadores en la playa. Si se hubiesen acercado, si hubiesen rodeado el fortin, ¿que resistencia hubieran podido oponer unos veinte hombres á casi cuatrocientos? quien los tenia como encantados en la arena? No trepidamos en afirmarlo: — una mano invisible.

Media hora duró el combate, y la agonía de los que estaban en el fuerte. La cuadrilla de enemigos, que se habia aproximado, volvió improvisamente las espaldas, dejando rastros de sangre. La bandada de espectadores, que estaba en la playa, desapareció.

De la mision solos dos quedaron levísimamente heridos. Quedaron tambien quemados siete ranchos y una buena parte del seto contiguo al fortin, de donde se comunicó el fuego al techo de un cubo, averiando algunas provisiones guardadas en él. La iglesia, aunque techada con paja y en medio de los ranchos quemados, quedó ilesa; y pocas horas despues, el misionero, rodeado de sus catecúmenos, ofrecia en ella el sacrificio eucarístico al Dios de las batallas y de las victorias.

El sumo peligro que habia corrido la vida del misionero y la existencia de la mision en el lance que acabamos de referir, los indicios de poca constancia y lealtad que en él habian dado los tobas, inspiraron el pensamiento de agregar un mayor número de chiriguano al muy pequeño que se habia situado en S. Francisco á la época de su fundacion. Fueron pues invitadas unas cincuenta familias tarairafias, las cuales correspondieron muy gustosas á la invitacion, tanto mas que su perpetua desavenencia

con los ipeños domiciliados en Tarairí, causada por el recuerdo de hechos antiguos, las tenía descontentas en aquella misión.

Este aumento de población chiriguana en S. Francisco, oportuno y quizás necesario en la circunstancia, si aseguró la conservación del establecimiento, influyó no poco en el malogro de la reducción de los tobas, como á su tiempo diremos.

XII.

Bella Esperanza.

DIAS de sustos y tristeza sucedieron á la peligrosa invasion en San Francisco. Esta mision y la de Tarairí se veian espuestas á las hostilidades de las hordas chiriguanas del N., en cuyas venas habia vuelto á hervir el antiguo furor de perseguir las misiones. En los últimos dias de 1862 tentaron invadir la de Tarairí, pero con tan desgraciado éxito, que mas de diez quedaron en el campo ¹.

¹ El grueso de la tropa invasora se componia de machareteños y cueveños. Al acercarse á Tarairí, toparon en la quebrada de Camatindi con dos cristianos, Celestino Baldivieso y su hijo Doroteo, quenes se precipitaron á la fuga. En Taivate fueron alcanzados, y acabados á lanzazos. Celestino, práctico en el idioma y genio de los indios, fué uno de los auxiliares mas activos y útiles en las tentativas de navegacion del Pilcomayo emprendidas por Magariños y Van-Hivel; fué el intérprete y ángel de guarda de Mr. Weddell en su arriesgado viaje á esta frontera hasta Camatindi; y sirvió finalmente muchos años con fidelidad y amor las misiones de Tarairí y S. Francisco. Nos complacemos en dejar estampado en nuestra historia el nombre de este pobre, rudo y oscuro labrador, que sin interes, sin boato y sin recompensa, prestó á la nacion servicios harto mas importantes, que los de muchos que parecen rebosar patriotismo.

Hemos visto ya como algunos de los tobas amigos, habian tomado parte en el asalto de S. Francisco. Otros, que á la sazón se hallaban en Caiza, Caraparí y otros puntos, temerosos de que pudiese recaer sobre ellos el castigo de la alevosía de sus compatriotas, en lugar de volver á la mision, refugiáronse á sus antiguas guaridas. Los noctenes, aun mas pusilánimes y desconfiados, temiendo donde no habia que temer, se partieron disimuladamente de San Francisco, y fueron á ocultarse en los bosques del rio abajo.

Estos males afligian el corazon de los misioneros, y en especial él del celoso P. Giannelli, quien seguia, con el cargo de Prefecto, gobernando las misiones. Despues de haber asegurado la de S. Francisco con la inmigracion de tarairiños ya referida, dirigió sus miras á reunir á los tobas y noctenes que andaban descarriados. Y no tardó en presentársele una ocasion oportuna.

La suma paz, que desde la fundacion de S. Francisco gozaban los colonos de Villarodrigo, les habia permitido poblar de ganados los feraces campos que se estienden desde Caiza hasta el Pilcomayo; y deseosos de ensanchar siempre mas sus posesiones, solicitaron del Gobierno el permiso para efectuar su antiguo y acariciado proyecto de poner un fuerte en aquel punto de las márgenes de dicho rio, que desde la expedicion de Magariños llevaba el nombre de *Bella-Esperanza*¹.

Jefe del departamento de Tarija era en aquella fecha el general D. Celedonio Ávila, quien no solo condescendió gustoso á la peticion de los caizeños, sino que deseando, como buen cristiano, que á la conquista material de los

¹ Se le denominó tambien *Puerto Magariños*, porque desde allí emprendió su navegacion el General de este apellido, la que fracasó á corta distancia. Con mas precision los chiriguano le han dado el nombre de *Taringuiti*, por estar todo aquel trecho muy poblado de aquellos enormes cactus, verdaderos candelabros del desierto, que ellos llaman *Taringui*. Por el mismo motivo los tobas lo designan con el nombre de *Lagarikagallani*.

terrenos se juntase la espiritual de sus antiguos habitantes, el 7 de Enero de 1863 ofició espontáneamente á nuestro P. Prefecto, convidándole á establecer junto al nuevo fuerte una mision conversora. Para ello prometia coadyuvar con los recursos convenientes; promesa que cumplió generosamente¹.

La inesperada invitacion favorecia admirablemente los proyectos del P. Giannelli. Corrió sin tardanza á Tarija para concertar la empresa: y allí recibió otra nueva comision, que no favorecia menos sus planes; la de acompañar como pacificador la expedicion esploradora del rio Pilcomayo, que estaba organizándose por el mismo General.

Para realizar las dos dificiles empresas, que iban á acometerse al mismo tiempo, hubo que movilizar todos los escuadrones de la provincia (entonces de Salinas, hoy del Chaco), agregándose á ellos los indios de nuestras misiones de Itau, Chimeo y Aguiarrenda, con los aliados de Yacuiva é Itiyuru. Jefe de todos el coronel Andres Rivas.

Reunida ya toda la tropa expedicionaria en Caiza, el 31 de Julio, despues de haber asistido á la misa solemnemente cantada per el P. José, se puso en marcha entre los festivos aplausos de todo el pueblo, repiques y salvas. Dos dias despues hacia alto en Bella-Esperanza.

Sin demora toda la gente se aplicó á la construccion del nuevo fuerte: y mientras los unos arrasaban la montaña y formaban trincheras, los otros cavaban cimientos, levantaban tapias, amasaban adobes, cortaban maderas, conducian materiales. En pocos dias, como por encanto, en el solitario páramo de *Taringuiti* se vió surgir un hermoso fortin de 47 m. cuadrados, con sus respectivos cubos ó torrejones altos, sólidos y cómodos.

¹ Este ilustre militar, tan valiente como piadoso, no solo influyó directamente en el establecimiento de esta mision, sino que en toda ocasion favoreció siempre con tanta generosidad y empeño todas las demás, que merece se perpetúe en la historia de ellas este pequeño recuerdo de gratitud.

¡Que contraste entre el estruendo y aparato con que se inauguró el fuerte de Bella-Esperanza, y el humilde y modesto silencio con que se había enarbolado la Cruz en Tarairí y S. Francisco! Para esto no se armaron escuadrones, ni se impusieron contribuciones, ni gastó el Estado un centavo: para aquello se puso en movimiento toda una provincia; la mayor parte de sus vecinos se vió forzada, no solo al servicio personal, sino á contribuir con reses, granos, acémilas, aparejos, herramientas; y el Gobierno tuvo que gastar ingentes sumas. Téngase presente esta reflexion, para apreciar mejor los resultados de una y otra empresa, y la lamentada inutilidad de las misiones.

Mientras iban levantándose las tapias del nuevo fortin, el P. José estaba impaciente por lanzarse rio abajo á fin de explorar no tanto la profundidad de sus aguas y las condiciones de sus riberas, como las disposiciones de sus habitantes, y hacerles oír la palabra del amor. Licenciado finalmente por el coronel Rivas, el 24 de Agosto se puso en movimiento con 150 hombres, bajo las órdenes del coronel Cornelio Rios.

Despues de una pesada y penosa marcha de catorce dias, en que calcularon haber andado unas cincuenta y nueve leguas, llegaron á Piquirenda en la márgen oriental¹. Allí encontraron á algunos de los naturales (*Güisnais*,

¹ De la relacion impresa, que mas abajo citaremos, resulta que la expedicion anduvo 67.leguas: pero en la autógrafa, de que usamos, se cuentan solo 59. Creemos que esto es mas exacto. En la misma relacion se lee *Yuquirenda* en vez de *Piquirenda*, quizás por un error de imprenta. Los expedicionarios bautizaron ese punto con el nombre de *Bella-Aurora*, á causa de la deliciosa alborada de que disfrutaron en el día de su permanencia allí. — Algunos kilómetros mas arriba de Piquirenda, cayeron victimas de los salvajes el ilustre explorador frances Mr. Crevaux y sus heroicos compañeros. Desgracia fatal, que nunca deploraremos bastante, especialmente nosotros los misioneros de Tarija, que fuimos tan honrados por las simpatías de ese sabio y virtuoso viajero.

fraccion de la nacion mataka, y casi idénticos á los noctenes), vestidos de paño extranjero, traído, segun ellos decian, de una hacienda adonde solian ir á trabajar, y que solo distaba cuatro jornadas. Este dato, que parecia seguro, de la proximidad de las poblaciones cristianas, llenó de consuelo al P. Giannelli, que deseaba visitar todas la tribus diseminadas á lo largo de las orillas del Pilcomayo hasta su desemboque en el Paraguay.

Al otro dia, un acontecimiento inesperado disipó sus bellas esperanzas. Una numerosa hueste de salvajes apareció en la banda occidental de Piquirenda. Armados de flechas y lanzas, los rostros y brazos pintados de carbon, las cabezas cubiertas con plumas, los pechos con cotas de cuero; todo indicaba sus disposiciones hostiles. En vano se les convidó á parlamento; en vano se les quiso regalar: en tropillas recorrían la playa, como disponiéndose á un ataque.

Un cacique chorote, por nombre Camaan, que iba acompañando la expedicion, dió á entender que el alboroto de esos indígenas se originaba del rezelo que habian concebido de que, de acuerdo con los gauchos, querian los nuestros perseguirlos hasta el Paraguay. La sospecha se fundaba en unas correrías hostiles que los argentinos habian practicado, pocos meses antes, en la márgen occidental. — Hubo quien pensó, y no sin motivo, que algunos de los expedicionarios, empeñados en retroceder, habian echado furtivamente esa alarma entre los indígenas, provocándolos al levantamiento.

Como quiera que fuese, lo cierto es que aquella aparicion enemiga dió el golpe de gracia á nuestros expedicionarios, que casi todos venian descontentos, inquietos y amenazando á cada paso de desertar. En aquel momento todos se negaron á ir mas lejos, y unánimemente se resolvió la retirada.

La mañana del 9 de Setiembre, el P. José desconsolado y violento retrocedia, porque no halló quien quisiese seguirle.

Pero, antes de abandonar Piquirenda, escribió una nota al Sr. Obispo del Paraguay, participándole su empresa, el objeto de ella, y los motivos que le impedían llevarla á cabo. Un pariente de Camaan se encargó de llevar la carta. Esta fué recibida y contestada; pero la contestacion desgraciadamente se perdió en la travesía de Aguairenda á Bella-Esperanza¹.

Mas, aunque quedase frustrado el fin de la expedicion, la mision del P. José estaba cumplida; sus proyectos realizados. En su excursion desde Bella-Esperanza á Piquirenda, habia visitado una por una todas las tribus y familias dispersas por aquellas riberas, y las dejaba pacificadas y contentas. Los tobas insurrectos y los noctenes fugitivos quedaban reconquistados; otros muchos de una y otra nacion comprometidos á agregarse ó á la mision de S. Francisco, ó á la que iba á establecerse en Bella-Esperanza; y finalmente los chorotis deseosos de recibir en su pais á un evangelizador de la salud.

Cuando el P. José entró al primer pueblo de estos últimos, situado á corta distancia de Cavayurepoti, á la orilla de una estensa laguna, vió cien flechas apuntadas á su pecho por aquellos sencillos salvajes, sorprendidos de ver turbada su pacífica morada por esa avenida de gente armada. Mas, cuando oyeron de la boca del mismo las suaves palabras de *Compañeros, Hermanos*, se les cayeron de las manos los arcos, trocando luego en manifestaciones de regocijo los amagos de guerra. Desprendióse entonces de en medio de aquella turba alborozada una larga fila de mujeres, que

¹ En un folleto impreso en Sucre (Mayo 27 de 1877, Tipografia Colon), y rotulado *Compania nacional constructora de vias carreteras, etc.* se inserta entera la relacion del viaje de exploracion del rio Pilcomayo, escrita por el mismo P. Giannelli á instancias del Sr. D. Eduardo Cuellar. Nosotros, sin atenernos á ella, hemos reducido á pocos renglones la larga relacion autógrafa del mismo Padre, que se guarda en el archivo de misiones, y que hemos tenido sobre nuestra mesa al describir este período de nuestra historia.

rodeó al Padre; y dos de ellas, aferrando las bridas de la montura, le hicieron dar tres vueltas al rededor del pueblo, siguiéndole las demás con bailes y cantos. Luego lo hicieron sentar en el mejor asiento que tenían en la plaza (el tronco de un viejo algarrobo), y todas ellas, una por una, depositaron á sus piés el mas rico presente que su pobreza les permitia, un pez soasado. Tal fué el recibimiento, con que honraron los chorotis al primer mensajero de la Cruz, que entrara á su pueblo. ¿Cuándo este árbol de la redencion estenderá sus brazos en medio de aquellas desgraciadas tribus, para cobijarlas bajo su sombra salvadora?

Historiadores de las conquistas espirituales de nuestros misioneros, no nos detendremos en numerar las ventajas materiales, que resultaron de la espedicion que acabamos de referir¹. Bolivia las reconoció; y el Supremo Jefe de la República, en un oficio al general Ávila de 24 de Noviembre de 1863, escribia estas palabras: *El Gobierno se complace en reconocer que el R. P. Fr. José Giannelli, que tuvo la bondad de asociarse á la empresa del Pilcomayo, ha rendido un importante servicio á Bolivia; y en esta virtud encarga á V. G. se sirva espresar á tan distinguido religioso una accion de gracias que el Gobierno le tributa á nombre de la Nacion.*

¹ Esta espedicion avanzó mas que ninguna de las que partieron de la region superior del Pilcomayo. De la de Crevaux hemos dicho ya: la del general Magariños bajó apenas algunas millas, y la de Van-Hivel llegó á Cava-yurepoti, recorriendo cuando mas la distancia de unas cuarenta leguas.

XIII.

Mision de S. Antonio.

EL 20 de Setiembre, el P. Giannelli estaba de regreso en Bella-Esperanza. Alojóse interinamente en un cubo del fortin, que ya estaba concluido; en otro, aderezado con la decencia posible, celebraba el santo sacrificio. Entre tanto los terrenos ganados se repartian entre los nuevos colonos, que lo fueron puramente nominales, porque ni uno de ellos se domicilió en la nueva colonia. Único que fijó en ella su residencia fué el misionero, acompañado de algunas familias de noctenes; quedando señalada para su localizacion, á no mucha distancia del fortin, un área cuadrada de quinientos metros. Mezquina asignacion por cierto, si se reflexiona que en aquella superficie debia situarse una poblacion, que aunque reducida en aquellos principios, habia esperanzas y probabilidades de que podia aumentarse mucho. Además, habia de construirse en la misma una iglesia, y la habitacion de los misioneros, con las huertas y oficinas necesarias y útiles al progreso del establecimiento. Sin embargo, el misionero, que no codiciaba tierras sino almas, se contentó con aquel miserable retazo, y procuró desde luego aprovecharlo.

Mandó fabricar de tapias una habitacion bastante espaciosa y cómoda; junto á ella un oratorio devoto, aseado y provisto de lo necesario. Este estaba dedicado al glorioso Taumaturgo de Padua, elegido en patrono de la mision. En frente de estos edificios se cerró igualmente con tapias un patio no pequeño, que podia servir de asilo á las familias indígenas en caso de algun imprevisto ataque de los salvajes, que era muy para temerse¹.

Á la espalda de estos fabricados, se formó una gran huerta defendida por un seto vivo de sacharosas, y surtida de un pozo; en la cual el industrioso misionero plantó naranjos, limoneros, cidros, chirimoyos, bananos, caña dulce, mandioca, maní y cuanta semilla pudo obtener. Mas, inútiles fueron sus esfuerzos; porque el terreno salitroso, las aguas salobres del pozo, la escasez é insuficiencia de las del cielo nada dejaron medrar; y en dos años no pudo recogerse un grano de maiz, ni lograrse una hoja de verduras.

Esta infertilidad del terreno contristaba no poco al misionero; pues imposibilitaba el adelanto material del establecimiento; pero, harto mas lo afligia la moral de sus indios. En la opuesta banda del rio se habian poblado unos cuantos tobas, diciéndose amigos de los blancos y del misionero, sin querer empero agregarse á la mision. En esta solo se habian domiciliado unos cien noctenes con el interes de disfrutar de las conveniencias que les proporcionaba la compañía del Padre, y sin disposicion alguna para sujetarse á su gobierno. Exhortábalos este continuamente á hacer sus rozas, para procurarse un alimento mas decente y seguro del que les ofrecian el rio y los bosques: pero ellos friamente se escusaban, no tanto por la esterilidad de la tierra, como por el supersticioso miedo de que el dueño, como ellos lo llamaban, ó sea el genio tutelar de la mon-

¹ La habitacion compuesta de tres cuartos tenia 17, 40 m. de longitud: el oratorio 8 m. de largo, y 5, 36 de ancho. El patio era un cuadrilongo largo 45, 65 m., y ancho 22.

taña se irritaria y tomaria venganza, si osasen destruirla para sembrar en ella.

Mas terca era la resistencia, con que de todos modos se oponian á que se administrase el bautismo á sus criaturas en el artículo de la muerte; fruto único, que de aquel inculto terreno pretendia sacar el misionero en aquellos principios. Su celo con grandes trabajos pudo conseguir en el primer año enviar al cielo á dos criaturas; en el segundo, á una sola. No se resistian del mismo modo, pero tampoco se empeñaban en que á sus chicos se enseñase la doctrina cristiana. Procuraba el Padre atraerlos con mil cariños y continuos regalitos, y todas las tardes íbase á sus chozas para convidarlos y reunirlos. Apenas unos siete ú ocho lo seguian; y á estos, para que la instruccion les fuese menos enfadosa y mas divertida, se les hacia en la playa del rio, interpolándola con algun canto religioso y juego inocente.

Si la esterilidad de la tierra y la de los noctenes afligian el corazon del misionero, colmaban su amargura los mismos que hubieran debido consolarlo, los pocos cristianos que componian la guarnicion del fortin. Corramos un velo sobre esto: pues nuestra pluma, que se complace en referir los gloriosos trabajos de los apóstoles de la Cruz, repugna á relatar las ruindades de los enemigos de ella.

Habian trascurrido mas de dos años. Á duras penas, nuestros misioneros habian podido conservar en Bella-Esperanza á un reducido número de indígenas, ayudándoles casi diariamente, ya con algunas mazorcas de maiz que con no pequeño gasto hacian venir de Villarodrigo, ya con alguna racioncilla de chañar ú otras frutas silvestres que providamente mandaban acopiar y entrojarse á su tiempo. Mas, era imposible continuar. Los mismos noctenes lo comprendian, y se presentaron un dia al Padre, rogándole seriamente los sacase de aquel estéril desierto y trasladase á paraje menos ingrato, en donde ofrecian aplicarse al cultivo de la tierra para proveer por sí mismos al sustento de sus familias. La propuesta combinaba perfectamente con los

deseos, que desde algun tiempo habia concebido el misio-
nero; mas, el temor de ciertos inconvenientes, que hubie-
ran podido originarse de tal retirada, habia retardado su
ejecucion. La felonía de dos soldados del piquete y de los
tobas rancheados en la banda la apuró.

Estos secretamente habian convenido en insurreccionarse
de improviso, destruir el fuerte y la casa de la mision, ma-
tar á los dos PP. misioneros¹, y llevarse todo el ganado
y cuanto pudiesen. En su auxilio habian convocado á los
tobas del rio abajo.

La pérfida trama, aunque urdida en gran silencio, llegó
á ser descubierta por nuestros Padres, quienes duplicaron

¹ Por compañero del P. Giannelli en Bella-Esperanza estaba entonces el P. Andres Fortunati. Poco despues, este jóven misionero fué enviado á la mision de Aguiarrenda, y mas tarde á la de Tarairí. En ambas su ocupacion esclusiva, por mas de cuatro años, fué la enseñanza de los niños catecúme-
nos y neófitos. Todo el día permanecia inmóvil en medio de aquellos gro-
seros y traviesos hijos de los salvajes en la escuela, enseñándoles con un amor
de madre y una paciencia de ángel el catecismo, las primeras letras y el
canto. Las horas de la noche gastábalas en la oracion y en el estudio de la
lengua chiriguana. Él que esto escribe fué testigo ocular y admirador de esta
vida verdaderamente de sacrificio, oscura á los ojos de los hombres, grande
á los ojos de Dios, el cual quiso coronarla presto con una muerte preciosa.
Acometido el 18 de Mayo de 1871 por una grave pulmonía, la sufrió con
resignacion y generosidad, sin hacer cama. En la madrugada del 21, recibió
el santo viático, hincado en medio de su celda. Poco despues, perdida el
habla, fué asaltado de una penosa tentacion contra la Concepcion Inmaculada
de la Virgen Santísima, de la cual era especialísimo devoto, acostumbrado
desde niño á ayunar su vigilia en pan y agua. Contorciase el buen Padre y
acongojábale, sin poder comunicar á su compañero el terrible conflicto en
que se hallaba, hasta que aquel le presentó una estampita de nuestra Señora,
á cuya vista quedó luego perfectamente tranquilo, y con las sonrisas y pal-
moteos celebró como pudo su triunfo. Recobrada en seguida el habla, en
plenos sentidos espiró plácidamente al ponerse el sol del día indicado. Su
santa muerte edificó mucho á los neófitos de Tarairí, que la lloraron amar-
gamente, y enterraron su cuerpo en aquella iglesia. Ocho años despues, los
huesos fueron trasladados á este Colegio. — Habia nacido en Monte Vidon-Cor-
rado, diócesis de Fermo en el Piceno, á 25 de Junio de 1838.

su vigilancia. En los postreros dias del mes de Mayo de 1866, se supo que un peloton de tobas abajeños se hallaba acampado á una legua de Bella-Esperanza. La situacion era crítica, la defensa imposible. Los Padres carecian de armas; sus indios tímidos y poco seguros: de los de la guarnicion unos cómplices en la conspiracion, otros temiendo por sí mismos. ¿Que recurso les quedaba á los pobres misioneros? La noche del 23, retiráronse ocultamente, seguidos de todos los noctenes, que llevaban á hombros sus pobres trastes, y los que se pudo de la mision.

Dos dias despues, estaban en S. Francisco Solano.

Mientras se encontrase un sitio á propósito, donde formar el nuevo pueblo, el P. José quedó encargado por el P. Prefecto de una obra tan trabajosa como útil. Cortando vírgenes bosques y jarales inviolados, se abrió un camino ancho, llano, derechísimo, en la estension de 46 kilómetros, desde la banda de S. Francisco hasta la carretera, que tres años antes se habia abierto entre Caiza y Bella-Esperanza. Veinte y dos dias de ímprobo trabajo costó esta obra, corriendo todo por cuenta de nuestras misiones de Tarairí y S. Francisco.

Abierta ya esta nueva y fácil via de comunicacion entre las misiones bandejas y la de Aguiarrenda (ventajósima tambien al comercio del departamento de Santa Cruz y de las provincias Argentinas), fueron trasferidas las familias emigradas de Bella-Esperanza á una planicie de la ribera occidental del Pilcomayo, distante unos dos kilóm. de S. Francisco al O., al pié de un cerrillo peñascoso, que llaman *La Peña colorada*; de donde la nueva mision se denominó *S. Antonio de la Peña*. Esta se inauguró el 26 de Julio con misa cantada por el P. Prefecto, y la solemne ereccion de la Cruz. Luego se construyeron con palos embarrados dos piezas medianas con su desvan, las que el año siguiente quedaron cerradas dentro de un patio cuadrilátero de tapias, guarnecido en sus esquinas de pequeños cubos, destinados así á usos domésticos, como á la defensa en caso necesario.

Ventajosa era la situacion del nuevo pueblo, pues la inmediata sierra del Pirapo ofrecia en sus honduras y rincónadas óptimos terruños para las siembras de los nuevos pobladores. Lisonjeábase, pues, el P. José que estos, dejada su vida errática y ociosa, se arraigarían en la mision, se aficionarían al trabajo, y se dispondrían así paulatinamente á recibir el beneficio de la educacion civil y religiosa. Con esta esperanza, se aplicó con paciencia y tesón á aprender su difícil idioma, sin tener mas maestro que á uno de ellos; y logró hacer un buen acopio de términos, y concebir un embrion de gramática.

Mas, los noctenes con la mudacion de domicilio muy poco mudaron de hábitos. Á los principios formaron sus acostumbradas chozas en la orilla del bosque contiguo á la habitacion del Padre, y no costó pequeño trabajo el inducirlos á construir unos ranchos mas decentes, y alinearlos en forma de pueblo. No menor fatiga costó persuadirlos á hacer sus desmontes y siembras: mas, estas eran tan cortas, que la cosecha solo unas pocas semanas podia bastar á su voracidad. Lo demás del año la pasaban ó con la pesca, ó con frutas selváticas. Para ello desamparaban frecuentemente la mision, é ibanse á vivir por largas temporadas en los montes y campos, donde sin trabajo encontraban suficiente forraje. Estas ausencias hacian dificultósísima y casi imposible su civilizacion.

Despues de trasferida la mision, fueron poco á poco agregándosele muchas otras familias, de modo que en 1869 se contaban en ella seiscientas almas.¹ Aunque con este

¹ En este mismo año, dos familias chiriguanas, de las que habian huido de Chimeo, cuando en 1845 se construyó allí el fuerte, y que hasta esta fecha habian vivido ocultas en las breñas del Pirapo, pidieron ser agregadas y fueron admitidas en San Antonio. — *Pirapo* (salto de los peces) llaman los chiriguanos la cascada del Pilcomayo al desembocar, rompiendo la cordillera de Aguaragüe, á las llanuras del Chaco. Los criollos la llaman *Angostura*, y las rocas laterales *Cerro del Pirapo*.

aumento de poblacion no mejorase su estado, no era sin embargo del todo inútil la accion del misionero, que insensiblemente iba produciendo algun fruto. Ya nuestros noctenes habian perdido algo de su selvaticidad; manifestábanse menos ariscos y desconfiados, mas afables y humanos. Comenzaron á avergonzarse de su desnudez, y para ganarse el vestido servian gustosos de peones en los trabajos mecanicos ó agrícolas, en que los ocupaba el Padre para el adelanto material de la mision. A mas de esto, no era pequeño el servicio que prestaban á los viajeros de Santa Cruz y de la Argentina al tiempo de las crecientes del Pilcomayo, pasándoles las mercaderías y acémilas con mucha seguridad y poco gasto.

Además, los niños ya no se rehusaban tanto al rezo; aunque para que asistiesen, era menester ir cada tarde á sacarlos de sus ranchos, vestirlos con frecuencia y racionarlos diariamente. Algunos de ellos aprendieron la música. Los adultos seguian en repugnar la administracion del bautismo á sus hijos; mas no con tan violenta resistencia como á los principios, y hubo año en que se consiguió bautizar hasta cuarenta y tres párvulos en el artículo de la muerte. No era pequeño fruto para quien sabe estimar, en lo que vale, á un alma. En fin quedaba siempre la esperanza de que con el tiempo y la paciencia se conseguirian frutos mas copiosos y menos ocultos.

En los primeros dias de Junio de 1870, el P. Giannelli tuvo que retirarse al Colegio, del cual habia sido elegido Guardian. Le sucedió el P. Vicente Marcelletti, que con igual empeño trabajó en el cultivo de aquel ingrato terreno. Nueve años luchó con la rudeza, haraganería, inconstancia y obstinacion de los noctenes, recogiendo mucho fruto de paciencia, poco de almas. Además de la escuela de niños, entablada poco despues de la traslacion de la mision, logró establecer otra para las niñas bajo la direccion de una virtuosa maestra. Muy poco tambien fructificó esta industria, porque las niñas ó no asistian, ó asistian de mala gana.

No les agradaban el huso ni la aguja, sino el vagar por los montes en compañía de sus madres, buscando frutas y raíces.

Nuestro misionero nunca desmayó. Ni la esterilidad de sus trabajos, ni los graves peligros á que estuvo espuesta su vida, como veremos en su lugar, amenguaron su celo y actividad. Empezó la construcción de una muy bonita iglesia, la cual quedó perfectamente concluida en Octubre de 1878. ¿Hubiera podido imaginar, que no llegaría á estrenarse?...

XIV.

Esperanzas frustradas.

LA Providencia habia puesto en salvo á sus ministros, inspirándoles oportunamente la retirada de Bella-Esperanza.

La tormenta, que amenazaba entonces aquella nueva colonia, pareció disiparse en el momento; pero era para volver á descargar mas tarde.

À principios de Setiembre de 1867, quedaban en Bella-Esperanza apenas diez personas. Hemos dicho ya, que dos soldados del piquete estaban comprometidos, antes habian sido los autores, é iban á ser los caudillos de la concertada sublevacion. Estos dos infames se apellidaban Condori y Pino: el primero desgraciadamente habia quedado al mando de la guarnicion en aquellos dias, por ausencia del jefe ordinario.

Acababa de amanecer el dia tercero del mes mencionado, y los pocos vecinos de la triste colonia estaban ocupados muy sin cuidado en ordeñar sus vacas, cuando Pino les trae una órden premurosa del cabo Condori de retirarse

sin demora al fuerte, como si estuviese inminente una irrupcion enemiga. Era el lobo que acorralaba las ovejas.

En efecto, apenas habian entrado al reducto, y antes que pudiesen coger las armas, se vieron acometidos de una multitud de tobas, que al instante acabaron á dos á lanzazos. Otros dos, cayendo de hinojos á los piés del pérfido Condori, con ruegos y lágrimas alcanzaron les perdonase la vida. Fueron desnudados y aprisionados. Quedó tambien presa una mujer con criatura de pecho, y un muchacho de siete años llamado Napoleon.

Luego los invasores, á las órdenes de los traidores Condori y Pino, se apoderaron del armamento, y de todas las municiones que habia en el parque: el cañon fué arrojado al rio. Pegaron fuego al fuerte: todo el maderaje y los techos, que eran de troncos de *carandai* partidos y cavados, quedaron consumidos, restando en pié las solas tapias medio cocidas y deshechas. Mientras los unos se ocupaban en el despojo é incendio del fuerte, otros recorrian los bosques y campos vecinos, reuniendo el ganado, que no era poco: y finalmente todos juntos, ufanos por el pingüe botin, se retiraron á Cabayurepoti, con los cinco cautivos y los dos apóstatas.

Uno solo de los cristianos pudo ponerse en salvo; y á pié, y estraviándose, llegó de noche avanzada á Caiza, anunciador de la fatal catástrofe. Al otro dia, una partida de caizeños pasó á Bella-Esperanza: dieron sepultura á los dos cadáveres, registraron las ruinas, se retiraron; y Bella-Esperanza quedó desierta.

Pocos dias despues, volvieron allí los tobas, é incendiaron el oratorio y las casas de los misioneros, que en la primera invasion habian quedado intactas. Hicieron pedazos el Crucifijo que estaba en medio del altar; sacaron la pequeña estatua de S. Antonio, le cortaron la cabeza, la arrojaron entre las malezas, y quemaron el tronco. Hicieron rebusca del ganado, y juntado todo lo que pudieron, lleváronselo á sus madrigueras, donde en compañía de los dos

apóstatas celebraron buenos festines con el producto de sus robos¹.

Tamaños crímenes reclamaban un pronto y severo castigo; y su aplicacion era facilísima en la circunstancia, pues que se hallaban reunidos en Caiza los escuadrones fronterizos, á mas de un cuerpo de tropa de linea, que habia dado el Gobierno para escoltar una expedicion al Paraguay, que debía emprenderse en aquellos dias por una Sociedad anónima de Tarija². Mas los jefes de esta veian muy bien, que rompiendo con los tobas, dueños casi esclusivos de las riberas que se proponian recorrer, iban á evaporarse todos sus proyectos. Las inestimables ventajas, que resultarian de la *magna obra* de abrir y asegurar la cómoda via, que iba á poner el *rico departamento de Tarija en comunicacion con las vias fluviales del Paraguay, del Plata, y del Atlántico*, pesaban mucho mas en sus balanzas que no la muerte de dos personas plebeyas, la traicion y apostasia de dos soldados de piquete, la alevosa insurreccion de unos aliados salvajes, y los perjuicios sufridos por unos criadores de vacas. Mejor era pues dejar impune el crimen, y buscar la amistad de los criminales.

El conversor de San Francisco recibió orden de enviar

¹ El infeliz Pino, pocos meses despues, fué asesinado por los tobas, por orden de su pérfido camarada Condori.

² El objeto de esta Sociedad era *abrir un camino á la margen occidental boliviana del rio Paraguay, fundar allí un puerto, y establecer colonias en los puntos necesarios*, etc. (*Sociedad « Porvenir de Tarija »*. Potosi 1867. Tipogr. del Progreso). — El Sr. Santiago V. Guzman en su opúsculo *El Pilcomayo*, enumerando las varias expediciones practicadas para la esploracion de dicho rio, no menciona esta de que tratamos, quizás por no haber tenido noticia de ella. El mismo escritor se duele de no haber podido comprobar ningun documento relativo á la expedicion de Casales al Paraguay (que fué la tercera), é ignora aun la fecha cierta de ella. Nos congratulamos de poder suplir esta falta publicando en la Apéndice S la corta relacion que de tal expedicion dejó nuestro P. Minzo, escritor contemporáneo, en su historia manuscrita.

sus tobas á los pueblos de los insurrectos para que, ofreciéndoles por parte de los cristianos una amnistía completa, negociasen con ellos el rescate de los cautivos. Restituyeron sin dificultad á los dos hombres que habian hecho prisioneros en Bella-Esperanza; mas, de la mujer y chiquillos reserváronse la entrega para cuando los cristianos devolviesen á un muchacho toba, hijo muy querido del cacique Cayutii, á quien cinco años antes habian llevado cautivo los caizeños. Los cristianos prometieron, y no cumplieron; ni los tobas dejaron á sus presos.

Al mismo tiempo, se obligó á los indios de las misiones de Tarairí, y San Francisco á reparar las ruinas del fuerte de Bella-Esperanza, sin darles retribucion alguna, ni los alimentos siquiera.

Sentíanse cada dia mas impacientes los Jefes de la expedicion por marchar á la realizacion de su empresa, que se les hacia tan fácil, como lo habia sido su proyecto. En vano hombres reflexivos y experimentados, y especialmente los misioneros, les hacian presentes la inoportunidad de la estacion, la inquietud de los salvajes del tránsito, la inseguridad y mala fe de los guias, y todo el conjunto de circunstancias que hacian temer un fracaso, no solo probable, sino seguro. No se les creyó; por el contrario fueron calumniados y perseguidos. Se aumentó la ojeriza contra los misioneros por la tenacidad con que nuestros indios se resistieron á convoyar la expedicion; y justamente, porque de hacerlo, se veian obligados á dejar por aquel año sus siembras, de las cuales depende toda su subsistencia. Se pensó, que aquella negativa habia sido sugerida, y era fomentada por el egoismo de los conversores, que se esforzaban en impedir por todos los medios la expedicion, cuyos resultados temian, como perjudiciales al monopolio que ejercian de sus indios. Al salir ufanas de Caiza las tropas expedicionarias, se maldijo á los frailes enemigos del progreso, y se soltaron contra ellos palabras de amenaza para el tiempo del regreso. Pero, en un libro, que la mano del hombre no

borra, está escrito: *Desbarata Dios los planes de los hombres, y hace que aborten los proyectos de los grandes.* (Ps. 32).

A mediados de Octubre empezó su marcha la expedición; y al cruzar los pueblos de los tobas, nuestros jefes se afanaban por hacerles comprender *que los cristianos olvidaban completamente las últimas fechorías cometidas en Bella-Esperanza, que se contentaban con la devolución de los cautivos y armas sustraídas, y que todo aquel aparato militar con que marchaban, no era para hacerles guerra, sino para abrir la comunicación con el Paraguay, la que aun para ellos iba á principiar una era de prosperidad, estableciendo por en medio de sus pueblos una vía comercial, y facilitándoles la consecución de géneros, de herramientas, y todo bien de Dios.* Los tobas escuchaban con seriedad, respondían con laconismo, y dejaban pasar la tropa.

Esta era guiada por un tapiete, que pocos meses antes había sido cogido en el paraje de Yuquirenda, y que asegurando conocer palmo á palmo el camino al Paraguay, había prometido de conducir infaliblemente allá por el río Yaveviri la expedición. El jefe, creyéndolo ciegamente, se había entregado con toda su gente á ese salvaje desconocido, de cuya buena fe con mucha razón podía y debía dudarse. La misma ruta que les hacía seguir al N., cuando hubiera debido ser al S. E., era bastante motivo para cautelarse.

El sueño del porvenir no dejaba pensar en la actualidad.

La gente fronteriza, que componía el grueso de la expedición, marchaba disgustada y violenta: no pasaba día sin alguna deserción. Y los jefes, que habían barruntado el peligro de un motín general, la dejaron con las solas armas, guardando en sus petacas todas las municiones.

En aquellos días vino á San Francisco un chiriguano amigo, anunciando que sus compatriotas de los pueblos del

N., coligados con los tobas y tapietes, se disponian á sorprender á los espedicionarios, cuando al atravesar los campos faltos de agua, rendidos por la fatiga y la sed no se hallasen en estado de defenderse. El misionero comunicó la noticia al comandante de Bella-Esperanza, y este se puso luego en marcha para alcanzar la espedicion con una escolta de doce hombres. Cuatro de estos, por habérseles cansado las caballerías, se quedaron en los ranchos de unos tobas, que se manifestaban pacíficos y amigos.

Entre tanto la tropa espedicionaria, prosiguiendo pesadamente su marcha, habia llegado el postrer dia de Octubre á las primeras poblaciones de los tapietes. Allí desapareció el que se habia comprometido á conducir á los nuestros al Paraguay, ni bastó diligencia para hallarlo. Otro viejo tapiete, conocedor del camino, fué cogido por orden del jefe, y obligado á reemplazar su fementido compatriota. Se resignó el anciano; y sus parientes quedaron discurriendo el modo de librarlo, lo mas pronto que pudiesen, de aquel aborrecido compromiso.

Por la tarde del dia de Todos Santos, acampó la gente en una hoyada estrecha y boscosa. Rendida por el cansancio, sin pensar en avanzadas, ni centinelas, ni otra precaucion alguna, se apresuró á acostarse. Oscurísima era la noche, é iba cayendo una densa y helada llovizna. En las primeras horas, cuando los nuestros mas profundamente dormian, fué acercándose un buen número de tapietes, y llegando secretísimamente al campo, traspasaron con sus agudos venablos á los dos primeros que encontraron, dejándolos cosidos con el suelo. Luego principiaron á arrojar una lluvia de dardos sobre aquella tendalera de dormidos. Al silbido de las flechas, al sonido de los arcos, al ruido que forzosamente debieron meter los agresores en su maniobra, despertaron los cristianos, aturdidos, desatinados. Reconocido el trance, los jefes no acertaban por el sobresalto á abrir las petacas, en donde tenian reservados los cartuchos. Pudieron en fin hacer algunos tiros; y entonces

se retiraron los indios: mas los nuestros, que se los figuraban siempre cercanos, continuaron toda la noche en hacer fuego.

Amaneció finalmente; y los jefes reunidos en consulta, sin pensar ya en el Paraguay, resolvieron desandar lo andado, y empezaron á efectuarlo luego de haber dado sepultura á los dos cadáveres. Poco despues, encontraron al comandante de Bella-Esperanza, que les venia al alcance; y todos juntos continuaron su retirada. Al otro dia, hallaron miserablemente destrozados á los cuatro, que por el motivo ya referido se habian quedado en los ranchos de los tobas. Igual desgracia habia cabido á un tal Fidel Solis, que habia desertado dos dias antes.

De este modo terminó esta malhadada expedicion, que tanto entusiasmo habia escitado, y que soñaba tan felices porvenires. Ella sirvió solo para sacrificar siete víctimas, acarrear la desolacion en otras tantas familias, malgastar no pequeños caudales, perjudicar á los intereses de muchos, y llenar de disgusto é indignacion toda la provincia.

¿Era el egoismo, lo que habia movido los frailes á impedirle?...

Las alevosas muertes, que acababan de dar los tobas á los cinco expedicionarios, no impidieron á los de Caiza el reanudar con ellos las negociaciones sobre el rescate de los cautivos de Bella-Esperanza. Mediante la influencia de nuestros tobas de S. Francisco, se logró la devolucion de la mujer con su hijita; mas, á la del muchacho Napoleon y de las armas se negaron absolutamente, mientras no se pusiese en sus manos el hijo del cacique Cayutii tantas veces solicitado, tantas veces prometido, y nunca entregado¹.

¹ El infeliz Napoleon, criándose entre los tobas, se amañó con ellos y sus costumbres. En lo sucesivo no le faltaron ocasiones para volver libremente entre sus deudos; pero prefirió las libertades de la vida selvática á las ataduras de la civil: y hasta el dia en que esto escribimos, permanece entre los tobas, y como uno de ellos.

Los caizeños ó no pudieron, ó no quisieron: con esto tornaron á encenderse las antiguas hostilidades; los tobas volvieron á sus robos, los cristianos á sus correrías. En estas los acompañaban siempre los tobas de S. Francisco, que conocedores de todas las madrigueras y astucias de sus compatricios, servian de guias seguros y de cooperadores eficaces. Por lo cual los caizeños salian siempre victoriosos en sus frecuentes expediciones, matando á muchos, y á muchos mas llevando cautivos.

No tardaron en reconocer los enemigos el origen de los gravísimos daños que sufrían incesantemente, y para cortarlo idearon deshacer la mision. Á fin de salir mas fácilmente con su proyecto, tentaron seducir á sus parientes que vivian en ella. Les enviaron repetidos mensajes, concitándolos á la rebelion, á degollar traidoramente al misionero, y coadyuvarlos en el asalto que estaban aparejando á la mision. Entre los enviados, un tal Yaraiki, que años atrás habia desertado de la mision, deslizándose á ella secretísimamente en lo mas silencioso de una noche, la gastó toda en persuadirles la negra felonía. Afortunadamente, los mensajes y mensajeros fueron desatendidos y rechazados con desden.

Desesperados los insurgentes de conseguir la cooperacion de nuestros tobas, invocaron la de los chiriguanos del N., de los tapietes y chorotis.

Entre tanto en S. Francisco se vivia en continuos sustos y congojas. Frecuentes partes llegaban con el anuncio de una invasion inminente: nadie se atrevia á poner un pié fuera del pueblo; á cualquiera polvareda, que se levantaba en las playas del rio, corríase presurosamente á las armas; por la noche todas las familias dormian encerradas en el fuerte. Trascurrieron así muchos meses; y el no haberse verificado en tan largo tiempo las repetidas amenazas habia empezado á hacerlas mirar con desprecio, y producir la calma.

En la alborada del 19 de Enero de 1869, cuando todos los indios de S. Francisco permanecian todavía entre-

gados á un sueño tranquilo y descuidado, una numerosa hueste de tobas, chiriguanos, tapietes y chorotis fué acercándose cautelosamente al pueblo, y adelantándose los primeros abrieron poquito á poco la trinchera, penetraron al centro de las rancherías de los tobas, y empezaron á arrojar sus flechas sobre unos, que hallaron dormidos fuera de sus chozas á la fresca. Á los gritos de estos, levantarse todos, agarrar los arcos, salir á la defensa fué todo obra de un instante. Tobas y chiriguanos mas veloces que gamos, en cueros como se habian levantado de sus hamacas, lanzáronse sobre los agresores, que perdiendo luego sus brios, dieron las espaldas, perseguidos mas de dos leguas por los nuestros hasta Cumbarúiti. Muchísimos quedaron heridos; once muertos. Las cabezas de tres de estos (dos tapietes y un toba) fueron traídas al pueblo; y arrojadas, y rodadas por el fango sirvieron todo el dia de bárbara diversion á cuñas y muchachos. Colgadas finalmente de un árbol, se celebró al pié de él, por muchos meses, el triunfo con cantinas, bailes y bebidas.

La mision y el misionero habian pasado por una crisis temerosa: el santo Apóstol de estas Indias los habia protegido visiblemente. Un solemne *Te Deum* fué cantado por los Padres del Colegio en accion de gracias muy debida; pues que no son connaturales á los tobas la lealtad, firmeza y valor manifestados por los de S. Francisco en aquella circunstancia.

XV.

Machareti.

Como débil é incierto rayo de luna, que al través de las rasgadas nubes de un cielo encapotado conforta por un momento al viajero errante entre los horrores de una noche tempestuosa, fué la entrada de nuestro P. Gerónimo Peña á Machareti¹ en Setiembre de 1765 (*pág. 116*). Mientras este celoso misionero se ocupaba en buscar recursos, con que realizar la conquista, que habia principiado, Dios lo llamó para sí; y los machareteños quedaron por mas de un siglo en las tinieblas de su antigua infidelidad. En todo ese tiempo invadieron ellos mas de una vez los pueblos de los cristianos, robando, asesinando; ayudados de los tobas, siempre leales amigos de los chiriguanos, tratándose de asociarlos en los delitos.

¹ Propiamente *Machareti*. Le viene este nombre al paraje por abundar mucho en una especie de *yuca* silvestre, que los chiriguanos llaman *Matare*; y en composicion, por eufonia, *Machare*. Machareti está en 20° 49' 58" lat. S., y 64° 33' 59" long. O. de París. Su elevacion sobre el nivel del mar es de metros 771.

Cuando el año de 1854 los PP. Giannelli y Gentili levantaron en Tarairí el estandarte de la redencion, cacique supremo de los muchos y numerosos pueblos diseminados por la vasta hoyada de Macharetí, era un tal Taruncunti, indio rudo y bellaco, quien declaró desde luego cruda guerra á los nuncios de la paz, hostigándolos con la ferocidad que en su lugar queda referida. Muy pronto empero, y bien caro pagó él con sus vasallos la pena de esta, y de otras infinitas maldades de que eran reos.

Macharetí era en aquel tiempo el principal mercado, donde los tobas cambiaban ó vendian á los chiriguanos del centro, y á otros que no eran chiriguanos ni indios, los animales que sin cesar robaban en Caiza. Lo supieron los de Villarrodrigo, y reunidos con nuestros taraireños cayeron sobre Macharetí, apresaron á muchas cuñas, y con su improvisa embestida imprimieron tanto terror en los machareteños, que no juzgándose ya seguros en su pais, se desbandaron por Guacaya, Cuevo, Ivu, Parapití y otros puntos, para gozar impunemente de su salvaje libertad. Solo unas pocas familias se refugiaron á Tarairí, pidiendo hospitalidad al Padre, y agregándose á la mision. Desde aquel dia, que fué el 25 de Abril de 1855, las pobladísimas playas de Macharetí quedaron desiertas.

El chiriguano ama demasiado su patria: él nunca olvida, segun espresion de ellos mismos, *la tierra desmontada por sus padres, y la plaza que barrieron sus abuelas*. Mal avenidos pues lo machareteños en pueblos estraños, despues de un destierro de seis años, sintieron vivísimo el deseo de restituirse á su pais: pero no osaban realizarlo, temerosos de que los cristianos no los dejarían vivir tranquilos en un pueblo, de donde pocos años antes con tanta razon los habian arrojado. Conocieron la necesidad de un apoyo y de un protector; y este no podia ser sino el misionero. Quien mas anhelaba por su suelo natal era un pequeño cacique llamado Guaríyu. Para lograr su pretension fué con algunos de sus parientes á Tarairí; se presentó al P. Pre-

fecto, que era entonces el P. José Giannelli, y con grande instancia le pidió se les permitiera vivir en su pueblo en compañía de un Padre, que los gobernase y protegiese como á los taraireños. Es fácil imaginar el gozo y cariño con que el P. Prefecto los recibiera; y aunque no pudo concederles luego al Padre que pedian, por hallarse entonces el Colegio exhausto de religiosos, los consoló con la esperanza de concedérselo tan pronto como le fuera posible, con tal que ellos perseverasen en sus buenas disposiciones. De las promesas y avisos del Padre quedaron contentísimos Guariyu y sus compañeros; y sin mas demora empezaron á formar sus chozitas en Macharetí. Era á principios del año de 1861.

Los trabajos de un largo destierro no habian bastado á amansar el corazon indómito de Taruncunti: él conservaba todo entero su antiguo odio á las misiones y á los misioneros. Cuando supo que Guariyu habia hablado con los Padres y pedídoles mision, se llenó de rabia, y ya no pensó sino en el modo de desahogarla. Á la cabeza de una crecida tropa de chiriguano y tobas, asaltó de noche las rancherías que Guariyu habia plantado en Macharetí; mató á tres cuñas y á un viejo; á otras cuñas y á una multitud de chicos apresó, llevándoselos cautivos: y fué fortuna si Guariyu pudo zafar de sus garras, huyéndose en cueros hasta Morocuyati (distante tres leguas), en donde volvió á reunir los dispersos restos de sus familias.

Desfogada así su rabia con Guariyu, quiso Taruncunti desfogarla con los misioneros; y despues de haber descansado dos dias en Macharetí, marchó con sus satélites sobre Tarairí. Pero los taraireños ya prevenidos saliéronles al encuentro, pelearon con bravura, y persiguiéndolos hasta Camatindi, los desbarataron completamente.

Despues de esto parecia habérsenos obstruido todo camino para entrar en Macharetí: pues, ¿ que esperanza quedaba de poder inspirar sentimientos de humanidad en esa alma vil y feroz de Taruncunti? Pero los misioneros no he-

mos de desmayar : ministros del Dios de la paz, estamos en el deber de anunciarla y ofrecerla aun á los que mas la abominan. El misionero residente entonces en Tarairí, que era el P. Marino Mariani, conocia perfectamente este deber; y pasados solos veinte meses desde el último atentado, dispuso dar un asalto al obstinado Taruncunti, enviándole por unos machareteños agregados ya, como se dijo, á la mision, unos cortos regalos de tabaco con largas ofertas de perdon y amistad. Vergüenza y gratitud se dejaron sentir, quizás por primera vez, en esa alma salvaje; aceptó los donecillos que el Padre le enviaba y la paz que le ofrecia; pero se escusó de presentarse en Tarairí, rezeloso de que los taraireños no serian con él tan pródigos de perdon como el Padre. Sin embargo, desde entonces muchos de su gente empezaron á visitar con frecuencia á sus parientes que vivian en Tarairí; y testigos de la reposada vida que allí llevaban bajo el suave gobierno de los misioneros, concibieron y manifestaron deseos de disfrutarla igualmente ellos, con el establecimiento de una mision en su pais. De este modo pasaron dos años.

Con el buen recibimiento que siempre encontraban en Tarairí los machareteños, se convenció en fin Taruncunti de la sinceridad de los misioneros; se disiparon poco á poco sus antiguos temores; y cediendo á las instancias de sus propios parientes, que deseosos ya de la mision se interesaban en que se viese con el Padre, fué á Tarairí. Era el 24 de Julio de 1866. Al poner pié en aquella mision, funestos recuerdos se agolparian á su memoria; encontrados afectos asaltarían su corazon; y apenas entrado en Tarairí se mareó, vaciló, cayó como desmayado. Corrió solícito el Padre, reanimó al trepidante huésped, lo colmó de caricias, lo cargó de donecillos; hízole en fin, en cuanto pudo, la acogida que el padre del Evangelio hiciera á su hijo pródigo. Despues de haberlo hecho descansar algunos dias, lo mandó al P. Prefecto, que se hallaba en las márgenes del Pilcomayo ocupado en el establecimiento de la mision de S. Antonio,

que acababa de trasladarse de Bella-Esperanza. El P. Prefecto lo recibió con igual caridad, le habló con el mismo cariño, y lo despachó lleno de satisfacción á su pueblo.

Desde entonces las visitas de Taruncunti al Padre en Tarairí fueron frecuentísimas, siempre bien recibido y mejor tratado, no sin sentimiento de los taraireños, que formados en otra escuela que la del Evangelio, extrañaban y maldecían la mansedumbre y liberalidad del Padre con un bárbaro, reo de tantos delitos. En las largas conversaciones, que con él tenía el misionero, nunca omitía ponderarle las ventajas que resultarían á él y á toda su gente admitiendo la mision en su pueblo; pues con esto todos los machareteños, que desde tantos años andaban dispersos, volverían á reunirse en su tierra natal, donde vivirían sin temor y cómodamente en compañía del misionero, que sería su protector y su padre. No ignoraba todo esto Taruncunti, y aun deseaba el establecimiento de la mision en sus tierras, que de lo contrario iban infaliblemente á ser ocupadas por unos especuladores, que se morían por ellas. Deténalo sin embargo el temor de los indios comarcanos, quienes habían protestado que jamás consentirían en que se pusiese mision en Macharetí, punto para ellos interesantísimo, por tener allí, como se dijo, su mercado con los ladrones tobas, y su tránsito para la copiosa caza de los campos inmediatos.

Á la verdad, los temores del sagaz indio no eran infundados. Los chiriguanos de Guacaya y Cuevo empezaron á formar rezelos por sus frecuentes relaciones con los Padres y los cristianos; los regalos que recibía ya de estos, ya de aquellos, agravaron las sospechas: mirábanle ya como á un traidor de su nacion, vendedor de las tierras y de la libertad de sus paisanos; resolvieron quitárselo de en medio. El 25 de Mayo de 1868 una gavilla de indios cueveños conducida por Guani, yerno del mismo Taruncunti, penetraron sin ser sentidos en Ñaunti, lugarcito apartado, en donde con sus familias estaba escondido el anciano cacique, que había barruntado la conspiracion. Hallábase en aquel día

medio enfermo en la cama, y al verse embestido de sus enemigos tentó la fuga; pero en vano, porque cerráronsele en torno aquellos dogos furiosos, y con una fiereza del todo salvaje le cortaron en vivo los labios, le desgarraron los carrillos de largo á largo hasta las orejas, desquijarráronle, con cruel insulto gritando: *Tal haya la boca vil, que traicionó á sus parientes.* ¡Infeliz Taruncunti! tarde, y como á la fuerza habia reconocido que los misioneros, tan obstinadamente perseguidos por él, no eran enemigos suyos, sino padres verdaderos que buscaban su bien; deseó gozar de sus paternas cuidados en su pueblo, pero antes de lograrlo murió; murió bárbaramente asesinado, como él habia hecho asesinar á muchos; murió por manos de aquellos mismos, que tantas veces lo habian acompañado en los delitos.

Un hermano suyo y una sobrina tambien quedaron víctimas en aquella refriega: su desolada mujer, una tierna nietecita suya y una de sus hijas fueron apresadas y llevadas á Cuevo: los demás pudieron salvarse, escabulléndose por entre los laberintos de los matorrales.

Mandepónai, hijo mayor de Taruncunti y su heredero en el cacicazgo, no estuvo presente al trágico caso; y cuando regresando á su cabaña halló el frio y ensangrentado cadáver de su padre, ardió de cólera, juró venganza, y sin demora envió á uno de sus parientes á Tarairí con la infausta noticia. En Tarairí nadie sintió, nadie lloró la muerte de aquel bárbaro, que ninguna calidad tenia para ser amado, muchas para ser aborrecido; la sintió solamente el Padre, y solo el Padre pensó en mandar un consuelo y un socorro á las desoladas familias que lloraban en Naunti. Cincuenta indios mandados apresuradamente por él, reanimaron á los consternados machareteños, y escoltándolos por el camino los condujeron salvos hasta Tarairí, donde recibieron por parte del misionero la mas cordial acogida y la mas generosa hospitalidad.

Este era el momento favorable para poner la mision en Macharetí. Mandepónai, joven dotado de un genio y de

un corazon mucho mejores que los de su padre, la pedia instantemente; y el P. Marino no se descuidó en dar aviso al P. Prefecto de todo lo que habia sucedido y sucedia. Se hallaba este en Aguirenda con pocos ó ninguno de los muchos preparativos, que demanda el establecimiento de una mision: sin embargo las circunstancias eran decisivas, y de malograrlas hubiera podido malograrse para siempre la empresa. Á fuerza de sacrificios pudo en poco tiempo reunir todo lo que consideraba mas indispensable para principiar la nueva mision; y á principios de Julio estuvo en Tarairí. Allí se encontró en medio de un buen número de machareteños ansiosos de ir en pos de los misioneros á repoblar su desierto y desgraciado pais.

Una dificultad gravísima quedaba aun que superar. Era indudable que los salvajes vecinos de Macharetí, cuyas manos estaban todavía teñidas en la sangre de Taruncuntí, harian supremos esfuerzos para impedir la mision: se sabia que habian jurado destruirla desde sus principios, y quitar la vida á los PP. conversores. Lanzarse á ese desierto, rodeado de tantos bárbaros amotinados, sin una escolta que les inspirase respeto y temor, era esponer la mision á un fracaso seguro, y las pobres familias machareteñas al exterminio. Se dirigió portanto el P. Prefecto á las Autoridades de la provincia del Acero, pidiendo que se le enviaran unos pocos hombres; para que acompañasen á los Padres y á los indios en los cortos dias que durase la construccion del fortin, con que era forzoso proveer al resguardo y defensa de las familias para en caso de un ataque. Los aceranos no enviaron mas socorro que él de buenas palabras. De este modo, cuando los misioneros pensaban ya recoger el fruto de tantas fatigas, vieron obstruírseles de nuevo el camino. El P. Prefecto por no desgraciar la empresa, resolvió diferirla; y á fines de Agosto se retiró de Tarairí con mucho dolor de los machareteños, á quienes procuró consolar con la promesa de volver, pasada la estacion de las lluvias, á cumplirles sus deseos.

En tanto las diligencias, que para lograr la proteccion de los cristianos siguió haciendo en los meses sucesivos, fueron todas inútiles, y solo sirvieron á convencerle de que Dios queria valerse de instrumentos débiles, para que nadie se atreviese á atribuirse algo en una obra, que debia ser exclusivamente suya. Como esta se llevase finalmente á ejecucion, lo refiere el mismo P. Prefecto en una carta, que pocos dias despues de haber entrado en Macharetí escribia al M. R. P. Comisario general de estos parajes, y con la que continuaremos nuestra relacion.

« Desesperando ya (dice) de poder contar con el auxilio de los cristianos, me decidí á tentar la empresa con solos nuestros indios. Sesenta neófitos de la mision de Itau, veinte de la de Chimeo, ciento de la de Aguairenda, ciento cincuenta de la de Tarairí son los que nos han escoltado y acompañado en nuestra entrada, y que hasta la fecha nos acompañan en el establecimiento de esta mision, trabajando en la construcción del fuerte gratuitamente, y sin otra paga que la del alimento diario.

« El dia 19 del pasado mes (Junio), salí de Tarairí en compañía del P. Marino, quien es él que ha tenido parte mas activa en esta conquista espiritual, y del P. Fortunato, á quien juzgué muy apto por su actividad y grandes ánimos á ayudarnos en los principios de obra tan ardua. Sin embargo de que este punto dista solo unas diez leguas de Tarairí, apenas pudimos llegar el dia 21 por la tarde, á causa del mal tiempo, de la composicion del camino, y del transporte de los instrumentos necesarios para el trabajo de las tapias; que todo esto lo cargaban nuestros pobres indios en sus hombros.

« El dia 22 al amanecer, pasámos á revisar el lugar, y para el sitio de la mision escogimos una elevada meseta de forma triangular, defendida por dos lados de una altísima peña, y por el otro de unas lomas bastante boscosas. Luego comenzámos á derribar la espesa montaña, y formar un gran seto para nuestra seguridad. Acabado este, se co-

menzó el fortin, que se va construyendo de una tapia muy doble y sólida.

« Celebré la primera misa el dia 2 del corriente, consagrado á la memoria de la Visitacion de nuestra Señora, á quien escogimos y veneramos como á principal patrona de esta mision bajo el hermoso y consolante título de *Madre de las Misericordias*.

« El domingo 4, al ponerse el sol, levantámos una bella y alta Cruz, saludada por el repique de la campana, toque de los violines, y algunos tiros. Luego fué adorada y besada por todos los neófitos que nos acompañan, y por los chicuelos hijos de estos pobres machareteños.

« Este lugar es muy ameno, de bellísima vista, y me parece que su temperamento ha de ser muy sano. Tiene abundancia de pastos, y creo será muy fértil. En una palabra, nada le falta de lo que es necesario y oportuno para formar una numerosa y cómoda poblacion.

« Hasta ahora no hemos tenido necesidad de gastar un solo cartuchq; pero tenemos varias noticias (y no parecen improbables) de que se han alarmado todos los indios de Guacaya, Cuevo, Ivu, en fin cuanto indio hay no aliado, y se han convocado para destruir desde sus principios esta mision. Ya son cinco ó seis dias que vamos esperando de un momento á otro alguna irrupcion de los bárbaros, y la pasamos en continua agonía. De repente se levanta un grito alarmante de que *ya vienen, ya vienen*; y es preciso arrojar las hachas y las palas para echar mano á las flechas y á los fusiles. Sin embargo hasta hoy no hemos arrojado una flecha; y espero en la *Madre de misericordia* que, ó sugerirá sentimientos mas humanos á nuestros enemigos, ó confundirá sus designios, y hará vanos sus esfuerzos.

« Nadie mejor que V. R. conoce los ingentes gastos, que importa una empresa de esta clase. Por los apuntes que yo llevo, para la realizacion de esta mision se han gastado hasta la fecha dos mil, ciento, setenta y siete pesos; y todavía estamos en los principios, y, como ya le he dicho,

la construccion del fuerte es grattita por parte de nuestros pobres indios, que se contentan con la sola manutencion. Mis hermanos los RR. PP. conversores de esta frontera tienen la gloria de haber sido los únicos en pagar los gastos que hasta aquí se han hecho, condenándose voluntariamente á penosas economías y privaciones para contribuir á la realizacion de esta santa obra. Ninguna otra persona del mundo nos ha ayudado ni con un vaso de agua. El tesoro de la Providencia es inexhausto: pero nuestra bolsa se ha agotado ».

Mientras el P. Prefecto escribia esto el 13 de Julio de 1869, la construccion del fortin, tan importante para la seguridad de las familias en caso de verificarse la amenazada invasion, procedia muy lentamente á motivo de una llovizna casi continua, acompañada de un viento helado, que entorpecia á nuestros indios sumamente friolentos, y les impedia trabajar con brio. Un chubasco inesperado, la noche del 16 de Julio, derribó una parte de las tapias, deshaciendo en un momento lo que con tanto trabajo se habia levantado. Parecia que los elementos se habian conjurado con los hombres para destruir aquella nueva colonia, aun antes que se acabase de establecer. En aquellos momentos críticos la temida tempestad iba á descargar. La mañana del 19 de Julio, las playas del rio de Macharetí hormiguearon de chiriguanos y tobas, que deslizándose sorpresivamente por el bosque inmediato rodearon toda la mision, que en pocos instantes quedó completamente cercada de indios furibundos. Las cuñas trepidantes con sus hijuelos corrieron presurosas á parapetarse detrás de las pocas tapias que habian quedado, mientras los hombres lanzáronse á los bordes de la peña y á las orillas de la trinchera de ramas para hacer frente al enemigo. Este viendo el coraje de los nuestros no osó atacar, y se limitó á manifestar á gritos el objeto de su venida. Venian para arrojar á los Padres de la mision: que saliesen estos sin espera, de lo contrario no levantarían ellos el sitio hasta que no viesen

retirarse aquellos. Contestaban los nuestros, que jamás consentirian en que saliesen los misioneros: dueños de sus tierras y libres de admitir en ellas á los que quisiesen, no habian ofendido el derecho de nadie con llamar los Padres á su pueblo; la conviccion de su propia conveniencia y bienestar los habia movido á traerlos, y por lo mismo estaban resueltos á mantenerlos allí y defenderlos á cualquier costa. *Mientras no muera el último de nosotros*, repetian con bravura, *los Padres no saldrán de aquí*. En estos debates pasaron algunas horas; hasta que viendo los enemigos la inflexibilidad de los nuestros, decidieron á que las armas resolviesen la contienda. En el fondo del bosque se oyó resonar el agudo silbo del *igüiramimbi*¹; levantóse una algazara infernal; una lluvia de flechas cayó sobre la mision: el ataque estaba declarado. Los Padres hincándose en su chozita de paja, invocaron á Aquella que es terrible como un ejército puesto en orden de batalla. Las cuñas detrás de las tapias lanzaban puñados de ceniza á los aires, implorando con lúgubres cantinelas la proteccion de no sé cual divinidad. Como media hora duró el combate; por una y otra parte se peleó con esfuerzo; hasta que una bala hirió en la ingle á un cacique guacayefío llamado Yaraupa. La caida de este, que era tenido por gran guerrero entre los suyos, desalentó á esas hordas de furiosos, que volviendo las espaldas se precipitaron á la fuga. De los nuestros solo dos quedaron levemente heridos.

Despues de esto la nueva mision gozó por algun tiempo de tranquilidad. Terminado el fortin, se fabricaron tres

¹ Especie de pito ó flautilla formada de un pedazo de madera dura, de figura redonda y chata, y agujereado en tres puntos de su circunferencia. Usan de él, así en sus fiestas como en la guerra, igualmente que de otro instrumento tambien de palo, pero largo y esquinado, que llaman *Senene*. En la guerra usan además de porongos y cuernos, cuyo toque unido á las vocerías de los combatientes, al sonido de los arcos, y al silbido de las flechas forma una bulla triste y consternadora.

pequeñas piezas; la una para oratorio, y las otras dos para vivienda de los conversores, que eran los PP. Marino Mariani y Vicente Marcelletti. Un gran número de machareteños, que con motivo de las pasadas vicisitudes vivían dispersos por los varios pueblos de la cordillera inmediata, se restituyeron gozosos á su antiguo pueblo. Guariyu al principio se manifestó algo repugnante, por las animosidades que en su pecho conservaba contra los parientes del finado Taruncunti, á causa de los hechos que dejamos referidos: pero la afición á la tierra de sus padres prevaleció en él, y á mediados de Setiembre se agregó con todas sus familias á la mision.

Tierno era el espectáculo, que como al P. Prefecto escribía el P. Marino, presentaban esos grupos de indios arribando á su tierra nativa. Venían casi desnudos, cubiertos de sudor y de polvo, cargando en los hombros á sus chiquillos, y todo su pobre ajuar. Así como ponían el pié en la mision, deponiendo su peso, sentábanse en el suelo, y con la cara metida entre las manos, prorumpían en un deshecho llanto y agudos alaridos. La memoria de las calamidades sufridas en su largo destierro, el gozo de verse nuevamente en su país despues de tantos años, les inspiraba sin duda aquella patética ceremonia.

Consolábanse los misioneros viendo cada día ir en aumento su nueva colonia; pero su consuelo no duró sino pocos meses, y luego siguió la tribulacion. Los salvajes confinantes, que desde el principio de la mision habían jurado destruirla, con la vergonzosa derrota del 19 de Julio no habían depuesto su bárbaro propósito, y se disponían á dar un nuevo asalto. Noticias alarmantes, anuncios de aunamientos de bárbaros y de una próxima invasion llegaban cada día á Macharetti. Al mismo tiempo, los que acababan de agregarse á la mision se hallaban absolutamente desprovistos de víveres, y se veían obligados á esparcirse por los campos y montes, buscando con que vivir y que dar á sus familias. Si mientras se hallaba así desierta é indefensa la

mision, hubiera sido asaltada de esas hordas que tanto anhelaban por su destruccion, sin duda iba á sucumbir, y los Padres á ser víctimas. Estos pedian un auxilio: pero, ¿de donde esperarlo, cuando tantas pruebas habia de que nadie se condolia de aquellos desvalidos frailes, y todos se rehusaban á darles una mano? *En circunstancias de tanto aprieto* (escribia en 2 de Noviembre el P. Prefecto á sus colaboradores en Macharetí) *no veo arbitrio mas fácil ni mas seguro, como encomendarse y confiar en el Dios de los ejércitos, para el cual lo mismo es salvar con un hombre, como con mil. Una fe viva y una esperanza firme es el mejor recurso en estos apuros. Despues de todo esto, si no se hallan seguros, si les parece que, attentis circumstantiis, la confianza en Dios degenerase en temeridad, por cuanto seria tentar á Dios pidiendo ó exigiendo milagros, ¿que debiera yo decirles en este último caso? ... Yo no sabria decirles otra cosa, sino que cedan á las circunstancias, se resignen á las disposiciones de la Providencia, y se retiren de un punto que no es posible defender.* Estas últimas palabras dejan comprender fácilmente la azarosa situacion en que se hallaban entonces la mision y los misioneros.

No flaquearon los buenos soldados de Cristo, ni abandonaron su puesto; y Dios, protector de las almas generosas, coronó su longanimidad y su constancia. En aquellos mismos dias de amenazas y sustos llegó a Macharetí la devota estatua de nuestra Señora de las Misericordias, que se habia traído desde Tarija en hombros de nuestros indios. Fué recibida con la solemnidad que permitian las circunstancias, y no podia ser mucha. Arcos adornados con flores y banderas, salvas de fusiles, alegres repiques de campanas, tambores y violines, y sobre todo los tiernos y melodiosos cantos de los inocentes hijos de los machareteños obsequiaron y saludaron su arribo. Parece que la Madre de misericordia empezó á usarla con los que habian sido puestos bajo su tutela, luego que en medio de ellos fué colocada

su sagrada imagen. Esta fué como el iris que anunciaba á los afligidos machareteños la cesacion de la tormenta. En efecto, entre la chusma de los bárbaros amotinados entró la discordia; la mayor parte desmayando se negaron á intervenir; y los caudillos del movimiento viéndose sin fuerzas suficientes, cesaron por entonces de hostilizar la mision.

Los ministros del Evangelio aprovecharon aquel tiempo de serenidad para dedicarse con fervor al principal objeto que los habia traído. Á mas del catecismo diario, enseñaban á los niños las primeras letras y el canto; á los mas grandecillos se les ocupaba en el trabajo, y á los mas hábiles se les instruía en los mas fáciles y útiles oficios de manos. Para las muchachas se asalarió una virtuosa maestra, que las enseñase las labores propias de su sexo. Se administró el bautismo a muchos párvulos, y la misma gracia se concedió á unos jóvenes, que se mostraron deseosos y no indignos de ella; los que casados segun el rito eclesiástico, tuvieron la gloria de ser como las primicias de la numerosa sociedad cristiana, que entre pocos años se formará en Macharetí.

Con la sucesion de los años se aumentaron las atenciones y fatigas de los misioneros. Á los principios se habia colocado la mision en un terreno, que, aunque muy propio para defenderse de las justamente temidas incursiones enemigas, no era bastante capaz para contener todas las familias machareteñas. Además, las muchas aguas, que en tiempo de lluvias corrian por él desde las lomas contiguas, fueron abriendo unas hondas barrancas, que avanzando cada vez mas hasta casi los cimientos del fortin, amenazaban hundirlo todo. Fué pues necesario buscar un suelo mas espacioso y mas firme: y en el otoño de 1874 se trasladó la mision á una amena planicie distante del primer sitio como una media legua al naciente. Allí formaron los indios con buen orden sus rancherías bastante cómodas á su manera, dominadas por la casa de los PP. conversores, que se construyó en una colina inmediata, donde se levantaron tambien

las otras piezas necesarias para oficinas, y una decente capilla; todo ello rodeado por una valla de tapias, que en caso de alguna invasion sirviera de asilo á las familias.

Entre tanto la colonia machareteña, que en sus primordios apenas constaba de cien individuos, fué creciendo paulatinamente con la reunion de todos los antiguos naturales, y con la agregacion de muchos indígenas de Guacaya, Caipependi, Tatí, Timboi y otros pueblos comarcanos; de modo que antes de diez años contaba mas de tres mil almas. Se formó pues un grande y vistoso pueblo, que hoy se compone de tres amplias calles, y de una magnífica plaza de 648 m. de largo y 155,40 de ancho. Levantáronse además otros edificios: dos grandes salas para escuelas de ambos sexos; una muy decente vivienda para la maestra: un cómodo meson para los viajeros; y finalmente se encerró con paredes de tabique un área de 25 m. para enterratorio provisional de los neófitos.

Mientras los ministros de Cristo se afanaban de este modo en consolidar y adelantar su obra, los de Satanás se disponian á hacer los últimos esfuerzos para destruirla, y con ella todas las otras misiones tambien, si el Altísimo no hubiese trastornado sus designios. Pero, antes de relatar estos tristes hechos, para no interrumpir demasiado el orden cronológico, referiremos una nueva conquista, con que la Bondad divina se dignó premiar el celo de nuestros misioneros.

XVI.

Nuevas conquistas.

Poco menos de tres leguas hácia el S-O. de Macharetí, en los fértiles senos de una quebrada que llaman de Tigüipa, vivian divididas en cuatro ó cinco grupos muchas familias chiriguanas¹. Enemigos de yugo y sujecion, como todo buen chiriguano, los tigüipeños sintieron amargamente la entrada de los misioneros en Tarairí, que consideraron como una amenaza á su tan querida independencia. De buena voluntad ayudaron á sus vecinos y parientes de Macharetí en sus correrías contra aquella mision, mientras que tan fieles amigos de los tobas como aquellos, les daban la mano en sus robos, hospedándolos en sus pueblos y traficando con ellos.

Cómplices en la culpa participaron del castigo, y en la expedicion que los caizeños hicieron contra Macharetí el año de 1855, quedó muerto uno de sus principales caudillos, llamado Aruapi. Dispersáronse los demás: unos poquísimos

¹ Tigüipa está en 20° 55' 16" lat. S., y 64° 34' 59" long. O. de París.

se agregaron á la mision de Tarairí; otros se huyeron á los pueblos del centro; y muchos se refugiaron á la montaña que se eleva sobre Tigüipa. De que entre aquellas breñas mantuviesen siempre su primera aversion á los misioneros, quisieron dar una nueva prueba con asociarse algunos de ellos á los de Cuevo y Guacaya en el asalto, que en Julio de 1869 dieron á la naciente mision de Macharetí para sufocarla, si les hubiese sido posible, en la cuna.

Habiéndoseles frustrado este último esfuerzo, desesperando ya de poder conservar su salvaje libertad, cansados al mismo tiempo de esa vida montaraz y zozobrosa, enviaron á Macharetí á uno de sus jefes llamado Atari, para esponer en nombre de todos á los PP. misioneros el deseo que tenian de volver á sembrar en las tierras de sus mayores, beber chicha y bailar en la plaza en que habian bebido y bailado sus abuelos. Las ansias del bienestar terreno, que manifestaban aquellos ciegos salvajes, abrieron campo al P. Marino, que era entonces el conversor de Macharetí, para disponerlos á lograr un beneficio infinitamente mas precioso, que ellos no estimaban ni deseaban, porque no lo conocian. Hízoles ver cuanto les importaba, para vivir con estable tranquilidad en su amado pueblo, el tener en su compañía á un misionero, convenciéndolos con el ejemplo de sus antiguos amigos los taraireños y machareteños, quienes seguros ya y contentos, vivian bajo la sombra protectora de los Padres. Los tigtipeños no opusieron dificultad alguna, y afirmaron que se tendrian por dichosos el dia, en que un Padre fuese á residir entre ellos.

No pudo esto verificarse en el momento, porque, sobre que el Colegio carecia de sugetos, era necesario tambien que nuestros tigtipeños diesen alguna prueba de su constancia. La dieron, no cesando por dos años de repetir sus instancias, para que se les concediese un misionero; instancias, que renovaron con mas premura, cuando algunos codiciadores de tierras introdujeron en Tigüipa sus ganados. Convencido el P. prefecto de misiones Fr. Alejandro Ércole

de la firmeza de los nuevos prosélitos, no quiso ya diferirles el cumplimiento de sus deseos; y á mediados de Mayo de 1872 se trasladó á Tigüipa. Mandó formar con celeridad una chozita de cañas; y en ese rústico tugurio, adornado como mejor se pudo con colgaduras y alfombras, cantó solemnemente la misa con la asistencia de cinco PP. misioneros, y á la presencia de muchos neófitos y catecúmenos venidos de Tarairí y Macharetí. Celebrado el agosto sacrificio, bendijo con las ceremonias de estilo la Cruz que se tenia ya dispuesta, y que despues de adorada por los sacerdotes y neófitos presentes, se levantó frente á dicha choza en un morrito, que bellamente se eleva en el fondo de una llanada, en que los indígenas iban á colocar sus nuevas rancherías. Era el 20 de Mayo, lunes de Pentecostes.

Inaugurada así la nueva mision, y puesta bajo los auspicios y la advocacion del immaculado esposo de la Virgen S. José, se fué construyendo una pobre casa, ó mejor cabaña, dividida con tabiques de caña en varias piezas, las que se destinaron unas para habitacion y despensa de los PP. conversores, y otra para capilla provisional. Para estrenar con alguna solemnidad aquella humilde ermita, trajo de Macharetí sus escuelas y música el P. Marino, y el 10 de Octubre del referido año, se cantó en ella la primera misa, la cual, permitiéndolo así el rito del dia, fué votiva del agosto patrono de la mision.

Entre tanto muchos de los tigüipeños, que desde diez y siete años vivian prófugos en los pueblos del centro, sabida la entrada de los misioneros, corrieron á restablecerse en su antiguo domicilio. Se les agregaron muchos chaneses, que hallándose mal avenidos con sus compatriotas de los pueblos de Caipependi, no muy lejanos de Tigüipa, vinieron á buscar en la nueva mision la paz y el bienestar, de que no podian disfrutar en su pais. Con esto en poco tiempo la poblacion de Tigüipa llegó á aumentarse considerablemente. Desde luego se enrolaron todos los niños y niñas del pueblo,

para que asistiesen al catequismo que se les enseñaba todos los días; y no se halló en ellos la terca repugnancia á la educacion cristiana, que tanto habia ejercitado la paciencia de los Padres en otras misiones. No se oponian tampoco los indios al bautizo de sus hijuelos en el artículo de la muerte; con lo que fué fácil enviar muy pronto al cielo una pequeña legion de angelitos, que delante del trono del Cordero abogasen por sus infelices parientes.

En los años sucesivos fueron levantándose las casas, escuelas, oficinas y demás edificios necesarios, como en las otras misiones. À principios de 1879 quedaba concluida la nueva iglesia¹, cuyo estreno se celebró con extraordinaria pompa el dia 17 de Febrero, dando hermoso realze á la funcion la presencia de siete PP. misioneros, las músicas y escuelas de Tarairí, Macharetí y S. Antonio, y un numerosísimo concurso de neófitos y criollos de todos los lugares circunvecinos.

Los incrementos espirituales de la nueva reduccion progresaron al igual con sus adelantos materiales; y es de esperar, que antes de no mucho tiempo esa antiquísima morada de salvajes se vea felizmente trasformada en un pueblo de adoradores del Dios vivo y verdadero.

Los tigüipeños no fueron los únicos que solicitasen la venida de los evangelizadores de la paz á sus pueblos, en la época á que hemos llegado con nuestra historia. El establecimiento de la mision en Macharetí habia conmovido profundamente los pueblos bárbaros que habitan la region occidental del Chaco: y si muchos de ellos, como hemos visto, se habian alarmado y hecho vigorosos esfuerzos para estorbar aquella empresa y defender su independencia selvática, otros por el contrario mas cuerdos concibieron deseos de imitar á los machareteños, y disfrutar como ellos de las preciosas

¹ La construccion de esta iglesia, de las casas y escuelas es debida al celo y actividad del benemérito P. Gerónimo Basili.

ventajas, que el pacífico y suave gobierno de los misioneros les prometia.

En el último límite del territorio chiriguano, al S. de Aguairenda, en medio de los pintorescos bosques de Itiyuru, habitan muchos y numerosos grupos de familias chanesas. Hostiles en otros tiempos á los cristianos, hicieron amistad con ellos cuando en 1843 el general Magariños entró á colonizar los campos de Caiza. Paragua, cacique principal de todos aquellos pueblos, celosísimo de los fueros de sus vasallos, y temeroso de que por la codicia de los nuevos colonos perdiesen los terrenos heredados de sus mayores, solicitó y obtuvo entonces los títulos legales de manutencion en todo aquello que por derecho natural poseian. Amigo leal y constante de los cristianos, nunca amó, aborreció siempre la educacion cristiana, como enemiga de la licencia salvaje en que se habia criado¹. Esquivaba pues con cautela y altivez todo trato con nuestros misioneros de Caiza y Aguairenda, sin que estos hubiesen podido merecerle jamás una palabra, ni una mirada benévola. Y sin embargo, este acérrimo antagonista de los Padres, con la observacion y esperiencia de largos años, llegó á convencerse, que eran ellos los verdaderos y únicos salvaguardias de las libertades y propios, que á pesar de sus esfuerzos, veia peligrar cada vez mas.

Por los años de 1869 fué visto pisar por primera vez los umbrales de la casa de los Padres de Aguairenda; y era para convidarlos á establecerse en medio de sus pueblos, para darles aquella proteccion, que él se sentia ya incapaz de prestarles. En testimonio de su sinceridad, hallándose los indígenas de Aguairenda en aquel año muy faltos de

¹ En 1846, uno de los peregrinantes misioneros anglicanos concibió la idea de conquistar á los chaneses de Itiyuru. Entró á sus pueblos, en donde fué hospedado con cordialidad. Á los pocos días les manifestó el deseo de comprarles un pedazo de terreno para establecerse entre ellos. Paragua, sin mas cumplimientos, contestó que *desocupase cuanto antes el lugar, so pena de la vida*. El pobre misionero tuvo que retirarse.

viveres, quiso socorrerlos con algunas cargas de maiz, que á su costa les envió desde Itiyuru.

Paragua no buscaba á un apóstol que fuese á enseñar á su gente el camino del cielo, sino á un protector que la conservase en el goce de los bienes de la tierra. Sin embargo el misionero se regocijó en extremo de aquella inesperada invitacion, y prometió al cacique corresponderla tan luego, como las circunstancias lo permitiesen.

Igual invitacion, pero con mayor urgencia, hacia poco despues al Padre de Macharetí el primer cacique de los muchos pueblos chaneses esparcidos por la estensa hoyada de Caipependi, al N. de Caraparí, y tras la serranía de Tigüipa. Llamábase Minguere, y desde niño habia sido amigo y confederado con los carapareños, quienes aprovechando de esta amistad, habian introducido desde muchos años una porcion de sus ganados en las feraces dehesas de Caipependi. Mas, si la necesidad y no la eleccion le obligaba á la alianza con los cristianos, un amor desmesurado de libertad fomentaba en él una desdeñosa ojeriza contra los misioneros. En los siete años que el celoso P. Granella estuvo en Caraparí, no omitió medios para doblegarlo é inducirle á recibir mision en su pueblo: el astuto cacique, aceptando las dádivas con que el bondadoso misionero procuraba atraerlo en las frecuentes visitas que le hacia, correspondia solo con dulces palabras y sagaces evasivas. Muchos años despues, entró la discordia en los pueblos que gobernaba, y perseguido de sus mismos compatriotas se vió forzado á refugiarse con algunas de sus familias á la mision de Macharetí, que acababa de establecerse. Fué entonces que reconoció, aunque tarde, su error; y suplicó é instó para lograr la gracia de tener en su pueblo á uno de aquellos misioneros, que con tanta obstinacion habia rechazado en el tiempo de la prosperidad ¹.

¹ Algun tiempo despues, el desgraciado cacique regresó á su país. Para infundir temor en sus vasallos, de quienes se vela siempre mas aborrecido,

Deseo igual al de los chaneses de Itiyuru y Caipependi manifestaron en el mismo tiempo los de la antigua mision de Parapití. Lanzado de ella vituperosamente, en Febrero de 1814, su último conversor Fr. Narciso Llamedo, y llevado preso á S. Cruz, habia sido enviado de la misma ciudad un clérigo, que prosiguiese la obra empezada por nuestros misioneros. No agradó á los parapiteños el nuevo sistema; y un cacique de ellos, nombrado Tumaco, pensó como romper las cadenas y recobrar la antigua libertad. Convidó á sus compatriotas de Cuevo, Machareti, Tarairi y pueblos comarcanos, quienes juntamente con los tobas cayeron sobre Parapití, y las cercanas misiones de Obaig, Pirití é Igüirapucuti; y en pocos momentos las iglesias y casas, que con tanto trabajo habian levantado nuestros Padres españoles, quedaron reducidas á un monton de cenizas. Igual desgracia hubiera tocado á todas las otras misiones del N. hasta el Guapáy; pero el valor de los indios de Igüirapucuti, si no pudo salvar del incendio el templo y la mayor parte de su pueblo, consiguió á lo menos desbaratar y poner en fuga aquellas hordas devastadoras. El nuevo cura de Parapití logró ponerse en salvo, escapándose precipitadamente; y toda aquella numerosísima poblacion se dispersó.

Habian pasado como cuarenta años, y los parapiteños, despues de mil vicisitudes, se hallaban ya reunidos de nuevo en el pueblo de sus abuelos. Muchos de ellos eran cristianos, porque cuando niños habian sido bautizados por nuestros antiguos misioneros; mas, fuera del bautismo, ninguna traza tenian de cristianos. Se movió á lástima de su desgracia el piadoso Obispo de S. Cruz, y les ofreció á un sacerdote, que los instruyese en los misterios de la fe, y dirigiese por el camino de la salvacion. Pero el cacique José

fanfarroneaba de hechicero: pero ellos para librarse de sus hechizos lo mataron alevosamente, y despedazando su cadáver, colgaron los sangrientos cuartos en varios puntos de la cañada de Caipependi. Esto sucedia el año de 1878.

Manuel Chituri, celosísimo de su autoridad y autonomía, y todos sus ciegos paisanos, muy bien avenidos con las anchuras de su vida libre, rechazaron obstinadamente la oferta, protestando querer ser amigos y aliados de los cristianos, pero sin sujetarse á su fe, ni á su ley.

Quedáronse así hasta fines de 1869. Entonces viendo á los apóstoles de la Cruz establecidos en Machareti, se acordaron de la paz y felicidad, de que en otro tiempo habian gozado sus padres á la sombra del árbol de salud, y enviaron repetidos mensajes á nuestros misioneros, suplicándoles con urgencia el ir á plantarlo de nuevo en su desventurado pueblo. Simultáneamente, el distinguido caballero José M. Mercado, comandante de Zaypurú é Isoso, se ofrecia á poner en juego toda su influencia, que no era pequeña entre los indígenas, para la realizacion de la santa obra.

Una conquista mucho mas gloriosa é importante se ofrecia espontáneamente en aquellos mismos dias al cielo de nuestros misioneros.

Hasta aquí hemos visto salir siempre de Guacaya leones furiosos, anhelando por destruir misiones y misioneros; y ahora del centro mismo de aquella madriguera de salvajes indómitos, sale un cordero manso y humilde, buscando la proteccion de los misioneros y el beneficio de la mision. Desde su pueblo de Icuarenda el cacique Basove se dirigia á la mision de S. Francisco en el Pilcomayo, y manifestaba al conversor residente allí su resolucion, y la de toda su gente, que cansada ya de la borrascosa vida llevada hasta entonces entre los sustos y horrores de la guerra, deseaba con ansia tener en su pais á un ángel de paz, para descansar finalmente y vivir tranquila debajo de sus alas tutelares. Este era un verdadero triunfo. Levantada la Cruz en Guacaya, quedaba herido en su corazon el barbarismo chiguano, y se abria un campo inmenso al cultivo de los obreros del Evangelio. Desde Guacaya no les hubiera sido difícil penetrar en Ivu y Cuevo; y luego estender sus conquistas á los pueblos bárbaros situados al naciente de Parapiti y

Machareti, y continuarlas por la márgen izquierda del Pilcomayo hasta el Paraguay.

Tal era el hermosísimo porvenir y lleno de esperanzas, que halagaba el celo de los mensajeros de la fe, por los años de 1870. Pero, si la mies se ofrecia abundantísima, faltaban operarios. La muerte habia diezmado á nuestros misioneros; otros se habian doblegado bajo el peso de los años y de las fatigas; y no habia como reemplazarlos. La revolucion italiana, cerrando en la bella Peninsula los conventos de los frailes, habia destruido el semillero en que se criaban los héroes de caridad, que cruzando los mares venian á irradiar con las luces de la fe y de la civilizacion á estas infelices tribus errantes en las tinieblas. Este es uno de los muchos beneficios debidos al genio civilizador y humanitario de nuestro siglo. Setenta años atrás, la revolucion echó á tierra en pocos meses lo que con medio siglo de fatigas habian logrado establecer nuestros misioneros; hoy la revolucion ataja la marcha de los que anuncian la paz, y condena á millares de salvajes á gemir bajo el yugo de la mas terrible de las tiranías.



XVII.

Vicisitudes en San Francisco.

MIENTRAS tenían lugar los sucesos referidos, la misión de S. Francisco Solano iba progresando por una parte, y desmedrando por otra.

Habíase construido de adobes, y con techo de torta ¹, un grande edificio, con todas las comodidades para el misionero, para los huéspedes, y para la guarda de los productos y bastimentos de la misión. Otra bonita casa se había construido para dos ejemplares maestras traídas espresamente de Tarija; y en ella dos espaciosos cuartos, el uno para la escuela de las tobas, y el otro para la de las chiriguanas. También se había arreglado una buena estancia, plantado un hermoso algodonal, procurado, en fin, todo lo que podía servir á la necesidad y utilidad del establecimiento.

Después de la trasmigración taraireña ocasionada por el asalto dado á esta misión en 1862 (*pág. 414*), se contaban

¹ *Techo de torta* llaman aquí él que se hace con barro mezclado con paja.

en ella unas cincuenta familias chiriguanas. Como la mayor parte de los jefes de estas habian vivido algun tiempo en la mision de Aguiarrenda (*pág. 373*), y perdido un tanto de su natural selvaticidad; no hallaba en ellos el celo del conversor la rígida inflexibilidad, que suele espermentarse en los recién conquistados. No oponian óbice alguno á la instruccion y al bautismo de sus hijos; y desde el 1865 todas las criaturas que naciaan eran llevadas luego á la iglesia, para renacer en el agua y en el Espíritu Santo. Sufrieron tambien la abolicion de algunas usanzas ridículas y supersticiosas de que suelen ser muy tenaces; como la de cortarse las mujeres el cabello en la muerte de sus deudos y otras circunstancias; la de esponer en la plaza las tinajas de chicha en las bebidas solemnes; la de enterrar en sus ranchos los cadáveres de los difuntos; y otras semejantes. No faltaba por cierto, así entre los infieles como entre los catecúmenos y neófitos, quien con sus desórdenes é insubordinacion proporcionara ejercicio de paciencia al misionero; mas, los pesares eran recompensados con alguna consolacion, y la mayor de todas era la buena comportacion de las niñas de la escuela, que se manifestaban no solo exactas en el cumplimiento de los deberes, sino tambien fervorosas en las voluntarias prácticas de la piedad cristiana.

En quienes no hallaba motivo alguno de consolarse el celo del misionero eran los tobas. Las halagüeñas disposiciones por ellos manifestadas á los principios de su conquista fueron como el falaz brillo de un meteoro, que disipando por breves momentos la oscuridad de la noche, sirve solo para hacerla luego mas sensible.

Varias razones influyeron en ello, é importa indicar compendiosamente siquiera las principales.

El genio de vagar arrastraba todos los años á la mayor parte de nuestros tobas á los pueblos comarcanos de los blancos, y hasta las apartadas haciendas de Oran. Paraban allí largas temporadas, sirviendo útilmente las cuñas en cualquier trabajo doméstico, y los hombres en algunas

labores del campo, cuando estaban cansados de holgazanear. Este contacto con los cristianos, que hubiera podido influir ventajosamente en la civilizacion de nuestros indios, solo sirvió para aumentar y completar su desmoralizacion. Lamentable fenómeno verificado constantemente desde los castellanos de la Isabela hasta hoy. Las fáciles cuñas se prosituian por cualquier bagatela, mientras los hombres se entregaban con frecuencia á la mas sórdida embriaguez, rematando ordinariamente en grescas y á cuchilladas. Esta desenfrenada libertad, de que gozaban fuera de su pueblo, fué poco á poco ingiriéndoles fastidio y aborrecimiento á la mision, donde á pesar suyo les servia de algun freno la presencia sola del misionero, aun cuando este ninguna autoridad pudiese ejercer sobre ellos. No escrupulizaban en fomentar este aborrecimiento unos hombres, que, ó menesterosos, ó ávidos de brazos, interesaban en que nuestros tobas se aquerenciasen en donde mas fácilmente pudiesen utilizarlos. Procuraban para el caso atraer con caricias, dádivas, y otros medios menos honestos á aquellos especialmente, que por su fanfarronería y arrogancia parecian tener algun ascendiente sobre los demás. Se acarició mas que á todos, y se aduló á un mozuelo presuntuoso, desfachado, insolente, llamado Cusarai: se le dieron varios títulos de cacique (cosa que ellos aprecian en mucho); se le hizo aprender el manejo de las armas de fuego; se le regaló una tercerola. Se quiso domesticar el leoncillo, afilándole las uñas.

Ensoberbecidos así, y enseñados á la insubordinacion, mas de lo que naturalmente lo eran, volvian nuestros tobas á su mision para pasar los meses de verano en continuas libaciones de su delicioso *mappilii* (aloja de algarroba), y tornar luego en otoño á sus acostumbradas vagancias. El misionero tenia que disimular y sufrir.

No menos nocivo á los que quedaban en la mision era el contacto con los chiriguanos, con quienes convivian. Muy amigos en la apariencia, en la realidad conservaban entre sí una antipatía y aversion insuperables. En vano

se esforzaba la prudencia del misionero en mantener el equilibrio entre aquellos dos salvajes antagonistas; el mas leve motivo bastaba para alterarlo. Por frioleras se armaban á menudo contiendas y reyertas; y hubo vez, que las pacíficas plazas de la mision se vieron trocadas en sangriento campo de batalla. ¿Y porque? por unas cuantas mazorcas de maiz que algunos tobas habian robado á un chiriguano.

Para obviar tamaños inconvenientes y facilitar la civilizacion de los tobas, se formó varias veces el proyecto de llevar los chiriguanos á otro paraje, para que solo quedasen en San Francisco los primeros. Mas, ¿que garantías ofrecian estos de su fidelidad? ¿quedaba segura la vida del misionero, abandonada á la discrecion de aquellos inconstantes y traidores salvajes? Dispuesto estaba á sacrificarla, y se ofreció para ello el celo y valor del P. Doroteo Giannechini, que en aquellas críticas circunstancias gobernaba la mision: mas, si era un deber del misionero ofrecerse al martirio, era una obligacion de los superiores el precaverlo.

Sucedíanse así los años; y el tiempo no remediaba, sino empeoraba la situacion de nuestros desgraciados tobas. Los mas adheridos y leales habian ido poco á poco disminuyéndose; habian fallecido la fidelísima Machiquita, los pacíficos caciques Sacuma, Sasati, Maquii y casi todos los que habian participado de los tratados de 1859: la reduccion se componia en su mayor parte de tobas mozos y advenedizos. La firmeza y el valor con que habian rechazado en 1869, primero las sugerencias, y despues el asalto de sus compatriotas del rio abajo, fué la prueba postrera de su fidelidad. Y en ella, mas que el fruto espontáneo de aquellos ánimos volubles y turbulentos, nosotros vemos la mano protectora de la Providencia, que los mantuvo y detuvo. Despues de aquel suceso, empezaron á tener relacion con los rebeldes; se visitaban con frecuencia los unos á los otros; se convidaban recíprocamente en sus bebidas solemnes; y por colmo de maldad los nuestros ayudaban á aquellos en

los considerables robos de ganado que hacian á la mision. Mas de una vez fueron cogidos infraganti.

La manifestacion del delito engendró en ellos, no una vergüenza saludable, sino una sospecha salvaje. Imagináronse que el Padre meditaba una venganza; é impotente para tomársela de por sí, habia llamado á los caizeños para que los degollasen á todos. Vano temor: porque, si el misionero, olvidado de serlo, hubiese abrigado tan ruines deseos, ¿no tenia en la mision misma un suficiente número de chiriguano, no solo dispuestos, sino hasta ganosísimos de aniquilar á los tobas? Sin embargo estos juzgaban del corazon ageno por el propio; y así aquellas fantasías fueron tomando gran cuerpo, avivándolas y abultándolas el turbulento Cusarai, cuya insolencia iba creciendo de dia en dia. Su audacia llegó á tal exceso, que se coligó con algunos de sus parientes para matar alevosamente al misionero, y luego retirarse, ricos con el saqueo de la mision, á sus antiguos pueblos. Habiéndose empero desbaratado sus tramas por la resistencia de otros sus compatricios, y la vigilancia del Padre, desesperado y furioso se fugó la noche del 27 de Setiembre de 1873, arrastrando consigo un gran número de familias.

Mas, desde los bosques de Teyu, donde se habia retirado, no cesaba de atizar y cebar el fuego que dejara encendido en la mision. Verdad es que lo seiscientos y mas tobas, que aun permanecian en ella, mostraban detestar los hechos y los mensajes de aquel frenético, y repetian continuamente al Padre las protestas de su fidelidad y constancia; pero estas protestas inspiraban mas rezelo que confianza.

Al ocultarse el sol del dia 23 de Noviembre, se esparció por San Francisco la noticia de que el indómito Cusarai estaba acampado en Iguopéiti (una legua de la mision) con una crecida tropa de tobas. Y era verdad. Mientras las familias chiriguano corrian á resguardarse en el fortin, unos enviados de los insurgentes deslizáronse silenciosamente

en las ranherías de los tobas. ¿Que dirian á sus crédulos compatricios?... Lo ignoramos: mas, el resultado lo reveló el sol del dia siguiente, alumbrando los ranchos vacíos y abandonados de los tobas, que se hallaban ya á mucha distancia de la mision.

En aquel dia se cumplian cabalmente trece años y cuatro meses, desde que la Cruz estaba tendiendo en vano sus brazos salvadores, para bendecir á esas tribus incrédulas, y ciegamente obstinadas en seguir sus brutales instintos. ¡Que intercedan por ellas los cincuenta y seis parvulillos, que, único fruto de las fatigas de tantos años, purificados en el artículo de la muerte con el santo bautismo, subieron al cielo; y apresuren sobre sus obcecados parientes una nueva aurora de misericordia!

À la fuga de los tobas se siguieron en San Francisco meses de sustos y peligros. Los desertores menudeaban sus robos, llevándose numerosas puntas de ganado ya de una, ya de otra mision; y con la astucia y avidez de las fieras se apostaban en los caminos, para ver si les caia alguna presa. La vida del misionero no estaba segura ni de dia ni de noche, porque era muy de rezelarse que el bellaco Cusarai, ó tarde ó temprano, con alguno de sus alevosos ardidés saliese con su inicuo propósito. Por otra parte, la poblacion chiriguana se habia disminuido en una mitad, porque muchos de los que la componian, originarios de Macharetí y Tigüipa, se habian regresado á sus pueblos natales, cuando en ellos se estableció la mision. Al tiempo de la desercion de los tobas, se contaban en San Francisco solo 251 chiriguanos, de los cuales apenas unos setenta eran hábiles para las armas. No hubiera sido fácil con tan escasa defensa salvar la mision en caso de algun imprevisto desborde de aquellas hordas feroces, que era muy posible, antes bien amenazaba continuamente.

Para conservar pues un establecimiento que tantos años de fatigas costaba, y cuya situacion topográfica era importantísima, se hacia necesario un refuerzo: y este con

ventajas lo proporcionaba la vecina mision de Tarairí, donde la numerosidad de habitantes servia de rémora á su progreso moral. De los nueve caciques que habia entonces en ella, se escogieron los dos mas adictos á los misioneros, Taya y Güirasávai, los cuales trasfiriéndose en Mayo del 74 con todas sus familias á San Francisco, engrosaron de 377 almas aquella peligrante colonia. Entre los nuevos agrégados, como en terreno menos indispuerto, la semilla del Evangelio no fué tan infecunda, como en los duros y selváticos corazones de los tobas. Se administraron muchos bautismos, se celebraron varios matrimonios, y en aquellas playas, donde habia reinado hasta entonces la infidelidad y supersticion, empezó á organizarse un nuevo pueblo cristiano.

Así, por un rasgo de aquella Providencia adorable, que *escribe derecho con pautas torcidas*, la desercion de los tobas sirvió á facilitar la civilizacion cristiana de los chiriguanos, que tantas dificultades ofrecia en Tarairí.

XVIII.

Desgracias.

LA torpe desercion de los tobas conmovió hondamente todas las tribus comarcanas. Sus compatricios del rio abajo se llenaron de insolencia y audacia; y en los chiriguanos del centro y del N. se reavivaron los antiguos odios, y el deseo de destruir las avanzadas, que con tantas fatigas habian establecido los valientes soldados de Cristo.

Se abrió pues una era de aflicciones para los misioneros, y de desgracias para las misiones. En las de San Francisco y de San Antonio no hubo ya un dia sereno, ni una noche tranquila. Zozobras y alarmas continuas: á cada hora se temia un asalto imprevisto. Los robos eran continuos; y en los alrededores mismos de las misiones no habia seguridad, ni para las bestias, ni para los hombres.

Con el objeto de amedrentar la osadía de los tobas, el comandante de Villarodrigo, á mediados de Enero de 1874, se apersonó en San Francisco con seis de sus nacionales, y asociado con 123 taraireños hizo una correría por las riberas orientales del Pilcomayo hasta Teyu; correría,

que sin reportar ventaja alguna sobre el enemigo, ocasionó un desastre. De regreso llegando los espedicionarios á Igua-péiti (á no mucha distancia de las dos misiones indicadas), vieron en la opuesta banda del rio desfilan unas familias noctenes, y con ellas una mula que acababan de robar. Ordenó el comandante á los taraireños cruzar á nado la corriente, y rescatar el robo. Se armó una reyerta; dos noctenes quedaron muertos, algunos heridos, una cuña y dos niños prisioneros.

La noticia, volando en un momento á San Antonio, causó en sus habitantes violentas impresiones. Los parientes de los muertos bramaron de coraje; los demás temblaron de miedo; todos se llenaron de rezelos. En medio de su consternacion, su perturbada fantasía les representaba que aquella misma noche los taraireños con el comandante iban á caerles encima, y degollarlos á todos. En vano el misionero apuró su elocuencia para demostrarles lo insubsistente de sus sospechas: un pánico irresistible se habia apoderado de ellos; y á manera de ovejas asustadas, que no escuchan ya los gritos de su pastor, se huyeron todos. En los últimos crepúsculos del 23 de Enero la mision de San Antonio quedó completamente desierta.

El corazon del P. Marcelletti, que tantos años se habia afanado por domesticar á aquellos hombres montaraces, se hinchió de amargura al verse en un punto abandonado de todos ellos. Afligíase, no por la negra ingratitud con que veia pagados sus largos beneficios, sino por la prevision de los males en que iban á incurrir los inconsiderados fugitivos. No desmayó sin embargo; mucho menos desesperó. Imitando al modelo y Príncipe de los pastores, no omitió medio para volver á congregan su dispersada grey; y al cabo de un mez de congojas y paciencia, tuvo el consuelo de verse nuevamente rodeado de ella.

Mas, el consuelo del misionero habia de ser de corta duracion, y su constancia sujeta á pruebas mas rudas. El pérfido Cusarai, promovedor y caudillo de la desercion y

revuelta de los tobas, habia jurado la destruccion de las dos misiones del Pilcomayo, y la muerte de sus conversores. Estos pasaban sus dias y sus noches en angustiosa inquietud, en sobresaltos continuos, en una verdadera agonía. Conservamos muchas de las comunicaciones, que en aquellas circunstancias se dirigian recíprocamente los dos casi todos los dias, y no es posible leerlas sin lastimarse de su situacion, y admirar su valor. Ellas con una tristísima monotonia no refieren sino nuevas amenazas por parte de los enemigos, nuevos peligros, nuevos robos, nuevas desgracias. Sin embargo, á estos magnánimos centinelas de la Cruz nunca se les asomó el pensamiento de abandonar su puesto.

Cerrada la noche del primero de Setiembre, entraron furtivamente dos tobas á la cabaña de Pazeta, viejo cacique de los noctenes de San Antonio, y convocados los jefes de las familias, les manifestaron, que á un tercio de legua, en Capiirenda, se hallaba acampado un gran número de tobas, tapietes, y chiriguanos de Guacaya, dispuestos á asaltar de madrugada la mision, matar al Padre, y luego pasar á la banda, y acabar con la de San Francisco; y que, si querian evitar desgracias á sus familias y á sí mismos, abandonasen la mision, asesinando primero á su conversor. Negáronse los nuestros á la fea propuesta: mas, ó porque no diesen entero crédito al mensaje, ó llevados de su natural apatía, ó quizás por una cobarde connivencia, ni arrestaron á los pérfidos mensajeros como hubiesen podido, ni avisaron al Padre como era su deber. Solo, despues de media noche, un jovencito de los que asistian al rezo, y de los mas aficionados al misionero, fué á referirle ocultamente las noticias que corrian. El Padre acostumbrado ya, y aun hastiado de análogos mensajes, que eran casi cotidianos, hizo poco caso de este; para alertar, sin embargo, á los que vivian en los contornos, mandó hacer dos disparos. Despertaron los que estaban en la vaqueriza, y dos de ellos saliendo al patio echaron menos cinco caballos, que habian

asegurado allí á boca de noche. Sin mas armas que una carabina, marcharon luego en persecuijimiento de ellos: mas, al desembocar al campo de Capiirenda, se vieron de improviso rodeados por los enemigos. Diéronse al escape: el uno de ellos se entró para ampararse á un cercano cañaveral; pero fué presto alcanza'lo por los tobas, que, despues de haberle traspasado el pecho con una lanza, y magullado el cráneo con sus macanas, lo descabizaron y le abrieron el vientre. El otro pudo salvarse, gracias á su ligereza.

Entre tanto una partida compuesta de tres criollos, cuatro chiriguanos, y otros tantos noctenes habia sido enviada por el misionero para reconocer la verdad del mensaje. Á poco andar se toparon con el enemigo, que logró derribar á un mozo cristiano matándolo á lanzazos, mientras los otros se ponian en salvo con la fuga. Luego las huestes enemigas invadieron y saquearon la estancia, donde por desgracia se hallaban depositadas quince cargas de unos viajeros, las que fueron parte robadas, parte derramadas. Finalmente, en amaneciendo, acometieron el pueblo: mas, siete chiriguanos y un corto número de noctenes les hicieron frente, y les impidieron la entrada. Retiráronse los agresores; pero á pocos pasos tropezaron con una partida de chiriguanos, que el misionero de San Francisco al oir la algazara y los tiros en la banda, sospechando lo que era, habia enviado. En este encuentro quedaron muertos tres tobas; y habiéndose metido los demás en un tupido cañaveral, les hicieron los nuestros llover tantas flechas y balas, que algunos dias despues se hallaron las osamentas de diez cadáveres, cuyas carnes habian sido devoradas por los gallinazos. Tal fué el éxito de aquella tremenda invasion.

El P. Marcelletti, justamente reconocido, quiso celebrar un solemne triduo de gracias al Altísimo, que tan visiblemente lo habia protegido, librándole de la muerte, y á la mision del estermínio, que atendida la escasez y cobardía

de los defensores, el número y furor de los enemigos, la falta de armas y municiones, y sobre todo el desorden que hubo en toda aquella desconcertada accion, eran inevitables.

Sin embargo, la situacion seguia gravísima: la fidelidad de los noctenes era problemática, como lo manifestaban los últimos sucesos; en medio de esos hombres dudosos la vida del misionero no quedaba garantida con el resguardo de las dos ó tres familias chiriguanas, que á la sazón existian en S. Antonio. El P. Prefecto procuró atraer á los que vivian en el vecino Pirapo, y que unidos á otros pocos que se hicieron venir de Macharettí, formaban un total de 120 almas; número que pareció suficiente para la defensa, en caso de un nuevo ataque exterior, ó de una traicion interna.

Entre tanto la chispa, que la desercion de los tobas habia arrojado entre las tribus vecinas, iba dilatándose, y amenazaba poner en conflagracion no solo nuestras misiones, sino todos los pueblos y estancias de las provincias del Acero y del Chaco. Confederándose con los tobas, los chiriguanos del centro resolvieron hacer los últimos esfuerzos para sacudir el aborrecido yugo extranjero, reconquistar su antigua independencia, y recuperar toda la integridad del territorio de sus mayores. Se enviaron para el efecto secretísimos emisarios á las misiones con el fin de escitar los caciques de ellas á la revuelta; pero estos se negaron resueltamente. No fueron tan leales los chiriguanos, que desde muchos años eran aliados de los cristianos; porque los de Ingre, Abatiri, Parapití, y otros pueblos se ofrecieron á secundar los esfuerzos de sus compatriotas, lanzando de su país á los que desde mucho tiempo se lo tenian ocupado.

En las varias reuniones, que se tuvieron en los pueblos chiriguanos mas centrales, no solo los caciques mas facundos escitaban con palabras de fuego el valor de sus vassallos, sino que los magos mas sagaces, y que sobre ellos ejercen una influencia todo poderosa, los alentaban con magníficas promesas de un triunfo seguro. Testigos presenciales nos han asegurado, que en los campos de Cuevo un

tal Güirariyu, *baecuaá*¹ que gozaba de un prestigio inmenso entre los suyos, les hacia oír por los aires una voz desconocida, la cual los invitaba á pelear con denuedo y sin temor, afirmándoles que las balas de los cristianos, perdida toda su fuerza, caerian á sus piés sin herirlos, y las mura-las de los fortines se derretirian en su presencia como cera.

Igualmente los hechiceros tobas anunciaron á sus com-patriotas la llegada de un nuevo *Paiyak* (Dios) á su pueblo, quien los favoreceria en las peleas que iban á emprender: y para hacérselo propicio le tributaban en sus madrigueras adoraciones insólitas, procurando remedar los ritos, que ha-bian visto practicados por los cristianos en sus iglesias.

Es indescribible el entusiasmo, que entre aquellos sal-vajes tan crédulos como patrioteros, escitaron las baladro-nadas y patrañas de sus adalides y adivinos. Llenos de un verdadero furor, se dispusieron á combatir con valor heróico las batallas de la patria, para recobrar á todo trance la so-nada independencia nacional.

Vanguardia de nuestras misiones de la banda oriental del Pilcomayo era la de Macharetí, y por lo mismo la mas espuesta á los ataques de los insurgentes, que con la des-truccion de ella se lisonjeaban de conseguir mas fácilmente la ruina de las demás. La plácida calma, que despues de las primeras guerras habia constantemente gozado por cinco años, se trocó entonces en pavorosa borrasca.

Con Noviembre de 1874 empezaron las amenazas, los peligros y sustos. Unas bandadas de enemigos rondaban los alrededores de la mision; otras habian entrado á la vecina estancia de Tatí, y muerto á dos vaqueros: y finalmente un fuerte destacamento de los facciosos estaba acuartelado en Bittiacua, pequeño pueblo chiriguano á 4 leguas de Ma-charetí. Tambien habian llegado noticias de que los caci-ques Chindare de Guacaya y Güirariyu de Cuevo habian

¹ *Baecuaá* significa *sabio*, y con este nombre distinguen los chiriguanos á los que nosotros llamaríamos *brujos*.

marchado á Carandáiti-guasú (antigua madriguera de los salvajes rebeldes, situada á dos jornadas de Macharetí hácia el N-E.), para convocar y juntar á los tobas y tapietes; y se decia, que á su regreso se organizarian todas las fuerzas coalicionadas, para acometer á un mismo tiempo la mision.

La noche del 23 de Noviembre, en la quebrada de Timbóiti, á una legua de Macharetí, estaba acampada una crecidísima tropa de chiriguanos, chaneses, tobas y tapietes, la que al apuntar el dia aceleró su marcha sobre la mision. Corria aquella mañana un vientecillo húmedo y frio, que obligaba los perezosos machareteños á yacer en sus hamacas junto al fuego. Pudo pues el enemigo avanzar impunemente, alancear en el arroyo á una cuña que habia ido por agua, salvar sin ser sentido las trincheras con que estaba rodeado el pueblo, y llegar al borde de las rancherías. Solo entonces los nuestros advirtieron el peligro, y cogiendo sus arcos, con la ligereza de la liebre saltaron á la plaza, que ya iba á quedar ocupada por los invasores. El misionero hallábase en aquel momento en el altar leyendo el evangelio; tuvo que interrumpir la misa para acorrer á las familias, que asustadas se apiñaban en el fuerte. Empeñado, pero no largo fué el combate; porque muy presto los agresores se vieron forzados por el valor de los nuestros á retroceder vergonzosamente, dejando en el campo seis cadáveres. De los nuestros solo siete quedaron heridos, y levemente. Sin embargo, la victoria no fué completa; porque, mientras los chiriguanos y tapietes peleaban en la orilla del pueblo, los tobas recorrían los campos inmediatos reuniendo y llevando todo el ganado que encontraban; con lo cual la mision sufrió una pérdida considerabilísima.

Hemos dicho ya que el intento de los insurrectos era no solo destruir las misiones, sino arrojar del territorio de sus mayores á los que se lo tenían ocupado casi por entero.

Hacia pocos años que unos ganaderos habian introducido numerosas vacadas en el estenso valle de Abatiri, que

se estiende entre las serranías de Ingre y Guacaya; y en un punto de él, que los indígenas llaman *Güembi*, principiado á formar un pequeño pueblo bajo el resguardo de un fortin. Contra esta nueva colonia dirigieron sus primeros tiros los reivindicadores de los derechos patrios. No contentos con haber acometido, aunque inútilmente, el fuerte, repetian sus vandálicas correrías por todo el pais, asaltando las vaquerizas, asesinando á los vaqueros, saqueando las casas, apresando las familias, llevándose los ganados, desolándolo todo. Mas de veinte cristianos habian perecido bajo la punta de sus flechas.

Para defenderse de tantos daños, y contener tamaña audacia se vieron obligados los güembeños y todos los provincianos del Acero á tomar las armas; y en Junio de 1874 salieron á campaña. Muchos fueron los encuentros y muy sangrientos entre la una parte y la otra, hasta que despues de una encarnizada lucha, que duró casi siete meses, consiguió el valiente Antonio Mendiña, gobernador de la provincia del Acero, desanidar de Guacaya á todos los indígenas. Entonces, para que no volviesen á ocupar aquel punto, que de lo antiguo era el principal y mas fuerte baluarte de la nacion chiriguana, mandó levantar en Boicovu, centro de aquella espaciosa cañada, un fortin con el nombre de *S. Antonio*¹.

Por el entusiasmo de los espedicionarios, en veinte dias estuvo concluida la obra: pero á su alrededor rugian los enemigos, que despues de la derrota se habian refugiado unos á Cuevo, otros á las márgenes del vecino Pilcomayo, y otros á los cerros de Caipependi. Para asegurar la estabilidad del nuevo fortin, forzoso era perseguir y dispersar aquellas hordas de salvajes: y con este objeto el Sr. Men-

¹ Nuestros misioneros del Colegio de Potosí, que desde algunos años asistian como curas en Güembi, lograron reducir á unas cincuenta familias guacayaños, y á una legua de S. Antonio les fundaron una mision, titulada *San Pascual*.

duiña envió al comandante Eustaquio Rodriguez con un destacamento de cincuenta hombres, y se puso de acuerdo con el comandante de la provincia del Chaco. Nuestras misiones enviaron el auxilio de doscientos flecheros; y á principios de Febrero de 1875, todas las fuerzas se hallaban reunidas en la hoyada de Caipependi. Allí, despues de apresadas muchas familias, mataron tumultuariamente á unos sesenta entre chiriguanos y chaneses, bajo los ojos de sus madres y mujeres, que llenaban el aire con sus lastimeros alaridos, y que fueron llevadas cautivas.

La espantosa carnicería llenó de terror á los principales caudillos de la revuelta, que desesperados corrieron á ocultarse en las impenetrables guaridas de los campos orientales de Machareti, y en la selvosas riberas del bajo Pilcomayo.

Con la construccion del fuerte en Guacaya y dispersion de los facciosos, pudieron al fin nuestras misiones gozar dias de serenidad. Mas, en medio de esta calma debia naufragar la de S. Antonio, que habia resistido á tantas y tan rudas borrascas. Los noctenes restituidos á ella despues de la fuga de Enero de 1874, lejos de manifestarse mas dóciles, mas contraidos al trabajo, mas aficionados á su pueblo, fueron demostrándose cada dia mas insubordinados, mas haraganes, mas vagabundos. Los consejos paternales, las suaves reconvenciones, y hasta las amenazas de abandonarlos, con que así en las pláticas privadas, como en las públicas arengas, procuraba el misionero sacudirlos, no hacian mella alguna en aquellos pechos empedernidos. Prometian siempre, y nunca cumplian.

Hemos visto como en la invasion de Setiembre, si no tuvieron una complicidad esplicita, á lo menos cooperaron con su indigna cobardía y criminal silencio. En la defensa desplegaron poco valor y mucha frialdad. Se dijo, que uno de ellos ayudó en la cruel muerte dada al vaquero en el cañaverál de Capiirenda. Habia datos seguros de que mantenian clandestinas comunicaciones con los tobas insurrec-

cionados, y los ayudaban eficazmente en los continuos robos que sucedian en la mision y en la de S. Francisco: y hasta se sospechaba con fundamento que tenian fraguada la muerte del misionero, preparados á dársela siempre y cuando se ofreciese la oportunidad. Sobre todo esto, la opinion y voz comun los señalaba como alcahuetes de los tobas en los latrocinios, que con frecuencia se repetian en los campos de Caiza é Itiyuru: y aun se les acusó de complicidad en el asalto dado á fines de 1876 al Palmar Grande, en el cual habia quedado muerto un vaquero, y cautiva su mujer. La culpabilidad de tales crímenes se hacia recaer sobre nuestros misioneros, que asilaban en S. Antonio á esos foragidos, y con su sombra protectora los ponian en salvo de la persecucion y del castigo. Eleváronse querellas de ello á las Autoridades superiores; y hubo quien propusiera la idea de entrar traidoramente en la mision, pasar á degüello todos los hombres, y esclavizar á las mujeres y á los muchachos.

Los noctenes barruntaron las siniestras intenciones de los cristianos, y empezaron á concebir serios temores. Estos eran fomentados cada dia y acrecidos por los cuentos y mentiras de los chiriguanos domiciliados en S. Antonio, sinceiros aborrecedores de los noctenes, y anhelosos por librarse de su compañía, que tantos sustos les ocasionaba y tantos peligros.

En tales aprietos, aquellos insensatos salvajes, en vez de escuchar la voz del misionero, que no cesaba de exhortarlos, y enseñarles el verdadero modo de conjurar los males que tenian, no escucharon ni siguieron sino las inspiraciones de su ingénita cobardía, de su suspicacia selvática, de su delirante imaginacion.

El 4 de Agosto de 1879, el P. Marcelletti enviaba al P. Prefecto en Chimeo el siguiente oficio: *Con el corazon triste y afligido, participo á V. P. R. la funestísima noticia de que los noctenes que se hallaban en esta mision, todos se han fugado á los campos en la noche del 2 á 3 de este mes.*

Muy poca esperanza quedaba esta vez de que los mal aconsejados prófugos volviesen á su mision. Y aun cuando hubiesen vuelto, ¿que utilidad habia, ó podia esperarse de permanecer mas largo tiempo entre aquellos salvajes irreducibles, que despues de diez y seis años de esmerado y pacientísimo trabajo no habian dado mas fruto que de ingratitud y obstinacion? ¿no era mejor dirigirse á otros campos menos infecundos, que estaban pidiendo y aguardando cultivo? Habia llegado pues la hora de que sobre aquellos obstinados se cumpliera la tremenda sentencia fulminada en el código inmutable de la Justicia eterna: *Hemos medicinado á Babilonia, y no ha sanado: desamparémosla*¹.

¹ La resolucion suprema de 15 de Octubre de 1879 aprobó la supresion de la mision de S. Antonio. Casi tres años despues, con la ocasion de estar organizándose la expedicion esploradora del Pilcomayo, de que luego hablaremos, un tal Priamo (en el n. 787 de *El Comercio* de La Paz, 4 de Junio de 1882) lamentaba la pérdida de aquella mision, *incendiada por los reverendos padres*, como una gran falta para la empresa en proyecto. *Ese pueblo (escribia) ahora habria servido de mucho á los expedicionarios por las condiciones y recursos que le son peculiares. ¿Cual el objeto de semejante atentado? El monopolio y la absorcion centralizadora; pues, á los reverendos padres no les hace cuenta la civilizacion. Las razones no se ocultan á la perspicacia mas comun.* Estas palabras se manifiestan escritas con una pluma mojada en hiel. Cualquiera, que conozca ó haya conocido la situacion de la mision de S. Antonio, la escasez y casi nulidad de sus recursos, y la suma torpeza de sus habitantes, estará persuadido de que tanto hubiera podido ella servir á los expedicionarios del Pilcomayo, como á los del polo ártico. *Á la perspicacia mas comun* (como á la del Sr. Priamo) *en el atentado de los reverendos padres no se oculta el monopolio y la absorcion centralizadora*; pero, en nuestro corto juicio, el ojo mas miope alcanza á ver que el monopolio y la absorcion centralizadora debieran haber movido los reverendos padres, no á *incendiar*, sino á conservar á todo trance la mision. Finalmente, si sea verdad, que á los reverendos padres no les hace cuenta la civilizacion, lo manifiestan las páginas, que hemos escrito y vamos escribiendo. Aquellos, á quienes no hace cuenta la civilizacion son los de la ralea de Priamo; los que consideran los terrenos de los indigenas como baldios debidos al primer ocupante ó usurpador; los que consideran á los indios, como á viles esclavos ó bestias de carga para servirse de ellos segun

El 28 de Agosto, el P. Marcelletti taciturno y melancólico vadeaba el Pilcomayo, dirigiéndose á S. Francisco, y abandonando para siempre el lugar, que por tantos años habia regado inútilmente con sus sudores y lágrimas.

todos los caprichos de su codicia y voluptuosidad. Para esto sirven de embarazo los reverendos padres; y por eso aquellos señores los maldicen, los persiguen, y quisieran verlos arrojados de las misiones. Y si para lograrlo viene bien la mentira y la calumnia, las usan sin escrúpulo y sin pudor, fieles al documento del filósofo de Ferney: *Mentid, compañeros, mentid sin rebozo, siempre quedará de ello alguna cosa.*

XIX.

Consuelos sin fruto.

AL N-E. de Machareti, en el gracioso valle, que se extiende entre el último escalon de la cordillera oriental y la áspera sierra de Guacaya, viven unas cuatrocientas familias chiriguanas distribuidas en varios pueblecillos, entre los cuales distínguense por su numerosidad, Cuevo é Ivu. Aquel situado en un ribazo del arenoso arroyuelo homónimo, y este yaciendo en una verde pradera, junto á unos manantiales de agua, que con su corto caudal le dan tambien el nombre ¹.

La noticia de la humana redencion obrada por la Caridad infinita no ha llegado aun á esas familias desventuradas; y ellas opusieron hasta estos últimos años una resistencia obstinada á los que querian anunciársela.

Aparte de las antiguas hostilidades, con que vejaron á los españoles en la larga lucha que toda su nacion con estos sostuvo; cuando en 1854 los alférezes de la Cruz la lleva-

¹ *Ivu* significa *ojo de agua*. Está en 20° 12' 49" lat. S., y 63° 57' 29" long. O. Cuevo está en 20° 13' 50" lat. S., y 64° 7' 44" long. O. de París.

ron al otro lado del Pilcomayo, los cueveños se aliaron con sus amigos y deudos de Guacaya y Macharetí para perseguirlos, y derribar el estandarte de la redencion levantado en Tarairí y S. Francisco. Y cuando en 1859, celebrados en el Pilcomayo los tratados de paces con los tobas, el P. Giannelli entró á Ivu para ofrecer á sus habitantes, en nombre del Jefe de la provincia de Salinas, amistad y alianza, estos recibieron con manifestaciones hostiles al mensajero de la paz. Queda referida ya la alevosa muerte que dieron al infeliz cacique de Macharetí, y el formidable asalto á aquella naciente colonia, por ellos promovido y acaudillado.

En 1873 habiendo desertado los tobas de su mision, los de Cuevo se apresuraron á convidarlos á sus pueblos para reanudar con ellos la antigua alianza, y el criminal cambio de los robos de Caiza. Dos años despues, en el general alzamiento referido en el § antecedente, no se escusaron los cueveños é iveños de unir sus esfuerzos á los de sus compatriotas para reconquistar la integridad de la independencia y del territorio nacional. Mas, escarmentados por la preponderancia de las armas cristianas, aterrorizados por la matanza de Caipependi, consternados al ver exterminados de Guacaya á los mas valientes de la nacion, y levantado allí un fuerte; temerosos de incurrir en la misma desgracia, y verse precisados á desamparar las queridas posesiones de sus abuelos, se presentaron en 1876 al Jefe de la provincia de Cordillera, ofreciéndole espontáneamente unas tierras, de las cuales de dia en dia temian ser arrojados por la fuerza. No aguardaron los cordillereños á que se les repitiese la invitacion; y sin solicitar ni tener autorizacion alguna, corrieron á posesionarse de los pingües pasturajes con que se les brindaba, construyendo con el nombre de fortines en Cuevo é Ivu dos mezquinas empalizadas, que con mas propiedad hubieran podido llamarse corrales.

Los antiguos poseedores no tardaron en reconocer, que con la venida de los nuevos huéspedes habian perdido, no

solo el dominio de sus tierras, sino tambien él de sus hijos y mujeres, su libertad personal, y todo su bienestar. No cambiaron de condicion, cuando dos años despues los provincianos del Acero fueron á ocupar por órden suprema los establecimientos de los de Cordillera. Entre los unos y los otros hubo hombres crueles é impúdicos, que abusando del poder y de la fuerza, conculcando las leyes de la justicia, de la humanidad y del pudor, violando los derechos mas sagrados del individuo y de la familia, afrentaron, vejaron, oprimieron á los pobres indígenas.

En medio de su desgracia recordaron estos la tranquila y holgada vida de sus compatricios de Tarairí y Macharetí, y para redimirse de tantos males imploraron el amparo de aquellos, que en otro tiempo tan indignamente habian perseguido.

El primero en buscar á un redentor, fué él que mas habia sufrido, Asucari, principal cacique de Ivu. Huyendo de las persecuciones, con que los colonos no le dejahan un dia de reposo, en Junio de 1878, abandonó su pais natal, y buscó un asilo en nuestras misiones de la banda oriental del Pilcomayo. Poco despues, fué á presentarse en Aguairenda al P. Prefecto, que era Fr. Doroteo Gianneccchini, pidiéndole con encarecidas súplicas que enviase á Ivu á un misionero para libertar á su gente de la intolerable opresion, en que gemia. Luego pasó á este Colegio repitiendo las mismas instancias, y solicitando con agreste importunidad que se les diese desde luego á un padre para llevárselo consigo á su pueblo. Se le procuró consolar con promesas y esperanzas; pues por entonces no se podia mas.

El ejemplo del cacique de Ivu fué presto imitado por él de las familias de Cuevo. Este era Guani, yerno y asesino del infeliz Taruncunti, y antiguo enemigo de las misiones y de los misioneros. En cuantas fechorías los de su nacion habian cometido contra estos y aquellas, él habia sido siempre ó cómplice, ó caudillo. Prófugo de su patria, en donde no se consideraba seguro, oculto desde años atrás

en las madrigueras chiriguanas situadas al E. de Macharetí, urdía desde allí sus felonías, y salía á ejecutarlas, acompañado ya de sus compatricios, ya de los tobas. Cansado finalmente de sus mismas maldades, y sobre todo de la zozobrosa vida á que estas lo condenaban, despues de las guerras del 74, regresó á su pais natal, esperando gozar de alguna tranquilidad á la sombra de los colonos, que allí acababan de establecerse. Mas, muy presto desengañado por los maltratamientos, que sin cesar recibian él y sus familias, reconoció al fin que no gozaria de paz, sino llamando á su pueblo á los que con tanto teson se habia esforzado arrojar de Macharetí y Tarairí.

Venciendo la vergüenza y el temor que lo detenian, apurado por su desgracia, á principios de 1878 marchó á Macharetí para reconciliarse ante todo con su cuñado Mandepónai, cacique principal de aquella mision, quien despues de la alevosa muerte de su padre Taruncunti habia jurado tomar, cuando quiera que fuese, venganza del cruel paricidio. Contento con esta pública y solemne satisfaccion, el cacique de Macharetí perdonó generosamente á su cuñado, y luego lo acompañó á San Francisco, donde hallábase el P. Prefecto. Delante de este confesó el humillado Guani sus delitos, sus yerros y su desengaño, y en compensacion de los antiguos agravios se ofreció para siempre con sus familias y pueblo al misionero. Este abrazó afectuosamente á aquel hijo pródigo, lo consoló con todas las ternezas que en aquel momento le puso en los labios su corazon conmovido, y asegurándole un perpetuo olvido de lo pasado, le prometió hacer cuanto pudiese para librarle de los males que lo agoviaban, y procurarle la felicidad que pedia. Consolado y gozoso se restituyó el cacique á Cuevo.

Siguiólo, algunos dias despues, el P. Prefecto deseoso de reconocer, antes de dar ulteriores pasos, así las condiciones del lugar, como las disposiciones de los habitantes. Al caer de la tarde del 3 de Febrero, se apeaba en Ivu.

« Al día siguiente (dice él mismo en la relacion que remitió á este Colegio) bien de mañana se hallaban ya reunidos para visitarme los siguientes capitanes: Guani, Yaguarepoti, Anduira, Nambi, Araguina, Barandai, Güiracayu, Arigitte, Chitu, Carema y Catuari. El capitán Asucari, como promotor principal del asunto, en breves palabras les refirió lo que habia tenido que padecer desde el pasado Junio, en que se vió obligado á emigrar de su tierra natal por motivo de las vejaciones de los cristianos, hasta la fecha en que volvía á pisar su tierra; les recordó los encargos que todos ellos le habian hecho de traerles al P. misionero, y que de su parte al través de dificultades, sinsabores, amenazas y hambre tenia ahora la satisfaccion de poderles presentar no solo á un misionero, sino al jefe de ellos: que dijeran pues ahora en mi presencia lo que sentian.

« Entonces uno por uno los jefes de Ivu y Cuevo me manifestaron la decidida voluntad que tenian, y el deseo grande de que cuanto antes me estableciera entre ellos; y que en prueba de ello se me entregaban una vez para siempre con sus vasallos, mujeres, hijos y tierras, declarándose desde luego su padre, abogado, protector y defensor de sus personas y bienes. Esta confesion y manifestacion unánime de dichos jefes me llenó de gozo y de consuelo; les contesté pues que estuviesen tranquilos, que yo daría los pasos necesarios para llenar cuanto antes sus ardientes deseos ».

La noticia de la llegada del P. Prefecto á Ivu, y de su conversacion con los indígenas, voló en un momento á la vecina colonia de Cuevo, y causó en ella el alboroto que causara en la antigua Jerusalem el arribo de los Magos en averiguaciones del recién nacido Rey de los Judíos. Como si los caciques tratando con el misionero hubiesen tratado con un enemigo de la Nacion, como si negociando sus mas importantes intereses hubieran tramado una atroz felonía contra el Estado, el mandatario de Cuevo montó

incontinenti á caballo, y escoltado por una cuadrilla de los suyos marchó sobre Ivu. Por el camino encontró á los caciques, que tranquilos y alegres regresaban del parlamento; mandó luego apresarlos, los cargó de insultos, los estropeó con el látigo, los amenazó de mil modos, y hécholos conducir así presos al vecino fortin, los condenó á barrerlo; castigo el mas afrentoso para los chiriguanos, sumamente aborrecido por ellos, y mucho mas por los caciques.

Nos pesa manchar nuestras páginas con estos relatos: pero, mientras con la mayor injusticia plumas inverecundas hieren la honra de los ministros del Evangelio, ¿deberá la veracidad de la historia cubrir con el velo del silencio las torpes hazañas de los enemigos de la cruz, y de la civilizacion?...

À pesar de las egregias disposiciones de los de Cuevo é Ivu, no pareció oportuno ni posible por entonces el secundarlas. La escasez de operarios que padecia el Colegio, la gran dificultad de obtener nuevos de Europa, la conocida inconstancia de los mismos indios, y en fin la violenta oposicion, que se preveia, de los que habian llenado ya de ganados aquel territorio, obligaron á nuestros misioneros á comprimir las ansias que tenian de ir desde luego á levantar el árbol de la verdadera libertad entre aquellas familias oprimidas. Deslizáronse así casi tres años, y en todo este no corto trascurso de tiempo, lejos de resfriarse los deseos de los indígenas, fueron encendiéndose siempre mas, porque lejos de aligerarse su desgracia, iba siempre mas agravándose. Asucari viajó segunda vez á Tarija, haciéndose acompañar por el cacique principal de Tarairí, para que le sirviese de medianero ya con el Guardian del Colegio, ya con el Prefecto del departamento á fin de lograr el consuelo, que desde tanto tiempo solicitaba. En las reducciones eran casi cotidianas las visitas ya de un cacique ya de otro al P. Prefecto, instándolo hasta la importunidad porque no retardase mas el envío de un misionero, ni permitiese que se prolongaran tanto sus sufrimientos y esperanzas.

Vencidos nuestros misioneros por tan continuos y afanosos clamores, juzgaron ser ya un deber indeclinable el atenderlos, sin reparar en dificultades, y á costa de cualquier sacrificio. Á fines pues de Enero de 1881 se dirigieron, segun lo dispuesto por el reglamento de misiones, al Ilmo. Sr. Arzobispo de la Plata, rogándole que interpusiese su mediacion con el Jefe supremo de la República á fin de que este otorgase el requerido asentimiento para fundar una mision conversora en los parajes de Cuevo é Ivu. El dignísimo Prelado repitió por tres veces sus oficios al Gobierno, apoyando é impulsando con el celo propio de su ministerio la santa empresa. Igual apoyo le dieron los SS. Prefectos de Sucre y Santa Cruz.

Se aguardaba pues de dia á dia el despacho de una peticion tan justa, y favorecida por tan respetables personajes: y entre tanto el P. Prefecto envió desde Macharettí un mensaje á Asucari, quien poco tiempo antes habia vuelto á su Ivu, encargándole que avisase á todos los caciques como ya les iba á llegar el feliz momento desde tantos años suspirado. Asucari cumplió el encargo: en seguida marchó á Macharettí, y puesto en la presencia del misionero: *Tu mensaje*, le dijo (estampamos sus palabras sin añadirles ni quitarles), *ha sido un bálsamo á mi corazon, y á él de toda mi gente. Ahora estás contento de veras. Envíe tus buenas palabras á todos mis paisanos; á la media noche todos quedaron avisados, porque de dia no hubiéramos podido hablar con confianza por miedo de los Caráis*¹, *que nos cuentan los pasos cuando se trata de ir á hablar con el Prefecto de misiones: todos me han encargado decirte, que harto hubieran deseado venir no solo á hablarte, sino á llevarte de una vez en sus manos; mas, por el mismo temor se han quedado, envidándote por conducto mío su corazon, y asegurándote su cariño, adhesion y*

¹ Con este nombre los chiriguanoos llaman á los cristianos.

fidelidad, y que tan luego como tú te presentes allá, se reunirán todos á tus piés, serán tus hijos y soldados, y tú serás su padre y capitán en el punto que tú escojieres. Somos hartos, y formaremos un pueblo mucho mas grande que este de Machareti. El cacique, para escusar vejaciones, habia salido de Ivu fingiendo ir á cazar venados y buscar un caballo perdido: por el mismo motivo tuvo que regresarse inmediatamente.

Los pobres cueveños consolábanse con la esperanza de una felicidad que consideraban muy cercana, y que sin embargo estaba aun muy lejos de ellos. Porque, mientras los ángeles de la paz se disponían á entrar á sus pueblos, salió á atravesárseles al paso el demonio de la codicia, temeroso de perder con la venida de aquellos lo que tenia usurpado. No se arredraron nuestros misioneros; tentaron todos los caminos, y no dejaron piedra por mover á fin de llegar á romper las cadenas de aquellas tribus esclavizadas, y restituirlas al goce de los derechos, de que habian sido despojadas¹. Pero, todo esfuerzo fué inútil: el ruin egoismo, la torpe codicia de tierras triunfó sobre las nobles aspiraciones, los generosos conatos de la caridad y del celo. Los intereses públicos quedaron pospuestos á los privados: el provecho de algunas vacas pesó mas que el bienestar temporal y eterno de cuatro mil esclavos de la desgracia, que llevan el sello de la Divinidad, y cuestan la sangre de un Dios!

Los infelices indígenas, cansados de tanto sufrir y

¹ Uno de los medios, de que se valieron nuestros Padres para superar la resistencia que se oponía á la nueva fundación, fué empeñarse con los HH. Senadores D. Bernardo Trigo y D. Samuel Achá para que perorasen en la Asamblea nacional de 1882 por la causa de los infelices de Cuevq. Con un celo digno del mayor elogio los dos ilustres hijos de Tarija cumplieron con el encargo; pero sin fruto. En testimonio de nuestra gratitud, estampamos sus nombres en estas páginas, deseándoles que lo estén en las del Libro de la vida.

esperar, empezaron por último á desbandarse. Una gran parte de ellos ha abandonado ya el pais que lo viera nacer; y quizá, antes de mucho tiempo, en aquellos pobladísimos campos se verán solo huellas de vacas y vaqueros.

Al mismo tiempo que nuestros misioneros hacian sus esfuerzos para entrar con el estandarte de la redencion á las campiñas de Cuevo é Ivu, volvió á brillarles un rayo de esperanza de poder nuevamente levantarlo entre los hijos del Pilcomayo. Despues de la desercion de los tobas de San Francisco, no habian dejado de ensayar los medios que les inspiraba su celo para reconducirlos al redil del buen Pastor; pero incidentes, que largo seria é inútil referir, habian inutilizado sus esfuerzos. Especialmente el celosísimo P. Marino Mariani, que tanto habia influido en la primera conquista de los tobas en 1859, cuando en Mayo de 1876 la voz unánime de los Padres de Tarija le encargó la prefectura de misiones, concibió el proyecto de atraerlos de nuevo bajo la sombra de la Cruz salvadora. En efecto, habia logrado ya reunir en la mision de San Antonio un buen número de los antiguos tobas de San Francisco, y se preparaba á establecerlos en Imbochi, ó en Bella-Esperanza, ó en algun otro punto, donde, apartados del contubernio de sus antagonistas los chiriguanos, se les pudiese sin estorbo iniciar en las suaves costumbres de la civilizacion cristiana. La repentina muerte de aquel hombre apostólico, sucedida en Macharetí á 8 de Octubre de 1877, paralizó tan bella empresa ¹.

Dos años despues, los noctenes de San Antonio, siguiendo el ejemplo de los tobas de San Francisco, desertaron de su mision: y unos y otros abandonados del todo á sus ciegos instintos, andaban miseramente errando entre

¹ Compañero por muchos años del P. Marino y testigo de sus no ordinarias virtudes, en su elogio diré solo que fué un verdadero hijo de S. Francisco y un digno ministro del Evangelio. Era natural de Siena, y murió á los 50 años de edad, 32 de vida religiosa y 25 de apostolado.

las tinieblas de su vida salvaje, cuando en 1881 pareció que les iba á amanecer un nuevo día de gracia.

Sirome, cacique de los Güisnais (tribu diferente de los noctenes solo por el nombre), en Setiembre del indicado año convidó los vecinos de Itiyuru á que fuesen á establecerse en su pueblo, situado en la ribera derecha del Pilcomayo, y á no muy larga distancia de donde se bifurca su corriente. Los itiyureños, á su vez, deseosos de tener consigo á un sacerdote que les administrase los auxilios religiosos en la futura colonia, rogaron al P. Prefecto de nuestras misiones para que junto á ella fundase una mision, en donde reunidas las familias de Sirome recibiesen el beneficio de la fe y de la civilizacion. El Prefecto no podia negarse á una invitacion, que le facilitaba medios tan oportunos para engrandecer el reino de Jesucristo. Igualmente las Autoridades del Chaco recomendaron la empresa, y prometieron favorecerla; y ya se disponia lo necesario para realizarla en el invierno de 1882. Iba á darse un paso gigantesco; porque con la fundacion de la nueva Colonia, los tobas y noctenes quedaban como encarcelados entre ella y las misiones del O.; y se verian forzados, ó á entrar en una constante alianza con los cristianos, ó á mudarse á otra parte. De un modo y de otro los pueblos y misiones del Chaco se verian libres de los incesantes daños que sufrían de aquellos formidables vecinos. Además, desde el pueblo de Sirome se podian fácilmente extender las conquistas, y plantar á lo largo de las márgenes del Pilcomayo el estandarte de Cristo y de Bolivia hasta el Paraguay.

Empresas mas ruidosas paralizaron la modesta empresa de los itiyureños y de los misioneros.

À principios de 1882, el supremo Gobierno dispuso una expedicion, que recorriendo la márgen derecha del Pilcomayo, trazase un camino hasta el Paraguay. Nuestro Prefecto de misiones fué convidado á agregarse al cuerpo expedicionario en cualidad de capellan é intérprete; lo que aceptó con gusto, pues esperaba de este modo reanudar

las relaciones con los prófugos de San Francisco y de San Antonio, y reconducirlos con las suaves persuasiones del amor al abandonado aprisco.

Mientras se consultaban en Tarija los medios para facilitar y realizar la proyectada expedicion, llegó á ella, en los primeros dias de Marzo, el ilustre viajero Mr. Julio Crevaux, con el análogo objeto de averiguar la navegabilidad del Pilcomayo, reconociendo sus corrientes hasta su reunion con las del Paraguay. Muy luego se estrechó en íntima amistad con el referido P. Prefecto; y en su compañía se trasladó á la mision de S. Francisco, donde nuestros misioneros se habian ofrecido proporcionarle todos los recursos y elementos necesarios para el embarque. En efecto, mediante su activa cooperacion, y la de sus neófitos, en el corto espacio de quince dias se concluyó la construccion de cuatro canoas, y se aprontó el abastecimiento completo de diez y seis expedicionarios para una navegacion de cuarenta y cinco dias.

Todo estaba ya dispuesto para la partida; pero antes de efectuarla, Mr. Crevaux, tan sabio como piadoso, quiso prevenirse con el mejor de los viáticos. Despues de haberse postrado á los piés del misionero pidiendo la absolucion de sus culpas, se postró al pié del altar para recibir la sagrada Eucaristía. Confortado así con el pan de los fuertes, la mañana del 19 de Abril, entre las lágrimas de los misioneros é indígenas que presentian algun siniestro, y se lo habian anunciado repetidas veces al atrevido navegante, se lanzó intrépido á la corriente.

Ocho dias navegó felizmente sin hallar dificultad alguna en el curso del rio, y recibiendo señales de amistad por parte de los salvajes habitantes de sus orillas. Con esas dolosas apariencias pretendian los perversos facilitarse la ejecucion del pérfido designio que tenian concebido. El dia 27, á las horas del medio dia, Mr. Crevaux y su comitiva habian saltado en tierra, quizás para hacer algunas observaciones; y sin armas ni cuidado alguno, iban paseándose

por la solitaria orilla. Cuando repentinamente de las vecinas espesuras desembocó un tropel de tobas, que se les lanzó encima con la furia de hienas rabiosas por hambre. Un momento despues la ominosa playa quedaba cubierta con quince cadáveres. Solo á un jovencito de unos diez y seis años se perdonó la vida, y quedó cautivo. Rescatado dos meses despues á diligencias del misionero de S. Francisco, refirió las circunstancias del feral suceso ¹.

La desgracia de la expedicion fluvial retardó, pero no impidió la terrestre, ordenada por el Gobierno. Salió esta de Villarodrigo el dia 1 de Octubre, y despues de haber parado nueve dias en el destruido fortin de Bella-Esperanza, recorrió las playas del Pilcomayo hasta el sitio que los chiriguanos llaman *Yguopéiti* (algarrobal), y que los caizeños bautizaron con el nombre de *S. Bárbara*. Allí de nuevo hizo alto, la mañana del 18.

Algunos dias despues, se presentó en el campamento el cacique Tesiguó con una tropilla de noctenes pertenecidos ya á la mision de S. Antonio. Fueron recibidos carifosamente y agasajados por el Jefe de la expedicion, que lo era el coronel Andres Rivas: y ellos por su parte no solo declararon sus pacíficas y amistosas disposiciones, sino que aun se ofrecieron á trasladarse cuanto antes con todas sus familias á S. Bárbara, y domiciliarse junto al fortin, que allí ideaban establecer los cristianos. Anunciaron asimismo que los tobas abrigaban iguales deseos de paz y amistad. Regocijéronse mucho los nuestros, y concibieron halagüeñas esperanzas; porque á la verdad las protestas y promesas de los noctenes parecian sinceras.

Las esperanzas duraron solo tres dias.

La mañana del 3 de Noviembre se hallaban veinte expedicionarios, casi sin armas y enteramente desprevenidos, pastoreando las caballerías en un campo á siete kilómetros de S. Bárbara. De improviso un gran número de tobas sa-

¹ V. Apéndice T.

lió del bosque adyacente, y unos rodeando la caballada lleváronse con la velocidad del viento doscientos y cincuenta animales, y otros arremetiendo á los caballerizos mataron á cuatro, é hirieron á uno. Los demás lograron salvar la vida escapándose al monte.

Fácil es imaginar el alboroto que suscitó en el campo cristiano la funesta noticia: todos se llenaron de despecho, ardieron de ira, juraron venganza. Ni tardó en ofrecérseles oportunidad para tomarla.

Tres dias despues, llegaron al campamento trece tobas, guiados por uno de los noctenes de Tesiguó, y trayendo una mula perdida por los nuestros en la travesía de Bella-Esperanza á S. Bárbara. Siendo su venida pacífica, como lo acreditaba la entrega de la mula, saludaron con festivo cariño al jefe y demás oficiales, estrechándoles amistosamente la mano. El coronel mandó regalarlos con una ración de carne y maiz, reservándose á interrogarlos mas tarde sobre los motivos y autores del último atentado; y segun resultara del exámen, tomar maduramente las disposiciones que conviniesen. Para ello pasó órdenes secretas de ponerlos en arresto cautelosamente; pero unos oficiales, ciegos de rabia y sedientos de venganza, se lanzaron á ejecutarlas.

Al sentirse los tobas impensadamente agarrados, se enfurecieron como tigre que se ve caido en la trampa; y para desembarazarse de sus agresores, y salvar la vida, hicieron todos los esfuerzos, que en momentos supremos inspira un coraje desesperado. Con las dos manos armadas de cuchillos, arrancados de los cinturones de los mismos cristianos, meneaban golpes á uno y otro lado, hiriendo á cuantos tentaban aproximárseles. Cercados de tanta gente y de tantos rifles tuvieron que sucumbir finalmente; pero solo despues de haber vendido bien caras sus vidas. Su muerte costó la de siete cristianos, y diez heridos.

Pasado el tumulto y restituida un tanto la calma, la vista de veinte y un cadáveres acrivillados y sangrientos

llenó á todos de pena y tristeza, así como la prevision de una feroz represalia por parte de los salvajes irritados los llenó de terror. En medio de esas hordas vengativas y sanguinarias no era posible ya avanzar un solo paso hácia el Paraguay, ni era fácil tampoco sostenerse en S. Bárbara. Al otro dia, 7 de Noviembre, el cuerpo expedicionario contramarchaba á Caiza¹.

Las esperanzas, que de la reconquista de los tobas y noctenes habian concebido nuestros misioneros, desvaneciéronse en un punto; y aquellos desventurados quedáronse mas hondamente sumidos en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

Con el corazon dolorido deponemos la pluma, elevando una humilde y ardiente súplica al Padre de todos, para que se compadezca de sus infelices criaturas del Pilcomayo, y haga sobre ellas resplandecer finalmente el Sol de verdad y gracia, que las alumbré y les dé vida.

¹ Los pormenores de ambas expediciones se hallan descritos con prolijidad y exactitud en la *Relacion de lo obrado por los PP. misioneros del Colegio de Tarija en las dos expediciones fluvial y terrestre al Pilcomayo del año de 1882*, y en el *Diario del viaje del P. Doroteo Gianmecchini capellan castrense de la expedicion terrestre al Chaco central en 1882*, publicados por la Imprenta de *El Trabajo* de Tarija en Marzo de 1883.

CUADRO SINÓPTICO DE LAS MISIONES DEL COLEGIO DE TARIJA

formado el 31 de Diciembre de 1883.

MISIONES	GRADOS DE		FAMILIAS DE		NÚMERO DE			TOTAL DE ALMAS	EN LAS ESCUELAS		ADMINISTRACION DE SACRAMENTOS ²		
	LATITUD S.	LONGITUD O. ¹	HOMB.	MUJERES	NIÑOS	CATEC. HOMB.	NIÑOS		Niños	Niñas	BAUTISMOS DE PAVULOS	CONFIRMACIONES	MATRIMONIOS
Itau ¹	21° 22' —	63° 9' 50"	44	—	180	8	5	193	17	35	4,029	219	234
Chimco.	21° 14' 7"	63° 4' 55"	22	9	94	7	42	143	15	14	749	433	410
Aguairenda	21° 42' 10"	62° 48' 35"	88	53	474	12	165	651	86	86	4,373	278	160
Tarairi	21° 5' 50"	62° 17' 4"	32	218	387	278	496	1,161	106	101	4,429	278	52
S. Francisco Solano	21° 16' 15"	62° 20' 2"	36	98	295	400	232	627	72	74	877	407	46
Machareti	20° 49' 58"	63° 13' 44"	11	607	192	604	2,530	3,226	400	400	626	411	47
Tigüipa.	20° 49' 58"	62° 14' 44"	4	459	155	132	630	917	90	76	394	62	4
Suma total			234	1,144	1,777	1,141	4,100	7,018	486	486	6,477	1,188	616

¹ Esta Mision, fundada en 1791 y abandonada en 1833, fué restablecida el año de 1845.

² Segun el meridiano de Greenwich.

³ Desde la fundacion de cada una de las misiones hasta todo Diciembre de 1883.



APÈNDICE.

APÈNDICE.

A.

(pág. 5.)

Primitivo estado del valle de Tarija.

 REEMOS hacer una cosa grata á nuestros lectores, dándoles aquí traducidas del frances, las observaciones hechas por H. A. Weddell, naturalista del Museo de historia natural de París, sobre el primitivo estado del valle de Tarija, y los fósiles que en él se encuentran ¹.

Valle de Tarija.

« Este valle tiene el aspecto de un inmenso canal, y tal sin duda fué en otro tiempo su destino. Las colinas esparcidas por su superficie, y que se elevan en algunos puntos á una considerable altura, atestiguan evidentemente, que él fué recorrido por unas corrientes mucho mas impetuosas de las que surcan hoy su suelo... En las inmediaciones de la ciudad se hace mas evidente la naturaleza diluvial del terreno. Este está cortado en todas partes por hondos barrancos, que se cruzan de mil maneras, formando verdaderos laberintos, y dejan de trecho en trecho aislados unos terromonteros de las formas mas bizarras. Pues bien, la mas

¹ *Voyage dans le Sud de la Bolivie*, etc. — París 1851 — cap. 9, y 14.

simple observacion de esas moles, ó de las paredes de esos barrancos demuestra, que el suelo del valle de Tarija está formado, hasta una profundidad muy considerable, de un inmenso lecho de limo, cuyo origen es debido ya á un agua tranquila, ya á una corriente, como parecen probarlo las capas de guijarros, que acá y allá se intercalan en el seno de la masa limosa ».

Fósiles.

« No tardé en persuadirme, que no eran solo restos de Mastodontes los que poblaban los aluviones del valle... En los 4 ó 5 meses de mi permanencia en Tarija tuve la fortuna de descubrir los restos de unos quince mamíferos. Entre ellos, debo citar, despues del *Mastodonte Humboldtii*, muchos de aquellos monstruos desdentados, de los cuales Mr. Owen, en estos últimos tiempos, ha hecho conocer géneros tan remarcables, y cuyos cuerpos estaban generalmente cubiertos de una concha huesosa como la de los tatos. Entre los restos mas curiosos de estos animales singulares, conseguí la cabeza entera de un *Scelidotherium leptocéphalum*. Encontré tambien algunos huesos y dientes del *Megatherium*, cuya talla escedia á la de los mas grandes rincerontes; fragmentos de una concha de *Gliptodonte*; en fin, una parte de la cabeza de un pequeño tato muy parecido á los que se encuentran actualmente en América.

« Los rumiantes estaban numerosamente representados en el depósito. Junto á muchos grandes ciervos, citaré aquí el curioso *Macrauchenia patachónica* de Owen... Este animal tenia la talla de un camello.

« En cuanto á roedores no hallé mas que un cabiai, el cual, si se ha de juzgar por los fragmentos de su mandíbula, únicos restos que yo encontré, debia ser muy semejante al capivara de nuestros dias.

« Los solípedos tenian por representante una magnífica especie de caballo, mas grande al parecer que la nuestra,

y especialmente remarcable por la largura de su quijada, y el grande intervalo existente entre sus dientes incisivos y la primera muela. Esta especie quizás sea la misma que aquella, de la cual Mr. Darwin trajo un diente, y á la que Owen no ha creído deber todavía aplicar un nombre específico. Como nadie ha pensado en dar un nombre á la mia, yo, fundándome en el carácter que he indicado, propondría llamarla *Equus macrognathus*.

« En fin, por cerrar la lista de mis descubrimientos paleontológicos, diré que Mr. Laurillard ha reconocido en mi coleccion huesos tarsianos, que refiere al género de Osos. Este seria el solo carnívoros, que habria existido en medio de tantos herbívoros¹.

« ¿ Cual era el pais, que criaba estos grandes cuadrúpedos?... No es fácil afirmarlo... El aislamiento casi constante de los fragmentos de esqueletos que he observado, el estado incompleto en que se presentan generalmente las osamentas, su distribucion desordenada en el seno de una masa de aluviones bastante heterogénea, en fin, los numerosos guijarros advenedizos en cuyo medio se hallan, hacen creer que estos restos han sido traídos de una cierta distancia, y depositados por las aguas á su paso por el valle, á consecuencia sin duda de una considerable disminucion de sus corrientes ».

B.

(pág. 8.)

Provision del Virey para la fundacion de Tarija.

« Don Francisco de Toledo, mayordomo de su Majestad, visorrey é capitán general en estos Reinos é Provincias

¹ El Sr. Lavagna acaba de descubrir en las lomas y serranía cerca de Santa Ana, á 5 leguas de Tarija, varias clases de conchas, caracoles, y pescados fósiles, depositados en rochas areniscas. Gozamos de anunciar este nuevo descubrimiento, aguardamos las ilustraciones que sobre él nos ha prometido publicar el sabio viajero italiano en la *Relacion de su viaje*.

del Pirú, etc. Por quanto despues de haber llegado á esta provincia de los Charcas en la prosecucion de vissita general, que por mi persona hago para dar asiento y estabilidad en las cossas de estos Reinos, como su Magestad me lo tiene cometido y encargado: vistos los daños, muertes y robos, que los indios Chiriguanáes án fecho en los vassallos de su Magestad así Españoles como Indios, que án estado y están en aquella frontera, é tratado con ellos medios de paz para ponellos baxo de la obediencia de su Magestad; á parescido para lo que adelante se podría ofrezzer, é para la defensa de los Españoles é Indios vassallos de su Magestad, que se agan algunas poblaciones de Españoles en aquella frontera, y que la primera que se hiziere sea en el Valle de Tarixa, por ser de tanta importancia y reparo para los efectos susodichos y de los dichos daños. Y por que aviendo tratado con Luis de Fuentes, que al pressente está en esta dicha ciudad de la Plata, lo tocante á la dicha poblacion, se la é cometido y encargado para que la aga en el dicho valle de Tarixa, en la parte dél mas combeniente para la dicha defensa, y de mejor sitio y comodidad para la salud y conservacion de las personas, que allí fueren á vivir y morar, è ordenado que la dicha poblacion se aga con hasta quarenta ó cinquenta hombres, y que se llame y nombre la Villa de San Bernardo de la Frontera de Tarixa. Y el dicho Luis de Fuentes por servir á su Majestad quiere hazer la dicha poblacion con los dichos quarenta ó cinquenta hombres, é para ello se le á de dar título de Capitan y Justicia mayor, y concedérsele otras cossas que me á pedido y suplicado para el dicho efecto: á todo lo cual se le á respondido. Y porque está acordado que el dicho Luis de Fuentes salga á hazer la dicha poblacion con las dichas personas para veinte y ocho dias de Hebrero, y antes si fuere posible, por combenir tanto que con toda brevedad se faga la dicha poblacion. Y porque estóy informado que en vos el dicho Luis de Fuentes concurren las partes y calidades que se requieren para usar de dicho oficio de Capitan y Justicia

mayor de la dicha Villa de San Bernardo de Tarixa y su jurisdiccion, que á de ser veinte leguas de jurisdiccion házia los Indios Chichas y tierra de paz; y en lo que toca á la jurisdiccion que abéis de tener házia los Indios Chiriguanáes y Pueblos de Guacane y Guacaya y Comechenes se os á de dar y dará la jurisdiccion que convenga, porque á de ser sin perjuizio de las demás poblaciones que se hizieren: y por agora os señalo treinta leguas por aquella parte házia los Indios Chiriguanáes por la limitacion que se hiziere en la medida de las leguas: Mandé dar y dí la pressente, por la cual en nombre de su Magestad é por virtud de los poderes y comisiones que de su persona real tengo, que por su notoriedad no van aquí inssertas; y atento á que así combiene á su real servicio, é para los efectos susodichos, vos elijo, nombro é proveo por Capitan é Justicia mayor de la dicha Villa de San Bernardo de Tarixa, que así é mandado poblar é fundar en el dicho valle de Tarixa, é de la dicha jurisdiccion, que está declarado que tengáis como dicho es, por tiempo de seis años ¹, para que como tal Capitan é Justicia mayor podáis tener en paz y en justicia á las personas Españoles é Indios que fueren á la dicha poblacion, y estuvieren é residieren en la dicha villa y su jurisdiccion; y hagáis predicar el sagrado Evangelio y enseñar las cosas de nuestra sancta Fee católica á los naturales infieles é Indios bautizados cristianos, que en la dicha villa y su jurisdiccion ai y ubiere; para lo qual avéis de llevar Sacerdote, como está acordado, para que los naturales dichos resciban nuestra sancta Fee católica y religion cristiana, y se sujeten en quanto á lo espiritual á la obediencia de la sancta madre Iglesia romana, y en lo temporal al señorío, é á la corona de Castilla é de Leon, conservando los avitantes del dicho valle é jurisdiccion de la dicha villa en la posesion é señorío de todos sus bienes, que derecha

¹ A 12 de Julio de 1577, el mismo virey Toledo confirmó á Luis de Fuentes en su oficio *por todos los dias de su vida*.

é justamente tuvieren y les pertenezieren, sin les azer ninguna opression; para lo qual tengáis la justicia real de su Magestad cevil y criminal, como tal Justicia mayor de la dicha villa é su jurisdiccion, y administréis justicia en todos los cassos y cossas conforme á derecho. È por la presente vos doy comision para que podáis dar é repartir solares é tierras, chácaras, huertas, estanzias é caballerías y otros aprovechamientos en la dicha villa é su jurisdiccion á las personas que con vos fueren á la dicha poblacion; etc., etc.... Fecho en la Plata á veinte é dos dias del mes de Henero de mill, y quinientos, y setenta y quatro años. — Don Francisco de Toledo. — Por mandato de su Excelencia: Alvaro Ruiz de Navamuel ».

C.

(pág. 28.)

La santa Cruz de Tarija.

En uno de los altares laterales de la segunda iglesia, inaugurada en 1645, se colocó una Cruz; á la cual el devoto pueblo tarijeño tributaba y tributa hasta hoy especial veneracion, inspirada por lo maravilloso de su hallazgo, y por los beneficios mediante ella recibidos.

El P. Fr. Diego Mendoza, en el libro I, cap. 21 de su Crónica de la provincia de S. Antonio de los Charcas, nos dejó la relacion del descubrimiento de esta santa Cruz, de su traslacion á este Colegio, y de las maravillas obradas por ella. La insertamos aquí, copiada testualmente en cuanto á la sustancia, y cercenando solo algunas frases redundantes con que el autor, siguiendo el genio de su siglo, quiso adornar su relato; y que hoy servirían únicamente para hacer algun tanto pesada y embarazosa su lectura.

« En el año de 1616, siendo el capitan Joan Porcel de Padilla correjidor de la villa de Tarija, quando fundó un pueblo en el valle de las Salinas, entre los indios de

guerra Chiriguanáes, á quien llamó el pueblo de *las Torres*; en el término que cupo por repartimiento al capitan Roa, á quien puso por nombre *San Antonio*, un indio de los nuestros cristiano (que vivió hasta la traslacion de la santa Cruz á nuestro Convento de Tarija, y de quien por estenso supimos en forma el caso, concordante con el escrito auténtico), saliendo un Domingo de mañana con otros indios á cortar madera, se adelantó media legua del valle entre un áspero bosque, con arco y flecha, á cazar algunos venados. Y siguiendo á uno de gentil disposicion, y fijando en él la mirada, en breve espacio le vió ocultarse en una gruta de dos rajados peñascos, donde, juzgando ser su madriguera, llegó el indio, cuidadoso de algun peligro, por los muchos tigres, osos y onzas de que abunda aquella espesura hasta entonces, al parecer, no hollada de humanas plantas, por lo agrio de su aspereza y desierta habitacion. Apenas se hizo dueño de la rotura del peñasco, por donde el gamo halló entrada á su refugio, cuando descubrió por entrañas de aquel risco una oscura cueva, que sin duda fué albergue de algun Apóstol ó discípulo suyo, segun las señas y despojos, que ocupaban sus espacios. Á la puerta de la cueva hacia apacible sombra una gruesa y hermosa palma silvestre; y por encima del peñasco se arrojaba al suelo un arroyuelo de agua en pocos hilos deshebrado, suficiente á la sed del que habitó aquel desierto, y al riego de muchas plantas de su contorno. Dentro de la cueva, sobre tres pirámides de medianas piedras descansaba una Cruz de un grueso madero de árbol de quinaquina, de los muchos que crián aquellas montañas. Era hasta quince piés de largo, y dos tercias en redondo de grueso, vestido de su natural corteza; y con tres clavos de la misma madera, ochavadas las cabezas, dispuestos en forma en los brazos y pié. En prueba que estuvo en algun tiempo enarbolada aquella santa Cruz en la tierra, mostrábase algo ajado de humedad el extremo del pié casi una vara.

« Quedó el indio con novedad tan estraña, cuanto agena

de paraje tan desierto, casi inmóvil de admirado. Vuelto en sí, prorumpiendo en lágrimas, llegó de rodillas á la santa Cruz, y puso en ella con toda humildad y reverencia los labios. Salió de la cueva mas veloz que habia venido; corrió á dar parte de aquel celestial prodigio á la gente que habia dejado cortando madera en la vecina montaña; y pasó adelante á dar cuenta de aquel tan estraño caso á los españoles del pueblo de las Torres, y á todos los que encontraba en el camino, y moraban en aquel distrito. Al otro dia el maese de campo, D. Lope Ruiz de Gambóa, con todos los soldados y gente que se halló en aquel partido, fueron á la cueva donde la santa Cruz estaba, guiándoles el indio descubridor; y con mucha reverencia, devocion y lágrimas habiéndola adorado, la llevaron en procesion al pueblo de las Torres (en el valle de las Salinas), y en hombros de doce hombres por ser de muchísimo peso. Depositáronla en la iglesia parroquial; haciendo todos de mancomun donacion de aquella santa reliquia al Convento de N. P. S. Francisco, que allí se fundase; habiendo señalado el Maese de campo sitio y lugar para su fundacion.

« Luego manifestó Dios ser aquella reliquia milagrosa; porque, habiendo reñido unos soldados, salió uno de ellos, llamado Francisco del Cerro, atravesado de una estocada mortal, que apagaba un hacha por la herida, y se desataba en sangre, sin poderle hacer cura de importancia, así por falta de cirujano y medicinas, como por el riesgo grande de la herida; hasta que, á falta de los remedios humanos, acordaron de recurrir al divino. Diéronle en agua unos polvos de aserradura de la santa Cruz; y fué tan milagroso remedio, que luego, no solo se le restañó la sangre, mas estuvo bueno, y dentro de cuatro dias se halló sano de la herida, sin otra diligencia humana; y vive en la villa de Tarija, pregonero de esta maravilla en su persona. Con tan evidente milagro creció la devocion en los fieles, que reconocidos á tan soberano beneficio, fueron todos á dar gra-

cias á Dios á la iglesia, adorando con mayor reverencia aquella preciosa reliquia.

« Sucedió poco despues, que dando un impreviso asalto los indios chiriguanáes al pueblo de las Torres en una noche lóbrega y lluviosa, pusieron fuego á la iglesia por las cuatro partes en cuadro. Y acudiendo la gente cristiana á apagar el incendio, viendo ya toda la iglesia abrasada, un soldado lleno de viva fe á la santa Cruz, se arrojó por en medio de las llamas, cuando mas voraces ardian, con resolucion de librar de aquel fuego la santa reliquia. Y abrazándose con ella (siendo tan pesada, que fueron menester doce hombres para traerla), la sacó por medio de las llamas tan ligeramente, como si no tuviese peso alguno. Y menos padeció lesion alguna: solo la santa Cruz sacó la señal del fuego (para memoria del prodigio) en un lado, sin haber prendido en ella el fuego tan voraz, que hasta el cáliz, que estaba encima del altar, quedó hecho una plancha de plata derretido, y las paredes de la iglesia mas ceniza que tierra.

« Muchas diligencias se hicieron (así por el maese de campo D. Lope Ruiz de Gambóa, como por el correjidor de la villa de Tarija, y nuestros indios cristianos), con los de guerra á fin de averiguar el origen de esta santa Cruz, y quien fuese su autor, y habitador de aquella cueva donde se habia hallado: y lo mas que pudo averiguarse, por antiquísimas tradiciones de aquellos infieles fué, *que un hombre de alta disposicion, blanco de rostro, de barba larga, dilatado el cabello, que usaba de vestiduras largas hasta casi los piés, la túnica y la capa ó manto en cuadro; andaba con aquel madero predicándoles que Dios habia venido al mundo, y que habia muerto en otro madero como aquel; y viendo que no le querian creer ni admitir su doctrina, habia recogido en aquella cueva donde estubo mucho tiempo, y se habia ido mas adelante y dejado aquel madero en aquella cueva. Mas, no obstante de no haberle creído, conservaban allí aquel madero por memoria de la venida de aquel hombre*

tan peregrino y fuera del uso de ellos ; sin atreverse ninguno á llegar á él, porque así se lo habian mandado sus padres y mayores. Esto fué lo mas, que de aquellos infieles pudo averiguarse entre los mas antiguos de ellos, y que mejor observaban las memorias de sus pasados ; sin que, por diligencia alguna, de las muchas que por los españoles y muchos religiosos se hicieron, se pudiese descubrir mas luz, ni que hubiesen visto á español alguno en sus regiones, antes de la poblacion del valle de Tarija y de las Salinas.

« El año de 1631, viendo nuestros religiosos de la villa de Tarija cuan imposibilitada estaba de poder ir adelante la fundacion del pueblo de las Torres, y que cada dia se iba despoblando sin haber quedado en ella mas que los negros del fundador ; hubieron de recurrir á la R. Audiencia de los Charcas con la donacion de la santa Cruz hecha á nuestro Convento y Orden. Ganámos provision para traerla al convento de N. P. S. Francisco de Tarija : lo que con no pequeña dificultad pudo conseguir el P. Fr. Estévan de Masquivan, guardian de aquel convento ; porque los negros del pueblo de las Torres, por no perder aquella reliquia, la habian escondido en el monte. Mas en fin se halló ; y se trajo con grandísima veneracion, regocijo espiritual y festivas demostraciones de devocion, con que salió á recibirla el pueblo ; y se colocó en la iglesia de nuestro convento con mucha reverencia en el altar mayor, hasta que se trasladó á la iglesia nueva, en una capilla del crucero al lado del Evangelio, el año de 1645, donde está con toda decencia y veneracion. Cada dia obra Dios por esta santa reliquia muchas maravillas, así con enfermos dándoles salud, como con toda la tierra en las secas del tiempo, que en sacando la santa Cruz en procesion, luego se entolda el cielo, y llueve en abundancia á los sembrados y viñas de aquellos valles. Con que crece mas su devocion ; y se tiene á mucha dicha haber á las manos alguna raja de esta santa reliquia ».

Hasta aquí Fr. Diego Mendoza, cuyo testimonio parece no poderse prudentemente recusar, puesto que oyó la relación del hecho de la boca del mismo indio que halló la Cruz; y concluyó su historia por los años de 1655, cuando era fresquísimo el recuerdo de los sucesos, y vivían aun los testigos presenciales¹. Puede quizá dudarse de la veracidad de los indios en afirmar la tradición del hombre desconocido, que dejó depositada la Cruz en aquella cueva solitaria; sin embargo, no solo á los chiriguano de Salinas, sino á otros muchos indios de este nuevo mundo tenemos por testigos de una tradición antiquísima acerca de la venida á estas regiones de un hombre peregrino anunciando una nueva religión. Muchos y graves autores la refieren, la han examinado y no la desprecian. Una crítica exigente (especialmente si es poco religiosa) hallará mucho que oponer á su probabilidad: nosotros, sin afirmarla ni negarla, pensamos que él que la cree, no cree un absurdo, ni una cosa, que sea indigna de aquella soberana Bondad que á todos quiere salvar, ni imposible á aquel Poder infinito que sin globos aerostáticos ni locomotoras puede, cuando le plazca, trasportar sus enviados á remotos países para que enseñen á sus criaturas el camino de la felicidad para que las crió².

¹ Á los diez años, es decir en 1665, se imprimió en Madrid la Historia del P. Mendoza, después de haber sido revisada por nueve censores. Estos, á escepcion de uno, vivían todos, ó habían vivido en estos países, y no podían ignorar las circunstancias de un hecho tan reciente, como era entonces él de la invención de nuestra Cruz. Son notables los testimonios de dos de ellos; del P. Nicolas Colmenares, fraile mercedario, y de nuestro Fr. Bernardino de Cárdenas, obispo entonces del Paraguay, y después de Santa Cruz de la Sierra. El primero afirma *aver sido testigo de lo mas y casi todo que contiene esta obra*: y el segundo asegura *la legalidad con que el autor en lo historial procede, de que soy (dice) casi de lo mas testigo de vista por mas de sesenta años de hábito, como hijo y propio alumno de esta S. provincia*.

² “La Reforma” de La Paz en su núm. 778 (22 de Diciembre de 1877), bajo el epigrafe “La Cruz de la Cueva—Tradición” inserta un discurso leído al *Círculo literario* de la mencionada ciudad, en el cual se desfigura con

Existe todavía en esta iglesia la misma Cruz; aunque muy mudada de su forma primitiva. La devoción de los fieles, que desde su descubrimiento usaron sacar de ella ramas y astillas, hizo que se disminuyese notablemente su tamaño; y la hubieran acabado, si los religiosos no hubiesen pensado en defender lo que quedaba, encerrándola en un marco cubierto con cristales¹. Para esto hubo que labrarla: con lo que mudó en cuadrada la figura redonda que originalmente tenía, y quedó aun mas menguada en sus dimensiones. El tronco tiene al presente un metro y sesenta cen-

baraces romancescos el hecho de la invención de nuestra Cruz, y se pone en ridículo la tradición de la venida de un Apóstol á estas regiones. En cuanto á lo primero, siguiendo las reglas de una sana crítica, preferiremos siempre el testimonio de un escritor contemporáneo á las chanzas de un novelista que, á los 261 años de haber sucedido, ridiculiza un hecho, solo por ridiculizar. En cuanto á la tradición, á los chistes del novelista oponemos la opinión de un ilustre literato moderno, Mr. Roselly de Lorgues. "Con la luz de la historia y de la filosofía (dice este sabio escritor, que no es clérigo ni fraile) afirmaremos sin vacilar, que Dios no olvidó á nación alguna, y que también en América fué conocida la Cruz, mucho antes de la llegada de los Europeos. Este es un hecho positivo é incontrastable. De nuestra parte estamos persuadidos, que hubo antiguamente en aquellas tierras, desconocidas entonces al viejo mundo, predicadores, y quizás también mártires... La existencia de la Cruz entre los Americanos es un hecho. Las tradiciones asignaban su origen á hombres blancos y barbudos, y por lo mismo de raza extranjera... Cualquiera que sea la explicación, que quiera adoptarse, no es menos cierto que la Cruz existía en el nuevo mundo. Luego el cristianismo fué predicado allí. La falta de monumentos cristianos no disminuye la fuerza de esta inducción... Por el conocimiento de las costumbres de los salvajes, y por la experiencia de lo que posteriormente ha sucedido, estamos autorizados á creer, que los bienhechores, que llevaban la Cruz y encomendaban la paz y el amor, habiéndose hecho importunos á las pasiones de aquellos bárbaros, fueron entregados horriblemente á las llamas; mientras, en otras localidades menos hostiles se habrá olvidado su doctrina, y, conservada la señal del culto predicado, se abandonó su moral". (*La Cruz en los dos mundos*. Cap. XII).

¹ Esto se ejecutó por los años de 1695, como se lee en el Libro de inventarios de este convento, que señalando la razón, añade: *porque la iban consumiendo en sacarle astillas para reliquias, por los prodigios que obra.*

tímetros de alto, y diez centímetros de grueso; los brazos se extienden un metro y treinta centímetros.

Tambien en el valle de Salinas, y precisamente en el paraje llamado *San Antonio*, està en veneracion (con el nombre de *la Santa Cueva*) la gruta donde se halló el misterioso madero, idéntica en todo á la descrita por el P. Mendoza. En ella, como en lugar sagrado, celebrábase desde antiguo la misa, hasta que en estos últimos años, á diligencia de un misionero nuestro, se edificó encima (y á corta distancia de ella) un oratorio, en donde con mayor decencia y comodidad se pudiese ofrecer el santo sacrificio.

D.

(pág. 30.)

Misiones de Apolobamba.

El vasto y fértil territorio de Apolobamba (hoy provincia de Caupolican) es uno, entre los muchos de esta América, cuya conquista es debida, no á las armas españolas, sino al celo franciscano. El Sr. De Orbigny en su *Descripcion geográfica, histórica y estadística de Bolivia* (Tom. 1, pág. 22), tratando de la conquista de la mencionada provincia, confiesa que *no es posible penetrar esta parte de la historia de Caupolican, pues en ninguna parte existe un solo documento impreso, que nos suministre el mas ligero indicio*. Nos complacemos en poder suplir de algun modo esta falta. Entre los papeles, que yacian olvidados en el archivo de este Colegio, afortunadamente hemos hallado uno, escrito en el Cuzco por un religioso nuestro, en el año de 1747, con este título: *Relacion y descripcion de las Misiones y Conversiones de infieles, vulgarmente llamadas de Apolobamba, que están al cuidado de los Religiosos de N. P. S. Francisco de esta S. Provincia de S. Antonio de los Charcas en el Reyno del Perú, desde su principio, y el aumento que oi tienen*. Transcribiremos

de él un solo trozo, que es como un epílogo de los trabajos y progresos de nuestros Padres en la conquista de aquel dilatado pais, intentada anteriormente y abandonada por los españoles. Con esto quedarán tambien enmendados los errores cronológicos, en que sin culpa incurrió el benemérito Sr. Orbigny.

« Admirable (dice el manuscrito) es Dios en sus obras; y lo admirable que se ha manifestado en la obra de la conversion de Apolobamba consiste principalmente en que con instrumentos flacos haya puesto á la vista del mundo, que donde desmayaron jayanes, unos pobres flacos y mendigos ganasen el palio y la gloria de dar al cielo muchas almas, hacer eficaz la redencion, y cristianizar una infidelidad tan bárbara como estúpida para penetrar las verdades católicas. Á vista de las dificultades y trabajos echaron pié atrás los gefes del primer conquistador D. Pedro Alegui Urquiso; ejecutaron lo mismo el maestre de campo Gabriel Gonzalez y su comitiva: y los franciscanos, desnudos por profesion de todo lo temporal, pero revestidos del celo del bien de las almas, sin que lo inculto de las tierras, sin que la dureza y ferocidad de los infieles y sin que la falta de víveres arredrasen su celo; redujeron á la fe, y á la vida política y civil unos hombres casi brutos, fundando muchos pueblos en aquella vasta y montuosa region. En los primeros años¹, y aun hasta él de 1716, fueron hasta diez los pueblos que llegaron á fundar, recogiendo la gente de las mas retiradas montañas; caminando con inmensidad de trabajos mas de doscientas leguas de tierras ásperas y montuosas; desnudos, pues la misma montaña y zarzales les despedazaban los hábitos; sin provision de pan, pasando con carnes que el no uso de ellas daba horror; librándolos Dios casi con milagro de los asaltos, así de los infieles mismos, como de animales feroces;

¹ La entrada de los franciscanos en Apolobamba fué el año de 1680.

vadeando rios de suma rapidez y caudal. Y lo mas laborioso era, que como los infieles viven dispersos por todas las montañas, y distantes unos de otros (pues, donde mas juntos se encontraban, no llegaban á veinte); el haberlos de reclutar y juntar de ciento en ciento, era de mucho trabajo. À que se allegaba que, como no son dóciles, para persuadirlos á reunirse en poblacion gastaban tiempo, y ejercitaban bien la paciencia; fuera de haberles de ganar la voluntad con dádivas, era preciso cebarlos con abundante vianda, por ser voracísimos. À costa pues de estas penalidades y afa-nes fueron sucesivamente fundando los diez pueblos; de los cuales, ya por la inestabilidad de su genio, y ya por volver á su antigua libertad, se perdieron cuatro; él de *S. Pedro de Alcántara* de Araonas, él de *S. Buenaventura* de Chiriguas, él de Lecos, y otro. Los cuales quemaron los indios con alevosía; se llevaron los ornamentos y alhajas de las iglesias; y muchos que estaban bautizados apostataron, y se retiraron á lo mas recóndito de los montes ».

Segun el mismo manuscrito, en 1747 la mision de Apolobamba constaba de los pueblos siguientes. — *S. Francisco* de Mojos. — *Nra. Señora de la Concepcion* de Apolobamba, fundado por los años de 1632. — *S. Juan* de Buenavista, formado de indios Sillamas y Pamainos, fundado en 1686, y algunos años despues trasladado á Pata. — *S. José* de los Uchupiamonas. — *La SS. Trinidad* de Zariapo. — *S. Antonio* de los Isiamas. — *Santa Cruz* del Valle-ameno, fundado el 4 de Mayo de 1740.

En estos pueblos fué donde estrenaron su apostolado los primeros misioneros del Colegio de Tarija, en Julio de 1755. Eran los PP. Fr. José Orduna, Fr. Alonso Barrera, Fr. Manuel Chacon, Fr. Matías de S. Diego, Fr. Buenaventura Bellido, sacerdotes; y Fr. Juan Navarro, converso; á quienes, pocos meses despues, fué á reunirse el P. Fr. Manuel Gil, primer Vice-comisario de Misiones de este Colegio.

E.

(pág. 51.)

Errores del Sr. Weddell.

Yerra completamente el Sr. Weddell en la reseña histórica, que escribe de nuestro Colegio, en el cap. XI pág. 142 de su obra ya citada (pág. 507). *La fundacion* (dice) *del convento de Tarija remonta á la de la misma ciudad, es decir al año de 1574. En el principio, y durante largo tiempo, este establecimiento, que llevaba el nombre de Convento de N. P. S. Francisco de Religiosos Observantes, no tuvo importancia alguna. Mas, habiendo advertido la Compañía de Jesus que por su posicion podia ser un excelente punto de reunion para las misiones que ella tenia ya formadas, y de partida para las que quedaban por fundarse en esa parte de América, lo amplió considerablemente, ó, por mejor decir, lo reedificó completamente, é hizo de él uno de sus principales Colegios. Desde entonces fué llamado con el nombre de Colegio de Propaganda Fide de Nra. Sra. de los Ángeles de Tarija. En 1769, cuando la espulsion de los Jesuitas, pasó á los PP. Franciscanos, que lo tienen actualmente.* Todo es evidentemente falso, como lo prueba nuestra relacion, apoyada toda en documentos de la mayor autenticidad, y que estamos dispuestos á presentar á quien quisiere. Baste decir, que todo Tarija sabe (y nos sorprende que no llegase á saberlo el Sr. Weddell en el no corto tiempo de su permanencia aquí) como la iglesia, la cual es actualmente matriz, es la antigua de la Compañía, cuyo nombre lleva hasta hoy. Junto á ella estaba el Colegio de los RR. PP. Jesuitas, que (sesenta y cinco años antes de que el Convento franciscano de Tarija fuese instituido en Colegio de *Propaganda Fide*) fundaron D. Juan José Campero de Herrera, primer marqués de Tojo, y su esposa D.^a Juana Clemencia Bernardez

de Ovando¹. Existen hasta el presente algunos restos de este edificio, que era notable. — En iguales errores incurrió el Sr. Weddell, tratando de las Misiones de la provincia de Cordillera (*cap. II. pág. 46*), fundadas por los franciscanos de este Colegio, y atribuidas por él á los jesuitas. Sirva esto de una prueba mas, para demostrar la poca fe que merecen las relaciones de los viajeros.

F.

(pág. 37.)

Lengua chiriguana.

Los chiriguanos hablan algo corruptamente la lengua guaraní, ó si se quiere, un dialecto de ella. Entre este y aquella puede haber la diferencia, que existe entre el romance actual y él del siglo XIII.

El habla chiriguana carece de las consonantes F y L, y de líquidas. Cuando usan de vocablos castellanos, á la F dan el sonido de P, á la L él de R, y pronuncian desunida la muda de la líquida. Dirán *Peripe* por Felipe, *Pábero* por Pablo, *Quiristo* por Cristo. — En los términos compuestos hay cambio de letras por eufonía.

Los nombres son indeclinables. El genitivo se antepone siempre á su sustantivo, y el acusativo al verbo: *María imembi*, el hijo de María; *Imembi uhahu María*, María ama á los hijos. Los otros casos se distinguen por unas partículas pospuestas; pues las partículas que en otras lenguas son *preposiciones*, en la chiriguana son *posposiciones*: *Sambiai-vi*, del muchacho (ablativo), *Sambiai-re*, por el muchacho, etc.

Así en el singular como en el plural, úsase el mismo término sin alteracion: solo cuando pudiese nacer equívoco,

¹ V. P. Lozano, *Descripcion... de las dilatadísimas Provincias del Gran Chaco, etc.* — § LIII.

se le añade en el plural la partícula *reta* (muchos): *Cuña*, la mujer y las mujeres; *Cuñareta* las mujeres.

Es propio de esta lengua posponer al nombre unas partículas, que denotan la diversa condicion, ó estado de la cosa significada por él. Los que han escrito gramáticas de esta lengua las califican de notas de tiempo pasado, futuro, y futuro pretérito misto. Estas partículas son; *cue*, *na* y *nagüe*: *Angüa*, mortero; *Angüacue*, mortero deshecho, ó cosa que fué mortero; *Angüana*, mortero para hacerse, ó materia de que se formará un mortero; *Angüanagüe*, tronco, ú otra cosa de que debia haberse hecho un mortero y no se hizo.

Los adjetivos con una sola terminacion sirven á todos los géneros y á todos los números. Se posponen siempre á su sustantivo, y hacen tambien, sin otra inflexion, las veces de adverbio: *Sambiai cavi*, el muchacho bueno y los muchachos buenos; *Cuñantai cavi*, la muchacha buena y las muchachas buenas; *Sambiai uguata cavi*, el muchacho camina bien.

Los pronombres personales son: *Che*, yo; *De*, tú; *Pe*, vosotros; *Hae*, aquel y aquella, aquellos y aquellas. El plural *nosotros* se espresa con dos términos. Si la materia del discurso atañe igualmente á la persona que habla, y á las con quienes habla, se dice *Yande*; y si no, *Ore*. Si p. e. predicando á los infieles, quiero yo decirles que *nosotros* (*todos*) somos criaturas de Dios, usaré de *Yande*; mas, si quiero explicarles que *nosotros* (*los cristianos*) somos hijos adoptivos de Dios, deberé usar de *Ore*.

Los posesivos de primera y segunda persona son los mismos personales antepuestos al nombre; él de tercera de ordinario se espresa con una sola *I*; *Tiru* vestido; *Che-tiru*, mi vestido; *De-tiru*, tu vestido; *I-tiru*, su vestido.

El relativo *Vae* se usa siempre pospuesto al miembro del discurso que dice relacion: *Tunpa*, *ara ñeé-pe uyapo vae*; Dios que hizo con su palabra el cielo. Literalmente se traduciria: *Dios, el cielo su palabra con hizo que*.

En los verbos solo dos modos tienen conjugacion diversa; el indicativo y el imperativo. La diferencia de los otros modos, y la de los tiempos se conoce ó por el contesto del discurso, ó por algunas partículas añadidas al verbo; la de personas y números por unas partículas ó notas antepuestas á la radical del mismo. He aquí la conjugacion regular de un verbo.

Radical *Caru*, comer.

<i>Indicativo.</i>	<i>Imperativo.</i>
Sing. 1. <i>A-caru</i> , yo como.	<i>Ta-caru</i> , coma yo.
2. <i>De-caru</i> , tú comes.	<i>E-caru</i> , come tú.
3. <i>U-caru</i> , aquel come.	<i>Tu-caru</i> , coma aquel.
Plur. 1. <i>Ya-caru</i> } nosotros comemos.	<i>Taya-caru</i> } comamos nosotros.
<i>Ru-caru</i> }	<i>Turu-caru</i> }
2. <i>Pe-caru</i> , vosotros coméis.	<i>Pe-caru</i> , comed vosotros.
3. <i>U-caru</i> , aquellos comen.	<i>Tu-caru</i> , coman aquellos.

Se ve por estas conjugaciones, que la primera persona del plural se espresa de dos modos, siguiendo las mismas reglas del pronombre.

El futuro exige siempre la partícula *ne* pospuesta: *Acaru ne*, comeré; *Acaru dero-pe ne*, comeré en tu casa.

El verbo activo lleva siempre, entre su radical y la nota de persona, el pronombre posesivo de tercera persona; *Nupa*, pegar; *A-i-nupa*, lo pego. Si el acusativo es un pronombre de primera ó segunda persona, este se antepone á la desnuda radical del verbo: *Che-nupa*, me pega; *Yande-nupa*, nos pega.

Agregando á la radical algunas particulas, se logra la variacion del significado del verbo: *Nupa*, pegar; *Nupa-ca*, hacer pegar; *Yi-nupa*, pegarse; *Yi-nupa-ca*, dejarse pegar; *Mo-yi-nupa-ca*, hacer que otro se pegue. — *Guata*, caminar; *Ro-guata*, caminar en compañía; *Bi-guata*, hacer caminar.

Del mismo modo se forman muchos nombres verbales:

Apo, hacer; *Ba-apo*, trabajo, labor; *Timbi-apo*, la obra, ó cosa hecha; *Apo-ha*, el hacedor.

Con estos verbales y otros nombres compuestos, con facilidad y prontitud, forjan nuestros indios términos significativos de cosas, cuya idea de nuevo adquieren. No conocían p. e. anteojos ni relojes; sin embargo, hallaron luego nombres muy propios para espresarlos, llamando los primeros *Tesa-riru* (guardas de los ojos), y los segundos *Ara-ranga*, (medida del tiempo).

Este imperfecto compendio de reglas generales podrá dar una tal cual idea de la naturaleza de la lengua guaraní, hablada por nuestros chiriguano, de la cual el P. Lozano (en su *Historia del Paraguay, Lib. 1. c. 21.*) afirma que *es sobre manera elegante, pues hay quien la compare en su artificio, propiedad y copia de palabras, y frases con la lengua griega.*

Nuestros misioneros han escrito no solo Dictionarios y Gramáticas de lengua chiriguana, sino tambien Sermones, Catecismos, y otras obritas en el mismo idioma, de las cuales útilmente se sirven los PP. conversores, copiándolas con no pequeño trabajo, pues todas son manuscritas. Solo en 1871, nuestro P. Prefecto de misiones mandó imprimir en Sucre el *Catecismo de la Doctrina Cristiana, con varias oraciones y prácticas devotas, en lengua chiriguana, con su traduccion literal al castellano, para el uso de las Misiones del Colegio de Propaganda Fide de Tarija*, etc. en 4. menor con 150 páginas.

G.

(pág. 47.)

Infanticidio entre los chiriguano.

Algunos escritores de viajes niegan que entre los chiriguano se halle la bárbara costumbre del aborto é infanticidio: prueba de que los han visitado tan solo de paso. En

mi larga estancia en medio de ellos he podido cerciorarme de varios casos de uno y otro crimen: mas, uno solo referiré, por parecerme mas importante; porque en él al lado de la monstruosa malicia humana resalta la admirable Providencia divina.

En Octubre de 1870, me hallaba en las riberas del Pilcomayo; y en aquellos mismos dias una cuña, estando en cinta de pocos meses, habia sido repudiada de su marido. Habiendo ido por agua al rio en las ardientes horas de la siesta, abortó en la playa á dos mellizitas, á las que luego pensó enterrar debajo de las arenas encandecidas por el sol abrasador del medio dia. Estaba ya ejecutando su horrible proyecto, cuando fuè sorprendida por una piadosa cristiana, que pudo recoger aquellos tiernos cuerpecillos tan pequeños, que apenas pasaban de un palmo. Me los trajo corriendo; y por un movimiento apenas perceptible de sus boquitas habiéndolos reconocido aun animados, me apresuré á echarles el agua salvadora. Pocos minutos despues, aquellas dos almas venturosas se hallaban entre los coros de los Ángeles. *¡ O altitudo!*

H.

(pág. 58.)

Provision R. en prueba de la ferocidad de los chiriguanos.

« D.^a Felipe por la gracia de Dios Rey de Castilla etc. Por quanto visto los daños, insultos, muertes é robos, que los Indios Chiriguanáes an fecho é hacen ordinariamente en nuestros vasallos, é haziendas que tienen en sus fronteras;... é que por todos los medios posibles de paz se á procurado atraerlos é reducirlos, é que quanto se haze con ellos de buenas obras, tanto mas á crecido é cresce su contumacia é rebeldía, sin que jamás de parte de nuestros vasallos ayan sido irritados; y que ansí mesmo an usurpado y devastado las tierras de los llanos é Indios Chanées que

estaban debajo de la proteccion y amparo real nuestro, á los quales cauptiban é tienen opresos en durísima servidumbre, é por mantenimiento comiéndolos de ordinario; é que por no se les aver fecho la guerra, vienen tan continuos é con tanta osadía y atrevimiento, que an llegado dos jornadas de la ciudad de la Plata, á donde mataron á un Frayle de la Hórden de S. Francisco, é á otras personas; é que estas muertes é robos son con tanta frecuencia que se pueden esperar mayores daños, si no lo mandásemos remediar; é que son públicos robadores é salteadores de caminos, é que lo an usado é usan á la continua; é que la tierra que posehen é detentan no son naturales della, sino advenedizos; y abiéndose poblado la villa de S. Miguel de la Laguna para defensa y amparo de nuestros súbditos é vassallos, é de sus chácaras é haziendas, los dichos indios con su acostumbrada trayccion y fingida paz salieron con boz della á tratar con el capitan Miguel Martin, á cuyo cargo estaba la dicha poblacion, con trato de que salian á verle para ser sus amigos, abiendo tanteado é mirado por donde le podrian invadir, dieron una noche en la dicha villa de suerte que mataron al dicho capitan y á otros treze soldados pobladores, y llevaron cauptivos número de indios é negros. É abiéndose considerado con maduro acuerdo é deliberacion todos los dichos daños, é los que en adelante se podrian recrescer, por el nuestro Presidente é Oidores, é consultádolo con personas de ciencia y espiriencia, y capitanes prácticos en la guerra de los dichos Chiriguanáes, é hecho las demás diligencias que para justificacion de la causa con vino, declararon debérseles hazer guerra á fuego é á sangre (la qual se pregonó) con campo formado, dándolos por esclavos de los que los tomaren é prendieren, etc. etc. ».

I.

(pág. 75.)

El P. Antonio Comajuncosa.

El P. Antonio Comajuncosa, autor del *Manifiesto histórico*, que ahora sale á luz, es uno de los insignes misioneros, que con sus virtudes y doctrina ilustraron mas el Colegio de Tarija¹. De unas memorias conservadas en nuestro archivo estractamos los siguientes datos biográficos de este venerable religioso.

Sus padres fueron José Comajuncosa, doctor en medicina, y Rosalia Hortet; su cuna en Altafulla, á dos leguas de Tarragona, donde nació el 13 de Junio de 1749. Á los diez y siete años de su edad, abrazó el instituto franciscano entre los Menores Observantes, y el dia 9 de Abril de 1767 profesó solemnemente la Regla Seráfica en el convento de San Francisco de Barcelona. Cursados, con pruebas de gran talento, los estudios en el Colegio de San Buenaventura de la misma ciudad, y ordenado sacerdote en 1773 por el Arzobispo de Tarragona, obtuvo la primera Cátedra de Artes en su provincia. Enseñó por corto tiempo en el convento de Jesus de la villa de Reus; mas, enamorado de la vida apostólica, dejó el magisterio, y se agregó al Colegio de misioneros de Escornalbou en Cataluña. Dos años despues, recorriendo las provincias de España el P. Fr. Manuel Mingo de la Concepcion, con el objeto de reunir misioneros para este Colegio de Tarija, el P. Comajuncosa quiso ser uno de ellos. No bien la fragata, que lo con-

¹ Tres de ellos fueron electos Obispos, y entre estos merece eterna memoria el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Fr. Mamerto Esquíú, arrebatado al amor y al bien de la Diócesis de Córdoba en el Tucuman el dia 10 de Enero del presente año de 1883. De esta gloria espléndidísima no solo del Colegio de Tarija, sino de toda la Orden franciscana dejamos de escribir aqui elogio alguno, porque esperamos que pronto se publicará una biografía completa de él, á diligencia de su dignísimo hermano, Sr. D. Odorico Esquíú.

ducia, había zarpado de la Coruña, cuando el jòven Apóstol, que contaba entonces apenas veinte y nueve años, quiso dar un desahogo á su celo, predicando á los tripulantes y pasajeros una fervorosa mision: y otra dió, continuándola un mes, en Montevideo, luego de desembarcado; y esta fué de mas copioso fruto que la anterior. Al llegar á Buenos Aires, el virey Juan de Vertis mandó asociarlo á la espedicion, que iba á la Costa Patagónica; con lo cual, por algunos meses, tuvo harto cebo su caridad en catequizar, predicar y confesar á los soldados, marineros y galeotes. Regresado á Buenos Aires, y licenciado por el Virey, se puso en marcha para este Colegio, adónde llegó el dia 9 de Febrero de 1780.

Desde ese dia hasta él de su muerte, no se permitió el P. Antonio un momento de reposo. En alas de su celo, recorrió casi todas las ciudades, villas y aldeas del vastísimo territorio, que hoy forma la República de Bolivia; todos los pueblos diseminados en la costa del Pacífico perteneciente á la diócesis de Arequipa, y las provincias argentinas de Jujúi, Salta, Tucuman y Catamarca; dando misiones al pueblo, y ejercicios al clero, á los colegiales, á las monjas, á los presos y á toda clase de personas. Él fué el brazo derecho del inmortal arzobispo de la Plata, D. Fr. José Antonio de S. Alberto, quien no solo se valia del consejo del P. Comajuncosa en el gobierno de su iglesia, sino que lo queria de compañero en la visita pastoral, y de ayudante en las misiones que, durante ella, solia predicar personalmente á sus ovejas.

No menor celo demostró nuestro P. Antonio por la conversion é instruccion de los infieles; primero en los dos años que, como conversor, administró la mision de Salinas, y despues en los siete años (1794-1801) que, con el honroso cargo de Comisario-Prefecto, gobernó las veinte y una reducciones, que entonces tenia este Colegio, recorriéndolas repetidamente, y visitándolas todas, desde la de Centa (hoy Oran) hasta la del Pirai, á no muy larga distancia de S. Cruz de la Sierra:

en lo cual no solo sufrió indecibles trabajos, sino que se espuso tambien á gravísimos peligros. Finalmente, consumido mas de las fatigas que de los años, á los sesenta y cinco de su edad, descansó tranquilamente en el Señor, á las ocho de la mañana del día 2 de Octubre de 1814. Al asentar el P. Guardian la memoria de su defuncion en el libro necrológico del Colegio, escribia estas breves y sentidas palabras. *Fué varon verdaderamente apostólico; incansable en el púlpito y confesionario; muy sabio, virtuoso y ejemplar.* En medio de tantas, tan continuas y fatigosas tareas supo el P. Comajuncosa hallar tiempo para escribir algunas Obras eruditas, y no poco voluminosas, que se guardan autógrafas, y que merecerian ser publicadas.

J.

(pág. 89.)

Cartas de los SS. Obispos de Arequipa y Buenos Aires.

Testimonio del ardiente empeño con que el celoso Prelado de Arequipa procuró la entrega del Colegio ex-jesuítico de Moquegua á los franciscanos de Tarija, y del profundo aprecio que de ellos tenia, es una carta que escribió al Guardian y Discretorio de nuestro Colegio, y que hemos hallado entre los papeles de su archivo. Hela aquí testualmente:

« RR. PP. Cuanto he trabajado por el adelantamiento de la Orden Seráfica no es bien que yo lo diga. Lo cierto es, que el negocio, que va á tratar con VV. RR. el P. Torrico, ha consumido mucho estudio y no pocas diligencias.

« Se ha conseguido que un Colegio de jesuitas, sito en la villa de Moquegua, se entregue, no interinamente, sino en propiedad y para siempre á los misioneros franciscanos, que están en el Colegio de Tarija; y solo falta que VV. RR. den la última mano á tan santa obra, enviando luego al punto competente número de sugetos, que tomen posesion del Colegio, entablen su observancia, y den principio á los santos ejercicios de su instituto. Y habiendo de ser dichos

sugetos el fundamento del edificio espiritual del nuevo Colegio, precisamente han de ser muy sólidos, tanto como permita la fragilidad de nuestro barro: sean *potentes opere et sermone*.

« RR. PP. Yo postrado á sus piés en espíritu (tambien lo haria, si estuviese presente, con el cuerpo) les pido *per viscera misericordiae Dei nostri*, que posponiendo todos y cualesquiera humanos respetos, proponiéndose solo el fin de la honra de Dios y la salvacion de las almas, dispongan luego la remision de religiosos, cuales convengan á una fundacion, de la que yo, y casi todo este obispado esperamos muy copiosos frutos de bendicion; á una fundacion, cuyo establecimiento ha necesitado vencer tantas marañas y maquinaciones; y finalmente, á una fundacion, que, si no se efectúa, queda desacreditado ese S. Colegio, como poco celoso de los aumentos de su instituto; es desairado el Obispo, que verá inutilizada la solicitud, que le ha costado este gran proyecto; es desairado el Sr. Virey y el Ilmo. de Lima, y otros muchos Señores, que han promovido las buenas intenciones del Obispo y obispado de Arequipa.

« Pídolo á VV. RR. con todo encarecimiento, no porque dude de su bondad y discrecion; sino porque conozco, y he experimentado los terribles esfuerzos, con que Satanás ha querido destruir la buena obra de esta fundacion nueva; y no será estraño en su refinada malicia quiera inquietar los ánimos de VV. RR., él que *mille artes nocendi habet*.

« Amo mucho á su humilde y venerable hábito: quiero mucho á los hijos de S. Francisco, á quien adoro y estimo como á padre: se me va el corazon tras los moradores de ese S. Colegio, y para establecerlos en mi Diócesis, há muchos meses, y aun casi dos años, que no se me cae la pluma de la mano.

« Así lo espero de VV. PP. y RR., y se encomienda en sus sacrificios y oraciones — Su afecto Servidor y Capellan Q. B. SS. manos — Manuel obispo de Arequipa. — Arequipa y Julio 20 de 1775 ».

Insertamos otra carta del Sr. Obispo de Buenos Aires, la cual demuestra que no era solo el Obispo de Arequipa en venerar á los misioneros de Tarija, y desear su establecimiento en Moquegua.

« R. P. Guardian, y Ven. Discretorio. Mi hijo, el Ilmo. Sr. Obispo de Arequipa me comunica la solicitud y celosas fatigas, con que habia logrado del Exmo. Sr. Virey é Ilmo. Sr. Arzobispo con los demás distinguidos sugetos, que componen la grave y respetable Junta de temporalidades correspondientes á los PP. estinguidos, la aplicacion del Colegio, que aquellos habitaban en Moquegua, á fin de que se propague por aquel Obispado y demás partes contiguas la doctrina evangélica con el espíritu que acostumbran los seráficos ministros de Propaganda. Y como las proezas de los hijos son glorias de los padres, no puedo yo esplicar á VV. PP. el glorioso júbilo, con que he recibido esta noticia, como uno de los mínimos hermanos del santo hábito, cuya dilatacion ha sido siempre mi anhelo.

« Los Ilmos. Coepíscopos de este Concilio han celebrado la noticia como cosa de lo alto; y no menos los Reales Ministros.

« Espero que en esta ocasion resplandezca el celo, prudencia y discrecion del santo Colegio, á cuyas oraciones me encomiendo, deseando sus órdenes para ejercicio de mi fraternal afecto, con el que ruego al Señor por todos sus dilatados aumentos. — De VV. PP. afecto hermano Q. D. su bendicion — Manuel Antonio, obispo de B. Ayres. — Plata y Octubre 8 de 1775 ».

K.

(pág. 123.)

Una ciudad en los valles de las Salinas.

Los valles de las Salinas, que los aborígenes chiriguano-
nos llaman *Yuqui*, despues de ocupado el territorio de Ta-

rija, quedaron propiedad de Luis de Fuentes, fundador de la villa de San Bernardo. Uno de sus herederos, Juan Porcel de Padilla, solicitó del rey el permiso de formar en aquella magnífica llanura, que bautizó con el nombre de *Nueva Vega de Granada*, una ciudad con sesenta españoles, y con los numerosos indios tomatas, copiapóes, diaguitas y churumatas, que poseía en sus finjas de Tarija.

Se obligó á *hacer á estos todas las comodidades, y pagarles sus tasas y jornales*; y á cada uno de los sesenta españoles se comprometia á *dar una cota y arcabuz, un caballo bueno con silla, otro para cargas, una yunta de bueyes mansos, otra mas de novillos, veinte vacas mansas, dos rejas, un hacha, una asuela, un azadon, un escoplo; cuarenta ovejas con sus padres, cuatro puerkas, y un puerco*. Además se obligó á *proveer y sustentar á todos los pobladores de comida de trigo, maiz y carne todo el tiempo que durase la poblacion y quietud de la tierra hasta que todos cogiesen suficiente cosecha; á dar el herraje necesario para los caballos por dos años, y en el primer año todas las municiones que fuesen menester de pólvora, pelotas y plomo. Item á hacer iglesia muy buena, y dar ornamentos y campana, y todo lo que fuese menester para el santo y divino oficio; y pagar por dos años sacerdote que sepa la lengua chiriguana. Item llevar un herrero con su fragua y demás aparejos á su costa para el aviamiento de la poblacion por dos años, y treinta quintales de hierro para el servicio de los pobladores. Item hacer un molino, y á los pobladores hacerles moler sus comidas por un año de balde. Finalmente llevar un cirujano barbero por dos años.*

Para todo esto, se ofrecia á *gastar por lo inenos noventa y ocho mil pesos, hipotecando para el efecto las casas, ingenios, minas de plata, y estancias de ganados, molinos, y otras heredades y haciendas, que tenia así en la villa de Potosí, como en los valles de Tarija, y Guaicoma.*

En recompensa de sus gastos y servicios pedia Porcel

varios títulos y mercedes, y especialmente la de poder dar y encomendar á los indios que se conquistasen y apaciguasen en las poblaciones que hiziese¹.

En efecto, se fundó en 1616 la nueva ciudad; pero perseguida incesantemente por los valerosos chiriguanos, á los dos años quedó desierta: y en la Nueva Vega de Granada solo quedaron unos pocos negros, antiguos esclavos de Porcel.

Mas tarde, los misioneros con gastos incomparablemente menores, y sin pedir recompensa alguna, lograron realizar lo que ideó Porcel, y no pudo cumplir.

L.

(pág. 123.)

Los Mataguayos.

Los Mataguayos cubren una vasta zona del Gran Chaco, y especialmente las riberas izquierdas del Bermejo, y las derechas del Pilcomayo. En la frontera de Salta llámanlos comunmente *Matacos*, y en la de Tarija *Noctenes*, corrupcion de *Octénai*, nombre que les dan los chiriguanos, y que parece ser igualmente corrupcion de *Huennéyei*, que es el nombre con que los mataguayos se llaman á sí mismos. Daremos en epílogo la relacion que de los usos y costumbres de estas tribus muy agrestes hizo un misionero de este Cclegio, que permaneció muchos años entre ellos.

En las facciones y el color los mataguayos, matacos ó noctenes, pues son la misma cosa, poco se diferencian de los chiriguanos; pero mucho en las costumbres, y totalmente en el idioma. Sus pueblos son pequeños, constando por lo

¹ Las referidas capitulaciones de Juan Porcel de Padilla las hemos copiado á la letra de una cédula del Virey del Perú, marqués de Montesclaros, dada en el puerto del Callao de los Reyes el primero de Noviembre de 1614, que se halla auténtica en uno de los antiguos Libros de Cabildo conservados en el archivo de esta ciudad.

comun tan solo de las diversas ramas de una misma familia. No les gusta formarlos en sitios escampados; prefieren siempre la espesura de los cañaverales y bosques. Las habitaciones son unas chozitas formadas de ramos ó cañas plantadas en el suelo, dobladas y reunidas en las puntas, y cubiertas de paja. En lo interior son parecidas á un horno; tienen menos de dos metros de altura, y la capacidad proporcionada al número de individuos, que las habitan. La cama es el suelo, ó desnudo, ó cubierto de una estera de enea, ó de alguna piel. Limpieza ninguna. Cuando el sitio se llena de pulgas, ó de otros insectos é inmundicias, queman sus chozitas, y á no mucha distancia construyen otras.

Las mejores piezas de su ajuar son un morterito de palo santo, y unos cantarillos de barro con boca muy angosta y dos asitas, que les sirven de cantimploras en sus frecuentes correrías.

Hombres y mujeres igualmente rapan del todo la cabeza. Para ello usan de la afilada mandíbula de un pescado; así como de sus propios dientes para cortarse las uñas. Cúmbrense como mejor pueden desde la cintura hasta las rodillas. Los hombres, como por gala, usan llevar tambien una especie de cota ó juboncillo sin mangas, y pendiente del hombro á su lado una bolsa, en la que guardan su tosca pipa de palo, lo necesario para prender fuego, y otras varias baratijas. Así la bolsa como la cota son de punto, hechas con hilos de pita ó *chaguar*, y curiosamente dibujadas. Arráncanse la barba, las pestañas, y cejas: y ó por gala, ó por hacerse formidables en la guerra, tiznan con carbon molido el rostro y el pecho.

Su alimento predilecto es el pescado; y en falta de él toda fruta ó raiz silvestre, que no sea venenosa. Los frutos principales, que les suministran comida casi la cuarta parte del año, y de los que suelen hacer algun corto acopio, son los del algarrobo, chañar, y mistol. Comen tambien sin repugnancia lagartos, langostas, grillos, ratones, y aun los huevos despues de abandonados por la clueca, con otras

varias inmundicias. El pescado, y cualesquiera otras carnes y raices las comen asadas, ó cocidas: no conocen otro modo de aderezar sus viandas. Aguantan admirablemente el hambre, y cuando no pueden conseguir otra comida, la pasan echados, mascando cualquiera yerba ú hoja del monte.

De las algarrobas hacen un licor para ellos deliciosísimo, que los embriaga, y pone bravísimos. Sus borracheras acaban casi siempre en una feroz pelea, que tendria funestos resultados, si las mujeres, que nunca beben de aquel licor, no tuviesen el cuidado de esconder las flechas y cualquiera otra arma ofensiva, y de contener y apartar á los peleadores.

Cuando la algarroba empieza á amarillear, plantan en medio de las chozas el *pimpin*, que es un tronco cóncavo en la parte superior, y retobado con un cuero. Un titiritero ceñido con una pretina, de la cual cuelga una porcion de conchitas, caracolejos, pezuñas, cuernecicos, muelas y semejantes juguetillos, toca sin pausa dia y noche el rústico tamborete, haciendo al mismo tiempo con el continuo agitar del cuerpo sonar las sonajillas pendientes de su cinto, y acompañándolo todo con su canto, ó mas bien con un grito lúgubre y agudo, que se oye á mucha distancia. Esta ridícula funcion no es simplemente una demostracion de regocijo, sino tambien, en opinion de ellos, un rito obligatorio para apresurar la maduracion de la apetecida y benéfica legumbre.

Cuando una mujer llega del monte cargada de frutas, raices, ú otros comestibles, se agolpan luego á su choza todas las demás mujeres del pueblo; y aquella, despues de haber apartado lo suficiente para el sustento de su familia, les reparte lo restante, sin que las que lo reciben desplieguen sus labios, ni den la menor señal de agradecimiento. Si no les diera, causaria el mayor disgusto, y aun provocaria alguna riña peligrosa.

Los mataguayos son tímidos y cobardes, pero en estremo vengativos. Jamás olvidan el agravio; tarde ó tem-

prano lo vengarán. Es inquebrantable para ellos la ley del talion. Rehuyen el hacer guerra, pero si se les hace, se defienden. Su arma ordinaria es la flecha.

No reconocen autoridad, ni ley. El hijo obedece á sus padres, si quiere: estos, aunque amen mucho á sus hijos, no tienen sobre ellos poder alguno. Sin embargo, no se nota por lo general falta de respeto á los viejos, ni á los desgraciados.

Los hombres se ocupan en la pesca; rarísima vez se divierten con la caza. Sus trabajos agrícolas se reducen á sembrar unas cuantas matas de zapallos y sandías. Con el zumo de estas hacen aloja. Ocúpanse tambien algunos en labrar cordeles de pita, con que forman sus redes.

Los otros trabajos tiene que hacerlos todos la mujer. Ella debe no solo aderezar la comida, sino tambien buscar y acarrear las frutas y raices del monte; no solo traer el agua, sino tambien hacer la leña; no solo cuidar del aseo de la choza, sino tambien fabricarla. En una palabra es una esclava.

En llegando una muchacha á la nubilidad, la ocultan en un rincon de la choza, tapándola con ramos y trapos, sin que le sea lícito por un determinado tiempo hablar con nadie, ni gustar carne ó pescado. Entre tanto un tamborilero delante de su choza practica la ceremonia usada para la maduracion de la algarroba.

Los desposorios no tienen especial solemnidad. No usan casarse con consanguíneos cercanos, pero muy de grado con cuñados. Aunque ordinariamente se casen con los de su nacion, no se les impide hacerlo con los de otra, y especialmente con los tobas. La autoridad paterna no tiene intervencion alguna en el matrimonio de sus hijos; estos lo contraen como, cuando y con quien quieren. La mujer exige en el novio que sea buen pescador, y este en aquella que no sea muy casera, sino amiga de andar por el campo buscando comestibles.

Verificado secretamente el matrimonio, se retiran los

novios por unos cinco ó seis dias al monte; y en volviendo al pueblo, cohabitan públicamente en la choza que mejor les plazca, aunque lo general es que la novia vaya á vivir en la de sus suegros.

La poligamia es rarísima; apenas se encuentra quien tenga simultáneamente dos mujeres; pero no reconocen la indisolubilidad del vínculo conyugal. Los jóvenes fácilmente se divorcian; más difícilmente los hombres maduros, aunque basta un capricho para hacerlo sin escrúpulo. El adulterio es reputado delito, y no es muy frecuente. Es infalible que la mujer legítima se venga de la adúltera, yendo públicamente á su cabaña, riñéndola con rabiosos gritos, y estropeándola á palos en presencia de todo el pueblo, que curioso acude haciendo befa.

En la preñez, la mujer no se tiene consideracion alguna. Despues del parto yace algunos dias sobre la arena, y entre tanto su marido se abstiene de la pesca, y de cualquiera otra ocupacion.

Las madres son muy cariñosas en criar á sus hijos. Cuando pequeñuelos rara vez los sueltan, y en medio de las embarazosas faenas domésticas, y de sus cotidianas correrías campestres, los llevan metidos en una ancha faja trasversal, que usan á manera de banda. Cuando mas grandecillos, los llevan cabalgados sobre uno de sus hombros. Á los dos ó tres años les ponen nombres.

El aborto es muy frecuente, particularmente entre las solteras; y lo procuran dándose, ó haciéndose dar golpes en el vientre. Mas raro el infanticidio; pero no tanto que no den mas de una vez la muerte á un tierno niño de pecho, para que, enterrado junto al cadáver de su madre, reciba de esta la leche.

Como en todas las tribus de esta América, hay entre nuestros mataguayos unos médicos ó brujos, que llaman *Yegu*. Son temidos y respetados. Los que quieren iniciarse en esta profesion, se retiran por algunos dias al despoblado, ayunan rigurosamente, y andan corriendo dia y noche. Su

modo de curar es inclinarse con todo su cuerpo sobre el paciente, que está recostado en el suelo; poner sobre la parte dolorida ambas manos á guisa de tubo, y aplicando á ellas la boca soplar con toda su fuerza, emitiendo al mismo tiempo unos roncós mujidos. En esta operacion perseveran largas horas, y noches enteras. En pago se les da todo lo que piden, bien que el doliente quede en cueros; mas, si este no sana, los parientes exigen la devolucion. Cuando hay alguna epidemia en el pueblo, ó en los circunvecinos, se reunen todos los *yegus*, y sentándose á corta distancia de las rancherías, con la cara vuelta hácia ellas, prorumpen en un melancólico canto, acompañado del son de unas calabazillas, provistas de piedrecitas, que agitan al mismo tiempo: y con esto creen ahuyentar la peste, ó impedir su entrada.

Enfermedad comun entre los mataguayos es la sarna, y la que hace mayores estragos, la pleuresia. Luego que enferman, se rapan la cabeza, y llaman al *yegu*. Cuando el enfermo empieza á agonizar, lo llevan al lugar en que han de sepultarlo, y allí, para librarlo de las congojas de la agonía, lo ahogan. El cadáver, no tendido, sino medio incorporado, lo colocan en una hoya poco profunda, y despues de cubierto con ramos y yerbas, le echan tierra. Al regresar del entierro rompen todos los utensilios que fueron del defunto; deshacen su choza, y la trasladan á otro sitio; ó por lo menos tapan la puerta, por donde pasó al ser llevado á la sepultura. Cada pueblo tiene un enterratorio comun, y siempre á muy corta distancia.

Los parientes del finado, en la noche siguiente al entierro, se reunen al rededor de la sepultura, y celebran las exequias con lúgubres clamoreos, y tocando sus *pimpines*. Por algun tiempo se abstienen del pescado y de cualesquiera otras carnes.

Tienen idea del alma, que llaman *Neusek*, y creen que sobreviviendo al cuerpo, trasmigre en él de alguna bestia segun los méritos de la vida. Reconocen tambien con el nombre de *Ohott'-at* (grande espíritu) á un Ser superior

que los crió; pero no le dan culto alguno. Temen mucho á un genio maléfico, que vagando de noche hace daño al hombre; por lo cual lo llaman *Onnexilele* (noctívago), y se le encomiendan para hacérselo propicio.

Muy semejantes, y casi idénticas á las de los mataguayos son las costumbres de sus vecinos y amigos los tobas. Estos, sin embargo, hablan un idioma muy distinto, y en general son de una estatura mas alta, de un talle mas esbelto, de facciones menos groseras, igualmente que menos sucios, menos huraños y menos cobardes. Sus armas son las flechas y la macana. Las mujeres cuando niñas, punzándose el rostro con espinas y embarrándolo con ceniza, graban en todo él unas figuras angulares indelebles; los hombres se marcan del mismo modo, pero solo con líneas verticales en la frente, párpados, nariz y mento. Estos y aquellas horadan el lóbulo de las orejas, y van gradualmente ensanchando el agujero, hasta que puedan introducir en él una tablilla cilíndrica de unos siete centímetros de diámetro. Las mujeres visten una manta de pieles de animales monteses, y son muy amigas de adornarse los brazos con cintas formadas de hojas de palmeras.

Los tobas han sido y son hasta hoy el azote y el terror de las colonias vecinas.

M.

(pág. 178.)

Atrocidades de los de Oran.

El Sr. Dean de la santa Iglesia catedral de Córdoba, Dr. D. Gregorio Fúnes, en el L. VI c. 8 de su *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Ayres y Tucuman*, impreso el año de 1816 en Buenos Aires, refiere un poco mas detalladamente lo que nuestro P. Comajuncosa ligeramente apunta, y añade un hecho, que este omitió del todo. Para complemento de la historia, creemos oportuno insertar aquí la relacion del Sr. Fúnes.

« Hacian 23 años ¹, que se hallaba fundada en el valle de Centa la reduccion de N. Sra. de las Angustias de indios vejoses, cuando el gobernador Pizarro, á distancia de diez cuadras, echó los fundamentos á su nueva ciudad de Oran. Por todo aquel dilatado tiempo la paz mas profunda habia reinado en aquella reduccion; pero el primer paso de aquel establecimiento fué bastante para que introdujese la discordia, y le causase grandes alarmas. Dado, á la verdad, con usurpacion de sus terrenos, le presentó un frente terrible, y le hizo gustar el primer disgusto, que procuró aplacarlo el fundador á fuerza de dádivas y promesas. Los rezelos de los neófitos se echó de ver que eran bien fundados, cuando despues de aquella usurpacion llegaron á sentir las depredaciones de sus bienes. Tomado uno de los colonos con el hurto en las manos, estos indios se hicieron justicia á sí mismos, y le dieron muerte. Aunque los de Oran disimularon por entonces, solo fué para aprovecharse del momento en que pudiesen gustar el placer por entero de la venganza. Se les vino la ocasion á las manos luego que por un motivo inocente vieron arribar dos de los neófitos á la estancia de D. Francisco Zambrano. Para asegurar mas el golpe, fueron puestas en obra todas las demostraciones de agasajo, y entre ellas la de brindarles con la mesa. Aceptado el convite, fueron avisados secretamente los pobladores José Rojas y Mariano Gallardo de las dos víctimas preparadas á su venganza. Sin dilacion alguna corrieron estos bárbaros al sacrificio, y dándoles muerte alevosamente, acabaron con su crueldad lo que empezó el engaño. Viendo los indios de la reduccion que su existencia se hacia mas precaria de dia en dia, unos se retiraron á la gentilidad, y otros meditaban hacer lo mismo. Las persua-

¹ Evidentemente es error, quizás de imprenta; porque es cierto que la Nueva-Oran se fundó quince años despues de establecida la mision de Centa.

siones de su conversor Fr. Estévan Primo Ayala los separaron de este designio, y les hicieron adoptar el pensamiento de buscar su tranquilidad trasladándose á los campos de Zaldúa. Los pobladores del Nuevo-Oran, como estraidos de las cárceles de Salta y Jujú no eran de condicion, que se abstuviesen de los crímenes, donde alcanzaba el poder de comerlos. Un indio de esta doctrina cayó poco despues en sus manos, y sin mas causa que la de cumplir la proscripcion de su gente, decretada por el alcalde de provincia D. Juan Antonio Moro Diaz, fué muerto y colgado á un árbol. Escenas trágicas de esta naturaleza no podian dejar de producir frutos mortales. Una ranchería de indios gentiles y parientes del asesinado vengaron este agravio, matando dos cristianos vecinos de Tapacarí. La reduccion de mataguayos es perseguida de Moro Diaz: los tobas se alborotaron por la muerte de un cacique matabo; caen sobre una estancia de Oran, y la desuelan: entra una expedicion al Chaco, y mata indios sin distincion de culpados é inocentes; los de la reduccion de Zaldúa huyen á los montes; hacen causa comun con los gentiles, y avanzan con buen éxito el fuerte viejo de Pizarro; es luego vengado este insulto por las armas del rey al mando de D. Diego José de Puyrredon, quien hace una mortandad de cien indios. El paternal corazon del conversor Fr. Estévan, que por una nueva creacion habia sacado á los indios del caos de sus errores, veia con amargura perdido el fruto de sus sudores, y no cesaba de tentar nuevos caminos de hacerlos entrar en sí mismos. Con este objeto bajó á la ciudad de Salta, y pidió al Gobernador cesasen sus hostilidades, mientras que él introducido al Chaco interpusiese su ministerio de paz y reconciliacion. No pudo resistir el Jefe á estas palabras de virtud y beneficencia: la peticion fué otorgada con calidad de que en el cabildo de Oran se decidiese el lugar donde debian residir los que volviesen de su descarriamiento. El sanguinario Moro Diaz, aun no bien satisfecho de haberlo puesto todo en combustion, temiendo la vuelta de los neó-

fitos, publicó un bando, por el que se autorizaba á todo ciudadano para prender á cualquier indio vejose donde quiera se encontrase, y en caso de huida ó resistencia lo matasen, sin que pudiese defenderlo el mas sagrado lugar del asilo. Entre tanto la voz del Conversor resonó en el Gran Chaco con toda la fuerza, que podia comunicarle la caridad mas viva. Los vejoses se rindieron á su imperio, prometiendo volver á su anterior estado; pero á condicion de que el cacique deberia bajar á Salta para ajustar las diferencias con Moro Diaz, que eran el origen de tantos males. Todo fué así acordado; y á fin de prevenir cualquier insulto, obtuvieron salvoconducto del comandante Puyrradon. El indio D. José Pizarro, hijo primogénito del cacique, con cuatro de sus compañeros y seis indias se anticiparon á la comitiva. Á los primeros pasos de su viaje se hallaron rodeados de nueve hombres armados, satélites de Moro Diaz. Á esta inesperada novedad volaron en su auxilio los Religiosos, cooperadores del Conversor. Los pobres indios se abrazaron de sus rodillas, mirándolos como el último recurso, que Dios sacaba en su favor del gran tesoro de sus misericordias. Á despecho de las voces furibundas con que los soldados amenazaban á estos ministros para que desamparasen á los indios, sostenidos ellos de su propia virtud, los abrigaron con sus mantos, y se constituyeron fiadores de sus personas hasta ponerlos en Oran. El jefe de esta partida de asesinos consultó la voluntad de Moro Diaz: pero, esto era lo que esperaba este hombre inhumano, que hollando todas las leyes se aplaudia de sus maldades, para poner el colmo á su atrocidad. Fué su respuesta que se llevase á ejecucion lo mandado. Oido esto, el poblador Rafael Ordoñez le descargó un tiro de fusil por las espaldas al indio D. José Pizarro, sin que le valiese el hábito del Religioso, á que estaba asido. El indio cayó muerto, y el protector quedó aturdido. Los demás indios fueron buscados para que sufriesen la misma suerte: pero tuvieron la dicha de que los montes les sirviesen de asilo. Á la vista de este

espectáculo todo el Chaco se conmueve; y la humanidad se entristece¹ ».

El Sr. Fúnes, poco antes de delinear estos bellos rasgos de la actividad y celo de nuestros misioneros, habia escrito: *El Gor. Mestre fundó una reduccion de Mataguayos en el valle de Centa. Escudo muy débil para garantirse de los males, desde que estas reducciones puestas en manos ineptas solo servian para alimentar holgazanes y traidores* (L. V, cap. 14). Conque ¿son ineptas las manos, que, como el mismo Sr. Dean confiesa, *por una nueva creacion habian sacado á los indios del caos de sus errores*, y que con tanto heroismo se estendieron para defender en el peligro supremo á las desvalidas víctimas del mas cruel despotismo? Y si los indígenas de Centa despues de reducidos siguieron en ser los *holgazanes y traidores* de antes, ¿era acaso porque habian sido entregados á *manos ineptas*? Buena dosis de paciencia es menester para sufrir la injusticia é ingratitud, con que algunos escritores han pagado las fatigas y conquistas de los Franciscanos en América.

Al testimonio del Sr. Fúnes oponemos otro, que nos parece mas autorizado y fidedigno. Nuestro P. Estévan Primo Ayala fué él que, ya como Conversor, ya como Prefecto de Misiones, gobernó por mas largo tiempo la mision de Centa: y he aquí el certificado, que de la *ineptitud* del P. Primo dieron el comañdante Diego J. Puyrredon, y el juez subdelegado Rafael Bachier (en Oran, 20 de Agosto de 1802), y que trascribimos de su autógrafo.

« El R. P. Prefecto actual de misiones Fr. Estévan Primo Ayala ha servido con recomendable celo, eficacia y caridad el ejercicio de Cura Conversor de la nacion vejosa

¹ En comprobacion del relato del Sr. Fúnes, advertiremos que en el archivo de nuestro Colegio hemos visto el borrador de una nota que nuestros PP. dirigieron el 21 de Agosto de 1801 al Sr. Gobernador de la provincia de Tucuman, esponiendo que *la prision y acelerada muerte del cacique de mas respeto y autoridad entre los indios de Centa (sin causa que manifestase esta violencia) amenazaba las mas funestas consecuencias.*

desde los primeros años de su conquista. Él se encargó de una nacion hostil, inquieta y poco menos que insociable: pero, á virtud de su admirable desempeño, la presentó en pocos años en tal estado de docilidad y aprovechamiento, que fué fácil al Sr. mariscal de campo D. Ramon García de Pizarro fundar la ciudad de Oran á distancia de pocas cuadras de aquella reduccion, librando mucha parte de la subsistencia de aquella colonia en sus obras materiales, y su agricultura sobre los brazos auxiliares de aquellos neófitos, que poco antes fueron el terror y la desolacion de las campañas; y sin cuya perfecta reduccion, ó la ciudad no hubiera podido ser fundada, ó habria padecido gravísimos males en el furor de un enemigo igualmente inmediato que mal inclinado.

« Parece, que no podemos dar mejor idea del bello carácter y méritos de este escelente catequista, que retratándolo dueño franco de todas las intenciones y sentimientos de los indios de su cargo, y de infinitos de los gentiles vecinos. Ninguno de ellos rezela abrir de par en par su corazon al P. Primo; y de este modo ha podido muchas veces transmitir hasta nosotros las maquinaciones enemigas de los infieles, aun antes de salir del centro del Chaco, donde se fraguaban; y así las hemos podido precaver oportunamente.

« Aun mas diremos, porque es preciso que quede satisfecha la verdad. El P. Primo es el oráculo de los indios del Chaco, el compañero de nuestras tropas en las expediciones, el escudo de esta nueva ciudad con sus avisos, el párroco fiel, caritativo, limosnero y apasionado de ella y sus vecinos; es en fin el objeto mas tierno de estos.

« Este Padre ha sido el único eje seguro, sobre que ha rodado la ventajosa última reconquista de los indios agresores de tantas vidas inocentes, y la pacificacion en que ahora viven despues de ser justamente castigados ».

N.

(pág. 220.)

Los Jesuitas en Itau.

Unos sesenta años antes de que nuestros misioneros plantasen la Cruz en Itau, habian intentado ya llevarla los celosos hijos de S. Ignacio. No carecerá de interes conocer los detalles de aquella infructuosa entrada, referidos por el P. Chome¹; y por ellos podrán columbrarse las fatigas y los peligros por los que tuvieron que pasar nuestros misioneros en el establecimiento y conservacion de la mision de Itau, y de las otras entre los indómitos chiriguano; fatigas y peligros, que con escesiva modestia y demasiado laconismo apenas apunta nuestro P. Comajuncosa.

« Partímos todos tres (*los PP. Pons, Lizardi y Chome*) de Tarija para Itau, primera poblacion de los infieles, y distante como sesenta leguas. Nos acompañaban seis indios neófitos. El camino, que hasta entonces habíamos hecho en el Tucuman, aun siendo tan malo, nos pareció una delicia, comparado con él que encontrámos en el pais de los bárbaros. Teníamos que trepar por montañas sumamente escarpadas, y cubiertas de espesos bosques y casi impenetrables; no podíamos dar paso, sino abriendo con la hacha en la mano. Nos servian las mulas solamente para llevar las provisiones, y pasar los torrentes, que corrian con impetuosidad entre los montes. Nos poníamos en marcha al amanecer; y al ponerse el sol habíamos andado solamente tres leguas. Llegámos en fin al valle de las Salinas. Allí se detuvo el P. Lizardi con un capitan de los chiriguano, que era cristiano, y quien no queríamos esponer al furor de sus compatriotas, que muchas veces lo habian amenazado con la muerte. Seguimos nuestro camino el P. Pons y yo hasta

¹ *Cartas edificantes*. Tom. XIV, pág. 166.

el valle de Chiquiacá, donde vimos las tristes ruinas de la mision destruida por los infieles, y las tierras regadas con la sangre de los misioneros degollados¹. Gastámos tres dias en andar las ocho leguas, que hay del un valle al otro. Habiendo dado un dia de descanso á las mulas, que estaban muy cansadas, entrámos otra vez el P. Pons y yo en espesos bosques, llenos de precipicios. Al cuarto dia, al tiempo que trepábamos á lo alto de una de la montañas y comenzábamos á bajarla, oímos ladrar algunos perros. Son compañeros inseparables de los indios; y se sirven de ellos para cazar, y para defenderse de los tigres. Haciendo pues juicio, que no lejos de allí habia un rancho de bárbaros, enviámos tres indios á reconocerlos. Impaciente de averiguar lo que habia, me adelanté, dejando atrás al P. Pons, que no me podia seguir. Al bajar lo mejor que pude la montaña, aparecieron dos de los indios que habia enviado á tomar lengua: me dijeron, que al pié de ella habia una tropa de bárbaros, los cuales, habiendo tenido noticia del paraje, donde habíamos pasado la noche antecedente, nos esperaban al paso; que parecian estar muy irritados; que habian detenido á su compañero, y quizá muerto luego que ellos se apartaron. En fin, me suplicaron, que no pasase adelante, porque todo era de temer de su furor.

« Por mas que hicieron, no me pudieron detener: los dejé, como enfadado, y rodando mas que bajando la montaña, me puse de repente en medio de ellos sin haber sido visto, porque lo espeso de los bosques me ocultaba. Eran doce: todos estaban desnudos, armados de flechas y lanzas; y nuestro indio estaba sentado con ellos. Luego que me vieron, se levantaron; y habiéndolos saludado, me abalanzé á su cuello y los abracé uno despues de otro, con estraordinaria alegría. La resolucion, que les mostraba, los pasmó tanto, que apenas tuvieron aliento para responderme. Luego que volvieron sobre sí, les dije el ánimo en que estaba de

¹ V. Preliminares, pág. 67.

ir á su lugar; y no me parecieron opuestos á ello. Al mismo tiempo llegó el P. Pons con nuestro corto bagaje; saqué un poco de carne seca y harina de maiz; lo repartí entre ellos; encendí lumbre, y procuré regalarlos lo mejor que me fué posible. Conocí presto, que habia ganado su amistad; pero no contaba con ella, ni con su agradecimiento.

« Necesitábamos del beneplácito de su capitán para ir al lugar, y despachámos uno de nuestros indios con otro de los bárbaros para darle aviso de nuestra llegada, y alcanzar su licencia. Partieron nuestros diputados, y se volvieron sin dilacion, dándonos aviso que venia el capitán. Apareció en efecto poco despues, y se sentó sobre una piedra, apoyando su cabeza sobre su lanza y rabiando de cólera. Dije entonces riéndome al P. Pons; *no sé como se desenredará esta comedia*. Me acerqué á él acariciándole, pero sin poderle sacar una palabra. Le insté que comiese algo de lo que le ofrecia, y mi convite fué inútil. Me dijo uno de sus compañeros en su lengua una palabra, que igualmente significa estar enfadado, ó estar enfermo. Hize como que lo entendia en este último sentido, y le tomé el pulso; pero retiró prontamente el brazo, diciéndome que no estaba enfermo. *Bien esto*, dije yo riéndome á todo reir; *no estás enfermo, y ¿no quieres comer? Eso pierdes; lo comerán tus compañeros; y cuando quisieres comer, me lo arisará*s.

« Hizo mas impresion en él esta respuesta, mezclada con desprecio, que todos mis cariños. Me habló, rió conmigo, mandó que me diesen de beber, y me regaló algunas espigas de maiz, que tenia para provision de su viaje. Teniendo á mi capitán en buen humor creí, que no seria dificultoso sacarle licencia de ir á su lugar; pero no pude alcanzar, sino que enviaria á pedir á su tío, que era el capitán principal, que llegase donde estábamos: y en efecto, envió con este recado uno de sus hermanos. Pero la respuesta de su tío fué, que no tenia tiempo para venir, y que nos retirásemos al punto de sus tierras. Tomó el P. Pons la delan-

tera con uno de los dos indios, que nos quedaban; porque los otros cuatro nos habian abandonado. Yo quedé algun rato mas con ellos, haciendo nuevas instancias; pero sin fruto. Tuve, despues de tantas fatigas inútiles, que volver á tomar el camino de Chiquiacá ».

0.

(pág. 243.)

El Apóstol de los chiriguanos.

Recorriendo los anales franciscanos, no es raro encontrarse con Legos ilustres por la auréola del apostolado; y entre ellos pensamos que podrá merecidamente enumerarse el humilde hermano Fr. Francisco del Pilar.

El jesuita Gaspar Osorio, que murió mártir á manos de los chiriguanos, escribia al P. Mucio Vitelleschi, general de la Compañía, que la espiritual conquista de los indios chiriguanos era *una empresa para un S. Francisco Javier*¹. Pues, esta ardua y gloriosa empresa estaba en gran parte reservada por la Sabiduría infinita para el pobre Converso franciscano. .

Por el largo discurso de dos siglos, militares de un valor distinguido, sacerdotes de un celo á toda prueba habian hecho heróicos esfuerzos para domar la fiereza chiriguana, y casi siempre inutilmente². Fr. Francisco del Pilar, solo, sin armas, sin letras, sin autoridad penetra á los pueblos mas obstinados y rebeldes; con su dulzura, con su longanimidad atrae á millares de esos mismos indios, y en poco mas de seis lustros levanta entre ellos diez y siete iglesias.

Quisiéramos dar una biografía completa de este valeroso fraile; pero la falta de documentos nos obliga á con-

¹ Lozano. *Descripcion chorográfica*, etc. pág. 175.

² V. Preliminares, § IV.

tentarnos con transcribir la sucinta memoria, que de él hallamos anotada en la Necrologia de este Colegio.

En el año del Señor de mil, ochocientos y tres, en el día diez y nueve del mes de Marzo, á las dos de la mañana, murió en la comunión de la S. M. Iglesia, y después de haber recibido devotamente los SS. Sacramentos de Penitencia, Viático y Extrema Uncion, el ejemplar religioso lego, Fr. Francisco de la Virgen del Pilar y Zapater, en la Reduccion de N. P. S. Domingo de Tapuitá de indios chiriguano; y el mismo día, por la tarde, fué enterrado su cuerpo, puesto en una caja ó ataúd de madera, en la capilla de dicho pueblo, en medio, al pié del presbiterio; siendo de edad de setenta años, siete meses y diez días. Eran sus padres vecinos de Epila, siete leguas distante de la ciudad de Zaragoza en el reino de Aragón, y por haber venido su madre á esta ciudad, lo dió á luz en ella, en el día veinte y nueve de Agosto, de mil, setecientos, treinta y dos; y luego volvieron á Epila, donde vivian. El año de mil, setecientos, cincuenta y uno se embarcó, y vino de España en hábito de donado para el Colegio de Santa Rosa de Ocopa, donde recibió el hábito y capilla para religioso lego, el día 24 de Agosto de 1753; y profesó el día 25 de Agosto del año inmediato de cincuenta y cuatro. Y nombrado para venir á este Colegio de Ntra. Sra. de los Ángeles de Tarija con sus PP. fundadores, llegó á él el año de cincuenta y cinco: y destinado á las misiones y conquistas de los indios chiriguano y chaneses de la cordillera de Sauces, hizo tantos progresos, que fundó diez y siete misiones; es á saber, Pilipili, Acero, Abapó, Florida, Mazavi, Igmiri, Tacurú, Zaypurú, Parapiti, Obaig, Piriti, Iquirapucuti, Tacuaremboti, Tapuitá, Tayarenda, Iti y la Tapera. La grande caridad, paciencia, humildad, pobreza, celo y afan continuo que ejercitó para el bien de los indios, y el raro ejemplo, que dió en la villa de Potosí, ciudad de la Plata y otros lugares, le mereció la fama de varon santo. El

habia hecho voto de morir entre los indios, y Dios se lo cumplió para su mayor mérito.

El nombre de Fr. Francisco del Pilar es recordado hasta hoy con veneracion y gratitud, no solo aquí en Tarija, en Sucre, en Potosí y Santa Cruz, sino tambien entre los indios de las provincias de Cordillera y de Saucos, que lo llaman por antonomasia *el Padre Santo*. He conversado con algunos de ellos muy viejos, que conocieron al virtuoso Lego, y me refirieron de él hechos, que, si no son milagrosos, son por cierto admirables.

El dia 29 de Mayo de 1877 estuve en Tapuitá, y en medio de una espesa selva reconocí las ruinas de aquella destruida mision. Un verde y coposo aromo, sombreando el sitio en que estuvieron depositados los restos del Apóstol de los chiriguano, lo perfumaba con sus balsámicas flores. En aquella hora, recordando los heróicos hechos del ilustre hermano, y viendo abandonados y dispersos por aquella sombría quebrada los hijos y nietos de los neófitos, que tantos afanes le costaran, se enterneció mi corazon, se entristeció, y espontáneamente salió de él una ardiente súplica al Señor, para que compadeciéndose de la nacion chiriguana, muy pecadora y muy desgraciada, le enviara á nuevos Franciscos del Pilar.

P.

(pág. 274.)

Informacion del Gobernador de Potosi.

Para acreditar la veracidad de todo lo que nuestro P. Comajuncosa refiere en su *Manifiesto histórico*, pudiéramos transcribir muchas y honrosísimas informaciones, que en recomendacion de los misioneros de Tarija elevaron al Rey de España los Vireyes, Presidentes de las RR. Audiencias, Gobernadores, Arzobispos y Obispos de estas Indias, las cuales se conservan auténticas en nuestro archivo.

Entre tantas preferimos la del Sr. D. Francisco de Paula Sanz gobernador de la provincia de Potosí, por ser ella un verdadero resumen y comprobante de cuanto nuestro historiador escribe, y una sencilla refutacion de lo que en men-gua del Colegio de Tarija escribieron y publicaron algunos malévolos, ó mal informados. Hela aquí testualmente.

« Señor. Nada en estas provincias es tan digno de las recomendaciones á V. M. de un magistrado celoso y católico como el Colegio de *Propaganda fide* de la villa de Tarija. En los cuarenta y ocho años que tiene de fundacion, ha dado las mayores pruebas de su utilidad, interesante á la Religion y al Estado. Desde sus principios hasta ahora, no han cesado estos celosos ministros de propagar la fe católica, de estender los dominios de V. M., de custodiar con teson estas fronteras, de estirpar las malas costumbres, de plantar las virtudes cristianas en todos los pueblos, y de procurar el bien y aprovechamiento de todas las almas.

« Por lo tocante á la reduccion y conversion de los infieles á nuestra santa fe, ha sido su progreso tan copioso, que en tan pocos años han reducido una gran parte de las ferocísimas naciones de Chiriguano, Chaneses, Mataguayos, Vejoses, de quienes ya tienen formados veinte y dos pueblos con un bastante número de almas en cada uno; y todavía se están formando otros, aprovechando las continuas oportunidades, que se les ofrecen para las nuevas conquistas. Y cuando en el año de 99 se vieron arder seis de dichos pueblos á la furia de los bárbaros invasores, fué tan activo el celo de estos apostólicos obreros, que en menos de dos años volvieron á reunir á los indios, que andaban dispersos por los montes, fabricaron las capillas, reedificaron sus pueblos, restablecieron las escuelas, y lo pusieron todo en el primitivo estado, sin mas socorros que los de la Providencia, y piedad de los fieles, que concurrieron con algunas limosnas. La aplicacion de estos ministros evangélicos en sus instrucciones cristianas, políticas y mecánicas es continua; la caridad, con que los cuidan y socorren en sus

enfermedades, penurias y otras necesidades, es indefectible; la vigilancia en administrarles los sacramentos, en enseñarles las obligaciones cristianas y civiles, en formarlos unos hombres útiles á sí mismos y á sus prójimos, es incesante: el amor y paciencia, con que sufren sus naturales ferinos, sus continuas importunidades y sus pesadísimas molestias, repugnancias y sinrazones, son dignas de la mayor alabanza; su desinterés es tan escésivo, que lo mismo que V. M. les concede para sus precisos alimentos, lo invierten en vestir á los pobres, en adornos de sus iglesias, en herramientas para labranza, y en los temporales adelantamientos de sus misiones, quedándose ellos pobres, medio desnudos, y muchas veces faltos de lo mas preciso para la conservacion de sus vidas. Con este tan religioso proceder ganan las voluntades de los indios mas indómitos, quienes los aman, los buscan y los respetan como á sus padres verdaderos.

« No contentos de emplear su celo entre los infieles, difunden incesantemente su espíritu verdaderamente apostólico por todo este Arzobispado y Obispados vecinos, misiionando repetidamente en sus pueblos, villas y ciudades; ayudando á los curas en sus cuaresmas, y siempre que los necesitan; y edificando en todos lugares con obras y palabras á todos los que los miran, oyen y tratan, de que resultan admirables progresos en el reforme de costumbres, en la paz de los pueblos y en la pública seguridad; porque estos ejemplares misioneros de la divina palabra derraman por todas partes en sus sermones, en sus pláticas, en sus conversaciones, entre las máximas de nuestra religion, las simientes de la obediencia, del amor, de la subordinacion y de la fidelidad á los intereses de vuestra soberanía y á sus magistrados representantes: no omiten consejo, persuasion, ni diligencia por su parte capaz de asegurar á V. M. el dominio en estos vastísimos paises, en un tiempo en que fiera y desencadenada la falsa filosofia disputa su legitimidad á las potestades mas bien establecidas. De todo esto dieron una prueba admirable en la general sublevacion de

los indios de estas provincias en los años de 1780 y parte de 82, saliendo del retiro de su Colegio, y cursando como ángeles veloces por las ciudades, villas y pueblos principales, evangelizando la paz, persuadiendo la subordinacion, y uniendo los ánimos de todos bajo la sujecion y obediencia de V. M.

« La regularidad y observancia de su instituto en su Colegio es exacta, edificante y sin nota alguna de relajacion. À mas de sus distribuciones monásticas de rezos, oracion mental, de conferencias morales y místicas, de estudio y aplicacion al confesonario, se hallan prontos y espeditos para confesar y consolar á los enfermos del pueblo, y para desatar las dudas de cuantos acuden á sus claustros para la seguridad y quietud de sus conciencias. De todas estas interesantes utilidades, que producen estos apostólicos misioneros con su conducta, celo y aplicacion al cumplimiento de sus deberes, estói plenamente informado de personas muy fidedignas: todos ellos son hechos constantes y manifiestos, en que me hallo impuesto mas á fondo y mas radicalmente que todos los magistrados de este reino, por hallarse situado el espresado Colegio de Tarija dentro del territorio de mi jurisdiccion: y por ser la mera verdad lo pongo en noticia de V. M. á fin de que vuestra clemencia los reconozca por unos de los vasallos mas útiles, y los ampare de la envidia y malevolencia de los que por sus fines particulares quisiesen desacreditarlos.

« Nunca la virtud se ha visto libre de persecucion: y por eso mismo que los ejemplares religiosos del Colegio de Tarija la practican, la enseñan y la propagan por todas partes con notable disgusto de los que aborrecen la luz y aman las tinieblas; de aquí es que irritada y desenvuelta la maledicencia cubre á estos dignos obreros de la viña del Señor de las mas atroces calumnias, forjando contra ellos aquellas mismas acusaciones, que en otro tiempo se hicieron contra otros célebres ministros de este Continente: pero, examinadas á fondo por quienes por razon de su oficio

tienen, como yo, estrecha obligacion de celar sobre la incolumidad de vuestros derechos majestáticos, no encuentra la mas asidua aplicacion, despues de investigaciones prolijas, sino garantes sospechosos, citas falsas, cavilaciones malignas, rumores vagos é inverosímiles, imposturas en fin, que ha fraguado la pasion, sola la ignorancia las repite, y perpetúa la mala fe. Y si un pincel mas atrevido que sincero ha presentado el Colegio de Tarija como un depósito de conveniencias temporales y riquezas estraidas de las reducciones de su cargo, el público y la observacion desinteresada de los hombres de bien solo ven en él edificios humildes, que representan no la pobreza sino la miseria; donde bien lejos de hallar la esplendidez y la comodidad, en vano se buscara la medianía. Allí la virtud es la única riqueza; el único recurso el trabajo y la limosna; la paz y concordia el único consuelo; la única diversion el estudio; y el desasimiento de todo lo terreno el suplemento de todo. Unos corredores sombríos; unas celdas desnudas de todo adorno; unas habitaciones sin lumbre en el invierno, sufocantes en el verano: un refectorio donde la lectura resarce lo que niega la indigencia, y donde la sobriedad se contenta con lo que ofrece la frugalidad. Tan lejos están de reportar utilidades algunas de las reducciones de su cargo, que hallándose estas fronteras hostigadas de los bárbaros enemigos, y siendo preciso mantener guarniciones en la mision de Itau y fuerte de Caraparí, se ofrecieron generosamente, y con asombro y edificacion de estas provincias á contribuir con los fondos de las reducciones del mismo Itau y de las Salinas al sustento de dichas guarniciones: despues de haber sido ellos los que espusieron sus vidas en la eficaz y valerosa empresa de rechazar á los invasores, animando con su celo á los soldados de V. M.; siendo el Guardian de dicho Colegio, el P. Fernando Cano, el primero que acompañando á las mismas tropas, inspiróles el valor mas intrépido para conseguir, como consiguieron, la mas plausible victoria: acreditando con todo esto, qué estienden su

celo, no solo á lo peculiar de sus sagrados instituto y ministerios, sino en beneficio de los intereses de V. M., y conservacion de los terrenos de aquel partido; sobre lo que les dí las gracias en mi carta de orden de 8 de Noviembre de 1802. Y por decirlo de una vez, solo se ven en estos perfectos modelos de virtudes morales y cristianas la sumision mas entera y la docilidad mas constante á cuanto de su parte puede contribuir al bien del prójimo, al servicio de Dios y de V. M.; admirando en su Colegio aquel desinterés y aquella disciplina, que ha caracterizado á los héroes de la primitiva Iglesia, de quienes fué tambien inseparable la persecucion. Tal es el ejemplo, la religiosidad, la vigilancia y la utilidad de estos varones apostólicos...

« Potosí del Perú, y Abril 27 de 1803 años. — Señor. — A. L. R. P. de V. M. — Francisco de Paula Sanz ».

Q.

(pág. 323.)

SS. Reliquias del Colegio de Tarija.

Dos preciosas reliquias enriquecen nuestra iglesia de Tarija: los cuerpos de los santos mártires Plácido y Paulina. Él del primero, extraído del cementerio de S. Ipólito en la via Tiburtina, el dia 3 de Abril de 1834, por el Emo. Cardenal Vicario del Sumo Pontífice Gregorio XVI, y destinado por el mismo á esta ciudad de Tarija, fué entregado con este objeto al R. P. Andres Herrero. Reconocida en La Paz por el señor Gobernador eclesiástico la autenticidad de los sagrados restos y del vasillo de sangre que venia adjunto, se trajeron por Agosto de 1835 á esta ciudad; la que salió á encontrarlos, llena de júbilo y afectuosa confianza en la proteccion del nuevo Patrono que el cielo le enviaba. Esta esperanza no quedó fallida; y las muchas gracias, que el glorioso Mártir dispensa á los que le

invocan, han hecho que su devocion se propague en todo este departamento y aun en las provincias circunvecinas.

El cuerpo de la mártir Santa Paulina fué hallado á 21 de Diciembre de 1841 en aquella parte de las catacumbas de Roma que se llama Cementerio *prope Cyriacam*, en la via Tiburtina. Al lado de la cabeza estaba un pequeño vaso teñido en sangre, y sobre la argamasa, que cubria las losas del venerable nicho, leíase esta inscripcion: *PAULIA DULCISIMA*. Tres años despues fué donado á una devota familia romana, la cual lo veneró en su capilla privada hasta Abril de 1852, tiempo en que lo donó al que escribe estas noticias, quien lo trajo á Tarija. Aquí estuvo reservado en el convento hasta el dia 11 de Abril de 1875, en que se espuso á la pública veneracion. Celebrase su fiesta el segundo domingo despues de Pascua; y los que en este dia, habiendo confesado y comulgado, visitaren el sagrado Cuerpo, logran indulgencia plenaria por concesion del Papa Pio IX de s. mem. Igual indulgencia, con iguales condiciones, está otorgada á los que visitaren el santo Cuerpo del glorioso San Plácido, en el segundo domingo de Noviembre, en el cual se celebra su fiesta con mucha solemnidad y extraordinaria concurrencia.

R.

(pág. 339.)

Fiereza de los indios de Chimeo.

Del diario manuscrito, del cual hicimos mencion en la pág. 326, estractamos las siguientes noticias, como pruebas de la fiereza suma de los chiriguano de Chimeo y su comarca.

En Agosto de 1805, el gobernador de la provincia de Potosí, Francisco P. Sanz, con una fuerza de doscientos y cincuenta hombres recorrió toda la alta planicie de Ipaguasú hasta la bajada de Chimeo, persiguiendo á sus indígenas,

por ser *los mas foragidos y que solo viven del robo*, como dice el Diario citado. Tuvieron los españoles que sufrir increíbles trabajos en aquella jornada; pues los indios hicieron supremos esfuerzos para defender sus pueblos y rechazar á los invasores. Usaron para ello así del valor, como de la estratagemas. Con romerillo, yerba mortífera á las bestias, emponzoñaron las aguas para matar á las caballerías; y al retirarse á las trincheras con que se habian fortificado, dejaban en sus chozas las tinajas llenas de *chicha*, inficionada con el venenoso zumo de la raiz que llaman *guaya*, para que los sedientos expedicionarios bebiesen con ella la muerte. Los de Saicangui, uno de los muchos pueblecillos de aquel alto, viéndose de tal modo estrechados por los españoles, que les era forzoso entregarse ó morir, *tomaron* (dice el Diario) *la bárbara resolucion de despeñarse todos con sus mujeres é hijos á unos precipicios horrendos, como lo verificaron sin poder contenerlos; y solo pudimos advertir cuatro mujeres muertas, y libertar dos criaturas, la una como de ocho meses, y la otra de cinco á seis años, pero muy maltratadas, con las cabezas abiertas, etc.* Nuestro misionero el P. Domingo Andres, que acompañaba aquella expedicion, bautizó á las criaturas. En otro pueblo, llamado Itiroro, los españoles prendieron á una mujer con una criatura de pecho moribunda, llena de contusiones y cubierta de sangre. Su madre afirmaba llorando que su marido la habia estrellado contra una piedra para que los cristianos no la cogiesen viva. Felizmente lo estaba aun; el misionero la bautizó, y luego espiró.

S.

(pág. 435.)

Expedicion de Casales al Paraguay.

« Un D. Francisco Casales trazó en el año pasado de 1751 el proyecto de ir rio abajo de Pilcomayo al Paraguay.

Prevínose de una embarcacion pequena, que construyó en el sitio del desemboque del cañon y rio de Caaruruti (que dista 31 leguas del valle de las Salinas, y solamente 8 ó 10 de Caiza), junto al Pilcomayo. La embarcacion era tan mala y ruin, que mas que barco ó canoa se podia llamar un mal formado cajon. Con dificultad consiguió dicho caballero el llevar consigo seis ó siete españoles, de los que el uno era natural del Paraguay, muy perito en nadar, llamado D. Diego Balsameda Reyes. Asimismo le acompañaron dos indios chiriguanos (nadadores como peces), y hay quien diga que tambien una india toba. Desde el dicho sitio habia poca distancia á la angostura (*esta es la cascada del Pirapo*), y peñascos del rio, donde estaba el peligro. Por lo que determinaron, para botarse á la agua, esperar que llegase una grande creciente del rio, creyendo que con la abundancia de las aguas pasaria la embarcacion bien y sin lesion sobre los peñascos medio ocultos: y aun se dispuso que todos y cada uno llevasen unos palos á modo de remos, con los que á fuerza de pulso pudiesen evitar el que se estrellase el barco contra las peñas. Verificada la creciente, se botaron á la agua en dos cuadras mas arriba de donde estaban las peñas. Mas, solo el poco tiempo que tardaron los navegantes en llegar y entrar en la angostura, tuvieron de vida; porque al primer golpe contra las piedras, se quebrantó y despedazó la embarcacion, y se la absorbió la agua con la gente: de cuyo naufragio se salvaron á nado solamente los dos chiriguanos, y el espresado paraguay D. Diego, quien se restituyó luego á Tarija, y refirió este notable fracaso, causando á todos mucha pena por la muerte de aquellos españoles, especialmente por las de D. José Hurtado de Mendoza, D. Pablo Barrientos y D. Antonio Muñoz¹ ».

¹ P. Manuel Mingo de la Concepcion. *Hist. Mss.* p. 2. c. 6. pág. 303.

T.

(pág. 500.)

Tributo de gratitud.

No por una necia jactancia, sino como tributo de la sincera gratitud que los misioneros de Tarija conservamos á la ilustre memoria del sabio y virtuoso Mr. Crevaux por el aprecio y simpatías con que quiso distinguirnos, reproducimos aquí los honrosos testimonios con que tuvo la bondad de manifestar su reconocimiento á los pequeños servicios que le prestaron los humildes alumnos de este Colegio. El 13 de Marzo, pocas horas antes de salir de Tarija para el Pilcomayo, escribía al Ministro de Instrucción pública de Francia: *Los RR. PP. franciscanos del convento de Tarija, que son italianos, nos han suministrado los mas preciosos datos respecto á los indígenas del Gran Chaco, ofreciéndonos su cooperacion para la construccion de nuestras canoas. Tengo el honor de rogar á U. se sirva agradecerles estos servicios. Y dos dias antes de emprender la peligrosa navegacion, oficiando al Ministro de Hacienda é Industria de Bolivia, añadía la siguiente posdata: Los RR. PP. franciscanos, y particularmente el Prefecto de las misiones del Chaco el P. Doroteo Giannecchini nos ha prestado muy grandes servicios. Tengo el honor de rogar á U. se sirva agradecerle oficialmente el eficaz concurso que nos ha prestado. El papel, que desempeñan estos modestos Padres, es mucho mas importante de lo que generalmente se piensa. Pues, ¿no han prestado un gran servicio á Bolivia conquistando diez mil salvajes á la civilizacion? — J. Crevaux.*

Estaba ya concluida esta última página de nuestra historia, cuando en “*El Trabajo*” de Tarija (núm. 167) leímos el bello elogio, que de nuestros misioneros, indignamente calumniados y perseguidos en estos últimos tiempos, hace

el egregio Mr. Arturo Thouar en la carta que desde Caiza (Gran Chaco) dirigia al señor Presidente de la Sociedad de geografia de París, el 12 de Agosto de 1883. No podemos resistir á la tentacion de ponerlo aquí como sello de nuestra obra.

Unos hombres venidos desde lejos, abandonando familia y patria (son estos los RR. PP. Franciscanos), impulsados por un profundo sentimiento de fe y de abnegacion, han plantado la Cruz del Cristo en medio de estos desiertos, han predicado palabras de paz, han afrontado mil veces la muerte. Solos, frente á frente de una naturaleza la mas salvaje, ellos á fuerza de trabajos y de sacrificios sin número, han sometido cerca de diez mil indios, han establecido misiones, pueblos, etc.

El Dr. Cretaux, maravillado en presencia de tantos esfuerzos ignorados, de tan brillantes resultados obtenidos, os habia hecho conocer en el año pasado la obra gigantesca cumplida por estos religiosos, cuya ciencia y conocimientos igualan á su modestia. — Ellos me han prodigado las mas vivas demostraciones de simpatías y amistad...

La conciencia se aflige al solo pensar que ellos son el objeto de injustas acusaciones, y pueden ser víctimas de la calumnia...

Gratitud perpetua profesaremos los Misioneros de Tarija al ilustre Explorador del Pilcomayo por la fina amistad con que se digna honrarnos en el dia de la tribulacion, y por la noble franqueza con que nos ha defendido de las calumnias de nuestros enemigos. *Dominus retribuat.*

AD MAJOREM DEI GLORIAM.

ÍNDICE.

Al que leyere	pág. V.
-------------------------	---------

PRELIMINARES.

I. Tarija	pág. 3
II. El convento franciscano	» 23
III. Los Chiriguano	» 37
IV. Estériles esfuerzos	» 55

PRIMERA PARTE.

Manifiesto histórico de lo que han trabajado los Misioneros de Tarija así entre los fieles como entre los infieles desde el año de 1755 hasta el de 1810 , escrito por el P. Fr. Antonio Comajuncosa.

I. Trabajos que han suportado nuestros misioneros entre los fieles	pág. 75
Misiones que hicieron entre los fieles	» 76
Fundacion del Hospicio de Moquegua , y sus utilidades	» 89
II. Se da principio á los trabajos de nuestros Misioneros en la conquista espiritual de los indios bárbaros	» 95
III. Trabajos que nuestros misioneros padecieron en la conquista de Pilipin	» 101
IV. Trabajos que padecieron nuestros misioneros en la conquista espiritual del pueblo de Acero	» 109
V. Otras laboriosas empresas de nuestros misioneros en las tierras de infieles	» 115

VI. Fundacion de la mision de las Salinas, y lo que trabajaron nuestros misioneros en su conservacion y adelantamiento.	<i>pag.</i> 123
VII. Fundacion y conservacion de la mision de Abapó, y sus adelantamientos	» 135
VIII. De la fundacion de la mision del Pirai; como pasó á nuestro cargo; y lo que se trabajó en su conservacion y adelantamiento.	» 149
IX. De la fundacion de la mision de nuestra Señora del Cármen de Cabezas; como pasó á nuestro cargo; y lo que se trabajó en su conservacion y adelantamiento	» 159
X. Fundacion de la mision de nuestra Señora del Pilar de la Florida, y lo que se trabajó en su conservacion y adelantamiento.	» 165
XI. Fundacion de la mision de nuestra Señora de las Angustias de Centa, y lo que se trabajó en su conservacion	» 173
XII. Fundacion de las misiones de Tacurú é Igmiri; y lo que se trabajó en ellas	» 185
Mision de Igmiri	» 188
XIII. Fundacion y progresos de las misiones de Zaypurú y Mazavi; y lo que nuestros misioneros trabajaron en ellas	» 191
Mision de Mazavi	» 195
XIV. Fundacion de las misiones de Iti y Tayarenda, y trabajos en su conservacion y aumento	» 199
Mision de Tayarenda	» 206
XV. Fundacion de las misiones de Igüirapucuti y Tacuaremboti; y lo que se trabajó en ellas	» 211
Mision de Tacuaremboti	» 215
XVI. Fundacion de la mision de Itau; y trabajos que pasaron nuestros misioneros en su establecimiento y conservacion	» 219
XVII. Fundacion de las misiones de Piriti y Obaig; y de lo que se trabajó en ellas	» 229
Mision de Obaig.	» 232
XVIII. Fundacion de las misiones del Parapiti y Tapuitá; y de los trabajos que se padecieron	» 235
Mision de Tapuitá	» 241
XIX. Fundacion de la mision de la Tapera, y lo que se trabajó en ella	» 245
XX. De la invasion de los bárbaros, y destruccion de las misiones de Parapiti, Obaig, Piriti, Igüirapucuti, Tacuaremboti y Tapuitá; y su restauracion	» 249
XXI. Fundacion de la última mision de Cuyambuyu, su traslacion á Tariquea y lo que se trabajó en ella	» 265
Conclusion y epílogo	» 271

Catálogo de las Misiones del Colegio de Tarija, sus titulares, situación geográfica, y estado que tiene cada una en el presente año de 1810. *pág.* 275

SEGUNDA PARTE.

Continuacion de la historia del Colegio Franciscano de Tarija y de sus Misiones desde el año de 1810 hasta el de 1882.

I. Primeros desastres	<i>pág.</i> 279
II. Última catástrofe.	287
Cuadro comparativo de la poblacion de las Misiones de Cordillera	292
III. El P. Andres Herrero	301
IV. Restauracion	315
V. Restablecimiento de las misiones	325
VI. Una nueva reduccion	337
VII. Aguienda	351
VIII. Conquista de Tarairí	369
IX. La reduccion de la Inmaculada	377
X. Los Tobas	393
XI. La Cruz entre los Tobas.	401
XII. Bella Esperanza	417
XIII. Mision de S. Antonio	425
XIV. Esperanzas frustradas	433
XV. Machareti	443
XVI. Nuevas conquistas	459
XVII. Vicisitudes en San Francisco	469
XVIII. Desgracias.	477
XIX. Consuelos sin fruto.	489
Cuadro sinóptico de las Misiones del Colegio de Tarija formado el 31 de Diciembre de 1883	503

APÉNDICE.

A. Primitivo estado del valle de Tarija	<i>pág.</i> 507
B. Provision del Virey para la fundacion de Tarija	509
C. La santa Cruz de Tarija	512
D. Misiones de Apolobamba	519
E. Errores del Sr. Weddell	522
F. Lengua chiriguana	523
G. Infanticidio entre los chiriguanos	526
H. Provision R. en prueba de la ferocidad de los Chiriguanos	527

I. El P. Antonio Comajuncosa	pág. 529
J. Cartas de los SS. Obispos de Arequipa y Buenos Aires	» 531
K. Una ciudad en los valles de las Salinas.	» 533
L. Los Mataguayos	» 535
M. Atrocidades de los de Oran.	» 541
N. Los Jesuitas en Itau	» 547
O. El Apóstol de los chiriguanos	» 550
P. Informacion del Gobernador de Potosí	» 552
Q. SS. Reliquias del Colegio de Tarija	» 557
R. Fiereza de los indios de Chimeo	» 558
S. Expedicion de Casales al Paraguay	» 559
T. Tributo de gratitud.	» 561

Nota. Casualmente hemos advertido dos errores de imprenta. En el título de la Primera Parte, pág. 75 lín. 3, se lee *1775*, y debe leerse *1755*; en la pág. 91 lín. 4 léase *1795* en vez de *1785*. Los demás errores los compadecerá y corregirá el benigno Lector.

LICENCIA DE LA ÒRDEN

I. N. D.

Cum ex iudicio graviorum Patrum Nostri Apostolici Collegii S. Mariae Angelorum de Tarija, et alterius Patris Ordinis Nostri, cui examen commissimus, in opere « *El Colegio Franciscano de Tarija y sus Misiones* » non modo nihil deprehendatur quod sanae fidei et morum doctrinae repugnet, sed, econtra, omnia historicae veritati consona sint, atque ad religionis cultum et fidelium aedificationem comparata; Nos, harum litterarum vigore, Adm. R. P. Fr. Alexandro Mariae Corrado, moderno in Republica Boliviana Commissario generali, praefati operis collectori et continuatori diligentissimo, facultatem facimus quatenus, cum salutaris obedientiae merito, ad Dei gloriam, Ordinis Nostri decus, et pietatis incitamentum, dictam historiam typis edere valeat.

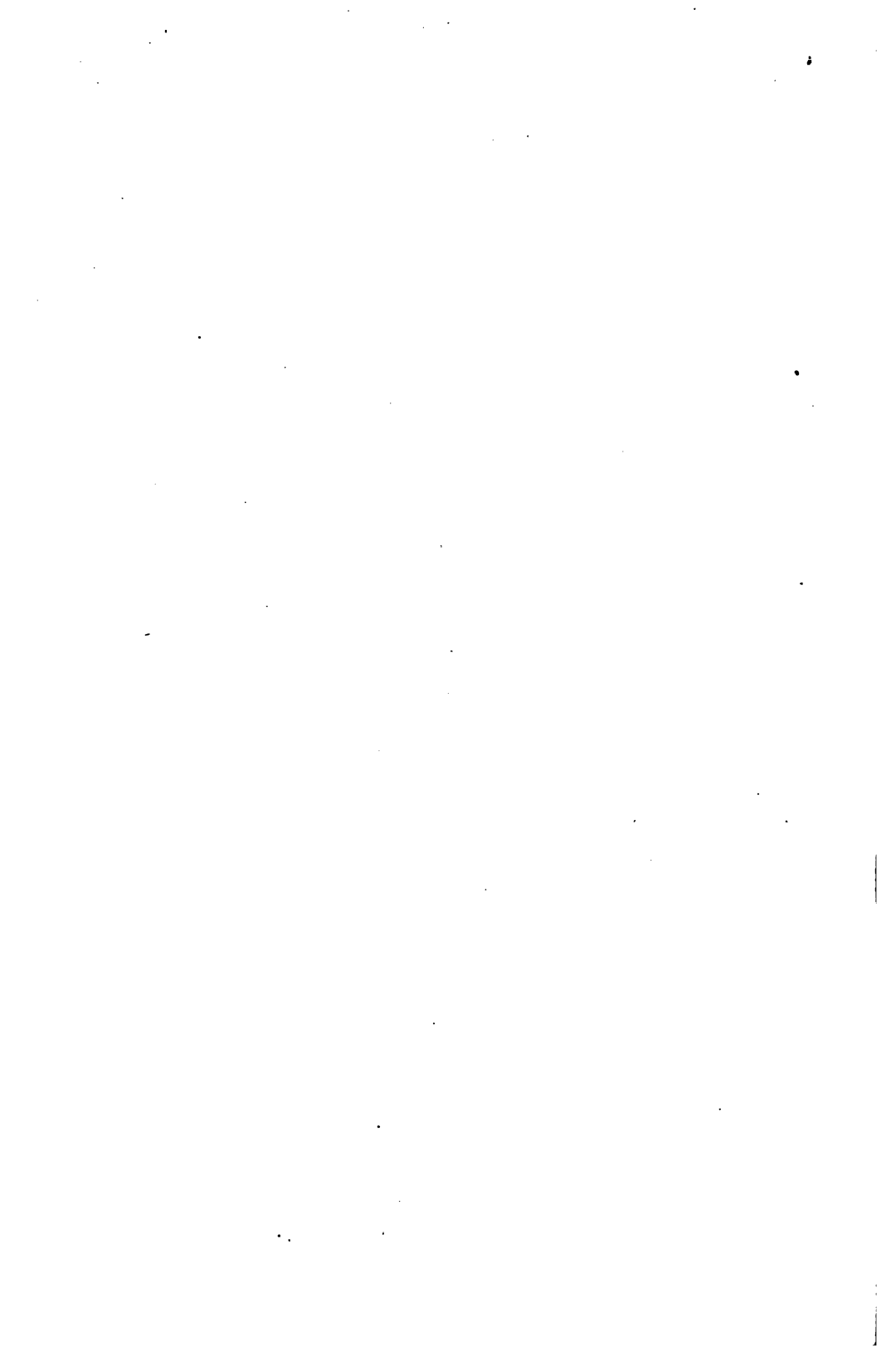
Dat. Romae, ex Aracoeli, die 21 Aprilis 1884.

FR. BERNARDINUS Min. Generalis.

NIHIL OBSTAT.

Datum Florentiae, die 9.^a Maii 1884.

† EUGENIUS Archiep. Florentinus.



DEL M

1000